



Natalie Megs Evans

La  
ladrona  
de  
vestidos

Lectulandia

*¿Vale la pena trabajar duro y convertirse en la nueva Coco Chanel o es mejor ser simplemente la ladrona más elegante de París?*

Alix acaba de llegar al París de los años 30 y tiene lo que hay que tener: talento para la moda, empeño y ambición. «Un día, las damas envueltas en pieles de zorro vendrán a mi tienda y me suplicarán que les permita comprar mis diseños», se dice mientras despierta miradas de admiración al bajar por la Rue du Louvre, pero la realidad se impone: el mundo de la alta costura tiene sus leyes y para triunfar a veces no basta con tener un buen par de tijeras en las manos.

Los timadores de poca monta pronto se dan cuenta de la habilidad de Alix para copiar patrones y estampados, y la joven a punto está de caer en el tráfico de la falsificación de prendas, defraudando a los diseñadores que más admira.

Natalie Meg Evans ha puesto hilo a la aguja de su talento y nos propone un viaje con la joven Alix por las calles parisinas donde trabajaban Chanel, Lanvin y Hermès... un mundo de texturas y colores que son una auténtica tentación.

**Lectulandia**

Natalie Meg Evans

# **La ladrona de vestidos**

ePub r1.0

Titivillus 02.03.15

Título original: *The Dress Thief*

Natalie Meg Evans, 2014

Traducción: Ana Mata Buil

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Para Richard, cuya presencia ha sido  
el fundamento de mi vida.*

## Prólogo

*Alsacia, este de Francia, 1903*

El doble impacto que reverberó por la casa de estructura de madera mató a un hombre y condenó a otro. El primer golpe fue el del metal contra el cráneo. El segundo fue el crujido de la cabeza de la víctima al chocar contra la esquina de una estufa.

Después todo quedó en calma, salvo las motas de polvo que revoloteaban y el crepitar de una lámpara de aceite a la que le faltaba combustible. El joven soltó la barra metálica que sujetaba. Quería que la víctima que tenía a sus pies se moviera, emitiera algún sonido, pero Alfred Lutzman tenía los ojos congelados en su última emoción. El retrato que estaba en el caballete se quedaría sin terminar.

Quería salir de allí. ¿Por qué tenía que pagar —tal vez con su vida— por la locura de un instante? Un grito ahogado lo detuvo al llegar a la puerta. La esposa del artista estaba inmóvil bajo un tragaluz alfombrado de nieve. Parecía no haberse dado cuenta de la sangre que le resbalaba por la sien izquierda, pero de lo que sí se había dado cuenta era del deseo de marcharse que sentía él. Dijo algo en yiddish en voz cada vez más alta. El hombre cortó sus palabras con voz crispada en alemán, que era su idioma común.

—Frau Lutzman, escúcheme. Esta tragedia... —desvió la mirada hacia el cadáver y sintió náuseas— ha sido un terrible accidente.

—Un accidente no —susurró ella—. Hay que llamar a la policía.

—Bajo ningún concepto. —El joven habló con dureza, imitando el modo que tenía su padre de lidiar con los subordinados—. Nos llevarían a juicio. A mí no me asusta, pero ¿soportaría usted el interrogatorio? ¿Conoce la pena por asesinato? La guillotina. Y entonces, ¿qué pasaría con su hija? No queda más remedio... Debemos pensar otra alternativa. Una versión que elimine las sospechas de los dos. Negaré que he estado aquí.

—¿Y me lanzará a los lobos?

—Diremos que su esposo estaba encerrado aquí arriba, terminando un cuadro. Eso es verdad. Usted estaba... estaba en la cocina, preparando la cena, con la puerta cerrada. No vio a nadie, no oyó a nadie. Nunca mencionará mi nombre, nunca jamás.

Danielle Lutzman lo miró a los ojos y repitió sus palabras mentalmente sin emitir sonido alguno. A la luz invernal, parecía más joven de lo que el hombre había pensado al principio, un cuerpo ágil bajo el vestido harapiento, con el brillante pelo moreno que le asomaba por el pañuelo de la cabeza. ¿Transmitían comprensión además de desespero sus ojos? Tardó un siglo en reaccionar y sacudir la cabeza.

—No oí a nadie ni vi a nadie.

—Limítese a repetir eso, frau Lutzman, y yo haré el resto. No se le ocurra contar la verdad a nadie, ¿me oye? A nadie. ¿Me lo jura?

La mujer asintió una vez con la cabeza y el joven supo que era su oportunidad de marcharse. El olor a muerte y a aceite de quemar eran tan intensos que empezaban a resultarle insoportables. Sin embargo, al parecer había subestimado su propia aprensión: era incapaz de dar el primer paso. Entonces oyó el sonido amortiguado de una puerta al cerrarse en la planta de abajo. Los ojos de ambos se cruzaron aterrados.

—¡Mamá! Ya estoy en casa —chilló una voz aguda.

—Es Mathilda —suspiró Danielle Lutzman—. Es mi hija. ¡No deje que suba! No puede verlo... Se lo suplico, ¡deténgala!

El hombre no podía moverse.

—Mamá, papá, ¿dónde están? —Unas suelas de madera repicaban al subir la escalera—. He llegado pronto. Han cerrado la escuela por la nieve. Papá, le he hecho un dibujo.

—¡Deténgala! —suplicó Danielle.

Cuando el joven reunió por fin la energía suficiente para moverse, ya era tarde. La puerta se abrió de par en par y una silueta pequeña, con vistosos lazos y trenzas saltarinas, irrumpió en el estudio del pintor.

## Primera parte





*París, 1937*

La hija de Mathilda salió del edificio de la Continental Telephone Exchange ataviada con un traje verde hiedra cuya sobriedad contrastaba con su juventud.

Un sombrero inclinado y zapatos negros acharolados le daban aires de muchacha con posibles, igual que las medias de seda que le acentuaban la delgadez de las pantorrillas y los tobillos. Llevaba un bolso negro y guantes a juego. Mientras caminaba con brío por la rue du Louvre, las miradas de admiración de los demás transeúntes se topaban con ella..., junto con más de una sonrisa incitadora.

Alix Gower se obligaba a no reaccionar. Dieciocho meses en esa ciudad le habían enseñado que «la mujer estilosa nunca devuelve la sonrisa». Las *parisiennes*, frías como el témpano, aceptaban las muestras de admiración como algo natural. Estaba aprendiendo a imitar a esas mujeres, a evitar las meteduras de pata que daban demasiadas pistas acerca de las raíces humildes de una persona. Las suyas estaban en Londres, donde había vivido los primeros dieciocho años de su vida.

Su padre también era londinense, un obrero que había sobrevivido a la guerra pero sucumbido ante la tuberculosis. Su madre era judía alsaciana. Disputada durante siglos entre Francia y Alemania, Alsacia era hogar de gente fatalista. Hogar de refugiados. Aunque no había llegado a conocer a su madre, Alix había heredado de ella el ingenio del fugitivo. Ahora mismo, se escabullía de un turno de trabajo pegada a la centralita de la compañía telefónica. Tenía que hacer un recado por el que podría terminar en comisaría, pero lo llevaría a cabo con el aplomo de una debutante camino del bar del Ritz.

Al llegar a la rue Saint-Honoré aminoró el paso. Le encantaba el exclusivo 1er arrondissement de París, y aunque ya eran las cinco menos cuarto y todavía le quedaba un buen trecho que recorrer, se fue parando en todos los escaparates por los que pasaba. La ropa no era lo único que la atraía. Admiraba las entradas de los hoteles con sus porteros uniformados, los arbolitos en los maceteros, las jardineras con flores. Las pastelerías con sus bandejas relucientes. Había llegado a París hacía dieciocho meses y la explosión de percepciones de la ciudad había despertado sus sentidos.

Había una tienda en la rue Saint-Honoré a la que nunca podía resistirse. Zollinger era un paraíso de bombones artesanos, pirámides de bombones coronados con hojitas doradas y flores glaseadas. Sus favoritos eran los de crema de violeta; habían sido

también los favoritos de su madre y eso bastaba para hacerlos apetecibles.

Todo lo que Alix sabía sobre su madre le había llegado de oídas, de modo que acumulaba los datos, sin preocuparse mucho por si eran ciertos o no. Sabía con seguridad que Mathilda se había mudado a Londres a los nueve años y había dejado el colegio a los catorce para entrar a trabajar en un centro comercial, porque tenía los certificados de la escuela, donde indicaba cuándo había llegado y cuándo había dejado los estudios su madre. Y también sabía que Mathilda había trabajado de enfermera durante la guerra. Había una fotografía y un manual para enfermeras que lo demostraban. Aparte de eso, Alix creía que Mathilda había tenido una cintura de avispa, porque había heredado un ajado delantal de enfermera cuyo cinturón describía una circunferencia imposible. Los mensajes y las flores secas que la abuela de Alix guardaba en una caja demostraban que decenas de personas habían asistido al funeral de Mathilda en 1916. Y tenía la fotografía de la boda de sus padres, una instantánea llena de alegría y esperanza. Alix se inventaba el resto. Su abuela, que podría haber dado consistencia a la estructura enclenque de esa historia, había decidido no hacerlo.

Alix contó los francos que llevaba en el monedero y entró en Zollinger. Salió increíblemente más tarde con un paquetito diminuto. Miró la hora. Las cinco y cinco. Saint-Honoré era una avenida larga y tenía que llegar a la todavía más exclusiva rue du Faubourg Saint-Honoré. En una de las tiendas había expuesto un objeto de un valor extraordinario, y, si no se daba prisa, podían retirarlo del escaparate. O venderlo.

Había pagado cara la libertad de esa tarde. «Mémé, quiero decir, mi abuela, se ha torcido el tobillo y tiene que ir al médico —le había dicho a mademoiselle Boussac, su supervisora—. ¿Podría salir antes para acompañarla?» Detrás de la espalda, unos dedos tensos delataban la mentira, aunque la supervisora solo vio a una chica modesta de pelo moreno con los ojos clavados en el suelo. Una chica que no aparentaba los veinte años que tenía, pues parecía mucho más joven, pero que vestía como una modelo de una casa de moda y que hacía bien su trabajo. Que poseía un dominio del inglés que la compañía telefónica necesitaba.

—Si me dice que no, lo entenderé...

Alix levantó los ojos negro azabache, que debían de transmitir auténtica desesperación, porque mademoiselle Boussac suspiró y dijo:

—De acuerdo...

Alix podía terminar antes el turno, pero no le pagarían el tiempo que dejase de trabajar y ese tipo de ausencias no podía convertirse en una costumbre.

—La empresa no puede hacerse cargo de todas las enfermedades familiares. Si llega un día en que no podemos confiar en usted, no nos costará mucho cubrir su puesto con otra persona.

A Alix esas palabras le sonaron a música celestial. Ojalá llegase al trabajo un día y se encontrara con que había otra persona en su puesto. El recado de ese día formaba parte de un plan. Un paso hacia un futuro en el que entraba un piso en una calle

peatonal arbolada y la libre expresión de sus ambiciones. Esas ambiciones se le habían adelantado. La esperaban en el número 24 de la rue du Faubourg Saint-Honoré.

—¡No!

Alix plantó el pie en el suelo con rabia. Acababa de llegar al número 24 de la calle. A Hermès, los artesanos de la seda y la piel. El objeto por el que había mentido y sacrificado un sueldo muy valioso estaba donde confiaba que estuviera (en el escaparate), pero enroscado alrededor de las asas de un bolso que a su vez se hallaba apoyado en una silla de montar rematada con delicados pespuntos. Necesitaba verlo extendido.

Lo que tenía que ver era un cuadrado de seda, el primer pañuelo que había salido de la nueva fábrica de Hermès de Lyon. Bueno, por lo que podía apreciar a simple vista, predominaba el color blanco y las costuras de los bordes estaban cosidas a mano. Tenía un estampado de arbolitos, o tal vez fueran arbustos, ruedas y cabezas de caballo, y lo que parecía un hombre con peluca. Repasó de arriba abajo su atuendo. ¿Se atrevería a entrar para pedir que se lo enseñaran?

Su traje les daba mil vueltas a los harapos que llevaban sus compañeras de trabajo, pero no estaba a la altura de los estándares del Faubourg Saint-Honoré. ¿Qué ocurriría si la dependienta le echaba un vistazo y le negaba la entrada? ¿O si adivinaba sus intenciones?

No pasaría eso, se convenció. No era delito querer ver algo nuevo y hermoso. La revista *Marie Claire*, recién llegada a los quioscos ese mes, insistía en que «la confianza nace de dentro». Pero, claro, lo mismo pasaba con la inseguridad y la indigestión.

El ronroneo de un felino hizo que volviera la cabeza. Un Rolls-Royce acababa de parar, con la reluciente carrocería de color arena dorada. El chófer se bajó y se recolocó los guantes de piel antes de abrir la puerta del pasajero.

Una mujer salió del coche con la gracia de una bailarina. Saltaba a la vista que no era francesa, evaluó Alix. Estaba aprendiéndose el código de etiqueta de la sociedad francesa y sabía que las parisinas ricas se recogían el pelo durante el día. Los tirabuzones de esta mujer caían en una cascada rubia cobriza por debajo del sombrero de piel de zorro. Llevaba los labios pintados de rojo carmín y las cejas perfiladas con dos pinceladas oscuras. ¿Una estrella de cine? Fuera quien fuese, las puertas de Hermès se abrieron ante ella cuando todavía estaba en la acera.

El chófer se llevó un cigarrillo a la boca, abrió un mechero de gasolina y le guiñó el ojo a Alix.

—¿Mirando escaparates, preciosa? Ya somos dos.

Alix lo miró con superioridad y entró en la tienda detrás de la dama.

—¿Mademoiselle?

Una joven dependienta, una *vendeuse*, le interceptó el paso. Alix percibió cómo la chica tiraba mentalmente de las costuras de su americana, analizaba el tipo de corte. Buscaba los signos secretos de la opulencia. Por supuesto, no los encontró, porque repitió en un tono más severo:

—¿Qué desea, mademoiselle?

—Guantes —respondió Alix sin pensarlo—. Eh... Quería unos guantes. Y un pañuelo para el cuello.

Desvió la mirada hacia el escaparate, pero no se atrevió a desplazarse hacia allí.

—¿Guantes para la temporada de primavera?

—Eh... Sí, marrones.

¿Marrones para la primavera? Ay, ay, ay. La *vendeuse* le indicó con la mano que se sentara en una silla alejada del escaparate.

—Por favor, sígame, mademoiselle.

A la dama del Rolls-Royce la estaba atendiendo una *vendeuse* con más experiencia y Alix oyó que exclamaba en inglés pero con acento norteamericano:

—¡Ay, Dios! ¿Así que este es el nuevo retoño del señor Hermès? ¡Todas nos vamos a pelear por tenerlo! Supongo que tiene nombre, ¿verdad?

Alix dudó. Estaban hablando precisamente de ese pañuelo.

—Monsieur Hermès lo ha llamado «Jeu des omnibus et dames blanches» —respondió la *vendeuse*.

—Alabado sea el Señor, tendrá que traducírmelo.

—Se refiere, madame, a un juego de mesa llamado ómnibus que se practicaba en el siglo dieciocho y a las *dames blanches*, que son esos carruajes tirados por caballos para las personas de ciudad, a los que también llamamos *omnibus*. Es un juego de palabras.

—Bueno, pues ese juego supera mi capacidad de comprensión —dijo la dama mientras sujetaba el cuadrado de seda a la luz—. Pero me muero de impaciencia por vérmelo alrededor del cuello. ¿Puedo permitirme un capricho tan valioso?

—En Hermès siempre nos sentimos honrados de poder servir a madame Kilpin.

Alix se acercó un poco. «Madame Kilpin» no era una estrella del cine. Las actrices siempre se hacían llamar «señorita», nunca «señora». Tampoco era la esposa de un diplomático. «Alabado sea el Señor.» En el mostrador había una caja plana abierta, y Alix cayó en la cuenta de que debía de haber más pañuelos como el que buscaba en existencia. Por supuesto que sí. En cuanto se hubo extendido el rumor, las mujeres habían corrido a comprarlo. Un motivo más para asimilar el diseño, los colores. Negro, naranja quemado, azul...

El motivo del carruaje de caballos se repetía en un círculo doble. Alix contó las imágenes y se fijó en la dirección de cada una. El centro era una rueda de damas y caballeros de finales del siglo XVIII alrededor de un juego de mesa. Contó las figuras, memorizó los vestidos y los peinados. Un diseño complejo.

—¿Y quién es usted, Señorita Ojos Grandes? —La norteamericana giró el cuerpo sin levantarse de la silla—. Me está perforando con la mirada.

Alix se apartó.

—Disculpe, lo siento.

Salió despavorida a la calle, pero antes oyó:

—Me atrevería a decir que es periodista y que va a vender una exclusiva sobre mí a la prensa. Qué aburrimiento. Aun con todo, le daría un seis sobre diez por el esfuerzo.

La luz empezaba a palidecer cuando Alix cruzó el Sena por el pont Marie y descendió al quai d'Anjou. Estaba en Île Saint-Louis, la más pequeña de las dos islas que formaban el antiguo centro de París. Saint-Louis era un enclave de calles con encanto y embarcaderos cubiertos de musgo, y Alix se había prometido que algún día viviría en una de sus decadentes mansiones. Había recorrido el camino desde Hermès a toda prisa, propulsada por la humillación. «Un seis sobre diez...»

Sus tacones fueron repicando en los adoquines hasta que llegó a una oxidada barcaza holandesa amarrada a una anilla de hierro. El barco se llamaba *Katrijn*, aunque a partir de la *r* el nombre había desaparecido por culpa de una colisión ocurrida hacía mucho. Era el hogar de su mejor amigo.

—¿Paul? —lo llamó—. Soy yo, Alix. ¿Estás en casa?

Dos cabezas rubias idénticas se asomaron por la puerta de la casa-barco, y luego dos niñas con vestidos de algodón correataron hasta la popa. Una de las niñas llevaba un violín en miniatura en una mano y el arco en la otra.

Alix saludó a las niñas.

—Lala, Suzy, hola. ¿Está vuestro hermano en casa? ¿Puedo pasar?

Lala, la que llevaba el violín, hizo un gesto con los labios para que no gritara.

—Chist. Está durmiendo. Hoy ha tenido que ir al mercado a las cuatro de la madrugada.

—¿Habéis ido a clase?

—Un rato. Yo fui a clase de violín y Suzy fue a ver a la señorita del habla.

—¿Te refieres a la logopeda? —Alix se echó a reír—. ¿Podéis darme un vaso de vino? Os prometo que no despertaré a Paul.

Le abrasaban los pies y necesitaba sentarse para calmar los pensamientos que se le agolpaban en la cabeza. Las niñas dejaron caer una pasarela..., poco más que un tablón combado. Mientras lo cruzaba, Alix se repitió que no debía mirar al agua, pero nunca podía evitarlo. El destino se empeñaba en que, siempre que estaba en mitad de camino, otro barco pasara a toda máquina y las olas hicieran que el *Katrijn* se bambolease y diese sacudidas. Podía quitarse los zapatos, pero las medias le costaban el sueldo de media semana...

Un chasquido la obligó a levantar la mirada. Una mano grande se acercaba para

ayudarla. El brazo que la seguía estaba bronceado y desnudo. Igual que el torso que había detrás.

—¡Paul, estás desnudo! —exclamó.

—Puede ser —dijo Paul le Gal, y mostró unos dientes fuertes y torcidos—. ¿Has venido para hacer el amor conmigo?

—¡Calla! Las niñas te van a oír.

—No, qué va. Escucha.

De la galera del barco salía una armonía de ruiseñores: Suzy le decía a Lala que cogiera una botella de vino, Lala le decía a Suzy que buscara vasos. Aunque Suzy no hablaba nunca, muchas veces cantaba. Hacía un año que habían perdido a su madre en unas circunstancias desgarradoras, y cuando Alix veía a las gemelas, le recordaban a un par de patitos, que se mantenían a flote como podían en la estela de la tragedia. Nadaban y nadaban porque la alternativa era hundirse.

Paul la ayudó a subir por la borda, la cogió en brazos y la besó mientras ella se sacudía las manchas de óxido de la falda.

—No empieces —lo reprendió—. He venido por trabajo... Tengo una copia, recién salida del horno, pero tengo que pasarla al papel.

—Estaba dormido, pero te he oído en sueños —dijo Paul rozándole la boca.

Tenía veintidós años, no era mucho mayor que ella aunque lo parecía porque su trabajo como transportista en el mercado de fruta y verdura lo mantenía musculado y el tabaco le había vuelto áspera la voz. Alix dejó que la besara, aunque sabía que no era justo para ninguno de los dos. Eran amigos y socios, y ese día había ido a verlo por negocios.

Lo apartó con firmeza.

—Tengo que sentarme ya o se me escapará lo que tengo en la cabeza.

Una mesa circular con cuatro sillas desparejadas llenaba la proa de la barcaza. Paul sacó un asiento, encendió un candil y observó a Alix, que cogió el bloc de dibujo y unos lápices de colores del bolso. La quietud se apoderó de él y le otorgó belleza, a pesar de las cicatrices de la cara y del bulto de la nariz rota.

—Siempre tengo miedo de que encuentres a un rico y te olvides de mí.

—Hoy he visto a una mujer rica —comentó Alix mientras Suzy avanzaba insegura hacia ellos, con unos vasos de vino y una jarra en una bandeja de latón—. Iba cubierta de pieles del mismo color que su coche.

Suzy sirvió el vino con la solemnidad de un maître mientras Lala dejaba dos vasos de leche encima de la mesa, que en realidad era una bobina de cable con las letras «PTT» estampadas en la parte superior. Paul, Lala y Suzy se quedaron sentados en silencio mientras Alix hacía bocetos, y descartaba una hoja tras otra para intentar reproducir de la mejor manera el pañuelo de Hermès. Mentalmente tenía la imagen tan nítida como una fotografía, pero los lápices no la comprendían. Cayó el atardecer. Se encendieron las luces del Hôtel Lambert por encima de ellos, que proyectaron rectángulos como naipes dorados sobre el muelle. En la ribera más alejada, el port

des Célestins lanzaba destellos sobre el agua. Su público se mordía las uñas, pero a Alix no le importaba, porque sabía que querían alentarla. Todos estaban cortados con el mismo patrón. Todos eran supervivientes. Lala protegía a Suzy y practicaba mucho con el violín para algún día poder tocar en la calle y pasar la gorra entre los turistas. Suzy cortaba las verduras todas las noches para la cena, subida encima de una caja, hasta que acumulaba una pila enorme de pedacitos del mismo tamaño. Paul trabajaba más horas que un reloj para alimentarlas y que pudieran ir a la escuela. Alix comprendía su tristeza, porque había perdido a su madre al nacer. Perder a quien habías tenido toda la vida debía de ser todavía peor.

—Ah, se me olvidaba... —rebuscó en el bolso hasta encontrar el paquetito de Zollinger—. Uno para cada una, chicas.

Lala y Suzy se quedaron mirando fijamente los bombones hasta que Alix, entre risas, les dio permiso para desenvolverlos.

—¿Puedo oler el papel? —preguntó Paul.

—No tenía suficiente dinero para cuatro. ¿Sabes que las dependientas colocan los bombones uno por uno en el papelito y luego retuercen los lados para cerrar el envoltorio? Es maravilloso... Lo que pasa es que me moría de impaciencia en la tienda y no paraba de dar saltitos de un pie a otro... —Alix mandó callar a Paul cuando este empezó a contestar—. Déjame terminar.

La punta de la lengua le asomaba entre los dientes. Igual que las gemelas que se perdían por lujosos caminos de crema de violeta, ella se perdió en sus pensamientos.

—Sacaré como sea este maldito pañuelo y nos pagarán. ¿Un seis sobre diez? Un día, las damas envueltas en pieles de zorro vendrán a mi tienda y suplicarán que les permita comprar mis diseños.

Ya eran casi las nueve cuando Alix cerró por fin el bloc de dibujo, se dio cuenta de cuánto tiempo había estado allí sentada y exclamó:

—Llego tarde, tengo que correr.

Paul la sacó del apuro llevándola a casa montada en la barra de la bicicleta. Alix vivía en la Rive Gauche del Sena, en la rue Saint-Sulpice, en el 6ème arrondissement. Cruzaron el Sena por el pont de Sully y recorrieron a toda velocidad el boulevard Saint-Germain por el centro de la calzada. Alix suspiraba cuando los faros de los coches se abalanzaban hacia ellos. Justo cuando estaba a punto de que le diera un ataque de nervios, Paul giró el manillar para salir de Saint-Germain y se toparon con las agujas finas como patas de mesa de la iglesia de Saint-Sulpice, la parroquia de Alix.

—Paul, puedes... ¡Ay! —Rozó la tapa de una alcantarilla—. El resto lo haré andando.

—¿No quieres que subamos los peldaños de tu casa en bici?

—Muy gracioso. Madame Rey saldría y te molería a palos con la fregona. —La portera del edificio de Alix era un alma en pena que empleaba la fregona más veces como arma de guerra que para limpiar—. Será mejor que me vaya. Mémé estará preocupadísima.

Retrocedió un paso, porque sabía que Paul querría estrecharla en sus brazos.

—Dos minutos no suponen nada para tu abuela.

—No conoces a mi abuela.

El joven soltó un gruñido.

—¿Por qué siempre tengo que despedirme de una puerta cerrada?

Alix le dio un beso fugaz en la mejilla.

—Me avisarás cuando sepas algo del boceto de Hermès, ¿verdad? ¿Lo venderás?

—Se lo llevaré a mi contacto habitual y cruzaré los dedos. —Siempre le decía lo mismo. Sin nombres, sin promesas—. Entonces, ¿buenas noches?

—Buenas noches. Será mejor que vuelvas a casa con las niñas.

Observó a Paul mientras esquivaba dos coches aparcados y se perdía pedaleando entre las sombras de la imponente iglesia.

La puerta del patio de Alix estaba entreabierta. La cerró despacio y olfateó. Orina. Cada vez peor.

Unos inquilinos nuevos acababan de instalarse en los antiguos lavaderos que quedaban detrás del bloque de pisos donde vivía Alix. Algunas veces se entretenía



contando los adultos: tenía la impresión de que debía de haber por lo menos cinco familias hacinadas. Los demás residentes se quejaban de los olores a comida de los recién llegados y de sus canciones lastimeras. Alix se sentía intrigada, pero nunca se acercaba a ellos. Hombres de bigote que la miraban con fascinación por debajo de las capuchas, mientras sus mujeres observaban con los ojos como platos entre mechones de pelo negro. Madame Rey los llamaba «alimañas extranjeras»: «No saben ni una palabra de francés, ni tienen intención de aprender».

Alix nunca se sumaba a sus injurias. Si ella hubiera llegado a París con su familia, tampoco habría mejorado demasiado el francés que había aprendido en la escuela. Cuando te dejan tirado en la cuneta sin nadie que pueda lanzarte un salvavidas es cuando te espabilas para hablar un idioma con fluidez. Su empleo en la centralita telefónica exigía un francés claro y correcto, así que en un momento dado, Alix era incapaz de precisar cuándo, había dejado de titubear para empezar a hablar con soltura. Conocer a Paul la había ayudado porque le corregía los errores sin juzgarla, aunque también le había enseñado el habla coloquial de las calles de París y numerosos insultos.

«Si quieres ser experta en un idioma, búscate un amante», fue una de las primeras cosas que le dijo su amigo, acompañando las palabras con una sonrisa pícaro.

Al entrar en el portal, Alix susurró su particular oración: «Seis tramos de escaleras. Sagrada providencia, que nuestro próximo piso tenga ascensor». Con suerte, su abuela no se percataría de lo tarde que era. Pero cuando llegó al último descansillo, la puerta de su casa se abrió como un resorte y una voz tildada de ansiedad chilló:

—*Vey ist mir*, Alikí. ¿No te has dado cuenta de que se ha puesto el sol y ha salido la luna? Casi me tiro de los pelos, pensando que te habrían matado o algo peor... ¿Dónde has estado?

—Lo siento, Mémé. He perdido la noción del tiempo.

En casa hablaban inglés, o lo que Alix llamaba «el inglés de Mémé».

—Siéntate a la mesa. No te muevas. Voy a buscarte la comida. —Danielle Lutzman dejó que su nieta adivinara qué quería que hiciese a partir de esas órdenes contradictorias y luego añadió—: Ya me contarás por qué te has retrasado mientras te tomas la sopa.

Su apartamento, aprisionado en el ático abuhardillado de lo que en tiempos había sido una mansión, no podía ocultar el olor de la cocina. Alix supo al instante que había sopa de cebolla con tomillo, cocinada con caldo de hueso de ternera y espolvoreada con parmesano. Se la serviría con una rebanada de pan tostado..., que a esas alturas ya se habría quedado como una piedra. Había que comérselo recién salido del horno.

Se quitó la americana del traje y la sustituyó por una chaqueta gruesa de lana. Hacía

fresco en el piso. El suministro de carbón estaba incluido en el alquiler, y se suponía que la portera tenía que encender la calefacción central dos veces al día, pero en realidad la encendía dos veces al mes, si tenían suerte. En invierno, se veían obligadas a emplear estufas de queroseno, que emitían gases contaminantes. Cuando se quejaban del frío, madame Rey les recriminaba que ya habían gastado la cantidad de carbón que tenían asignada, o aseguraba que la caldera no funcionaba bien. «Mi hijo Fernand la arreglará la próxima vez que pase por aquí», les prometía. Ay, el escurridizo Fernand. La portera les tomaba el pelo, pero tenía poder. Era los ojos y los oídos del propietario.

Alix paseó la mirada por la habitación mientras esperaba la sopa y se percató de que habían bastado diez minutos dentro de la tienda de Hermès para desmontarle los esquemas de lo que significaba la elegancia. Su funcional salita de estar le parecía ahora sorprendentemente lúgubre. El linóleo estaba rajado, las alfombras tan desgastadas en algunas partes que se veía la urdimbre. Las manchas de las paredes eran las reliquias de varias anécdotas deprimentes protagonizadas por el queroseno. El único encanto residía en la modesta colección de cuadros del pintor impresionista Alfred Lutzman, paisajes y vistas de su ciudad natal en Alsacia: Kirchwiller. Mémé las había preservado desde su vida anterior a Londres. Lutzman era el marido de Mémé, el abuelo de Alix.

Alix anhelaba saber más sobre sus raíces alsacianas, pero su abuela se disgustaba mucho si le preguntaba por aquella época. Se limitaba a murmurar: «Fueron tiempos duros, angustiosos» y después cambiaba de tema, o le buscaba alguna tarea a Alix. Con eso solo conseguía que Alix tuviese todavía más ganas de dilucidar quién, y qué, había sido su abuela en el pasado.

Habían llegado a París en septiembre de 1935, extranjeras en una ciudad castigada por los disturbios y el desempleo, con la nerviosa remilitarización alemana justo al otro lado de la frontera. Alix había perdido la cuenta de las veces que le habían preguntado su nacionalidad. La pregunta solo tenía una respuesta correcta: «francesa».

Era inglesa, por supuesto. Alsaciana de origen germánico. Judía, aunque no practicante. Técnicamente podía reclamar que tenía sangre francesa porque Alsacia había sido arrebatada por Francia en 1918. En otras palabras, una mezcla sin una historia convincente que la respaldara. París había sacado a la luz su ignorancia y, harta de las evasivas de su abuela, le había pedido a otra persona que rellenara las lagunas. Había ido a buscar a Raphael Bonnet.

Raphael Bonnet era uno de los diez mil pintores que vivían en París, pero poseía el rasgo distintivo (a ojos de Alix) de haber sido el aprendiz de su abuelo. Tras la repentina muerte de Alfred Lutzman, Bonnet había ayudado a Mémé y a su hija Mathilda a mudarse a Inglaterra, un episodio que su abuela describía como «una amputación sin opio». Alix se imaginaba lo imprescindible que había pasado a ser Bonnet para alguien tan temerosa como su abuela. Mémé hablaba muchas veces de

él, con un atisbo de sonrisa en los labios, pero durante los dieciocho meses que llevaban en París no había ido ni una sola vez al estudio del pintor en Montmartre... Y Bonnet nunca iba a visitarlas.

Cuando le preguntaba por qué, Mémé solía contestar: «¡Está ocupado! Siempre está montando alguna exposición, aunque, por supuesto, nunca termina los cuadros cuando toca. ¿Debería perder el tiempo con nosotras?».

«Sí —pensaba Alix—, sí que debería.» Si las personas se caían bien, quedaban para comer o para ir al museo, paseaban por el parque. Alix intuía que Bonnet era una parte de Alsacia que Mémé se había llevado al exiliarse a Inglaterra, donde disfrutaba de su amistad porque representaba un puente entre el hogar que había abandonado y la nueva ubicación en la que siempre sería una extraña. Cuando Bonnet regresó a Francia, las cartas y las postales navideñas mantuvieron viva la llama del vínculo. Y cuando Londres empezó a ponerse peligroso, los pensamientos de Mémé saltaron a París y a su viejo amigo. Después de haberse mudado a París a causa de Bonnet, ahora Mémé se empeñaba en evitarlo con todas sus fuerzas. ¿Por qué? ¿Era porque habían pasado los años y ambos eran una versión más vieja de la persona que el otro recordaba?

De todas formas, seguían carteándose. Las cartas de Bonnet, que Mémé le dejaba leer a Alix, habían alimentado las ganas de la joven de conocer al pintor. Era un hombre irreverente, un poco malicioso, los esbozos que hacía de la gente con las palabras de su mundo eran crueles pero a la vez tronchantes. Salpicaba las cartas con referencias tentadoras a su pasado en Alsacia, y solo lo separaba de ellas el río y unos cuantos arrondissements. París era pequeño en comparación con Londres... Sería una estupidez no ir a buscarlo..., ¿a que sí?

Así pues, una tarde Alix había cruzado el río, se dirigió al norte de la ciudad por las amplias avenidas, tomó callejas cada vez más estrechas y empinadas hasta llegar al barrio parisino que se hallaba en lo alto de la colina: el Butte de Montmartre. Cuando preguntó en un estanco por «¿Monsieur Bonnet, el artista?», le indicaron que se dirigiera a la place du Tertre, a una cafetería a la sombra de una acacia. Quien le informó dijo: «Barba canosa, pintura en el chaleco. Vaya al bar. Estará haciendo guardia».

Cuando localizó al hombre robusto y de barba que encajaba con la descripción y se presentó, el pintor parpadeó durante varios segundos antes de reaccionar y aprisionarla con un abrazo de oso que no le había dado nadie desde la muerte de su padre.

—¿Alix? ¿La nieta de Danielle? ¿La hija de Mathilda? *Mon Dieu*, ¿quién podías ser si no? Eres igual que Mathilda, ¡y veo al viejo pintor en tus ojos! Escuchadme todos... —Bonnet había invitado primero a sus amigos íntimos y después a toda la taberna a dar la bienvenida a Alix—: Alfred Lutzman ha venido por fin a su casa espiritual encarnado en esta preciosa muchacha. ¡Bebamos para brindar por el milagro!

Un amigo, un pasado, una identidad... Todo de un trago: Raphael Bonnet le contó más cosas sobre Alsacia y su familia en una hora de lo que Mémé le había contado en toda su vida. También le dio a probar el vino tinto y le presentó a una lozana mezcla de modelos de pintor, bailarinas eróticas, músicos y otras personas que él denominaba «artistas del frasco». Borrachos. Todo un despertar para una joven cuya experiencia con el sexo, el alcohol y los hombres podía escribirse en el margen de una entrada de museo.

Bonnet había intentado ir a verlas al piso de Saint-Sulpice en más de una ocasión, pero la abuela de Alix se lo había prohibido.

—Cree que no soy una compañía muy recomendable, y tiene razón. —Señaló con la mano a una multitud de hombres y mujeres arracimados alrededor de un piano en el que un hombre africano tocaba música de jazz con mucha emoción—. Mis gustos la escandalizan, mis amigos la dejarían sorda. Además, sé demasiadas cosas. A tu abuela le gusta que el pasado se quede en el pasado, así que, ya ves... A lo mejor esto es un hola y un adiós.

Pero Alix quería ser su amiga, quería probar más que un traguito de esa vida embriagadora y bohemia.

—No renunciaré a usted ahora que lo he encontrado, monsieur Bonnet —le contestó.

Desde entonces se veían por lo menos una vez al mes. Mémé nunca sospechaba; Alix se aseguraba de que no lo hiciera.

Y cuanto más bebía Bonnet, más hablaba. Gracias a una jarra de beaujolais, Alix se enteró de la apabullante noticia de que Alfred Lutzman no había muerto en la cama; lo habían matado.

—¿Cómo? ¿Quién lo hizo?

Bonnet había empezado a divagar, algo que no solía hacer. Un ataque no premeditado, unos ladrones que entraron en la casa y a los que sorprendió el pintor.

—Mejor no preguntes más... A tu abuela no le gustaría.

Desde luego que no, sobre todo porque Mémé siempre había asegurado que Alfred había muerto de un ataque al corazón mientras dormía. Desde ese primer encuentro, Alix había intentado sonsacarle más información a Bonnet, pero costaba lograr que se concentrara. Sus anécdotas entraban en espiral en los reinos más surrealistas y cambiaban cada vez que le narraba la historia. Saltaba entre unas décadas y otras, soltaba nombres que explotaban como las castañas calientes. A veces decía cosas subidas de tono.

—¿Te acuerdas de la gorda Fiametta, esa encantadora de serpientes que se pasea por aquí con una enorme cesta tapada? ¿Dónde crees que guarda su víbora roja y negra?

Después de una botella de vino o dos, Bonnet siempre intentaba pedirle dinero. Pero, a pesar de todo, Alix le tenía mucho cariño. La escuchaba, la escuchaba con atención. También compartía ilusionado la opinión de Alix: de haber seguido con

vida, Alfred Lutzman habría sido un artista puntero de su generación. Según Bonnet, Lutzman había sido el pintor que mejor plasmaba el cuerpo humano de su época. De los cuadros que había en casa de Alix, solo uno mostraba una figura, una niña sonriente cuyas trenzas negras estaban recogidas bajo una cofia de tiesa puntilla alsaciana. El retrato se titulaba *Mathilda* y era el favorito de Alix.

Mémé la despertó de su ensoñación cuando puso el plato hondo humeante delante de Alix y sacó una silla para sentarse. Sobre la mesa colgaba una lámpara de techo baja, y entre los destellos Alix vio los surcos de las lágrimas en las mejillas de su abuela. Estuvo a punto de soltar la cuchara, pero se contuvo. Con Mémé no había que preguntar nunca directamente por lo importante. La joven señaló con la cabeza la mesa de costura que había cerca, cubierta de seda vaporosa y bobinas de hilo, y preguntó:

—¿Es el bordado de Maison Javier? No paran de hacerle encargos, Mémé. Debe de estar agotada.

—Sí, es mucho trabajo, pero en la vida no he hecho otra cosa que trabajar. Termínate la sopa. Siéntate más cerca de la mesa... ¿Quieres que se te manche la falda? ¿Cómo está el pan? Se habrá quedado duro, ¿no?

—Si lo mojo está bien. Puntadas invisibles, ¿verdad? Cuando se dan las puntadas por el reverso de la seda para que... —Alix dejó la cuchara en el plato—. ¿Mémé?

A su abuela le cayó otra lágrima. Mémé se empolvaba la cara todas las mañanas y todas las noches, para cubrir las marcas de la edad y las imperfecciones, pero el maquillaje se le había estropeado ya y la cicatriz que tenía encima de la ceja izquierda se veía de color blanco.

—¿Tan preocupada estaba porque no volvía a casa?

—Llevo todo el día angustiada.

—¿Por mí?

—He leído en el periódico que cada vez tratan peor a los judíos en Alemania. Tenía primos allí. ¿Qué será de sus familias? Y esa guerra civil en España... ¿Cuántas personas tienen que morir antes de que alguien le ponga fin? Y entonces no volvías a casa, toda la tarde esperándote y no volvías... ¿Por qué te has retrasado?

Alix se sintió tentada de contestar: «Mademoiselle Boussac me pidió que le enseñara a una chica nueva cómo iban los cables», pero se recordó que a sus veinte años ya no tenía edad para mentiras ni evasivas.

—Fui a ver a Paul le Gal. Tomamos una copa de vino en el barco y se me fue el santo al cielo.

—Le Gal, ¿es el chico cuya madre...? —Mémé se mordió la lengua y no acabó la frase—. ¿Has estado a solas con ese mozo del matadero?

—Estaban sus hermanas. Y Paul ya no trabaja en el matadero, *grand-mère*. —El afectuoso «Mémé» desapareció un instante—. Trabaja en el mercado de Les Halles, descarga fruta y verdura.

—Da igual. Has estado a solas con un mozo de carga cuya madre se ganaba la

vida haciendo la calle.

—No es verdad. Sylvie le Gal no era... lo que insinúas. Su negocio se fue a pique, nada más.

Alix siempre sería fiel a Sylvie, cuya sonrisa había alegrado la incertidumbre y la ansiedad de sus primeras semanas en París.

El día que la conoció, iba a una entrevista de trabajo en el boulevard Haussmann y se confundió con las líneas del metro, de modo que salió a la superficie en el quinto pino, cerca de la place de la Bastille. Al borde de las lágrimas (era la sexta entrevista que le salía mal en una semana), se aproximó a la avenida más cercana para mirar cómo se llamaba. No vio la valla publicitaria plantada en la acera hasta que se chocó con ella: «Aprenda a bailar tango en diez semanas». Una cabeza rubia se asomó por la ventana de la primera planta, seguida de un cantarín: «Ya que casi se cae con el cartel de la academia, le daré la primera clase gratis».

Igual que Bonnet, Sylvie era un espíritu libre. Llevaba faldas demasiado ceñidas y camisetas muy escotadas, aunque era de esa clase tan poco común de personas que aprecian a hombres y mujeres por igual. Y nunca se enfadaba si los alumnos se confundían con los pasos. Se limitaba a enseñarles las cosas despacio hasta que las asimilaban. Pero la academia había cerrado, y al tener deudas y dos niñas pequeñas que alimentar, Sylvie se puso a bailar en sórdidos *bal musettes* y en los clubes de Pigalle. Según Paul, bailaba con hombres y... lo que siguiera después. Lo que siguió después fue un salto desde el puente, lo cual confundió a Alix, porque no lograba relacionar a la alegre Sylvie con la muerte en las gélidas aguas negras del río.

—Las hermanas de Paul querían que me quedase —le contó a Mémé—. Echan de menos a su madre.

Danielle Lutzman no estaba dispuesta a rendirse.

—¿Y qué hará el tal Paul cuando tengan doce años y una de ellas siga sin hablar? ¿Cómo le enseñará a esa niña a ir por la vida si no habla?

—Ya se las arreglará. La gente le dice que las lleve al orfanato de la parroquia. Pero entonces ganaría el río.

—No dices más que tonterías.

Mémé entrelazó los dedos. Como su especialidad eran los bordados finos, siempre se ponía parafina en las manos para mantenerlas suaves e hidratadas, y reservaba parte de sus escasas ganancias para una señora de la limpieza que hacía las tareas más duras de la casa. Por eso, sus nudillos parecían siempre a punto de reventar la fina capa de piel.

—Yo tampoco las llevaría con las monjas —reconoció—. Cuando era joven, fui a Estrasburgo a trabajar en las fábricas de puntillas de encaje. Las monjas venían de visita, pero nunca preguntaban por nosotras, las judías. Solo les importaban las vírgenes católicas. —Mémé dio un golpe en el mantel—. Come. Termínate la sopa.

Alix obedeció.

—Tienes un buen trabajo en la compañía telefónica —dijo Mémé—, dinero fijo

todos los meses. Hay posibilidades de que llegues a supervisora y caces a un hombre que vaya a la oficina trajeado, con una casa en un barrio residencial bonito. Y en lugar de eso ¿quieres meterte en un lío por culpa de un mozo del mercado?

—Paul y yo solo somos amigos.

—¡Bah! ¿Beber vino a oscuras es ser «solo amigos»? En mis tiempos no lo era.

—Ahora las cosas son distintas.

—Y hay cosas que nunca cambian. Los hombres cortejan, las chicas se quedan embarazadas y tiran su vida por la borda. Eres lo único que tengo, Alikí. No quiero que te pase nada.

Alix estuvo a punto de confesarle su excursión a Hermès. Ya tenía el discurso preparado mentalmente: «No quiero pasarme la vida metida en el edificio de la compañía de teléfonos. “Un momento, caballero, enseguida le paso, no cuelgue, por favor.” No quiero casarme con un hombre que vista trajes aburridos. Quiero aprender cómo funciona el negocio de la moda y algún día abrir mi propio taller. Ser la nueva Chanel, Vionnet, Jeanne Lanvin... Abrir una tienda en el 1er arrondissement». Bastó echar un vistazo a la mesa de costura para cerciorarse de que su rapsodia sería recibida por unos oídos sordos.

—Quiero entrar en el sector de la alta costura —dijo en voz alta.

—¿Y trabajar jornadas de dieciséis horas para que se te pongan los dedos como garras? —Mémé mostró sus dedos, torcidos como los juncos del río—. Créeme, Alikí, si entras en ese negocio, será como si jugaras a la ruleta rusa.

Qué ironía que ahora Mémé le insistiera en que no quería que le pasase nada, reflexionó Alix unos días más tarde mientras cruzaba el Jardin du Luxembourg de camino a su encuentro con Paul. Tenía las manos hundidas en los bolsillos y la cabeza agachada para protegerse del viento cortante. Al fin y al cabo, no había visto ninguna señal de precaución el día en que Mémé le anunció que iban a mudarse a París.

En julio de 1935, estaban sentadas junto a la mesa de la cocina de su casa en la parte sur de Londres. Hacía un día cálido y pegajoso, y la ventana abierta dejaba entrar el ruido del tráfico de los comerciantes. Además, era la única tarde libre al mes que tenía Alix en Arding & Hobbs, el centro comercial en el que había trabajado desde que había dejado los estudios. Tenía pensado pasar ese tiempo libre en Clapham Common, haciendo bocetos para su portafolio. En esa época tenía la secreta ambición de entrar en la escuela de bellas artes, empezar con clases nocturnas, después pasar a estudiar a jornada completa si podía permitírselo algún día... Y sin saber muy bien cómo, dar el salto a ser diseñadora de moda. Una ambición que no habían alimentado precisamente las palabras de Mémé, cuando le mandó que se quedara en casa para limpiar un cubo de judías verdes que les había dado una vecina.

Mientras Alix les quitaba la brizna y Mémé las troceaba, su abuela le anunció:

—Quiero que nos vayamos a vivir a París.

Alix se echó a reír sin levantar la vista de las judías.

—Lo digo en serio, Alik. Estoy harta de Londres.

—¿Por qué París?

Mémé sacudió el pelalegumbres.

—El otro día llevé unos cuellos de puntillas a un almacén de Portman Square. ¡La de horas que me había pasado haciéndolos! La encargada de compras, una *dummkopf* cochina, los cogió como si fueran un puñado de berros.

—¿Qué tiene eso que ver con París?

—En París, a las chicas así no les dan un puesto de encargadas de compras. En París, las chicas así venden berros. Sé que en París seré feliz.

—No es verdad. Allí no conoce a nadie, Mémé.

—Mi amigo Bonnet vive en París. —Entonces Mémé se calló, como si hasta ella se hubiera asombrado de sus palabras. Antes de que Alix pudiera preguntarle por Bonnet, añadió a la carrera—: Vive en un barrio problemático y lleva horarios de escándalo, así que no lo veremos. A lo que me refiero es a que la mitad de Alsacia vive en París. Veré a personas que se parezcan a mí y hablen como yo.

—Pero si no conoce ni a un alma.



—¿Qué temes echar de menos? Al fin y al cabo, no veo que te llamen muchas amigas de la escuela.

—Porque todas se han marchado a estudiar a Suiza. —Para sus adentros añadió: «Nunca tuve amigas de verdad en la escuela, nadie querría venir a verme a esta casa»—. ¿Y qué pasa con mi trabajo? —siguió Alix—. El mes pasado me dieron un informe muy positivo y está a punto de salir una vacante en el departamento de sedas. Seguro que me la dan.

—En París tendrás cincuenta departamentos de seda para elegir.

Al final afloró el verdadero motivo, aunque fue unos días más tarde. En realidad, no tenía nada que ver con encargadas *dummkopf*: Mémé tenía miedo del sentimiento antisemita que se estaba extendiendo por Londres.

—Mientras tú estabas apartada del mundo en la escuela del campo —le contó a Alix—, los Camisas Negras de Mosley aprendían de Hitler. Ahora han empezado a atacar a los judíos pobres del East End. Londres ya no es un lugar seguro.

—Por aquí no los apoya nadie. Nadie con dos dedos de frente.

Una vecina, que fue a tomar el té con ellas esa tarde, se puso de parte de Alix:

—No cruzarán el río, señora Lutzman. —Le guiñó un ojo a Alix—. En Wandsworth no entran los Camisas Negras.

—¿Ah, no? —Mémé sintió que desafiaban a su lógica—. El otro día estaba en el autobús. Fui a Spitalfields a comprar hilo de seda y se montaron unos chicos que empezaron a gritarnos a las mujeres mayores. Sabían que éramos judías. Eran Camisas Negras.

—Spitalfields está en la parte este de Londres, señora Lutzman.

—Y ahora saben qué autobús cojo, así que pueden encontrarme si quieren.

Era imposible disuadir a Mémé. Desde su punto de vista, Londres se había convertido en un nido del nazismo: de cristales rotos, palizas y ataques. Siempre había sido delgada, pero cuando llegó el calor de agosto se convirtió en un saco de huesos. Alix cedió. Dejó el empleo y dedicó el mes de agosto a organizar los papeles para el viaje. Vendió los muebles y solicitó direcciones de agencias inmobiliarias en la embajada francesa. Cuando empezaron a caer las hojas, ya estaban rumbo a Dover en el tren que enlazaba con el barco, con sus posesiones bien empaquetadas para que las transportaran a Francia. Alix empezaba a asimilar el futuro que le aguardaba.

Una vez en París, Mémé empezó a tener encargos de un taller de bordados, pero le pagaban menos que en Londres. Era escandaloso lo bajas que eran las tarifas de la industria de lujo de París. Otro imprevisto fue tener que pagar seis meses de alquiler por adelantado por un piso minúsculo, en la sexta planta y sin agua caliente. Alix gastó las suelas de los zapatos buscando trabajo, pero o le decían que no tenía el permiso de trabajo adecuado, o que su francés era deficiente, o que se había puesto a hacer cola en la fila reservada para «ciudadanos franceses».

Estaban al borde de la miseria cuando la llamaron de la compañía de teléfonos. A ese regalo divino siguió otro: conocer a Sylvie le Gal y, a través de ella, a Paul.

Mientras Sylvie enseñaba a Alix a bailar el foxtrot, el shimmy y el tango, Paul le daba lecciones sobre la piratería de la moda y la corregía cuando hablaba en francés. Cada boceto detallado que Alix hacía de un modelo de alta costura antes de su lanzamiento les reportaba doscientos francos en el mercado negro. Paul y ella se repartían el dinero; así evitaban que los alguaciles llamaran a su puerta. Era otra parte de la vida de Alix de la que Mémé no sabía nada.

¿Dónde estaba Paul esa noche? No solía llegar tarde. Alix tomó un atajo no permitido por una extensión de césped, con los ojos bien abiertos por si divisaba al vigilante del parque, que tocaría el silbato si la veía profanando el césped sagrado. Paul siempre la esperaba junto a la estatua del león, bañando la orgullosa entepierna del animal con el humo de sus cigarrillos Gauloises. Había pasado casi una semana desde que Alix se había subido a bordo del *Katrijn*, de modo que debía de haber tardado más de lo habitual en vender el boceto de Hermès. Eso la preocupaba. París estaba lleno de copistas como ella, que revoloteaban alrededor de las colecciones cada temporada. Marzo era un mes tranquilo, porque las colecciones de primavera-verano ya eran historia. Habría cierta animación en abril con los lanzamientos de mitad de temporada, y después nada más hasta el frenesí de los desfiles de otoño-invierno, que se celebraban a finales de julio. Pero incluso en los meses tranquilos, había que mantener la guardia alta. Si uno quería ganarse la vida, tenía que conseguir que fuese su boceto el que viajase en el barco rápido a Nueva York.

Una figura conocida con un chaquetón de marinero surgió de repente por detrás del pedestal del león. Alix corrió hacia él.

—Paul, te habías escondido.

—Me refugiaba... No me había dado cuenta de que habías llegado. Pareces una princesa de hielo —le dijo mientras se besaban en las mejillas—. Me gusta ese abrigo.

—Es del mercadillo —contestó. Y dio una vuelta para que Paul pudiera admirar el generoso vuelo de los faldones de cachemir negro—. Rue des Rosiers.

No era como los de Schiaparelli, pero casi... Saltaba a la vista que era una copia de la colección de primavera de la diseñadora italiana. El abrigo tenía un cinturón que marcaba la cintura y en origen llegaba hasta el tobillo, pero Alix lo había acortado y le había bordado unas rosas en el cuello, así que ahora era un original Alix Gower.

—¿Vamos a tomar un café? —Alix tenía la impresión de que Paul estaba tenso—. ¿Un día duro?

—Como de costumbre.

No insistió.

—¿Quién se ha quedado cuidando a las niñas?

—Francine. —Se refería a la vieja barquera que atracaba al lado de su casa-barco en el quai d'Anjou—. No puedo entretenerme mucho. A estas alturas ya estará medio borracha y se dedicará a enseñarles las bragas a los hombres que pasen en los barcos de carbón.

Lo dijo sin humor, así que Alix lo cogió de la mano.

—Míralo por el lado bueno: a lo mejor esta noche no se ha puesto bragas.

Paul soltó una carcajada como un ladrido.

—¡Eso sí que despejaría el muelle! Vamos, demos un paseo como los amantes que no somos, ¿eh? ¿Te ha ido bien en el trabajo?

—«Lo siento, caballero, no puedo pasar la llamada porque hay interferencias en la línea» —contestó en inglés con acento de la BBC y cambió al francés—: ¿Qué te pasa ahora? Echas humo por las orejas.

—No entiendo ni una palabra de ese maldito idioma. Sabes que hablarme en inglés es como lanzarle una pelota a un perro donde no puede cogerla.

Sus ojos verde gema resplandecieron: Paul era guapo como sus hermanas, vástago de gente humilde, descendiente de francos. Pero quisquilloso como un oficial de caballería.

—Bueno, ¿qué pasa? Tengo estudios, que alguien me pagó —intentó defenderse Alix—. Y es evidente que respetas la educación, porque de lo contrario no te deslomarías para mandar a tus hermanas a clases particulares. Cuando Lala toque el violín en la Ópera de París o La Scala será gracias a ti.

Siguieron caminando haciendo huir a las palomas a su paso. El parque estaba casi vacío, hacía horas que los chiquillos y sus niñeras se habían marchado a casa. Los escritores, poetas y estudiantes que frecuentaban ese retazo del Barrio Latino estarían en las cafeterías de boulevard Saint-Michel. Paul se detuvo para encenderse un cigarrillo. Se agachó sobre la llama hasta que el tabaco prendió por fin. Echó una profunda calada con los ojos entornados.

—Cuéntamelo antes de que reviente —espetó Alix por fin—. ¿Cuánto te han dado por el Hermès?

Paul exhaló una voluta de humo.

—Nada. Mi contacto no podía hacer nada con el boceto. Le faltaban detalles.

—¿Que le faltaban detalles? —Junto con la amarga decepción llegó el miedo. Si ese goteo de ingresos se agotaba... No quería ni pensarlo—. Dime quién hay en París que sea capaz de recordar tantos detalles como yo, que sepa reproducirlos con tanta perfección...

—Nadie duda de ti, Alix. Bueno, por lo menos yo. Pero no se trata de eso. Necesitan el pañuelo de verdad.

—¡Medio día de sueldo tirado por el desagüe! ¿Qué espera tu contacto? Si alguien me da el dinero, ya me compraré el pañuelo yo.

—Supongo que ya lo ha comprado alguien. Irá rumbo a Nueva York para que lo conviertan en diez mil pañuelos falsos en cuestión de un mes. Lo siento, Alix. Y por mí también. Necesitaba la comisión.

—Podrían haber trabajado a partir de mi dibujo.

—La mujer dijo que no.

—¿La mujer? ¿Tu contacto es una mujer?

—Déjalo.

Paul intentó sonreír, pero le salió una mueca irritada. Mantenía a Alix alejada de sus «contactos» y de los bares clandestinos en los que hacía los trapicheos. Paul llevaba metido en el mercado negro desde que tenía edad para saltarse la ley, pero consideraba que Alix era demasiado inocente para ese mundo. «Sonríes a los policías —se burlaba de ella—. Primer signo de locura.»

Entonces se encogió de hombros.

—A veces se gana, otras veces se pierde. —Cuando Alix se detuvo y se quedó plantada delante de él, Paul la malinterpretó y la agarró para acercarla a su cuerpo—. No quiero que malgastes tu vida robando.

Sus labios se rozaron en un beso suave como el cosquilleo de una hoja. Alix inclinó la cabeza hacia atrás y respondió:

—Yo no robo.

—De acuerdo, copias. Gracias a personas como tú, las damas de Nueva York tienen acceso a los originales de París al mismo tiempo que las mujeres francesas. Proporcionas un servicio social, ¿verdad?

—Exacto. Todos consiguen lo que quieren.

—Excepto los diseñadores que crean las prendas. Lo que querrían ellos es ahorcarte.

—Tú me metiste en esto —le recordó Alix—. Cuando apenas hacía una semana que nos conocíamos, me colaste en las carreras de caballos de Longchamps para ver los modelitos de *haute couture*. Me dijiste que tenías un amigo que vendía diseños de moda a una revista de Nueva York, a un dólar el boceto, y que buscaba artistas que dibujaran rápido. Me sedujiste.

—Ya lo sé. Por Dios, Alix, ojalá no te necesitara tanto.

Paul la besó con pasión y Alix se apartó, porque pensó que no tenía derecho, que a ella no le apetecía... Luego se dio cuenta de que no era verdad. En realidad, le gustaba la presión de su boca, el tacto de la barbilla rasposa por la barba incipiente contra su piel. Ni siquiera el sabor de los Gauloises alteraba la emoción.

Alix rompió el beso.

—¿Me estás diciendo que ya no habrá más trabajo?

—Si nos pillan, ¿quién cuidará de mis hermanas y de tu abuela? —Suspiró—. Sí. No habrá más. Tú lo has dicho.

—Hay otro encargo, ¿verdad?

Paul no sabía mentir. Soltó un gruñido.

—O me darás un tortazo o me arrancarás la cabeza.

Ella le tiró de la manga, le dio un beso fugaz y luego dijo provocativa:

—Cuéntamelo. Luego decidiré qué hago.

Paul se lo contó.

Robar la colección de primavera-verano de 1937 de Maison Javier, una casa de alta costura ubicada en la rue de la Trémoille, cerca de los Champs-Élysées. Robar de la casa para la que trabajaba en esos momentos Mémé... ¿Robar la colección entera?

Paul asintió.

—Mi contacto quiere hasta el último lazo, hasta la última hebilla.

—Imposible.

—Eso es lo que le contesté.

Paul levantó la muñeca para comprobar qué hora era. Habían entrado en una cafetería y habían pedido el vino más barato. Ambos eran conscientes de que los esperaban en casa.

—La gente se vuelve loca por ese tal Javier en Estados Unidos. Es por la mujer norteamericana aquella que se acostó con el rey inglés.

—¿La señora Simpson se viste en Maison Javier? —Alix pensó un momento y luego asintió con la cabeza—. A lo mejor por eso siempre parece tan alta en las fotografías. Javier hace que las mujeres vayan bien erguidas, tiesas como un palo.

Paul se encogió de hombros, impaciente.

—Lo único que sé es que en Estados Unidos las mujeres hacen cola en la calle para conseguir imitaciones de sus vestidos. Mi contacto quiere a alguien que se meta en el desfile de esta primavera y haga bocetos de todos los modelos.

—Pues dile a tu contacto que llega tarde.

—Pero de eso se trata. —Paul se inclinó hacia delante y arrastró el mantel—. Javier organiza el desfile en abril.

—Nadie enseña la colección de primavera-verano en abril.

Paul abrió las palmas hacia arriba.

—Javier va a hacerlo este año. No me preguntes por qué.

El cerebro de Alix iba a toda velocidad. Una colección entera, ¿de la misma casa?

—Habría que meter la nariz en los talleres de confección. Habría que robarle el *atelier* entero. Coger de todo: prendas, patrones, bocetos, muestras... O secuestrar al propio Javier.

—¿No puedes colarte en el salón y apuntar cosas? Hacen desfiles de muestra todos los días, ¿no?

—No hasta que lanzan la colección. Me cuelo en los desfiles de moda fingiendo ser la criada de una dama. Sigo a alguna mujer bien vestida y me cuelo detrás de ella. O finjo ser una chica inglesa con título, desesperada por tener su primer modelito de París: «¡Qué vestidos tan sensacionales! ¿Cómo los confeccionan?». Caen rendidos a mis pies cuando oyen eso. Si tengo un buen día, soy capaz de memorizar cinco o seis diseños. Para una colección entera, me harían falta tres cabezas o una cámara.

Paul se rascó la nariz, superado por la situación.

—Lo que pasa es que mi contacto tiene a los proveedores parados. Tienen talleres de costura en Nueva York llenos de lo que llaman «burros de carga»: personas que le dan al pedal de la máquina de coser toda la noche para cumplir con los pedidos. Las

norteamericanas quieren la moda que ven en las revistas. Quieren vestir diseños de Javier. Quieren lo mismo que la señora...

—Simpson.

—... Lo que lleva ella. Y lo quieren para ayer.

Alix negó con la cabeza.

—Ya me he jugado bastante el pellejo metiendo las narices en las colecciones. Las representantes zumban a tu alrededor como buitres y te echan si te ven haciendo una línea siquiera con el lápiz. Paul, tenías razón cuando has dicho que estaba mal. Deberíamos dejarlo.

Paul bajó la mirada a los dedos. Tenía la piel que rodea las uñas pelada por culpa del trabajo físico y de tanto mordérselas.

—Sí, es verdad, pero... ¿sabes qué? Mi contacto conoce a un logopeda norteamericano que está en la rue du Bac y obtiene unos resultados increíbles. Podría lograr que Suzy volviera a hablar. Pero es caro.

Alix suspiró.

—Todo el mundo es caro, menos tú y yo. Lo siento, Paul.

Paul apuró la copa.

—No pongas esa cara. Ya le diré a mi contacto que el encargo nos supera.

—No. Paul... Dile que lo haré.

—¿De verdad?

Alix se bebió el vino.

—En cuanto haya aprendido a volverme invisible. ¿Cuánto te ha ofrecido, por cierto?

—Eh... —Paul empezó a dejar monedas encima de la mesa y dijo una cifra que dejó boquiabierto a Alix—. Ya lo sé. Es como apostar el sueldo de un año a un caballo negro en el Prix de Diane y ganar la apuesta.

Setecientos mil francos. Aunque lo partieran en dos, bastaría para que Paul reformara el *Katrijn*, lo convirtiera en un hogar adecuado para las niñas y contratara a una docena de logopedas. En cuanto a Alix..., la liberaría de esa silla giratoria y del eterno pitido del panel telefónico.

Volvió a casa a paso ligero, debatiéndose entre los sueños y los temores. Deseaba ayudar a Paul con todas sus fuerzas. Y le encantaría despertarse por las mañanas sin preocupaciones económicas. Pero... la industria de la moda daba empleo a miles de mujeres como su abuela. «Si robo una colección, robo a gente como Mémé.» Pero al mismo tiempo... ¡setecientos mil francos!

Sin embargo, ¿qué ocurriría si los pillaban? Se pasaban el día advirtiéndose el uno al otro del peligro, incluso hacían bromas sobre el tema. Pero ¿y si sucedía de verdad? ¿Y si un día Alix notaba una mano en el hombro mientras estaba tomando apuntes? O si una voz severa la detenía en la puerta de una tienda: «¿Le importaría enseñarme lo que lleva en el bolso, mademoiselle?». Paul había estado bajo custodia policial numerosas veces, y sus descripciones le ponían los pelos de punta a Alix. Te metían en una celda sin ventanas que apestaba al sudor del anterior ocupante, o a algo peor. Te quitaban los zapatos y las prendas exteriores y cuando te las devolvían, estaban infestadas de piojos. Te registraban, incluso la ropa interior. Se suponía que a las mujeres tenían que registrarlas mujeres policía, pero no siempre era así.

En el portal del edificio se encontró a madame Rey y pasó de largo, estaba tan inmersa en sus pensamientos que no vio a la mujer.

—¿Qué? ¿Aireando los faldones?

Alix giró en redondo.

—¿Perdón?

—¿Ha estado con su apuesto muchacho?

—No, es decir, sí.

Alix se apresuró a subir el primer tramo de escaleras.

La portera la llamó:

—Mi hijo Fernand vendrá mañana a repartir el carbón. Déjenle una propina, ¿eh? Lo hace sin rechistar y es una tarea pesada. Imagínese cargar con todos esos sacos.

Al llegar a la puerta del piso, Alix recuperó el resuello y recompuso la expresión. Dentro se encontró a Mémé cocinando tortitas de patata en una sartén. Tenía los huesudos hombros encorvados y Alix supo al instante que pasaba algo.

Mientras se sentaban a cenar, Mémé suspiró:

—La vieja fregona urraca me ha dicho que el casero tiene intención de subir el alquiler.

—¿Qué? —No podía ser verdad. No, ahora que el negocio de las falsificaciones empezaba a flojear, y además tenían que pagar el carbón—. ¿Por qué ahora?

—La Exposición Universal empieza en junio, y atrae a personas de todos los confines del planeta, o eso dicen los periódicos. Nuestro casero piensa que esas personas se quedarán aquí para siempre. Quiere mil francos más al mes a partir del trimestre que viene.

—El trimestre que viene empieza el veinticinco de marzo... —calculó Alix. Faltaban solo dos semanas. Se sentía como un globo a punto de estallar. Empleó una palabra que había aprendido de Paul y que por suerte Mémé no entendió—. Bueno, pues buscaremos piso cerca del canal o en las afueras, en La Villette. Seguro que encontramos algo que cueste la mitad de lo que pagamos aquí.

—No, Alik. Me gusta tener una dirección decente. Esas cosas tienen importancia cuando llegas a mi edad, ¿y qué amistades iba a entablar junto al canal? Estoy agotada y no puedo mudarme otra vez. —Mémé dirigió la mirada hacia la mesa de trabajo—. Podría forzar los dedos un poco más y trabajar otra hora al día. Y la pobre Brandel tendrá que marcharse. Además, ¿quiénes somos para tener asistenta? ¿Los Rockefeller?

—Ya limpiaré yo. Y... —Alix tomó aliento y se dijo que ahora o nunca, manifestando una decisión que apenas era consciente de haber tomado—. Se me ha ocurrido que podría pedir trabajo en Maison Javier. Ya sabe, arreglos de costura que pudiera hacer en casa. Tengo aptitudes y usted podría recomendarme, Mémé. Así, con el tiempo... —Fingió no darse cuenta del brillo de advertencia en los ojos de su abuela... Podría acabar con un empleo a jornada completa en el taller. Javier promociona a las mujeres, de modo que podría ir subiendo y llegar a *première*. A las *premières* les pagan muy pero que muy bien si demuestran que son buenas.

«Mientras tanto, podría robar diseños para el contacto de Paul y lograr mantenernos a flote. A lo mejor incluso gano el premio gordo. Setecientos mil francos...», pensó.

Danielle Lutzman torció el gesto primero en muestra de dolor, después de estupefacción. No tardó en llegar la ira.

—¿Me oyes decir que trabajaré como una esclava otras siete horas más a la semana y solo se te ocurre hablar de tirar por la borda un buen trabajo en la compañía telefónica? ¿Un trabajo que te dieron porque me humillé para conseguirlo?

—Me quedaría hasta que estuviera segura... —Alix procesó el último comentario de Mémé—. ¿A qué se refiere con que se humilló? El trabajo de telefonista me lo gané yo.

—¿Justo cuando necesito sentirme segura, te planteas dejar el trabajo que nos permite tener un techo?

Mémé dio un puñetazo tan fuerte en la mesa que los cubiertos saltaron. Alix la tomó de las manos huesudas.

—¡No, por favor, Mémé! Lo retiro, no quería asustarla. Me quedaré en la



compañía telefónica. Alargaré el turno. —Y añadió para sus adentros: «Haré lo que sea para que se sienta segura, Mémé».

Y sin embargo, a pesar de sus palabras tranquilizadoras, cuando más adelante recapacitaba sobre ese momento, lo veía como el instante en que pisó el borde del precipicio, miró hacia un pozo oscuro lleno de engaños y peligro... y saltó.

*News Monitor*

10 de marzo de 1937

V. Haviland, corresponsal en Madrid, informa desde el ojo del huracán del conflicto civil en España.

Cuando un hombre está tirado en la alcantarilla, puede consolarse alzando la mirada hacia las estrellas. Si ese hombre está en una alcantarilla de Madrid, una capa de polvo le tapa las estrellas. Se habrá tirado él mismo para protegerse de los aviones de combate que surcan en vuelo rasante una calle de cafeterías y tiendas. Vuelan en formación triangular, son cazas Heinkel de la Legión Cóndor alemana que bombardean las aceras con ametralladoras, hacen añicos los cristales de los escaparates, levantan esquirlas del tamaño de dados de azar de la carretera. El ruido supera lo ensordecedor y los seres humanos corren despavoridos como ratones aterrados bajo la sombra de los depredadores.

El estruendo se vuelve insoportable hasta que, de repente, se marchan. Ya no atacan en pleno día, gracias a la presencia de los aviones de combate proporcionados al gobierno español de izquierdas por sus aliados soviéticos...

Jean-Yves, conde de Charembourg, levantó la mirada con irritación cuando una tos procedente del vano de la puerta interrumpió su lectura. Su secretario le aguardaba con una carta sujeta entre el pulgar y el índice y una expresión que transmitía la naturaleza desagradable de la misiva.

—Le convendría ver esto cuanto antes, *monsieur le comte*.

Jean-Yves dobló el periódico por la mitad e intentó anotar mentalmente que tendría que seguir leyendo ese artículo más tarde. Fuera quien fuese ese tal «V. Haviland», saltaba a la vista que se había revolcado por el polvo de España. El *News Monitor* era la lectura diaria de Jean-Yves cuando vivía en Londres, y se alegró muchísimo al descubrir que podía comprarlo también en París a un vendedor ambulante que se apostaba cerca de la embajada británica, aunque fuese con un día o dos de retraso. Había una versión en francés, pero tendía a dar demasiados rodeos para no herir la sensibilidad internacional. Las tres décadas que había pasado en Londres no habían convertido al conde de Charembourg en un caballero inglés, pero le habían enseñado a valorar la prensa que intenta complacer a sus lectores en lugar

de complacer a los que están en el poder.

—¿Segundo reparto de correo, Ferryman? —preguntó a su secretario mientras alargaba la mano para coger la carta.

—La han traído en mano, monsieur. —Siempre que Jolyan Ferryman utilizaba esa palabra, exageraba las sílabas y decía «mooonsiíee». Aunque hablaba un francés gramaticalmente correcto, había sido incapaz de desprenderse del irritante acento inglés. Cuando estaba en presencia de Ferryman, el conde no podía evitar las numerosas muecas de dolor que desafiaban a la comodidad y el decoro.

—Déjela en el escritorio. ¿De quién es?

—El individuo en cuestión se negó a decirme su nombre y no me pareció adecuado preguntarle. Era el típico hombre de clase trabajadora.

Jean-Yves captó la indirecta. Su secretario y ayudante lamentaba tener que realizar tareas más propias de un mayordomo. Mala suerte. Esa familia no podía permitirse un mayordomo. De hecho, si los precios seguían subiendo, Jean-Yves dudaba que pudiera conservar al secretario durante mucho tiempo más. Aunque si se le ocurría sacar el tema, se enfrentaría a una conversación delicada con su esposa, la condesa. Cuando se trataba del estilo de vida, Rhona de Charembourg aspiraba a la grandeza de su infancia en Inglaterra. La propiedad de Aisleby Park, con cincuenta sirvientes contratados y una finca de diez millas de diámetro, era el patrón de lo que Rhona consideraba una vida respetable. De haber sabido que acabaría gobernando un hogar con cuatro míseros empleados domésticos y un jardinero a media jornada..., es evidente que no se habría casado con él.

Jean-Yves despidió a Ferryman y rasgó el sobre, para sacar una cuartilla que apestaba a humo de tabaco. Sin duda, una de las marcas que fumaban los obreros.

El clic de la puerta del jardín lo invitó a acercarse a la ventana justo a tiempo de ver a su esposa y sus hijas, que salían de casa. Todas lucían trajes de elegantes cuadros príncipe de Gales. Cada una de sus hijas llevaba una correa con un perro pomeranio blanco en el extremo. Rhona, Christine y Ninette con Tosca y Figaro, que salían a tomar el aire por el boulevard Racan. Un ritual encantador que no duraría mucho más. Christine iba a casarse en junio y el círculo familiar vería cómo se escindía uno de sus miembros.

Sería mejor que leyera la carta. «DE CHAREMBOURG» estaba escrito en meticulosas letras mayúsculas en la parte superior de la hoja. Cuando asimiló lo que seguía, la sangre se le heló en las venas.

Se sentó. Se obligó a respirar con calma. Había sufrido un traumatismo en el pecho durante la Gran Guerra y, aunque ahora solo tenía cincuenta y seis años, algunas veces resollaba como un caballo de tiro exhausto. Releyó la carta en silencio:

El 21 de diciembre de 1903 usted asesinó a Alfred Lutzman. Es hora de pagar por eso. Hay testigos vivos. Cumpla mis condiciones o contaré sus sucios secretos.

Puedo hacer daño a alguien que quiere mucho.

Su mirada voló al bulevar en el que paseaban su esposa y sus hijas. ¿En qué sentido podía hacerles daño? Cuando sonó el teléfono, descolgó de inmediato.

—De Charembourg al aparato. ¿Dígame? ¿Quién es?

—¿Ha recibido mi nota, *monsieur le comte*? ¿Comprende qué significa?

Era una voz áspera, le costaba reconocer el acento..., algo gutural mezclado con el argot de París.

Jean-Yves respondió con típico francés seco de la Académie: una defensa instintiva.

—Sea quien sea usted, supongo que espera obtener dinero. Prepárese para una decepción. Sus acusaciones son tan inverosímiles como ofensivas.

Una pausa en la que solo se oyó el crepitar de la línea. Y luego:

—Lleva una vida muy interesante, monsieur. Cuántos amigos. Y cuántas amiguitas... ¿Será capaz su esposa de contarlas con los dedos de las manos? Seguro que lo intenta.

—¿Cómo se atreve a hablar de mi mujer?

¿Y cómo podía saber ese energúmeno algo sobre su vida privada, sobre sus discretos amoríos? Siempre andaba con mucho cuidado.

El interlocutor soltó una risotada.

—Sabe apreciar la belleza femenina, ¿qué tiene de malo? Mujeres y chicas, ay... Tan tiernas y vulnerables, ¿verdad? ¿No le parece trágico cuando una jovencita resulta herida? No querrá provocar la mutilación del rostro de una chica, ¿a que no?

—Por Dios, no. ¡Claro que no! ¿Qué...?

La voz adquirió un tono comercial.

—Quinientos mil francos y ninguna de las personas que quiere sabrá lo rastroso que es... Bueno, que fue. Sé qué le hizo a Alfred Lutzman.

La línea se cortó.

Jean-Yves se dio cuenta de que tenía la camisa empapada. Por fin, después de tantísimos años, el horror de ese día de invierno en Kirchwiller había regresado para atormentarlo. Quinientos mil francos era el equivalente a los ingresos brutos de todo un año. ¿Cómo iba a reunir semejante cantidad?

En Londres había desempeñado un puesto de responsabilidad en el Banque d'Alsace, y al marcharse le habían ofrecido unas participaciones que habían inflado su cuenta corriente, que complementaba un modesto salario como director de una empresa textil. Rhona también había aportado dinero al matrimonio, pero lo que quedaba de ese dinero estaba reservado para sus hijas. Y había mucho menos de lo que su esposa creía. Cuando era soltera, la señorita Aisleby, heredera de la fortuna que su abuelo había amasado con las minas de carbón, había sido en otro tiempo la chica más rica del norte de Inglaterra. Cuando heredó la fortuna, las minas de Aisleby estaban agotadas y la guerra había barrido de un plumazo la fortuna acumulada. Las

deudas de su abuelo y los gastos del funeral se llevaron gran parte de lo que quedaba. A menudo, Jean-Yves intentaba explicarle que había sido la mala administración y el socialismo lo que se había tragado su fortuna, no el robo, pero Rhona seguía creyendo que su dinero estaba escondido en alguna parte. Y desde luego, gastaba como si lo tuviera.

En pocas palabras, no podía permitirse el lujo de un chantaje.

Vio que el auricular del teléfono estaba pringoso por el sudor y se apresuró a limpiarlo. ¿A quién pertenecía esa voz malévola? ¿Cómo podía un desconocido estar al corriente de unos hechos que habían ocurrido en Alsacia hacía treinta y cinco años? Lo habían silenciado por completo.

Solo se le ocurría una persona que pudiera contestar a esas preguntas. Debía romper el tabú y pedirle a la mujer que se reuniera con él.

—Paul, voy a hacerlo. Le robaré la colección de primavera-verano a Javier para que ninguno de los dos tengamos que preocuparnos por el dinero nunca más. Me colaré en su desfile disfrazada y llevaré un bloc de dibujo escondido en la cintura de la falda. Pero no se lo cuentes jamás a mi abuela.

Después de decir de carrerilla su parte, Alix hundió el tenedor en un montículo de zanahoria rallada aliñada con vinagreta. El plato también tenía rabanitos, así como judías verdes frías, huevo duro, cebolla y unas lonchas de salchicha de Toulouse. En ese café de Butte de Montmartre eran especialistas en lo barato y moderno. Era viernes al mediodía, el 12 de marzo, y aunque todavía soplaba un viento frío, la place du Tertre relucía gracias al sol, los árboles empezaban a rebrotar. Alix había trabajado en el turno de noche en la compañía telefónica y después otras cuatro horas más para suplir a una compañera que estaba enferma. Le dolía la cabeza.

—Es una locura, robar toda la colección. Y es imposible pero...

Se detuvo.

Paul se dedicaba a construir un dique de sal junto a un charquito de vino. Cuando le preguntó: «¿Estoy cenando sola?», puso una mueca y respondió:

—Tengo que contarte una cosa.

No, por favor. ¿No se le habría ocurrido a su contacto pedirle a otra persona que robase la colección? No podía ser, después de las noches en vela que se había pasado para dilucidar cómo hacerlo sin tener que irrumpir de noche en Maison Javier y robarle literalmente las prendas. Observó a Paul mientras intentaba pinchar un rábano con el tenedor, pero solo consiguió que terminara saltando del plato y cayera sobre los adoquines.

—Si son malas noticias, ahórratelas.

Paul sonrió.

—Quiero elegir bien las palabras para que no me arranques la cabeza de un mordisco.

—Siempre te arranco la cabeza. —Lo miró con más atención y se percató de que sus ojos también presentaban la neblina del insomnio—. ¿Te has pasado la noche en blanco?

—Tengo pesadillas. Cada vez que cierro los ojos, veo el cadáver de mi madre.

—No, por favor, Paul.

—Y la policía se presentó en el barco.

—¿La policía?

—Querían ver el permiso de amarre.

—Tienes permiso, ¿verdad?

La miró con unos ojos que decían: «¿Tú qué crees?».

—Alix, siempre dices que quieres ser modista y abrir tu propia casa de moda, ¿verdad? Bueno, pues mi contacto te ha apalabrado una entrevista.

Le dio un vuelco el corazón.

—¿Qué?

—En Maison Javier. Así no tendrías que colarte en los desfiles; estarías en el meollo de la empresa.

—Ajá.

Conque de eso se trataba. La oportunidad con la que siempre había soñado. Salvo que...

—¿He dicho algo que no tocaba?

—No, bueno. Un poco.

Paul la incitaba a romper la promesa que le había hecho a Mémé, pero también le ofrecía la posibilidad de traicionarse a sí misma. Le costaba explicarlo. Se quedó mirando la plaza, después señaló con el tenedor a un artista que montaba el caballete.

—¿Lo ves? ¿El de las piernas cortas y rechonchas? Bonnet, ese artista amigo mío que vive aquí en la plaza —señaló una hilera de casas viejas que quedaban detrás de ella—, dice que ese hombre lleva veinte años haciendo retratos a los turistas, alisándoles la barbilla y los bultos de la nariz. Cuando se marcha a casa, deja un estanque de polvo de carboncillo en los adoquines con las huellas de sus zapatos marcadas, un recuerdo de donde ha estado plantado todo el día. Para él, la vida consiste en hacer retratos bonitos para que le paguen.

Paul soltó un gruñido.

—Por lo que me has contado sobre los armarios vacíos de Bonnet, sin nada para comer, no le iría mal vender algún cuadro de vez en cuando en lugar de criticar a los que lo hacen.

Alix saltó en defensa de Bonnet.

—¡Preferiría morirse de hambre antes que pintar por encargo! Mi abuelo creía que un cuadro terminado perdía el alma.

Paul intentó pinchar otro rábano con el tenedor.

—¿Cómo lo sabes, eh?

—Me lo ha contado Mémé. Mi abuelo pintaba la misma estampa una y otra vez,

intentando captar la luz perfecta. —El bufido de Paul encendió su enojo—. Si hubieras leído *La obra* de Zola lo entenderías. En el libro, Claude Lantier lucha contra un sistema establecido que solo desea arte seguro y tradicional. Dedicó toda su vida a producir un cuadro fabuloso que funde la naturaleza con la pasión auténtica.

—¿Pero se queda sin pintura y se muere sin acabarlo?

—No, se ahorca.

—Vaya. —Paul mandó disparado el rábano, que aterrizó en el regazo de Alix—. Siempre hay una salida, ¿no?

Alix sentía tremendamente la falta de tacto que había mostrado hacia su amigo, pero quería que Paul comprendiera por qué se sentía dividida. Necesitaba el dinero, si bien los medios que le proponía para lograrlo eran peligrosos y, aún más importante, inmorales. Para ella, la costura era arte. Copiar un vestido era coger una manzana de un huerto. Robar una colección era como prender fuego al huerto entero. Era robarle el genio a un hombre, robarle el alma.

—¿Quieres ir a la entrevista o no? —insistió Paul—. Parece una oportunidad caída del cielo.

Era imposible planteárselo siquiera. Tendría que dejar el empleo de operadora y soportar el disgusto de Mémé. ¿Y si la cogían en Maison Javier y entonces descubría que en realidad no poseía el talento que creía tener? Uno podía vivir durante años paseando los propios sueños, como si fueran un manojito de globos, para acabar descubriendo que dentro solo había aire. Señaló los rábanos con la mano y le dijo a Paul:

—Cómetelos con los dedos. Nadie te mira. Creo que al final no me haré diseñadora. Bonnet me ha pedido que pose para un cuadro. Tengo la primera sesión de modelo después de comer.

Se había topado con el artista en un puesto de ropa de segunda mano de la rue des Rosiers. Había ido a vender una falda de tweed que ya no se ponía.

El hombre había chasqueado la lengua al enterarse de que iban a subirles el alquiler. «Es el destino, que quiere decirte que ha llegado el momento de posar para mí, *michou*. No puedo pagarte mucho, pero te daré algo que puedas tirarle a los morros al cretino de tu casero. —Se dio unos golpecitos en la nariz—. Nuestro secreto.»

Paul sirvió vino para ambos, ese vino peleón que luego dejaba un círculo rojizo en la copa, y dijo con voz seria:

—Hacer de modelo para un artista está bien cuando eres joven, Alix, pero ¿quieres vivir para ver tus arrugas expuestas en una galería de arte? La entrevista es para el puesto más bajo en Javier, aunque es el punto de partida de una carrera en la que las mujeres llegan a la cima.

El argumento que ella siempre empleaba, ahora usado en su contra.

—Solo quieres que lo haga para que pueda robarle los diseños.

—También quiero que cumplas tus sueños. Pero roba, sí, una vez. Solo una vez.

¡Alix, estoy desesperado! Necesito dinero como sea. No te conté el final de la pesadilla: el cadáver de mi madre se levanta y me arrebató a Lala y a Suzy, las hunde en el agua. Las oigo gritar mi nombre mientras se van.

Alix bebió un trago de vino y notó que le raspaba la lengua.

—Y la entrevista ¿cuándo es?

Paul la tomó de la mano.

—Mañana.

«¿Tan pronto?», pensó.

—¿Puedo decirle a mi contacto que vas a ir? ¿Que vas a aceptar el empleo para piratear la colección? Espera, te apunto los datos.

Alix le mandó que bajara la voz. Estaba tan emocionado que se había olvidado de susurrar. Luego le contestó de forma pausada:

—Si lo hago, nunca defenderé que robar está bien. ¿Entendido? —Como él estaba concentrado buscando un lapicero, la joven repitió—: Nunca defenderé que robar está bien.

—Yo no voy a juzgarte.

Paul empezó a escribir en una factura vieja. Primero dibujaba las letras como si fueran círculos y después añadía palitos por encima o por debajo según procediera, y así fue trazando las palabras hasta el borde del papel. Como sabía que a Paul no le gustaba que lo mirasen, Alix volvió la cabeza y siguió con la mirada a un grupo de colegialas. Chicas pálidas y sin formar... Seguro que en otra época ella era igual. Un anciano colocó la gorra encima de los adoquines y empezó a tocar un *bourrée* con una gaita.

Paul le tendió una nota en la que ponía: «Javier, rue de la Trémoille. Di que te envía madame Shone. Pregunta por la *première* madame Frankel. 11.03».

—¿Te refieres a las once y media? —preguntó Alix.

—Sí, cámbialo.

—Madame Shone... ¿Es tu contacto?

—Más o menos. Mañana, acuérdate, ¿eh, Alix? No llegues tarde.

Después de que cada uno pagase lo que había tomado, Alix le dio dos besos a Paul y cruzó la plaza para ir a casa de Bonnet. Tenía alquiladas dos habitaciones en la planta superior que daban a la plaza. Buscó en vano un interruptor al lado de la puerta principal y al final lo llamó a gritos. Al no obtener respuesta, subió las escaleras que crujían y llamó a una puerta que a duras penas identificó en la penumbra. Al oír como bienvenida: «¡Entre a menos que sea el cobrador de impuestos!», empujó la puerta.

Bonnet estaba en el centro de la habitación, extendiendo aglutinante con el pincel sobre un lienzo. Alix dio por hecho que llegaba tarde y se disculpó, pero él contestó sin inmutarse:

—Se me había ocurrido ponerme con otra cosa. Ojalá no lo hubiera hecho.



Prepárate.

Mientras Alix se desnudaba detrás de un biombo, se percató con mayor nitidez del mal olor. Surgió cubierta con una bata y empezó a olfatear. Linaza, aguarrás, distintos disolventes para limpiar y más de un licor para beber... Los olores habituales en el taller de un artista, aunque olía a algo más.

—¿Bonnet, hay una rata muerta debajo de los tablones del suelo?

Bonnet blandió hacia ella el pringoso pincel que llevaba en la mano. Era de la misma estatura que Alix, y la barba poblada creaba el efecto de que no tenía cuello. Llevaba un peto de sirga, y la camisa sin cuello cubierta por un jersey apolillado y, con esa cara arrugada de tantos años dedicados a pintar a la intemperie en las colinas de Alsacia y en los campos abrasadores de Provenza, parecía el prototipo de campesino convertido en artista. En Montmartre, su aspecto le daba estatus; en cualquier otro sitio habría provocado que lo echaran.

—Es un conejo muerto —contestó con aire taciturno—. Compré la cola de conejo de la mejor calidad que tenían, así que no debería oler, al menos, si se prepara bien. La gente se pasa la vida diciendo que mi obra apesta... —Sacudió la cabeza y señaló el lienzo encolado—. Ahora apestará para siempre. Bueno, ¿has comido a gusto con tu novio, *Michou*?

Su sonrisa acentuó las arrugas que se adivinaban entre la barba.

—Paul no es mi novio. Seguro que ya se lo he dicho. —Pero lo dijo sonriendo. Bonnet era el mejor bálsamo para el ánimo decaído. Le preparaba un café magnífico y, cuando se quedaba helado, le añadía una gota de kirsch, el licor de cerezas de Alsacia—. Debería devolver la cola de conejo, pedir una compensación y decirles que, por su culpa, su modelo se desmayó.

—No te desmayes. —Bonnet se apostó junto a un segundo caballete—. Si tengo que llevarte a casa montada en una carreta, tu abuela nos hará muchas preguntas. No te trajo a París para que cayeras entre los de mi calaña; desde luego, no después de la carísima educación para señoritas que te pagó el conde de Charembourg.

—¿De qué lo conoce?

Bonnet le guiñó el ojo con un gesto conspirador.

—Soy un hombre que lo sabe todo y conoce a todo el mundo. Un día te contaré anécdotas sobre el conde que harán que se te pongan los pelos de punta. *Allons*, vamos a trabajar.

Alix dejó caer la bata y se colocó en la pose. Era una pose discreta, si es que una pose desnuda puede serlo. Se sentó erguida porque mañana tenía que entrar en uno de los edificios más elegantes de París sin ruborizarse, tartamudear ni salir huyendo.

«Mañana», el 13 de marzo, llegó a toda prisa, como la resaca del mar. Tras una noche de sueños atormentados, Alix se vio en la puerta de Maison Javier, un edificio imponente que ocupaba la esquina entre la rue de la Trémoille y la rue du Boccador.

Las activas avenidas cercanas de Montaigne y Champs-Élysées proporcionaban un ruido de tráfico de fondo, pero Trémouille en sí era una calle tranquila y estaba vacía, salvo por un par de taxis y un sedán azul plateado, con el chófer al volante. Alix se alegró. Lo último que deseaba en ese momento era tener público.

Volvió a leer la nota de Paul y comprobó que estaba en el lugar adecuado. Claro que sí. Una placa de latón que había junto a la puerta de doble altura anunciaba «Javier». Justo cuando alargó la mano para abrir la puerta, el rumor de un motor bien afinado la obligó a darse la vuelta. Un Peugeot del color del vino añejo frenó junto a la acera opuesta. El conductor se bajó, era un joven con una americana elegante, pantalones de pernera ancha y un estiloso sombrero Homburg de fieltro, ladeado con gracia. Se remangó los puños, se caló el sombrero un dedo más, desdobló el periódico y se apoyó de forma despreocupada sobre el capó del coche. Dirigió la mirada hacia Alix y ella percibió que el hombre la observaba con la naturalidad de quien está acostumbrado a hacerlo: percibió cómo le analizaba el pelo, la silueta y la cesta de mimbre desgastada que llevaba. Su mirada se inmiscuyó como la lente de un fotógrafo. Alix se apoyó en la puerta de Maison Javier y, al hacerlo, se le cayó la cesta al suelo. Un par de pescados envueltos en papel de periódico salieron disparados, seguidos de la fruta y las verduras que había comprado por la mañana en el mercado. Volvió a guardarlo todo en la cesta a toda prisa y una risita hizo que aumentara su incomodidad. Lanzó una mirada furiosa al conductor del Peugeot. No era mucho mayor que ella, saltaba a la vista, pero actuaba como si fuera el dueño del mundo. Respiró hondo, entró en Maison Javier y se topó con un patio de adoquines lo bastante amplio para que un coche de caballos pudiera dar la vuelta en otros tiempos. Cruzó el patio y dio con otra puerta. La empujó y al avanzar puso el pie en el mundo de la opulencia, en la estancia más refinada que había visto en su vida.

Hasta cuarenta minutos antes, estaba totalmente decidida a no acudir a la entrevista. Se había levantado de la cama con un traspié, agarró un vestido más que gastado y se dirigió al mercado para hacer la compra semanal. Estaba en la rue Mouffetard comprando el pescado cuando la campana de la iglesia tocó las once. París estaba lleno de iglesias, lleno de campanas, así que ignoraba por qué el toque de esa en concreto le sonó como la voz de la providencia. Pero el caso es que cada campanada le repetía que estaba tirando por la borda su mejor oportunidad de conseguir la ilusión de su vida. Dando tumbos a la cesta, se apresuró a entrar en la boca de metro más cercana.

El vestíbulo de Javier olía a un dulce aceite de azahar, pero la cesta añadía una nota menos agradable al conjunto. El pescado que había comprado debería estar en casa, metido en hielo. Podría haber dejado la cesta en la calle, pero si se la robaban... Otra cosa por la que dar explicaciones a Mémé.

Por lo menos era sábado. Los *ateliers*, los talleres de costura, estarían funcionando a toda máquina, decenas de costureras inclinadas sobre la labor mientras echaban humo para lograr llegar a tiempo con los pedidos para las vacaciones de

Semana Santa, que estaban a la vuelta de la esquina. Lo más probable era que las damas adineradas que se beneficiarían de todo ese trabajo estuvieran en casa, con los pies en alto, o en la finca del campo. Eso explicaba el silencio de esa planta, la planta baja, y por qué, conforme subía la ostentosa escalera, los sonidos de la actividad se volvieron más nítidos. No obstante, Alix era incapaz de identificar de dónde procedían, lo que alimentaba esa sensación de irrealidad.

Llegó a una zona alfombrada en tonos miel, dominada por un escritorio de arce lacado. Allí fue donde le dio su nombre a la recepcionista.

—Tengo una cita.

La recepcionista extendió una mano con la palma hacia ella, como si fuera un guardia de tráfico.

—No debería haber subido por estas escaleras. —Miró las piernas desnudas de Alix y luego la cesta—. Tenemos una entrada aparte para los repartidores.

—Tengo que reunirme con la *première*, madame Frankel.

Tras dedicarle una mirada hostil, la chica abrió una agenda, echó un vistazo a una hoja y murmuró:

—¿Gowère? —Frunció el ceño y señaló con el dedo un asiento que había en un rincón—. Espere ahí. Iré a buscar a la directora.

—Tengo que reunirme con...

La recepcionista la cortó en seco.

—La directora saluda a todas las personas que entran por esas puertas.

Dando a entender que no había lugar para la discusión, la recepcionista deslizó una puerta corredera que había en una pared empapelada de seda y se marchó.

Alix suspiró. Si esa primera conversación era un indicio de cómo iban a ir las cosas, no tardarían en echarla de allí a escobazos. Pero si se marchaba entonces, nunca reuniría el valor suficiente para regresar. Así pues, se sentó encima de las manos e intentó pasar por alto el hedor a pescado. A su derecha había un arco decorado con unos visillos fruncidos de tela translúcida. Por detrás del arco advirtió unas sillas doradas y una alfombra alargada. Debía de ser el salón donde mostraban los avances de colección todas las tardes a la flor y nata de la sociedad parisina. A ese puñado de mujeres de la élite que adquirirían vestidos de diez mil francos con la misma despreocupación con que Alix compraba zanahorias. El salón era el dominio del diseñador, gobernado por una directora que era la reina de las representantes y también quien dirigía a las chicas que desfilaban con las prendas. A esas modelos se las llamaba maniquís porque, en otros tiempos, los conjuntos se exponían en maniquís de madera. Entonces Worth, el primer gran *couturier*, había perdido la paciencia con esos cuerpos inmóviles y contrató a chicas guapas para que posaran. Pero el nombre se había mantenido. Las maniquís eran una especie aparte, con esas siluetas que quitaban el hipo y esa pose perfecta. Eran algunas de las mujeres más codiciadas de París y poblaban las páginas de las revistas más importantes. Les pagaban «con flores y piropos», le había dicho Mémé una vez. «Y las mantienen sus

amantes.»

Se percató de que había alguien moviéndose detrás de la cortina. Cielo santo, iban a acercarse a ella. Antes de que pudiera levantarse de la silla, una mujer apartó el visillo para pasar. Llevaba un traje entallado en la cintura, de los que recibían el nombre de *tailleur* o «traje sastre», y el pelo rubio recogido en un moño. Al ver a Alix, dio un respingo de sorpresa propio de una dama de alta alcurnia. La seguía una señora mayor enfundada en terciopelo negro. Esta fulminó a Alix con una mirada rancia y le espetó:

—¿Quién es usted?

Alix tartamudeó su nombre y oyó que la mujer rubia cogía una rápida bocanada de aire. No tuvo tiempo de intentar descifrar el significado del gesto, pues las dos mujeres habían empezado a bajar ya la escalinata. Sin embargo, la dama de terciopelo negro regresó unos minutos más tarde, señaló la cesta de Alix y le preguntó con tono mordaz:

—¿Y qué es eso?

Mientras Alix balbuceaba una especie de explicación, la recepcionista se acercó y le echó un guante.

—¡Mademoiselle Lilliane! La andaba buscando. Esta joven tiene una cita...

Señaló a Alix y se mordió el labio cuando su compañera preguntó con tono asqueado:

—¿La ha dejado aquí a la vista de todos porque...?

—Porque fui a buscarla a usted. Pensé que le apetecería verla primero.

—Lo que me apetece es perderla de vista. ¿Hace falta que le recuerde que la dama que acabo de acompañar al coche ahora mismo era la esposa del conde de Charembourg, el apreciadísimo aristócrata? *Madame la comtesse* no espera tener que esquivar a gentuza con cestas mugrientas.

Alix saltó como un resorte al oír el nombre. La condesa de Charembourg... ¿Esa era la dama del traje impoluto? Mémé le había hablado varias veces de Rhona de Charembourg, y con tan poco afecto que Alix se la imaginaba como una de esas señoronas inglesas de clase alta que te salpicaban de barro cuando pasaban con el coche. Era posible que Rhona de Charembourg hiciese algo así, pero no era una antigualla vestida de tweed. En realidad, habría podido salir con la frente alta en las páginas del *Vogue*. Aunque un momento..., si la condesa estaba allí, su marido también tenía que estar en París, ¿verdad? Qué extraño, descubrirlo casi el mismo día en que Bonnet había mencionado el nombre del conde de pasada. Qué extraña coincidencia.

Jean-Yves, conde de Charembourg, había combatido en el mismo regimiento que el padre de Alix. Cuando su padre murió, él había dado un paso al frente y, tal como había dicho Bonnet, le había pagado una educación digna de una señorita. Alix nunca había preguntado si la esposa del conde aprobaba tal generosidad. Tras interpretar con efectos retardados la conducta gélida de la mujer, Alix respondió a la pregunta:

Rhona de Charembourg debía de haberse quedado tan conmovida como la propia Alix con el encuentro fortuito. Si estaba al tanto del trato que había convertido a Alix en la pupila no oficial de su marido, no le gustaba ni un pelo.

De todas formas, no tenía motivos para estar resentida. Alix quería al conde igual que quería a un tío simpático, pero lo había visto relativamente poco a lo largo de los años. Siempre escribía a Alix para su cumpleaños, unas cartas largas y divertidas, e iba a verla al colegio más o menos una vez al año. En vacaciones, si coincidía que ambos estaban en Londres, de vez en cuando iba a buscarla en un rápido Morgan de tres ruedas y la lleva a cenar a un restaurante junto al Támesis. De niña, fantaseaba con la idea de que acabara adoptándola, pero Mémé siempre se encargaba de encoger la fantasía para que tomara la proporción que le correspondía...

«Ya tiene hijas propias de las que preocuparse —le decía—. ¿Crees que le apetece que vayas tú a tirarle de la manga, Alikí?» Según Mémé, el conde le echaba las migajas de la mesa por una combinación de amabilidad y sentido del deber. «Los oficiales del ejército se preocupan de sus hombres, y en el caso de tu padre, hay un motivo especial para que el conde cuide de ti. Tu padre le salvó la vida cuando los atacaron. Pero eso no significa que sienta nada especial por ti.»

Alix sabía que la verdad era otra. Sí que le importaba al conde. El señor no podía fingir esa sonrisa, ni el brillo en los ojos. Alix echaba de menos su compañía y temía que al mudarse a París hubiera salido de su estela. ¡Era un milagro que él también estuviera en la ciudad! Aunque si se reunía con él, sería otra cosa más que esconderle a su abuela.

Tanto el conde como Mémé eran originarios de Kirchwiller, un pueblo de Alsacia, y se conocían desde antes de la guerra y de la batalla que había dado a John Gower la oportunidad de salvarle la vida a su capitán. Pero Mémé procedía del Impasse Demi-Jour, ese sitio con el nombre tan desagradable que había en el barrio judío, mientras que De Charembourg había nacido en el castillo que había en la colina, así que sus clases sociales no se mezclaban. Su único vínculo había sido Alfred Lutzman: el conde admiraba su obra y había comprado varios de sus lienzos.

Entonces, ¿la llevaría a cenar el conde alguna vez por París? Era poco probable que la condesa le mencionase que la había visto, pero Alix sabía que podía buscar su número de teléfono en la centralita del trabajo. ¿Se atrevería a llamarlo para saludarle?

Mientras tanto, mademoiselle Lilliane se dedicaba a inspeccionar el vestido de Alix, de popelina blanca moteada con rosas de color rosado; llevaba la falda arrugada por culpa de los asientos del metro. Bajó la mirada para descubrir que no llevaba medias y unas tristes zapatillas de esparto le cubrían los pies. Se estremeció.

—Fuera de aquí.

Alix se recompuso y se irguió. La escuela que el conde había elegido para ella, en la que había permanecido hasta cumplir los dieciocho años, le había enseñado una cualidad imperecedera: la dignidad ante la humillación. Kingswood Place congregaba

a las hijas de la clase media alta inglesa, así que el conde había preferido meterla allí en lugar de mezclarla con las capas más altas de la sociedad. Su justificación había sido: «El esnobismo es un deporte sangriento en Inglaterra».

Jamás llegó a imaginarse que el esnobismo más acuciado se encuentra en las personas que «casi» forman parte de la alta sociedad. Alix, taciturna, huérfana, con un mecenas, había sido el hazmerreír de las hijas de los banqueros. Como si fuera una pieza expuesta en un museo, las colegialas no hacían más que comentar sus orígenes, sin llegar a comprenderlos nunca.

Esos días de los padres, en los que Mémé llevaba cestas llenas de *pretzels* y galletas de almendras para las amigas que con cariño se imaginaba que Alix había hecho en el colegio y en los que, sin excepción, la confundían con la sirvienta de alguna alumna, nunca se borrarían de la memoria de Alix. Cuando se ponía nerviosa, Mémé pasaba al yiddish, y las chicas (y algunos padres) se reían tapándose la boca con la mano.

A Alix le tembló la voz cuando le dijo a la directora:

—Tengo una entrevista. Le pido disculpas por la cesta y el pescado. Me han acompañado hasta aquí, pero no somos amigos.

—¿Quién ha concertado esa supuesta entrevista?

—Madame Shone. —Entraba en terreno peligroso. Lo único que tenía era la palabra de Paul acerca de la identidad de madame Shone. Ni siquiera estaba segura de su existencia. Alix desvió la vista hacia el salón para evitar cruzar la mirada con la directora—. Ella cree que tengo lo que hace falta para trabajar aquí.

—¿«Lo que hace falta»? —bramó mademoiselle Lilliane—. ¿Tiene la más remota idea de qué es «lo que hace falta» para vestir las prendas que crea monsieur Javier, jovencita?

Alix se dio cuenta de que había malinterpretado la mirada hacia el salón. Santo Dios, no quería presentarse a un puesto de maniquí. Quería confeccionar la ropa, no desfilarse con ella. Mientras intentaba explicárselo, mademoiselle Lilliane arremetió contra ella con una diatriba, y no se calló hasta que un hombre de pelo moreno salió del salón.

—Ay, mademoiselle, me había parecido oír su voz. ¿Interrumpo algún momento delicado?

El recién llegado hablaba con una cadencia extraña. Su piel morena contrastaba con el cuello blanco de la camisa.

Un sastre, supuso Alix, al ver el metro colgado del hombro de su chaqueta inmaculada. Formado en un establecimiento para caballeros, ahora lo habrían contratado para producir trajes como el que lucía la condesa de Charembourg. Cincuenta y largos, de todo menos apuesto, aunque Alix se enterneció al instante al advertir la gentileza de su mirada. Chasqueó la lengua encantada. Bajo la americana llevaba un chaleco color marfil con un bordado de un ojo de pavo real perfecto.

—¿*Madame la comtesse* ha quedado descontenta con la prueba del vestido?

Confío en que no, pues su modelo nuevo será el invitado de honor en la próxima fiesta que dé. —El hombre tosió porque mademoiselle Lilliane seguía murmurando algo y con la mirada fija en Alix—. ¿Esta joven pertenece al servicio de milady?

—No es nadie —espetó mademoiselle Lilliane—, pero se imagina que tiene cuerpo de maniquí. Estaba intentando quitarle esa idea de la cabeza. Ayúdeme a convencerla de que para ser maniquí en Javier...

El hombre le pidió que se callara con un gesto educado. Se dirigió a Alix:

—¿Es usted mademoiselle Gower?

Alix tragó saliva.

—Sí, monsieur.

—Entonces le debo una explicación. Mi *première* no se había olvidado de usted, pero está ocupada con otro asunto. Le transmito sus disculpas...

Alix se vio embargada por la decepción. Había empezado a creer que a lo mejor conseguía terminar trabajando allí de verdad.

—... y me ha pedido que me reúna con usted en su lugar. La ha recomendado madame Shone, ¿verdad?

—Sí, madame Shone, eso es. Y no quiero ser maniquí. No he venido por eso.

—Vayamos a mi despacho y enseguida desenredamos la madeja —dijo. Se dio la vuelta. Cuando Alix se disponía a seguirlo, señaló con un dedo el suelo, junto a sus pies—. Y creo que esta señorita debería acompañarnos también.

La cesta. Ruborizándose, Alix agarró el asa y siguió al sastre por unas puertas hasta otra escalera. Deseó que se la tragara la tierra cuando oyó a mademoiselle Lilliane gritar:

—¡Y para colmo, monsieur, huele mal!

—¿Me permite que le pregunte quién es usted, monsieur? ¿De verdad no es más que un simple sastre?

—¿Un simple sastre? —Le indicó que se sentara junto a una mesa de cortar. Estaba vacía salvo por un jarrón de exuberantes rosas de color rosado tan grandes como repollos—. Ser sastre es ser el *generalissimo* de la costura. Relájese, recupere el resuello.

Habían recorrido a paso ligero un laberinto de pasillos y luego habían tomado el ascensor hidráulico hasta la planta superior del edificio. Lo que el hombre había descrito como «su despacho» había resultado ser toda la última planta. Desde el asiento, Alix observó un tragaluz grande por el que se veían nubes que se formaban y se acumulaban. Uno de los laterales de la estancia daba a la rue de la Trémoille, y en el lado que daba al patio, había un ejército de figuritas que llevaban «telas» de vaporosa muselina. Esas telas eran el primer estadio de los nuevos diseños de alta costura. Alix se maravilló ante las mangas abombadas, los cuellos escotados y los dobladillos que hacían ondas parecidas a capas de merengue. Trajes de fiesta en pleno

proceso de creación.

Mademoiselle Lilliane entró tras ellos como un rayo, se plantó entre Alix y las figuritas.

—Monsieur, ¿se le ha ocurrido que podría ser una espía de otra casa de modas?

«Monsieur» se encogió de hombros e invitó a la directora del taller de costura a quedarse si lo deseaba.

—Pero basta de críticas. Las personas enojadas me provocan dolor aquí. —El sastre se dio unos golpecitos en el estómago—. Bueno, *petite* —le dijo a Alix—, ¿así que quiere trabajar para Maison Javier? ¿Qué sabe hacer?

—Eeeh... —Alix había ensayado el discurso en el metro, pero de repente se le había olvidado—. A... aprendí a coser en la escuela y gracias a Mémé, perdón, a mi abuela. Cuando acabé el colegio trabajé en el departamento de ropa a medida para señoras de un centro comercial de Londres, algunas veces hacía modificaciones, otras veces probaba a las clientas.

—¿Probaba a las clientas? ¿Y qué aprendió de esa experiencia, mademoiselle?

—Que cuando las señoras tienen noventa centímetros de cintura siempre piensan que el metro de la modista va mal.

El hombre dio un golpe a la mesa, encantado.

—Excelente. ¿Qué más le ha enseñado la vida?

—Eh... Se me da bien coser y bordar. Sé coser todo tipo de costuras, dobladillos, ojales y numerosos puntos de bordado. He aprendido a hacer puntadas invisibles, respuntes a la vista, nido de abeja, acolchados. Eh..., también sé hacer puntillas —y en honor a la verdad, añadió—: aunque no se me da muy bien. Sé coser bordado inglés y bordado en cañamazo.

—Ah, el bordado en cañamazo es uno de mis preferidos. Para un español, el bordado en cañamazo es muy especial, típico de nuestra tierra. ¿Me ha traído alguna muestra?

—No, lo siento.

En lugar de eso, había llevado el pescado.

—¿Cómo sabemos que no miente? —atacó de nuevo mademoiselle Lilliane.

—Porque la envía madame Shone. *Petite*, muéstreme las manos.

Alix las extendió. Mademoiselle Lilliane soltó un chillido:

—¡Lleva pintura en las uñas! Imagínese si esas manos tocan una de sus prendas.

¿«Sus prendas»? A Alix empezó a palpitarle el pulso en la sien.

El hombre abrió un cajón y sacó una caja de marquetería.

—Era el costurero de mi madre. Coja lo que necesite. —Sacó un pañuelo de seda impoluto del bolsillo—. Cree algo.

Alix pensó: «Paul, te voy a matar».

Temblando, enhebró una aguja con hilo de seda, extendió el pañuelo en un bastidor y luego empezó a coser con desgana hasta que le cogió el tranquilo. En ese momento, el modisto se retiró a una oficina anexa y dejó la puerta entreabierta. Alix



lo oyó primero hablando para sí mismo en español, y después por teléfono en francés. Durante todo ese rato, mademoiselle Lilliane permaneció apostada junto a la mesa, con los ojos abiertos como los de una víbora. Le pareció que había transcurrido una hora cuando el sastre regresó a la sala, aunque lo más probable era que no hubiesen pasado más de veinte minutos.

Por fin, Alix fue capaz de tenderle una imagen trabajada con puntada de satén y nudo francés. El sastre lo recogió, asintió y luego comentó:

—¿Dice que huele mal, mademoiselle Lilliane?

Para horror de Alix, se llevó la mano a la nariz.

—Trucha —dijo el hombre con satisfacción.

A Alix le ardía la mirada.

—¿Cómo lo ha sabido?

—Esta nariz —le dio unos golpecitos— elaboró Ersa a partir de cincuenta ingredientes distintos y logró un milagro del equilibrio.

—¿Ersa?

—Mi perfume estrella. ¿No lo ha olido...? ¿Flor de azahar, almendra dulce...?

Alix olfateó el aire.

—¿Y aceite de rosas?

—Tal vez. Ersa es un perfume complejo. Solo yo conozco sus secretos.

—Usted es monsieur Javier, ¿verdad? Ay, madre.

—Ay, madre —la imitó él. Pero lo dijo sonriendo.

Le tendió el bordado de Alix a mademoiselle Lilliane, quien se mofó:

—Qué mal gusto.

—*Au contraire*, mademoiselle. Es el pescado más delicadamente trabajado que he visto desde hace meses. Esta jovencita sabe que para trabajar en nuestro negocio hace falta valor y sentido del humor.

Cuando Alix le contó la noticia esa noche, Mémé le dio una bofetada.

—¿Una *midinette* del modisto? ¿El último mono..., después de todo lo que te dije? Te pagarán una birria y te sacarán hasta el higadillo.

Alix se llevó la mano a la mejilla.

—Monsieur Javier paga bien a las chicas y algunas de las mujeres más ricas de París solo le compran la ropa a él. Debería estar orgullosa de que me haya ofrecido trabajo, Mémé.

—Alix, Alix, ¿tienes idea de lo que hizo falta para que te dieran el empleo en la compañía telefónica? Fui con la gorra en la mano a ver al conde de Charembourg, le supliqué que llamase al director de la empresa para que te hiciera un hueco.

—¿Fue a ver al conde aquí, en París? —Alix se quedó confundida—. ¿Dónde lo vio? ¿Cuándo?

—En su casa, en el *seizième arrondissement*. Cuando fui a suplicarle que me

ayudase a conseguirte un empleo, *madame la comtesse* me obligó a quedarme en la escalera como una vagabunda... ¡Qué trago tan amargo, y me lo bebí por ti!

—Debería haberme contado que el conde estaba en París —insistió Alix con tozudez—. Y yo que pensaba que había conseguido el empleo de operadora por mis propios méritos... —La burbuja en la que había flotado mientras volvía a casa estalló—. Siempre es usted tan dura, tan rígida, Mémé. ¿Por qué me castiga por intentar sacar el mayor provecho a una vida que no pedí?

Al ver que Mémé no contestaba, las emociones de Alix se encendieron aún más.

—Mi padre habría estado orgulloso de mí, aunque usted no lo esté. Siempre decía que era una chica «original».

Mémé se sentó y mostró las palmas de las manos.

—Apenas tenías cinco años cuando tu padre murió. La conversación más larga que mantuviste con él fue para que te dijera con qué cuchara tenías que comerte los cereales. —Hizo un gesto hacia el retrato de Mathilda—. Están todos muertos. Solo me tienes a mí.

Algo sacudió a Alix por dentro. Salió disparada de la habitación y gritó:

—Seguro que mi madre se hizo enfermera en cuanto pudo para huir de usted.

—¡Alik!

La joven hizo oídos sordos al dolor que transmitía ese grito y salió corriendo del piso. Pasaría el resto del día con Bonnet. Sin embargo, tras subir sin resuello las escaleras de Abbesses, la estación de metro de Butte de Montmartre, descubrió que su amigo tenía otros planes para la velada. Estaba en la plaza, junto a un grupo de hombres con los que jugaba a las tabas encima de un tapete que habían colocado en el suelo. Al lado tenían una mesa plegable abarrotada de botellas y vasos.

—Tarde de hombres —murmuró Alix—. Iré a ver a Paul.

Sin embargo, al llegar al quai d'Anjou, descubrió que el *Katrijn* no estaba amarrado en su sitio. Contempló el retazo de agua vacía, mientras una angustia imprecisa la sobrecogía. Paul siempre estaba ahí cuando lo necesitaba.

La vieja barquera Francine le sonrió desde el muelle.

—Volverá. Ha llevado a sus hermanas al canal a visitar a su última pariente viva.

—No tiene parientes, Francine.

—Claro que sí. Una tía abuela que vive en Bobigny y que se lavó las manos hace años para no ocuparse de Sylvie le Gal. No le parecía bien que se dedicara al baile picante. —Francine movió las caderas—. Paul tiene la esperanza de que las niñas consigan ablandar su corazón viejo y duro, para que puedan esconderse allí cuando las autoridades vuelvan a buscarlas. Confío en que el gasto de combustible no sea en balde; he tenido que dejarle una lata. —Al ver la expresión taciturna de Alix, Francine se rio y la invitó a pasar con un gesto—: Entra, tómate una copa de *pastis* conmigo.

En realidad Alix no quería, pero la sonrisa desdentada de Francine la instaba a subirse a bordo. Una vez allí, la primera copa de *pastis* dio paso a unas cuantas. Al

final, Alix se bajó del barco de Francine cuando la luz empezaba a languidecer. Todavía tenía la mejilla enrojecida por el tortazo de Mémé, pero las horas que habían transcurrido habían mitigado su enfado. Mémé envejecía en un mundo que no ofrecía oportunidades a una costurera con los dedos encorvados. Mémé tenía miedo del futuro, de los alemanes, de todo.

Sin embargo, cuando cruzó la plaza que había enfrente de Saint-Sulpice y notó la vibración del famoso órgano de la iglesia en los tablones que tenía bajo los pies, Alix había tomado una decisión. No aceptaría el puesto en Maison Javier. Ni siquiera por el bien de Paul, ni siquiera por el bien de Suzy. Los riesgos eran muy altos, y las expectativas también.

Ayudaría a Paul de otra forma, se propuso. Trabajaría como una burra en la compañía telefónica, aceptaría todos los turnos de noche que le ofrecieran. Se convertiría en otra mademoiselle Boussac y llegaría a supervisora. Quizá ese hombre trajeado y con recursos la llevara a una preciosa casita en las afueras, pero tendría que llevarse también a Mémé.

Era un buen plan. «Entonces, ¿por qué lloras? —se interpeló—. La esperanza no ha muerto. Solo te lo parece.»

Se mantuvo fiel a su promesa toda la semana siguiente. Ahí estaba, terminando otra noche del sábado en la rue du Louvre, otro turno de noche. Cuando el amanecer del domingo se coló por las persianas del edificio de la compañía telefónica, Alix se quitó los auriculares y pensó con anhelo en el café que la aguardaba. Un café dulce y cargado. Miró el reloj. Faltaba menos de una hora para terminar. Por lo menos había estado entretenida. Normalmente el turno de noche era tranquilo, pero ese día, el estruendo de los cables y los interruptores que subían y bajaban sin cesar había ahogado los murmullos de sus compañeras mientras tramitaban llamadas.

«Mal tiempo en el canal. Las travesías se han anulado en todos los puertos», había informado la supervisora del turno de noche.

Repetían a un interlocutor tras otro que debían esperar más de una hora para alertar a la familia y los amigos en Gran Bretaña de que estaban retenidos en Francia. Alix deslizaba la silla de lado a lado. ¡Ay, qué dolor de espalda! No debía pensar tanto en ese café dulce y cargado...

Una luz parpadeó delante de ella, así que enchufó el cable en la toma para contestar y se puso los auriculares.

—¿Con qué ciudad desea hablar, por favor?

Cuando oyó la respuesta «Londres», se preparó a informar a un viajero más de que sería preciso tener paciencia. Pero no tuvo oportunidad de decirlo, porque quien llamaba soltó:

—Póngame con Abbey dos tres uno cero. ¡Deme una línea ahora mismo!

El cliente habló en inglés, lo que la irritó, porque daba a entender que su francés no era perfecto. En el inglés más remilgado que fue capaz de pronunciar, Alix contestó:

—Lo siento, caballero, las líneas de Inglaterra están saturadas. El tiempo de espera son ocho horas.

La chica que estaba sentada junto a Alix la miró perpleja y susurró:

—Ochenta minutos, ha dicho mademoiselle Dujardin. No ocho horas, Alix.

Alix fingió no haberla oído.

El interlocutor también se quedó bastante impresionado.

—Llegaría antes a nado.

—¿Le gusta la niebla?

—¿Contra eso es contra lo que tendré que luchar?

—Es densa como la manteca de oveja. Todos los medios de transporte se han cancelado. El mundo necesita llamar a Londres porque a los londinenses les encanta hablar de la niebla, igual que a otras personas les encanta hablar de vino añejo. Hay

infinidad de variedades. —Consciente de que estaba rayando en la insolencia, recuperó su tono de voz habitual—. Le avisaré en cuanto podamos pasar su llamada.

—¿Es usted inglesa?

—No. —Tenía una voz agradable ahora que no le escupía órdenes. Incluso atractiva. Pero eso no lo libraba de los cargos por insolente—. Soy medio inglesa.

—Bueno, pues su mitad inglesa habla muy bien el idioma.

—Por eso me contrataron en la empresa.

—Claro, claro. Mire, soy periodista y es cuestión de vida o muerte que hable con mi director en Londres antes de que se levante y empiece la jornada laboral.

—¿Cómo se llama, por favor? —le preguntó.

—Verrian Haviland. —El hombre deletreó tanto el nombre como el apellido.

—¿Y la persona con quien quiere contactar?

—Jack Haviland. Abbey dos tres uno cero.

—Creía que había dicho su «director».

—Que resulta ser mi hermano.

—Ya. ¿Desde dónde llama?

—Desde el hotel Laurentin, junto a la Gare du Nord. Por si quiere más datos, estoy en el pasillo que hay detrás de la cocina, demasiado cerca del cuarto de baño para mi gusto, gritando para que se me oiga por encima del estruendo de las sartenes a un auricular que huele a ajo y tabaco rancio. ¿Puede pasarme de una vez?

Alix ahogó una risita que tenía tanto de sorpresa como de diversión. Echó un vistazo a su espalda. La supervisora, mademoiselle Dujardin, estaba sentada a unos pasos de distancia, rellenando un informe. Las muestras de confianza, y en especial las risitas, estaban terminantemente prohibidas.

—Tengo que enviar todas las peticiones a otra sección o rellenar un formulario de «solicitud y horario». No puedo interferir en el orden del panel de conexión.

—Pero ¿no puede marcar prioridades?

El dejo rasposo de su voz indicaba que fumaba como un carretero, pero hablaba como una persona instruida. Alix se preguntó qué hacía en ese pasillo de la cocina de un hotel. Conocía los locales que había cerca de la Gare du Nord. Abrían antes del amanecer para alimentar a los empleados de la estación de ferrocarril, a los barrenderos y a las prostitutas cansadas.

—No —le contestó—, salvo que tenga la debida autorización.

—¿Y sería mucho pedir que me la diera una operadora telefónica tiesa y estirada?

Sus dedos planearon sobre el enchufe. Un movimiento y podía colgar la llamada. Pero se sorprendió a sí misma al responder con dulzura:

—Sí, sería mucho pedir. Por suerte para usted, no soy tiesa y estirada... Bueno, puede que sí, pero solo porque llevo trabajando toda la noche.

Una pausa.

—Lo siento muchísimo —contestó—. He tenido una semana de espanto y tengo que hablar con mi hermano como sea. Mi hermano podría salvarle la vida a un

hombre.

Durante los meses que llevaba trabajando en la centralita Alix había oído de todo, todos los motivos de vida o muerte imaginables por los que la llamada de una persona en concreto debería saltarse la lista de espera. Así pues, ¿qué la llevó a creer en aquel hombre de manera instintiva? Mademoiselle Dujardin había cerrado el libro de informes y se disponía a salir por la puerta.

—¿Habla en serio? —susurró Alix pegada al auricular—. ¿Un hombre corre peligro de muerte?

—Sí. Está encarcelado en España, de donde acabo de llegar. Está en unas condiciones pésimas. Mi hermano conoce a algunas personas del gobierno británico que podrían tirar de los hilos. Es como dar palos de ciego, y vamos contrarreloj.

Alix pensó a toda prisa.

—Deme unos minutos. Haré todo lo que pueda, pero tendré que saltarme las normas.

Oyó un suspiro de alivio.

—¿Puedo saber cómo se llama? —preguntó el hombre.

La vecina escuchaba con atención la conversación de Alix, de modo que esta contestó:

—No tengo libertad para decírselo.

—¿No le permiten confraternizar? Una última pregunta: ¿quiere casarse conmigo?

Al final soltó la risita.

—Puede que sí. Pero para ese tema sí tendrá que ponerse al final de la cola.

Alix se quitó el auricular y murmuró a su compañera:

—Tengo que ir al servicio.

Hizo oídos sordos cuando la otra chica protestó que seguro que podía aguantar hasta que terminase el turno, y corrió por un pasillo hasta una sala en la que las operadoras estaban sentadas frente a consolas a ambos lados de una pasarela. Mademoiselle Boussac estaba al mando de esa sección. Se hallaba al final de uno de los pasillos de teleoperadoras, enfrascada en la resolución de algún problema. Satisfecha de haber dado con el momento idóneo, Alix buscó entre las filas hasta el cartel con el destino «Londres».

Eligió a una chica de la misma edad que ella y colocó la tarjeta de solicitud de prioridad delante de la empleada. La había hurtado de la mesa de mademoiselle Dujardin y la había rellenado ella misma.

—Me la han autorizado —dijo, con un nudo en el estómago. Se arriesgaba a perder el empleo por un desconocido.

La chica parecía insegura.

—¿No sería mejor que pidiésemos permiso?

Ambas miraron hacia mademoiselle Boussac, que daba golpecitos en un extremo del cable conector.

—Creo que está ocupada —susurró Alix.

En ese momento, mademoiselle Boussac se incorporó y penetró con la mirada a Alix. Justo entonces otra operadora la llamó para que se acercara al lugar en el que una luz que parpadeaba sin parar indicaba que había un fallo eléctrico.

—Es nueva, ¿verdad? —le preguntó Alix a la chica, y dio un golpecito a la tarjeta—. No pasa nada, tranquila. Es del ministerio.

—¿Qué ministerio?

—Pues el ministerio. Siempre les dan prioridad.

Al día siguiente, el lunes, amonestaron a Alix por saltarse las normas de la empresa telefónica referentes al orden estricto de las llamadas de los clientes. La chica que tenía sentada al lado la había visto coger la tarjeta de prioridad y se lo había contado a la supervisora.

Como castigo, le descontaron la paga de un día y le advirtieron que no le tolerarían ni una infracción más.

Al día siguiente, Mémé se presentó muy disgustada en la compañía. Mademoiselle Boussac mandó a una secretaria a buscar a Alix, que estaba en la centralita, y le pidió que le llevara un vaso de agua.

Alix encontró a su abuela desplomada en una silla. Temblaba tanto que el agua corría peligro de acabar derramada. Alix le cogió el vaso de las manos.

—Mémé, ¿qué le pasa?

—Los alemanes intentan entrar a la fuerza en el piso.

—¿Alemanes en Saint-Sulpice?

—Llevo toda la mañana oyendo el pam, pam, pam... —El resto de la frase se perdió porque Mémé se pasó al yiddish. Alix comprendió un nombre:

—¿Hitler intentaba derribar nuestra puerta?

Intercambió una mirada con mademoiselle Boussac, que puso una cara de circunstancias.

—No golpeaba en la puerta, ¡era en el techo! Pretende levantar las vigas de madera para entrar por ahí.

—¿Y por qué iba a hacer eso? —preguntó Alix—. ¿Cómo iba a subirse ahí? Eso para empezar.

—A lo mejor ha saltado desde el edificio de al lado.

Mémé se balanceó hacia delante.

Alix pensó: «¿Estará delirando?». Un nuevo temor se apoderó de ella: su abuela podía perder la cabeza y necesitar una atención continua. Entonces un pájaro pasó

volando por la ventana del despacho y se le ocurrió otra posibilidad.

—Mémé, ¿cree que podría tratarse de palomas? Estaban preparando el nido y revoloteaban junto a las salidas de la chimenea. Esta mañana me han despertado.

Mémé frunció el ceño.

—¿Palomas? ¿Estás segura?

—Ha llegado la primavera y empiezan a aparearse. Siempre arman mucho escándalo, ¿a que sí? —Mientras su abuela asentía lentamente, Alix añadió—: Ay, Mémé, se ha disgustado por nada. Se ha pegado una caminata hasta aquí y ahora tendrá que volver a subir todas esas escaleras.

—No pasa nada. Lo que me duelen son las manos, pero no camino con las manos.

Mademoiselle Boussac miró los pies de Danielle y endureció el semblante.

—Alix tiene razón, madame, teniendo en cuenta que se torció el tobillo hace pocos días. ¿Qué dirá el médico cuando se entere de que ha cruzado París para venir hasta aquí?

Mémé, que no se percató de las señales de peligro, se observó los tobillos con meticulosidad.

—¿Que me torcí el tobillo? Me parece que no. Soy más fuerte de lo que parezco.

Mademoiselle no abroncó a Alix en ese momento. Pero cuando Mémé se marchó, llamaron a Alix para que se presentara ante el jefe del departamento. Mientras él la miraba con silenciosa severidad, mademoiselle Boussac le preguntó a Alix si había mentido.

—El cuatro de marzo aseguró que su abuela tenía que ir al médico y pidió unas horas libres.

Alix lo admitió.

—Quería ver a algún joven, supongo —la acusó mademoiselle Boussac mientras la rabia le subía a las mejillas.

Alix dijo que sí. Un joven, sí. Así era más fácil.

—Me temo, Alix Gower, que me equivoqué al evaluar su carácter. La empresa puede tolerar un desliz, pero no dos.

El jefe del departamento le dio la razón. Invitaron a Alix a recoger el abrigo y a abandonar las instalaciones.

Al verse en la rue du Louvre miró a su alrededor y se llevó la mano a la boca. El aire estaba cargado con el humo de los tubos de escape. Las siluetas de los edificios se fundieron bajo su mirada aturdida. La habían despedido. ¿Qué sentía...? ¿Alivio?

¿Maison Javier?

Al haberse quedado sin un empleo, no le quedaba otro remedio que aceptar el otro. Mientras cruzaba la calle se preguntó si el hombre inglés que había llamado habría conseguido contactar con su hermano y habría salvado la vida de su amigo español.



A menudo iba a esa iglesia para escuchar el órgano y contemplar sus famosos murales de Delacroix. «Lucha entre Jacob y el ángel» era su favorito. Sin embargo, ese día no se veía con ánimo de mirar a la cara a Jacob, un hombre abandonado en un combate que no podría ganar. Así pues, se sentó en un banco, apoyó la cabeza y rezó para que ella apareciera. No estaba seguro de si le habría llegado la carta en la que la invitaba a reunirse con él dentro de la iglesia de Saint-Sulpice. Le había dejado la nota a la portera, que había prometido que «encontraría a alguien que la subiera al último piso» antes de metérsela en el mugriento delantal.

Ojalá hubiera alguien tocando el órgano hoy. A ser posible, Bach, algo complicado que le llenara los oídos. En ese silencio típico de día laborable, el monumental interior de la iglesia hacía que se sintiera juzgado. Y solo... Aunque al otro lado del pasillo un grupo de mujeres movían los labios mientras rezaban.

Seguro que no iba. No debería haberle propuesto quedar en una iglesia. Pero buscaba un sitio en el que pudieran hablar entre susurros sin llamar la atención.

—Siempre que vengo me maravillo ante el dinero que ustedes, los católicos, se gastan en proporcionarle un hogar a Dios. Dice mucho acerca de la confianza que tienen en su presencia.

Se volvió al instante y vio a Danielle Lutzman acomodándose detrás de él. Su pensamiento más inmediato fue: «Cuánto ha envejecido desde la última vez que fue a verme». ¿Cuánto había pasado desde que se había presentado en el boulevard Racan para que ayudara a su nieta a conseguir empleo? ¿Un año? Ese rostro, en otra época hermoso, era ahora como una manzana arrugada, empequeñecida por un sombrero apagado.

—Algunas veces entro a escuchar el órgano —dijo la señora Lutzman, malinterpretando la perplejidad del hombre—. Una judía puede escuchar algo de Bach o Händel sin llevarse lo que no le pertenece de pleno derecho. Es lo más cerca que estoy de Dios, aunque mi padre me habría dado un buen azote, y mi marido también. Bolcheviques hasta la médula. La única música que le gustaba a mi padre era el estruendo de la caída de las monarquías.

—¿Qué habría hecho con un sitio como este?

Danielle alzó la vista hacia el techo.

—Le habría gustado que se convirtiera en un granero. —Se ajustó las gafas en la nariz y añadió—: He recibido su nota, pero no me encontraba bien. Me parece que estoy perdiendo la chaveta. ¿Puede creerse que pensé que una paloma que teníamos en el tejado era la sanguijuela de Hitler que venía a buscarme? Desde que leí en el periódico una noticia sobre la Gestapo, no puedo dejar de pensar en el día en que la

policía me sacó a la fuerza de mi casa, en Kirchwiller. Paso mucho miedo en París. No me imaginaba que fuera a ocurrirme.

—¿Qué la hizo marcharse de Londres? Allí tenía un hogar y una vida.

Se encogió de hombros.

—La eterna búsqueda de seguridad..., de expiación. —Una sonrisa nerviosa distorsionó sus labios—. Aquí, por lo menos, si la policía viene a buscarme puedo llamarle a usted o a mi amigo Bonnet. Los dos me han ayudado en otras ocasiones, ¿no? —Esperó a que él corroborara su opinión antes de preguntar—. ¿Qué quiere de mí?

La confesión del miedo que sentía lo había dejado descolocado, y cuando habló, se olvidó de ser cauteloso:

—Han intentado chantajearme por la muerte de su marido. —Vio que la mujer se tocaba la cicatriz de la sien—. Sí, ese día ha vuelto al presente por fin. Madame, juró que no se lo diría ni a un alma.

—Y no lo he hecho.

—Alguien lo sabe. Un hombre me llamó por teléfono a casa, unos minutos después de que recibiese esto. —Le tendió la carta manoseada que le habían entregado en mano el día 12—. Dígame si reconoce la letra.

Se la devolvió al cabo de un momento. Le temblaba todo el cuerpo.

—No reconozco la letra. Amenaza con sacar a la luz la verdad sobre la muerte de Alfred. Es chantaje, monsieur, pero quien la ha escrito no está del todo seguro de su estrategia.

—¿Por qué dice eso?

—Amenaza con hacer daño a alguien que usted quiere si no le paga. Eso demuestra que exponer los hechos del asesinato del pobre Alfred no le parece bastante..., porque a nadie le importa ya. —Murmuró algo en yiddish—. La gente creía que yo había matado a mi marido.

—Solo la detuvieron como sospechosa, y la liberaron casi de inmediato.

—Gracias a usted. Pero para rescatarme, hizo partícipes de nuestro secreto a otros. A lo mejor alguno de esos «otros» es el que ha salido de debajo de las piedras para amenazarlo.

El hombre le dio la razón y añadió:

—Pero ¿quién?

—Estaba Kern.

—¿El inspector de policía al que sobornó mi madre? Murió hace una década y no tenía motivos para hablar. Al fin y al cabo, lo hicimos rico. También está Célie Hauptmann, claro, el ama de llaves de mi madre... Pero ahora está muy frágil y su lealtad a mi madre ha sido siempre inquebrantable.

—A su madre sí, pero no o a usted. Hauptmann era una de las que me llevaban ropa limpia a la cárcel, ¿verdad? —Danielle se acarició las mangas mientras él lo confirmaba—. Yo no le caía bien. Y creo que usted tampoco le caía bien. ¿Por qué

dice que está frágil?

—Está agonizando. No sospecho de ella.

—Pero ¿tiene personas a su cargo? ¿Un hijo o una hija que le pida dinero, que pudiera beneficiarse de un pequeño pellizco?

—La señora Haupmann no tiene hijos. Siempre dependió por completo de mi familia y le será fiel hasta el último aliento. ¿Acaso podría haber revelado sin querer los hechos relativos a la muerte de su marido, señora Lutzman? ¿Tal vez a Raphael Bonnet?

—Usted y yo acordamos una versión que nos salvara a ambos y yo no se lo conté a nadie, ¡ni siquiera a mi hija! Y por cierto, esto —señaló la carta—, esto lo ha escrito un zarrapastroso sin escrúpulos. Mi viejo amigo Bonnet es un hombre que ha demostrado con creces su lealtad. Aunque se haya enterado de algunos de mis trapos sucios (*mein Gott*, y tengo muchos), no los explotaría por dinero. —Dio una palmada para zanjar el tema—. ¿Y cuánto le pide la sanguijuela del chantajista?

El conde consiguió sonreír.

—Bastante, la verdad, y estoy removiendo cielo y tierra para ver si puedo reunir el dinero. Según sus instrucciones, de una precisión admirable, debo dejar el dinero detrás de un quiosco de tabaco que hay cerca de Notre-Dame-d'Auteuil el día de Viernes Santo. Y eso es pasado mañana... —Se detuvo cuando una mujer pasó por delante de ellos. Era delgada, de ojos oscuros, y al verla sus pensamientos saltaron a Alix—. ¿Qué tal está su Alikí? Me gustaría verla.

Danielle arrastró la silla al levantarse.

—Tengo que irme.

Jean-Yves la siguió y salieron de la iglesia. La cogió por el brazo cuando ya se adentraba en la tarde deslumbrante de marzo.

—Tal como me pidió, no he contactado con Alix, pero odio fingir que no sé que está en la misma ciudad. Si necesita un amigo en París, o dinero para estudiar, una carta de recomendación, lo que sea, ¿me lo pedirá?

Danielle desdeñó el ofrecimiento.

—Ya la ayudó a conseguir empleo en la compañía telefónica y con eso basta. Guarde su riqueza para sus hijas. Tiene que pagar una boda, ¿no? Ha puesto una cara como si hubiera dicho algo vulgar. Lo he leído en el periódico.

El hombre suspiró. Habría preferido no hacer un anuncio público, pues tanto bombo y platillo le parecía poco delicado. Pero Rhona había insistido.

De manera involuntaria, Danielle empleó justo el mismo argumento que le había dado Rhona:

—¿Por qué tendría que ocultar al mundo que es un triunfador? —Y arremetió recitando la noticia—: «Marie Louise Alphonsine Rhona Christine, hija mayor del conde de Charembourg, prometida de Guy Philippe Antoine, duque de Brioude, contraerá matrimonio el 15 de junio en la propiedad familiar de Kirchwiller». Es una ocasión formidable y comprendo que no es el mejor momento para tener que pagar

un chantaje. Así pues, no lo pague. Dígale que se meta las amenazas donde le quepan. —Al ver que él dudaba, levantó el dedo para advertirle—: Si paga a un chantajista, mantendrá a un chantajista.

—Ha leído las amenazas, pero no lo ha oído, madame. No lo ha oído regodearse ante la posibilidad de estropear... —hizo una pausa porque sintió náuseas—... de estropear una cara bonita. No sé qué significa eso. ¿Quemarla, echarle ácido sulfúrico, rajarla con una navaja...? Lo único que sé es que tengo que pagar.

—¿Acaso la esposa del granjero ordeña la vaca solo una vez?

El conde no tenía respuesta para eso, así que se despidieron. Observó a Danielle Lutzman mientras se marchaba renqueando por la plaza, después de rechazar el ofrecimiento de que la acompañara a casa alegando que sería mejor que no los vieran juntos.

—La gente cotillea, y le daría un disgusto a su querida esposa.

Ella era lista y él un inconsciente. Pero también era un padre, un padre orgulloso y tierno. Era un marido, un guardián y (aunque quizá un poco tarde) un hombre de honor. Así pues, debía encontrar el dinero. No le quedaba otra opción.

### *Semana Santa, 27 de marzo*

Su hija Ninette insistía en que siempre sabía si quien llamaba por teléfono era el prometido de Christine.

—Los timbrazos suenan a música celestial cuando Philippe llama. Vibran con la poesía latente.

—No te rías de tu hermana —la reprendió Jean-Yves—. El teléfono, igual que toda la tecnología que fabrica el ser humano, es siempre poco imaginativo, te lo aseguro.

—No, no, papá. Es el espejo de nuestros sentimientos.

—Entonces deja en paz los sentimientos privados de tu hermana y recuerda que algún día el teléfono sonará con mucho amor para ti.

Cuando, tres días después de su encuentro con Danielle en la iglesia de Saint-Sulpice, sonó el teléfono del conde, la teoría de Ninette se aplicó delante de sus narices. Antes de descolgar el auricular ya sabía qué voz iba a oír.

—¿Dónde estaba ayer? ¿Un viernes nada santo? No dejó el dinero y rompió nuestro trato sagrado. Me está obligando... —la voz sonaba cada vez más congestionada—... a darle una última oportunidad. La última de verdad. Sé dónde pasan el día las personas a las que quiere. Y sé por dónde pasean las jovencitas, dónde compran y dónde comen. No espere hasta que empiece a picarme la mano en la que llevo la navaja con esa insoportable punta afilada.

—Intenté pagar, se lo juro. Escúcheme, por favor... —Alguien llamó con los nudillos en la puerta del estudio y Jean-Yves soltó un tremendo juramento. Gritó—:

¡Fuera!

Pero la puerta se abrió y al instante apareció su secretario con una funda de pergamino en la mano. Jean-Yves dejó caer el brazo por detrás del escritorio para esconder el auricular del teléfono.

—Ahora no, Ferryman.

—Son documentos del abogado del duque de Brioude, monsieur. Es preciso que los firme.

—Le he dicho que más tarde. Ahora estoy ocupado.

Ferryman hizo una servil reverencia, pero no se movió.

—Permítame que le recomiende que los firme, monsieur, para que pueda entregarlos...

—¡Maldita sea! ¡Salga de aquí ahora mismo!

Toda la conversación duró poco más de quince segundos, pero fue lo bastante larga para agotar la paciencia de quien había llamado: el chantajista había colgado. Jean-Yves dejó el auricular sobre el aparato y esperó a que el hombre volviese a llamar; esperó igual que un gato listo para saltar sobre su presa. Cuando se cansó de esa postura, se levantó y empezó a dar vueltas, sin despegar los ojos del teléfono. Ese instrumento del escritorio había adquirido el malévolos poder del espíritu del demonio. Juró no volver a reírse jamás de las fantasías de Ninette.

Cuando la propia Ninette asomó la cabeza por la puerta del despacho, para preguntarle si podía ir al Bois de Boulogne a dar una vuelta con sus amigos, le espetó:

—No.

La chica parpadeó varias veces.

—Solo se lo he pedido para ser educada, papá. Nunca me dice que no.

—¿Quién más va? ¿Algún joven en la fiesta?

—Bueno, sí, claro.

Mencionó los nombres, todos jóvenes de buena familia, y uno de ellos a punto de marcharse a la escuela de caballería en Saumur. No podía pedirse mejor escolta para una hija. Incluso a pesar del pánico que le hacía sudar, Jean-Yves sabía que no podía imponer a sus hijas un arresto domiciliario. Por lo tanto, le dijo a Ninette que podía salir pero a condición de que no se separase de sus amigos. Y el chófer tenía que llevarla hasta donde hubieran quedado. Además, debía acompañarla Ferryman y esperarla en las caballerizas.

—¿Ferryman? —El rostro de Ninette se contrajo por el horror—. ¡No, papá! Hace reverencias igual que un caballero... La gente pensará que es mi novio. Cualquiera menos Ferryman.

También cedió ante esa súplica, porque sin saberlo, la chica tenía razón: la vida debía continuar con normalidad, aunque el conde era incapaz de pensar en nada salvo en el chantajista con la navaja afilada en la mano.

Se dedicaba a sumar a cuánto ascendían las acciones del Banque d'Alsace (y llegaba a una cantidad distinta cada vez que hacía la operación) cuando volvieron a llamar a la puerta. Como esperaba que fuese Ferryman, se dispuso a disculparse por el arrebato de furia que había tenido un rato antes, pero se sorprendió al descubrir que era su hija mayor, Christine. La preparación del ajuar la absorbía y se pasaba el día en la salita de estar, bordando los apellidos De Charembourg y Brioude entrelazados en las servilletas de lino.

Iba vestida para comer en casa, y la primera impresión que causó en el conde fue que el vestido verde cobre cortado al bias no le favorecía. Christine era alta pero no esbelta, y un corte de princesa le habría sentado mejor. Le dio un beso a su hija y aspiró su aroma.

—¿Shocking de Schiaparelli? ¿Acaso ha llegado el regalo de Pascua de Philippe, por casualidad?

La joven soltó una risita.

—Qué buen olfato tiene para ser hombre, papá.

—¿Para ser hombre? Los mejores creadores de perfumes son hombres. Por ejemplo, Ernest Beaux, el creador de Chanel N.º 5. Y otro ejemplo: André Fraysse, que metió flores en un frasco para producir el perfume favorito de tu madre, Arpège. Los mejores modistos también son hombres, y desde luego, los mejores chefs.

Al ver la frente arrugada de Christine, el conde dio por supuesto que había herido el orgullo femenino de su hija, pero lo único que dijo fue:

—Philippe cenará con nosotros esta noche.

—Muy bien. Me gusta tu prometido. Gracias a él, tengo las alegrías de un hijo listo sin haber sufrido los gastos de darle una buena educación.

Christine arrugó la frente todavía más. Casi nunca entendía las bromas de su padre.

—Philippe me prometió que me llamaría para preguntarme qué flores podía traerle a *maman*. Ya sabe que le gusta que los hombres le regalen flores a juego con sus vestidos de gala.

—Sí, soy consciente de esa hermosa debilidad. ¿Todavía no ha llamado?

—Eh, sí, pero le dije que comprara gardenias, porque el blanco es una apuesta segura. Pero luego me he acordado de que *maman* odia cómo huelen.

—Pues llámalo y dile que le traiga rosas.

—Ha salido y no volverá en todo el día, según me ha dicho su criado. ¿Qué puedo hacer?

—¿Qué te parece si dejas de malgastar la energía en bobadas?

Se arrepintió al instante de tener una lengua tan viperina. Christine estaba enamorada; las bobadas eran importantes para ella. A diferencia de Ninette, no tenía confianza en sí misma para ser juguetona o descarada. Con su rostro en forma de corazón y esas cejas nada bonitas, Christine le recordaba muchísimo a su madre, la abuela de la chica. Igual que la difunta Marie-Christine de Charembourg, su hija

expresaba el amor en los cuidados más detallistas, en una absoluta lealtad, unos rasgos de los que era fácil aprovecharse. Así pues, el conde continuó con voz más dulce:

—Podemos remediar la situación saliendo a comprar rosas blancas. Ferryman puede esperar en el vestíbulo con las flores escondidas detrás de la espalda. Cuando llegue Philippe... intercambian los ramos a toda prisa sin que tu madre sospeche nada y... *voilà!*

Por fin la chica se rio.

—Es un hombre maravilloso, papá. ¿Salimos a comer fuera? —Y entonces, en lugar de dejar que contestase, volvió a insistir sobre el detalle nimio pero importante —: Le aconsejé flores blancas solo porque no tenía ni idea de qué se pondría *maman* esta noche. Ha ido a Maison Javier a probarse por última vez el vestido que lucirá en la cena de mañana.

Ferryman llamó justo en ese momento y entró de lado, como si al estrechar la figura fuese a evitar otra reprimenda. Llevaba una carta, entregada en mano unos minutos antes. Jean-Yves rompió el sobre y se preparó para poner una expresión despreocupada ante los dos jóvenes que lo miraban con avidez. Respiró aliviado cuando vio una firma conocida.

—Es del presidente de la FTM. Me convocan a una reunión —les comunicó.

Al ver que Christine se quedaba perpleja, añadió sin preámbulos:

—La FTM: Fabrication Textile Mulhouse, la fábrica textil, hija... ¿Las personas que me pagan el sueldo? —Volvió a leer la carta—. Bueno, hay un ricachón suizo en la ciudad que ha mostrado interés en comprar la empresa. Al parecer, debemos reunirnos con él hoy mismo.

—¿Una reunión de trabajo el día de Sábado Santo? —Christine no pudo ocultar que le fastidiaba. Otro rasgo que compartía con la difunta madre del conde era la devoción religiosa—. ¿Quién es ese ricachón?

—Responde al nombre de Maurice Ralsberg. Un infiel pagano, seguro.

—Ralsberg... Ay, fue a una función benéfica a la que me llevó *maman*. —Christine se atrevió a sonreír—. Era bastante guapo cuando se quitaba las gafas. Fue muy atento con *maman* y conmigo. La llamaba *comtesse* en todo momento, lo cual le encanta.

—Ajá. Un arribista social. ¿Debería doblar el precio de las acciones? Te diré una cosa —continuó—, iremos a comer fuera como proponías. Primero acompáñame a la rue du Sentier. Puedes sentarte en la mesa de negociación. Te servirá para aprender.

—¿Yo? ¿Que vaya a una reunión de negocios?

—Desde luego. Seguro que encandilas al ricachón, tras lo cual, dado que estaremos en el centro del barrio de los telares, podrás elegir una tela preciosa para la luna de miel...

—Javier va a prepararme la ropa del ajuar —se apresuró a decir la joven—. A *maman* no le gustará que vaya a comprar telas sin ella.

—Chist. Puedes comprar algo que sepas que Philippe va a adorar, y yo me encargaré. Luego comeremos juntos en algún sitio tranquilo.

Después de echar del despacho a su hija y a Ferryman, comprobó que no había nadie en el pasillo, luego sacó un saquito de piel de un cajón cerrado con llave. Inspeccionó los fajos de billetes sujetos con cinta. Quinientos mil francos, contantes y sonantes. Era asombroso lo poco que ocupaba tanto dinero junto. Levantó el auricular con la intención de llamar a su corredor de bolsa y apalabrar la venta de la mitad de sus acciones del Banque d'Alsace. Así conseguiría dinero en efectivo suficiente para compensar que hubiese retirado de la cuenta corriente una cantidad tan elevada. Pero mientras marcaba el número del corredor de bolsa, recordó que ese hombre de negocios estaría fuera de la ciudad para celebrar las vacaciones de Semana Santa. Lo irónico era que sí había intentado pagar al chantajista. Había ido a dejar el dinero detrás del quiosco que había junto a Notre-Dame-d'Auteuil el día anterior tal como le había indicado, y descubrió que no había nada «detrás». Solo una acera a la vista de todo el mundo. La situación le había parecido demasiado arriesgada y (aunque esa palabra le pareciese extraña en tal contexto) *amateur*. Así pues, había continuado el paseo, aferrándose al saquito porque no podía permitirse que tanto dinero cayera en las manos equivocadas.



## Segunda parte



El 31 de marzo de 1937 la Legión Cóndor alemana bombardeó el pueblo de Durango, en el País Vasco. Eligieron el día de mercado, a media tarde.

Verrian Haviland habría dado cualquier cosa por estar allí, en lugar de tumbado en la cama de un hotel mugriento de París, luchando contra los últimos coletazos de la fiebre. El periódico que le había llevado el camarero con el café matutino confirmó lo que ya había sospechado durante los últimos días que pasó en Madrid: el escenario de la guerra se desplazaba hacia el norte. El bando nacional no había logrado tomar Madrid y había decidido dirigir sus fuerzas hacia los centros industriales de España. Pero incluso con esa nueva estrategia, bombardear el pueblo de Durango no tenía sentido.

Verrian había hecho esa observación en un informe enviado desde Madrid el 9 de marzo. Había mecanografiado la copia justo después de un ataque aéreo y la había enviado por cable a última hora para que se incluyera en la edición de la mañana siguiente. En algún momento de la noche, el director (que era su hermano Jack) había metido mano al artículo para añadirle su peculiar toque creativo.

Tres días más tarde se abrieron las puertas del infierno.

Verrian estiró un brazo bronceado para ver si las cicatrices habían bajado de tono. No del todo, pero por lo menos ya no le dolían. Y era capaz de apretar el puño y contar los dedos que iba levantando uno por uno. Al notar las ganas imperiosas de fumar supo que ya debía de haber superado la fase más aguda de la fiebre. Se aseó en el lavabo del hotel y tanteó para buscar una camisa limpia, pero entonces se acordó de que había ido a París solo con lo puesto.

Ese pensamiento despertó una pensadilla a cámara lenta. Se hundió en la cama y volvió a revivir el momento en el que los policías republicanos habían atacado a un amigo suyo, Miguel Rojas Ibarra, y lo habían estampado contra la pared de una sala del Ministerio de la Gobernación... Habían cogido la mano de Miguel, la habían levantado como si fuese una diana... El sonido que siguió se le había grabado a fuego a Verrian, y lo llevaba tan hendido en el cuerpo como los cascos de escayola que habían salido disparados de la pared. Se habían llevado a rastras a Miguel y luego la policía había vuelto a por Verrian. Él había escapado del edificio a toda prisa, atajando por callejuelas estrechas, y se había refugiado en la cripta de una iglesia. A solas en la húmeda oscuridad, había encajado las piezas de lo ocurrido. Verrian había escrito el artículo con total inocencia, y se había asegurado de que llegase al *News Monitor* mientras su hermano estuviera en el turno de noche. Jack había incluido la noticia en la edición de la mañana siguiente, pero antes había cambiado algunas palabras muy a conciencia, para que encajaran con sus propios prejuicios políticos.

Las autoridades españolas debían de haberse enterado de la mala prensa alrededor del día 13 y habían reaccionado con una rapidez despiadada.

Verrian había permanecido una semana entera dentro de la cripta, y solo salía a las calles bombardeadas para comer algo en una cafetería, incapaz de arriesgarse a volver al hotel, pues temía que lo vigilase una patrulla de la policía. Alto y con ojos azules, no le resultaba fácil camuflarse entre la multitud madrileña, y la camisa y la americana manchadas de sangre hacían que destacase aún más.

Al final, aterrado ante la posibilidad de que lo descubrieran y con una ansiosa desesperación por saber qué había ocurrido con Miguel, le había ofrecido dinero a un taxista para que lo llevase al aeropuerto más cercano. No recordaba gran cosa del trayecto ni de las paradas en los puntos de control. Debía de haberse abierto camino gracias a su don de gentes. Con las pocas fuerzas que le quedaban, había cruzado el aeródromo de cemento de Albacete y había llegado hasta un Avro Anson justo cuando se disponía a despegar. El vuelo... Nunca se había mareado tanto. Tenía en carne viva los antebrazos y las palmas de las manos, con las que se había protegido la cara de los disparos, y no podía quitarse de la cabeza la siguiente escena: Miguel retorcido en el suelo, con las estanterías de folios blancos que tenía detrás teñidas de escarlata, porque le habían disparado en el cuarto del material. Verrian recordaba que había aterrizado en el aeropuerto Le Bourget de París y había cogido un taxi, que lo había llevado a este hotel. En algún momento había llamado a Londres para suplicarle a Jack que removiera cielo y tierra para ayudar a Miguel, porque esa atrocidad había sido culpa de Jack.

Verrian había intentado mantener la calma. Al principio, lo había hecho bien:

—Ese artículo que incluiste...

—«El hombre en la alcantarilla: los ratones bajo la sombra del depredador.» —La risita de Jack había eliminado cualquier atisbo de intención elogiosa en el comentario—. ¿Querías presentarte a un premio literario?

Verrian se mordió la lengua para no soltarle una respuesta desagradable. No tenía tiempo para entrar en el juego de pullas de Jack.

—Escribí para contar lo que había sentido en el ataque aéreo que viví. Y el cierre del artículo era: «Si ahora le toca a Madrid, ¿no puede tocarle a Londres, Oxford o París mañana?». Lo eliminaste y añadiste una bazofia de propaganda fascista.

—¿Ah, sí? Explícate mejor, jovencito.

—Añadiste una frase en la que insinuabas que el gobierno español saquea iglesias para comprar armamento a la Rusia soviética.

—Y lo hace —contraatacó Jack sin inmutarse—. Los republicanos españoles son rojos hasta la médula. Es imposible lanzar un gato al aire en Madrid sin que le dé en la cabeza a un camarada. No sé por qué se extrañan de que la oposición quiera represalias y realice unos cuantos bombardeos aéreos.

—Y supongo que la vida en Fleet Street y los fines de semana en los que te dedicas a pasear a los perros de caza por las colinas de Sussex te convierten en un

experto en guerra incendiaria, ¿verdad?

La respuesta apaciguadora de Jack: «Oye, oye...», había tenido el efecto contrario al deseado. Verrian soltó el freno que contenía su rabia.

—Me he pasado diez meses informando desde el frente de Madrid, procurando ser neutral mientras me disparaban y me tiraban bombas, he hablado con las tropas, he comido con los soldados, he caminado por encima de los muertos. Me permitieron entrar en el campo de batalla porque los republicanos confiaban en mí. ¡Confiaban! Al cambiar mi artículo, al añadir esa única frase, ¡has desmantelado todo lo que había construido! El departamento de prensa del gobierno culpó a los encargados de la censura por esas palabras, y un pobre desgraciado pagó el pato.

Ese «pobre desgraciado» era Miguel Rojas Ibarra, un cargo medio del servicio de censura con quien Verrian había entablado amistad gracias al amor compartido por la música de jazz y las obras de Cervantes. Verrian describió el castigo de Miguel, haciendo oídos sordos a las súplicas de Jack de que le ahorrara unos detalles tan escabrosos a esas horas de la mañana.

—¡Vas a remover cielo y tierra para ayudarlo! Cielo y tierra, ¿me oyes, Jack? O volveré a Madrid y montaré una de órdago. No dejaré que Miguel muera en la cárcel por culpa de las heridas de bala; tiene una familia.

Jack acusó a Verrian de ser un maldito bobalicón y de encariñarse demasiado con la gente. Pero accedió a hacer lo que pudiera. Además, le prometió que le enviaría a Verrian el importe de los gastos que no había pedido para que pudiera alojarse en un hotel decente.

—Seguro que te hace falta afeitarte y darte un baño si llevas una semana de fugitivo. Me pondré en contacto contigo cuando, perdón, «si» tengo algo que comunicarte. Por cierto, podrías hacer algo por mí...

Verrian recordaba vagamente haberse comprometido a hacer algo, pero no recordaba qué. Había soltado el auricular del teléfono, que había quedado suspendido, cuando la náusea se apoderó de él. Recordaba que se había arrastrado escaleras arriba hasta la habitación, aferrándose a la barandilla, como si fuera la cuerda de salvamento. Se había desplomado encima de la cama. La piel le abrasaba igual que si la tuviera al rojo vivo. ¿Había soñado entonces que alguien le colocaba unos paños fríos en la frente? ¿Alguien le había hecho beber un líquido amargo?

No sabía si Jack trató de ponerse en contacto con él mientras estaba en la cama sudando ni si habían soltado a Miguel. Tenía que llamar a Londres para averiguarlo.

Un tren de mercancías que salía de la Gare du Nord hizo que la pantalla de la lámpara se bamboleara, y tomó otra decisión: cambiar de alojamiento. Aunque estaba muy agradecido a Laurentin, el dueño del hotel, prefería pasar esas vacaciones forzosas en París en una habitación que no temblara. Por desgracia, parecía que iba a tener que seguir confinado en el futuro próximo, porque se había dejado el pasaporte y el pase de prensa en Madrid. La renovación tardaría unos cuantos días.

Laurentin se limitó a encogerse de hombros cuando Verrian le comunicó que

había decidido marcharse.

—Pruebe en Butte de Montmartre, allí no hay trenes. ¿Le apetece un coñac mientras le preparo la factura? ¿Quiere comer? ¿Le presto una camisa?

Verrian respondió que sí a la comida y a la camisa y pidió un cigarrillo y permiso para realizar una conferencia internacional. Mientras marcaba, le asaltó otro recuerdo. Una operadora telefónica que le hablaba de la niebla y el vino añejo. La joven hablaba a caballo entre la superioridad y la risita divertida, y Verrian tenía la impresión de que, en medio de la nebulosa mental, le había pedido que se casase con él.

Esta vez lo atendió una señora mayor.

—¿Dónde demonios te has metido? —fueron las primeras palabras que le dedicó Jack—. Te esperaban hace varios días en la rue Boccador; te consiguieron un escritorio y un despacho. Todo el personal estaba allí en fila, preparado para estrecharte la mano, ¡y no te presentaste!

Verrian tardó varios segundos en comprender de qué le hablaba su hermano. La edición francesa de *News Monitor* tenía la sede en la rue Boccador, cerca de los Champs-Élysées. Suponía que habría aceptado escribir para el periódico mientras estaba en París a cambio de que Jack ayudase a Miguel, porque Jack nunca hacía nada sin sacar algo a cambio.

—¿Sacaste a mi amigo de la cárcel?

—Sí. Y tu gratitud es apabullante.

Verrian se desplomó contra la pared. «Gracias a Dios algo me ha salido bien.»

—Muchas gracias. ¿Sigues en España...? Me refiero a Miguel.

—Solo si quiere que se lo carguen. Le dieron todas las facilidades para marcharse con su familia. Bueno, ahora hablemos de ti y la promesa que hiciste de ser mi corresponsal político en París.

—Escúchame, Jack... —La línea empezó a crepitar con esas interferencias y pitidos que tantas veces boicoteaban las conferencias internacionales. Verrian se resistió a la tentación de gritar «¿Hola? ¿Hola?» y aporrear el auricular, porque nunca servía de nada, excepto para liberar la frustración—. ¡Jack! ¿Sigues ahí?

—Por poco.

—Voy a regresar a España, en cuanto pueda. Soy corresponsal de guerra; no encajo aquí.

La risa de Jack fue acompañada de un eco metálico, como si saliera de una máquina tragaperras de las ferias.

—Eres nuestro nuevo hombre en París, Verrian. Me diste tu palabra a cambio de la vida de ese compinche tuyo, Miguel...

Un clic indicó que se había cortado la línea.

Verrian repasó la factura que Laurentin había dejado junto al cenicero, y contó los

días transcurridos desde su llegada. Dios santo, había estado enfermo casi dos semanas. La última vez que había estado tanto tiempo postrado había sido cuando de niño contrajo la difteria. Laurentin se lo confirmó.

—Llegó la madrugada del veintiuno de marzo. Tuvo suerte de que mantengo abierto el hotel para los trabajadores nocturnos, ¿eh? Desayunó un poco, llamó por teléfono y se desmayó. No sabía qué hacer con usted... No tenía papeles.

—Le agradezco mucho que me haya permitido quedarme.

Laurentin sacudió con una servilleta las migajas que había encima de la mesa.

—Empezamos a charlar en francés, pero de repente se puso a hablar en español. El médico del barrio habla español, y nos contó que tenía usted una pesadilla en la que moría calcinado. El médico diagnosticó que era malaria y le dio quinina. Mi camarera, Marie, le puso paños húmedos en la frente.

Laurentin calzó la puerta del hotel para que no se cerrara y empezó a montar las mesas de la terraza para los clientes que iban a comer temprano. Se fijó en el periódico que había encima de la mesa de Verrian, abierto por el reportaje sobre el bombardeo de Durango, y suspiró:

—Necesita unas vacaciones para el alma. Disfrute de lo que le ofrece París.

### *Viernes, 2 de abril*

La futura suegra de Christine, la duquesa de Brioude, llegó al boulevard Racan después de misa el Domingo de Resurrección y tenía pensado quedarse unos cuantos días con ellos. Una mujer agradable, aunque un poco dominante, que había provocado que el mundo de Jean-Yves se convirtiera en un caos.

Rhona había contratado a sirvientes de refuerzo para la ocasión, que no hacían más que tropezar con todo el mundo. Además, había abarrotado la casa de flores que les hacían estornudar. Al descubrir que a la duquesa no le gustaban los perritos falderos, había encerrado a Tosca y Figaro en la sala de música, donde ladraban sin cesar. Esa mañana, Jean-Yves había llevado aparte a su esposa y le había dicho en confianza: «Querida mía, no tenemos gran cosa para impresionar a la duquesa, ¿por qué no nos limitamos a hacer que se sienta cómoda y bien acogida?».

Rhona se lo había tomado como una crítica y lo había castigado con una gélida formalidad. Así pues, el conde optó por retirarse a su estudio, un movimiento que, de paso, le permitía permanecer pegado al teléfono. Por lo menos ya no tenía que pasarse el día acercándose a hurtadillas a la puerta principal con la intención de interceptar las posibles cartas. Ferryman se ocupaba ahora de esa tarea. Por pura necesidad, Jean-Yves le había confesado a su secretario parte del incidente del chantaje, aunque ni por asomo se lo había contado todo. Le había dicho que un «individuo desagradable» insistía en que le pagase una cantidad considerable por una factura falsa. «La reparación de un reloj que no he tenido nunca.» Era un fraude

frecuente, le comentó a Ferryman, del que eran víctimas los hombres de su condición social porque los delincuentes de poca monta sabían que pagarían para evitar el bochorno. «Se lo comento por si se topa con ese zascandil. No entable conversación con él; límitese a derivarlo hacia mí. Huelga decir que las damas no deberían verse importunadas con un incidente tan desagradable.»

¿Se habría tragado la historia Ferryman? El muchacho había hecho esa reverencia que Ninette despreciaba tanto y había murmurado: «Muy bien, monsieur». No habían vuelto a llamar por teléfono, ni habían llegado más cartas mugrientas. ¿Acaso habría desistido el chantajista? A menudo esos hombres eran cobardes, o vagos. A lo mejor se había dado por vencido y ahora iba en busca de una presa más fácil. Por eso, por primera vez desde hacía muchos días, Jean-Yves se vio con fuerzas para escribir cartas y leer el periódico sin mirar constantemente al teléfono o sentir la necesidad de comprobar quién paseaba por el boulevard Racan.

Su buen humor se mantuvo hasta las doce menos cuarto de ese día, momento en el que Rhona entró en su despacho y le recordó que iban a comer todos juntos en casa y que suponía que el conde no pensaba sentarse a la mesa junto a la duquesa con esa americana de calle.

En Londres, donde había transcurrido la mayor parte de su vida de casados, Rhona ya era irritante y superficial, pero también era encantadora. Tenía sentido del humor y la casa rebosaba vitalidad, con tanto jaleo, música y risas. Sin embargo, una nueva obsesión por las apariencias se había apoderado de ella a los pocos días de su llegada a París. En cuanto había descendido del coche en el boulevard Racan, una especie de esnobismo defensivo la había transformado. Primero el conde lo había achacado a que tenía nostalgia de su hogar (la pérdida del mundo conocido) pero ya no podía seguir negando que Rhona había cambiado radicalmente. Se acabaron las risas, se acabó la música. Ahora la mayor preocupación de su vida era superar el afrancesamiento de los franceses: lucir trajes de alta costura y sombreros Reboux, enviar tarjetas al grupo de «amigos» adecuado, comer en sitios finos y admirar las obras de arte que tocaba admirar. Incluso los perros lucían abrigos del color de moda de cada temporada y los llevaban a un balneario elegante a que los acicalaran.

Además, la relación de Rhona con él había cambiado. Suponía que a su mujer le hubiera gustado que le siguiera el ritmo, que se vistiera como correspondía mientras ella tomaba el castillo. Pero por curioso que parezca, era él quien se había convertido en un auténtico parisino...

Tenía una amante. Hélène era la esposa de un conde polaco que pasaba la mayor parte del año fuera, pues prefería Cannes a París. Hélène le daba a Jean-Yves todo lo que necesitaba, tanto en el plano sexual como en el intelectual, y lo dejaba tranquilo en otros ámbitos. Se veían tres o cuatro veces por semana.

El conde se levantó de la silla y le contestó a Rhona que su traje de Savile Row comprado en Londres era más que adecuado para una comida «en famille».

—Pero pareces disgustada. ¿Qué te preocupa, querida mía?

—Hay un asunto que he intentado comentarte desde hace un mes. No lo niegues, Jean-Yves, en cuanto te miro a los ojos corres a esconderte en tu guarida.

No lo negó.

—Ahora soy todo tuyo. Te escucho.

—Un sábado por la mañana... No me acuerdo de qué sábado, pero fui a Maison Javier para probarme un vestido y vi a alguien por casualidad, una cría desaliñada con una cesta.

—¿Se había equivocado de escalera?

—No tengo la menor idea, Jean-Yves. Una dama como yo no muestra curiosidad por semejante gente. Lo que quería decirte es que me sonaba. Era esa criatura que sacabas a cenar de tarde en tarde cuando vivíamos en Londres.

—¿Cómo lo sabes? —Las palabras salieron de él antes de que pudiera retenerlas. Carraspeó—. Me refiero a que cuando vivíamos en Londres salía a cenar fuera con mucha gente.

—¿Con muchas jovencitas...? ¿De verdad?

—Claro que no. Una o dos, tal vez, hijas de amigos que pasaban un par de días en la ciudad, ya sabes, ese tipo de situación. ¿Adónde quieres ir a parar, Rhona?

—Esa criatura... es diferente. Tiene una expresión que te penetra hasta el fondo. Algo que atrae sin saber por qué, como un spaniel hambriento. Normalmente no me rebajaría hasta el punto de mencionártelo, pero ahora las cosas son distintas. Hasta que Christine esté casada y bien casada, Jean-Yves, el comportamiento de esta familia debe ser intachable. Con quién te ves, los locales que frecuentas..., todo eso importa. La gente examinará con lupa a la familia que va a aliarse con el duque de Brioude. Los escarceos, o incluso las cenas, con judías necesitadas no tienen cabida. Y punto.

Le volvió la cara y le mostró una suave mejilla: era su forma de comunicar que ya había dicho todo lo que tenía preparado y no había nada más que añadir. Temblando por una rabia que amenazaba con superarlo, Jean-Yves contó hasta diez, hasta veinte latidos. Cuando hubo recuperado el control sobre sí mismo, le dijo a Rhona que había reservado mesa para cenar en el Maxim's el lunes.

—Philippe prefiere cenar en casa, pero deberíamos llevarlos a cenar fuera a él y a *madame la duchesse* en su última noche, ¿no te parece? Te aviso con tiempo por si necesitas hacerte otro vestido.

—¿Para el lunes? —Al darse cuenta de que su marido hablaba en broma, asintió—. Como ya has reservado, tendremos que ir. Informaré a la duquesa.

Mientras sus tacones se alejaban con un repiqueteo, Jean-Yves soltó el aire con ganas. Bueno, parecía que por fin Rhona se había topado con Alix. Tenía que ser Alix, ¿qué otra persona poseía unos ojos que merecieran semejante numerito de celos? Pero ¿qué podía haber llevado a Alix Gower hasta Maison Javier? Y con aspecto desaliñado... Aunque lo dudaba, la verdad. Para Rhona, cualquier cosa salvo ponerse un vestido de alta costura que la sirvienta acabase de planchar esa mañana era ir desaliñada. ¿Cómo sabía que era Alix si no se habían visto nunca? Porque el



conde se había asegurado de que así fuese. Ese nuevo misterio lo superaba todo, incluso al chantajista. Cuando el teléfono del escritorio sonó con ese tono estridente, el conde saltó como un salmón antes de descolgar el auricular.

—¿Sí? ¿Dígame?

—Por favor, ¿podría hablar con *monsieur le comte* de Charembourg?

Una voz juvenil, tímida.

—Sí, yo mismo.

—Monsieur, soy yo. Alix Gower.

—¿Alix?

¿Acaso sería una trampa?

—Sí. Confío... confío en no importarlo. Siento llamarlo a casa, sé que no debería, pero necesito hablar con usted cuanto antes. Eh..., tengo algo que confesarle.

El sábado 3 de abril, con todas sus pertenencias metidas en una barquilla de verduras de madera, Verrian Haviland subió con el funicular hasta la basílica del Sacré-Coeur, en el Butte de Montmartre. Mientras leía las indicaciones que le habían dado en la agencia inmobiliaria, deambuló hasta una plaza abarrotada de artistas, turistas y personas que debían de vivir en el barrio, por cómo se repantigaban en las sillas de los cafés. Peinó la zona con la mirada, sin prisa: adoquines, postigos pelados, árboles que empezaban a rebrotar. Sí, la place du Tertre era un buen sitio para instalarse de momento.

La futura casera se llamaba madame Konstantiva, y la chica de la agencia le había dicho que «en tiempos» había bailado con el Ballet Ruso. Así pues, cuando una mujer majestuosa le abrió la puerta, se dirigió a ella en su mejor ruso, un idioma que había aprendido durante unas prácticas no remuneradas en un periódico de Moscú. La mujer retrocedió con elegancia y lo invitó a pasar.

Verrian le dio las gracias en ruso.

—Inglés o francés, chato. O si no, búsquese un intérprete. Soy tan rusa como el pescado rebozado. Puede llamarme Rosa. —Observó la caja de madera que Verrian llevaba al hombro. En la etiqueta ponía: «Coles de Saboya de primera calidad»—. ¿Quién es usted? ¿El archiduque de Austria? ¿Dónde ha dejado el séquito?

Como le habló en inglés, él le contestó en el mismo idioma.

—Llegará dentro de un momento, con mis trajes de ceremonia. —Al ver que la mujer no despegaba los ojos de la barquilla, añadió—: No soy tan pobre como parezco. ¿Considera aceptable si le pago por adelantado un mes de alquiler?

—Lo que prefiera, chato. Entre. Y cuidado con la moqueta... Esto parece una ratonera. *C'était la guerre*. Qué apuesto es usted, ¿eh? Muy moreno para ser inglés. ¿Qué es, galés?

—De Cornualles, por parte de madre.

Lo acompañó a la planta de arriba y abrió una puerta. Una vez allí le dijo:

—Puede quedarse la habitación doble, porque la cama individual es tan pequeña que acabará en el suelo. Solo alquilo dos habitaciones, y esta es la más grande. —El dormitorio olía levemente a gato y al fijador de pelo del anterior inquilino—. Tiene vistas a la plaza, sin coste adicional, y desde el cuarto de baño se ve el Sacré-Coeur. ¿Piensa quedarse mucho tiempo, monsieur... eh...?

—Haviland. Un mes, supongo.

—¿Es escritor?

—Más o menos.

—Me lo imaginaba. Los escritores tienen prohibido afeitarse en condiciones, ¿a

que sí?

Verrian sonrió con sorna.

—No... Es la falta de alicientes.

—Le llevaré a dar un garbeo por la casa. Las condiciones habituales: le daré una llave, si vuelve más tarde de las diez entre de puntillas, veinte francos por bañarse y nada de chicas en la habitación salvo que sepa darme los nombres de sus cuatro abuelos. ¿Le apetece un cafelito?

—Me muero de ganas.

En su casa de Saint-Sulpice, Alix estaba sentada encima de la cama, subiéndose las medias de seda por las rodillas. Pero ¿qué ropa se ponía? Había consumido hasta la última gota de valor para llamar por teléfono al conde de Charembourg el día anterior, y él había sido muy amable al invitarla a comer hoy, pero no le había dicho a qué tipo de restaurante la llevaría. Alix abrió la ventana y miró qué tiempo hacía. Calor, pero sin sol. No le ayudaba mucho.

Repasó las opciones. Era imposible decir que su ropa constituyera un «armario»; aunque se suponía que era un piso amueblado, los roperos no habían llegado nunca. Las prendas de Alix colgaban de un palo de escoba sujeto con dos trinquetes.

Ojalá tuviera algún vestido de lino blanco, que pudiera ponerse con una rebeca de cachemir, pero la realidad le recordó que solo contaba con el vestido de algodón de color rosa, que ahora siempre le recordaría el incidente del pescado y a mademoiselle Lilliane. ¿Y el vestido de color amatista? No, el amatista era demasiado atrevido para un hombre que la había conocido de niña.

Descolgó un vestido suelto de crespón de color pergamino y se lo pegó al cuerpo. Lo había cosido ella en el último curso de la escuela, adaptando un modelo de la portada de *Vogue*. La señorita Maguire, la maestra de costura, dudaba de que Alix pudiera trabajar sin patrones y no veía con buenos ojos la moda francesa, porque la consideraba demasiado indecente. Alix había invertido un trimestre entero en confeccionar el vestido, en parte porque, cuando ya lo tenía casi terminado, la señorita Maguire había insistido en que le pusiera mangas.

—Nunca se va con los hombros al descubierto salvo por la noche, Alice.

En el colegio la llamaban Alice, porque les parecía que «Alix» sonaba demasiado a extranjero.

—Pero las mangas estropearán el corte del vestido, señorita Maguire.

—Pues entonces haga otro vestido. Voy a buscarle un patrón de Butterick.

Por eso, Alix le había añadido una manga corta. El vestido, basado en un diseño de la *couturier* Madeleine Vionnet, había sufrido el último ultraje cuando, justo antes del desfile de moda que la clase de costura tenía por costumbre organizar a final de curso, la directora del colegio había insistido en que Alix lo planchara.

—Es *crêpe marocain*, señorita Peachman —protestó Alix, boquiabierta ante

semejante estupidez, que rayaba en la herejía—. Tiene que estar arrugado. Si me permitiese mostrarle el original de Vionnet, lo entendería.

—¡Plánchelo o se lo confiscaremos!

Pobre vestido... Pero era la opción menos arriesgada. Alix se lo pasó por encima de la cabeza y lo complementó con unas sandalias con tiras en los tobillos. Le había crecido el pelo y ya no quedaba nada de la melenita corta que llevaba en la escuela. Ahora lucía otro estilo: se lo cepillaba pasando el pelo de la parte izquierda por encima de la cabeza y se ponía unas horquillas para que los rizos le cayeran sobre la oreja derecha. Desde que había visto a la mujer norteamericana de Hermès, había empezado a depilarse las cejas más finas. Comprobó si estaba guapa en el espejo del tocador y llegó a la conclusión de que por fin aparentaba los veinte años que tenía en lugar de quince; gracias a París, empezaba a reflejar su verdadera edad. Un toque de perfume, un sombrero de paja y el tiempo justo de salir a toda prisa del piso antes de que Mémé regresara del mercado.

En el recibidor, Alix vaciló un momento junto a una mesita consola salpicada de fotos familiares. Entre los retratos enmarcados de los padres y hermanos de Mémé, fallecidos hacía muchos años, estaba el que Alix valoraba más: el retrato de boda de sus padres. Cogió la fotografía y sonrió al ver el vestido acampanado de la novia, mientras pensaba: «No es tan distinto del que llevo yo. —Besó el frío cristal—. Deséeme suerte, madre».

El conde la recogió en la puerta del café Deux Magots del boulevard Saint-Germain y le entregó un ramillete de narcisos de color amarillo crema atados con un lazo azul.

—¡Azul Lanvin! —exclamó la muchacha.

—El único azul que complementa el amarillo a la perfección.

Mientras el conde le abría la puerta del copiloto, Alix se detuvo un instante a admirar el elegante corte de su traje gris. Lo escudriñó todavía más cuando el conde se sentó al volante y vio que la corbata de seda tejida era de color carbón con motas amarillas. Se lo tomó como un cumplido. Una vez, el conde le había dicho: «Un caballero siempre debería vestir de gris, ¿sabes? Porque así nunca deslucirá a la dama a la que acompaña». «A menos que sea monja», había contestado Alix divertida. Él se había echado a reír y había añadido: «En cuyo caso, se lo perdonará».

El conde conducía deprisa, incluso más deprisa en París que en Londres. Cruzaron como una exhalación el Sena por el pont de l'Alma, tomaron la avenue Kléber y, como un cohete, se abrieron paso entre el tráfico y rodearon la place de l'Étoile, cambiando de carril entre los bocinazos de los demás conductores. ¡Alix tuvo la impresión de haber contenido la respiración durante todo el trayecto hasta el boulevard Haussmann!

—Mi chófer Pépin antes era taxista —se justificó el conde, que confundió la exaltación con el miedo—. Me inculcó malas costumbres, pero es que detesto ir a

paso de tortuga en París. Los otros conductores no te respetan si vas pidiendo permiso todo el tiempo.

Alix no se sentía en absoluto insegura con ese hombre, ni siquiera cuando se subía a las aceras.

—¿Dónde está el Morgan? —le preguntó—. Me encantaba ese coche.

—Ay, sí, esa gatita y yo tuvimos que separarnos. Ella se quedó en Londres.

El periplo terminó en el boulevard de Courcelles, una calle larga que dividía el 7ème y el 8ème arrondissements, y achataba la parte superior del Parc Monceau. El conde le lanzó las llaves del coche al portero y condujo a Alix a un hotelito en el que saltaba a la vista que lo conocían bien. Desde el comedor se veía el parque y Alix creyó ver el brillo de agua y las columnas medio derruidas de *La naumaquia* detrás. Monsieur Javier le había dicho que vivía en Courcelles, en una habitación de hotel. A lo mejor se trataba de ese mismo hotel.

—Y bien... —Su anfitrión sonrió mientras se sentaban a una mesa muy ornamentada—. Acabemos con el tema de la confesión cuanto antes. ¿Qué has hecho, Alix?

La joven le contó lo de la compañía telefónica, exagerando el desprecio de mademoiselle Boussac y embelleciendo la nobleza de su acto al atreverse a pasar una llamada no autorizada.

—Me despidieron de inmediato. Espero que no se disguste.

—¿Te gustaba ese trabajo?

—Lo detestaba.

—Bueno, pues bien está lo que bien acaba.

—Pero usted me consiguió el empleo.

—No, yo te recomendé a alguien que conozco, le pedí que te entrevistara. El empleo lo conseguiste tú sola. ¿Qué más?

Le contó que le habían hecho una oferta en Maison Javier y que se había reunido con el gran modisto en persona.

El conde pidió de inmediato al camarero que le rellenase la copa y dijo:

—Brindemos por tu futuro. Mira, este es un riesling *grand cru* que me tienen reservado en la bodega. ¿Te parece bien? Tenemos obligación de beber los vinos de... de Alsacia, ya sabes.

Antes de pronunciar la palabra «Alsacia» titubeó. Tan ligeramente que se le podría haber pasado por alto a Alix. ¿Por qué ese nombre lo preocupaba tanto? ¿O era que se había olvidado de que ya era adulta y de pronto sentía que no debería haberla animado a beber alcohol? El riesling era tan aromático, estaba tan fresco, que Alix se veía capaz de beberse todo el vino que se producía en Alsacia, y así se lo dijo.

—Déjame un poco —bromeó él—. Por monsieur Javier, brindo por su excelente buen gusto. —Después de entrecuchar las copas, el conde abrió la carta del restaurante, con las tapas de piel—. ¿Me permites que elija por ti? Si prefieres que no lo haga dímelo, por favor. Pero conozco al chef y seguro que encuentro algo que te

apetezca. ¿Hay algo que no te guste?

—No... Bueno, no como suelas de zapato porque en el colegio sabían a hígado de cerdo con cebolla. Tampoco como rábanos a menos que sea imprescindible. Ah, ni natillas de color amarillo intenso. Todo lo demás me encanta. Soy bastante glotona.

El conde se rio con auténtico placer.

—¡Qué perfección! Una chica glotona con una cintura de avispa. Bueno, Arnaud cocina las mejores *coquilles Saint-Jacques* de París, así que empezaremos por ahí. ¿Qué tal está tu abuela? Confío en que no haya vuelto a tener pesadillas con herr Hitler.

Esta vez Alix suspiró en voz alta. ¿Cómo podía conocer el conde los temores de Mémé? Su abuela había recuperado su habitual lucidez envidiable, pero había sido un episodio aterrador, que no había compartido con nadie.

Alix tomó conciencia de que el hombre que en ese momento comentaba con el jefe de camareros si era mejor la pechuga de pato o el cordero a la sal era la única presencia masculina ininterrumpida a lo largo de su vida. Le había dado una educación. Sus cuidados, sus críticas, eran la piedra angular de la conciencia que tenía de sí misma. Consideraba que la visita que había hecho a su escuela en el último trimestre del curso era un momento clave de su existencia: por lo menos, antes de haber conocido a Bonnet y a Javier. Había ido para verla actuar en un concierto para el que la chica había diseñado el vestuario. Cuando hizo una reverencia después de la actuación, la sonrisa del conde le transmitió que se sentía orgulloso de ella. Era un éxito. Esa sonrisa había logrado que los años de humillación carecieran de importancia.

Pero ¿también las vigilaba a su abuela y a ella ahora que vivían en París? ¿Tendría espías? Se dijo que era una idea ridícula. ¿Por qué iba a hacerlo? Si seguía los pasos de Mémé era porque le tenía aprecio.

El conde se volvió hacia ella y se dio cuenta de que había dicho algo que no procedía.

—¿Alix?

—Me ha preguntado por mi abuela... Ha mencionado a Hitler.

Él soltó un gruñido.

—Un nombre que se nos escapa de los labios con demasiada ligereza en estos tiempos. Estoy de acuerdo contigo, Alix, no deberíamos hablar a la ligera de semejantes cosas. Lo único que quería saber era si madame Lutzman está bien.

—Sí, está bien, gracias.

Y así se zanjó la cuestión. Mientras tomaban el primer plato, hablaron de moda, y el conde le contó lo que sabía de Javier. Mucho, al parecer, y tal vez no todo gracias a su esposa, sino también por lo que le habían contado otras mujeres con las que mantenía relación.

—Javier entró en el mundo de la moda en la Casa de Worth, pero era demasiado radical. Entonces entró en Paul Poiret: choque de temperamentos. Cuando se marchó

de allí, daba la impresión de que caería en el olvido. Pero demostró ser una persona perseverante. Español y judío, tuvo que luchar con uñas y dientes para que le dejaran entrar en el *Syndicat*.

—¿Le cae bien, monsieur?

—Hace que las mujeres estén adorables y es uno de los mejores modistos del mundo.

Alix recordó el metro que llevaba colgado del hombro y sonrió. «Uno de los mejores modistos del mundo» había alabado su pericia. Mientras esperaban a que les sirvieran el cordero, la joven le preguntó:

—Monsieur, ¿por qué ha sido tan amable conmigo desde que nací?

El conde le quitó importancia al tema.

—Ya conoces la historia, sabes que tu padre y yo combatimos juntos. Un día se enfrentó al fuego enemigo para salvarme de una muerte segura. Esas cosas no se olvidan. Cuando murió dejando a una niña huérfana, me ofrecí a ayudarla. Pagué por el tipo de escolarización que pensé que podría darte una oportunidad en la vida. Tu abuela aceptó a regañadientes..., pero reconoció que tus padres lo hubieran querido.

Alix asintió y levantó la copa, que volvía a estar llena por arte de magia.

—Mi madre habría elegido ese tipo de colegio para mí, estoy segura. «Mathilda siempre tenía un pie en la calle», decía la gente. Era incapaz de sentarse a estudiar, o de obedecer cuando le mandaban hacer algo. Pero los padres siempre quieren que los hijos enmienden sus errores. ¿Sabía que en cuanto estalló la guerra se enroló de enfermera? Dio la lata a las autoridades hasta que le permitieron entrar.

El conde sonrió pero no dijo nada.

—Conoció a mi padre mientras daba de comer a los patos en un parque de Londres... No estoy segura de en cuál. Llevaba el uniforme de enfermera. Él también iba de uniforme porque estaba esperando a que lo mandaran a combatir. Fue amor a primera vista.

A diferencia de Mathilda, cuya imagen era fruto de la imaginación de Alix, John Gower habitaba su memoria real. Alto como un gigante para su presencia infantil, olía siempre a aceite de motor, porque después de la guerra trabajó para la compañía ferroviaria. Alix se acordaba de cuando regresaba a casa del trabajo, con el cuello de la camisa ennegrecido, la cara surcada por arrugas de fatiga, pero siempre con un regalito para ella en el bolsillo.

Todavía se sabía la canción religiosa «Guide me, O Thou Great Redeemer», que su padre le había enseñado, y tenía una imagen clara de él cantándole en la cocina, junto al fregadero. No, no cantaba. Resoplaba entre ataques de tos, acompañado del siseo del grifo, de modo que parecía uno de los trenes que salían de la estación de Clapham Junction. Entonces se daba golpes en el pecho y decía: «Tengo plumas en los pulmones».

¿Qué más...? Se acordaba del reloj de su padre junto a la bandeja en la que escurrían los platos, al lado de una pastilla de jabón verde, se dejaba los tirantes

colgando a ambos lados del cuerpo mientras fregaba. Se acordaba de la emoción que sentía cuando la balanceaba en el aire y la subía hasta la altura de la lámpara. Una vez, se había golpeado sin querer la cabeza con el marco de la puerta. Todavía tenía grabado su propio chillido de dolor, los desesperados intentos de él por consolarla y los reproches de Mémé. El sentimiento de culpa manchaba ese recuerdo. John Gower había vuelto de la guerra entero pero había muerto en 1921, cuando Alix tenía cinco años, a causa de una enfermedad pulmonar que había contraído en un hospital militar.

Su temprana muerte les había robado mil conversaciones pendientes. No había dejado nada personal: ni cartas, ni diarios, apenas unas cuantas fotos borrosas. Mémé decía que era londinense, con raíces de otro sitio, tal vez Irlanda o Gales, y nunca empleaba un tono afectuoso cuando hablaba de él. Daba la sensación de que lo considerase más su inquilino que su yerno. Y no era judío, desde luego que no. Mathilda y él se habían casado en el invierno de 1915 en la capilla metodista de South Norwood... ¿O era en Streatham? Daba igual, fuera donde fuese, se casaron en un sitio tristón. Fin de la historia.

El conde podía contarle más cosas sobre los años que su padre había pasado en la guerra, y Alix lo sabía, pero lo que no sabía era cómo preguntárselo. Los hombres que habían sufrido el horror de las trincheras aborrecían hablar de la guerra. Bueno, excepto Bonnet. Contaba incluso las anécdotas que uno no quería oír. Así pues, le preguntó otra cosa:

—¿Conoció a mi madre, monsieur?

—La hija de Danielle... —Alix percibió la duda en su voz—. Le envié una tarjeta de felicitación para la boda, pero no pude asistir a la ceremonia. Poco después, fue demasiado tarde para conocerla. Qué historia tan triste, Alix. Termínate el vino. Vamos a tomar pinot gris con el cordero.

—¿Y llegó a conocer a mi abuelo? Perdone, pero es que tengo las preguntas de toda una vida almacenadas porque Mémé nunca se acuerda de nada. ¿No le importa que le pregunte?

—Claro, es normal que quieras saber cosas de tu familia. ¿Qué abuelo..., el padre de John Gower?

—El de Alsacia: Alfred Lutzman. Sé que él, Mémé y usted vivían en el mismo sitio y que usted era la persona más importante del pueblo.

Añadió ese último comentario porque no quería que él pensase que Alix se imaginaba que salían a pasar el día en el campo todos juntos.

—No tengo información sobre lo más importante... El alcalde y el jefe de la policía podrían darte datos sobre eso. Nuestros caminos no se cruzaron apenas, aunque, por supuesto, estaba al corriente de quién era Lutz..., tu abuelo. Un artista excelente. Tenía un don impresionante para captar la expresión de la cara, y considero que como colorista no tenía parangón. —Fijó la mirada en las flores, que estaban junto al plato de Alix, de un amarillo pálido con el atrevido lazo azulón—. Mi madre fue una de las primeras coleccionistas de su obra, y heredé unos cuantos cuadros de



él. Tuve suerte de que me tocaran un par.

—¡Sabía que tendría algunos de sus cuadros! ¿Cuántos? Ay, monsieur, ¿cuándo me dejará verlos?

—Algún día. He intentado adquirir más con los años, aunque con poco éxito.

Dos camareros se acercaron a la mesa cargados con unas tapas acampanadas de plata, que levantaron con una floritura los dos a la vez, como una coreografía. Mientras les servían el cordero, Jean-Yves le habló a Alix de Arnaud, el chef del hotel, que procedía de Auvernia, un lugar remoto donde los hombres eran cazadores.

—Un día, volveremos a este restaurante y pediremos jabalí. ¿Quieres salsa? Dime cuándo te iría bien.

Alix cayó en la cuenta de que el conde intentaba cambiar de tema. La buena educación le decía que tenía que dejar que lo hiciera, pero no podía desperdiciar una oportunidad tan poco frecuente.

—Monsieur, ¿por qué luchó por Inglaterra durante la guerra? Lo pregunto porque en realidad usted era alemán, ¿verdad?

Un velo de seriedad ensombreció la cara de su acompañante.

—Soy francés. Mi madre nació en París y el linaje de mi padre era francés. La invasión alemana de Alsacia en la década de mil ochocientos setenta nos atrapó en otra nacionalidad. Mi padre eligió seguir al gobierno alemán en lugar de abandonar sus propiedades, pero te aseguro que siempre fue un formalismo. Estudié en Inglaterra, allí empecé a trabajar y, cuando estalló la guerra, me alisté en el regimiento inglés. No lo hice para luchar «por Inglaterra». Lo hice para luchar por la libertad. Pero ya basta de preguntas, querida mía. Por favor, entiende que he llegado a una edad en la que mi esposa y mis hijas ya no me hacen caso. Verme cara a cara con una hermosa joven que me encuentra interesante... —una sonrisa hizo que se le rasgaran los ojos—... me abruma un poco.

Alix se ruborizó.

—¿Puedo decirte una cosa? No es una crítica, pero tienes una intensidad...

—¿Miro muy fijamente?

—Tus ojos tienen el poder de desconcentrar al otro. Algunos hombres caerán rendidos a tus pies. Aprende a utilizar esa arma con habilidad.

Ahora sí que estaba sonrojada de verdad.

El conde dio un golpecito en el borde del plato de Alix.

—Vamos. Quiero ver dónde está esa glotonería, porque no me lo creo. Estás tan delgada como la batuta de un director de orquesta.

—Una pregunta más. Solo una, por favor. —Esa duda imperiosa acababa de ocurrírsele. Lo miró por debajo de las pestañas—. Si mi padre me viera —se señaló—... No soy lista, no siempre soy buena, me han echado de la compañía de teléfonos, ¿qué pensaría? Usted es la única persona que lo conoció de verdad. Mémé siempre se pone de mal humor con este tema. Creo que se disgustó mucho porque mi madre... Bueno, ya sabe, tuvo que casarse con él. Si hubieran tardado más, no habría cabido en

el vestido de novia. Monsieur, ¿cree que mi padre estaría orgulloso de mí?

Jean-Yves le tomó la mano.

—Conocí a Gower en su faceta de soldado, no de padre. Pero intentaré contestar a tu pregunta. Al verte, es probable que se sorprendiera: eres tan moderna y autosuficiente. Recuerda que nació cuando la reina Victoria gobernaba el mundo y las damas vestían corsés que les dejaban la cintura más estrecha que la copa de los sombreros de sus maridos. Tu talante le recordaría al de Mathilda...

—Entonces, ¿sí conoció a mi madre?

El conde le apretó la mano y continuó:

—Estoy seguro de que tu padre te adoraría. —Levantó la copa—. Brindo por el futuro que te espera en Javier. ¡Que brilles como la estela de un cometa! Pero deja que algunos te admiremos desde la tierra, traviesilla Alix.

El conde paró el coche junto a la estación de metro de Saint-Lazare y le abrió la puerta. Esperó a que la joven bajara.

—¿Llevas las flores?

—Por supuesto.

Se las había colocado con cuidado sobre el regazo para que no se estropearan.

—Qué velada tan encantadora, Alix. Gracias. —Le entregó una tarjeta—. Aquí tienes la dirección de mi despacho, en la rue du Sentier. Ponte en contacto conmigo siempre que lo desees. ¿Seguro que no quieres que te lleve a Montmartre? Podríamos hacer en coche la mayor parte del trayecto.

Alix le contestó que no hacía falta. Cogería el metro hasta la estación de Abbesses. En realidad, no quería que el conde viera la parte de su vida que transcurría en place du Tertre. Le había prometido a Bonnet que esa tarde posaría para él, pero ahora se arrepentía, porque estaba un poco achispada y, además, no le apetecía entrar con el vestido de crespón en la guarida de Bonnet. Pero, claro, no podía dejar plantado a su amigo. Y como Bonnet se pasaba el día hablando consigo mismo mientras pintaba, sería una buena oportunidad de recapacitar acerca de todo lo que le había contado el conde.

Bonnet tenía las persianas bajadas. Alix se detuvo, aunque pensó que era poco probable que estuviera durmiendo en un día de primavera tan precioso. A lo mejor había salido a pintar al canal. Sin demasiadas esperanzas de encontrarlo en casa, subió las escaleras que conducían al estudio. En el descansillo había apenas luz suficiente para poder leer la nota pinchada en la puerta.

«Bonnet ha salido», había escrito en mayúsculas desiguales. Había dibujado una viñeta de un bufón barbudo durmiendo dentro de una copa de vino. Era típico de él olvidarse de que tenían una cita. Bonnet nunca cerraba con llave, de modo que la

puerta del estudio se abrió en cuanto Alix la empujó. Arrugó la nariz al ver el desorden (botellas vacías, los restos de un café fuerte y esa pestilente cola de conejo) y garabateó una nota. La colocó en el caballete y justo cuando se disponía a cerrar la puerta, oyó un crujido en las escaleras. Entonces apenas tuvo tiempo para advertir que una silueta se abalanzaba sobre ella antes de que la agarrara por el pescuezo y la aplastara contra la puerta del estudio: le faltaba el aire.

Intentó gritar pero no emitió sonido alguno, porque quienquiera que fuese aquel hombre le había apresado la garganta con el antebrazo. Notó la lana áspera contra la seda del vestido y percibió el calor grasiento de su cuerpo. Tenía una de las manos atrapada entre las costillas y el panel de la puerta. Era la mano en la que sujetaba las flores, y su aroma le invadía los orificios nasales. Algo gélido le tocó el lateral del cuello, una cuchilla tan afilada que notó cómo le abría la piel sin hacer presión.

—Escúchame y no hagas ruido, ¿vale? —gruñó una voz.

—Sí —susurró ella.

Seguía aplastada contra la puerta.

—Ya advertí al creído de tu amigo el conde que haría daño a alguien que quiere si no me pagaba. Y diría que te quiere, ¿no?

—Eh... No lo sé.

—Venga ya, claro que sí. Pensaba dejarlo libre con poca cosa, le había pedido solo quinientos mil francos. Pero, mira, el precio ha subido: un millón de francos, porque ha roto el trato. Si lo paga, te libras. ¿Lo captas?

—Un millón... Y me libro.

—Recibirá una carta en la que le diré dónde dejar el dinero. Si no lo hace... —El filo de la navaja se desplazó a la piel de su mejilla—. Qué lástima si se me resbala la navaja, ¿eh?

—Sí —gimió Alix.

En ese momento, Alix notó una presión brusca en el cráneo... Le estaba cortando un mechón de pelo.

No tardó nada.

—Cierra los ojos y cuenta hasta cincuenta —graznó el atacante—. No te des la vuelta o te juro que nadie querrá volver a pintarte nunca.

Cuando cesó la presión sobre la garganta, la joven se desplomó contra la puerta. Oyó las botas que bajaban con estruendo la escalera y, unos segundos después, la puerta del edificio se cerró de un portazo. Si corría a la ventana del estudio podría ver a su atacante en la plaza, pero no se atrevió. Movié los labios, pegados a la puerta.

—Uno... Dos... Tres... —Siguió contando mientras sollozaba—. Veintisiete, veintiocho...

Al llegar a cuarenta y nueve bajó a trompicones las escaleras, abrió la puerta del portal y... chocó contra una persona que pasaba por ahí.

Alguien alargó los brazos para ayudarla a levantarse.

—¿Se encuentra bien?

Un hombre. Nervioso, curioso... Cuando lo único que quería Alix era retorcerse como un gusano y vomitar.

—Déjeme en paz. Tengo que encontrar al conde —murmuró.

—Ya entiendo —contestó él, aunque por supuesto, no la entendía—. ¿Por qué llora?

—Me ha hecho contar hasta cincuenta.

—Y tiene sangre en la cara. Madre mía, y mire las flores. Mademoiselle, ¿qué le ha ocurrido?

Su preocupación solo sirvió para que Alix llorara todavía más y, por perverso que pareciera, aborreciera a ese hombre. O lo que podía ver de él, que en ese momento era únicamente los zapatos y los bajos del pantalón. Alix levantó una mano y él la ayudó a incorporarse. Era alto e intimidaba con ese sombrero oscuro de fieltro de ala vuelta y la trenca arrugada y desabrochada. Aunque veía borroso, advirtió que era mayor que Paul, más joven que el conde y de una categoría totalmente distinta a la de Bonnet. Tenía una voz apacible, pero Alix prefería que la dejase sola.

—Dice que tiene que encontrar al conde. ¿Qué conde?

—No lo sé... Quiero decir que no sé dónde está. Se fue a casa, no puedo ir a buscarlo allí.

—Ah. Entonces, ¿por qué no llamamos a un taxi para que la lleve a su casa? Me temo que no puedo ofrecerle mi coche.

Le fallaron las rodillas y la conmoción se apoderó de ella con retraso.

—Venga, siéntese.

El hombre cargó con ella unos pasos y abrió la puerta de la casa contigua a la de Bonnet. La condujo a un recibidor y la ayudó a sentarse en una silla. Antes quitó un montón de partituras del asiento.

—¿Dónde viven sus padres...?

—En ningún sitio. Mi abuela..., vivimos... —Hizo una pausa porque se quedó en blanco: se había olvidado de dónde vivía. Lo único que era capaz de recordar era la puerta marrón de la antigua casa en Charlotte Road, en Wandsworth—. He perdido la memoria.

—Mire, se me ocurre una cosa. Vayamos a la sala de estar de madame Konstantiva. Deme el peso.

—¿Seguro que quiere que se lo dé?

—Me refería a que se apoyara en mí.

La habitación estaba muy recargada con cortinas y tapicería de terciopelo, y se veía dominada por un piano vertical. Alix se fijó en unas bailarinas de porcelana en la librería, y en varias fotografías de bailarinas con los ojos muy maquillados. Lo que menos le apetecía en esos momentos era desplegar su curiosidad. Cuando el hombre la ayudó a sentarse en una poltrona, se desplomó y al instante saltó como una

histórica cuando un gato se le subió a la falda.

—Creo que se llama Percy y es el dueño de esta propiedad. Mi nueva casera le tiene alquilado el local. A ver —el hombre cogió un chal que había en el respaldo del sillón—, voy a poner esto entre usted y las tristes garras del gato. O puede ahuyentarlo de un manotazo. Me destrozó los únicos pantalones que tenía en el rato que tardé en beberme una taza de té, así que no soy su mejor amigo. De todas formas, es inofensivo.

Mientras el desconocido le extendía el chal por encima de las rodillas, Alix le olió el pelo. Jabón de cocina. Saltaba a la vista que era pobre. Seguramente poeta. Bonnet siempre decía que si un pintor quería sentir pena por alguien, tenía que salir a beber con un poeta.

—Voy a prepararle un té. La casera ha salido, así que antes tendré que encontrar dónde guarda el té a granel y averiguar cómo encender la cocinilla.

Se marchó y al cabo de un momento Alix oyó el grifo y el chasquido de una cerilla. Regresó unos minutos después con una bandeja en la que había una tetera con una funda de lana, unas tazas de porcelana finísima, una jarrita de leche y un azucarero. El caballero se había quitado el abrigo, y a pesar del disgusto, Alix no pudo evitar fijarse en su ropa: unos pantalones exageradamente anchos sujetos con un cinturón, en los que se veía el estropicio provocado por el gato; un jersey azul oscuro que le clareaba por los codos, por cuyo cuello redondo sobresalía un poco el cuello desgastado de la camisa. Llevaba unas botas que en otro tiempo debían de haber sido de buena calidad; había hecho una caminata larga o había realizado un trabajo físico hacía poco tiempo, aventuró Alix, o tal vez se había peleado. Tenía ojeras marcadas y unos rasguños casi curados en la barbilla.

Preparó las dos tazas.

—¿Le pongo la leche antes o después?

—Eh..., no lo sé.

—¿Y qué más da? Azúcar sí, en abundancia, teniendo en cuenta las circunstancias.

Cuando Alix tomó la taza que le tendía el hombre, empezó a temblarle en la mano, así que él la rescató a toda prisa y acercó una mesita baja para que ambos dejaran las cosas.

—Tranquila, no tenemos prisa.

—Pero usted iba a salir —comentó Alix—. Se lo he impedido.

—Iba a trabajar, pero puede esperar.

Sonrió y entonces Alix se percató de dos cosas: primero, sin darse cuenta, habían estado hablando en inglés desde el principio; y segundo, le sonaba su voz.

¿Se habían visto antes? Tenía unas facciones marcadas, la nariz recta, el pelo y las cejas morenos, y los ojos de un azul intenso. No, no se habían visto antes. De lo

contrario, se acordaría.

El hombre volvió a coger la taza de Alix, esta vez sin platito, y se la ofreció.

—Bébaselo... Es el arma secreta de Inglaterra. ¿Se ve con fuerzas de contarme lo que ha ocurrido?

Alix miró el ramo de flores, que todavía sostenía en una mano. Los tallos se habían roto. Se pasó los dedos por el pelo.

—Estaba en casa de Bonnet... El artista. ¿Lo conoce?

—¿El tipo de la puerta de al lado? Antes hemos charlado un rato. Llamó a mi casa porque quería pedirme combustible para la estufa de alcohol. —De repente, cambió al francés—. A juzgar por el aliento que tenía, me pregunto si se había bebido para desayunar la ración de alcohol de quemar. Pero, perdone, soy injusto. ¿Es pariente suyo?

—No, de vez en cuando poso para él. Creía que habíamos quedado hoy para una sesión... Pero a veces se olvida. Le dejé una nota y entonces un hombre, que debía de haberme seguido, me aplastó contra la puerta. Me cortó un mechón de pelo. —Señaló el lugar donde estaba el estropicio—. Tenía una voz horrenda, como una radio con interferencias.

—Ajá... ¿Cree que la atacó de forma deliberada? ¿A lo mejor el hombre pensó que lo conocía?

Lo miró a los ojos. ¿Cómo iba a conocer a semejante animal?

—Me amenazó con volver y hacerme daño.

Se tocó la piel de la mejilla, donde le había apoyado la navaja. Las lágrimas le humedecieron los dedos, cayeron a la taza y sobre Percy, cuyo pelaje color jengibre las absorbió con diligencia.

—En serio, debería llamar a la policía.

Pero Alix empezó a negar con la cabeza en cuanto el hombre llegó a «pol...».

—A Mémé la aterroriza la policía. La aterroriza casi tanto como los nacionalsocialistas de Alemania.

—Bueno, tiene motivos. ¿Mémé es...?

—Mi abuela.

—Ah, claro. Tiene que volver a casa. La acompañaré.

Alix protestó. A pesar de la conmoción, las normas de etiqueta se imponían. Tomaría el metro. Aunque hubiera olvidado la dirección, sabría volver a casa.

—No puedo permitir que vuelva sola a casa. Normas del *News Monitor*.

—¿*News Monitor*? ¿No es el periódico inglés...? ¿Trabaja para ellos?

—Sí. En la sucursal de París, en Boccador. Iré a la oficina de correos de Abbesses, donde tienen teléfono, y pediré un taxi para usted a cuenta de la empresa. No proteste... Siempre hay alguien que se aprovecha de esa cuenta, a diario. Un viaje más no cambiará mucho las cosas.

Había cambiado de nuevo al inglés sin percatarse de la transición. Cuando hablaba en francés no cometía fallos, pero tenía un acento que recordaba al español,

como si hubiera aprendido francés cerca de la frontera, en los Pirineos. Su inglés era claro e idiomático, de clase alta. No era un poeta pobre, pensó entonces Alix. La ropa raída debía de tener otra explicación.

—Rue Saint-Sulpice —dijo la joven de repente.

—¿Discúlpeme?

—Acabo de acordarme. Ahí es donde vivo.

—Fantástico. No tardaré mucho. Espéreme aquí con Percy. Si regresa madame Konstantiva, hablele en inglés. Parece rusa, pero es porque bailó para Diáguilev durante muchos años. Ahora se dedica a recoger balas perdidas... Gatos y alquileres, me refiero. No se olvide de decirle cómo se llamaban sus cuatro abuelos.

—¿Mis... qué? ¿Los cuatro? Pero no me sé el nombre de los cuatro —tartamudeó, pero el hombre ya había salido por la puerta.

Una mesa en el Maxim's de la rue Royale en compañía de la duquesa de Brioude y su hijo debía ser una ocasión especial, así que Jean-Yves intentó representar el papel de anfitrión perfecto. Sin embargo, la visita de la duquesa empezaba a hacer estragos. El insistente afán controlador de Rhona, que no paraba ni un momento de gritarles órdenes a los sirvientes por toda la casa, había puesto a todos de los nervios. Pero no era únicamente culpa de Rhona; el conde no había tenido más noticias del chantajista y se sentía como un hombre que se halla en una colina descubierta y sabe que un francotirador con buena puntería lo tiene en el punto de mira. Cada vez que llamaban a la puerta, cada vez que algo se movía junto a la ventana, el corazón le daba un vuelco, aterrado. Rezó para ser capaz de aguantar la cena sin perder los estribos.

No obstante, mientras les servían los aperitivos, un camarero se le acercó y le susurró que habían entregado un paquete al botones del guardarropa dirigido a la atención de *monsieur le comte*. Era urgente.

El miedo, ese dragón insomne, cobró vida. Jean-Yves se disculpó y se puso de pie. El camarero, bien entrenado en los entresijos de las conspiraciones masculinas, lo condujo al aseo de caballeros y le llevó allí un paquete envuelto en papel de estraza. En él había unas líneas escritas y un mechón de pelo engominado. Jean-Yves supo de inmediato de quién era la letra y de quién era el pelo.

Cuando volvió a la mesa, varios pares de ojos femeninos lo acribillaron pidiendo una explicación.

—Se me cayó un gemelo del puño en el club hace una semana o así —improvisó con voz temblorosa—. En realidad, podría haberlo recogido el día que volviese. No hacía falta que me lo enviaran ex profeso.

Alix estaba en apuros. ¿Debería ir a verla? El mechón era de ella, no cabía duda, pero ¿cómo se lo habían cortado? Tendría que haber comprobado si había sangre. Ahora era imposible.

—No sabía que hubieras perdido un gemelo. —Rhona tamborileó con los dedos en la mesa—. ¿Cuál?

—Eh, uno de los que tenía desde la universidad... Solo tiene valor sentimental. —Consciente de que cabía la posibilidad de que Rhona le pidiera verlo, Jean-Yves se volvió hacia su futuro yerno—. Acabo de empezar una colección de gemelos sueltos, Philippe, donados por los caballeros de Francia para regalárselos a los hombres que perdieron un brazo en la guerra. Buena idea, ¿no cree?

Philippe de Brioude, que en realidad se sentía muy cohibido, miró a Christine sin pronunciar palabra y luego murmuró:

—Eh..., pues..., no estoy seguro.



Jean-Yves miró entonces a su hija menor, pues normalmente sabía apreciar su macabro sentido del humor.

—Buena idea, ¿no, Ninette?

—Le costaría menos esfuerzo hacer una colección para los hombres que perdieron los dos brazos, papá —contestó y jugueteó con las pestañas mirándolo por encima de la copa de vino.

A sus dieciocho años, Ninette empezaba a descubrir el poder de su belleza rubia y utilizaba a «papá» como objeto de prácticas. El conde apartó la mirada, incapaz de dejar de comparar a Ninette con Alix, cuyo atractivo natural nacía del interior. Dos días antes, mientras comían, le había dicho a Alix: «Algunos hombres caerán rendidos a tus pies. —En silencio había añadido esta advertencia—: Y algunas mujeres harán cualquier cosa para destronarte».

La conversación de la mesa había decaído. La duquesa aprovechó el hueco y dijo:

—Si recitase los nombres de los jóvenes que conozco que perdieron algún miembro durante la batalla de Verdún, no acabaría la lista ni a la hora del postre. Por supuesto, Ninette nació después de aquel horror, así que para ella es historia.

Rhona puso una cara de «haz algo, por favor» y miró a su marido, pero Jean-Yves fingió no verla. Típico, esperar que él rescatara una conversación que ella había hecho descarrilar. Así era Rhona. La madre del conde ya se lo había advertido: «Tu querida Rhona nunca pondrá la nota de distinción en el salón, porque ve el mundo por una rendija... Un fallo de carácter que nunca se enmendará. Pero si la belleza basta...».

Él había pensado que bastaría. Rhona todavía destacaba, incluso en Maxim's, un local que era un imán para los ricos y pomposos. Esa noche superaba incluso a sus hijas, con un vestido de noche de *moiré* rojo con la cintura alta que le estilizaba la figura. El punto clave de su conjunto, ahora que estaba sentada, era una gargantilla de perlas con un medallón de rubí. Impactante, aunque todo ese rojo hizo que a Jean-Yves le entrasen ganas de dar un paseo por el bosque. Ojalá Alix tuviera teléfono, así podría asegurarse de que estaba bien. Le enviaría una nota en cuanto volvieran a casa. Le pediría al chófer que se la llevase a Saint-Sulpice.

Una vez en casa, el conde hizo ademán de escabullirse hacia su despacho, pero Rhona lo interceptó en la puerta.

—¿Por qué no dijiste nada cuando la duquesa empezó a enumerar la condenada lista de heridos en Verdún? —le reprochó—. Christine quería comentar el viaje de novios durante la cena. Le gustaría que Philippe la llevase a Italia o a Suiza... ¿Me estás escuchando?

El conde tenía una copa de calvados en una mano. La otra la llevaba metida en el bolsillo, con el rizo de Alix entre los dedos.

—Cielo santo, Alix, ya basta de cháchara por hoy, por favor. Estoy agotado.

Silencio mortal. Y luego:

—¿Cómo me has llamado?

Volvió la cara hacia su esposa, cuyo vestido le recordó a las hogueras del infierno, y dijo:

—Perdóname. Estoy medio borracho, y por eso te pido disculpas de todo corazón. Y para ahorrarse más reproches, regresó con ella al salón.

Hasta las dos de la madrugada no se fueron a dormir los invitados, demasiado tarde para mandar una nota. Así pues, se saltó el desayuno familiar a la mañana siguiente para encerrarse en la sala del piano. Tenía el Bechstein de cola que había heredado de su madre y había instalado en la casa, en teoría para que lo aprovecharan sus hijas, aunque era él quien más tocaba. Empleó el piano a modo de escritorio y escribió unas palabras apresuradas a Alix. Después envió al chófer a Saint-Sulpice con la orden de esperar respuesta y de llevársela de inmediato.

Un *intermezzo* de Brahms logró tranquilizarlo un poco, de manera que siguió tocando sin parar hasta que volvió Pépin. La respuesta de Alix apaciguó sus peores temores, aunque tenía el estilo de una niña asustada:

Estoy bien, monsieur, pero ¿cómo se ha enterado de lo ocurrido? Hay un hombre que quiere que usted le dé un millón de francos y me encargó que se lo dijera, pero no sabía cómo. Dice que me hará daño de verdad si no le paga. Por favor, no se lo cuente a Mémé, porque se moriría de miedo e intentaría impedirme que saliera del piso. Le dije que me caí al bajar del tren.

Atentamente,

A. G.

Sonó el teléfono del recibidor. El conde corrió tanto para ser el primero en contestar que durante un par de segundos fue incapaz de articular palabra.

—¿Se lo pasó bien en Maxim's? —Otra vez esa voz áspera—: Llamé para preguntar por usted y un burro que han contratado de lacayo me dijo dónde podía encontrarlo. ¿Le llegó mi regalito? —Chasqueó la lengua y luego cortó por lo sano—: Un millón de francos, en billetes usados. En el mismo quiosco de periódicos, a las seis y cinco, mañana por la tarde. Bolsa sencilla. Déjelo y márchese...

—Escuche, tonto de capirote, si lo dejo ahí puede llevárselo cualquiera que pase por la calle. Lo meteré en la iglesia, a los pies de la columna que hay a la derecha del altar. Un millón es imposible, totalmente imposible. Tome quinientos mil y váyase al infierno. Y jure que nunca volverá a acercarse a Alix. ¡Júrelo!

—La asusté un poco, nada más.

—Júrelo o no sacaré nada.

—De acuerdo. Quinientos mil y no volveré a hacer daño a la chica.

—Porque si lo hace —masculló Jean-Yves con la boca pegada al auricular—, iré

a buscarlo y lo mataré. El bienestar de Alix Gower es algo sagrado para mí. Si le hace daño, lo mandaré despedazado a implorar perdón al Todopoderoso.

Un ruido hizo que se diera la vuelta. Rhona lo observaba desde el otro lado del recibidor de mármol. Al principio creyó que era la rabia lo que le torcía el gesto de la boca, pero cuando la condesa habló, percibió algo mucho más profundo que la simple rabia.

—¿Algo sagrado? ¡Menudo santo estás hecho! ¿Cuántos años hace que no me dices algo semejante a mí, Jean-Yves? Es más, ¿me has dicho alguna vez esas palabras, o las has pensado siquiera? —Se le acercó dando zancadas y se le plantó delante de la cara—: ¿Por qué esa chica consigue lo que yo no he tenido nunca?

Entonces, antes de que el conde pudiese contestar, huyó escaleras arriba entre sollozos.

Cuando Alix empezó a trabajar en Maison Javier a principios de abril, se encontró con un caos controlado. Javier había lanzado la colección tardía de primavera-verano dos semanas antes y los pedidos empezaban a llegar.

Según mademoiselle Lefoine, la supervisora con gafas del taller de costura en el que Alix tenía que empezar su formación como aprendiz, Javier había vuelto de las vacaciones de Navidad con el ánimo inquieto. En febrero, cuando tendrían que haber lanzado la colección, decidió en su lugar ausentarse de París para ir a ver a sus hermanas: «En una isla no sé dónde de España. Tenía intención de llevarlas a Francia pero volvió solo y se encerró en el estudio. No para trabajar, sino para escuchar canciones tristes en el gramófono. Pensábamos que no lanzaría ninguna colección de primavera-verano, y ojalá no hubiésemos llegado a esa conclusión. Luego todo se aceleró: tres meses de trabajo concentrados en uno. Por eso la contrató en un arrebato tras una única entrevista —había añadido la supervisora, analizando a Alix sin entusiasmo alguno—. Lo habitual es pedir una semana de prueba a las chicas antes de que las vea la *première*, por no hablar de Javier».

Ese primer día, Alix hizo un tour por la parte productiva del negocio. Había doce talleres de costura, cada uno de ellos con mesas largas y ventanales enormes. También había salas de corte y patronaje y almacenes abarrotados de telas. Salas de planchado, talleres para los acabados... Le mostraron la sala de los botones, la sala de los bordados y la sala de entregas, donde las prendas terminadas aguardaban colgadas de las perchas hasta que se entregaban. A Alix le recordaron a un convento de monjas fantasmales, pues cada prenda iba protegida con una tela blanca con el nombre de la clienta, la tienda de moda que la había encargado o la agencia de exportación.

En una sala silenciosa había cuatro máquinas de coser. Su guía, una ayudante joven de la *première* llamada Marcy Stein, le dijo:

—Solo se utilizan para las cortinas y los manteles. Monsieur Javier opina que con la máquina de coser es imposible lograr una costura plana e invisible, algo por lo que es famosa esta casa. Aquí todo se hace a mano. —Marcy miró con recelo el traje verde de Alix y comentó—: Para trabajar le iría mejor ponerse algo más suelto.

—No soy obrera de una fábrica —respondió ofendida Alix—. Me gusta ir elegante.

—Como quiera.

El segundo día le proporcionó una dosis de realidad. Oyó que una de sus nuevas compañeras le susurraba a otra:

—¿A quién intenta impresionar?

Su amiga echó más leña al fuego:

—Me gustaría verla cuando se suba a la banqueta. Y se romperá esas medias de seda antes de que acabe la jornada.

Alix se sonrojó y se subió la falda para dar el incómodo paso que se requería para entrar en la parte del banco que le habían asignado en la mesa de trabajo. Algunos modistos obligaban a sus costureras a trabajar con poca luz, pero en Maison Javier la luz natural entraba a raudales. Alix empezó a sudar. Como le tiraban los codos, le resultó muy incómodo realizar la primera tarea: hacer el dobladillo a unas tiras de cortina de *voile* para el salón. Su supervisora se inclinó sobre ella y chasqueó la lengua.

—Me han dicho que alardeaba usted de ser rápida dando puntadas. Más rápida que un caracol, se lo aseguro.

Para rematar ese día tan deprimente, cuando Alix fue a buscar su abrigo de estilo Schiaparelli, descubrió que alguien había hecho un estropicio con la caja de los jaboncillos de marcar los patrones. El polvillo azul se había impregnado en las rosas que había bordado Alix en el cuello del abrigo.

Al día siguiente se puso una falda que aún tenía de la época de estudiante, una blusa de algodón, ropa interior cómoda y medias también de algodón. Mademoiselle Lefoine le entregó dos batas de color marrón tabaco y le dijo que tenía que bordar su nombre en el bolsillo, mantenerlas siempre pulcras e impolutas y ponerse una cada día. En silencio, Alix se sentó en su sitio y rezó para que las novatadas se hubieran terminado ya. Seguro que ese día alguien le decía algo que no fuese un sarcasmo o una pulla malintencionada. Seguro que alguien le sonreía o le proponía comer juntas...

Pero los cuchicheos siguieron. Era como volver a estar en el colegio.

—¿Quién es?

—Gower.

—Ese apellido no es francés. Mademoiselle Lilliane cree que a lo mejor es alemana... Es igual, es extranjera, seguro.

Fue un alivio cuando mademoiselle Lilliane la mandó a hacer recados.

Y cuando no eran recados, eran tareas nimias. «Alix, vaya a buscar la escoba, hay hebras por el suelo.» O: «Alix, ¿por qué no recoge los alfileres del suelo? Veo una docena desde mi sitio. Y no se le ocurra emplear el imán como aquella tontaina. No duró nada».

Alix aceptaba esas tareas humildes porque consideraba que eran un paso ineludible para aprender el oficio. La alta costura era algo más que un trabajo, era una filosofía de vida. Las tareas se hacían rápido pero sin prisas, y no se descuidaba ni un detalle, porque las mujeres que tenían el dinero y el tiempo libre para comprarse trajes a medida de casas como Chanel, Boulanger, Patou, Lanvin y Javier, tenían un ojo de lince para la perfección. O si ellas no lo tenían, sus maridos, amantes y doncellas sí. Además, se repetía más de una vez, las grandes figuras del mundo de la moda habían empezado desde abajo. Por lo menos, las mujeres.

¿Y qué pasaba con el otro oficio, el de ladrona? ¿Cuándo podría empezar a piratear la colección de primavera-verano para el contacto de Paul? Alix todavía soñaba con esas riquezas prometidas. Pero, tal como le advirtió a Paul unos días más tarde mientras compartían una copa de vino en un café escandalosamente caro de los Champs-Élysées, casi nunca veía una prenda terminada.

—La directora preferiría ver a una comadreja subiéndose a las cortinas que a una costurera en el salón.

Paul se quitó de la boca un hueso de aceituna. En ese local regalaban las aceitunas, un platito de seis, así que tomaron tres cada uno.

—Pero seguro que ves la ropa, o por lo menos los patrones.

—Aquello no es una caja de disfraces gigante, ¿eh?

Era tarde y estaba cansada. El susto de haberse visto atacada en la puerta de Bonnet todavía no se le había pasado y le disgustaba la hostilidad de sus compañeras que, según había adivinado, pensaban que era una especie de espía «infiltrada» allí por Javier.

—Las cosas funcionan así, Paul. Madame tal y cual encarga el modelo número veinte de la colección. Pongamos que es un vestido de día en azul celeste. Elige una tela con un poco más de cuerpo en azul eléctrico y, siguiendo los consejos de una *première* y una probadora, le retocan la pieza para que le favorezca más y le siente mejor a su figura. La *vendeuse* la convence de que compre dos vestidos más en otras telas, y tal vez le ofrece una chaquetita a conjunto... *Voilà!* Irá vestida de Javier pero al mismo tiempo su ropa será única. Y secreta —insistió Alix—, hasta que luzca el modelito en público. —Con remilgos, se quitó el hueso de la boca—. Javier nunca le encarga el mismo vestido a una sola costurera para que lo trabaje de principio a fin, es por cuestiones de seguridad. Cada prenda puede pasar por tres talleres de costura distintos.

Paul seguía con esa expresión testaruda en el rostro, y Alix suspiró.

—Imagínate que eres aprendiz de cocinero y nunca has visto un milhojas de frambuesas en tu vida. El cocinero jefe te entrega una lista de ingredientes y te pide que elabores un milhojas perfecto, ahora mismo. Eso es lo que me estás pidiendo que haga.

—¿Quieres que le diga a mi contacto que rechazamos el encargo?

—Dile que tenga paciencia.

El viernes por la tarde de esa primera y accidentada semana, volvieron a mandar a Alix que dejara de coser para ponerse a recoger alfileres.

—Y no se deje ni uno. No sé de dónde ha sacado la idea de que los alfileres que se caen debajo de la mesa pueden darse por perdidos.

«Es porque cuando me meto debajo, Janice y Séverine me dan patadas de lo lindo», pensó Alix mientras resoplaba y se deslizaba debajo del banco. Preciosas, con

el pelo cardado y el pintalabios rojo, Janice y Séverine eran como uña y carne, además de ser las cabecillas de la conspiración para aislar a Alix. Sin ir más lejos, ahora mismo las oía cuchichear. Pero fuera lo que fuese lo que tramaban, no tuvieron oportunidad de llevarlo a cabo porque se abrió la puerta del taller de costura y entró alguien. Alguien cuyo rango provocó que todas se levantaran. Aun así, Janice se las ingenió para pisarle el tobillo a Alix.

—Siéntense todas.

Era madame Frankel, la *première* de Maison Javier. «Première» significaba lo que parecía: después de Javier, Pauline Frankel era la primera al mando. Su reino eran esos talleres de costura, donde supervisaba la minuciosa confección de las prendas. No obstante, también pasaba casi la mitad del tiempo al lado de Javier mientras el modisto diseñaba, le aconsejaba sobre la idoneidad de cada tejido, lograba convertir sus ideas nebulosas en algo llevable. Su mundo era menos glamuroso que el salón de mademoiselle Lilliane, que los probadores o que el mundo de las maniquís, pero sin madame Frankel no habría temporadas, ni colecciones..., ni Maison Javier. Su estatus casi sagrado se reflejó en el modo en el que mademoiselle Lefoine se inclinó hacia delante, casi con una reverencia, para inspeccionar la prenda que la *première* les quería enseñar.

—Una falda, madame —dijo sin resuello mademoiselle Lefoine.

—Usted lo ha dicho. Y la piden para el lunes por la tarde... Sí, ya sé que están ocupadas, pero monsieur Javier ha dado su palabra de que estará terminada para entonces.

Alix salió de debajo de la mesa con los alfileres en la boca.

Al verla, madame Frankel suspiró:

—*Mon Dieu, petite!* No se le ocurra meterse los alfileres en la boca jamás. Imagínese qué pasaría si se da un golpe en la cabeza. Tendríamos que quitarle las agujas de la lengua. —Se dirigió a la supervisora—. ¿No tiene ninguna tarea mejor que encargarle a Alix? Monsieur Javier no la contrató para que fuera la señora de la limpieza. No le gustará ni un pelo, se lo aseguro. ¿Por qué no se encarga ella de esta falda?

La supervisora fulminó a Alix con una mirada rencorosa.

—Acaba de decir que era importante, madame.

—Y lo es —respondió madame Frankel con voz educada pero férrea—. Y si no sabía qué tarea darle a Alix que estuviera a su altura, ahora ya no tiene ese problema.

Las mesas de costura estaban cubiertas por una tela de paño, que impedía que los tejidos sedosos se resbalaran y cayeran al suelo: tenía un color verde oliva que resultaba agradable para la vista. Cada día sin excepción cambiaban el paño, para que las caras telas pudieran apoyarse en él sin temor a que quedasen grasientas. Madame Frankel desplegó los patrones de la falda delante de Alix. Había pedido a las chicas

que tenía a un lado y a otro que se apartasen, haciendo oídos sordos a los murmullos que eso provocó.

—Esta falda es un encargo de una clienta muy apreciada, Alix. Muéstreme qué agujas de coser tiene, por favor.

Alix intentó abrir con manos torpes la bolsa para las agujas. Había renunciado a caer bien, pero por favor, ¡por favor!, que superase esa prueba. Notaba los dedos hinchados como salchichas y al final, madame Frankel desató la cinta de la bolsa para ayudarla. Alix se fijó en que llevaba las uñas cortas y finas, y no lucía alianza de bodas.

—Bien, hay donde elegir —murmuró la *première* mientras desplegaba el armamento en miniatura que Alix había recopilado durante el tiempo que trabajó para Arding and Hobbs—. ¿Cuál emplearía para hilvanar las costuras? Sí, puede tocar la tela. Dígame qué opina.

La falda era de seda tejida, y cuando Alix pasó los dedos por el granulado del género, acudieron al rescate las visitas que había realizado con Mémé a los mayoristas del East End de Londres.

—¿Es de seda de Lyon?

—Correcto.

Era de color trigo maduro con cuadritos perfilados en un tono más oscuro. La falda tenía un corte estrecho, pero no al bias. El «corte al bias», la técnica que definía la década, requería cortar la tela en diagonal respecto del hilo, lo que le daba más soltura a la prenda terminada. El corte al bias se comía metros y metros de tela y era un reto cuando se intentaba coser. Por el contrario, esta falda sería fácil de confeccionar.

—No tengo miedo de que se abran las costuras —dijo Alix—, así que pasaría los hilvanes con una aguja larga y puntiaguda, y luego cosería las puntadas definitivas con una aguja intermedia.

—Muéstreme con cuál.

Alix sacó una aguja corta con la punta estrecha.

Madame Frankel asintió.

—Lo bastante corta para permitirle dar puntadas delicadas, pero capaz de aguantar el peso de la tela. ¿Empleará hilo de seda? Bien. —Le dio un retal de la tela de seda—. Esto no puede salir del edificio. Cuando termine de hilvanar la prenda, vaya a la sala de los hilos y madame Albert le dará el más adecuado. Y sobre todo, trabaje con luz natural. ¿Con qué tipo de costura lo coserá?

—Eh..., una costura plana, planchada para que quede abierta. Le daré la vuelta a los bordes antes de rematarlos y luego les daré unas puntadas de refuerzo. La seda es lo bastante gruesa para que no sea precisa la *couture anglaise*, aunque cabe una pequeña posibilidad de que se deshilache.

Madame Frankel sonrió.

—Muchas chicas saben coser pero no tienen intuición para la tela. Mademoiselle



Lefoine no ha encontrado ningún fallo en su labor, ¿verdad?

Ese último comentario iba dirigido a la supervisora, cuyo gruñido hizo que Alix se sonrojara. ¿Debía tomarlo como una palabra de reconocimiento después de haber cosido los dobladillos de tantos metros de cortina que habrían bastado para cubrir toda la manzana?

Los pasos de madame Frankel resonaron con eco al alejarse, y alguien imitó su voz profunda:

—«Muchas chicas saben coser, pero Alix sí que tiene intuición para la tela».

—Bueno, eso ya lo sabemos. ¿Recuerdan ese abrigo tan precioso que llevaba el primer día de trabajo? ¡Achís! Ay, madre, se me ha metido polvillo azul en la nariz.

—Vuelvan al trabajo todas, vamos —las reprendió mademoiselle Lefoine—. Alix, ¿por qué mira fijamente a Janice con esa cara? Parece un pescado.

—Una trucha —añadió alguien, y toda la sala estalló en risitas.

En la sala de los hilos, Alix no podía dejar de mover los pies mientras una mujer con un delantal blanco inspeccionaba una muestra de cinta de Petersham y se desahogaba criticando la ineptitud de las tintoreras que no sabían distinguir un verde de otro. A su lado, una chica con una falda pantalón marrón asentía nerviosa. Era una «conjuntadora», a juzgar por su ágil figura. Cualquiera día laborable, el Sentier (el distrito del 2ème arrondissement de París) era un hervidero de conjuntadoras que corrían entre las mercerías al por mayor donde vendían lazos, botones, cinturillas y hebillas, y las casas de moda. La producción del día a menudo dependía de la rapidez y el juicio de esas encargadas de buscar los complementos ideales para cada tela. Si se equivocaban (por lo que había oído Alix) se ganaban un sermón, eso en el mejor de los casos. Aunque en Maison Javier, por lo que parecía, la bronca no era muy fuerte...

—Una coliflor no es del mismo color que una manzana, Suzanne, nunca lo ha sido.

—No, madame Albert.

—Si me ofende a la vista otra vez, me temo que tendré que enfadarme.

—Tiemblo de miedo, madame Albert. No volverá a ocurrir.

—¿Madame? —preguntó Alix mientras la chica se apresuraba a marcharse con la ofensiva cinta de lazo—. Una clienta quiere una prenda terminada para el lunes que viene. Necesito hilo.

—A ver.

La mujer extendió la mano para recoger la muestra y caminó como un pato hasta un mueble con veinte cajones por lo menos. Abrió uno y Alix vio compartimentos llenos de bobinas de hilo de seda, empezaban por un color blanco roto e iban subiendo de tono al trigo, maíz, azafrán, hasta llegar al marrón. Amarillos y tonos intermedios. Debía de haber otro cajón con los rojos, otro con los azules... Qué

trabajo tan estupendo.

Madame Albert seleccionó cuatro tonos trigo y se acercó a la ventana.

—Diría que el más claro, madame.

Alix había adivinado a simple vista cuál encajaría más, pero aun así, la mujer fue poniendo contra la tela una hebra de cada uno de los cuatro, despacio. Consciente de que se le empezaba a agotar la paciencia, Alix la siguió hasta la ventana y descubrió que estaba lloviendo. Maldita sea, solo llevaba una chaquetita fina. Se calaría hasta los huesos antes de llegar a casa. Tardó unos segundos en darse cuenta de que esa parte del edificio daba a la rue Boccador, y que el edificio que había en la acera de enfrente, en diagonal, eran las oficinas del *News Monitor*. Había pasado por delante al bajar a comer y se había detenido a leer la placa de latón, en la que ponía: «Calford Press». El caballero de la place du Tertre trabajaba ahí, el que la había acompañado a casa hacía unos días.

Intentó recordar cómo era. Alto, con ojos irresistibles. Distinguido pero con aspecto rudo. ¿De qué habían hablado? Se acordó de que el hombre había utilizado la palabra «trauma» para describir el estado de Alix. Una palabra nueva, pero una de las buenas. Sintió un escalofrío. Su agresor había mandado el mechón al conde de Charembourg. Era como las historias de los periódicos de sucesos. En contraste, el conde le había escrito una nota muy tierna.

Un coche paró junto al bordillo. Un Peugeot vulgar y corriente, aunque era de color vino del Ródano. Aguzó la vista... ¿No había visto aparcado ese coche el mismo día que se había armado de valor para ir a Maison Javier por primera vez? Por eso, no era de sorprender que el mismo joven del traje de solapas anchas se bajara del vehículo. Llevaba el sombrero debajo del brazo y a Alix le impresionó ver el brillo del pelo mojado por la lluvia. El color de ese pelo habría pertenecido a la parte de tonos más claros del cajón de bobinas de hilo de madame Albert. El hombre se puso el sombrero y, como si notara la mirada penetrante de Alix, levantó la vista y se tocó el ala a modo de saludo. ¿La había reconocido? Era imposible desde tanta distancia. Era imposible después de haberse visto solo una vez. ¿Sería un típico gesto de cortesía? O estaba flirteando...

—El hilo más claro no sirve.

Alix dio un respingo. Madame Albert tenía una bobina en la mano.

—Siempre hay que utilizar un hilo más oscuro que la tela, ¿de acuerdo? —Le dio un codazo a Alix para captar por completo su atención—. El hilo de seda capta la luz y sube dos o incluso tres tonos. Es probable que piense que me equivoco hasta que cosa la prenda, pero la próxima vez dirá: «¡Ay, mademoiselle Albert, gracias por ahorrarme el esfuerzo de tener que descoserlo todo!». *Bien?*

La mujer sonrió y mostró unos dientes de conejo. Era la expresión más afectuosa que Alix había visto en toda la semana.

Mademoiselle Albert volvió a mirar hacia el hombre que se había apoyado contra el alerón del Peugeot.

—Mírelo, ahí está otra vez, perdiendo el tiempo hasta que termine el desfile. ¿No le gustaría ser tan hermosa que un hombre como ese la esperase bajo la lluvia?

—¿Quién es, madame?

—Se llama Martel, me parece. A menos que haya mezclado los datos, dirige no sé qué antro.

—¿Antro?

—Un club nocturno, un tugurio..., un clandestino. ¿Es que no ve las películas norteamericanas? Está en Pigalle, que es una zona a la que su madre no la dejaría ir.

Alix asintió, pero no se molestó en mencionar que no tenía madre. Antro. Tugurio. Clandestino. Más palabras nuevas. Ambas se quedaron en silencio, cautivadas por el muscular Adonis cuyo traje iba oscureciendo por momentos a causa de la lluvia.

—Es el último ligue de Solange Antonin —añadió madame Albert—. La maniquí morena del cuello esbelto, la que Javier siempre viste de blanco o negro, ¿sabe quién digo? A mí no me gustan los hombres de pelo claro, salvo el actor Leslie Howard. ¿Ha visto *La pimpinela escarlata*? Es mi película favorita de todos los tiempos. —Madame Albert suspiró y luego miró el reloj—. Será mejor que aligere el paso si no quiere que la supervisora le tire de las orejas.

Mademoiselle Lefoine no estaba en el taller, así que Alix logró evitar un rapapolvo. Se sentó en el banco y tomó la tela. Poco después de que dieran las seis, la supervisora volvió y Alix le preguntó si podía llevar la falda a la sección de planchado.

—¿Ya ha terminado? —contestó la encargada frunciendo el ceño con escepticismo.

—He hecho todo lo que podía hacer antes de plancharla.

—Déjeme ver. —Mademoiselle Lefoine colocó la falda a la luz. Miró a Alix con extrañeza y luego suspiró hondo—. ¡Qué tonta es! ¡Es tonta de capirote, jovencita! No me puedo creer lo que veo.

—¿De verdad cree que está mal? —tartamudeó Alix—. Lo he hecho con mucho cuidado.

—Lo ha cosido del revés —espetó mademoiselle Lefoine—: Tendrá que descoser los puntos y, si ha estropeado el material, tendrá que pagarlo de su bolsillo.

Alix empezó a negar la acusación, aunque entonces se dio cuenta de que la supervisora tenía razón. El lado «bueno» y el «malo» de la seda eran casi idénticos, pero no del todo. ¿Cómo podía haberle ocurrido? Lo había comprobado dos veces antes de hilvanarlo e ir a buscar el hilo. Entonces se dio cuenta de que Janice y Séverine se reían tapándose la boca con la mano. Ajá... Mientras ella se dirigía a la sala de los hilos, unos dedos malvados habían descosido los hilvanes y habían vuelto a hilvanar las piezas con la parte interior hacia fuera.

Alix quería echarse a llorar, pero recurrió a su capacidad para controlar la humillación y dijo en una voz que era entre dócil y desafiante:

—Volveré a empezar y me quedaré hasta que termine de coser la falda como es debido.

—Por supuesto que lo hará —soltó la supervisora—. Es más, todas tendremos que trabajar una hora extra porque, gracias a usted, jovencita, este ha sido uno de los días menos productivos que recuerdo. Y Alix, cuando termine de coser, póngase a barrer el suelo.

Cosió sin parar hasta que se vació el edificio, hasta que atardeció y el edificio empezó a crujir con los pasos ágiles de los empleados que salían. Cosió hasta que la falda quedó lista para el primer planchado. Agotada y entre lamentos, envolvió la prenda en papel de manila y la colgó en el almacén. Entonces se puso a barrer. Tenía los nudillos hinchados, le ardían los músculos de las cervicales. «Mémé tenía razón —reconoció en silencio ante sí misma—, es duro.» Cuando terminó, se dirigió a la puerta. Y la encontró cerrada.

En el edificio de enfrente, Verrian Haviland estaba sentado en la esquina del escritorio, con el auricular del teléfono en la mano. Una hora antes había recibido un telegrama de su hermano con las últimas noticias acerca de Miguel y ahora estaba a punto de pronunciar unas palabras que jamás pensó que pudieran salir de sus labios.

—Gracias de todo corazón, Jack.

—Alabado sea el Señor. Bueno, se acepta el agradecimiento.

—¿A qué país de Sudamérica se dirige?

—Para empezar, a Venezuela. Después, depende de él. Los informes dicen que su familia y él están SyS.

«SyS» era la abreviatura que Jack utilizaba para «sanos y salvos». Verrian dudaba mucho que Miguel pudiera estar alguna de las dos cosas, teniendo en cuenta la amputación y el trato que había sufrido después, pero lo importante era que había salido de España. Esta vez, Jack había cumplido su palabra.

—Por el bien de tu compinche —añadió Jack— llevé a un tipo del Ministerio de Asuntos Exteriores increíblemente aburrido a cenar y jugué con él una partida de golf. Me debes mucho, y es hora de que empieces a devolverme el favor. La oficina de París dice que entras y sales a tu antojo. Cuando llamo a tu hotel para pedir que te transmitan un mensaje, me contesta un papanatas que se ríe de mí.

—Seguro que es Laurentin. Los ingleses le parecen la monda. En realidad ya no me alojo allí. Ahora estoy en Montmartre, en una casa que no tiene teléfono.

Su hermano soltó un juramento.

—Te dije que te cambiases a un hotel en condiciones. No me refería al Ritz, pero

maldita sea, ¿qué pasa? ¿Eres demasiado proletario para ir al Polonaise, eh?

Verrian soltó el aire poco a poco. Tal vez Jack fuera el mayor de los dos, pero muchas veces se pasaba de la raya con sus recriminaciones.

—No soporto los edredones de plumas y el empapelado de seda. Lo siento, Jack, sé que faltó a mi palabra, nunca podré expresar lo que significa para mí España... —Lo que le había costado decirlo—. Voy a regresar.

—¡Ni hablar! —explotó Jack—. El Ministerio de Asuntos Exteriores dice que la policía española te arrestará si pones un pie en la frontera. Maldita sea, tiraste a uno de los agentes escaleras abajo.

—Intentaba esposarme.

—Me atrevería a decir que él pensaba que era su obligación. Vamos a mandar a otro corresponsal a Madrid, alguien que no se involucre tanto emocionalmente.

—Entonces iré por mi cuenta, con la Agence Espagne.

—No tienes pasaporte, ¿te acuerdas? Ni acreditación. Gracias a ese altercado con los censores, ahora estás en la lista negra. Y además, ¿sabes qué? —Jack suavizó un poco el tono—: Adivina quién va a venir a París. Madre y Lucy. Padre quiere que les hagas de escolta.

—No estoy en un buen momento para una visita familiar. ¿Por qué vienen?

—¿Por qué van a París las mujeres? A comprar, querido mío. Será la primera vez que tu hermana vea la Ciudad de la Luz, así que por supuesto que te encantará enseñarles lo más pintoresco. Te mandaré un telegrama cuando sepa a qué hora llegan.

Alix aporreó la puerta. Dio golpes, gritó hasta que se quedó ronca. ¿Se habría llevado el conserje la llave sin querer? ¿O había sido a propósito? Sus compañeras serían incapaces de dejarla encerrada toda la noche, ¿verdad? Se subió a la mesa de coser y golpeó varias veces el techo con el palo de la escoba. Unas lascas de pintura le cayeron encima, pero nadie le contestó con una patada. Pasaban de las nueve de la noche y era viernes. Todo el mundo tendría algún plan: cenas familiares, veladas con amigos, fiestas. Madame Frankel debía de estar en su casa del Bois de Boulogne, el barrio residencial para gente pudiente. Lo más probable era que Javier estuviera poniéndose el traje de gala en la suite del hotel que daba al Parc Monceau.

El pánico de Mémé iría en aumento conforme avanzase la noche, y saldría a buscarla por la ciudad. Alix abrió una ventana y se asomó a la oscuridad. Seguía lloviendo y la calle brillaba tanto como la piel de un león marino. Necesitaba a alguien que se apiadase de ella. Un policía, si hacía falta.

Solo que la policía casi nunca patrullaba ese distrito tan distinguido y costaba establecer contacto visual con alguien, pues lo único que Alix veía desde arriba era la parte superior de los paraguas y los sombreros impermeables. Todo el mundo iba con prisa.

—¡Disculpen! —gritó a un hombre y una mujer que cruzaban la calle justo delante de ella—. ¿Pueden ayudarme?

Miraron a un lado y a otro, confundidos.

—¡Estoy aquí arriba!

El hombre pasó la mano por debajo del brazo de su acompañante y apretaron el paso.

—¡Ojalá les pase esto algún día! —les gritó Alix mientras se alejaban.

Captó la atención de un joven con impermeable y gorro para la lluvia. La desesperación empezaba a hacer mella y le gritó tan fuerte que lo hizo parar en seco.

—¡Estoy atrapada! Necesito que alguien vaya a buscar a un policía o encuentre al conserje para que me saquen de aquí.

—Lo que usted quiera, preciosa —dijo el joven con una sonrisa, y se limpió las gotas de lluvia de la cara—. Espéreme ahí.

El alivio duró media hora, el tiempo que Alix tardó en darse cuenta de que su caballero andante se había rendido o en ningún momento había tenido la intención de ayudarla. A lo mejor no le quedaba otro remedio que saltar. Se apoyó en el alfeizar de la ventana y sacó el cuerpo. Le entraron náuseas. ¿Saltar?

—¡Odio este sitio! —vociferó en plena oscuridad—. Odio la alta costura. Odio París.

—Pues qué lástima, mademoiselle.

Alix entrecerró los ojos e intentó ver algo entre la cortina de lluvia que iluminaban unos faros de coche. Un vehículo negro había parado justo debajo. Se abrió una de las puertas traseras y salió un hombre, que se quedó plantado mirándola. Llevaba gabardina y sombrero, y tenía los brazos cruzados.

—Me ha obligado a detener el taxi, mademoiselle. Pensaba que estaba a punto de saltar.

—No, qué va. —Lo reconoció por el sombrero de fieltro y el leve acento español al hablar en francés. Sintió vergüenza. ¿Es que siempre tenía que verla en los peores momentos?—. Quería ver a cuánta distancia queda el suelo, pero tengo vértigo y me he mareado.

El caballero se colocó justo debajo de ella. En la oscuridad, con la luz iluminándole por detrás, tenía una silueta irregular.

—Perdone que me entrometa pero, ¿no hay escaleras? ¿Ni ascensor? Solo pregunto...

—¡Pues claro que hay escaleras! —Todas las desgracias del día encontraron al fin una válvula de escape y se reflejaron en su tono de voz—. ¿No se le ha ocurrido acaso que puedan haberme encerrado? ¿O es que piensa que me gusta saltar por la ventana?

—No ha saltado —señaló el hombre—. Y ahora que lo dice, creo que hay demasiada altura. Se romperá el tobillo o aterrizará encima de alguien y le romperá la crisma. ¿Seguro que no hay otra forma mejor de salir?

—Pues claro que sí. Si encuentra a la persona que tiene las llaves de este maldito edificio... —Alix se detuvo, porque se dio cuenta de que estaba descargando su ira sobre la única persona que podía ayudarla en esos momentos. Tragó saliva y preguntó —: ¿Sería tan amable de ir a buscar al conserje, por favor?

—Claro. Dígame quién es y dónde puedo encontrarlo.

Alix cayó de rodillas y apoyó la cabeza en el alféizar. Durante toda la semana, desde que había traspasado el umbral de la empresa, había asimilado información de Maison Javier, pero no se le había ocurrido preguntar cómo cerraban el edificio por las noches o cómo lo abrían por las mañanas.

Oyó una tos desde la calle.

—Aún estoy dispuesto a ayudarla, pero no quiero quedarme aquí plantado mientras me calo hasta los huesos. Podría tratar de buscar una escalera.

—No. No es que me importe bajar con una escalera, pero jamás sería capaz de encaramarme a la ventana y sacar los pies al vacío para subirme al peldaño. No puedo. Me aterra.

—De acuerdo. Entonces tendré que llamar a los bomberos.

—¡No! —¿Y volver el lunes como la chica a la que los *pompieri* tuvieron que sacar de Maison Javier? ¿Con las campanas repicando y las sirenas encendidas?—. Me subiré a la ventana y me tiraré. No está tan lejos. ¿Podría quedarse ahí para asegurarse de que no me hago daño?

—¿Para qué? ¿Para recoger los pedacitos si se parte la crisma? Bueno, espere —dijo esto último con más decisión—. Quédese ahí, mademoiselle.

Volvió al taxi y Alix se temió que fuera a meterse en el vehículo para dejarla allí, pero el caballero se acercó a la ventanilla del conductor y le indicó al taxista que bajara el cristal. Le pareció extraño que no la hubiera reconocido.

Entonces regresó.

—¿Es lo bastante valiente para saltar a mis brazos?

—¿Qué? Lo mataría. Soy bastante alta, ¿sabe?

—No me refiero desde el segundo piso. Ningún hombre sería capaz de recoger a una mujer que se tirara desde esa altura, salvo en las películas. Y además...

No oyó lo que dijo a continuación, porque el taxista desplazó el vehículo para pegarlo al edificio y acercarse todo lo posible a la ventana sin llegar a dañar la carrocería. ¿Esperaba que se tirase encima del techo del automóvil sin dejar ni una muesca? Los taxistas de París no se caracterizaban por su predisposición a perdonar.

El rescatador se quitó el abrigo y lo extendió encima del techo. Entonces se subió al estribo del coche, de ahí al protector de la rueda, al capó y, por último, al techo mismo. Era ágil para su corpulencia, y se movía como un gato. Alix cayó en la cuenta de que el abrigo era para no resbalarse.

—Salga por la ventana de espaldas a mí, sujétese y luego déjese caer. Yo amortiguaré la caída. Si lo hace así, apenas tendrá que cubrir la altura de un hombre. Acuérdesse de doblar las rodillas. Procure apuntar hacia el coche, no hacia el hueco.

—No sé si podré —sollozó Alix.

—Bueno, no pasa nada. Tendrá que quedarse ahí a pasar la noche. ¿Quiere que avise a alguien?

Alix trató de imaginarse a ese hombre intentando impedir que Mémé se estrujara las manos el tiempo suficiente para convencerla de que debía irse a dormir y dejar a Alix encerrada en un edificio del centro de París.

—Tampoco es posible. Ay, cielo santo.

—Más o menos. Por cierto, el corrillo de gente es cada vez más grande. Seguro que pronto alguien llamará a la policía, y entonces vendrán los bomberos.

—De acuerdo. Sí que puedo.

—Recuerde, flexione las rodillas y confíe en mí.

Solo lo oyó a medias, porque una vez que se decidió a saltar, no podía dudarle ni un momento más. Apoyó el cuerpo en el alféizar y descolgó las piernas por la fachada del edificio. Ahí se detuvo para recuperar el equilibrio, consciente de cómo quedarían las medias y de la panorámica que tendría su salvador si no era todo un caballero y miraba hacia arriba.

—¡¿Está listo?! —chilló entonces.

Y al recibir una respuesta alentadora, hincó las puntas de los pies en la pared, se dio impulso hacia atrás, soltó un aullido de terror y se lanzó.

Unos dos metros. Aterrizó con un golpe seco y un grito. Oyó la tela al rasgarse, notó unos brazos que la estrechaban fuerte en el momento en el que le fallaron las piernas. Apoyó la espalda en el resbaladizo techo del coche, creyó que iba a resbalarse por el borde pero se detuvo y quedó con los pies colgando. El alivio dio paso a una risa histérica. Entonces oyó vítores y aplausos y se las ingenió como pudo para sentarse.

—¡Bravo, monsieur! —gritó una mujer—. ¿También lo hará por mí si salto?

—No se mueva... —le susurró a Alix al oído—. Voy a bajar primero.

Al cabo de unos segundos, vio que estiraba los brazos y Alix se deslizó para caer en ellos. Las rodillas se le pelaron al topar con el suelo sólido. Se inclinó sobre él.

—Vamos, muchacha, ¿es que no va a darle un beso? —intervino la misma mujer—. ¡Acaba de salvarle la vida y ha estropeado un abrigo bueno!

Una desordenada sucesión de vítores provocó que Alix escondiera la cara en el chaleco del hombre. El cielo la rescató al fin. De repente la lluvia arreció tanto que los mirones se desperdigaron. Alix era consciente de que tanto ella como el hombre que la abrazaba fuerte estaban calados. Su salvador no llevaba americana. El algodón blanco de la camisa se le había pegado a los brazos y desvelaba unos músculos fuertes y nervudos. El rostro del hombre relucía bajo el halo empapado del sombrero, mientras esperaba a que ella dijera algo, a que le diera las gracias, cosa que debía hacer.

Pero Alix no sabía qué decir, pues era consciente de que tenía la blusa pegada al cuerpo y el pelo tan mojado que chorreaba ríos de agua. Así pues, se limitó a mirar



hacia arriba y se fijó en que el hombre llevaba roto el cuello de la camisa (por su culpa) y que tenía una garganta también musculada. Y entonces, sin saber cómo, empezaron a besarse. Un beso que sabía a lluvia y que fue una delicia. Alix separó los labios y el beso se intensificó, puro fuego. Las manos que se le enredaban en el pelo le transmitían que su respuesta había encendido una chispa en él. Daba igual que estuvieran en medio de la calle, con un torrente de agua que bajaba por los canalones en busca de una alcantarilla.

Cuatro bocinazos del coche los separaron.

—¿Cómo ha convencido al taxista para que nos permitiera usar el coche? —le preguntó.

—Le he prometido que le recompensaría y que pagaría todos los daños que pudieran ocasionarse. Dudo que haya alguna rascada. Ha caído con la gracia de una pluma.

Alix frunció los labios.

—Qué mentira tan educada.

—Por lo menos no ha atravesado el techo. —Esa noche sonaba distinto. Un poco impaciente—. Mademoiselle... ¿Tiene por costumbre meterse en lugares conflictivos?

—¿Se ha dado cuenta de que era la chica del otro día?

—Claro, pero he pensado que era mejor conseguir que bajara antes de mencionarlo. ¿Se ha recuperado del ataque?

—Casi del todo.

—¿Y la calamidad de esta noche?

—Me han dejado encerrada.

—Debería andarse con más cuidado. Es Maison Javier, ¿verdad? Me refiero a este sitio. —Alzó la mirada hacia la fachada—. Me dijo que trabajaba aquí. En el taxi, cuando la llevé a casa. ¿Es una de sus modelos?

—¿Yo? No, no soy más que... que una costurera. Una *midinette*. —Una chica para todo. El último mono.

—Está temblando. Vamos.

Abrió la puerta del coche.

—El abrigo sigue en el techo.

El hombre se echó a reír.

—Está más mojado que yo. Entre, por favor. —Cuando Alix ya estuvo dentro, le preguntó—: ¿Le apetece cenar o tiene que volver a Saint-Sulpice?

—Saint-Sulpice —respondió ella a su pesar.

¿Se sentaría a su lado?

No. Se inclinó junto a la ventanilla y dijo:

—Vivimos cada uno en una orilla del río. Será mejor que le dé las buenas noches y me marche andando.

Alix oyó que le daba indicaciones al taxista. Vio que le entregaba dinero, billetes

grandes, y gritó:

—¡Monsieur, es mucho!

El hombre volvió a acercarse a su ventanilla.

—¿Por permitir que usásemos el taxi de trampolín? Barato, diría yo.

—¿Seguro que la empresa se lo reembolsará? —Captó un atisbo de sonrisa y se arrepintió de no haber cerrado la boca. Su siguiente intento fue todavía peor—: Será mejor que nos veamos otro día...

—¿Sí?

—Bueno, lo digo porque...

—Porque...

El hombre inclinó la cabeza.

—Me refiero a que me ha ayudado dos veces y le debo dos carreras de taxi.

Él le entregó una tarjetita blanca.

—Aquí tiene mi número del trabajo. Llámeme la próxima vez que se meta en apuros.

Retrocedió un paso y dio un par de golpecitos en el techo del coche. Alix se apoyó en el respaldo. Sabía reconocer un clásico rechazo.

El silencio sería la respuesta más digna en esa situación. Sin embargo, entonces se dio cuenta de dónde había oído su voz por primera vez. Tuvo el tiempo justo de desplazar el cuerpo hacia la otra ventanilla y gritar asomando la cabeza:

—¿Ese pobre amigo suyo sobrevivió o murió desesperado en la cárcel?

Mientras el taxi arrancaba, oyó que el joven contestaba:

—Deux Magots, mañana a la hora del café. ¡Entonces se lo cuento!

Mientras viajaba en la línea ocho del metro al día siguiente, Verrian se percató de que había encontrado una razón para quedarse en París. Una voz dulce y ronca que, aunque le había costado reconocerlo, lo había rondado desde la primera vez que la oyó. Alix Gower había sido la voz incorpórea de la compañía telefónica. Qué extraordinario era que siguieran encontrándose por casualidad. Habría quien diría que era el destino. Había tantos componentes fascinantes en Alix Gower... Como el aceite y el agua en un frasco, una sacudida vigorosa creaba la emulsión y la convertía en una chica bastante desconcertante.

Mientras el tren entraba con estruendo en la estación de Bonne Nouvelle, succionaba todavía más pasajeros y cerraba las puertas, Verrian sopesó qué sentía. Alix lo atraía físicamente, pero cuando hablaba parecía (y la notaba) muy joven. Besarla la noche anterior había sido un impulso irresistible, pero no era propio de un hombre adulto y responsable. De no haberse visto alterado por la conversación con Jack, no lo habría hecho. O por lo menos, eso esperaba.

¿Por qué lo atraía tanto? La primera vez que se había topado con ella, la muchacha estaba hecha un mar de lágrimas. Anoche estaba calada hasta los huesos. Pero... la voz y el pelo y los ojos casi negros.

¿Acaso veía otro rostro en ella? ¿Deseaba acercarse a Alix porque anhelaba a otra persona que había perdido?

—¿En qué piensas?

—Perdón, Trapitos... Lo siento.

Por un momento se había olvidado de las dos mujeres que había sentadas enfrente de él en el vagón de primera clase. Las escudriñó y sintió el mismo vuelco en el corazón que había sentido al saludarlas cuando se habían bajado del tren media hora antes. Mientras él estaba en España, su hermana (diez años menor que él y apodada Trapitos) había dejado de ser un chico que iba con pantalones de montar y se había convertido en una jovencita con el pelo ondulado de peluquería y un traje de chaqueta propio de una adulta.

Su madre también había cambiado. Alguien se había llevado a la mujer segura de sí misma de quien se había despedido con un beso hacía un año y había dejado en su lugar a una matrona nerviosa. Ahora ambas se mecían con el traqueteo del tren, agarrando con fuerza el bolso que tenían encima de la falda de tweed. El cable de Jack había llegado a primera hora de la mañana. Pero no al apartamento de Verrian, sino al edificio del *News Monitor*. «Mamá y Lucy de camino a París. Ve a buscarlas a Gare du Nord. Sobre las once.»

Por suerte, la secretaria de redacción del *Monitor* tenía tanta devoción por sus

obligaciones que iba a trabajar también los sábados. Había mandado a un mensajero como un rayo a la place du Tertre y Verrian se despertó de sopetón al enterarse de que sus tareas de escudero comenzaban al cabo de tres horas.

Seguro que la noche anterior el maldito Jack sabía de sobras que su madre y su hermana ya estaban en el tren que enlazaba con el barco. Verrian se dijo que tendría que hacer malabarismos para estar con su madre y Lucy y a la vez quedar con Alix por la tarde.

A Lucy se le daba muy bien leer la expresión de la cara. Cuando el metro se detuvo en la rue Montmartre, dijo:

—Te han encasquetado nuestra visita, pero no te preocupes... Mamá y yo nos pasaremos horas en Printemps y luego nos desplomaremos en la cama. Con tal de que cenes con nosotras y nos llesves a un sitio bueno, será suficiente. Te echábamos de menos.

—¿La señora está bien? —le preguntó Verrian a Lucy en un susurro.

Su madre contemplaba la negrura de la ventanilla del tren, absorta en sus pensamientos.

—Dependerá de ti. De lo que tengas pensado soltarle esta vez.

Las puertas se cerraron y el metro arrancó de nuevo. Era imposible dar explicaciones.

Las llevó a Printemps, el famoso centro comercial del boulevard Haussmann, y las invitó a comer en una cafetería que había debajo de la cúpula. Mientras observaba el modo en que su madre pinchaba con expresión dubitativa al solomillo de ternera rosado, y le daba la vuelta para ver si por el otro lado estaba más hecho, pensó que era posible sacar de su país a los terratenientes rurales de Inglaterra, pero era imposible sacarles el país que llevaban dentro. La filosofía de su madre era muy simple: todo lo que había aprendido durante su infancia eduardiana representaba la verdad en todas sus formas. Daba igual si el tema era la comida, la política o el matrimonio, siempre había una opción correcta y una equivocada. Y si uno era de buena familia, sencillamente tenía que saber cuál era la opción correcta.

Al ver la expresión de Verrian, Lucy imitó al cocinero de la familia Haviland:

—«¡No permita que los franchutes le enjareten carne cruda, madam!».

Su madre levantó la mirada, tremendamente sorprendida por el comentario.

—La carne poco hecha es peligrosa, como sabrías si fueras la presidenta de la Asociación de Voluntarios de las Escuelas de Sussex. La mitad de la malnutrición que vemos en los niños de zonas rurales es culpa de los parásitos intestinales.

—Mami, de verdad... —la contradijo Lucy.

—En el continente no les atacan los parásitos —dijo Verrian, y tomó un pedazo de ternera con una hoja de lechuga aceitosa—. La próxima vez que cene con las damas voluntarias, dígalas que añadan ajo a todo, madre, y problema resuelto.

—Antes añadirían azufre.

Su madre se dedicó a cortar las partes más hechas de la carne y apartó las zonas rosadas en un rincón del plato.

Verrian no soportaba que se desperdiciara la comida. Los críos malnutridos que su madre cuidaba en Sussex parecían rollizos en comparación con los que había visto él en España. En Madrid había corrido el rumor de que en la ciudad bombardeada y destruida, los estafadores madrileños mataban gatos y vendían la carne como si fuera de conejo. Saber eso había hecho que los platos de olla podrida que le servían en el hotel, ese guiso de carne correosa cocida con coliflor, pareciera una exquisitez culinaria.

—¿Qué plan tenéis para hoy? —preguntó el joven a su hermana.

—Lo que sea menos gris —dijo Lucy—. Necesito un par de trajes para el curso de secretariado y algo más elegante para...

Interrumpió la frase de manera tan abrupta que parecía que hubiera trazado un signo de admiración en el aire.

—¿Para?

—... Eh, para fiestas y cosas. Y ella... —le pellizcó el brazo a su madre—... tiene un armario que parece un ataúd forrado de tweed viejo. La pobrecilla todavía lleva vestidos de talle bajo.

—Solo para el jardín. Cariño... —la madre de Verrian le dio una palmadita en la mano—, ¿no te apetecería acompañarnos a la sección de caballero?

Se había fijado en la americana de su hijo y en la falta de corbata desde que habían pasado el control de billetes de la estación.

—El otro día me compré tres camisas, un traje y una corbata —contestó él.

—Pero no te las pones.

—Cierto. —Se había puesto la ropa que había dejado encima de la silla la noche anterior, pues su prioridad había sido afeitarse antes de recibir a su madre—. A algunas mujeres les gusta el aspecto desaliñado.

Una mujer africana que caminaba hacia ellos contoneando las caderas como solían hacer en el trópico le dedicó una sonrisa. La saludó y la mujer le respondió con un guiño.

—¿Lo veis?

Lucy soltó una risita.

—Es la tercera mujer con la que coqueteas desde que nos hemos sentado.

—¿Las vas contando?

—Eres un donjuán. Y muy considerado con todo el mundo. ¿Te acuerdas de ese pobre adefesio que pedía limosna en el vestíbulo de la estación? Llevaba la falda metida por dentro de las enaguas y aun así la has llamado «madame».

—Es como llevan las enaguas este año en París.

—Basta —intervino la madre—. Esos no son temas que puedan hablarse en la mesa. Lucy, deberías estar contenta de que tu hermano tenga modales. Verrian,

procura no acabar pareciéndote demasiado a estos extranjeros.

Verrian miró el reloj disimuladamente. Si se saltaba el queso de postre y el café, tendría tiempo de ir a casa y cambiarse antes de quedar con Alix para la sobremesa. Si ella decidía presentarse, claro.

En el Deux Magots, eligió una mesa interior porque el feroz viento que soplaba fuera le arrugaba el periódico. No estaría de más enterarse de qué decía la prensa francesa sobre la situación en España después del bombardeo de Durango. Eran las cuatro y todavía no había ni rastro de Alix. Empezaba a temer que no apareciera.

Qué lástima. Se perdería el estreno del traje nuevo, único por ser el primero que había comprado a su antojo. Era de lino de color piedra, le iba una talla grande porque el calor de España le había provocado aversión a todas las prendas entalladas. Debajo de la americana llevaba la camisa desabrochada, un fresco estilo de la Rive Gauche que en Heronhurst, su ciudad natal, habría hecho que los conductores pararan el coche para mirarlo y probablemente habría provocado que las ruedas de las bicicletas se deshincharan solas. En Heronhurst, los caballeros vestían trajes abotonados hasta arriba con el cuello de la camisa almidonado incluso en el día más caluroso del verano.

Pidió un café, dobló el periódico para que quedase de un tamaño manejable e intentó leer las noticias. Pero su atención se negaba a fijarse, así que se dedicó a mirar a la multitud. El Deux Magots era una guarida para escritores. El humo creaba una neblina espesa mirara donde mirase. Los taburetes de piel estaban ocupados por hombres y mujeres cuyos lápices garabateaban con pasión en las libretas que tenían junto a las tazas de café. Ahí era posible pasarse el día escribiendo con la misma taza de café sin que lo echaran a uno ni le cobraran por respirar. «Los franceses dejan que la cultura respire», pensó mientras elevaba la mirada hacia las estatuas de madera que decoraban un pilar que había en una esquina. Eran los *magots*, los sabios mandarines que daban nombre al café.

«¿Magots? Suena a “fagot” —había repetido Lucy como un eco cuando había anunciado que se marchaba—. ¿Has quedado con alguien en los “dos fagots”? ¿Podemos ir?»

«No, Trapitos, no podéis», había contestado mentalmente Verrian.

El camarero le sirvió el café, pero al cabo de un par de sorbos le pareció que se le estaba acelerando el corazón. Era imposible que estuviera nervioso por ella. Solo iba a reunirse con una chica sin estilo y nada sofisticada de la edad de su hermana. Serían palpitations de vergüenza, se dijo, porque lo que la noche anterior le había parecido una buena idea, ahora le parecía un tremendo error.

Entraron un hombre y una mujer. El hombre llevaba una boina ladeada y un cigarrillo en la boca. Hablaba rápido y gesticulaba con exageración y arrogancia. La acompañante del hombre, una chica alta a la que ni en sueños podría acceder ese

hombre, hacía oídos sordos a sus palabras. Verrian los observó divertido hasta que se dio cuenta de quién era la joven. Entonces se levantó con tanta torpeza que tiró el periódico al suelo. Un camarero lo recogió y se interpuso en su camino el tiempo suficiente para que saliera de su confusión y fuese capaz de articular el nombre de la chica.

No era la chica que se había descolgado desde una ventana para caer en sus brazos. Ni la que había rescatado de la place du Tertre. Con un vestido morado cuya cintura entallada le proporcionaba una figura de ánfora, era una fantasía que él mismo podría haber creado a partir de la materia prima de Alix Gower. La melena le caía como una nube de rizos por debajo de un sombrero arrebatadoramente chic. No tenía diecisiete o dieciocho años, entonces se percató. Tendría unos veinte, y eso hizo que se sintiera mucho mejor.

Alix alargó la mano para estrechar la suya con una gracia que despertó las miradas ajenas. El hombre de la boina encogió los hombros con desdén a modo de despedida y regresó a una mesa en la terraza.

—Espero no haberle hecho esperar mucho —comentó ella.

«Pues sí, y confío en que haya sido a propósito», pensó Verrian.

—La hora del café es flexible en París. Gracias por venir. Creía que no se presentaría. Siéntese, por favor.

Alix bebió un trago de agua mientras aguardaba a que le sirvieran el café. Él se puso a hablar del tiempo, comentaron las lloviznas de abril, los turistas que abarrotaban el metro.

—Hoy está preciosa. ¿Le importa que se lo diga?

—Se refiere a que ayer parecía un saco de patatas. —Una sonrisa suavizó el reproche—. Iba vestida con el uniforme de trabajo. Este vestido me lo compré porque me gustaba el color.

Hizo un gesto para señalar el vestido: tenía el cuello cerrado de monja, pero una estrecha tira de botones conseguía que la mirada siguiera el contorno del cuerpo y descendiera hasta el estómago.

Verrian bebió agua.

—Entonces le gano por un punto, pues me he comprado un traje solo para impresionarla.

—Ya me he dado cuenta. —Alix inspeccionó con ojo de profesional las solapas de la americana y la costura de los hombros—. Es un buen traje y confío en que no deje que el gato de madame Konstantiva se acerque a él.

Les sirvieron dos cafés recién hechos. Verrian se fijó en que Alix le echaba muchísimo azúcar al suyo. Siguió removiéndolo aun cuando ya no hacía falta.

—¿Qué tal se encuentra después de la odisea? —le preguntó.

—¿Lo dice por lo de saltar por la ventana? Me he levantado muy enfadada con mis compañeras porque sé que me encerraron a propósito. Tendría que estar por encima de esas chiquilladas, pero no he podido evitar ponerles alfileres en el asiento.

—¿Con la punta hacia arriba?

—Por supuesto. Solo uno en cada asiento —añadió cuando él arqueó las cejas.

—En realidad me refería a su odisea en la place du Tertre. Nunca llegó a contarme quién la atacó aquel día ni por qué.

La chica se encogió de hombros.

—No me acuerdo de lo que le conté... Me temo que debí de soltar un montón de sandeces. Ahora estoy bien, salvo donde me cortó el mechón... —Indicó un rizo cortado por encima de la oreja izquierda—. Quiere asomarse como la punta de un rábano.

Verrian se alegró de que la joven fuese capaz de reírse de sí misma, una cualidad poco frecuente en las chicas atractivas, pero no creyó su intento de restarle importancia ni su supuesta falta de memoria.

—En el coche me contó que el atacante había exigido mucho dinero. ¿No significa eso que estará dispuesto a volver?

—No lo sé. No, no lo creo. Ya está todo arreglado.

—Mencionó también que tenía que «encontrar al conde». ¿Me permite que le pregunte quién es? ¿Su padre?

—No, un amigo de la familia. Bueno, una especie de vecino. Bueno, una especie de guardián. En Alsacia, hace mucho, el conde de Charembourg y mi abuela...

Verrian se inclinó hacia delante.

—Me tiene intrigado.

Alix se echó a reír.

—Vivían en la misma ciudad. El conde era dueño del castillo y de todas las tierras.

Entonces se imaginó al tipo como un villano de music-hall, con el abrigo negro hasta los pies y el bigote rizado.

—¿Y qué relación existe entre ese conde de Charembourg y el hecho de que le cortasen a usted un mechón en la place du Tertre?

Alix frunció levemente el entrecejo y Verrian supuso que se había pasado de la raya. Era pronto para empezar a pedir explicaciones sobre otros hombres, pero había sentido un arrebato de celos en cuanto la había oído mencionar su nombre.

—Soy periodista —se justificó—. Vivo en un mar de preguntas, y si no las responden rápido, me pongo nervioso. Quería saber por qué una joven, en apariencia sensata y bien educada, puede verse amenazada por un buscavidas en una escalera de Montmartre. No tengo derecho a saberlo —añadió, y la tomó de la mano, porque Alix había empezado a remover el café sin cesar—. Aunque soy muy discreto. También se me da bien dar un mamporro si hace falta. A lo que me refiero, mademoiselle, es a que si desea sincerarse con alguien, soy un buen candidato.

—Llámeme Alix.

—Bien, Alix, estoy dispuesto a ayudarla, o por lo menos a escucharla. Le debo un favor.



—¿Cómo? Pero si yo le debo a usted... Me ha rescatado dos veces.

—Se saltó las normas para conseguirme la conferencia con Londres. Esa llamada era importante. Espere..., me ha dicho que trabaja en Maison Javier. ¿Significa eso que ya no está contratada en la telefónica?

—La centralita y yo rompimos...

—Espero que no fuera por mi culpa.

Le dedicó una mueca que significaba «tal vez».

—¿Qué ha pasado con su amigo?

—¿Miguel? Está de camino a un país de Sudamérica, donde estará a salvo, y puede que no vuelva a saber de él. La guerra provoca esas cosas. Crea y destruye amistades. Tendré más información cuando regrese a España.

Admiró la mano de Alix y pensó que el color de la piel que emergía de ese puño color amatista era fabuloso. Entonces alzó la mirada para encontrarse con la expresión de una niña que acaba de ver que retiran la tarta de la mesa. ¿Le importaba que él se fuera?

—Todavía rondaré una temporada por aquí —añadió. Y pensó: «¿Hablo en serio? ¿Acabo de cambiar de planes por una mujer?».

—¿Fue a España para cubrir la contienda o para luchar en la contienda? Llevaba las botas tan sucias como los soldados.

—Para cubrirla. Soy..., era... el corresponsal de Madrid del *Monitor*.

—Es impresionante.

—En realidad, no. Me llevó la corriente. Hace dos años estaba en Abisinia cuando los italianos la invadieron. Fui el hombre que estaba más cerca cuando los fascistas de Franco aterrizaron en España desde el norte de África un año después. Firmé un contrato con los republicanos como corresponsal acreditado.

Acababa de contarle de qué bando estaba (acababa de enseñarle sus cartas, por decirlo de alguna manera) y ella lo miraba fijamente, impasible. ¿La aburría al hablarle de cosas que la superaban? Casi seguro. Los catalanes, los vascos y los castellanos discutían sin parar acerca de las causas del conflicto de su país y a menudo él también perdía el hilo. ¿Cómo iba a comprenderlo Alix?

«Todo el que se aproxima a esta guerra civil pensando en términos de blanco y negro, de buenos y malos, es que no ha visto lo suficiente.» Eran sus propias palabras. Más de una vez, mientras iba al frente desde Madrid a diario (hasta que el frente se acercó tanto a la capital que podía sentarse a una mesa de una cafetería del paseo del Pintor Rosales y contemplarlo) había visto a hombres muertos reseándose como las mazorcas en verano. Los fascistas españoles, los italianos y las tropas norteafricanas de Franco se habían comportado igual que bandidos medievales. Por supuesto, el bando republicano también había cometido atrocidades. La guerra de la que acababa de volver no era una lucha del bien contra el mal, era una olla podrida de depravación humana.

—Estaba en la habitación del hotel en Madrid —le contó a Alix— cuando me

llegó una notificación para invitarme a reunirme con uno de los responsables de la propaganda del gobierno. Pensé que conseguiría una exclusiva. —Confiaba en que la joven bostezara para no poder seguir con la historia, pero lo miraba expectante—. En lugar de eso, me metieron en una habitación al fondo de un edificio sin ventanas donde dispararon a un hombre llamado Miguel delante de mis narices. —Percibió el sobresalto de Alix al oírlo—. No lo mataron. Fue un disparo de escarmiento, porque sus jefes pensaban que había cerrado los ojos para no censurar un artículo que había escrito yo. En realidad, las líneas que les parecían ofensivas no eran mías, pero eso se aclaró más tarde. Le arrancaron dos dedos a tiros y se lo llevaron a rastras y medio inconsciente. Me detuvieron, pero logré escapar.

—¿Cómo?

—Pisé a un policía en el empeine, donde más duele, lo tiré por las escaleras y salí corriendo. Al final conseguí llegar al aeródromo de Albacete, donde un amigo mío estaba a punto de despegar rumbo a París. Me sacó de allí, pero no podía dejar de pensar en Miguel. Por eso la ayuda que me brindó usted significaba tanto para mí.

—Y aun así, ¿quiere volver a España? Yo no lo haría.

—Siento que al marcharme, traicioné a la causa.

—No suelo leer el periódico —reconoció Alix—, conque no me sonaba su nombre.

Verrian trazó un circulito entre el pulgar y el índice de Alix, le levantó la mano para llevársela a los labios.

—En realidad me alegro.

Tras decir eso, estaba a punto de descubrir si la piel de Alix sabía a crema de almendras, tal como parecía, cuando un agudo: «¡Verrian, por favor!» lo hizo apartarse de un brinco.

Fue Lucy la que pidió disculpas.

—Ay, molesto, siento parecer una metomentodo. De verdad que no... En serio, es que di por hecho...

«Que había quedado con un amigo», Verrian rellenó el hueco mentalmente. Soltó la mano de Alix, se incorporó y dijo:

—Lucy, te presento a mademoiselle Gower. Alix, esta es mi hermana, Lucinda Haviland.

Alix extendió la mano. Lucy, exagerando mucho al gesto, tomó aire y al final cogió a Alix por la muñeca.

—Ay, disculpe.

Entonces se le resbaló el bolso del brazo y el peso repentino la obligó a romper el apretón de manos.

—Ay, Dios mío.

—¿Un café?

Verrian sacó una silla porque pensó que sería mejor para todos que se sentaran.

—Acepto, aunque necesito una copita. Ir de compras en París es mortal. Las vendedoras no tienen piedad. Hablo en serio, en cuanto entré en el probador me acordé del desastre de ropa interior que llevaba. —Los ojos de Lucy se desviaron hacia Alix, hacia su vestido entallado, y suspiró—. Mis innombrables solo son aceptables para los estándares de Grindle and Whiteleather. Es nuestra tienda de Heronhurst —aclaró para que Alix la siguiera—. Todo el mundo compra la ropa allí.

—Las *vendeuses* ven cincuenta conjuntos de ropa interior al día. No se lo tome muy a pecho.

—¿Lleva corsé?

—Lucy. —Verrian la interrumpió—: hace tres minutos que la conoces y no puedes permitirte esas confianzas.

—Lo siento —murmuró Lucy.

—Yo no —respondió Alix, impertérrita—. A mí también me dan miedo las *vendeuses*. Y lo hacen a propósito.

—Habla un inglés fabuloso —le dijo Lucy.

—Soy inglesa..., casi del todo... Fui al colegio en Hampshire.

—¿A qué colegio? ¿Era católico? Conozco a unas cuantas chicas de colegio católico.

—Lucy... —Verrian quería decir «Cállate».

—No —se limitó a decir Alix.

—¿Colegio anglicano?

—¿Qué tal os han ido las compras? —interrumpió Verrian de nuevo. Esta vez quería transmitirle: «Si vuelves a meter la pata, te mando a la calle»—. No veo que lleves bolsas.

—Mamá se las llevó al hotel en taxi. Necesitaba descansar un rato, después de haberse comprado un vestido de gala negro con las mangas de encaje, idéntico al que se compró el año pasado. Yo me he comprado dos trajes: uno gris y otro gris con una raya gris. Había uno a cuadritos que también me gustaba, pero madre dijo que parecía la tapicería de los asientos del autobús y se compinchó con la vendedora para que no me lo comprase.

—El gris le favorecerá con ese color de piel —comentó Alix—. Desde mi punto de vista, el gris es el único color que encaja perfectamente tanto en primavera como en otoño.

La voz de Alix había cambiado, Verrian se dio cuenta. Sonaba más reflexiva.

—Pero en el colegio iba siempre de gris.

—Entonces póngase un pañuelo vistoso en el cuello.

—Podría... Rojo, tal vez, o del color de su vestido, malva.

—Eeeh. —Alix analizó el rostro de Lucy. Lo hizo sin fijar la mirada, desenfocando un poco la vista para captar el conjunto—. Yo elegiría colores terrosos: jengibre, color teja, tal vez un toque de azul pizarra. Si tiene tiempo de ir a Hermès,

tienen algo que podría sentarle bien.

Alargó la mano para coger el bolso y sacó un estuche de lápices de colores y un bloc de dibujo pequeño. Verrian observó los trazos rápidos, se fijó en cómo cambiaba de colores y daba vida a su idea con los tonos de los distintos lapiceros. Arrancó la hoja y se la tendió a Lucy, quien exclamó:

—¡Cielos! ¿Es artista? Lo de llevar pinturas en el bolso me parece muy profesional.

—No me considero artista, pero mi abuelo sí lo era.

—Ah, ¿y cree que me sonará?

—No lo sé. Se llamaba Lutzman. Murió antes de haber creado su mejor obra.

—¿Cómo puede saberlo?

El silencio de Alix le dijo a Verrian que al final Lucy la había ofendido.

—Porque ha estudiado el progreso de su arte, Lucy —contestó—. Y a partir de ahí ha hecho una valoración.

—Sí, pero seguimos sin saber quién era.

—Se llamaba Alfred Lutzman —repitió Alix.

—No es un apellido ale...

Lucy notó los ojos de su hermano clavados en ella y se ruborizó. Observó con detenimiento el dibujo de Alix y se lo enseñó a Verrian.

El estilizado boceto mostraba la parte inferior del rostro de Lucy y bajaba hasta la cadera, aunque la había plasmado mucho más esbelta. Alix había dibujado un traje de calle elegante y había captado la forma de la mandíbula de Lucy a la perfección. En un lateral había garabateado una lista de colores que suponía que podían complementar el tono de piel de Lucy. Para Verrian eran un poco exagerados, pero no pensaba cuestionarle a Alix la opinión sobre ese tema.

—Muchas gracias, ¡qué avispada! —dijo Lucy en un suspiro.

—De nada. A lo mejor en Grindle and Whiteleather pueden buscarle algún complemento en estos colores para que le favorezca. —Mientras hablaba, Alix recogió los lápices y tendió la mano para despedirse de Verrian—. Gracias por el café. Ahora tengo que irme.

El joven se sintió como si le hubieran arrebatado algo. Y se había irritado tanto con Lucy que el pulso volvió a acelerársele.

—¿De verdad tiene que irse? —Parecía que sí—. Voy a buscarle un taxi.

—No, no. Estoy muy cerca de casa. Iré andando. Adiós, señorita Haviland.

—Llámeme Lucy, por favor.

Verrian la acompañó a la puerta, y por su modo de caminar supo que Alix quería salir de allí cuanto antes. Se puso a su altura.

—Me da la sensación de que la hemos disgustado. Lo siento.

—Por parte de madre, soy judía —soltó Alix.

Verrian parpadeó. ¿A qué venía eso?

—Su hermana quería cotillear. Dígale que «Lutzman» es un apellido judío. Creo

que a ella le importan ese tipo de cosas, igual que a muchas de las chicas con las que fui al colegio. Pensaba que en París podría dejar de dar explicaciones sobre mi vida.

—No se vaya así. Si lo hace, no sabremos cómo volver a vernos. —El periodista extendió la mano y la mantuvo así hasta que ella le tendió la suya—. Y a mí jamás tendrá que darme explicaciones.

Esa noche Verrian se reunió con su madre y Lucy en el restaurante del Hôtel Polonaise, en la place Vendôme, donde se alojaban. Se le había pasado un poco el enfado con Lucy, pero su madre avivó las ascuas cuando comentó:

—Lucy me ha dicho que ha interrumpido sin querer tu *tête-à-tête* con una chica judía.

—Se llama Alix Gower. Es anglo-judía, por si importa para algo.

—Pues claro que importa. ¿De dónde la has recogido?

—Ese comentario es insultante y no se lo merece.

Lucy le tocó el brazo.

—Es culpa mía.

—¿En qué momento de tus estudios te enseñaron a interrogar a las personas para enterarte de su religión? ¿Eh, Lucy? —Lo preguntó sin despegar la vista de su madre, porque sabía de sobras de dónde había sacado Lucy su patriotismo de bulldog—. Ni siquiera conoce a Alix, madre, pero ya está predispuesta a hablar de ella de manera despectiva, sin duda porque no es una de las debutantes de Grosvenor Square. ¿Acabará siendo igual que padre?

—¡Por favor! —Peggy Haviland se pasó la servilleta por la boca—. Eso ha sido un golpe bajo. No era mi intención atacar a tu amiga, Verrian, pero cuando Lucy me contó que os había interrumpido mientras os hacíais carantoñas, después de que nos hubieras hecho creer que ibas a reunirte con compañeros de trabajo...

—Yo no dije nada semejante. Madre, oyó lo que quería oír.

—Otra chica de la que no tenemos referencias, y hace tan poco de los rumores que corrían sobre la anterior...

—¿Qué rumores?

Por el tono de la pregunta, ambas mujeres supieron que se estaban metiendo en terreno pantanoso.

—En pocas palabras... —Peggy Haviland volvió a limpiarse los labios—, que tuviste una «aventura» con una española. Nos preocupaba que pudieras acabar llevándola a casa.

—¿E introducir a una católica apostólica en Heronhurst? ¿Cómo lo habría justificado ante el comité del Instituto Femenino de Rowley y Heronbridge?

—No te burles de mí, Verrian.

—Entonces no sea mojígata, maldita sea.

—Por favor, nada de juramentos.

Verrian contó en silencio antes de contestar.

—Pido disculpas. Deje que le asegure, madre —dijo intentando no sulfurarse—, que no cabe ni la más remota posibilidad de que una española vaya a Inglaterra conmigo. Eso es todo lo que pienso decir.

—Me alivia saberlo, querido. Me siento como si te hubiera perdido en un mundo que no logro comprender.

Su madre rebuscó en el bolsito de noche de tela acolchada y Verrian temió que fuera a buscar un pañuelo. Sin embargo, sacó las gafas de leer y cogió la carta.

—Os juro que cada vez reducen más el espacio entre las palabras.

Era un chiste muy viejo, pero Verrian apoyó la mano encima de la de su madre y enterró el hacha de guerra.

A las diez, su madre ya estaba lista para meterse en la cama. Lucy no, así que Verrian se la llevó a un cabaret que había cerca de la place du Tertre, uno de los que se podía recomendar a una hermana. En un reservado de un rincón, con un coñac delante de Verrian y una *crème de menthe* delante de Lucy, el joven dijo:

—Trapitos... Uno de nosotros dos tendrá que decirle a madre que no voy a convertirme en uno de esos hombres que cogen el tren matutino a Waterloo.

Lucy probó la bebida e hizo una mueca.

—Es como jarabe para la tos, pero con un sabor más peculiar. En realidad, tendría que haber pedido un jerez. No, no llames al camarero, aguantaré el tipo. ¿Piensas regresar a España? Pero Jack dice que los republicanos te van a matar.

—Mi querido Jack... Siempre tan positivo.

—Dice que si no te matan los republicanos, los fascistas pensarán que eres un espía y que, si te capturan, te torturarán y te pegarán un tiro. —Lo miró por debajo de las pestañas. Las tenía sospechosamente húmedas, como si se le hubiera escapado alguna lágrima—. Siento haber sido antipática con Alix, pero por favor, no te vayas a España solo para huir de mí. Sé que soy una lata.

—No empieces, Trapitos.

—Se me metió en la cabeza lo de ir a París. Fui en bicicleta a Grindle and Whiteleather a propósito para comprarme un conjunto nuevo. Pensaba que iba elegante, pero cuando la vi...

—Alix ha nacido con una planta espectacular, y es una suerte para ella.

—Supongo que además es muy simpática, ¿no?

—No la conozco demasiado.

—Ay, Dios... —Lucy bajó la voz—. ¿Es un vagabundo?

En ese momento pasó un hombre por delante de su mesa y Verrian enfocó la vista al reconocer el perfil con la barba descuidada. No era un vagabundo. Era Bonnet, su vecino. Verrian observó cómo se acercaba a la ventanilla de cambio y sacaba un buen fajo de billetes del bolsillo. Los cambió por una bolsa de fichas para apostar, y

después anduvo con paso inestable hasta la mesa de la ruleta, donde un croupier animaba a apostar. La rueda giró y la bolita empezó a repicar como un tornillo suelto. Raphael Bonnet apretó las manos y Verrian tuvo la sensación de que el hombre rezaba a un dios improbable.

—No me escuchas —le recriminó Lucy—. Te decía... que le cuentes que llevaré el boceto que me hizo a Whiteleather.

—De acuerdo.

—Y la señora Whiteleather abrirá el cajón de pañuelos de señora y dirá: «Esto es todo lo que tenemos, querida. Eche un vistazo». Ah, lo siento, pero tengo que decírtelo: Jack y Moira se han comprometido.

Lo soltó de sopetón, como si llevara todo el día con la noticia atascada en la garganta.

Al principio Verrian no contestó. Tenía que preguntarse antes a sí mismo si le sorprendía. Si le importaba. Dos años antes, Verrian y Moira Durslop, hija de sir Chester Durslop, el parlamentario y vecino de sus padres de Sussex, se habían comprometido. Ninguna de las dos familias se había alegrado especialmente. Por lo que respectaba a los padres de Moira, un hijo menor que trabajaba de periodista estaba muy por debajo de la categoría de su hija. El propio padre de Verrian, que no tenía un concepto muy elevado de él, temía que no estuviera preparado para el matrimonio. Su madre, cuya opinión estaba teñida por la ceguera propia de las madres, pensaba que Moira era muy tonta y superficial para «su niño».

En cierto modo, todos ellos tenían algo de razón. Había sido un afecto poco sólido, que se puso a prueba al máximo cuando, en octubre de 1935, Verrian se marchó a Abisinia a cubrir la invasión italiana. El amor de Moira por él murió cuando, en lugar de regresar a casa para la temporada de pesca de 1936, viajó de Abisinia a España para informar de la sublevación franquista. Moira le había escrito para decirle que si quería recuperar el anillo de pedida, podía buscarlo en el fondo del lago en el que pescaba su padre. A partir de entonces, se consideraba libre para buscar un marido que no sintiese atracción por las guerras ajenas.

—Jack y ella se entenderán muy bien —dijo Verrian despacio—. Están cortados con el mismo patrón. Solo me da rabia que no me lo haya dicho él personalmente.

—Jack está temblando porque teme que te presentes en casa y le pegues un puñetazo. Por eso insiste tanto en que te quedes en París. No quiere acabar con el ojo morado. Sir Chester quiere que ocupe su escaño en el Parlamento cuando él se jubile, el año que viene.

—¿Jack de parlamentario? —Lo pensó mejor—. ¿Por qué no? Ha nacido para ese papel.

—Y es cada día peor. Se planta delante del espejo con los pulgares metidos en el chaleco y da mítines dirigiéndose al armario. Tampoco quieren que vayas a España. Cuando Moira se enteró de que tenías una novia española, empezó a soltar barbaridades sobre las «fulanas extranjeras». Está celosa —dijo Lucy. Y dio en el

clavo—. Tienen miedo de que, si apareces en casa con una persona así, todo el mundo acabe diciendo: «Pobre Verrian, ha tenido que conformarse con cualquier cosa porque Moira lo despreció para hincar las garras en el hijo mayor».

—Diría que es verdad.

—Ojalá oyeras a padre despotricando con madre cada vez que te marchas a un sitio peligroso, o cuando tienes una aventura. Por eso ha adelgazado tanto nuestra madre. Debajo de esa fachada de acero hay una mujer sensible, ¿sabes? Así que, por favor, no te encapriches demasiado de Alix... Es decir, si es que te hace tilín. ¿Te imaginas cómo reaccionaría padre?

Acompañó a Lucy de vuelta al Hôtel Polonaise y, en el mismo taxi, fue al bar del Laurentin, donde pidió un coñac triple en la barra. Sacó una fotografía de la cartera y la apoyó contra el vaso. La había hecho en una plaza bombardeada de Madrid. Una chica morena miraba a la cámara con los ojos entrecerrados. Una parte de la cara quedaba ensombrecida por una boina. No era un complemento de moda, era una boina militar. Era la única foto que tenía de María Pilar. El único recordatorio de su unión, tan cruelmente breve. Lucy tenía razón: sería una locura volver a encapricharse de alguien. Debía echar el freno. Debía marcharse de París.



Cuando Alix le entregó el primer sobre con el sueldo de Maison Javier a Mémé, su abuela contó el dinero y le recordó una vez más que la compañía telefónica le pagaba un tercio más. El que le presentó el 16 de abril recibió exactamente la misma respuesta.

—Y si el trabajo es tan fabuloso, Alik, ¿por qué lloriqueas?

—Estoy cansada.

—¿A eso llamas estar cansada? Espera a que hayas cosido tantos metros de dobladillo que puedan rodear la costa de Francia, ¡entonces sabrás lo que es estar cansada!

El trabajo era duro, pero la tristeza de Alix tenía otro origen. Verrian Haviland no la había llamado desde que se habían despedido con un apretón de manos en la puerta del Deux Magots, hacía casi una semana.

El sábado trabajó, pero el domingo, su día libre, fue a ver a Bonnet. Era la primera vez que iba al estudio desde que la habían atacado. El pintor estaba al tanto del incidente porque le había escrito para contárselo. Alix le había prometido que volvería a posar para él cuando se sintiera preparada y Bonnet había respondido con un escueto: «Mi puerta siempre está abierta».

Apretó el paso al salir del metro y se pasó el camino comprobando que no la siguiera nadie. Se permitió un respiro al llegar a la puerta del edificio en el que se alojaba Verrian y se preguntó si su habitación sería la que daba a la fachada delantera en la última planta, la que tenía las persianas verdes. Cuando se habían despedido en el Deux Magots parecía impaciente por volver a verla. Y ella había esperado. Y esperado. Dio la espalda a las persianas verdes, abrió de un empujón la puerta del edificio de Bonnet y subió corriendo la escalera mientras lo llamaba.

Bonnet estaba pintando y se volvió tan rápido que salpicó todo de pintura. Al ver la angustia de la joven, abrió los brazos.

—Te espera un abrazo de oso. Ya habrá tiempo de dar explicaciones.

—Haviland...

Bonnet analizó la tarjeta de visita de Verrian. Le había pedido consejo. ¿Debía tragarse el orgullo, ir a la puerta de al lado y preguntar por Verrian? ¿O debía quitárselo de la cabeza?

—No es de la familia que fabrica aviones, se escribe de otra manera. ¿Si deberías

perseguirlo? Un periodista... Eeeeh. Tendrá los dedos manchados de tinta y beberá al mediodía.

—Mira quién fue a hablar, Bonnet.

Alix recuperó la tarjeta y se dio cuenta de que tenía una huella dactilar de color azul.

—¿Cuántos años tiene?

—En realidad no lo sé —confesó la chica—. Veintiocho... Treinta... Es todo un caballero.

—Como buen caballero, se habrá dado cuenta de que solo tienes diecisiete, ¿eh?

—Bonnet, tengo casi veintiuno. ¿Cuántas veces más...?

—*Pardon*. Tu inocencia me confunde. Pero ¿te ha llamado? ¿Te ha mandado alguna nota? ¿Flores?

Cuando Alix negó con la cabeza varias veces, Bonnet la rodeó con el brazo.

—Mi primera y única esposa me decía: si un hombre llama al día siguiente, está demasiado ansioso. Si tarda más de tres, olvídale. ¿Cuántos días hace?

Alix contó con los dedos.

—Ocho, si cuenta el domingo.

—Sí, me temo que el domingo cuenta.

—Bonnet... —Aunque ese día hacía bueno, el estudio estaba congelado—, ¿tenemos que trabajar hoy?

—Claro que no. Por cierto, si venías con la esperanza de que te pagara por la última sesión, lo siento, estoy pelado...

—No pasa nada.

—Un tipo iba a comprar las vistas que dibujé del canal Saint-Martin. En teoría tenía que presentarse ayer. —Bonnet señaló dos impresiones gemelas de árboles reflejados en el agua bajo un puente con forma de arco y dio por concluido el relato con un suspiro—. La semana que viene iré un poco más holgado. ¿Te apetece una copa?

—Solo tengo lo que llevo suelto en el bolsillo.

—Iremos a la tasca de Madre Richelieu. Siempre me fía.

Mientras tomaban una copa de vino, Alix le preguntó a Bonnet algo que llevaba rondándole la cabeza desde el día del ataque.

—Aquel bandido... ¿Cree que me siguió por París?

—Es posible. O a lo mejor vio a una chica guapa que se metía en una casa destartalada y decidió... Ya sabes, de repente.

—No, sabía quién era, y por qué estaba aquí. También conocía al conde de Charembourg, y sabía que él se preocupa mucho por mí. Por eso me dio un escarmiento, para obligar al conde a que le pagara. Me entran náuseas cada vez que pienso que un desconocido repugnante pueda saber tantas cosas de mi vida. Cosas secretas. ¿Quién podría ser?

Bonnet se encogió de hombros. Se había ventilado el primer vaso de vino de un

trago e intentaba llamar la atención de la camarera para que se lo llenase otra vez.

—Madre Richelieu, *attention*, ¡aquí hay un vaso vacío! —Observó a la *matrone* mientras le servía más vino—. Hasta arriba, madame, que no le pago por el aire.

—¡Pero si no me paga nada, Bonnet!

Él se rio encantado y dio un cachete en las posaderas a la mujer.

—Cruza los dedos para que nadie vaya a buscarte pidiéndote que le pagues mis deudas —le dijo a Alix.

—No me hace gracia. Bonnet, ¿cómo se involucró en la historia de mi familia? Sé que era el aprendiz de mi abuelo, pero cuando murió, ¿por qué no buscó a otro maestro que le enseñara y continuó con su vida? ¿Por qué ha seguido en contacto con mi abuela durante todos estos años? Hacen una pareja muy rara.

Bonnet le pellizcó la mejilla.

—Las parejas raras suelen ser las mejores. Pero ¿quieres saber la verdad? Cuando murió tu abuelo, alguien tenía que sacar a Danielle y a Mathilda de Kirchwiller. Ese sitio se había convertido en un cementerio para tu abuela. No podía dormir, ni comer... Y había quien la culpaba por la muerte de tu abuelo.

—¿Por qué? Usted me contó un día que lo mataron unos ladrones.

Bonnet hizo oídos sordos a la pregunta.

—Parecía que lo mejor era que se marchase de Alsacia, desapareciera de la vista y fuera a otro país. Le propuse Londres porque Alfred había estudiado allí de joven. Alguien contactó con quien había sido su maestro en Londres; me parece que la vieja condesa de Charembourg escribió la carta. Llegó la respuesta del tutor, que se ofrecía a acoger a Danielle y Mathilda en su casa. Reunieron dinero para el viaje, y casi la mitad salió del conde y su madre.

—¿Por qué fueron tan generosos?

—Eran peces gordos de Kirchwiller. En aquella época eran dueños de calles enteras de edificios, entre ellos, la casa en la que vivían tus abuelos. Supongo que sentían una especie de *noblesse oblige*. El único interrogante que seguía en el aire era: ¿cómo harían Danielle y Mathilde un viaje tan largo? No podían ir solas, así que me ofrecí voluntario para llevarlas. ¿O alguien me obligó a ofrecerme? Ahora no me acuerdo. ¿Responde eso a tu pregunta?

—A medias. Sé dónde empieza la historia, y dónde termina. Aquí en París. Pero ¿qué pasó entre una cosa y otra? Sé que el conde y mi padre se alistaron en el mismo regimiento cuando estalló la guerra, pero ¿por qué vivía el conde en Londres? ¿Y cómo es que nunca llegó a conocer a mi madre?

Bonnet detuvo en el aire el vaso que estaba a punto de llevarse a los labios.

—¿A qué te refieres con que no llegó a conocer a tu madre?

—Pues que no la conoció. Me lo ha dicho.

Bonnet hizo un ruido desagradable.

—Entonces es que se hace el discreto, o el desmemoriado. Yo acompañé a tu abuela y a tu madre a Londres en el invierno de mil novecientos cuatro, ¿de acuerdo?

Me habían mandado que las dejara instaladas con sus nuevos amigos y regresara a Alsacia, pero descubrí que me gustaba Inglaterra. Me invitaron a quedarme, me dieron una habitación y un estudio para pintar y allí me quedé muchos meses, lo suficiente para estar allí cuando el conde de Charembourg llegó a Oxford, que no está muy lejos de Londres, por cierto.

Alix asintió.

—Sí, estudió en la Universidad de Oxford. Me acuerdo de que me lo contó.

—Bueno, pues verás: Danielle había empezado a trabajar para el pintor Martin Fressenden y su esposa, Magdalen. Tenían una escuela de pintura montada en casa, junto al Támesis. Cuando Danielle llegó, estaba agotada, pero en cuanto se recuperó, se plantó en la cocina y se ofreció como cocinera y ama de llaves. Allí estaba más a gusto. Se sentía rara en el salón, con todas esas personas alegres gritándose en inglés. A Mathilda le pasó todo lo contrario: aprendió el idioma en un mes y se convirtió en la niña mimada de todos los adultos. De Charembourg iba a verlas desde Oxford una vez al mes más o menos, y cada vez se encariñaba más de la niña. Le hacía regalos: muñecas, bombones, incluso un gato. Era como un hermano mayor para Mathilda, que lo adoraba. Un hermano mayor... Hasta que tu madre creció y se lo encontró de uniforme. Entonces te aseguro que empezó a verlo con otros ojos.

—Se encontraron...

—En el frente, durante los primeros meses de la guerra, me parece. Él de capitán, ella de enfermera.

—Entonces... —Los labios de Alix se quedaron petrificados, temerosos de pronunciar la pregunta—, ¿por qué finge que no la conoce?

—¡A saber! A lo mejor ha borrado el pasado de su mente. Todos lo hacemos hasta cierto punto... —Bonnet se calló al ver entrar muy ufanos a dos hombres—. ¡Eh! ¡Didiot, Ambrose! Venid a tomar un trago con nosotros. Mi preciosa amiga y yo hablábamos de la vida y de otros hechos tristes.

Como sabía que pronto se les uniría una escandalosa corte, Alix le planteó la pregunta que llevaba meses esforzándose por formular:

—Bonnet, ¿me contará con más detalle cómo murió mi abuelo? ¿Qué le hicieron esos ladrones?

Le contó la historia de la muerte de Alfred, pero era la misma que ya le había contado otras veces, y en esta ocasión salpicada con tantos incisos e interrupciones que incluso Bonnet perdió el hilo. Y después de vaciar varias jarras de vino, empezaron los lloros. Cuando empezó a pedir coñac, Alix se rindió. De vuelta a casa, se bajó del metro varias paradas antes para caminar un rato y despejarse, y así poder recapitular lo que Bonnet le había contado.

Así pues, el conde de Charembourg y su madre sí se habían conocido. Primero como figura fraterna y niña pequeña, después en medio de la guerra cuando Mathilda era poco mayor que Alix ahora. ¿Habrían mantenido una relación prohibida? Cuando estalló la guerra en 1914, el conde ya estaba casado y (Alix echó mano de lo poco

que sabía sobre las circunstancias familiares del conde) era padre de al menos una hija. ¿Era eso lo que todo el mundo evitaba contarle? Eso explicaría muchas cosas...

Mientras Alix cruzaba la place Saint-Sulpice, perdida en sus pensamientos y con la cabeza gacha, oyó que la llamaban. Una bicicleta paró con un frenazo brusco.

—Paul... —A la luz del sol, parecía tan robusto que casi daba miedo. Y tenía el ceño fruncido—. ¿Qué haces aquí?

—Llevo siglos esperándote. Suzy está enferma. La gorda de la portera me dijo que habías salido. ¿Has estado bebiendo?

—He ido a ver a Bonnet... ¿Tú qué crees? —Le salió de sopetón, como un reproche, así que enseguida alargó la mano para pedirle perdón. Lo que le había parecido enfado era en realidad fatiga—. ¿Qué le pasa a Suzy?

—Tiene crup. Ayer estaba tan mal que no podía respirar y tuve que llevarla al médico. En resumidas cuentas, me dijo que nuestras condiciones de vida tenían la culpa, y que si no mejoraba pronto, habría que intervenir. Se refiere a mandarla al orfanato.

—En casa tenemos miel. ¿Quieres que vaya a buscarla? O si prefieres, me quedo un rato con Suzy para que puedas descansar.

—Con ese aliento a alcohol, no. —Paul se encogió de hombros a modo de tímida disculpa—. Ya me han dado miel, y Suzy está tan enferma que no puedo dejarla con nadie. Alix, necesito dinero. Tengo que arreglar el barco este verano como sea. ¿Has empezado a hacer lo que prometiste? Madame Shone está en vilo y yo no paro de contarle excusas. Le dije que te hacía falta tiempo para ubicarte en Javier antes de darnos las copias, pero cuando sepamos algo ya habrá terminado abril. Dice que la llaman de Nueva York a diario. ¿Nos has dejado tirados?

—Claro que no.

En cierto modo, Paul tenía razón. Alix también necesitaba dinero, pero a pesar de que el trabajo era duro y sus compañeras unas ariscas, se había encariñado con Maison Javier. No quería robar los vestidos, a pesar de que sabía que era cuestión de tiempo que acabase haciéndolo.

—Vamos a una cafetería a hablarlo con calma.

Por desgracia, Paul tenía que marcharse.

—Ven a verme pronto, Alix. Prométemelo.

Se lo prometió.

Otra sorpresa la esperaba en el patio del edificio: madame Rey estaba fregando el suelo de piedra con un cepillo ancho. Al lado tenía un barreño de agua caliente del que salía vapor.

La portera se detuvo con el cepillo a medio pasar.

—¿Ve cómo cuido de todos ustedes, eh? La peste a orín me estaba mareando. Y esos... —Señaló con la cabeza hacia el lavadero— no sabrían distinguir el palo de la escoba del cepillo. Ah, antes se ha asomado uno de sus novios.

—Paul. Ya lo he visto.

—Y le han traído un paquete. En mano. —La portera metió la mano en el bolsillo del mandil y sacó una cajita—. No es su cumpleaños, ¿verdad?

—Aún falta, es en junio. Gracias, madame.

Alix desenvolvió el regalo mientras subía la escalera. Era una cajita azul celeste con unas tijeras plateadas de bordar y una nota:

Mi querida Alix:

Por favor, acepta esto como muestra de mi afecto y admiración. Confío en que te ayuden en tu nueva profesión, porque son las tijeras de acero de Sheffield de mejor calidad, ¡y muy afiladas!

De alguien que reza (y sabe) que ahora podrás dormir tranquila,

JEAN-YVES DE CHAREMBOURG

«Dormir tranquila»... Pretendía comunicarle que había pagado al extorsionador y ya no tendría que temer nada. Pero ¿por qué no decía claramente lo que quería decir? Todo el mundo la mareaba con verdades a medias, o le ofrecía la verdad en dosis tan diluidas que no merecía la pena. O desaparecía, como Verrian. Solo Bonnet la trataba como a una adulta con dos dedos de frente. Enfadada, metió la mano en el bolso para buscar la llave. No estaba. Vacío todo lo que había en el bolso en el suelo y palpó el forro. Definitivamente, no estaba. Había dejado el bolso en la silla en el bar de Madre Richelieu, algo que no debería hacerse nunca en Montmartre, porque el barrio era famoso por los ladrones de bolsos. El monedero sí estaba, conque a lo mejor se le habían caído las llaves. Llamó a la puerta y Mémé le abrió. Miró a su nieta con una expresión de perro viejo y le indicó que se sentase mientras ella preparaba un café cargado.

Alix tardó mucho rato en encontrar un momento para sentarse a escribir al conde una breve nota de agradecimiento, que dirigió a la rue de Sentier. Se le ocurrió la juguetona idea de firmar «Mathilda», pero luego pensó que servía una provocación, además de un gesto infantil.

Llegó el lunes y, al ver que seguía sin noticias de Verrian, Alix reconoció que Bonnet tenía razón. Verrian Haviland era un hombre con experiencia para quien un beso bajo la lluvia no significaba nada. Pero cuando, once días después de que se despidieran en la puerta del Deux Magots, Pauline Frankel se acercó a su banco de trabajo y le dijo: «Alix, quítese la bata y venga al salón. Alguien quiere hablar con usted», el corazón de la joven saltó de todos modos como un corderillo en primavera. Solo podía ser Verrian.

¿Por qué no la había avisado antes? ¡Horror! Llevaba la falda más desastrada que tenía y, ¡aaaah!, zapatos planos. Madame Frankel le indicó el camino hasta uno de los

probadores que daban al salón y le dijo que esperase allí.

—No puede entrar en el salón así como así, ¿lo entiende?

Alix se acomodó en un sofá, mientras las burbujas borboteaban en su interior. ¿Habría ido Verrian con un ramo de flores? ¿Le hablaría con esa voz atractiva y divertida? ¿Querría besarla? Bien pensado, prefería que no lo hiciera, por lo menos, no mientras llevara esa ropa. Prefería que la besara en un cabaret, ataviada con su vestido de noche favorito. Bueno, con su único vestido de noche.

Se abrió la puerta y Alix dio un brinco. Quien entró no fue Verrian, sino una mujer cuya figura de ánfora iba envuelta en un traje de color beis. Llevaba la melena rubia adornada con un sombrero blanco. Una estola de piel pálida le caía sobre un hombro. Santo Dios: era la mujer norteamericana de Hermès, la que le había dado una puntuación de seis sobre diez. A Alix se le cayó el alma a los pies. Ni sonrisa atractiva ni flores. Sin embargo, algo estaba a punto de suceder. ¿Acaso iba a caerle una reprimenda?

Madame Frankel las presentó.

—Madame Kilpin, esta es Alix Gower. Alix, madame Kilpin pasó por mi despacho el otro día para expresar el deseo de conocer a la chica que cose tan bien y tan rápido. Me encantó que por una vez no fueran las vendedoras o las probadoras quienes se llevan los elogios cuando un pedido se entrega a tiempo y a gusto del cliente. Las costureras son las primas pobres. Y lo digo por experiencia; en tiempos yo también fui costurera. Madame Kilpin, siéntese, por favor. Ah, perfecto, han traído el té. ¿Le apetece un refrigerio?

Mientras Alix intentaba entender qué hacía allí la mujer que se estaba acomodando en el sofá de damasco de color crema, una aprendiz de dependienta colocó unas tacitas de porcelana fina y unas rodajitas de limón en una bandeja. Madame Frankel sirvió el té. Madame Kilpin miraba a Alix con fijeza.

—¿Reconoce la falda, jovencita?

—La seda enrejada, madame. Fui yo quien se la cosió.

—Me la entregaron dos horas antes de que llegara mi marido, y me la puse para ir a buscarlo al aeropuerto. No se dio cuenta. Podría haber ido con un saco de patatas, pero eso da igual. Lo importante es que pude ponerme un conjunto que se me había ocurrido a mí, así que estoy encantada. Me gusta que mis planes salgan bien.

Madame Kilpin hablaba francés con infinidad de errores, y tenía un acento demencial, pero Alix supuso que no le importaba. ¿Por qué iba a importarle? «Madame» no tenía necesidad de ganarse el aprecio de nadie. Pero aun con todo, Alix seguía sin entender a qué se debía ese encuentro... Ninguna dama daba las gracias jamás a la modista.

—Me alegro de haberle echado el ojo, mademoiselle Gower.

—¿Echarme el ojo, madame?

—Ay, caray, no lo ha adivinado. Póngala en antecedentes, madame Frankel.

La norteamericana se llevó la taza de té a los labios.

—Madame Kilpin a veces utiliza seudónimos para divertirse. ¿Me equivoco?

Pauline Frankel miró a la visitante con ojos inseguros.

—Claro. Me río por lo menos tres veces al día.

—A veces se hace llamar... madame Shone.

—Shone... Ah.

La sangre sonrojó las mejillas de Alix. ¿Era la misma «madame Shone» que trabajaba con Paul? ¿La que quería que le sirviera en bandeja la colección de Javier? No, por favor, que no fuese la misma «Shone».

—Antes de casarse, madame Kilpin diseñaba moda en Nueva York. Tenía un negocio propio.

La sonrisa de madame Frankel era tan crítica que resultaba imposible decir qué opinaba al respecto.

—Funcionaba bastante bien, dígaselo. Me hacía llamar «Shone» porque se parecía a *Schön*, que significa «hermoso» en alemán: «Diseños de moda de madame Hermosa». Siempre digo que si una misma no se vende, nadie lo hará por ella.

—No, madame —murmuró Alix.

Madame Frankel frunció el entrecejo.

—Alix, además de ser una pionera de la moda, madame Kilpin es muy respetada por sus conocimientos sobre corte y confección. Cuando se dirigió a mí en marzo y me pidió que entrevistase a una joven *protégée* que deseaba trabajar aquí, accedí inmediatamente. ¿Por qué cree que, al estar ocupada yo ese día, la entrevistó el propio Javier? ¿Acaso piensa que todas a las chicas que entran por esa puerta se las trata con semejante distinción?

—Supongo que no —fue la mejor respuesta que pudo dar Alix.

Por lo que parecía, madame Kilpin la había «colocado» allí nada menos. Desde luego, algo debía de querer a cambio.

—Me encanta el té. —La norteamericana apuró la taza—. No soy la mayor anglófila del mundo... Y sé que es usted medio británica, Alix, así que perdóneme... Pero los admiro por el té. Antes solo... Ah, casi me olvido... —Se dirigió a la *première*—. Mi *vendeuse* —lo pronunció «vendóoos»— mencionó que Javier había creado una falda de tela escocesa para la próxima temporada otoño-invierno y uno de los colores es el mío, ¿es así? ¿Podría ir a buscarme una muestra de la tela, querida madame Frankel? El señor Kilpin va a llevarme a Escocia en otoño y me gustaría tener listos unos cuantos trajecitos cómodos. Alix me entretendrá mientras va y viene, ¿verdad, querida?

—Como usted quiera, madame.

En cuanto Pauline Frankel salió de la habitación, madame Kilpin se inclinó hacia delante y dijo en inglés:

—Tenemos cinco minutos. Vamos a dejar todos los cabos atados y bien atados.

—¿Los cabos, madame?

—No te hagas la ingenua conmigo, Alix. Te conozco y tú me conoces a mí.



Toma... —Metió la mano en el bolso de ante y un segundo después empezó a sacudir un pañuelo de seda ante Alix—. Acéptalo. Es un regalo.

Era el pañuelo de Hermès. El artículo auténtico. Alix negó con la cabeza.

—Claro que puedes.

Alix se retiró y se apoyó en el respaldo, como si dijera que no con todo el cuerpo.

Madame Kilpin suspiró.

—El orgullo no da de comer, pero como quieras. Voy a decirte unas cuantas cosas de carrerilla. Una, Paul le Gal es un encanto. Vale diez veces más que cualquier hombre que puedas conocer en la próxima década, y si no quieres entenderlo... Ay, mira qué cara has puesto. Parece que estés en un funeral. Pero el muchacho está enamorado de ti. Dos, el barco en el que vive es una desgracia flotante.

Alix asintió con la cabeza. Eso no podía negarlo.

—Esas preciosas niñas. ¿Qué se las llevará antes, la disentería o las monjas? Tres, necesita dinero, yo necesito dinero... —Miró las medias marrones y los zapatos viejos de Alix como si los evaluara—. Supongo que todos necesitamos dinero.

—¿Usted necesita dinero, madame? No me lo creo.

—Pues créetelo. Cuatro... —tenía una voz suave como los copos de nieve al caer—, eres incapaz de robar la colección de primavera-verano de Javier. La explicación que me dio Paul tenía que ver con no sé qué postre de grosellas y un chef enfadado, de lo cual deduzco que no has sido capaz de recopilar suficientes detalles para hacer esbozos que valgan la pena. No me gusta nada tener que despedirme del dinero, pero acepto que necesites tiempo para aterrizar aquí. Quiero los vestidos de la temporada de entretiempo que saldrá el mes que viene. Y quiero la colección de otoño-invierno de Javier entera. El desfile de presentación será a finales de julio o principios de agosto. Y va a mandar un vestido a la Exposición.

—¿La Exposición?

—La Exposición Universal de Arte y Tecnología que se inaugurará a finales del mes que viene, si consiguen terminar de construir los pabellones a tiempo. Quiero ese vestido.

Alix sacudió la cabeza.

—No puedo.

—Bonita, sí que puedes, porque miles de personas ya lo hacen. ¿Crees que tus amiguitas costureras no copian los *toiles* de muselina que cosen? ¿Crees que no tiran por la ventana alguna que otra muestra para que la recoja un amigo desde la calle? ¿Te imaginas que las probadoras y las patronistas no hacen patrones de tapadillo? ¿Crees que las vendedoras no sacan tajada? ¿Crees que las maniquís se van a casa y se olvidan de la ropa que han lucido durante todo el día?

—A lo mejor...

Madame Kilpin la interrumpió.

—¿Y acaso crees que las clientas no «prestan» los modelos que compran, para que los imitadores puedan hacer más de lo mismo, más barato? Por Dios, bonita, si

hay mujeres que ¡alquilan! la ropa recién estrenada a los falsificadores. El tiempo justo para que corten los patrones, saquen muestras de la tela, copien los bordados... Aquí impera la ley del más fuerte. Tengo contactos, pero me hacía falta una chica lista que estuviera metida en una casa de alta costura. Esa chica eres tú. Y si eres capaz de contener los nervios, viviremos con bastante holgura. Paul, tú y yo... Seremos los tres mosqueteros, todos para uno y uno para todos... —Se había quitado un guante de ganchillo para beberse el té y con esa mano sacó una tarjeta—. Llámame.

Alix aceptó la tarjeta a regañadientes.

—Primero llama por teléfono y habla con mi criada. Ella te dirá cuándo puedes venir a verme.

Madame Frenkel regresó justo entonces, con la muestra en la mano.

—Lo siento —le dijo a la clienta—, pero esta muestra no puede salir de aquí. Es un encargo especial.

Madame Kilpin colocó la tela escocesa a la luz natural.

—Preciosa. Está inspirada en los cuadros escoceses de Black Watch. El tejido de fondo es... arena, caoba, azafrán, caoba, arena. ¿Lo oye, Alix? Las hebras de color caoba forman esta trama: sencilla, doble, sencilla, doble, doble, sencilla... Eso hace que parezca un tejido complicado. Y sin embargo, la tela juega solo con tres colores.

—Estoy admirada —dijo Pauline Frankel.

—¿Le admira que sea capaz de descomponer el tejido de una tela escocesa? Mi marido es escocés... Le pareció que sería fabuloso que pasásemos la luna de miel en un telar. Es del linaje de los Campbell por parte de madre, y de soltera yo me apellidaba McBride, así que encargó que nos diseñaran un estampado propio. Me fijé en cómo contaban las hebras de lana antes de colocarlas en el telar. —Madame Kilpin frunció el entrecejo y se dio unos golpecitos en la coronilla—. Ay, pero ¿cómo me ha quedado el pelo con ese vendaval? —Sacó un espejito del bolso y se soltó el alfiler que le sujetaba el sombrero—. Madame Frankel, me da vergüenza pedirselo, pero ¿podría arreglarme un poco el peinado por detrás? Llevo un cepillo, tome.

Alix ahogó un suspiro. Mientras a madame Frankel no le quedaba más remedio que cepillarle los rizos rubios, la norteamericana utilizó el alfiler del sombrero para separar las hebras de lana de la tela escocesa. Con una destreza que indicaba una práctica asidua, liberó una hebra de cada color y se las metió en el bolso. Todo sin que la *première* sospechase nada.

—¿Ha terminado? —La sonrisa que dedicó a Pauline Frankel no reflejaba culpabilidad—. ¿Estaba fatal?

—En absoluto, madame.

—Bueno, ya va siendo hora de que vuelva con la *vendeuse*, a ver cómo intenta camelarme. Deje que la jovencita se termine el té. —Madame Kilpin sonrió a Alix mientras volvía a ajustarse el sombrero—. Tiene que recuperar fuerzas.

Al día siguiente de esa reunión, Alix estaba a punto de salir por la puerta lateral de Maison Javier. Era *midi*, las doce del mediodía, la hora a la que solían salir a comer y la que daba nombre a las *midinettes*, porque era entonces cuando se las veía engullendo la comida en alguna cafetería barata. Alix oyó un grito.

—¡Tú! ¡Espera!

Se dio la vuelta mientras pensaba «Y ahora, ¿qué pasa?», pero era Solange Antonin, la maniquí de cuello de cisne de la que le había hablado madame Albert, que avanzaba hacia ella con paso corto porque llevaba una falda ajustada. Alix y Solange habían pasado la mañana juntas. Javier estaba creando el vestido que quería presentar en el Pavillon d'Elégance de la inminente exposición de París. Ahora que Alix comprendía lo que implicaba la Exposición Universal, era capaz de entender la emoción y el secretismo que rodeaban al proyecto. Miles de visitantes irían a la exposición y el mundo entero querría conocer los modelos que crearían los mejores *couturiers* de París. Javier iba perfilando la creación dando forma a la tela directamente sobre Solange. Por eso, habían llamado a Alix, tocada por una varita después de los halagos de madame Kilpin, para que saliera del taller y fuera a coser el *toile* conforme Javier sujetaba las piezas con alfileres. Era el tercer intento del modisto. Se había pasado toda la mañana cortando metros y metros de tela de muselina, las pelusillas de algodón volaban a sus pies mientras se esforzaba por traducir el diseño que tenía en la cabeza en algo real. Madame Frankel trabajaba codo con codo con el modisto, y le daba consejos sobre los puntos fuertes y las limitaciones del tejido. Al final, el ambiente se había ido caldeando. Solange había aguantado la sesión sin emoción alguna, y su expresión no era más cálida ahora que le tendía sin ganas a Alix un tarjetón blanco.

Alix lo cogió y leyó:

Los propietarios del cabaret Rose Noire tenemos el placer de invitar a

### MADemoiselle GOWER Y ACOMPAÑANTE

a nuestra inauguración de gala el 29 de abril de 1937. Traje formal.

Contaremos con la música de Frazer Hoskins y su banda,  
los Smooth Envoys. Cantará Lenice Leflore.

—¿Qué es el Rose Noire? —preguntó Alix.

—Es el club de mi novio y me ha dicho que tenías que ir a la fiesta.

Alix miró la tarjeta con otros ojos. El novio de Solange..., el hombre que llevaba el Peugeot color burdeos. El que esperaba bajo la lluvia.

Unos días antes, Alix se había vuelto a topar con él cuando salía del trabajo. Se le cayó el bolso y el joven se lo recogió, pero lo sujetó en alto, para que ella no pudiera recuperarlo, como solían hacer las alumnas mayores que cuidaban de las pequeñas en

el colegio. «Se lo devuelvo si va a tomar una copa conmigo», dijo el pícaro entre risas.

Alix le recordó que estaba esperando a su novia.

«Usted lo ha dicho. —Le devolvió el bolso, pero sin apartar los ojos de ella—. Si mueve la varita mágica, será la chica más guapa de París.»

No le gustó el comentario, la insinuación de que le hacía falta una varita mágica para ser guapa. Tampoco le gustó él. Corpulento, con el pelo re peinado hacia atrás y la frente ancha y despejada. Tenía los ojos más claros que había visto en su vida, de color ginebra con hielo. Unas pestañas claras como la paja completaban esa mirada tan inquietante. Todas sus pertenencias parecían caras —el traje, el reloj, el coche—, pero llevaba unas hombreras muy exageradas, y la cintura de la americana demasiado entallada para su gusto. Por eso, Alix supuso que era un mafioso o, lo más probable, un chico de clase obrera deslumbrado por el dinero.

Alix se marchó ofendida y la risa burlona del joven la siguió por la calle. No se imaginaba por qué motivo quería que fuese a su club nocturno.

Saltaba a la vista que Solange opinaba lo mismo.

—Dice «formal», y eso significa formal de verdad. No tendrás nada para ponerte, y además, es imprescindible que vayas con un hombre presentable, que deberá ir con esmoquin y saber de qué copa hay que beber. Seguro que no conoces a ningún hombre así.

—Puede que sí —contraatacó Alix.

De repente le entraron muchas ganas de ir a esa inauguración de gala. Rose Noire... Rosa Negra. Sonaba atrevido y emocionante. ¿Un tugurio? ¿Un bar clandestino? Y nunca había oído tocar a una banda de jazz de Estados Unidos de primera categoría. Volvió a mirar la fecha: faltaba una semana para el día 29.

—¿Dónde está ese club?

Solange la miró de arriba abajo con desprecio.

—Si no sabes dónde está, no deberías ir.

Esa noche, Paul la ilustró.

—Está en Pigalle. —Le dio la vuelta a la invitación—. Boulevard de Clichy, lo peorcito. Y Rose Noire... Por el amor de Dios, si suena tan mal como la sífilis. La policía lo cerró por vender licor de contrabando y he oído cosas malas sobre el nuevo dueño.

—Pues salta a la vista que no es un agarrado... —Alix le arrebató la invitación—. Está impresa a mano. Tiene clase.

Habían acordado verse en su café habitual, cerca del Jardin du Luxembourg. Ese en el que el dueño los llamaba «tortolitos» y siempre les llevaba una jarra de vino llena hasta rebosar.

—Me alegro de que hayas hablado con Una —le dijo Paul.

—¿Con quién?

—Madame Shone. Bueno, Kilpin. —Paul tiró la ceniza del cigarrillo—. Me deja que la llame por su nombre de pila cuando estamos solos.

—¿Y la conoces mucho?

—No me interrogues; hoy no, por favor.

Le contó que se había pasado toda la noche en vela con Suzy en el regazo para ayudarla a respirar. Hoy ya se encontraba mejor. Lo suficiente para confiar en que Francine la cuidara un par de horas. De momento, Lala no había contraído esa infección de los pulmones.

—Saldremos de esta, pero el invierno que viene... —Al ver que Alix volvía a mirar fijamente la invitación, añadió enfadado—: ¿Quieres que te cuente lo que sé del dueño del Rose Noire?

—Si te empeñas.

—Cuando se mete en peleas, no saca la navaja.

—Pues mejor.

—Emplea los dientes. Bueno, da igual, ¿y quién va a ir contigo? Dice: «y acompañante». No puedes ir sola.

—¿Tú? —preguntó esperanzada.

—No es el mejor momento, Alix. Y ¿estás segura de que no buscan chicas fáciles? Ya sabes, a un dólar el baile... No vayas a acabar con algún baboso manoseándote toda la noche a cambio de una copa de champán malo. —Cuando Alix le puso morritos, añadió—: No hagas eso... Además, no tengo traje.

—Pero Paul, ¿no te gustaría volver a bailar en una pista en condiciones? ¿Y conmigo?

La pena se coló en sus ojos.

—Claro. Hasta caer desplomado. Pero cuando oigo la música, veo a mi madre. Había estado bailando por dinero la noche que se suicidó. El informe oficial la llamaba prostituta.

—Pero no era verdad.

—A lo mejor. Algún cabrón se aprovechó de ella y le robó el dinero. A lo mejor pensó que si se tiraba por el puente, la corriente se llevaría la mala racha.

Alix no quería imaginarse a Sylvie le Gal cuando la pescaron del río una semana después de que se ahogase. Dejó que Paul le encendiera un cigarrillo y exhaló un anillo de humo.

—Tu madre fue la primera persona que me trató como a una amiga cuando llegué a París. No se burló de mí porque bailara el vals como un pato mareado. Me cogió de las manos y me dijo que siguiera sus pies. No dejamos de practicar hasta que me salió perfecto.

Paul formó otro anillo de humo, que flotó por encima del de Alix.

—Era capaz de enseñar a un elefante a bailar el tango en diez sesiones.

—Eh, que yo tardé once.

Paul sonrió, pero con tristeza.

—Muchas veces me paseaba por boulevard de Clichy por las noches, para ir a buscarla. Así que sé lo que se cuece en sitios como el Rose Noire, la gente que pulula por ahí, lo que venden. Te susurran al oído y luego te arrancan la oreja de un mordisco.

Entonces Paul recondujo la conversación y la llevó al tema de siempre: la promesa de robar la colección.

No era una promesa, le corrigió Alix.

—Esta madame Kilpin tuya... «Madame Shone», por el amor de Dios... Tiene el temple de una ladrona profesional. Cogió la muestra delante de las narices de la *première*.

—Quería impresionarte —dijo Paul— y recordarte por qué te conseguimos el empleo. Y sí que lo prometiste. En la place du Tertre dijiste que copiarías la colección siempre que nadie te pidiera que fingieses que te parecía bien. Nadie te pide nada. Pero el dinero espera, y lo necesitamos. Deja de darme largas, Alix.

Al día siguiente de esa conversación, Alix salió de Maison Javier pensando: «Esta mañana era inocente. Ahora soy una delincuente».

Había llegado al trabajo al amanecer y se había encontrado a Javier y a madame Frankel atareados con el vestido para la Exposición Universal. A juzgar por el aspecto desaliñado que tenían, debían de haberse pasado allí la noche entera. El día anterior, Javier había dicho: «No puedo seguir malgastando muselina. ¿Cuánto tiempo más? ¿Dos semanas? ¿Hasta que presente este vestido al comité del Pavillon d'Élégance? Madame Frankel, decidámonos de una vez y no perdamos más el tiempo».

Cuando entró en el inmenso taller del diseñador, Alix se quedó petrificada, con la boca abierta. Un maniquí de madera estaba ataviado con un vestido de fiesta de dupión de seda dorada. Había más oro del que Alix había visto en su vida. Todo un turno de noche debía de haber estado cosiendo el dobladillo de los volantes mientras ella dormía. Se paseó lentamente alrededor del figurín, para admirar la cintura ajustada de la prenda, la voluptuosa falda que caía con volantes en cascada. El cuello parecía salido de un cuadro renacentista, y los brazos quedaban al descubierto. El sueño de Javier era que ese vestido «se moviese como un mar de oro líquido».

Bastó echar un vistazo a la cara que tenían Javier y madame Frankel esa mañana para que Alix supiera que el sueño se había atascado.

Habían intentado ponerle unas varillas por debajo de los volantes, pero con eso el vestido parecía una tienda de campaña. La entretela rígida había permitido el movimiento de la falda, pero en bloque y en una única dirección, como si fuese una campana repicando.

—Por eso, Alix, su tarea de hoy será descoser todos esos volantes y forrarlos con

tul almidonado. Si eso tampoco funciona —dijo la *première*—, me arrancaré los pelos y los utilizaré para darle cuerpo.

—El vestido se llama Oro —aclaró Javier.

—«Burro», diría yo —apuntó madame Frankel, usando la palabra en español.

Javier se echó a reír y gritó a su asistente personal:

—Ana Sofía, ¡café recién hecho!

Mientras Alix ponía manos a la obra, Javier, madame Frankel y las ayudantes dirigieron la atención a otros vestidos en proceso de creación. Tras descartar todos los vestidos de noche de la colección de primavera-verano porque no les había dado tiempo de completarla, la línea de entretiempo, que estaban preparando a contrarreloj, consistiría solo en vestidos de baile. Una ruptura con la tradición y un riesgo comercial, debido al coste y a la mano de obra que requerían. Sin embargo, Javier disfrutaba rompiendo las normas. La tradición era para las matronas y los cortesanos, decía.

Cerca de mediodía, madame Frankel se incorporó y dijo:

—Javier, le agradecería que dirigiese sus caprichos a los diseños, no a calcular los plazos. Catorce vestidos de baile acabarán conmigo.

Javier levantó la vista y dejó de inspeccionar un rollo de tela que acababan de entregarle.

—Los caprichos son las alas de mariposa de la creatividad.

Pauline Frankel resopló.

—Pues que alguien me deje un cazamariposas.

—Madame necesita más café —comentó entonces Javier dirigiéndose a toda la sala—. Diez minutos de descanso para todas. Vuelvan inspiradas.

Ahora o nunca, decidió Alix. Las excusas de no encontrar el momento adecuado se esfumaron. Dejó a un lado todos los escrúpulos y corrió escaleras abajo para meterse en el cuarto de baño. Se encerró con llave, se quitó el zapato y sacó un papelito doblado que llevaba debajo de los dedos. Por la mañana había colocado un lapicero en la parte posterior de la cisterna. Seguía ahí. Se sentó en el retrete e hizo un boceto del vestido en el que había visto trabajar a madame Frankel toda la mañana. Era bastante fácil. Ya había visto los esbozos del modelo (por delante y por detrás) y había tocado la tela. Más tarde, si tenía la oportunidad, hurtaría una muestra minúscula.

A continuación bocetó el vestido Oro, mientras aguzaba el oído por si advertía pasos. Nadie se habría preguntado por qué había salido tan rápido del taller. Al fin y al cabo, llevaba trabajando sin descanso cinco horas seguidas. No obstante, eso no impidió que se imaginara la palabra «ladrona» en letras luminosas sobre la puerta del inodoro. Solo el recuerdo de la angustia de Paul, sus miedos por Suzy, la hicieron continuar.

Cuando salió de la empresa para comer a las dos (las jornadas en Javier nunca seguían un horario fijo) Alix salió como una flecha hacia el café en el que solía

almorzar, para pedir su ración de sopa de cebolla con pan. Compró *jetons* para la cabina de teléfonos y llamó al número que aparecía en la tarjeta de madame Kilpin. Contestó una mujer, que se presentó como la sirvienta de madame Kilpin. No muy convencida, Alix le habló del negocio que se traían entre manos. La sirvienta le respondió que esperaba su llamada.

—Madame Kilpin confía en que sea capaz de ir a su casa esta misma tarde, en la avenue Foch, para que puedan hablar con calma del plan. —La sirvienta le dio las indicaciones sobre cómo llegar—. Venga a las siete. Un taxi la llevará a donde quiera a las ocho, porque madame tiene una cita. No mencione el nombre de madame a nadie dentro de la empresa, ni en casa.

—¿Y si me pongo una barba postiza y un sombrero que me tape? —murmuró Alix mientras colgaba.

El robo había empezado. Le entraron náuseas.



Había llegado el 29 de abril y esa noche era la inauguración de gala del Rose Noire, pero Alix todavía no había encontrado pareja. No obstante, sí tenía vestido, una creación que quitaba el hipo con la que se moría por bailar.

Tal como le habían mandado, había ido a avenue Foch después de trabajar el viernes anterior. La sirvienta negra la había hecho subir discretamente por la escalera auxiliar hasta un despacho pequeño que, saltaba a la vista, servía al mismo tiempo de zapatero de madame Kilpin, pues las estanterías llenas de zapatos de ante de color dorado, de piel de cabrito y de charol cubrían todas las paredes. Había sido una reunión fugaz, en la que principalmente había hablado Una Kilpin. Alix tenía que recopilar una carpeta de diseños robados, que le presentarían a la socia norteamericana de madame Kilpin, quien supervisaría la producción industrial de los vestidos. Alix tenía que apuntar todos los detalles, pues los detalles eran la clave del éxito. «Pon manos a la obra y que no te echen el guante.» A continuación, madame Kilpin llamó a la sirvienta para que acompañara a Alix hasta el taxi, que ya aguardaba en la puerta. Y eso fue todo. Más rápido que ir a que le sacaran una muela y, en realidad, menos doloroso.

De todas formas, antes de irse había ocurrido algo inolvidable. Cuando Alix mencionó por casualidad el Rose Noire y la falta de un vestido adecuado para la fiesta de inauguración, madame Kilpin chasqueó la lengua y dijo: «Pobre Cenicienta. —Y añadió—: Acompáñame».

Llevó a Alix a su suite privada y abrió una puerta en lo que al principio Alix creyó que era una pared de espejos. Tras la puerta apareció...

La octava maravilla del mundo. La colección de vestidos de noche de madame Kilpin. Su anfitriona pronunció entonces las mejores palabras mágicas que Alix había oído en su vida: «Mira a ver si te gusta algo, muchachita, pero date prisa. Tengo que salir».

El corazón de Alix había tardado días en recuperar el ritmo sosegado. La joven se había pasado toda la jornada en ascuas, desesperada por salir de trabajar y tener una última oportunidad de convencer a Paul de que la acompañara. Porque sin pareja, no podía ir al Rose Noire. El transcurso de las horas fue una agonía. Y cuando se le cayeron las tijeras por quinta vez, le dijeron que se marchara a casa. Parecía que tenía fiebre, le dijo madame Frankel.

No hizo falta que se lo dijera dos veces. A Alix se le ocurrió una idea fantástica: alquilaría un esmoquin para Paul y pagaría a Brandel, la antigua asistente de Mémé, para que cuidara a Lala y Suzy esa noche. Paul no tendría excusas para negarse. Si seguía poniendo objeciones, le echaría en cara que, si ella robaba para él, lo mínimo

que podía hacer era llevarla a bailar. En cuanto salió del metro en pont Marie, echó a correr hacia el quai d'Anjou.

Y se encontró con que el *Katrijn* no estaba. Alix se desplomó en un banco. No podía ser verdad. Bailar al son de una banda de jazz en un club de moda se había convertido en una obsesión. Eso significaba que le quedaban unas cinco horas para encontrar a un hombre...

En la sede del *News Monitor* de la rue Boccador, le informaron de que el señor Haviland estaba de viaje de negocios en Alemania. Su regreso estaba previsto para la noche siguiente como muy pronto, reconoció la recepcionista después de que la presionara. Invitó a Alix a que le dejara una nota. Escribió unas líneas, aunque no se sentía nada inspirada. Presentarse allí para pedirle a Verrian que fuese su pareja para la velada había sido como tragarse una palada o dos de orgullo... Y todo en vano. No le quedó más remedio que volver al quai d'Anjou, un trayecto que duró dos horas por culpa de no sé qué avería en uno de los trenes en Châtelet. A punto de echarse a llorar, cruzó el pont Marie y bajó las escaleras del muelle... Y allí, amarrado donde siempre, ¡estaba el *Katrijn*! Alix corrió mientras gritaba:

—¡Paul!

Lo dijo con tanto entusiasmo que uno de los pescadores del muelle la mandó callar. Se le ocurrió tirar una piedra a la ventana de la cabina.

Vio que se movía una cortina.

—Paul, date prisa —le azuzó entre risitas.

Francine estaba en el barco de al lado, regando las plantas, y le dedicó una sonrisa que era todo encías.

—Dale un respiro. Tendrá que ponerse los pantalones.

¿Se refería a que Paul estaba entre un turno y otro y lo había despertado de las profundidades del sueño? Subiría a bordo, decidió Alix, y esperaría hasta que su amigo saliera a la luz. La pasarela estaba puesta. Una pasarela nueva, con barandilla para agarrarse. Por fin Paul se había convencido de que la otra era un peligro. Le daría las gracias por el cambio, quizá incluso le diera un beso. Pero solo después de que hubiera accedido a llevarla al Rose Noire. Pensó con sentimiento de culpa en la nota que le había dejado a Verrian. A lo mejor no la recibía a tiempo... o no la recibía nunca. La chica de la recepción la había aceptado a regañadientes.

Una vez en el barco, bajó a una cocina empotrada y sin ventanas iluminada por una lámpara de aceite. Se fijó en que en la encimera había restos de comida. Corteza de queso, pan cortado, aceitunas. Tal vez Paul hubiera llevado a las niñas al río para comer al aire libre. Pero ¿dónde estaban las niñas?

—¿Paul?

Oyó susurros. Entonces se abrió la puerta de la cabina y ahí estaba Paul, desnudo de cintura para arriba, abrochándose el cinturón del pantalón. Le pareció que su

amigo se había ruborizado. Desde luego, ella sí lo hizo.

—Alix... ¿Qué haces aquí?

Alix buscó la sonrisa que siempre le dedicaba Paul, la sonrisa que siempre sustituía a la fatiga. Ni rastro de sonrisa.

—He venido antes pero no he visto el barco —dijo. El miedo la hacía ser brusca—. ¿Dónde estabas?

Antes de que pudiera responder, una voz surgió por detrás de la puerta de la cabina.

—Cariño, ¿quién es?

Entonces Alix vio el pelo del color de las virutas y la barbilla prominente, que se apoyó encima del hombro de Paul. Una mano posesiva se abrazó al estómago musculoso del chico.

—Ya estamos todos... —dijo la aparición.

Alix se aferró a la falda del vestido y apretujó la tela como una niña confundida.

—¿Paul? Di algo.

Paul bajó la mirada.

Madame Kilpin pasó por debajo del brazo del chico. Se había tapado con la colcha, estaba despeinada y saciada. No sentía apuro alguno.

—Alix, este barco es demasiado pequeño para peleas de gatas en celo, por si pensabas ir por ahí.

—¿Qué... qué...?

—¿Qué hago aquí? No he venido a pintar el techo ni a regar las begonias. ¿A ti qué te parece? He venido a inaugurar la primera asamblea del Comité de los Tres Mosqueteros. —Madame Kilpin sacó la lámpara de aceite del gancho del que colgaba—. Vayamos a sentarnos en la cubierta. Dos forman una historia de amor, pero cuando hay tres, es mejor que monten una fiesta. Poulbot, cariño...

«Poulbot», Alix se encendió al oír el nombre del cartelista parisino. ¿Así que le ponía apodos cariñosos a Paul?

—... Ve a buscar el vino. Santo Dios, esta ocasión pide alcohol a gritos.

El atardecer se extendió por el río. Las dos mujeres se miraban, una a cada lado de la mesa hecha con la bobina de cable. La lámpara de aceite atraía a las polillas y a los mosquitos. Madame Kilpin seguía cubierta por la colcha, pero se había puesto encima un jersey de marinero. Era de Paul. Ese privilegio lo tenía ella, pensó Alix echando humo. Era ella quien se ponía los jerséis de Paul cuando hacía frío.

Paul se colocó delante de la barandilla de proa para encender un cigarrillo, deseaba quedarse al margen del conflicto. «Tendrá que ponerse los pantalones —pensó Alix—. ¡Ja! La vieja Francine sabía lo que me iba a encontrar.» Por lo menos, el vino era bueno. Un borgoña de color rubí, mucho mejor que el que solía beber Paul.

—Aquí puedes llamarme Una.

Madame Kilpin extendió las manos sobre el vaso de vino. Un diamante cuadrado relució en el dedo anular.

—Todos amigos, todos iguales. —Al no obtener respuesta, suspiró—. Paul, no has hecho nada que cualquier joven pasional no hubiera hecho. Alix, ¿y por qué envidias que yo tenga algo que tú no has querido?

Era demasiado.

—Está usted casada y es mayor que Paul. Le saca veinte años.

—Ay, eso duele. ¿Piensas contárselo al señor Kilpin?

—Podría hacerlo. —Alix miró con rabia a Paul, luego volvió a mirar a Una—. No... No lo conozco. Y no me importa lo que piense.

—Brindemos por eso —dijo Una—. Por cierto, no tengo edad para ser la madre de Paul, ni mucho menos. Y me alegro de que nos hayas pillado, porque me gusta que las cosas estén claras desde el principio.

—Sí... La vieja bruja de al lado ya sabía lo que se traían entre manos.

Una inclinó la cabeza hacia atrás.

—¿Sabes que en tiempos bailaba en el Folies Bergère con una falda de tiras hechas con corchos? Paul, mi amor, me iría bien un cigarrillo. Y a Alix también, aunque solo sea para apartar todos estos mosquitos.

Paul se metió dos Gauloises en la boca y los encendió a la vez. Le ofreció uno a cada mujer, se encendió otro y apuró el vaso de vino antes de decir:

—Estoy cansado de estar cansado.

Alix notó la tensión en su voz. Mientras tanto, Una bajó a la cabina y regresó con una tabla astillada, que colocó en la mesa delante de Alix.

—Si necesitas un incentivo para poner en marcha nuestro negocio, aquí lo tienes.

Era el cuello de un violín en miniatura.

—Por Dios, ¿qué ha pasado? —preguntó Alix.

—Hace un par de días Paul volvió del turno de noche. Veinticuatro horas trabajando sin parar. Por la noche en Les Halles y luego de día en la construcción de los pabellones de la Exposición Universal. Fuerza bruta, levanta paredes para un capataz mafioso que no ve con buenos ojos que sus obreros formen parte del sindicato. La señora Francine —Una señaló con el pulgar hacia la popa del barco— tenía que cuidar a las niñas. Sinceramente, yo preferiría contratar a un perro bonachón para cuidarlas. Paul llegó a casa y se encontró a la vieja bruja bailando el hula-hula, el baile que durante un momento fugaz la convirtió en la estrella de Pigalle. Tenía el violín de Lala encajado en un pie, y las niñas lloraban histéricas.

—¿Dónde están tus hermanas?

Alix apoyó la mano encima del hombro de Paul y notó la contracción de los músculos.

—Con mi tía abuela, Gilberte le Gal. Las hemos llevado allí esta tarde y ha accedido a quedárselas hasta que pueda hacer algo para quitar la humedad del

dichoso barco.

Una volvió a encender el cigarrillo en la mecha de la lámpara.

—Le he hecho un préstamo a Paul para pagar la reparación, pero no pueden quedarse con *tante* Gilberte eternamente. —Una sonrisa cínica bailó por su rostro—. Alix, querida, mirarte es como ver un triste documental de Pathé News. Tu cara lo dice todo... Sí, un préstamo. Necesito que me lo devuelva, créeme, porque estoy tan pelada como vosotros dos. El señor Kilpin revisa todos y cada uno de mis gastos, y si no le gustan, se pone como una fiera. Te cuento un secreto: los hombres ricos a veces dejan que sus mujeres sean pobres. Hubby tiene un contable, un usurero llamado Pusey, que repasa todo lo que me gasto línea por línea, incluso la ropa interior. Hasta yo me ruborizo cuando Pusey dice en voz alta: «Picardías de seda en color ostra, veintidós dólares con cincuenta».

—Deberías divorciarte —dijo Paul con amargura.

—No puedo. Mi negocio de Atlanta, en Georgia, se hundió con una deuda de infinidad de dólares. Mi marido mantiene a los cobradores de la deuda apartados de mi familia. A cambio, yo me pongo guapa y hago lo que me manda. Alix, tú eres pobre de las de antes, pero puedes unirme al club cuando quieras. —Una se relleno el vaso de vino—. Un brindis por los Tres Mosqueteros, que lucharán para conseguir la riqueza, la salud y la felicidad. Eh, ¿qué es eso?

Alix había sacado la invitación del Rose Noire y la sujetaba a la luz de la lámpara, con intención de quemarla con la llama. Una se la arrebató, sopló para apagarla y la leyó.

—Inauguración de gala, qué bien suena. ¿Por qué no nos presentamos ahí los tres y lo celebramos por todo lo alto? Nos llevaremos al señor Kilpin... Alguien tiene que pagar las copas. ¿Todos a una?

Mantuvo en alto el vaso hasta que los otros dos levantaron los suyos a regañadientes.

En ese preciso instante, en el *News Monitor*, Verrian cerró las puertas del ascensor que lo había llevado al segundo piso y prestó atención al martilleo de una única máquina de escribir. Siguió el sonido y asomó la cabeza por la puerta del despacho de paredes de cristal.

—Buenas tardes, Beryl.

Una mujer de mediana edad dejó de teclear, pero en lugar de la sonrisa a la que lo tenía acostumbrado, le obsequió con un reproche:

—¿Dónde se ha metido, señor Haviland? La reunión ha empezado hace cuarenta minutos. Dese prisa. ¡Ay, madre, no sabe cuánto me alegro de no estar en su piel!

—Vaya, eso no me tranquiliza nada, Beryl. ¿Qué reunión?

Beryl Theakston, la secretaria de redacción más incondicional del *News Monitor*, lo miró a los ojos. Verrian supuso que a la vez que calibraba las consecuencias de su peligrosa ignorancia, se había fijado en que no llevaba corbata.

—Claro que sabe qué reunión. El señor Chelsey le informó antes de que se marchase a Alemania, ¿verdad?

—Derek Chelsey no me cuenta nada. Es una política propia de los directores: no contarles nunca a los humildes periodistas nada que pueda serles útil o halagador. ¿Qué ocurre, Beryl?

—Ha llegado lord Calford. Llegó hace una hora y de muy mal humor. Bueno, en realidad —bajó la voz— está de un humor de perros, se sube por las paredes... ¿No sabía usted que lord Calford estaba en París?

—No. De haberlo sabido, no habría vuelto. ¿Sturridge está en la sala de fotografía?

—Aún es de día, señor Haviland, y que yo sepa, no se ha desatado un huracán. Así que, sí, nuestro director de fotografía está en el estudio.

Era poco habitual que Beryl se equivocase sobre algún tema relacionado con el edificio, pero Verrian encontró el estudio fotográfico desierto, con la luz apagada y las puertas entreabiertas. Se sacó varios carretes de fotos de los bolsillos. Mientras se desplazaba desde la ciudad francesa de Mulhouse por la frontera hacia Colonia, se había topado con las carreteras alemanas plagadas de transportes militares. Ríos y ríos de camiones, rumbo al oeste. Verlo le había abierto los ojos ante la magnitud de la remilitarización alemana. Tras devolver el coche alquilado en Mulhouse, había cogido el tren rápido de vuelta a París. Había redactado un artículo y quería las fotografías reveladas para la mañana siguiente. Llamó a Sturridge pero no obtuvo respuesta, así que se resignó a tener que esperarlo, mientras observaba las estanterías que forraban las paredes del estudio.

La fotografía era la pasión de Sturridge, aunque la pintura francesa era su obsesión. El director de fotografía estaba recopilando entradas para una enciclopedia que se titularía *Luz sobre los impresionistas* y saltaba a la vista que empleaba ese estudio para almacenar el material que había recabado. Verrian tomó un archivador marcado con la letra «M», que contenía notas escritas a mano, recortes, tarjetas postales y fotografías del pintor Monet. Echó un vistazo, lo volvió a dejar en su sitio y fue retrocediendo por la estantería en busca de la letra «L». Encontró otra «M» y una «K», pero ninguna «L». «Bien», pensó. No quería pasarse la tarde leyendo información sobre Alfred Lutzman. Entonces oyó una tos discreta.

—¿Sturridge? ¿Es usted?

Al instante, un hombre fornido con pantalones cortos de color caqui y en mangas de camisa emergió de una habitación lateral con un artefacto metálico en la mano. Pesaba mucho, a juzgar por sus quejidos.

Verrian lo agarró por la base y le ayudó a dejarlo encima de la mesa.

—¿Qué demonios es esto?

—El nombre técnico es «lente de aumento», cabeza hueca, pero para usted y para mí es una lupa. —Sturridge se limpió la mano antes de dársela a Verrian—. Me sirve para las partes borrosas de las fotografías. El otro día pillé a un respetable político francés contemplando el edificio de la Exposición Universal con una dama al lado. Lo que pasa es que no estaba seguro de si era su dama o la de otro. Mejor comprobarlo. El *Monitor* huye del escándalo. Ya hay bastante movimiento en la embajada y en el Ministerio de Asuntos Exteriores.

—Por supuesto.

Verrian había empleado lupas portátiles en otras ocasiones, pero nunca algo de tal calibre.

—Aumenta diez veces el tamaño —le dijo Sturridge muy orgulloso—. Permite distinguir caras en medio de la multitud más apiñada. La lupa es la enemiga del adúltero. Si quiere, podemos contar los surcos que tiene en las huellas dactilares, señor Haviland.

Verrian señaló los carretes de película.

—Preferiría que me revelara estas fotos. Le debo una cena.

—Será un placer. Me han dicho que ha estado en Alemania. ¿Se lo ha pasado bien?

—No, ha sido... —Verrian se detuvo porque de pronto vio un archivador de anillas negro encima de una mesa. Se acercó a la mesa y consultó el lomo: «L». Lo abrió y levantó las cejas mirando a Sturridge. ¿Acaso ese eterno *boy-scout* bonachón era además capaz de leer el pensamiento?—. El artista Lutzman... ¿le suena de algo?

Sturridge se aproximó también a la mesa.

—Ah, la última de las eles. Me temo que no hay gran cosa en su archivo. Cuando termine con él, habré rebasado la mitad del primer borrador de mi libro. ¿Le he contado que estoy recopilando información para una enciclopedia?

—Sí, sí. Hábleme de Lutzman.

—Un pintor de Alsacia.

Sturridge pasó una página y mostró una fotografía en color sepia de un hombre barbudo de unos cuarenta y cinco años, tal vez cincuenta. Costaba decirlo. Tenía una mirada miope, pero los ojos de color negro obsidiana le confirmaron a Verrian que estaba ante el abuelo de Alix. ¿Habría visto la joven esa fotografía?

—Estos son representativos de su última etapa. —Sturridge le mostró una colección de postales en color, reproducciones de paisajes típicos del movimiento impresionista francés. O lo que Verrian relacionaba con el impresionismo que, según calculó, se habría puesto de moda durante la juventud de Lutzman.

—¿Estudió en Francia?

—Imposible —respondió Sturridge—. Cuando Lutzman dejó de llevar pantalones cortos, el querido Bosch ya había invadido su lugar natal. Muchos originarios de Alsacia huyeron a Francia, pero la familia de Lutzman se quedó. Cruzar la frontera para pintar paisajes no estaba permitido. En la década de mil ochocientos setenta, Alemania no tenía tiempo para el arte radical, y el impresionismo era radical en sus inicios. Lutzman estaba en el punto de mira. Era judío y su familia simpatizaba con los bolcheviques.

Verrian asintió con la cabeza.

—¿Cómo fue su vida?

—Era hijo de humildes fabricantes de pipas de fumar. Entró en el negocio familiar. Pero a los veinte años vivía en Deptford, en una mansión inmensa junto al Támesis, al auspicio del impresionista inglés Martin Fressenden.

Londres. Las piezas empezaban a encajar.

—¿Fressenden?

Sturridge cogió otro archivador y con delicadeza ilustró la ignorancia de Verrian.

—Un pintor de moda de finales del período victoriano, capaz de costearse sus pasiones gracias a una escuela de arte privada de la que se encargaba sobre todo su esposa. Lutzman estudió allí.

Al ver las reproducciones de la obra de Fressenden, Verrian detectó la similitud entre maestro y pupilo. En su opinión, el pupilo era más interesante, sobre todo en el empleo del color. Se acordó de cuando Alix le había ofrecido a su hermana una paleta de colores que Lucy no habría combinado ni en cien años.

—Confieso que no me sonaba ninguno de los dos.

—No es el único al que no le suenan. Ambos eran buenos artistas, pero las modas cambian. Desde mi punto de vista, Fressenden era uno de esos hombres que tenía más encanto y determinación que talento, pero que supo sacarle partido al poco talento que tenía. Lutzman... Lutzman tenía talento a carretadas, pero le traicionaba su carácter. Era un artista escurridizo: se recluía, le costaba terminar las obras... ¿Por qué le interesa?

—Una amiga me lo mencionó. Me dijo que su carrera había terminado antes de



florecer.

En el boulevard Saint-Germain le había dicho a Alix: «A mí jamás tendrá que darme explicaciones». Entonces, ¿por qué rascaba en las capas de su vida, en busca de pistas?

—Sí, claro —comentó Sturridge—. La mayor parte de los archivos desaparecieron cuando Alemania entregó Alsacia a Francia de nuevo después de la guerra. Se perdieron muchos archivos y... los cuadros de Lutzman parecen haber corrido la misma suerte. Casi todas las cosas que sé son gracias a su antiguo aprendiz, Raphael Bonnet, que también posee bastante talento como pintor.

—Lo conozco —dijo Verrian—. Vive en el portal de al lado.

—Santo Dios. Entonces seguro que sabe por qué la genialidad de Bonnet no florecerá nunca. —Sturridge imitó a un hombre que apuraba de un trago un vaso de vino—. Hágale un favor: escóndale el sacacorchos.

—¿Lutzman también se dio a la bebida?

—Su final no fue tan prosaico, Haviland. A Lutzman lo asesinó...

—¿Señor Haviland? —Beryl Theakston susurró desde la puerta abierta—: Sabe que está usted aquí... Me refiero a lord Calford. Por favor, baje antes de que explote.

Lord Calford era el presidente y el accionista principal del *News Monitor*, tanto de la edición de Londres como de la de París. Un hombre corpulento y rubicundo que, cuando se enfadaba, podía hacer picadillo a cualquier adulto.

—¿Qué horas te crees que son? —fueron las primeras palabras que dirigió a Verrian, seguidas de—: He echado a Chelsey, ahora serás director.

Verrian se sentó junto a la mesa de reuniones.

—Como usted desee, padre —dijo—. Por cierto, me alegro de verlo.

Y eso fue todo, fin de la reunión. Verrian intercambió un par de palabras con un furioso Derek Chelsey y se enteró de que el arrebato de ese día era a causa de un artículo en el que el director había descrito el pabellón británico de la Exposición Universal como: «Aséptico como el interior de un frasco de aspirinas. —Y había continuado con la siguiente provocación—: Mientras otras naciones se posicionan sobre la guerra y la paz, Gran Bretaña mostrará al mundo unas raquetas de tenis y varios juegos de té para la casa de campo».

—Suscribo todas y cada una de esas palabras —bramó Chelsey.

—Me alegro mucho —respondió Verrian—. Le veo mañana en la oficina.

Beryl Theakston le dio un golpecito en el hombro cuando ya se metía en el taxi.

—Señor Haviland, antes le ha llegado una carta. Se la han dejado en recepción.

Verrian se la metió en el bolsillo sin mirarla. Su padre se introdujo en el taxi con él.

—Me parece perfecto que Chelsey suscriba cada una de esas palabras —rugió lord Calford, tras decirle al taxista que no hiciera caso de la dirección que le hubiese

indicado Verrian y se dirigiese a la place Vendôme, al Hôtel Polonaise—. He venido a París para brindar por los expositores de Gran Bretaña y me encuentro con que ese hombre se ríe de ellos en mi nombre. Cerdo desagradecido. —Lord Calford sacó la caja de puros y extrajo un grueso habano, con el que señaló a Verrian—. ¿Y qué carajo hacías en el país de los hunos? ¿Quién te dio permiso para ir? ¿Hace cuánto que no te cortas el pelo? ¿Por qué tienes que ir siempre como si fueras un anarquista español?

Verrian hizo oídos sordos a la batería de preguntas.

—Chelsey no se ha reído de ellos «en su nombre» —le recriminó a su padre—. Posee la mitad de las acciones del periódico, padre, pero no es suyo. En cuanto pase a ser suyo, será la muerte del *Monitor*. Por eso tiene a hombres como Chelsey.

—Ya no tengo a Chelsey, ¿eh? —Lord Calford sacó una guillotina de oro del bolsillo y cortó la punta del puro. Perforó el extremo con saña, como si lo acusara—. Ahora el director eres tú.

—Yo tampoco pienso regurgitar sus opiniones, padre, así que no va a salir ganando. —Verrian apoyó la cabeza en el respaldo mientras su padre encendía el habano—. Me bajaré en la siguiente boca de metro. Ha sido un día muy largo.

—Tu madre quiere verte... Está en el Polonaise. Le prometí que te llevaría.

—¿Madre está en París? ¿Por qué ha vuelto tan pronto?

—No estaba contenta con el conjunto que se compró la semana pasada. Necesita algo distinguido y solo puede encontrarlo en París.

—Algo para la boda de Jack y Moira, ¿tal vez?

Lord Calford entrecerró los ojos y miró a su hijo.

—Me alegro de que ya estés enterado. Maldito Chelsey y su frasco de aspirinas... De verdad, qué antipatriótico.

Alguien había comentado en una ocasión que, físicamente, los Haviland estaban «divididos en dos». Lord Calford, Jack y Lucy tenían la piel de color arena, los ojos grises y pecas. Los Haviland más pálidos se sonrojaban cuando bebían o se enfadaban, y se quemaban en cuanto les daba el primer rayo de sol. Verrian compartía el pelo moreno de su madre, los ojos azules como el Egeo y la piel tostada. A menudo se preguntaba si su incapacidad para ganarse el amor de su padre se debía a la diferencia de pigmentación.

Una vez en el Hôtel Polonaise, donde lord Calford había reservado dos suites, la madre de Verrian le insistió en que se quedase a cenar. Rechazó la invitación alegando que no tenía qué ponerse... Pero entonces descubrió que su madre le había llevado a París un baúl lleno de ropa.

—Entre otras cosas, un traje de etiqueta, querido.

—Por eso ha vuelto entonces, ¿eh, madre? —Le dio un abrazo—. No tendría que haberse preocupado por mí.

—Hasta que te cases, tendré que preocuparme por ti.

A las ocho de la tarde había redescubierto la gloria de una bañera inmensa y un

baño de inagotable agua caliente. Ataviado con el traje de etiqueta, se dispuso a escuchar a un pianista que tocaba a Chopin en el lounge bajo una luz perlada. La persona con la que le hubiera encantado compartir ese momento no estaba.

Su madre se acercó a Verrian, que se levantó para saludarla. Conocía muy bien ese vestido de fiesta: era del diseñador Molyneux, de satén verde con una capa de gasa con pedrería. Debía de hacer unos siete años que lo tenía. Desde que se habían visto la última vez, su madre se había cambiado de peinado, se había cortado el pelo y llevaba unas ondas conseguidas con las tenacillas. Le echó un piropo y ella se lo devolvió.

—Estás guapísimo, hijo mío. Estoy segura de que pronto encontrarás el momento de ir a la peluquería.

—Seguro que sí, madre.

—Sí, sí. Por cierto, Lucy te manda muchos recuerdos y dice que la disculpes «por su metedura de pata hasta el corvejón». ¿De dónde saca semejantes expresiones...?

Verrian pidió unos cócteles y dejó que su madre llevara la voz cantante. Le habló del concurso de verano del Instituto Femenino, para el que ahora estaban ensayando, del lumbago que tenía la cocinera y de la helada tardía que le había estropeado los brotes de los albaricoques. Su hijo levantó la mano.

—No me hables del mercadillo que organiza la Asociación de Madres. No me interesa, y creo que a ti tampoco.

—Me dedicaré a eso cuando vuelva a Heronhurst. Tu padre me ha dicho que te ha nombrado director de París.

Observó la expresión de la cara de Verrian.

—Mañana dejaré de serlo.

—Ojalá tuvieras un poco más de ambición —contestó su madre—. Tú, y no Jack, eres el verdadero heredero de Quentin Thomas Verrian. —Siempre se refería a su padre con el nombre completo, pronunciando despacio cada una de las sílabas—. Fundó el *Monitor* para que fuese la voz de la opinión liberal, y solo tú eres capaz de captar eso. Incluso Jack reconoce que eres uno de los pocos escritores capaces de explicar el socialismo a la clase media británica sin que la gente se ponga a temblar. Sigo siendo dueña de la mitad de las acciones de mi padre y tengo intención de dejártelas a ti...

—Jack y yo no podemos trabajar en equipo —la interrumpió—. Él opina que me equivoco cuando tengo razón, y yo pienso lo mismo de él. Tampoco me apetece trabajar con el hermano que me arrebató a mi prometida mientras yo estaba en el extranjero.

—Lo entiendo. Tengo que reconocer que fui bastante antipática con Moira cuando me lo contaron. Pero bueno... No te ha roto el corazón, ¿verdad?

—Mi corazón está tan rasgado como el frac de un violinista itinerante, hecho jirones y remendado de cualquier manera, pero me sirve para salir del paso.

—¿Y dónde te alojas? ¿Sigues en Montmartre, con esa... —lady Calford se

aclaró la garganta—... bailarina rusa?

—Que es tan inglesa como el Big Ben —aclaró Verrian—. Las bailarinas adoptan nombres rusos. Es una tradición creativa. Es Connie Marshall, de Bethnal Green, en la parte este de Londres. Su madre hacía la colada de una escuela de baile y un día la llevó al trabajo. Madame Batavsky, rusa auténtica, echó un vistazo a la chica y exclamó: «¡María santísima! ¡Tiene los brazos y las piernas tan largos como un desatascador!». Y empezó a darle clase con las más pequeñas.

—Cielo santo. ¿Y todavía baila esta... eh... Connie?

—Madre, ahora tiene cincuenta y ocho años. En la actualidad vive de una renta vitalicia y alquila un par de habitaciones.

Lady Calford parecía increíblemente aliviada. Al poco, vio a lord Calford cruzando el arco de la entrada del restaurante y se puso de pie.

—Clarence, querido, ¿dónde vas a sentarte? Verrian, apártate un poco, a tu padre no le gusta sentarse de espaldas a la puerta.

«Ni debería hacerlo», pensó Verrian, porque había por lo menos seis antiguos directores del *News Monitor* a quienes les hubiera gustado apuñalar a lord Calford entre un omoplato y otro. Verrian hizo acopio de paciencia y, confiando en que las reservas le duraran los tres platos para no salirse de sus casillas, se levantó.

Su madre se retiró cuando terminaron de cenar. Verrian también intentó dar alguna excusa para marcharse, pero lord Calford le dijo que bien podía dedicarle una hora de su preciado tiempo a su padre, y pidió coñac. Se dirigieron al salón para caballeros. Su padre fumaba mientras hablaba: sobre política; sobre la candente Exposición Universal, ahora echada a perder por el bocazas de Chelsey; sobre la inminente boda, que se celebraría en Francia, del duque de Windsor, antes rey Eduardo VIII; sobre los directores, todos ellos miserables a excepción de Jack, por supuesto. Jack tenía el temple de los Haviland.

Verrian se resignó a pasar una velada larguísima con su padre. Conversar con su progenitor era similar a verse enrollado en una alfombra pesada que alguien dejara abandonada al sol. Intentar resistirse solo lograba empeorar las cosas.

—Bueno... ¿Y qué escándalo armó el *Monitor* acerca de la señora Simpson, aventurera norteamericana, y su apropiación de nuestro rey? —preguntó con autoridad lord Calford.

—Ninguno, que yo sepa —respondió Verrian.

Y su padre gruñó victorioso.

—¡Exactamente! Y tratamos la crisis de la abdicación con una discreción irreprochable. ¿Te ha contado tu madre que recibí una carta del primer ministro en la que elogiaba mi contención patriótica? —Lord Calford dio una calada al puro—. Somos un valor seguro. Con nosotros, los Haviland, cualquier información peliaguda está a salvo. No descarto llegar a vizconde. Vizconde Calford, ¿te suena bien?

—Teniendo en cuenta que soy el hijo menor, no me emociona demasiado. —En algún momento de la vida, Verrian había descubierto el modo de dejar fuera de combate a lord Calford en una discusión. No era el sarcasmo, ni el humor. Era la brutalidad melosa—. Me gustaría preguntarle algo, padre —añadió entonces—. ¿Me recomienda que mañana vaya a desayunar a mi cafetería habitual como todos los días o que me presente a primera hora en la editorial con el cubo y la fregona? Sin Derek Chelsey, aquello será una carnicería.

Su padre reaccionó ante la provocación.

—¿Por qué siempre tienes que ser tan retorcido cuando preguntas? —Volvió a encender el puro, después de maldecirlo por haberse apagado—. No te entiendo, nunca te he entendido. Te ofrezco una suite en el Hôtel Polonaise y vuelves trotando a un cuartucho con chinches y trenes que te pasan por encima.

—En casa de Rosa no hay chinches, y tampoco había en el hotel en el que me alojé antes. El encargado solía darle una buena sacudida a los muelles de la cama una vez al mes. Me mudé para dormir más tranquilo. Montmartre me gusta.

—Atestado de artistas y buscavidas —gruñó lord Calford—. Supongo que allí te sientes como en casa. Cuando tenías veintidós años, te ofrecí un trabajo de primera en el *Monitor* y preferiste marcharte a Rusia a hacer garabatos para un periodicucho bolchevique. La gente ya decía entonces que eras comunista, y sigue diciéndolo.

Verrian tomó la copa. El aroma del coñac le advirtió que le dolerían las sienes y regresarían los recuerdos persistentes.

—Si queremos comprender el mundo comunista, tendremos que verlo desde dentro. De lo contrario, no hacemos más que dar palos de ciego.

Su padre se tragó el humo y luego lo soltó.

—Bueno, pues has perdido la oportunidad de llegar a dirigir un periódico británico decente. Igual que perdiste la oportunidad con Moira. Te aconsejé que no la descuidaras.

Verrian se encogió de hombros.

—Podría haberme esperado o haber ido conmigo.

—¿La hija de sir Chester Durslop merodeando por España en medio de las bombas?

—Yo la habría protegido. Pero está bien que no lo hiciera, porque me enamoré de otra persona. Amor verdadero, no el típico romance de salón inglés. —Verrian miró a su padre con sinceridad y, al no obtener una mirada equivalente, apuró el resto del potente coñac—. Les mandaré un par de chihuahuas y me mantendré alejado de la boda, para que no tengan que ruborizarse. Y ahora, discúlpeme, padre, me voy a casa.

Lord Calford lo siguió hasta el vestíbulo del hotel.

—No pienso tolerar peleas familiares, ¿me oyes? Y tampoco toleraré que traigas a nuestra casa a una fulana extranjera. Lucy te vio con una judía de pago. Si nos presentas a una mala pécora con cascabeles, te cerraré todas las puertas... ¡con siete llaves!

Una nube de humo golpeó a Verrian en la cara con toda la indignación de lord Calford.

Verrian se marchó.

Una vez en la habitación de alquiler, al quitarse la ropa de calle, vio una esquinita blanca que sobresalía del bolsillo de la americana que se había colocado por los hombros, encima del traje de gala. Era la carta que le había entregado Beryl.

Querido señor Haviland:

Me han invitado a un club nocturno que se inaugura el 29 de abril. Es el Rose Noire. Me preguntaba si le gustaría ser mi pareja. Confío en que no piense que soy una atrevida, es que conozco a muy pocos hombres en París. Si no puede o no desea ir, no importa.

Atentamente...

—¡Alix! —exclamó.

El día 29 era ese. No debía ir. Primero, porque estaba del típico mal humor que sentía después de ver a Calford. Y segundo, había decidido romper la amistad por el bien de los dos. Y tercero, cuarto, quinto y sexto... Por otra parte...

Aún era medianoche. El reloj le decía que tenía tiempo de encontrar el Rose Noire, y dado que se había pasado la tarde recabando información sobre su abuelo, ver a Alix podía considerarse obligación, no devoción.

Los músicos de jazz balanceaban los instrumentos, deslizándose entre la música y la luz. Frazer Hoskins y sus Smooth Envoys, los pulcros enviados. Alix se acarició el brazo desnudo y pensó: «Quiero bailar. —Miró a sus tres acompañantes, todos ellos absortos en la música—. ¿Es que nadie me va a sacar a bailar?».

Antes de llegar al club, pensaba que estar allí era lo único que importaba, pero ahora descubría que no. Además de arrastrar a Paul, había arrastrado a Una. Y a Gregory Kilpin, que no había sonreído ni una sola vez.

¡Menuda transformación la de Paul! El mozo de almacén había desaparecido bajo un esmoquin que Una había tomado prestado del armario de su marido, y la mata de pelo de color cobrizo de Paul, normalmente despeinado, ahora brillaba por la gomina y parecía miel oscura. Había sido simpático con Alix en el taxi que los había llevado al local, pero esa sensación de ser especial, de ser el único objeto del deseo de Paul, se había esfumado.

«Por favor —suplicó en silencio mientras veía a Paul inclinarse para encenderle un cigarrillo a Una—, por favor, que alguien me saque a bailar.»

—Frazer Hoskins debería pasarles la plancha a sus pulcros enviados.

El pelo de Una ondeó iluminado bajo el foco cuando soltó el humo por toda la mesa. Sus curvas estaban cubiertas por un vestido de punto de seda del diseñador Lucien Lelong. Alix había dado por hecho que era original, pero Una la había sacado de dudas: «Es una imitación, y tan buena que incluso yo me olvido de que no es auténtico». En ese momento, Una dijo con los ojos fijos en Paul:

—Nunca había oído tocar swing con violín y guitarra.

—Esto es París. —Paul rozó la muñeca de Una y Alix se estremeció al notar la confianza que se tenían. ¿Se habrían olvidado de Gregory Kilpin, sentado a un palmo de distancia?—. En Estados Unidos tocan soul, la música del alma. —Entonó «Limehouse Blues» subiendo el tono de voz—. Aquí tenemos jazz canalla y lo tocan los gitanos. Cada ciudad encuentra su propio pulso.

—El líder de la banda es de Nueva Orleans, estoy convencida. —Una señaló con la boquilla larga del cigarrillo a un sudoroso trompetista negro—. A lo mejor los que tocan la trompa también, pero el resto saltaron del barco en Toulouse, me apuesto cien francos.

—Espero que sea una broma, Una, o tendré que recortarte la paga.

Alix miró al hombre para averiguar si Gregory Kilpin bromeaba. Su boca indicaba que no. El marido de Una tenía unos ojos pequeños y penetrantes y facciones poco definidas, como si se hubiera derretido un poco. Según Una, había nacido en una barriada de Glasgow. «Hace un año, mandó que quitaran un ladrillo de

esa misma barriada y lo bañó en oro», le había contado en secreto.

El camarero les sirvió champán y deslizó la cuenta en una funda de piel que colocó junto al codo de Kilpin.

—Supongo que esta noche las copas corren de mi cuenta, ¿no? —comentó enfurruñado.

—Por supuesto —contestó Una—. Pues eres el único de la mesa que posee una compañía naviera. Ay, escuchad, están tocando «Autumn in New York».

Extendió una mano y Paul la acompañó a la pista de baile. Alix los siguió con la mirada. Una bailaba con aire lánguido y Paul la dirigía con su naturalidad característica.

Gregory Kilpin se inclinó hacia Alix, así que sus palabras le llegaron sin confusión posible:

—Sé que tienes algo que ver en ese negocio de exportación de ropa. Pero no creas que vas a invadir a mi esposa como si fueras hiedra.

Alix sintió ganas de contestar: «Es al revés», pero la presencia de Kilpin tenía un efecto sedante en ella, y le faltó ánimo para responder. Cogió la copa de champán y se dedicó a desenfocar la mirada. La banda había acelerado el tempo y ahora tocaba un swing más rápido; los trompetistas se levantaron para tocar la parte central de la canción. Cuando terminaron, se sentaron detrás de los atriles con incrustaciones de perla natural y la batería pasó a marcar el ritmo. Se le unió un guitarrista, luego el clarinetista se puso de pie, con los ojos cerrados para ofrecer una improvisación. A oídos de Alix, Frazer Hoskins y sus Smooth Envoys sonaban de fábula.

Echó un vistazo a su alrededor y no vio a ninguna chica que bailara por dinero, esas mujeres a las que tanto había temido ver Paul. Nada insinuaba que el Rose Noire fuera otra cosa salvo un local distinguido para personas atractivas y sofisticadas. ¿De verdad que el novio de Solange Antonin podía ser el dueño de ese sitio? Muchas veces la gente se inventaba las cosas... Se cubrían de oro, como Gregory Kilpin y su ladrillo.

Alix se acarició la falda del vestido. Lo que había elegido del armario de Una era otra imitación de Lelong, pero en color caramelo oscuro. Le dejaba un hombro al descubierto y mostraba muy poco pero insinuaba mucho. Le encantaba el tacto. Se veía capaz de acabar acostumbrándose al punto de seda y al champán de Lanson, se dijo.

En la mesa de al lado había sentadas seis maniquís de Javier por lo menos, junto con sus acompañantes. Una de ellas se inclinó para recoger un bolsito de noche y Alix vio la cabeza morena de Solange Antonin apoyada en el hombro de un caballero de traje blanco. Al cabo de un momento, todos se levantaron para ponerse a bailar. Al final de cada temporada, la mayor parte de las casas de alta costura permitían que las maniquís se quedaran uno de los modelitos con los que habían desfilado, y Javier no era la excepción. Alix sabía que ella se habría quedado el que llevaba Solange esa noche: el cuerpo del vestido le iba ajustado como un guante y la falda estaba



confeccionada con miles de capas de organza negra, cada una de ellas con una única lentejuela. Contempló a Solange, que resplandecía en la pista, siguiendo los pasos de su pareja de baile. Cuando empezaron a bailar un foxtrot, a Alix se le hizo un nudo de envidia en la garganta.

«Reconócelo —se dijo—, esta velada es una pena.» Lo único que veía era a otras personas divirtiéndose. Entonces alzó la mirada y vio a un hombre alto que bajaba las escaleras; se le aceleró el corazón. ¿Verrian? ¡Le habían dado la carta! Empezó a incorporarse mientras el hombre caminaba hacia una barra de cócteles iluminada con bombillas de colores... Entonces se dio cuenta de que era otra persona.

Una cantante se acercó al micrófono.

—¿Es que no han sabido encontrar a una cantante blanca? —masculló Kilpin.

Lenice Leflore era criolla, y llevaba el pelo negro azabache adornado con una azucena. Cuando cantó «These Foolish Things» con voz temblorosa y arrastrada, el dolor de Alix se intensificó.

—Necesito aire fresco —dijo sin resuello, y se levantó, a pesar de que no sabía adónde podía ir. Al lavabo de señoras, si era capaz de encontrarlo.

Entonces una mano se posó sobre su brazo y la agarró por el codo.

—Ya le dije que acabaría siendo la chica más guapa de París —dijo el hombre medio en broma—. Vamos a bailar.

Parpadeó varias veces ante aquel traje blanco, que llevaba una rosa roja en la solapa. Parpadeó ante los labios sonrientes y los ojos claros que no transmitían miedo alguno al rechazo.

—No puedo bailar con usted. Solange es su... —Vaciló antes de decir «amante»—... amiga.

—Si usted lo dice.

Le costaba identificar de dónde era el acento. Tenía un toque de París, otro de Estados Unidos. Miró a su alrededor en busca de Paul, pero solo vio a Solange, con los puños apretados. Era un asunto serio. Solange podía llevar un puntiagudo alfiler de sombrero en el bolso.

—No es mi estilo quitarle el novio a nadie —dijo con firmeza Alix.

—No puede negarse. Son órdenes del dueño del local.

A propósito, fingió no haberlo entendido.

—No me importa lo que diga el dueño. No me gusta que la gente me diga lo que tengo que hacer.

El joven colocó las manos sobre los brazos de Alix, un prelude del tirón que daría para acercarla a él.

—Soy Serge Martel, el dueño del Rose Noire. Antes los propietarios éramos mi padre y yo, pero murió hace unas semanas.

—Lo siento mucho.

—Es duro... ¿Todavía vive su padre?

—No. Murió hace muchísimos años.

—Entonces ya sabe qué se siente. Bailar ayuda, ¿no? La música se lleva la tristeza. No todo el mundo lo comprende. —Con cada palabra que pronunciaba, la iba acercando a la pista, en la que las parejas bailaban al son de «My Blue Heaven». Alix percibía la furia de Solange, pero de repente Serge Martel se había convertido en alguien más humano. A lo mejor sus ojos no eran tan fríos, a lo mejor era la angustia del duelo.

—No me creo que sea el propietario de este sitio. Es demasiado joven.

No podía tener más de veinticinco años.

—¿Me llama mentiroso?

Serge dejó caer los brazos y cruzó la pista con zancadas decididas. Saltó al escenario y dio unos golpecitos en el hombro del líder de la banda. El hombre bajó la trompeta. Al cabo de un momento, la música se detuvo y dejó a la cantante entonando una nota huérfana.

Serge regresó entre la multitud como una brisa que se desliza entre el trigo. Cogió a Alix por los brazos mientras el líder de la banda contaba: «Uno, dos, tres, cuatro». El batería dio la entrada, el líder tocó un acorde y se pusieron a tocar de nuevo «My Blue Heaven».

—Odio ponerme a bailar con la canción empezada. Relájese, bonita, será mejor que deje de resistirse. Al final, vamos a terminar siendo amantes.

Verrian localizó a Alix mientras bajaba las escaleras del local. Cuando vio esos dedos categóricos deslizándose por su columna vertebral, comprendió por qué había crímenes pasionales.

Lenice Leflore se entregaba a «The Very Thought of You».

Verrian se acercó a la barra e intentó aparcarse sus pensamientos más funestos. Tenía un motivo importante para estar allí, ¿o no? Había visto una fotografía del abuelo de Alix, se había enterado de ciertos aspectos de su época de juventud y de su abrupta forma de morir. Si Alix no conocía esa parte de la historia, tenía que hacerlo. Se sacó la pitillera del bolsillo y cogió un Navy Cut. No era precisamente un tema ligero para charlar en la pista de baile.

Cuando la cantante alcanzó el punto álgido de la canción, se apagaron las luces. La sorpresa dio paso a los vítores cuando un único foco convirtió el escenario en una laguna resplandeciente. Verrian se desplazó al centro de la pista y por fin localizó a Alix a tientas. Notó la reacción instintiva de ella, que se apartó y preguntó:

—¿Quién es usted?

—Verrian Haviland, y voy a sacarla de aquí.

La sacó de la pista de baile empleando los puntos de luz de la barra a modo de luces de emergencia.

Alix dudó un momento.

—Tengo que quedarme.

—¿Por qué?

—El bolso... Tengo la llave de casa dentro. No quiero perder otra.

—Pues vayamos a buscar el bolso.

—No. —Las luces empezaban a encenderse de nuevo, una por una—. No puedo marcharse así, sin más.

—No veo por qué no.

Algo le tocó el hombro y, por un segundo, Verrian pensó que habían soltado a unos murciélagos por el local o que el techo empezaba a desplomarse. Entonces se dio cuenta: pétalos de rosa. Pétalos rojos que les caían en la cabeza a los clientes. En medio de la pista, el hombre del traje blanco que había bailado con Alix empezó a peinar las mesas con la mirada.

Cuando encontraron la mesa de Alix, Verrian cogió el bolso y la chaqueta de la chica, y luego se abrieron paso hasta las escaleras.

—Voy a llevarla a un sitio más auténtico —le dijo mientras subían—. Bueno, supongo que le gusta el jazz.

Al llegar a la acera, vieron un taxi que frenaba y Verrian ayudó a Alix a montarse en el asiento de atrás. Se sentó a su lado, la apretó contra su cuerpo y le dijo al taxista:

—Rue de Pigalle, chez Bricktop, pero llévenos por la ruta larga.

Alix dejó de oponer resistencia cuando el taxi cruzó la place de Pigalle, y pasó por delante del Moulin Rouge. El taxi tardó en llegar al cruce de Rochechouart lo mismo que ella en reclinarsse sobre Verrian exhalando un suspiro. El pelo le olía a limón y a almendra y Verrian notó una sorpresa física al percatarse de lo mucho que se parecía Alix a un cervatillo ahora que su belleza no quedaba oculta por la ropa de diario. Le entraron ganas de protegerla eternamente de intolerantes como su padre y de depredadores como ese hombre rubio del traje blanco. Mientras avanzaban rumbo este a toda velocidad por Rochechouart, y después dirección sur hasta el boulevard Magenta, Verrian se imaginó una habitación de hotel y la amplitud de una cama doble, visualizó sábanas de satén y tiempo por delante. Alix y él necesitaban tiempo. El aliento de la joven le acariciaba la mejilla como una pluma.

—Creo que Serge Martel se habrá enfadado muchísimo por nuestra culpa.

—¿Tanto le importa?

Alix dudó antes de contestar:

—Sabe dónde trabajo.

—Si la molesta, avíseme. No es su novia oficial, ¿no?

—No, qué va. Su novia es Solange. Es maniquí y muy guapa, pero me parece que a él no le importa mucho lo que opina ella.

—Me da la sensación de que ella no piensa lo mismo. Le dará un buen bofetón por cómo se ha comportado esta noche, le llamará mentiroso y ligón, y mañana se pasarán el día retozando en la cama.

—Espero que no. Solange tiene que participar en el desfile de la colección nueva, a las tres.

—Es igual, a esas alturas él ya se habrá olvidado de todo esto.

Alix no dijo nada cuando el taxista giró hacia la rue La Fayette y los condujo por una serie de callejuelas menos transitadas. Mientras el taxista frenaba, la joven dijo:

—¿Tan rápido olvidan los hombres?

La respuesta era no, así que la abrazó con más fuerza por los hombros. Alix lo miraba a la cara, sus ojos reflejaban las luces rojo carnal de la rue Pigalle. Estaba a punto de besarla cuando el taxista paró en la entrada de un local y gritó:

—¡Bricktop!

En ese club, un quinteto tocaba un atrevido jazz agitanado con una intensidad y un sudor que hizo que la banda de Frazer Hoskins pareciera una orquesta de cámara. Verrian tuvo que pegarse al oído de Alix para que lo oyera.

—¿Prefiere beber o bailar?

—Bailar.

En la pista estaban como sardinas en lata. Alix nunca había formado parte de semejante masa de gente, pero al mismo tiempo se sentía como si Verrian y ella estuvieran solos en el mundo. Por primera vez, únicamente existían ellos dos. Sin

dramas, sin público.

Alix entrelazó los brazos por detrás de la nuca de Verrian y él apoyó las manos en la curva de la cintura de la chica. Cuando sus labios se tocaron fue con el mismo ardor espontáneo que cuando se habían besado bajo la tormenta. Alix abrió los labios y él la imitó. La apretó tan fuerte contra su cuerpo que Alix notó todos los nervios de su cuerpo. Verrian olía a colonia de limón y bergamota; Alix se impregnó de ella al inspirar pegada a su garganta, bajo el cuello de la camisa, mientras permanecían entrelazados durante diez, veinte latidos antes de separarse. Bailaron una canción detrás de otra sin darse cuenta. Sin dejar de moverse, se besaron durante toda la versión del Bricktop de «My Blue Heaven».

—¿Le apetece ahora algo de beber? —le preguntó Verrian al final.

—No. Bueno, un café, por favor.

Verrian había reservado una mesa, que tardaron un poco en encontrar. Se sentaron con las manos enlazadas hasta que llegó el café. Ambos se lo tomaron con una mano, sin separar la otra.

—¿Por qué bailaba con Martel en el otro local?

—Me lo pidió... Nadie más quería bailar conmigo.

—Se suponía que tenía que esperarme.

—No respondió a mi carta.

—La he leído hace tres horas. Debería tener más confianza, Alix.

—¿Por qué?

Verrian se echó a reír y Alix notó cómo le transmitía la energía.

—Cuando nos vimos en el boulevard Saint-Germain —le dijo—, corrí a buscarme antes de que me marchara para no despedirnos de malos modos y, después de eso, nada. Ni una palabra.

—No ha sido «nada». Fui a investigar sobre la remilitarización alemana y mientras estaba en Alemania apenas pensé en otra cosa que no fuera usted. Necesitaba tomarme tiempo porque sé que me estoy enamorando, y usted se merece a alguien mejor.

La intensidad del periodista la desconcertaba. Igual que los fragmentos de dolor que transmitían sus ojos.

—¿Alguien mejor? —Inclinó la cabeza—. Sí, es probable.

Ya eran las tres de la madrugada. Esperaban un taxi y Verrian le había dejado la americana para que Alix se la pusiera encima de la chaquetita fina que no abrigaba nada. Alix se abandonó en el abrazo, mientras una marea de gente que volvía de los bares pasaba a su lado. Toda la noche parecía irreal. Alix bostezó tan fuerte que estuvo a punto de dislocarse la mandíbula. Eso sí parecía real.

—Supongo que ahora tendré que llevarla a casa —susurró Verrian.

—Sí.

¿Fue ese el preciso momento en el que ella se enamoró? Alzó la mirada hacia Verrian, pero él acababa de ver un taxi negro de la marca Peugeot y decidió llamarlo.

Cuando llegaron al edificio donde vivía Alix, Verrian le pidió al taxista que esperara. Se bajó y sostuvo la puerta para que Alix pudiese salir.

—Deme la llave, por favor. —Abrió la puerta de la calle y la siguió por el patio. Esperó hasta que abrió la puerta interior del edificio—. La acompañaré hasta su casa.

—No tenemos ascensor.

—Me gustan las escaleras de París. En Londres no me gustaban, pero aquí parecen distintas.

—Lo que dice no tiene sentido —contestó entre risitas.

Cuando llegaron a la puerta del piso, Verrian le dijo que ahora sabía por qué estaba tan delgada. Alix le devolvió la americana y él le dio un beso, no en los labios, sino en el centro de la frente. Como debían despedirse allí, no tenía sentido prolongar más las cosas.

—Buenas noches.

¿Cuál de los dos había sucumbido? Antes de darse cuenta, Alix volvía a estar entre sus brazos y lo oyó decir:

—Tengo que verla mañana. ¿A qué hora sale de trabajar?

—A las siete, pero entonces tengo que ir a otro sitio.

Esa tarde, Una le había obligado a hacer una promesa: «La labor de los Mosqueteros empieza el lunes. Ahora no puedes echarte atrás, Alix».

—¿Qué tiene que hacer?

—Nada importante.

—Dulce Alix, decirle a un periodista que se ocupe de sus asuntos es como invitarlo a indagar. La esperaré en la puerta de la sede del periódico mañana a las siete. Pase a buscarme si al final se decide a quedar.

A la mañana siguiente, Alix bajó volando las escaleras de casa con el vestido de Lelong metido en la funda y colgado del antebrazo. El bolso, abarrotado con las cosas imprescindibles para la jornada, dio un golpetazo contra la pared cuando la joven cubrió de un salto los últimos cuatro escalones. Se había dormido.

—¿Una noche larga? —Madame Rey empujó el cubo de la fregona para que quedara en medio del paso de Alix. Utilizó la propia fregona como mecanismo de dirección—. La oí llegar bastante más tarde de medianoche.

Alix no despegaba los ojos de la puerta.

—Perdóneme si la desperté.

—No. No suelo dormir bien, siempre estoy medio despierta. La acompañó un hombre nuevo, ¿verdad?

Alix sonrió con apuro.

—Sí.

—Le saca unos cuantos años, diría yo, a juzgar por su voz. Aunque tenía una voz bonita.

—Sí, tiene una voz muy bonita. Disculpe, tengo que...

—La acompañó hasta la puerta de casa, ¿a que sí? Eso es lo que yo llamo un auténtico caballero. Mi madre siempre me decía: si un hombre no te acompaña hasta la puerta, olvídate de él.

—Muy buen consejo, madame. De verdad, tengo que...

—Espere, espere, querida, tengo unos periódicos para su abuela. Voy a buscarlos.

Alix se inclinó hacia delante. Faltaba un día o dos para que le llegara el periodo y se sentía como si alguien le retorciera las entrañas con un palo. Cuando madame Rey regresó por fin con ejemplares de *Le Petit Parisien*, Alix dijo:

—Los dejaré en el primer peldaño y ya los subiré cuando vuelva a casa.

—No, no, de eso nada, querida. Esos puercos que viven enfrente se los quedarán. Pillé a un par de esos críos sinvergüenzas aquí metidos ayer mismo, aunque salieron pitando como alma que lleva el diablo en cuanto me vieron. Además, estoy segura de que a madame Lutzman le apetecerá leer el periódico mientras desayuna, pero yo no puedo subir todas estas escaleras más de una vez al día.

Alix soltó un rotundo juramento, aunque todavía no había recuperado el aliento, y se encaminó escaleras arriba. «Tiene una voz bonita...» ¿Cuánto se habría pegado esa oreja mugrienta a la puerta la noche anterior?

Revivir la sensación de los brazos de Verrian a su alrededor hizo que le diera un vuelco el estómago. Cuántas cosas con las que soñar cuando no tuviera que correr.

—Alix, ¿vuelve a tener fiebre?

—No, madame Frankel.

—Lo digo porque llega tarde, y ahora veo que tiene la misma cara que Javier cuando le entra una de sus migrañas.

Alix le confirmó a la *première* que se encontraba bien.

—Mejor —le contestó esta—, porque necesitamos que todas arrimen el hombro y sigan sin saber cómo vamos a tener terminados los vestidos de fiesta de media temporada para el desfile de dentro de dos semanas. Además, acabamos de tirar a la basura todo el trabajo de ayer con Oro. Ojalá pudiera dar marcha atrás y empezar otra vez este año.

—Siempre dice lo mismo —susurró Marcy, la compañera de Alix, un rato más tarde.

Les habían mandado que bajaran a ayudar a uno de los asistentes del diseñador, un joven robusto llamado Simon Norbert que se había pasado veinte minutos fingiendo que no las veía. Lo oían hablar en su despacho, porque había levantado la voz al interlocutor con quien hablaba por teléfono:

—... Solo ocho de los catorce están terminados, y el desfile de entretiempo está previsto para el doce de mayo. Y lo único que hace monsieur es lamentarse en español. En cuanto al Oro de marras, ya dije desde el principio que ponerle refuerzos por dentro no funcionaría en la vida. No se le puede pedir tantas cosas a un pedazo de tul. ¡Alambre! Le dije que haría falta alambre para sujetarlo, pero le advertí a monsieur: «Parecerá la pantalla de una lámpara, será imposible que logre que vuele como si fueran plumas».

Alix, enamorada de Oro incluso sin haberlo visto terminado, tenía plena confianza en Javier y madame Frankel. Se quedó anonadada ante semejante muestra de deslealtad.

—¡Que usted sea un patoso no significa que Oro también lo sea! ¡Flotará! —gritó sin pensarlo.

Marcy la mandó callar. Simon Norbert se plantó en el vano de la puerta del despacho.

—¡Cucaracha asquerosa! —le chilló—. Cuando quiera algo de usted, ya la llamaré.

—Norbert tiene razón en algo, ¿sabe, Alix? —le comentó Marcy mientras se alejaban con sigilo—. Monsieur Javier concibe un estilo y le pide a madame Frankel que idee la técnica. Los empleados de Norbert están pillados entre uno y otro y Javier puede perder la paciencia con ellos si no interpretan sus deseos a la perfección. Será mejor que volvamos con madame Frankel.

Alix y Marcy trabajaban juntas a un ritmo impresionante. Si les ponían algún mote, pensó Alix, sería el de «burras de carga». Recogían rollos de tela de los almacenes y eran las recaderas entre los distintos talleres de costura, aguantaban el chaparrón cuando les gritaban unas supervisoras sobrepasadas que no entendían de



qué serviría volver a recortar la tela para quitarle el equivalente al grosor de un pelo. También tenían que pasarles muestras a las encargadas de conjuntar las telas con los botones y complementos, lo que le permitía a Alix agenciarse algún retal. Tenía un puñado de retales que guardaba como oro en paño, junto con cinco dibujos detallados de la línea de media temporada que esa noche entregaría a Una Kilpin y a la empresaria de Nueva York que era socia de Una. Esas dos eran capaces de materializar los bocetos robados y convertirlos en prendas de imitación en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Le gusta el ajetreo? —le preguntó madame Albert cuando mandaron a Alix a la sala de hilos para recoger una caja de bobinas blancas.

Sí que le gustaba el ajetreo. Estaba aprendiendo un negocio que le encantaba. Y en Marcy Stein, una chica afable de las afueras de Batignolles, había encontrado a su primera amiga en Maison Javier. Pero esa noche, cuando lo único que quería era quedar con Verrian y hacer manitas por encima de la mesa, tenía que dar un paso más para adentrarse en un mundo en el que ya se arrepentía de haber entrado.

—¿Alix? Ha tardado diez minutos en ir a buscar estos hilos. Le dije que los necesitaba inmediatamente. —Por primera vez, vio la furia en los ojos de Pauline Frankel—. Si no quiere aprovechar esta oportunidad, vuelva al banco de costura.

—Lo siento, madame. Es que... —miró a su alrededor para asegurarse de que no había ningún empleado cerca—... tengo la regla, ya sabe. Me siento fatal.

Las facciones de Pauline Frankel se suavizaron.

—Ah. La comprendo muy bien. Si quiere recostarse...

—Prefiero trabajar, así mantengo la mente ocupada.

—Muy bien. Pues vaya a ver si Javier la necesita, pero por favor, nada de caras trágicas. ¿Se acuerda de todo ese tul que cosió ayer debajo de la falda de Oro? Pues ha pedido que alguien lo descosiera entero y acabo de intervenir para impedir que monsieur Javier tirase el vestido por la ventana. No podemos permitirnos más numeritos. Necesitamos prendas terminadas. Necesitamos clientas y facturación.

En el estudio de la planta superior, Solange Antonin se mantenía quieta en la misma pose con un vestido destinado a ser el número 14 de la colección de media temporada. Lune de Minuit, Luna de Medianoche. Tenía el corpiño de terciopelo negro con unos volantitos que alternaban el raso de color marfil con el negro. Durante su viaje a España, Javier había visto a unos bailarines de flamenco y esta colección de media temporada estaba inspirada en ellos. Los brazos y los hombros quedaban al descubierto. Debajo del corpiño ajustado, nacía una falda de cola. Alix pensó que era fabuloso. Pero... Una vez más, igual que sucedía con Oro, había algo en el vestido que no acababa de funcionar.

El pobre Oro repudiado parecía un globo pinchado ahora que le habían quitado la estructura que lo ahuecaba. Y Simon Norbert tenía razón en una cosa, musitó Alix, el

alambre no podía funcionar. Lo que necesitaban era algo fuerte como el alambre pero ligero como la seda. Algo con movimiento. Algo vivo... Fijó la mirada en la tela hasta que el vestido se fundió en una llamarada.

—¡Ya lo tengo! —chilló.

Un ayudante la mandó callar y señaló a Javier con la cabeza. El modisto estaba de pie y se tocaba la barbilla pensativo. Simon Norbert imitó la postura, mientras metía y sacaba la barriga en un intento de contener la ansiedad. Subida en la plataforma, Solange tenía marcados en la cara los estragos de la noche de juerga. Al ver a Alix, se sacudió como si le hubiera dado un chispazo de corriente eléctrica.

—Estese quieta —la reprendió Javier—. ¿Cómo voy a valorar el vestido si se retuerce?

Solange miró con odio a Alix, y Javier dijo entonces con voz fatigada:

—También la veo a usted, *petite*. ¿Qué desea?

—Madame Frankel me ha mandado por si puedo ayudarle en algo.

—Lo dudo mucho —resopló Simon Norbert.

Javier abrió los brazos.

—Toque la varita mágica y consiga que adore mi colección. —Javier bailó con las manos—. Yo, que antes sabía hacer un poema con unas hojas de papel manila, ahora he perdido el don. Más nos valdría haber cerrado la empresa. Estoy acabado.

—Monsieur, se me ha ocurrido una idea para Oro. Sé cómo hacer que flote.

Simon Norbert soltó un bufido.

—Ese vestido es terco como una mula.

Javier se estremeció.

—Ha podido más que yo. Me he rendido. Ahora ya no me preocupo por Oro, sino que me angustio por cómo diseñar Minuit. Es el destino del modisto, Alix, que le destrocen el corazón quienes más ama.

Alix apreció que, bajo el melodrama, latía una desesperación auténtica. Caminó hacia Solange, luego retrocedió cinco pasos, entrecerró los ojos. Cualquiera otro día habría cerrado el pico, pero no era un día cualquiera. La noche anterior, en el Rose Noire, Serge Martel le había dicho: «Al final vamos a terminar siendo amantes». Y unos minutos más tarde, otro hombre la había secuestrado. Un hombre cuyo tacto hacía que se sintiese aturdida y entregada.

—Ninguno de sus vestidos tiene defectos —dijo Alix—. Su colección es un triunfo de la elegancia.

—Lástima que su opinión sea la menos importante de todo el edificio —masculló Norbert.

—Monigotes, monsieur Javier. —Alix señaló a los maniqués de madera que esperaban como testigos mudos apoyados contra la pared más alejada—. Ve sus vestidos sobre monigotes, y por eso no funciona.

—No tiene derecho a expresar su punto de vista —estalló Norbert.

—¿Está diciendo... —Javier la desafió mirándola a los ojos—. ... que mis vestidos

están hechos para muñecas de madera y no para mujeres?

Igual que quien juega a la ruleta y lo apuesta todo al diecisiete negro, Alix se atrevió a continuar:

—¿Tiene un gramófono?

Javier parpadeó.

—Sí.

—Pues pídale a monsieur Norbert que vaya a buscar unos cuantos discos. Románticos. ¿Tiene algo de Hildegarde o de Lucienne Boyer? —Se dirigió a Norbert

—: ¿Puede traerlos, por favor?

—Pues no, mequetrefe caradura.

Javier formalizó la orden y Norbert se marchó muy ufano.

—Sé qué se propone, *petite*, y esta vez se la voy a pasar. Pero si me deja en ridículo, los lanzaré al gramófono y a usted por la ventana.

—¿Todas las maniquís estarán aquí a las dos? Con su permiso, le diré a mademoiselle Lilliane que las mande subir. Deberían prepararse para llevar un modelo cada una. Necesitaría un taxi para ir a buscar a un amigo. Y también me iría bien que una de las conjuntadoras fuera a mi casa.

—¿Por qué?

—¿Puedo decírselo más tarde?

Alix corrió las cortinas, pidió velas y, con la ayuda de Marcy, apartó los muebles y los colocó junto a la pared. Javier las observaba y les daba carta blanca porque se sentía en el fondo del pozo, e igual que un hombre en el fondo del pozo acepta la mano del primero que se la tiende, él aceptaba la suya. Cada vez que se abría la puerta, Alix buscaba a la única persona que quería ver. Pero solía ser alguien a quien había mandado mademoiselle Lilliane para preguntar si el estudio de diseño «todavía tenía intención de dar al traste con el apretado horario de la tarde».

Alix encendió el gramófono y eligió un disco. En esas llegó la primera de las maniquís, que preguntó:

—¿Vamos a hacer un desfile especial? ¿Quién viene?

Al poco llegaron otras dos que se reían como niños a los que dejan salir antes del colegio. Un par de maniquís más entraron sin mostrar el menor interés por el tema. Cada una de ellas llevaba en la mano un par de zapatos y guantes de noche, e iba seguida de una encargada de vestuario con una bolsa enorme de percal que parecía un faldón gigante.

—El desfile del salón empieza a las tres en punto sin falta, y las chicas tendrán que bajar con tiempo para cambiarse.

Javier miró la hora en el reloj de bolsillo.

—Las dos y diez. Alix, díganos qué tenemos que hacer.

La conjuntadora regresó con el paquete, que le entregó a Alix junto con un

mensaje:

—Dice su abuela que esto le costó semanas de trabajo cuando todavía tenía los dedos ágiles y que aún nota el dolor cuando se levanta por las mañanas.

«Gracias, Mémé», le transmitió mentalmente Alix.

Cuando ya estaban casi listas para empezar, Alix cayó en la cuenta de que había jugado todas sus cartas a un solo número, a una sola persona, y daba la sensación de que había tentado a la suerte... Hasta que Marcy entró a la carrera en el estudio seguida de un hombre. Alix se adelantó corriendo.

—Paul, has venido. Ay... —Llevaba la camisa vieja y los pantalones de albañil—. ¿No te han dado el recado? Esmoquin o traje completo. Como anoche.

—Sabes que el traje de anoche no era mío.

Paul miró a su alrededor con un asombro cargado de resentimiento. Una de las maniquís soltó una risita y Paul torció la boca, enfadado.

—No me has dejado dormir, Alix. ¿Qué quieres?

—Tus servicios, una hora. Pero tienes que ir vestido en condiciones.

Miró a Javier, que enarcó una ceja.

—A mí no me lo pida. Mis trajes de etiqueta no le van a servir. Tenemos una constitución totalmente distinta.

Alix se volvió entonces hacia Norbert y le suplicó en silencio. Él fingió no darse cuenta, hasta que al final resopló y le soltó:

—En la oficina no tengo ningún traje.

—Sí que tiene, monsieur Norbert —intervino Marcy—. Siempre guarda un traje en su despacho. Me ha pedido que le repase la americana y le planche la camisa en muchas ocasiones. ¿Quiere que vaya a buscarlo?

—Si lo desea...

Norbert no llegó a dar una patada en el suelo, pero sí levantó el pie y volvió a apoyarlo con contundencia.

El traje le iba demasiado «justo» a Paul. Había que encontrarle un cinturón, y la chaqueta le quedaba tan raquítica que parecía un espantapájaros con un palo de escoba pasado por las mangas. Las maniquís, que se habían cambiado e iban vestidas de gala, intentaron ayudarle. La risa se extendió por todo el salón, pero no eran risas maliciosas.

—No puedo ponerme esta chaqueta —le dijo Paul a Alix—, conque dejen de intentar embutirme en ella. Bailaré en mangas de camisa y con chaleco.

Eso provocó un admirado «Guauuu» por parte de las chicas. Únicamente Solange permanecía impertérrita ante la diversión. Se había sentado un poco apartada, sin apartar apenas los ojos de Alix.

El chaleco se abotonaba sobre una camisa blanca de volantes y (con ayuda de un fajín y un poco de respiración contenida) el efecto era lo que Javier denominó el de

«un morillo», palabra que dijo en español, antes de aclarar que era el término que se daba a los músculos del cuello y de los hombros de un toro de lidia. Sacó el reloj de bolsillo y lo balanceó delante de Alix.

—El tiempo no perdona.

—¿Heloïse? —Alix llamó a la chica de pelo rojo Tiziano cuya luminosa belleza había inspirado un vestido de terciopelo de color marfil con una sobrefalda de chiffon —. Aquí está tu pareja de baile. Paul, la palabra mágica es suave, fluido y romántico.

—Eso son tres palabras.

—Baila y punto.

Alix puso en marcha el gramófono y la canción «Parlez-moi d'amour» de Lucienne Boyer llenó la sala.

Hiciera lo que hiciese durante el día, cuando estaba en la pista de baile Paul se sentía como pez en el agua, y Heloïse no tardó en ponerse a bailar como si estuviera enamorada. El vestido le favorecía y destacaba sus curvas, la falda ondeaba, la sobrefalda volaba y dotaba de sentido al nombre español del vestido: Seguidilla. Un aplique cosido con puntadas invisibles (obra de Mémé, Alix estaba convencida) centelleó a la luz. Bailaron dos canciones y luego le tocó el turno a Marie-Josèphe, después a Arlette, a Claudette, a Nelly y a continuación a Zinaida. Alix confiaba en que Javier viera lo mismo que veía ella: que sus diseños lucían mucho con la luz y cobraban vida gracias al movimiento.

El reloj marcaba las tres menos cinco. Apartaron los vestidos y mandaron a las maniquís a la planta inferior. Habían bailado con todos los vestidos... salvo con uno.

—¿Solange? —Javier dio unas palmadas—. No está preparada.

Solange se había quitado Lune de Minuit y se había tapado con una bata.

—Me duele la cabeza, no puedo bailar.

—Entonces tendrá que llamar a un taxi e irse a casa. ¿Por qué no lo ha dicho antes?

Cierto tono severo salpicó las palabras de Javier. Solange salió de la habitación.

—¿Dónde está Minuit? —preguntó impaciente Javier—. Zinaida —llamó entonces a la esbelta chica griega—, tengo que ver a alguien bailar con Lune de Minuit.

—Me falta altura —protestó Zinaida—. Pisaré el bajo del vestido.

—*Mais oui*, siempre me olvido de que es usted *petite*, *ma petite*. ¿Quién es tan alta como Solange? Bah, ¡qué caprichosa es esa chica! Aquí el caprichoso soy yo, y no hay sitio para dos. Pues díganle a Nelly que vuelva.

Una probadora fue a buscarla, pero regresó diciendo que Nelly se estaba preparando para el desfile de las tres. Ya llevaba el vestido hecho a medida y le

estaban recogiendo el pelo.

Alix hablaba en voz baja con Paul cuando notó una mano que la agarraba del brazo.

—Usted —dijo Javier—. Póngase el vestido. ¿Sabe bailar?

—Yo la enseñé —respondió Paul por ella—. Por supuesto que sabe.

Antes de que pudiera inventarse una excusa, Alix se vio empujada detrás de un biombo por una de las encargadas de vestuario. La chica la azuzó para que se quitara la parte de arriba.

—Si Minuit no está en el salón, listo para el desfile, dentro de quince minutos, mademoiselle Lilliane le cortará las orejas, señorita —dijo.

Alix se estremeció. No de frío, sino porque había podido admirar la fabulosa lencería de muselina de las maniquís y ahora se veía expuesta con su sujetador de diario y una braguita sencilla. La vestidora desabrochó el vestido y lo sostuvo abierto para que Alix se metiera dentro.

—Marcy, abróchele los corchetes. ¡Que Dios me ampare! —exclamó la empleada—. Pero si lleva zapatillas planas... Y debería llevar un sujetador sin tirantes.

—Alix lleva zapatillas planas porque tiene que pasarse el día corriendo —comentó Marcy—. Le bajaré los tirantes del sujetador y se los esconderé debajo de los hombros. Mire... Ya está. Y puede ponerse mis zapatos.

Marcy se quitó los zapatos de salón de tacón bajo.

—*Sockettes de fille!* —exclamó indignada la vestidora, sin dar crédito a lo que veía, al descubrir los calcetines por el tobillo que llevaba Alix.

—Quíteselos, Alix —le ordenó Marcy—. No importará que no lleve medias, porque el vestido le tapaná las piernas. —Dio unos golpecitos en la cadera a Alix—. Tiene la cintura más delgada que Solange.

—No lo diga muy alto —murmuró la vestidora—. Esa boba se lo toma todo como un insulto. Siempre nos pone en evidencia... Bueno, Alix, salga a bailar. Si estropea el vestido, me haré un bolso con su pellejo.

Mientras se derretía en los brazos de Paul, a Alix se le ocurrió que en las últimas dos horas la habían amenazado con tirarla por la ventana, con cortarle las orejas y con despellejarla. Si su atrevimiento no funcionaba, no le quedaría más remedio que dejar el puesto. Algo que quizá no fuese mala idea, aunque cómo iba a decírselo a Paul...

—Suéltate —le murmuró Paul—. Es como bailar con una maleta. Supongo que todo este follón es para lucir los vestidos, ¿no? Pues deja que se luzca el vestido. Cierra los ojos y déjame que te lleve.

Lucienne Boyer cantó «Si petite» y Alix intentó imaginarse que se encontraba en la escuela de baile moderno de Sylvie le Gal y estaban haciendo una exhibición delante de un público de embelesados alumnos más jóvenes.

—¿Te diste cuenta de que me marché antes del Rose Noire? —susurró Alix.

—¿Si me di cuenta? Cuando se enteró de que te habías marchado, Serge Martel se quedó plantado bajo la lluvia de rosas rojas y poco a poco se puso del mismo color.

—Eso no me ayuda a relajarme.

—Al final, le quitó hierro al asunto. Se acercó a nuestra mesa, nos invitó a champán, me presentó a las amigas de Solange porque querían bailar conmigo...

—Conmigo no querías bailar. ¿Por qué no me lo pediste?

Una pausa.

—Creo que ya te he esperado bastante, Alix.

—Lo siento. —Fue lo único que se le ocurrió—. Este es el vestido favorito de Javier, así que, por favor, ayúdame a bailar sin parecer una maleta.

—Entonces, imagínate que estás enamorada de mí, que estamos bajo las estrellas, la luna es una hoz lechosa. Te he llevado de crucero en mi yate transatlántico por... por...

—¿Por dónde?

—No puedo pensar. Siempre que pienso en agua, me imagino el Sena o el canal de Saint-Martin.

La música se acabó y alguien —tal vez Simon Norbert, con la esperanza de pillar a Alix desprevenida— cambió el disco y puso uno de Carlos Gardel, que cantaba «Mi Buenos Aires querido». Alix y Paul cambiaron de pasos y empezaron a bailar un tango. Alix se olvidó de que llevaba un milagro de la alta costura que costaba miles de francos y siguió a Paul en una secuencia de sinuosos giros, pasos, patadas y contoneos apasionados. Se dejó caer hacia atrás, abandonada en sus brazos, hasta que notó que el vestido de tubo de terciopelo le tiraba en la cintura. Volvió a subir, hizo un giro y oyó el suave crujido de la tela a la altura de las pantorrillas. Abrió los ojos y se encontró a Paul admirándola, con tanto fuego en la mirada que cuando separaron la cabeza el uno del otro fue un alivio. La canción bajó el ritmo. Terminaron con una caída: Alix inclinó la cabeza hacia atrás y dejó al descubierto la garganta y el escote. Paul la ayudó a erguirse, sin despegarse del abrazo.

—¿Me van a pagar por la clase de baile? —preguntó.

—Pues claro que sí. Ay, Paul, escucha.

—¿El qué?

—El silencio.

Fue entonces cuando Norbert decidió levantar la aguja del gramófono con un chirrido desagradable. Marcy le metió prisa a Alix desde detrás del biombo.

—Vamos, tendría que haberse quitado el vestido hace ya cinco minutos.

Paul esperó a Alix en el estudio del modisto, ataviado de nuevo con sus pantalones anchos y el chaquetón marinero.

—Luego tengo que hacer un turno de albañil en la obra del pabellón, y si no duermo un poco antes, me moriré.

Alix le pidió que aguardara en el pasillo y se acercó a Javier. El diseñador estaba junto a la ventana, tan perdido en sus pensamientos que tardó medio minuto en darse cuenta de la presencia de Alix y del paquete que llevaba en la mano.

Lo aceptó.

—¿Qué es...?

—Encaje de crin de caballo, monsieur. Lo ha hecho mi abuela. En Alsacia, las señoras lo utilizaban para adornarse la cabeza. Esta mañana tuve que volver a casa un momento y descubrí a mi abuela mirando una fotografía que tenemos de una niña con unas alas de mariposa de puntilla de encaje en la cabeza.

Javier fue deslizando la tira de encaje por entre los dedos.

—Algunas veces se emplea en vestidos de baile y en el teatro... ¿Acaso se le ha ocurrido...?

—Oro. Fíjese en lo poco que pesa. Y al mismo tiempo, es lo bastante rígido para aguantar el peso de la tela. Un detalle de encaje de crin debajo de los volantes de Oro sería precioso.

—Y ¿de dónde iba a sacar cuarenta metros de encaje? ¿Y a qué precio?

A Alix se le cayó el alma a los pies.

—De Alsacia, supongo. —Entonces pensó a toda prisa y propuso—: De Fabrication Textile Mulhouse, en la rue du Sentier. *Monsieur le comte* de Charembourg es el director de la empresa, y es alsaciano. Sabrá perfectamente qué necesita.

—Ah, el marido de la condesa. Vaya, vaya. Bueno, mandaré a cuatro jinetes que galopen hasta Sentier. Por cierto, su joven amigo se está impacientando, porque no deja de saltar de un pie a otro.

Alix azuzó a Paul para que saliera a la calle.

—Más tarde ya hablaré con madame Frankel de dinero —le dijo—. ¿Qué te ha parecido? ¿Habrán quedado impresionados?

—Alix, no conozco a esta gente. El hombre de más edad..., ¿se llama Javier?... sí se ha divertido, pero el más joven...

—Simon Norbert. Es un don nadie.

—Desde luego, se nota que no sois amigos.

—¿Qué más da?

Paul apoyó las manos en los brazos de Alix.

—No puedes permitirte tener enemigos. ¿Quién te acompañó a casa anoche?

—Nadie, un hombre que conozco. Me apetecía salir de allí.

—Por cierto, lo de Una y yo... —comentó Paul—. Ocurrió, nada más. Se presentó en el barco una noche, emperifollada con sus pieles. Se paseó por el *Katrijn* como una reina rusa, y me regaló una botella de ginebra fresca y otra de martini.

—Eso siempre ayuda.

—Soy un pasatiempo para ella, una forma de castigar a su marido. Pero a mí me gusta —añadió a la defensiva—. Y me ha prestado más dinero. Vendió unas joyas y



eso significa que puedo dejar que las niñas se queden más tiempo en casa de la tía Gilberte.

—Para que Una pueda ir a verte cuando quiera. Sin que las crías molesten en el barco.

—No seas injusta. Una es una buena persona y, como ya te he dicho, tú no me querías, así que ¿ahora qué más te da? Y pronto todos tendremos dinero a espaldas. ¿Qué tal va la operación mosqueteril?

—Chist, aquí no. Ve a casa a descansar un poco.

A la vez que Paul se alejaba a paso ligero, un Peugeot de color burdeos aparcó junto a la acera. El conductor se bajó dando un portazo mientras se desperezaba y bostezaba. Justo entonces apareció Solange. Llevaba el pelo suelto y vestía uno de los blusones que se ponían las probadoras. Era cierto que no tenía buena cara, estaba pálida y tenía las ojeras muy marcadas. Alix no quería que la viera ella ni Serge. No, después de cómo lo había dejado plantado en su propio club. Se disponía a escabullirse por la puerta de servicio cuando oyó que gritaban su nombre.

Era Paul, que volvía a la carrera hacia ella.

—Me he olvidado de cambiarme la camisa —dijo entre jadeos. Señaló los volantes del cuello.

Alix gruñó.

—¿Cómo no te has dado cuenta? —Solange y Serge miraban hacia ella—. Simon Norbert volverá a gritarme.

—Nada comparado con lo que me pasará a mí si entro en la obra con una camisa con chorreras.

—Vamos.

Entraron por la puerta de servicio de Maison Javier. Serge la saludó tocándose el sombrero al pasar. Nada indicaba si estaba enfadado, pero sostuvo tanto tiempo la mirada que Alix intuyó que estaban en las fases preliminares de un juego. No había terminado con ella.

Madame Frankel buscaba a Alix, pues le había encargado la tarea de desmontar todos los volantes de Oro una vez más para que pudieran forrarlos con encaje de crin de caballo. Javier había llamado por teléfono a FTM y le habían hablado de un proveedor de Mulhouse. Al cabo de media hora, ya había hecho el pedido. Le enviarían el material en tren a París.

—Cuando haya terminado de descoser los volantes —indicó madame Frankel—, llévelos a la sala de planchado junto con una muestra del tejido, para que las empleadas puedan probar primero las planchas y no quemem el tul. Ah, otra cosa, Alix.

—¿Sí, madame?

—Si necesita algún analgésico para los dolores de regla, vaya a la enfermería. Si

alguien le cuestiona qué hace allí, dígales que le he dado permiso.

Al cabo de una hora de descoser el dupion dorado, Alix siguió el consejo de madame Frankel. El botiquín estaba pegado al salón de las pruebas, pues servía tanto para las clientas como para los empleados. No era raro que alguna señora se desmayara después de varias horas probándose. La enfermera residente insistió en que Alix se sentara a los pies de una camilla mientras le tomaba el pulso y la fiebre y le hacía preguntas muy insistentes sobre los novios y el «romance». Alix cayó en la cuenta de que la mujer intentaba averiguar si estaba embarazada y le contestó que no había riesgo de eso.

—Me alegro, querida —respondió la enfermera—. Se sorprendería de saber cuántas doncellas no lo son tanto, y a menudo yo soy la primera persona a la que pueden contarle qué les pasa. —Esperó a que Alix bebiera un vaso de agua con un analgésico efervescente y después añadió—: Acuéstese pronto y beba un vaso de leche caliente. Ese es mi mejor consejo cuanto llega esa semana del mes.

Alix notó que se le formaba dentro una risita nerviosa. Seguía riéndose para sus adentros cuando llegó a la recepción, donde había esperado con la cesta de pescado el día de la entrevista. Allí había un hombre sentado a solas. Un periódico le ocultaba la cara, pero debió de oírla caminar, porque bajó la hoja cuando Alix se aproximó. Era el conde de Charembourg. Se levantó, extendió la mano y levantó una ceja al ver la bata marrón que llevaba la joven.

—¿Por qué os hacen vestiros como penitentes?

Tenía la palma de la mano seca y demasiado caliente.

—Para proteger los vestidos... —Entonces Alix dejó a un lado las formalidades—. Monsieur, tiene mal aspecto.

—Dolores de antaño. —Se tocó la solapa, a la altura del corazón, y luego le dio un beso en la mejilla—. Tú, por el contrario...

Dejó la frase a medias y Alix se dio cuenta de que estaba nervioso. Era comprensible que mostrara ciertas reservas, teniendo en cuenta lo que le había ocurrido a su protegida justo después de la última comida alegre y desenfadada que habían compartido en marzo, pero había algo más: casi parecía asustado de verla. ¿Habría notado el cambio producido en Alix?

—Gracias por las tijeras —dijo ella de repente. Las llevaba colgadas del cuello con un cordel—. ¿Le llegó mi nota?

—Sí, y espero haber elegido bien. Intenté adivinar qué tipo sería más útil. No son demasiado delicadas, ¿verdad?

—Son perfectas. Monsieur...

Lo pronunció justo a la vez que él balbuceaba:

—Alix...

La joven indicó con un gesto que empezase él.

—Siento mucho el susto que te llevaste aquel horroroso día. —Alargó la mano para tocarle la melena—. Por eso, quería ir a verte, pero no es tan fácil. Puedes estar

tranquila: no se repetirá. Fue un malentendido. Se perdió una factura y...

—Monsieur, le hicieron un chantaje. El hombre me lo contó.

—Ya... —El conde se llevó la palma de la mano a la frente, como si quisiera mitigar un dolor interno—. Alix, intento protegerte. Es lo único que he intentado hacer siempre, protegerte a ti y... a mis hijas de todo mal. Si pudiera contarte más, lo haría.

«¿Lo haría?», se preguntó Alix.

—¿Pagó lo que le exigía, monsieur? ¿Le pagó a ese hombre asqueroso un millón de francos?

—No, tanto no, por Dios. —Carraspeó y movió el cuello, incómodo. Alix le sostuvo la mirada hasta que el conde añadió—: Solo le pagué la mitad. No sé quién es el chantajista, pero desde luego, tiene un carácter práctico. Me creyó cuando le dije que no podía reunir un millón, así que llegamos a un trato. Solo me queda rezar para que con eso baste. Ahora, por favor, discúlpame, tengo que ir a cumplir mi obligación. Madame la condesa y mi hija mayor están por aquí. No sé dónde.

—¿En el salón?

—En un probador. Javier está confeccionando el vestido de novia de Christine.

Alix ya había oído rumores. La mujer del conde era una pesadilla, y hacía llorar tanto a las probadoras como a su hija.

—¿Su hija tiene en cuenta su opinión, monsieur?

—Eh. Creo que las jovencitas tienen en cuenta a sus padres de un modo muy particular. Digamos que valoran más su cartera que su sentido de la moda. ¿No crees?  
—Al ver la reacción de Alix, hizo un gesto rápido con las manos—. Lo siento. Qué poco tacto he tenido.

Alix formuló una pregunta despacio, porque de repente le entró miedo de echarse a llorar:

—¿Cómo es posible que usted, entre todas las personas del mundo, haya olvidado que no tengo padre?

—Alix, me refería a... Perdóname.

—Mi padre le salvó la vida.

El conde hizo ademán de marcharse, pero Alix le cogió del brazo. Cuando sus miradas confluyeron, ambos notaron la fuerza del impacto.

—Entonces, ¿no es cierta la historia esa de que me mi padre se interpuso entre el fuego enemigo y usted?

—¿Por qué iba a mentir alguien sobre un tema así?

—Alguien podría hacerlo, si quisiera ocultar un secreto vergonzoso. ¿Qué me dice de mi madre? ¿Cuándo fue la última vez que la vio?

El conde dio un respingo.

—¿Tu madre? No te entiendo.

Alix comprobó que siguieran solos en la recepción.

—Sé que vio a Mathilda muchas veces. Bonnet me contó que usted era como un

hermano mayor para ella y que volvieron a encontrarse durante la guerra, cuando ella era ya una joven. Y se enam... Bonnet intuía que mi madre sentía algo por usted. ¿La amaba, monsieur? ¿O la instruía, igual que me instruyó a mí? No, mejor no me conteste —añadió enseguida al percibir la cara lívida del conde—. Prefiero el silencio a las mentiras.

—Alix, ojalá las cosas fueran distintas. Créeme, nunca me ha gustado la falsedad.

—Una última pregunta. —Le salió sin pensar—. ¿Sabe dónde está enterrado mi padre?

No hubo respuesta. El hombre a quien había admirado como amigo y mentor escurrió el bulto. Saltaba a la vista que el conde de Charembourg no tenía la menor idea de dónde encontrar el lecho eterno de su «amigo» John Gower.

—Monsieur, cuando me mira a la cara, ¿qué ve?

—No sabes qué significa el concepto de «última pregunta», ¿verdad, Alix? —Le tocó el hombro, arrepentido—. ¿Qué veo cuando te miro? Cuando sonrías, veo una página en blanco. Así que, por favor, no dejes de sonreír para mí.

Cuando Alix salió de trabajar, le dolía la espalda. El corazón también. ¿En qué otras cosas le habría mentido el conde de Charembourg? ¿En el afecto que sentía por ella? ¿En los piropos sobre su belleza y su talento? ¿Significaba acaso que Alix no poseía ninguna de las dos cosas?

En la rue Boccador, Verrian dio un paso para plantarse delante de ella.

—¿Quiere fingir que no me ha visto? —le preguntó.

—No puedo quedarme, llego tarde.

—¿Para?

Verrian le siguió el paso.

—Llegar a mi otro trabajo. He empezado a trabajar en una especie de casa de modas, de ayudanta.

—¿Después de una jornada completa en Maison Javier? Y cuando salga de allí, ¿qué hará?

—Ir a casa. Mi abuela me estará esperando con la cena preparada.

En el cruce con Montaigne, Alix se detuvo. Estaba agotada y no podía cruzar sin parar un instante antes.

Verrian la cogió del brazo.

—¿Cómo piensa ir a casa?

—En metro o en autobús.

—Pues iré a buscarla y haré lo mismo todas las noches: la invitaré a una copa de vino, le daré conversación y luego la acompañaré a casa.

—¿Tiene coche?

—No lo tengo en Francia, pero ya buscaré uno.

Alix gimoteó, como una niña a la que ya le han contado esa excusa.

—Vaya a Billancourt y compre un Renault pequeño.

—Me lo pensaré. Bueno, ¿trato hecho? —Cruzaron juntos la calle—. ¿Nos vemos todos los días y la acompaño a casa?

—Nunca he visto a nadie todos los días, excepto a mi abuela. Podríamos discutir.

—Me atrevería a decir que sí lo haremos pero... —Se detuvo—. Alix, ¿por qué cojea? ¿Lleva algo metido en el zapato?

—No —respondió Alix demasiado rápido.

—No sé, hoy parece una persona completamente distinta. ¿Intenta insinuar algo?

Negó que le ocurriera algo.

—Solo que se aburrirá conmigo —añadió—, le pareceré frívola.

—La frivolidad puede ser profunda. Nada impedirá que la admire salvo...

—Siempre hay alguna salvedad.

—La guerra o la muerte. ¿Qué le parece? ¿A qué hora sale de ese otro trabajo?

—Sobre las nueve.

—¿Dónde quiere que la espere?

—En los Champs-Élysées, en la parte que da a la Concorde. Le encontraré.

Al final cedió. Al fin y al cabo, Verrian había demostrado esta vez que sus sentimientos podían durar al menos una noche y un día enteros.

Alix tardó un rato en encontrar la discreta puerta verde que había junto a la sastrería de los Champs-Élysées, en la que tenía el negocio la socia de Una. Mientras levantaba la mano para llamar con el picaporte, una voz conocida la llamó.

—¡Vaya cara! Si parece que te hayas pasado el día en la torre de vigilancia de un barco. ¿No te apetecería ventilarte un *macaroon* de fresa? Ay, no tenemos tiempo, qué pena. —Una Kilpin hizo un gesto con la mano para despedir al chófer, y se quedó mirando el Rolls-Royce mientras metía el morro entre el tráfico—. ¿Eso que llevas ahí es mi vestido de Lelong? —Señaló la funda de traje que Alix sostenía sobre el brazo—. Anoche te despediste a la francesa. ¿Alguien que yo conozca?

Alix murmuró algo ininteligible mientras Una daba tres golpecitos cortos con el picaporte, seguidos de un golpe contundente.

—Algún día invocaré al fantasma de Beethoven con tanta melodía... Ahora escúchame, Alix, la señora con la que vas a reunirte arriba conoce a todos los fabricantes de ropa de Nueva York que vale la pena conocer. Tengo relación con ella desde hace mucho tiempo, pero te lo advierto: es dura de pelar. —Una voz femenina pidió que se identificaran por detrás de la puerta verde. Una contestó—: El talento, encanto.

La recepcionista las dejó entrar pero les preguntó la contraseña.

Alix no estaba segura de si se la habían dado.

—Mariette —contestó Una—. Dos veces... Por si nos olvidamos la próxima vez.

Subieron las escaleras hasta dar con una puerta que tenía una mirilla y las palabras «Maison Godnosc» grabadas en una placa de latón. La recepcionista abrió la puerta, que estaba cerrada con llave, y Alix se preguntó cuántas veces al día tenía que seguir todo ese ritual la chica.

La recepcionista se perdió en una oficina anexa mientras Alix seguía a Una hasta una sala grande con las persianas bajadas. Desde el extremo más alejado de la puerta, una mujer salió disparada hacia ellas a la vez que gritaba:

—¡¿Es ella?!

Estaba en los huesos, era imposible determinar su edad, y llevaba el pelo teñido del color de un arbusto en llamas.

Una hizo las presentaciones.

—Alix, esta es mi socia, Mabel Godnosc, y estas oficinas son, por orden y mandato, territorio de la frontera estadounidense. En otras palabras, aquí nos

saludamos con un apretón de manos, nada de darnos dos besos.

Mabel Godnosc se lo demostró dándole la mano con energía a Alix. Como llevaba cinco pulseras en cada muñeca, la sacudida provocó un fuerte tintineo.

—¿Qué día he tenido hoy? Ay —comentó, aunque nadie se lo había preguntado—. Me han encargado tres Lanvin y un Patou «a lo mejor». Todas las clientas sin cita previa, así que tuvimos que sacar los modelos de la casa hasta que vimos el color de los billetes. ¿Esta cría me entiende? —le preguntó la señora Godnosc a Una—. ¿Se lo has contado? Aquí ni una palabra de francés, solo inglés.

—La entiendo perfectamente —respondió Alix y pensó que ese «ni una palabra de francés» era lo que había permitido que esa mujer no estuviera todavía en la cárcel. El vestido y la americana de Mabel Godnosc eran una burda imitación de un traje de Chanel. Con «los modelos de la casa» Alix supuso que se refería a los vestidos que Mabel sacaba en los casos de emergencia para tener la coartada de ser una casa de modas legítima. Al ver el interés de Alix, Mabel dio una vuelta.

—Cuarenta y cinco dólares, incluidas las instrucciones de lavado y un envoltorio precioso. ¿Qué me dices, florecilla?

Alix no tardaría en aprender que en Maison Godnosc todos los precios se daban en dólares.

Mientras las otras dos mujeres mayores bromeaban, Alix se puso manos a la obra con el encargo por el que había ido. Cuanto antes terminase, antes podría marcharse. Lo único que deseaba era volver a estar con Verrian.

Se sentó junto a una mesa, se quitó el zapato y recuperó el papel doblado que había escondido dentro. Parecía el bloc de un profesor chiflado. Mabel echó un vistazo por encima del hombro de Alix.

—¿Esos garabatos son prendas?

—Por favor, madame, comprenda que tengo que memorizar los vestidos y dibujarlos a toda prisa. Ahora mismo voy a traducirle estos garabatos.

Mabel se volvió hacia Una.

—¿La he ofendido?

—No me ha ofendido, madame. —Alix se impacientaba por empezar de una vez—. ¿Puede darme papel y lápices de colores?

—¿No te has traído el material?

—No puedo ir a trabajar con material de dibujo asomando por el bolso. Es evidente que tendrá que proporcionármelo usted.

Alix empezaba a perder la paciencia. Una asintió con la cabeza mirando a Mabel y esta salió como un rayo. Volvió enseguida con una caja de pinturas y un bloc de dibujo.

—Bueno, florecilla, ¿cuántos tienes hoy?

—Cinco modelos, madame Godnosc.

—¿Solo cinco?

Una la interrumpió.

—Mabel, que no son latas de guisantes. Cinco, pero cinco detallados hasta el último hilo. ¿Tu secretaria no podría prepararme un gin Alexander? Alix tomará té.

—La secretaria no sabe hacer té; no se lo pidas. Con ginebra, lo que quieras.

—Alix tomará leche.

Cinco copias, detalladas hasta el último hilo... Mientras Una y Mabel brindaban con los vasos de ginebra, Alix bocetó el vestido Oro, después los cuatro primeros vestidos de noche de la colección de entretiempo. A diferencia de los vestidos de inspiración española que serían la guinda del pastel en el desfile, los cuatro primeros vestidos de la serie estaban pensados para las veladas de Cannes o Cap d'Antibes. Para contemplar el atardecer desde la cubierta de un transatlántico, con una copa de cóctel en la mano. Eran una combinación de seda y lino con un estampado de calado morisco y flores de azahar. Un fabricante de Lyon había confeccionado la tela para Javier como un favor de última hora y no se podía conseguir en ningún otro lugar del mundo. Alix había hurtado las muestras del almacén de telas, y había cortado el retal absolutamente recto para que la siguiente persona que cogiera el rollo de tela no se diera cuenta. Tenía la impresión de haber perdido medio kilo del miedo que había pasado.

Dibujó el vestido por delante, por detrás y de perfil, y añadió unas viñetas con detalles: un cinturón de la misma tela con una hebilla que tenía forma de hojas de naranjo; una manga abombada con la parte superior cuadrada; un cuello ancho con un sencillo ribete. Mañana les entregaría Lune de Minuit y Seguidilla. Les daría a esas mujeres la colección entera, costura a costura, manga a manga. Y cuando hubiera ganado lo que le hacía falta para salir del bache, no volvería a hacerlo nunca más.

Mabel Godnosc volvió a inclinarse sobre ella.

—¿Cómo lo has conseguido? ¿Le has echado un vistazo al cuaderno de esbozos de Javier?

—Nunca. Solo los diseñadores y las *premières* tienen permiso para entrar en el despacho del modisto a solas, y solo ellos ven la colección completa antes de que se presente en el desfile.

—Alix tiene buen ojo —intervino Una. Se había sentado encima de un escritorio y enseñaba la pantorrilla esbelta y la rodilla—. Lo supe en cuanto la vi. Cuando ven una prenda de ropa, casi todas las mujeres se imaginan cómo les quedaría a ellas, y casi todos los hombres miran lo que hay debajo. Alix se empapa de la ropa. Tiene un sexto sentido para saber por qué una prenda está montada de una forma concreta.

Mabel Godnosc se concentró, pensativa.

—Si la colección de entretiempo de Javier sale a la calle a mediados de mayo, nuestras fábricas necesitan los patrones y las muestras para anteayer. Ya tendrían que estar montando las piezas.

Una y Mabel empezaron a cruzar fechas y calendarios. Alix escuchó con



impaciencia antes de interrumpirlas con un:

—¡Esperen! No pueden lanzar nada hasta después del martes doce de mayo, que es el día en que se hará el desfile de presentación de la colección. ¿Me entienden? — Dejó el lápiz en la mesa para indicar que hablaba en serio—. Estos dibujos no pueden viajar hasta que Javier haya mostrado los originales en París.

Una se encogió de hombros.

—Claro —dijo en voz baja.

Entonces miró a Mabel, que añadió:

—No te pongas histérica, florecilla. En Maison Godnosc sabemos mantener el pico cerrado. ¿Alguna pista de si ya sabes quién va a hacer el pedido?

A regañadientes, Alix volvió a coger el lapicero.

—¿Quién, madame?

—La señora Simpson. La futura reina.

—El rey ha abdicado. No será reina.

—La futura duquesa que debería ser reina. ¿Es que no se dan cuenta esos dichosos ingleses de lo mucho que se esfuerza la dama para parecer una reina? Con unas caderas tan delgadas, se ahorrarían un buen pellizco en tronos.

—Compró algunos conjuntos en Javier —murmuró Alix, sin levantar la vista del papel—, pero le gusta más Mainbocher.

—A lo mejor entra aquí por la escalera de servicio cuando nadie se dé cuenta.

—Mabel —intervino una—, deja trabajar a Alix.

—Sí, ya, pero mira —insistió Mabel—. Si Javier le diseñara el vestido y nosotras se lo diéramos terminado dos semanas antes, sería como darle a la palanca de la máquina de hacer billetes. Si vistiera de Javier para casarse con el rey...

—No va a casarse con el rey —cortó Alix—. Va a casarse con quien podría haber sido rey.

—Una, ¿siempre es tan puntillosa?

—Siempre, Mabel. Y por eso vas a conseguir la colección que querías. Déjala en paz.

No la conseguirá entera, decidió Alix en un arrebato de irritación. No iba a darles Seguidilla, porque no pensaba malbaratar el trabajo invisible de Mémé, ni tampoco les daría Lune de Minuit, con el que había bailado el tango con Paul. Hizo las sombras del último detalle... Por fin podía ir a buscar a Verrian.

Pero Mabel tenía otros planes. Agarró a Alix por el brazo.

—¿Por qué no te inventas un original para mí, eh?

Cuando Alix repitió incrédula la pregunta, Mabel asintió con entusiasmo.

—Tenemos que mantener la fachada de ser una casa de modas legítima y yo no tengo mano para diseñar. Antes lo hacía mi sobrina, pero ha regresado a Nueva York y he intentado encontrar a alguien, pero no es fácil dar con la persona adecuada...

—Venga, Alix, ponte —le urgió Una. Ya llevaba tres copas de ginebra—. Quieres ser diseñadora, ¿no? Pues Mabel te da la oportunidad de empezar. Te dará una

comisión por cada vestido que venda, ¿verdad, Mabel?

Las cejas de Godnosc se contrajeron por encima de su nariz.

—Claro, ¿por qué no? Hazme un vestido de día, combinable y fácil de llevar, del que se vendan millones. Uno solo. Uno de nada...

«Vey ist mir.» «La congoja me inunda.» Alix se concentró en la hoja en blanco que tenía delante, y después miró la hora en el reloj de pared. Confiaba en que a Verrian Haviland le gustase esperar.

Cuando Alix buscó un diseño para ese vestido del que se venderían millones de unidades, lo único que se le ocurrió fue un vestido de tubo muy poco inspirador. Le puso la parte de delante cruzada. Uf, eso era lo que llevaba madame Rey porque le recogía el pecho voluminoso. Añadió botones. Entonces le recordó a la profesora de la asignatura de hogar que daban en el colegio. Otra página, a empezar de cero. Dibujó unas mangas abombadas y atrevidas *à la Javier*, un cuello de solapas levantadas con el forro en color vivo. Una pieza con forma de rombo debajo del busto, que definía el estómago, la falda caída desde la cintura, natural. Ahora ya parecía otra cosa... Durante años, la moda había dibujado una curva suave alrededor de la cintura. La década de 1930 les había devuelto a las mujeres su figura después de las cinturas bajas de los modelos de la década anterior, pero el estilo predominante había sido el corte recto y lánguido, tipo sauce llorón, con el énfasis siempre en los hombros. La pieza de rombo central que acababa de dibujar no seguía el compás de los tiempos. ¿Demasiado radical? Probablemente sí, pero ya eran las nueve y veinte.

La tela... Una apuesta segura: crepé negro. Los ribetes y los puños darían el toque de color con un crepé estampado, de color rojo, tal vez, decorado a mano con un motivo en negro. Una flor... Una rosa al estilo de Pugin, como las que se había bordado Alix en aquel pobre abrigo pseudo-Schiaparelli. Venga, listo. Dibujó la parte posterior del vestido y cuatro recuadros para los detalles, y garabateó la descripción del tejido.

—Tengo que irme —le dijo a madame Godnosc.

Una recogió el diseño.

—Hay que hacer unos cuantos abdominales para poder ponerse este modelito. Aunque claro, tú te lo puedes permitir, Alix. Yo seré la primera que te lo encargue, pero cambia los colores.

—Los colores lo son todo en este vestido —contestó Alix.

—No, si la clienta soy yo. ¿Negro como un perro y rojo sangre? Ya has vuelto a leer las noticias, ¿verdad? ¿Cómo piensas llamarlo?

—No lo sé. —Ya eran las nueve y media—. Espere, se llamará Rose Noire.

Alix tardó pocos minutos en dar con Verrian, pero bastó mirarle un segundo a la cara para ver que, desde luego, no le gustaba nada esperar. Se sentó en la silla que él le ofreció. Había elegido una mesa en la terraza, cerca de la intersección entre Champs-Élysées y la place de la Concorde. Alix habría pasado de largo sin verlo de no ser porque Verrian la había llamado, pues la avenida estaba escondida entre la maraña de luces de las cafeterías y los coches y, además, había dos mujeres de pie justo delante del periodista.

Cuando Alix se acercó, las mujeres se apartaron dándose aires de grandeza e intercambiaron miradas por encima del hombro. «Solo una mujer de la calle se pondría un traje dos tallas más pequeño desabrochado hasta el canalillo», pensó Alix.

—¿Eran amigas tuyas?

—No... Ya lo sabe, no se haga la ingenua. —Verrian tenía delante una jarra de cerveza, que le servía para sujetar un periódico de hojas grandes—. ¿Le apetece una? —le preguntó dando unos golpecitos en el borde de la jarra.

—Prefiero vino, gracias. Tinto. —Y añadió—: Yo también me ladeo el sombrero, pero no me lo planto en un lateral de la cabeza, emplastado como una tartaleta. ¿Por qué lo hacen esas mujeres?

—Una forma discreta de anunciarse. Más fácil que llevar un cartel, ¿no? Por cierto, llega tarde, señorita Gower.

—No he podido escaparme antes.

—No me importa esperar.

—Su expresión dice lo contrario.

Asintió.

—No es culpa suya. He cogido el periódico. Es de hace tres días... Decidí darme un respiro y estar unos días sin leer las noticias y resulta que me he perdido algo calamitoso. Han bombardeado otra localidad en el norte de España. Guernica, en el País Vasco. Tengo..., tenía amigos allí.

—No me gusta leer el periódico —dijo Alix con contundencia—. Hace que sienta que el mundo es un lugar horroroso.

—A veces lo es. —Verrian colocó las manos encima de las de Alix—. Pero ¿por qué iba a preocuparse por personas que no tienen la menor relación con usted?

Alix notó el ánimo taciturno de Verrian. En un arrebato, le contó que había visto al conde de Charembourg esa tarde.

—Me ha dicho lo mismo que me contó usted el otro día.

—¿El qué?

—Que soy una página en blanco. Solo que usted dijo que era una hoja en blanco.

¿Eso es lo que soy? ¿Un papel en blanco, para que la gente escriba sus opiniones en mí?

—A lo mejor. —Verrian arrojó el periódico, que resultó ser *The Times*, a la silla vacía—. Sospecho que es porque su espíritu indomable nos recuerda que todo es posible, si estamos preparados para esforzarnos por conseguirlo. No está tan mal si se plantea así, ¿no cree?

El camarero le sirvió el vino y dejó también un platito de pan y otro con aceitunas. Alix se tiró de cabeza a las aceitunas:

—Lo siento... —dijo—. Cuando salgo de trabajar me muero de hambre.

«Que no me digan que la ropa no importa», pensó Alix. Aquella vez en el Deux Magots, y anoche, cuando llevaba el vestido de estilo Lucien Lelong de Una, se había sentido tan sofisticada como el periodista, pero esta noche, con la ropa de trabajo, se sentía como uno de los gorriones que saltaban entre las patas de las mesas del bulevar. Verrian hacía que pareciese enana, con ese periódico enorme y el abrigo de hombros anchos que llevaba suelto y abierto.

—Alix, el otro día me habló de su abuelo...

La mano de la joven se detuvo a punto de llegar a la boca.

—¿Y?

—Parece que no deja de asomar la cabeza. Igual que usted.

—Vivo aquí —se defendió—. Es usted el que asoma la cabeza.

—Tiene razón. —Una sonrisa le suavizó la mirada—. Mi hermana Lucy, que se ha comprado todos los libros escritos por el gurú Cheiro, el que lee la palma de la mano, diría que en nuestras líneas de la vida ya estaba escrito que nuestros caminos tendrían que cruzarse. Y bueno, ahora que se han cruzado, me he permitido hacer algo que no era asunto mío. Ayer le pregunté a un amigo por Alfred Lutzman.

—Pero si anoche nos vimos. ¿Por qué no me contó nada? —le preguntó Alix con la boca llena de pan.

—Porque tenía en la cabeza otros pensamientos más acuciantes que su abuelo. Pero ahora me gustaría hablar de él. Me dijo que murió antes de que su talento pudiera florecer...

Mientras el periodista elegía una aceituna, Alix estalló:

—Deje de marear la perdiz. Sé algunas cosas malas de mi abuelo.

—Cuénteme.

—Se marchó de casa y se fue a estudiar a Inglaterra, dejando a su padre solo a cargo del negocio. No escribió a su familia hasta que llegó a Londres, y pensaban que lo habrían detenido las autoridades. Provocó que su madre enfermara. Hizo promesas que no cumplió. Y era tacaño.

—¿Con el dinero?

—No tenían mucho dinero, pero sí. Le prometió a Mémé (mi abuela), que le compraría un vestido de novia, conque ella lo encargó. Pero luego no iba nunca al banco a sacar el dinero, así que mi abuela tuvo que pagarlo semana a semana de su

bolsillo. Empezó a hacer remiendos para conseguir llegar a fin de mes, y después de pagar el vestido, él dio por hecho que su mujer seguiría trabajando sin descanso. Algunas veces prefería que su hija pasase hambre antes que vender sus obras. Cuando habla de él, oigo que Mémé llora por dentro. Pero eso no significa que no fuera un pintor fantástico.

—¿El conde de Charembourg era el mecenas de su abuelo?

—No lo creo. Le compró algunos cuadros, pero en aquella época era aún muy joven. Los jóvenes no coleccionan arte, se dedican a perseguir a las chicas —zanjó con autoridad.

Él le apretó la mano, y no de forma delicada.

—Hay otra cosa. Me gustaría comprender de qué se conocen *monsieur le comte* y usted. ¿Cómo es que la ve como una dulce página en blanco?

—Por Alsacia, por la guerra. Mi padre luchó codo con codo con él. Cuando estalló la guerra, ambos se alistaron en el Regimiento de Infantería de Londres. En medio de una batalla (cerca de Arras, tengo entendido) el conde saltó por los aires por culpa de una bomba y mi padre corrió a rescatarlo. —Entonces dudó un momento, porque tras la reciente conversación con el conde en Maison Javier, ya no se imaginaba esa escena heroica con nitidez—. Cuando se enteró de que tanto mi madre como mi padre habían muerto, el conde ayudó a mi abuela económicamente.

—Alsacia..., el arte..., Londres..., la guerra... Cuántas cosas los vinculan.

Alix apartó la mano.

—¿Acaso quien le interesa es el conde de Charembourg?

—No, es usted quien me interesa.

Tiró de las sillas de ambos para acercarlas y entrelazaron una pierna. Alix se estremeció de frío y él le pasó el abrigo por encima de los hombros.

Le habría encantado acurrucarse sobre él, pero las preguntas tan incisivas del periodista habían vuelto a complicar las cosas.

—Es por deformación profesional, ¿verdad? No puede evitar indagar en los secretos ajenos...

—*Mea culpa*.

—Pues deje que le ahorre tiempo. El conde no es mi padre, por si se lo planteaba. La gente suele pensarlo, porque siempre ha sido muy generoso conmigo. —Cogió la copa de vino con la intención de apurarla de un trago, pero en lugar de eso se atragantó y agarró una servilleta—. Mis compañeras de clase me lo decían cuando querían ser malas conmigo. Se lo pregunté a Mémé una vez que iba medio achispada y me dijo que no debía pensar eso nunca. Me dijo que me parecía mucho a mi verdadero padre y que nadie que hubiera visto la fotografía de John Gower podría dudarle. Ay, mire lo que he hecho por su culpa.

Verrian extendió una servilleta sobre la mancha de vino del mantel y pidió que le llenaran la copa.

—Como ya le dije en otra ocasión, a mí no tiene que darme explicaciones.

—¡Usted intenta darme explicaciones sobre mi vida a mí!

—Lo siento. —Le tocó los rizos que le caían sobre las sienes—. Confío en que nadie le haya arrancado otro mechón...

Verrian intentaba que la tormenta amainara, pero Alix se sentía idiota porque notaba que el vino le goteaba dentro del zapato. Si alguien pasaba por delante de su mesa, pensaría que era la hermana pequeña del periodista.

—Pronto me cortaré el pelo —contestó. Sacó un tema que sabía que a menudo tocaba la fibra sensible de los hombres—. Muy corto, después de que Bonnet acabe conmigo.

—¿Ahora Bonnet?

—Me refiero a que acabe de pintarme. Ya le dije que posaba para él. La luz que me cae sobre la melena es la parte más importante de la composición, según dice. Me dice que si quisiera que fuese toda cuello y hombros, me habría pedido que me recogiera el pelo. —Ah, por fin una reacción. Como la chispa que sale de la rueda de la locomotora cuando roza las vías con un chirrido. Continuó—: Bonnet era el aprendiz de mi abuelo. ¿También ha averiguado ese dato? Por eso es el maestro de la carne femenina, igual que mi abuelo. Pinta despacio y hay que azuzarlo para que termine sus obras. Me quedo helada cuando poso para él, es eterno.

Buen golpe.

—Alix, ¿se hace a la idea de lo que provoca en mi autocontrol el imaginarla posando desnuda para otro hombre? Si ahora mismo estuviéramos juntos en una habitación de hotel, disfrutaría muchísimo con esta conversación. Tendría una textura muy diferente y posibilidades también distintas.

Alix apartó la mirada. Incapaz de decir algo inteligente o remotamente seductor a cambio, soltó:

—Ya le dije que discutiríamos...

—Sí que me lo dijo.

La joven volvió a dirigir la mirada hacia él y lo pilló alargando la mano para coger *The Times*, con expresión sombría. Saltaba a la vista que el bombardeo de una ciudad lejana le importaba más que ella. Claro que sí. Su ignorancia sería un aburrimiento para un hombre inteligente. Sospechaba que bajo los modales desenfadados de Verrian subyacía un carácter muy serio. Para llamar su atención, Alix levantó la copa para brindar.

—Brindo por su salud.

Él asintió.

—Y por la suya. Aunque debería dejar de posar en cueros en áticos de Montmartre si desea mantenerla. —Dobló el periódico y se puso de pie—. Ya va siendo hora de que la acompañe a casa.

No le dejaría entrar en el portal.

—Nuestra portera es una cotilla.

—¿Puede encender una luz al llegar a su casa, para que sepa que está a salvo?

Le prometió que dejaría la puerta del piso abierta y encendería la luz del recibidor. Hacía poco que habían sustituido las bombillas de la escalera, tras meses de oscuridad, pero habían vuelto a fundirse.

—Verá el brillo de la luz justo ahí.

Señaló el tejado del abuhardillado del edificio.

—Esperaré. Me temo que tendré que trabajar este fin de semana, pero podemos vernos el lunes. ¿En el mismo café?

—De acuerdo.

Esperó a que Alix llegara al último tramo de escaleras y enseguida se vio recompensado con un guiño de luz. Con *The Times* debajo del brazo, se dio la vuelta y soltó un profundo suspiro. El día había sido larguísimo, pero aún no tenía ganas de acostarse. Lo hacía todo al revés. El problema era que había tantas versiones de Alix que nunca estaba seguro de cuál tenía delante. Se sentía frustrado. La mujer que lo había cautivado en el Deux Magots no era la pícara a la que habría tirado de las orejas esta noche.

Al llegar a una callejuela que cortaba con Saint-Germain entró en L'Arancia, un restaurante que habían montado en el sótano de un edificio antiguo, frecuentado por estudiantes universitarios de la Sorbonne y por los empleados del *News Monitor*. Necesitaba compañía. No era precisamente que «deseara» compañía, pero sabía que no le convenía estar solo. Saludó con la cabeza al patrón del restaurante, un italiano llamado Visconti cuya esposa Arantxa, de origen vasco, tenía un semblante serio a la luz de los apliques con velas. Verrian supuso que Arantxa ya se había enterado del bombardeo de Guernica.

Derek Chelsey estaba sentado en su habitual mesa rinconera, con la secretaria de redacción, Beryl Theakston, a su lado, ataviada con un sombrero de terciopelo. Tres periodistas completaban la fiesta.

—¡Haviland, dichosos los ojos! —exclamó Chelsey por encima de la conversación de los comensales—. Se ha perdido los langostinos pelados, pero ahora íbamos a hincarle el diente al guiso de ternera.

Como era de esperar, Chelsey había recuperado en un abrir y cerrar de ojos el puesto de director de la edición francesa del *News Monitor*. Lord Calford se había cansado enseguida del estilo sarcástico de Verrian y había vuelto a poner a Chelsey donde le correspondía.

—Arantxa, ángel mío, dele una silla a este hombre. Páseme eso... Nada de trabajo mientras cenan. —Chelsey alargó la mano para que Verrian le diera el periódico, y soltó un bufido en cuanto vio la cabecera—. ¿¡Ahora lee a la competencia!? Supongo que por una vez le perdonamos. Ahora hablábamos del tema: «La tragedia de Guernica». Ninguno de estos lumbreras sabía dónde estaba Guernica. —Chelsey barrió con la mano a sus compañeros de trabajo como si los desdeñara—.

Y se han enterado ahora de que las bombas no han dejado piedra sobre piedra. Justo cuando nos hacía falta que usted estuviera en España, ¿eh, Haviland?

—Esta guerra es horrorosa. —Beryl meneó la cabeza y, con ella, la cinta del sombrero—. Los pilotos alemanes ametrallaron a los aldeanos mientras huían. Con brutalidad, sin piedad... Descargaron los bombarderos sobre niños indefensos.

—No eran bombarderos —la corrigió Verrian—, eran aviones de combate.

Según el corresponsal especial de *The Times*, que había presenciado las humeantes horas que siguieron al ataque, los bombarderos habían empezado el ataque de ese pueblo del País Vasco, lanzando explosivos de gran potencia en el centro. La plaza del mercado, las iglesias, incluso un hospital, recibieron los impactos de las bombas. Después habían aparecido aviones de combate, que avanzaron en vuelo rasante para acribillar a los aterrados supervivientes con el fuego de las ametralladoras.

—Esto no es una guerra, Beryl, es una masacre —añadió—. Incluso bombardearon granjas apartadas de la ciudad.

El artículo de *The Times* había revivido los recuerdos que Verrian creía que estaban encerrados bajo llave para siempre. Su mente no dejaba de verse atormentada por una imagen persistente: un vehículo abierto como una lata de conservas, el fuego ambarino que se prendió cuando explotó el depósito de combustible. Estar con Alix había mitigado momentáneamente esos recuerdos: la necesitaba. Ya estaba, lo había admitido. Sin ella, el único consuelo que le quedaba era el alcohol.

—Pero la crónica es cojonuda. ¿Quién la ha escrito?

Chelsey llenó una copa limpia con vino de la jarra.

—Steer, diría yo.

—No me gusta que levanten las exclusivas al *Monitor*. Ahora todas las historias que valen la pena están en España.

—Y hay de sobra. Parece que cada vez es más fácil volar por los aires una ciudad entera. Es una brutalidad. Ocurrió ayer mismo mientras tomábamos el té.

—Vamos, por favor, señor Haviland —Beryl se estremeció.

Derek Chelsey llenó la copa a todos.

—Es la guerra, Haviland —dijo con voz pastosa—. Y si cree que sabe tanto del tema, ¿qué hace aquí?

Antes de meterse en la cama por fin, Verrian escribió una carta a un amigo de Londres que trabajaba para el Ministerio de la Guerra. Los comentarios de Alix acerca del servicio prestado por el conde de Charembourg durante la guerra habían despertado su curiosidad. ¿De verdad habían sido compañeros de armas un aristócrata y su padre? Incluso Alix parecía tener sus dudas, y tal vez fuese cinismo profesional, pero a Verrian también le parecía poco probable. «Al parecer, ambos hombres combatieron en el Regimiento de Infantería de Londres —escribió—. Lo único que



puedo decir acerca de John Gower para que sea más fácil seguirle la pista es que se casó con una mujer extranjera y tuvieron una hija.» Cerró la carta, escribió una dirección de Whitehall, en Londres, y la apartó para echarla en el buzón al día siguiente.

Entonces se tumbó en la cama y le dio vueltas al último comentario recriminatorio de Chelsey. ¿Por qué seguía merodeando en París en lugar de compartir el sufrimiento de España?

Para Jean-Yves de Charembourg el día había sido igual de devastador. El conde acababa de leer cuál había sido el destino de Guernica en el dormitorio de su amante, en la avenue Montmartre. Al oír que se cerraba la puerta del cuarto de baño de la suite, apartó el periódico, porque la política estaba prohibida entre Hélène y él después del anochecer. Esa velada el conde no había dejado muy alto el listón, y aunque Hélène se lo tomaba con filosofía y era incluso generosa con el tema, se había sentido acomplejado. La mente lo racionalizaba todo, mientras que el cuerpo era un niño ingobernable, incapaz de camuflar sus necesidades y sus carencias. Tras toparse con Alix (¿de verdad había sido esa misma tarde? Parecía que hiciera una semana), había emergido de Maison Javier como si lo hubieran despellejado emocionalmente. Se había plantado delante de él con esa bata de penitente y lo había acusado de traicionarla. «Me mintió.» ¡Ojalá Danielle Lutzman y él le hubieran contado la verdad desde el principio! Si Danielle le hubiese permitido hablarle a Alix del amor que sentía por Mathilda, y de las circunstancias de su primer encuentro, una vida entera de ficción habría podido evitarse. Pero... para ser sinceros, cuando Alix era pequeña, mentir había parecido lo más cómodo, lo más correcto. Nadie había intuido que crecería con interrogantes metidos en la sangre. Lo culpaba de manera injusta, pero era normal que no se rebelara contra su abuela. La pobre Danielle era todo lo que tenía.

Y su chantajista había vuelto a ponerse en contacto con él. Ninette había atendido la llamada esa tarde y garabateó un mensaje confuso. Le entregó la nota en cuanto lo vio cruzar la puerta de la casa. Se notaba que la joven estaba aturdida. Otros quinientos mil francos que debía colocar detrás de la columna en Notre-Dame-d'Auteuil.

«¿Papá? —le preguntó su hija—. ¿Es verdad que le debe tanto dinero a alguien? Me ha contado no sé qué de un asesinato en Kirchwaller... Decía que sabía quién lo hizo. Me hizo escribir los nombres de otras personas que lo saben. —Le mostró el papel—. Usted y alguien que se apellida Lutzman, ah, y la pobre madame Haupmann. ¿Qué va a saber la vieja ama de llaves de la abuela de cualquier tema? ¡Si tiene mil años! Dijo que la abuela también lo sabía todo, lo cual es ridículo. Y luego dijo algo que me puso los pelos de punta. Le hará daño “a alguien hermoso” si no le paga... No se refiere a mí, ¿verdad, papá?»

Gracias a Dios, se las había arreglado para convencer a Ninette de que era un embuste. Ese cerdo del chantajista quería el dinero antes de que acabara la semana.

«Si paga a un chantajista, mantendrá a un chantajista.» Pero ¿cómo? Estaba sin blanca y no podía vender el resto de las acciones del banco sin alertar a la comunidad financiera de sus problemas de liquidez. Había que tener mucho cuidado con el capital propio. Tendría que vender algo tangible. ¿El coche, el Panhard? Pero ¿antes de que acabara la semana?

Hélène entró en el dormitorio bañada en un miasma de Chanel n.º 5.

—¿Estás despierto, Jeannot? —susurró.

El conde fingió que dormía.

—Alix, monsieur quiere que vaya a su estudio, ahora mismo.

Alix tomó el ascensor y, cuando salió, se dio cuenta de que la guiaba el aroma del café. Era lunes a primera hora de la mañana y había salido de casa sin desayunar, porque no quería volver a cometer la misma falta que la semana anterior y llegar tarde al trabajo. El fin de semana se le había hecho eterno, pues Verrian había estado tan ocupado que no habían podido verse. O ¿estaría guardando las distancias a propósito? Se quedó a pocos pasos de la puerta del estudio de Javier y se mordió el labio. ¿Por qué quería verla el diseñador? ¿La habrían delatado y se habría enterado de su relación con Godnosc? ¿La habría visto alguien hurtando las muestras de tela? ¿O habrían mirado qué llevaba dentro del zapato...? Sus conjeturas empezaban a rayar el ridículo. Llamó a la puerta.

Javier no estaba solo. Su anciana sirvienta española le servía un café tan fuerte que superaba el aroma del perfume de la casa, Ersa, con el que rociaban la habitación todas las mañanas. La sirvienta le preguntó a Javier si ya tenía bastante café.

—Sí, sí —contestó en español sin molestarse en mirar la taza.

Tenía docenas de muestrarios delante, desparramados por la mesa. Esas páginas llenas de bocetos, con muestras de tela y de bordados prendidos con alfileres, eran la recopilación de los diseños de toda una vida profesional. El archivo de Javier.

—Siéntese —le indicó a Alix—. ¿Café?

—Sí, por favor.

Alix se sentó tiesa como un ajo.

—Ana Sofía...

Javier le pidió algo a la sirvienta en español a una velocidad de vértigo y la anciana fue a buscar otra taza y una jarrita de la que sirvió la leche muy caliente con espuma, seguida de un café negro como el carbón.

—Cuando era pequeño —comentó Javier mientras cogía la taza—, mi madre era la encargada de la lavandería de la isla, y mi padre se ganaba la vida llevando un carro del puerto a la ciudad. Bajaba al puerto, donde esperaba a los barcos y recogía a los pasajeros. Una especie de servicio de taxi antes de que existieran los vehículos con motor. Por las mañanas, toda la familia andaba apresurada y mi hermana mayor, Abigail, hacía un café tan denso que podía cortarse con un cuchillo. Lo dejaba hecho desde primera hora, aunque se enfriara, y luego le añadíamos leche tan caliente que casi estaba hirviendo. No puedo cambiar las costumbres, aunque los franceses tiemblan al verme. Las costumbres son difíciles de erradicar.

Le entregó un paquete de papel de estraza a Alix.

—Ábralo.

La joven utilizó las tijeras que llevaba colgadas del cuello para cortar el cordel. El envoltorio se deshizo y el papel dejó al descubierto un rollo muy apretado de encaje de crin rubia de caballo.

—Santo Dios, aquí hay un montón de encaje.

Javier sonrió.

—Probé a colocarle el encaje que me dio al vestido Oro. Por cierto, me permitirá que le pague a su abuela por la muestra. Ha servido para resolver el problema. Alix, brindo por su buen olfato.

—Le habrá salido muy caro, ¿no?

—Más que caro, pero no importa... Hay algo muy especial que me gustaría que hiciera por mí. —Javier abrió un cajón y sacó un periódico—. Mis hermanas, Abigail y Carmen, son la única familia que tengo ahora y no quieren salir de nuestra isla, aunque yo quiero sacarlas de allí. Nadie sabe cuál será el destino de los judíos españoles si los fascistas ganan esta guerra, pero no hay forma de que mis hermanas accedan a marcharse a Francia. —Añadió un terrón de azúcar al café, poco a poco, para que no salpicara los apreciados cuadernos que lo rodeaban—. ¿Qué les diría si fueran sus hermanas, Alix?

—Eh... —Ya estaba enterada de la guerra de España antes de conocer a Verrian, pero había dado por hecho que la política era demasiado complicada para intentar comprenderla—. Pues, eh... ¿Los judíos españoles tienen motivos para temer por su futuro?

Javier parpadeó y Alix reformuló la pregunta:

—Me refiero a si se encuentran en la misma situación que los judíos alemanes. Mi abuela ha leído en *L'Humanité* que se hallan en una situación muy difícil y eso la ha disgustado mucho. —Confiable en que Javier la interrumpiera, pero parecía dispuesto a esperar hasta que ella expusiera la lógica de su pensamiento—. Mi abuela tiene un miedo atroz a los nazis... Ya sabe, los nacionalsocialistas alemanes...

—Ya sé quiénes son, Alix.

—Sí, disculpe. Teme despertarse un día y encontrárselos en Francia. No me gusta pensar en esas cosas. Tal vez considere que soy boba, pero siempre había dado por hecho que la política de un país se detenía en la frontera, igual que el idioma o las señales indicadoras. Así era en Inglaterra, por lo menos.

Javier asintió con la cabeza, cada vez más serio.

—*Petite*, hace unas cuantas noches la vieron con un vestido precioso de Lelong. ¿Se lo ha comprado de su bolsillo?

A Alix se le sonrojaron tanto las mejillas que acabaron de un rojo encendido. Entre tartamudeos, dijo que se lo había prestado madame Kilpin. No valía la pena mentir. La presencia de Una Kilpin en la inauguración del Rose Noire había sido tan llamativa como su vestido.

—Me invitó a su casa y me abrió el vestidor para que cogiera lo que quisiera.

—Qué maravilloso. ¿Y vio muchos vestidos de alta costura de imitación entre sus

perlas?

—Eh... No lo sé. Pero el tocador tiene una alfombra blanca, gruesa como la piel de oso, y las paredes tan pulidas y brillantes que dan la sensación de ser un espejo en el que reflejarse. Las puertas del armario ropero también son de espejo. Cuando las abrió...

Alix estaba segura de que Javier había utilizado la palabra «imitación» a propósito para escandalizarla. Lo último que quería era parecer familiarizada con la piratería; o peor aún, acabar confesando que estaba implicada.

—Nunca he visto tanto color oro y ocre pálido en toda mi vida. ¿Sabe que también compra ropa en otros colores pero nunca se la pone?

—Extraordinario. ¿Quién puede entender a los opulentos? La verdad...

En ese momento regresó la sirvienta con café recién hecho y Javier chasqueó los dedos para que se marchara.

Alix lo miró con incredulidad. Nunca lo había visto ser maleducado con nadie. Ahí tenía la primera prueba. Ahora iba a sacar los trapos sucios de Alix y acusarla de haber robado. Se puso todavía más erguida y rezó para ser capaz de pasar el mal trago con dignidad.

—¿La verdad, monsieur?

—... es —continuó— que tienen miedo de dejar los gatos y la tumba de nuestros padres.

—¿Disculpe, a qué se refiere?

—Abigail y Carmen. Me dijeron que se vendrían conmigo, metieron sus pertenencias en los baúles, repartieron la comida que les quedaba. Cuando llegó el carro, cargamos el equipaje, pero en el último momento dijeron que no se montaban. Las ayudé a volver a meterlo todo en casa y me marché. Volví a París y me puse a dibujar diseños de vestidos. Mi espectáculo debe continuar, ¿no cree?

Alix asintió.

—Claro.

—Tengo entendido que pasó la infancia en Inglaterra.

—Nací y fui a la escuela allí, sí.

—¿Su padre era inglés?

—Londinense, ingeniero de ferrocarril.

—Ah. —Javier alzó un dedo—. Ha heredado la sabiduría de su padre. Es capaz de calcular el peso que puede soportar el encaje de crin.

Mientras Alix se reía aliviada, Javier deslizó el periódico por la mesa para acercárselo a la joven. *The Times*, con fecha del 28 de abril, el mismo que había leído Verrian.

—Por favor, léame la columna que describe una ciudad destruida por el ataque aéreo, todavía no he tenido el valor de leerlo yo. Lea en voz baja... No quiero que Ana Sofía se entere.

Mientras Alix leía la crónica directa de la destrucción de una localidad vasca, era

consciente de que le estaba dando al diseñador una noticia funesta. Javier debía de haberse enterado de los ataques, pero desconocía los detalles:

—«... a las 16.30 horas tocó la campana de la iglesia... y la población se refugió en las bodegas... Cinco minutos más tarde, un único bombardero alemán sobrevoló en círculo la ciudad a poca altitud, luego lanzó seis bombas pesadas... A partir de entonces el bombardeo aumentó de intensidad y no cesó hasta que empezó a atardecer».

Levantó la mirada hacia Javier. El diseñador miraba con fijeza un punto indeterminado por detrás de la cabeza de Alix.

—«Toda la localidad... reducida a escombros poco a poco y de manera sistemática...» Lo siento, monsieur. De verdad, lo siento mucho.

Javier alargó la mano y la sacudió, y Alix supuso que quería que ella se marchase pero, cortés hasta la médula, intentaba darle la mano antes. Sin embargo, lo que quería el modisto era el periódico. Se acercó con él hasta una papelera y lo tiró. Allí permaneció inmóvil, mientras Alix buscaba sin éxito algo que decir en tal situación. Cuando Javier regresó al escritorio, el brillo de la frente delató su emoción, pero el resto de su cuerpo seguía bajo un rígido control.

—Gracias. Ahora, vuelva al taller de costura, por favor.

—¿Al taller de costura? —preguntó decepcionada—. ¿Quiere mandarme otra vez allí?

Javier asintió.

—La semana pasada me demostró lo hermosos que son mis vestidos cuando se baila con ellos a la luz de las velas. Insufló vida a unos modelos que habían perdido todo rastro de vitalidad. El baile de su encantador amigo con usted fue mágico.

—¿Está enfadado?

—Me puso un espejo delante, Alix. Pero acabo de llegar a la conclusión de que esta línea de entretiempo no puede seguir adelante.

—¿No puede seguir adelante?

Alix se puso de pie con tanta torpeza que la silla acabó cayéndose al suelo.

—En estos momentos de dolor, de duelo, no puedo lanzar una colección de vestidos de baile. No, mientras España sufre y se retuerce y el mundo libre aparta la mirada. Se acabó.

—¿Ha anulado toda la colección de entretiempo? ¿Todos esos vestidos de fiesta? Así... ¿Olvidados sin más?

Alix se desplomó en la silla. La ira de Una iba a conseguir que un dolor de cabeza fuerte se convirtiera en otro insoportable.

—Me ha mandado de vuelta al banco de costura —susurró la joven.

—¿Eso ha hecho Javier? —espetó Una—. ¿¡Qué se le ha metido en la cabeza a ese hombre!? Nadie anula una colección que casi ha terminado salvo que esté muerto

o loco de atar.

—Madame Frankel se ha quedado sin palabras —dijo Alix mientras se masajeaba las sienes—. Cree que entrarán en bancarrota. Las ventas de media temporada mantienen el negocio de la moda a flote hasta el verano. Todos esos dibujos que he hecho para ustedes —dirigió la mirada hacia Mabel Godnosc, cuyo aturdimiento le salía por los poros de la piel—... será mejor que los quemem.

—¿Quemarlos? —Una se detuvo a un par de dedos de Alix—. ¿Tirar el dinero por la ventana porque tu jefe ha perdido la chaveta y tú has perdido los nervios? Vamos a vender esos vestidos de marras porque, de lo contrario, no nos pagarán.

—Tengo a la mitad de los mayoristas de la Séptima Avenida listos para repartir los modelos de Javier la tercera semana de mayo —chilló Mabel—. Sirven género a las tiendas con más clase de la Quinta y la Sexta Avenidas. Los agentes de prensa ya han empezado a escribir artículos en las páginas de moda. Las clientas hacen pedidos por teléfono sin haber visto un hilo siquiera. Cientos de prendas, vendidos de antemano.

—Pues coja un barco a casa y anule las ventas —gruñó Alix.

—¿Que coja un barco? Aunque me tirara de un cohete directo a Cape Cod, llegaría tarde. Todos los bocetos que me dio ya están en producción o esperando a que el tejido salga de los telares.

—¿Qué?

De repente, a Alix le entró miedo y se aproximó a grandes zancadas hasta Mabel. Se abrió ante ella un nuevo escenario: que Javier leyera las páginas de moda de las revistas de Nueva York y viera sus prendas en venta antes de que hubieran salido siquiera de su propio estudio.

—Acordamos que no se vendería nada hasta que se hubiera presentado la colección. ¡Me lo prometió! —Alix había dado por sentado que la colección de Javier se filtraría a las tiendas de la Quinta Avenida de Nueva York hacia finales de mayo, junto con los diseños robados de todos los demás grandes modistos de París—. Sabrá que tiene un topo en la empresa... Llamará a la policía.

—Se llama riesgo y recompensa, bonita —comentó Una—. Por eso te pagamos.

—¡Pero si no me pagan! ¿Y qué riesgo corre usted, eh? —Alix agarró de la manga a Una e hizo oídos sordos a sus protestas—. ¿Qué le ocurrirá a usted si nos descubren? Seguirá teniendo el pisito, el coche, el chófer, los miles de vestidos y el ama de llaves. Puede permitirse ser atrevida porque no tiene nada que perder.

Una se zafó de ella al fin y se alisó la manga con rabia.

—A usted no van a demandarla los fabricantes, como a madame Godnosc —continuó Alix—. Tampoco trabaja todo el día por una miseria. No tiene una abuela artrítica sentada en un piso frío, ¡ni hermanas pequeñas que pillen el crup!

Una abrió la boca para contestar, pero Alix fue más rápida.

—No tiene hijos, ni siquiera tiene gato. Es una mujer malcriada, avariciosa y boba que roba el trabajo de un genio porque ha fracasado en ese mismo negocio. Para

usted no es dinero, es... —había una palabra que encajaba con la motivación de Una Kilpin, y Alix fue incapaz de sustituirla por un sinónimo—... prostitución.

—¿Prostitución?

—¡Y yo no tengo la culpa de que los alemanes bombardearan el país de Javier!

Una intentó soltar una carcajada mordaz, pero le salió algo más sombrío.

—Podría decirte un par de cosas sobre el tema de ser una fresca, Alix Gower, pero no lo haré. Solo te diré esto: no eres la única que tiene sueños, deseos y necesidades.

—Chist, silencio, señoras —les pidió Mabel—. O acabarán subiendo los vecinos.

—Decidamos cómo salir, lo menos perjudicadas posible, de este naufragio en el que nos ha metido Alix —respondió Una con frialdad.

—Cancelamos la operación —dijo Alix—. Todo lo que hemos copiado de Javier, toda la producción fabricada en Nueva York debe destruirse. —Habló con toda la autoridad que fue capaz de transmitir sin perder la paciencia—. Javier ya ha escrito a la prensa para anunciar que no habrá colección. Si seguimos con la serie de imitación... En fin, será como hacer carteles de «Se busca» con nuestra cara y empapelar con ellos toda la ciudad de París.

—¿Y marcharnos con el rabo entre las piernas? —Una había recuperado la mayor parte de su compostura, aunque los brazos cruzados disminuían el efecto del conjunto—. Imposible. ¿Qué me dices de los medicamentos para tu abuela? ¿Qué me dices de Paul, que se hunde cada día más en el canal? Lo que tendrías que hacer es empezar a preguntarte cómo vamos a conseguir que las damas de Nueva York hagan una cola que ocupe diez manzanas para comprar imitaciones de Javier.

—¿Y qué te parece: «porque ahora nadie más las tendrá»? —propuso Mabel—. Exclusividad.

Alix plantó el pie en el suelo. O eso o soltaba un grito.

—¡Se acabó el juego! Si me descubren, me despedirán, ¡en el mejor de los casos! Y para usted, Mabel, será aún peor. Vendrá la policía.

Alix estaba desesperada por zanjar la cuestión y largarse, por ver si Verrian todavía la esperaba o si sus comentarios impulsivos sobre el posado desnudo para Bonnet habían apagado su interés. Pero no podía marcharse hasta que hubiera logrado que esas dos mujeres comprendieran el peligro al que se enfrentaban.

Durante todo ese rato, Una jugueteaba con un lapicero, que al final se le cayó al suelo con un tintineo.

—Alix, vuelve a describir punto por punto la reunión con Javier. A lo mejor no ha sido más que un arrebato creativo y mañana retoma la colección.

Alix cerró los ojos.

—No ha sido ningún arrebato; está de duelo por su país. Me pidió que le leyera un artículo de *The Times*.

Les narró los pormenores del bombardeo de Guernica.

—Dios santo —dijo Mabel Godnosc.



Incluso Una miró hacia el suelo.

—Su patria está agonizando y siente que debería estar allí, luchando, en lugar de diseñando ropa. —Les contó que la semana anterior había tratado por todos los medios de mitigar una depresión creciente del modisto—. Conseguí que se diera cuenta de que sus vestidos cobran vida con el baile y la música.

Una levantó la cabeza.

—¿Bailaste para él?

—Pedí que las maniquís fueran a su estudio y todas bailaron, una por una, con Paul...

—¿Tú también bailaste con Paul? ¿Mi Paul?

—Un tango.

Alix advirtió la tempestad de la mirada de Una y pensó: «Cree que es dueña de todo el mundo. Bueno, pues no. Paul nunca la mirará a los ojos como me mira a mí».

—Bailamos al son de «Mi Buenos Aires querido»; los dos cuerpos fundidos en uno a la luz de las velas.

—Ahórrame los detalles escabrosos.

—¿Cómo reaccionó Javier?

Mabel Godnosc se inclinó hacia delante.

—Me dijo que le había revelado el encanto de sus prendas como nadie lo había logrado jamás.

—Y se quedó tan impresionado —arremetió Una de nuevo— que te dio un cachete en el culo y te mandó volvieras a tus obligaciones de último mono. Querida, has malgastado tu atractivo sexual con el hombre equivocado.

La señora Godnosc soltó un chillido propio de un alma en pena.

—¡Eso es! Ay, calla, niña —espetó al ver que Alix empezaba a replicar—. Ese es el enfoque. Eso es lo que venderá los diseños de Javier. Es, y perdonadme, orgásmico. Tengo que llamar ahora mismo a mi agente de prensa.

—¿Qué? ¡No! —exclamó Alix—. Ya le he dicho que esa colección no puede llegar a las tiendas. Si no quiere acabar entre rejas, no puede permitir que llegue a las tiendas.

—Sí, sí, claro, lo que tú digas. —La señora Godnosc se escabulló hacia la puerta—. Marchaos a casa, las dos. Ya he tenido bastante.

Verrian la saludó con la mano desde la mesa habitual de la cafetería. Las mangas de la camisa blanca le brillaban con tonos anaranjados a la luz de la lámpara de sodio.

—¿Por qué arrastra la pierna, Alix? ¿Ha tenido un día duro?

Alix ocultó la alegría que le provocaba verlo y le ofreció en lugar de júbilo una sonrisa tímida.

—Parece agotada. ¿Quiere que la lleve a casa? —le preguntó el periodista.

Detrás de él, en el cruce de la calle con place de la Concordia había una especie

de batalla de cláxones.

—Si yo fuera el alcalde de París, prohibiría las bocinas de los coches.

—Entonces, ¿cómo sabrían los peatones que estaban a punto de atropellarlos? —respondió Alix mientras se sentaba a su lado.

—Bien pensado. —Verrian miró el reloj—. ¿Y si vamos a otro sitio un poco más resguardado?

—Sí, por favor. No tengo que volver pronto a casa porque esta noche Mémé sale a jugar su partida de cartas semanal. Lleva un pastel casero a una cafetería que hay enfrente y juega con una pandilla de ancianas hasta las once por lo menos.

—La invito a cenar. Y sí, va bien así —añadió al ver que Alix bajaba la mirada hacia su atuendo.

Mientras Alix se levantaba de la silla de la cafetería de los Champs-Élysées, Jean-Yves se sentaba en el apartamento de Saint-Sulpice. Danielle había contestado a su llamada y lo había invitado a pasar a la salita, pero él había señalado una silla que había junto a una mesa del recibidor. Su corazón se quejó de los seis tramos de escaleras y le hizo falta pararse unos instantes para recuperar el resuello. En fin, saltaba a la vista que Danielle estaba a punto de salir. Llevaba unos botines y un sombrero negro como un pan de pueblo adornado con una redecilla. Había una cesta al lado de la puerta con un recipiente de repostería y un estuche de gafas.

—No la entretendré —dijo el conde para romper el hielo.

—Voy aquí enfrente, nada más. ¿En qué puedo ayudarle?

El caballero respiró hondo.

—El viernes, una de mis hijas contestó la llamada del chantajista, que me pedía más dinero. Sí, sí, ya sé lo que me dijo usted. Tendría que haber seguido su consejo. Pero... —respiró hondo— sabe a ciencia cierta lo que ocurrió en Kirchwiller. Conoce detalles que solo usted y yo deberíamos saber. Le mandó a mi hija que apuntara varios nombres, entre ellos el de mi madre y su vieja ama de llaves, Célie Haupmann. Madame, ¿quién aparte de usted y yo puede conocer datos tan íntimos sobre la muerte de su marido?

La anciana se apoyó en la pared, pero no contestó.

El conde esperó, pues pensó que el silencio podía servir para avivarle la memoria. Mientras tanto, se entretuvo en coger una fotografía enmarcada de la mesa. Una foto de bodas, cuya fecha exacta podía dar sin temor a equivocarse. John y Mathilda, casados el 18 de diciembre de 1915. El novio llevaba el pelo cortado al cepillo y el uniforme caqui. La novia llevaba un vestido estrecho y largo hasta los tobillos, debajo del cual se vislumbraban unas medias blancas y unos zapatos con tiras en forma de T. Debía de tener los dedos de los pies congelados, porque había nieve en el suelo. Y nieve en el tejado de la capilla que tenían detrás. El estado de buena esperanza de la novia podría explicar que hubiera semejante despliegue de flores artificiales

cubriéndole la barriga. Y tal vez explicara también la sonrisa tensa del novio.

—Se casaron antes de que John se embarcara rumbo a Francia —dijo Danielle, y miró por encima del hombro para ver qué llamaba la atención del conde—. Me puse furiosa: mi hija a punto de tener un hijo, su carrera de enfermera tirada por la borda. Mi vergüenza les estropeó el día. John Gower hizo las cosas lo mejor que pudo. Hizo lo que había que hacer. Si hubiera sabido que mi pobre niña iba a morir tan poco después...

Una fotografía más pequeña se había caído con el cristal hacia abajo. Jean-Yves la recogió y se vio embargado por la emoción: Mathilda con el uniforme de enfermera del VAD, el Destacamento de Ayuda Voluntaria. El semblante que había debajo de la cofia blanca era solemne, pero nada podía ocultar el brillo en los ojos. El delantal almidonado lucía una cruz e hizo que el conde se remontase a las semanas que había pasado en un hospital para heridos de guerra en Francia. Verano de 1915. Lo había dejado inconsciente la detonación de una bomba, que le había perforado los pulmones, y no sabía cuánto tiempo había estado abandonado en el suelo, ni cuánto tiempo había estado en el hospital de campaña. Lo que sí recordaba eran las enfermeras.

—Esas chicas nos tenían locos —dijo, evocando recuerdos ya difuminados—. Nos pasábamos el día tumbados en la camilla, esperando a que alguna pasara por delante. Si se detenía y te daba agua o te ahuecaba el almohadón, te sentías el hombre más feliz de la tierra. Un lugar curioso para que florezca el amor.

Intentó dejar la fotografía pequeña en su sitio, pero le temblaban los dedos.

—La cosita de atrás... —dijo entonces Danielle—. ¿Cómo se llama? La bisagra. Está rota. —Le quitó la fotografía de las manos—. Lo siento, pero tengo que irme ya.

—El otro día hablé con Alix en Maison Javier.

—Le supliqué que no trabajara allí.

—Me preguntó por su padre, su madre, si los conocía mucho. Otras veces me ha pedido que le cuente todo lo que sé sobre su abuelo. Es una mujer adulta, madame, y ya va siendo hora de que sepa la verdad.

—¡Jamás! —bramó Danielle—. Su madre murió, pero él —señaló a John Gower de uniforme—... vivió el tiempo suficiente para llenarle la cabeza de fantasías. Le decía que era su princesa. ¡Menuda princesa! Yo le decía que no podía haber sueños de bailes y zalamerías para una niña que había nacido en la cloaca.

Jean-Yves se encendió ante la acusación velada.

—¿A qué viene eso de que Alix nació en la cloaca? Maldita sea, Danielle Lutzman, las seguí a Londres para cuidar de usted y de su hija. Podrían haber tenido todo lo que hubieran querido, entre otras cosas, un hogar decente y un ginecólogo para Mathilda. No tendría por qué haber muerto al dar a luz.

—Basta.

—Le envié varios cheques, que usted rompía en pedazos.

—No tenía cuenta bancaria.

—El falso orgullo la domina... Dejó morir a sus seres queridos antes de aceptar ayuda de mi parte.

La mirada furiosa de Danielle se extendió por detrás del semivelo.

—Hice lo que me pidió. Mentí a la policía de Kirchwaller, abandoné mi hogar para mudarme a un país extranjero, con otra lengua. Perdí a mi única hija. ¿Y me culpa? Usted, ¿que me arrebató todo lo que yo quería? ¿Creía que iba a ir a buscarlo para pedirle dinero? Solo lo he hecho cuando no me ha quedado más remedio, y aun entonces, con repugnancia por lo que hacía.

Avanzó renqueando hasta la puerta y se olvidó de la cesta. El conde la recogió y la siguió. Cerró la puerta al salir. Aunque la furia llenaba el aire que había entre los dos, la cogió del brazo. Si la anciana se caía rodando por esas escaleras, se rompería todos los huesos. Descendieron al mismo ritmo, tan unidos como siempre. Al llegar a la planta baja, un olor sabroso los recibió.

—Liebre al vino tinto —comentó el conde.

—La portera va a cenar con su hijo. Seguro que ha gastado nuestro carbón para cocinar la liebre.

Jean-Yves aceptó la ramita de olivo de la paz. No podían arriesgarse a despedirse como enemigos.

—Mantendrá la puerta bien cerrada, ¿verdad, madame?

—Siempre lo hago. ¿Y usted pagará a la escoria que le amenaza?

—Tengo que hacerlo. No puedo arriesgarme... —Estuvo a punto de decir: «... a que vuelvan a hacer daño a Alix», pero recordó en el último momento que Danielle no sabía nada acerca del ataque que había sufrido su nieta en Montmartre—. Quiero mucho a Alix, madame. Lo único que he querido siempre es que sea feliz.

—Entonces no mencione la muerte de su abuelo, ni su romance con mi hija durante la guerra. ¿Por qué quiere hacer que Alix sea testigo de unos actos tan vergonzosos que, además, acabarán por esfumarse?

—¿Esfumarse? —El conde suspiró—. Cuando usted y yo muramos... ¿Se refiere a eso?

—Y cuando la anciana Célie Haupmann también se vaya para siempre. ¿Acaso no es incluso más vieja que yo? Debe de ser una de las últimas personas que presencié esa época. Al fin y al cabo, era la alcahueta de su madre, y quien hacía de recadera entre su castillo y mi celda cuando me metieron en la cárcel. —Danielle se rio sin pizca de humor—. Hay que ver cuánto lamentaba que le mandaran ayudar a alguien como yo. Se aseguraba de que todo el mundo se enterase de que iba solo para hacerle el favor a su señora en un acto de caridad.

—Todos nos iremos un día u otro, y nuestros lamentables pecados se irán a la tumba con nosotros.

Danielle chasqueó la lengua, poco convencida.

—La vida nunca es tan ordenada. Pero dejemos el asunto en paz para que Alix pueda vivir su vida sin cargar con nuestros errores.

—Creo que nunca había comido tanto. Arantxa es una cocinera excepcional.

La buena comida y la compañía de Verrian habían disipado el dolor de cabeza de Alix.

—Su marido es el que se encarga de la cocina.

—Es una mujer con suerte.

Estaban tomando un café, y entre ambos había un plato de irresistibles *oreillettes*, una especie de buñuelos de vainilla con azúcar espolvoreada. Sentados en un reservado de un rincón del restaurante L'Arancia, su nidito solo estaba iluminado por una vela roja que se derretía formando pendientes de cera. Verrian alargó la mano y robó una vela nueva de la mesa que tenían al lado. La encendió con la llama titilante de la suya.

—Alix, dudo que haya un buen momento para hablar de estas cosas, pero tengo que contarle lo que sé sobre su abuelo...

—Va a contarme que lo asesinaron.

La joven cogió una *oreillette* y le mordió el lóbulo.

El periodista hizo un ruido con la garganta.

—¿Puede decirme por qué no lo había mencionado antes, Alix?

—¿En mi caso, usted lo iría pregonando por ahí? —Lo miró a la luz de la vela con ojos interrogantes, porque no quería que volvieran a acusarla de jugar sucio—. Bonnet me contó que a mi abuelo le dieron un golpe en la cabeza cuando estaba en el estudio.

—¿Bonnet sabe quién lo hizo?

—Nunca los pillaron.

—¿Eran más de uno?

—Sí, pedigüeños, vagabundos, llámelos como quiera. Solían actuar de dos en dos, un chico y una mujer. La mujer fingía vender utensilios de cocina para tener una excusa con la que llamar a las puertas. Mientras la mujer enseñaba los objetos a la señora de la casa, el chico se colaba al piso de arriba para robar los objetos de valor. Después desaparecían en el bosque. El bosque de Kirchwaller está plagado de senderos que solo los cazadores y los chatarreros conocen.

Verrian frunció el entrecejo.

—¿Eso es lo que pensaron las autoridades? ¿Que habían sido ladrones ambulantes?

—Es lo que dice Bonnet. Estaba allí cuando ocurrió. —La mirada de Verrian buscó de inmediato la de Alix—. Bueno, cerca —rectificó—, en sus dependencias. Bonnet estaba con mi abuela cuando se la llevó la policía. —Al ver que Verrian abría los ojos como platos, añadió a toda prisa—: Hubo una horrible confusión, algún policía que no tenía ni dos dedos de frente sospechó de Mémé porque tenía sangre en la cara.

—¿La sangre de su abuelo?

—Intentó reanimarlo y contener la herida. Cuando mi abuela se pone histérica no

sabe muy bien qué hace y al final la detuvieron. Las autoridades no dejaban que Bonnet fuera a verla, de modo que tuvo que pedirle ayuda al conde. Madame de Charembourg, la madre del conde, fue a la cárcel con su abrigo de pieles para exigir ver al inspector jefe. En aquella época, los aristócratas locales tenían poder.

—Parece que era una mujer buena.

—Supo ver que se había producido una injusticia. Se aseguró de que Mémé tuviera comida y ropa abrigada y logró que la liberasen al cabo de unos días. Nadie llegó a pensar nunca en serio que fuese culpable. Excepto ella misma. Algunas veces la oigo murmurar que fue culpa suya.

—Y los vagabundos... dice que nunca los pillaron.

—No.

Las historias relativas a su vida siempre quedaban en el aire, reflexionó Alix.

—Así que quien mató a su abuelo fue un chico. Un chico castigado por la vida.

Verrian le cogió las manos y las levantó para que quedaran dentro del halo de la vela. Alix exclamó al ver algo que le llamó la atención y que le quitó de la cabeza los pensamientos sobre asesinatos y vagabundos.

La piel de Verrian brilló a la luz de la vela, tenía el vello de las muñecas bronceado por las horas pasadas al sol. Unas cicatrices pálidas le moteaban el dorso de las manos y en el dedo anular de la mano izquierda se le notaba la marca fantasma de un anillo. Se había quitado la alianza de bodas para ir a París.

Debió de darse cuenta de la distancia repentina de Alix, de su sobresalto, porque pidió la cuenta. Recorrieron la breve distancia que los separaba de Saint-Sulpice. Al llegar al portal, Verrian le cogió la cara entre las manos y Alix notó la energía que discurría por el cuerpo del periodista. Verrian gimió con ternura e inclinó la cabeza hacia la de Alix. Un roce casto hasta que ella se puso a su altura y le acarició el cuello, buscando los islotes de hueso escondidos bajo las puntas escaladas del pelo.

—Verrian, ¿está casado?

Notó la respuesta corporal del joven bajo las yemas de los dedos. Se estremeció.

—Lo estuve, poco tiempo.

—¿Cómo se llama?

—Ahora no, Alix.

Y al instante le tapó la boca con los labios, con exigencia y fuerza. Alix notó el sabor a vino y a café, y percibió unas texturas que empezaban a resultarle familiares: la barbilla y la mandíbula rasposas a esa hora de la noche, el rizo que le caía sobre la frente y que le hizo cosquillas en la nariz. La mezcla fuerte de colonia y tabaco, y de algodón recién lavado. Todo eso, y un ingrediente más. Mientras abría los labios para permitir que él la besara con más pasión, notó que algo se rompía dentro de él. No era la primera vez que se encendía como una hoguera ante ella, pero esta vez pedía una respuesta. Se había acabado el flirteo, le transmitía el cuerpo de Verrian a Alix.

—Si esa señora, su abuela, no la estuviera esperando, ¿me acompañaría al hotel?

¿Lo haría? Alix dudó. Sabía que Mémé se escandalizaría ante la pregunta de

Verrian y ante la lentitud de Alix a la hora de responder.

—No lo sé.

—Yo sí. Lo veo en su interior.

—Está enfadado. Lo siento... Subiré sola.

—No sea ridícula.

La tomó de la mano, pero sin acariciarla, ya no había ternura en su tacto. «Desprecia mi inexperiencia —pensó Alix—. Se relaciona con damas de la sociedad, mujeres periodistas y fotógrafas que se reirían de mí si me vieran porque nunca he estado con un hombre. Y ha estado casado.»

La puerta que daba al vestíbulo no estaba cerrada con pestillo. La portera era cada vez más descuidada, pensó, o Mémé se había olvidado de cerrar la puerta al entrar.

—No suba —le pidió—. Puede que mi abuela esté en camión y preferiría presentársela de día, y en condiciones.

«Si es que quiere volver a verme», añadió en silencio.

—Esperaré fuera hasta que vea la luz encendida —contestó Verrian.

Cuando Alix llegó a su planta estaba a oscuras, porque las luces del rellano habían vuelto a fundirse. Una hora de luz, y luego otra vez la negrura. «Igual que la vida», pensó ensimismada. Tenía lista la llave del piso, pero cuando fue a introducirla en la cerradura, la puerta se abrió sola con un crujido. La luz del recibidor estaba apagada.

—¿Mémé? —llamó en voz baja.

Olfateó. Un olor acre. A leche quemada. Muchas noches, Mémé se preparaba un vaso de leche con jengibre antes de irse a dormir. A lo mejor se había dejado la cazuela en el fuego, cansada después de la partida de cartas. A lo mejor iba un poco achispada. Alix alargó la mano para darle al interruptor, tanteando por la pared para dar con el trozo en el que el empapelado estaba más liso de tanto tocarlo. El ruido de una puerta dentro del piso la hizo detenerse.

—¿Mémé? Lo siento, llego tarde, es que...

Unos pasos apresurados fueron la única respuesta. Una respiración entrecortada.

Alix pensó: «Esa no es Mémé».

Un grito se le ahogó en la garganta cuando un cuerpo arremetió contra ella y la tiró al suelo. Antes de que pudiera tomar aire, una mano le tapó la boca con violencia. Sabía a sudor, a mugre. Fuera quien fuese, apestaba a ajo y a tabaco, y a algo más. Algo podrido. Era un hombre y llevaba un jersey grueso de lana, era basto y parecía taparle también la cara. Entonces dejó de percibir los detalles: el hombre le apretaba la boca con un trapo asqueroso mientras le tapaba la nariz.

Empleó la única arma que tenía.

Las tijeras, aún colgadas del cordel. Las soltó de un tirón y atacó. Debió de dar contra la hebilla del cinturón o algo así, porque las tijeras rebotaron. El hombre gruñó y la llamó «zorra asquerosa». Sin embargo, Alix había conseguido abrir un hueco entre ambos, espacio suficiente para levantar la rodilla y darle un fuerte golpe. El atacante encogió el estómago y ahogó la respiración. Volvió a intentar clavarle las tijeras, pero el hombre las cogió y tiró de la cuerda que Alix llevaba al cuello con tanta fuerza que estuvo a punto de asfixiarla. Entonces fue cuando notó una navaja contra el cuello. La hoja la rozó y un hilillo caliente descendió hacia su hombro. La misma navaja, el mismo olor, el mismo atacante que en el estudio de Bonnet. Se quitó el trapo de la boca y gritó.

La puerta del apartamento se abrió de par en par y oyó que alguien gritaba su nombre. La presión de la garganta cedió. Se ovilló para protegerse, porque quien fuera que gritaba había chocado con ella y le había pisado el pelo, luego el hombro. Alix se ovilló aún más mientras un forcejeo ocurría por encima de su cabeza. Intentó gritar: «¡La navaja!», pero una bota le arreó en la mandíbula. Los hombres maldecían y gruñían. Oyó el chirrido de unas suelas sobre el linóleo y después un agónico:

—Maldita sea.

El hombre encendió la luz y se le paró un instante el corazón al ver a Alix acurrucada, con una silla encima y la cabeza metida debajo de una mesita auxiliar. Las fotografías enmarcadas estaban desperdigadas por el suelo. La puerta del piso estaba abierta. Verrian oyó la huida frenética del atacante: a esas alturas ya había bajado dos pisos. Perseguirlo era demasiado arriesgado, porque podía tener un cómplice. Alix intentó incorporarse como pudo. Se le había quedado pillado el dobladillo de la falda en la silla y tuvo que tirar con rabia para soltarlo.

Verrian le tendió una mano.

—Lleva un corte en el cuello. Déjeme ver.

—No es profundo. Tengo que encontrar a Mémé... Dios mío, Verrian, tiene sangre en la camisa... ¡Por todas partes!

—Me ha rajado la mano.

Entre el dedo índice y el corazón, para ser exactos. La mano era como un vistoso guante de color carmesí que, ahora que el sobresalto inicial se había pasado, empezaba a dolerle una barbaridad.

Alix lo cogió de la muñeca.



—Tenemos que frenar eso como sea. En el armario de la cocina hay vendas. ¿Y dónde está Mémé? Me pregunto si aún seguirá en la partida de cartas.

No se molestaron en encender las luces de la salita, porque la puerta de la cocina estaba abierta y el halo de la llama del gas les iluminaba el camino. Encontraron la cocina hecha un caos. Y a Mémé.

Estaba acurrucada en el suelo y al principio Verrian pensó que la mancha encarnada que tenía debajo de la cabeza era una bufanda. Entonces lo sobrecogió la realidad. Tenía el cráneo partido y la ropa hecha jirones, como si hubiera opuesto resistencia. El suelo estaba plagado de platos rotos. Un cazo con leche chamuscada explicaba el mal olor. Verrian apagó el fuego y Alix se desplomó de rodillas con un golpe seco que llegó al alma del periodista.

—Está muerta.

Verrian se acuclilló junto a la anciana y le presionó con dos dedos la fina piel de detrás de la oreja. Un leve pulso.

—Está viva. ¿Hay teléfono en el edificio?

Alix negó con la cabeza. El shock se extendía por su cuerpo como una droga y Verrian no se sorprendió cuando la joven se aferró a él para evitar desmoronarse del todo.

—Alix... ¿Cuál es el restaurante más cercano con teléfono?

—Chez... Chez Jacques —tartamudeó—, enfrente, baje un poco hacia... No me acuerdo.

—Ya lo encontraré. ¿Puede quedarse aquí sola?

La pregunta pasó a ser redundante cuando todas las vecinas aparecieron de repente, en una competición por ver quién era la primera en describir los gritos y los porrazos que habían oído antes. Al principio, Verrian pensó en recriminarles por qué demonios no habían subido a ver qué pasaba en el piso, pero entonces se fijó en que todas eran señoras mayores. Un par de ellas le miraban con desconfianza la mano llena de sangre, hasta que un grito detrás de él les llamó la atención.

—*Mon Dieu*, mire esta habitación. ¡Patas arriba!

La luz de la salita reveló las sillas volcadas, los cajones abiertos de un tirón, la caja de costura de Mémé destapada. Los cuadros estaban apilados en el suelo, en medio de la habitación. Verrian le dio la vuelta al que había encima, un retrato de una niña sonriente. Parecía intacto.

Oyó que una vecina murmuraba:

—No hace falta ir muy lejos para saber quién ha sido. Esas alimañas que viven al otro lado del patio... Salta a la vista. Madame —añadió dirigiéndose a la portera—, debería decirle a su hijo que llame a la policía.

En lugar de eso, Verrian mandó a la portera a Chez Jacques para que llamara por teléfono a una ambulancia. Envió a un par de las vecinas por toallas y agua caliente y

les dijo a las demás cotorras que se marcharan. Alix consiguió salir del estupor y le puso una toalla doblada a su abuela debajo de la cabeza. Tras volver a tomarle el pulso y cubrir con su abrigo a la anciana, Verrian permitió que Alix le vendara la mano.

—La llevarán al hospital de Lariboisière —le dijo—. Ha dejado de sangrar, y eso es buena señal.

Lo que ocurría era que tampoco se movía ni respondía a los estímulos.

—Era el mismo hombre que me atacó la otra vez. Debía de estar esperándome —susurró Alix—. ¿Por qué no habré llegado antes?

Como la respuesta era evidente, Verrian contestó a otra pregunta.

—Algunas veces los robos acaban con violencia, si al delincuente se le tuercen los planes. Es posible que su abuela no se diera cuenta de que el ladrón estaba en casa. ¿Llegó a ver algo con lo que pueda reconocer al hombre?

—Estaba negro como la boca del lobo. Pero lo noté. Lleva unas botas enormes... Podría ser pescador o cazador.

—Continúe.

—Y llevaba un jersey grueso de esos que se ponen los hombres que trabajan al aire libre para protegerse del frío y la lluvia. Sé que era el mismo que la otra vez; he reconocido el jersey. Subido hasta la cara. —Empezó a llorar otra vez—. No tendría que haber vuelto a casa tan tarde. ¿Por qué lo he hecho? Es culpa mía.

Entonces llegó la ambulancia y se llevaron en camilla a Mémé. Uno de los conductores comentó que a la anciana le olía el aliento a alcohol.

—A lo mejor perdió el equilibrio, ¿no?

—Había salido a jugar a las cartas con sus amigas —les contó Alix—. Y no estaba borracha, si es eso lo que insinúa.

En ese momento, llegó la policía y madame Rey detrás, pisándoles los talones, acompañada de su hijo Fernand. El hijo observó el costurero de Mémé y los óleos con verdadero interés. En cuanto se percató, Verrian contó los cuadros con mucho aparato delante de los policías. Al darse la vuelta, vio que madame Rey se metía en la cocina, pero no llegó a tiempo de impedirle que fregase la sartén de hierro negra que Verrian suponía que había sido el arma empleada.

—No sé, a lo mejor madame Lutzman se tropezó y se cayó al suelo —comentó la portera cuando Verrian bloqueó el vano de la puerta de la cocina—. El linóleo del suelo está levantado por todas partes. Yo misma acabo de meter el tacón en un agujero sin querer.

—En ese caso, convendría que se lo dijera al dueño del piso, ¿no cree? —contestó Verrian—. Madame, ¿puede decirle a su hijo que cambie la bombilla del rellano? Los enfermeros de la ambulancia han tenido que abrirse paso en la más absoluta oscuridad.

—Fernand ha cambiado la bombilla esta misma mañana —insistió madame Rey.

—Bueno, pues o se ha fundido o alguien se la ha agenciado.

Los policías echaron un vistazo en todas las habitaciones. Uno de ellos preguntó a qué se debían las manchas de sangre de la mano de Verrian a la vez que miraba de reojo a Alix, quien sollozaba mientras volvía a colgar los cuadros. «Intentan quitarle hierro al asunto y creer que ha sido una pelea doméstica —pensó Verrian al caer en la cuenta—. Creen que esto es una casa de locos y que todos estamos borrachos.»

Otro de los policías escoltó un taxi, en cuyo asiento de atrás se sentaron juntos Verrian y Alix. Una vez en el hospital, una enfermera limpió y volvió a vendarle la mano mientras soltaba indirectas sobre las peleas entre enamorados.

Después, el periodista llevó a Alix al edificio en el que vivía, y le contó cuatro pinceladas sobre la tragedia a Rosa Konstantiva. Rosa, que estaba a punto de irse a dormir, se ofreció de inmediato a ir a buscar mantas e improvisar una cama.

—A la chica no le importará echar una cabezada en el sofá, ¿verdad?

Verrian contestó que Alix podía dormir en su habitación. Él encontraría otro sitio donde acostarse. No le daba reparo dejar a Alix en manos de Rosa, porque la hospitalidad era una de sus virtudes y provenía de un entorno en el que era normal acoger a gente descarriada y gatitos huérfanos sin apurarse.

Se acercó al portal de al lado y encontró la puerta del edificio de Bonnet entreabierta. Subió las escaleras a oscuras, entró en el estudio y vio a un hombre que daba pinceladas en un lienzo con fervor y concentración. Bonnet... trabajando a la luz de un par de farolillos. Sin percatarse de la interrupción, el artista continuó pintando y silbando con voz ronca por debajo de la barba. Verrian dio unos golpecitos en la pared y dijo:

—Buenas noches.

El brazo de Bonnet se quedó congelado en mitad del movimiento.

Verrian dejó que se cerrara la puerta del piso.

—Soy Haviland, su vecino, y soy amigo de Alix. Hay algo que debería saber.

Salió de casa de Bonnet a las dos de la madrugada. Montmartre todavía estaba animado, las luces aún seguían encendidas y los clientes de los cabarets salían a borbotones de las puertas abiertas de los locales. «Es normal que este barrio parezca agotado —pensó Verrian—. No descansa nunca.» Llamó a un taxi y le dijo al conductor:

—Boccador, esquina con Trémoille.

Podría haber ido al Polonaise y haber dormido en una cama tan grande como una plaza, o haber vuelto al hostel Laurentin y haber pedido su antigua habitación, pero no estaba de ánimo para soportar el servilismo ni la cordialidad. Se reclinó en el reposacabezas del taxi y dejó que el pulso de la mano herida le invadiera el cerebro.

Le había contado a Bonnet lo ocurrido con Danielle Lutzman y el hombre empezó a tambalearse. Verrian lo ayudó a sentarse en un sillón, después de retirar del asiento una lata de tabaco llena de colillas. Daba la sensación de que había recogido las

colillas por los bares, porque algunas tenían marcas de pintalabios. Bonnet debía de estar sin blanca.

—Tengo que acabarlo esta noche —contestó el hombre con un gruñido.

Al darse cuenta de que Bonnet se refería al cuadro, Verrian se preguntó: «¿Todavía es capaz de pensar en pintar después de lo que acabo de contarle?».

—¿Es un encargo?

—Es dinero, amigo mío. Dinero que necesito. ¿Danielle se va a morir?

—No soy médico. Fue un golpe contundente... Dos, en realidad.

—¿Dos golpes? ¿Muy fuertes?

—Alix se lo contará mejor mañana. Irá al hospital a primera hora para hablar con el cirujano.

—Pobrecilla Alix. ¿Cómo está?

—Aturdida, destrozada. Siente que ha sido por su culpa.

—No. —Bonnet apretó los labios—. La culpa es suya, señor Haviland. ¿Dónde demonios estaba cuando ocurrió todo esto?

—En el portal, esperando a ver la luz del piso encendida. Gracias a Dios estaba allí.

Bonnet continuó acribillándolo a preguntas. ¿Sería capaz Danielle de describir a su atacante? ¿La habían..., esto..., humillado de algún modo?, insinuó. Y terminó con otra pregunta:

—¿El hombre que lo hizo dejó huellas?

—No, que yo viera. Como entraron y salieron por lo menos quince personas, si había huellas, se habrán borrado.

Bonnet se inclinó hacia delante y murmuró algo acerca de la maldad del mundo.

—*Mon pauvre chou*, yo cuidaré de ella. Igual que hice con Danielle y Mathilda, sí. Iré al hospital y me sentaré a su lado para hacerle compañía. Sí, eso es lo que hará Bonnet. Fueron esos vagabundos del patio. Bichos asquerosos, que se cuelan por las rendijas.

Verrian se sorprendió mucho. Las vecinas de Alix habían manifestado una intolerancia similar, pero ¿también Bonnet? Siempre había dado por supuesto que los artistas tenían una visión más amplia del mundo.

—Mañana llevaré a Alix al hospital —anunció el periodista mientras Bonnet se acercaba a un banco y revolvía entre las jarras.

—Yo me ocupo de Alix. —Bonnet cogió un decantador y sirvió dos medidas de un licor ambarino. Le pasó uno a Verrian—. La verdad es —dijo después de dar un buen sorbo— que soy el único hombre en la vida de Alix que no le romperá el corazón.

Indicó a Verrian que lo acompañara hasta un rincón del estudio y allí descubrió un cuadro de formato grande. Retiró la lona que lo protegía con una floritura, tal vez para evitar que la tela se pegase a la pintura aún fresca. A Verrian se le retorcieron las entrañas.

Alix, desnuda. Era el cuadro con el que la joven le había provocado y cuya obsesión lo había mantenido en vela la mayor parte del fin de semana. Su primera impresión fue que, desde luego, Bonnet era un maestro de la carne. Su segunda impresión fue que había perdido dos noches de sueño sin motivo.

París no se alegraría la vista con la sensualidad insinuada de Alix Gower. Bonnet parecía igual de interesado en los movimientos de sus articulaciones que en los pechos con forma de copa, los muslos largos, el atisbo de sombra entre ellos. Tenía un mechón de pelo que le cruzaba la cara, tras el cual se adivinaba una mirada perdida en algún mundo remoto.

—Le rompieron el corazón al nacer —murmuró Bonnet detrás de él—. Volvieron a rompérselo cuando su padre murió antes de que Alix tuviera edad para saber qué significaba la «muerte». Luego me atrevería a decir que le rompió el corazón la primera cría asquerosa que la llamó alemanota o judía. Se lo rompió también ese malnacido conde de Charembourg, que la coge y la deja cuando le apetece como si fuera un salero. Y ahora está Javier, que, a juzgar por lo que cuenta Alix, hace prendas para los ángeles con tijeras de oro... Le romperá el corazón. Y Danielle agredida... Santo Dios. Pero yo cuidaré de Alix. ¿Quién más le queda? Usted también la abandonó, señor Haviland, ¿o no? Le dio su tarjeta como si fuera un vendedor de seguros y desapareció. Si le queda una pizca de decencia, volverá a hacerlo. Desaparezca del mapa.

Verrian entró sin ganas en Calford Press. Hicieron falta tres intentos para que consiguiera meter la llave en la cerradura, porque empezaban a fallarle las fuerzas a causa de la pérdida de sangre. Al llegar al primer piso, sacó otra llave para abrir el despacho privado de lord Calford. Se llenó un vaso de tubo de sifón de soda. Tenía la garganta reseca por el coñac de Bonnet.

Encendió la lamparita de lectura y se desplomó en un sofá mientras pensaba: «Odio a ese sinvergüenza porque tiene razón. Si Alix tiene el corazón roto, yo no soy el hombre más adecuado para consolarla». Sacó la fotografía que siempre llevaba en la cartera y le dijo a la chica de la boina militar vasca: «También a ti te fallé, María Pilar. Mi pobre esposa. Permití que te pusieras en peligro y luego no pude sacarte de allí».

Se despertó sobresaltado al oír el timbre del teléfono. Cuando por fin supo ubicar dónde estaba, siguió el sonido hasta el escritorio de la recepción e intentó averiguar la hora mirando el reloj con los ojos medio cerrados. Eran las seis de la mañana. ¿Qué día era? ¿Lunes? No, martes.

—¿Sí? Aquí el *News Monitor*.

Unas palabras farfulladas en español hicieron que le diera un vuelco el corazón.

—¿María Pilar? —preguntó sin pensar.

—No soy María. Escúcheme...

Era una mujer, y hablaba tan rápido en español que no entendió ni una palabra.

—Señora, uf, por favor. Dígame cómo se llama, despacio, por favor. —La mujer se lo dijo y él repitió—: García y Rojas... —La señora García y Rojas era la esposa de su amigo Miguel—. ¿Desde dónde me llama? ¿Dónde está Miguel?

—¡Miguel no está! —gritó la mujer.

Le contó que estaba en Francia. En la costa, en Marsella, sin blanca, sola con su hijo, que lloraba de hambre. No tenía a quién acudir salvo a Verrian. Si tenía corazón, debía ayudarla, y si no lo tenía, se arrojaría junto con su hijo al mar desde el puerto para ahogarse.

Cuando llegó al aeródromo de Le Bourget con la primera luz clara del amanecer, Verrian encontró a su amigo Ron Phipps bebiendo café y ventilándose un *croque-monsieur* en el comedor para los pilotos. Había sido Phipps quien lo había rescatado en Albacete cuando huía de la policía madrileña. Phipps se ganaba la vida como podía haciendo viajes en avión entre Londres y la España en guerra. Recogía carretes de película de los periodistas que no tenían modo de revelar las fotografías por sus propios medios.

—¿Quieres que te lleve a Marsella? —Phipps se rascó la cabeza después de que Verrian le contara su dilema—. Podría hacerlo, sí, pero todavía tardaré varias horas en despegar y prefiero superar los baches —así era como llamaba a los Pirineos— de noche, mientras los cabrones con armas antiaéreas duermen. Tampoco quiero toparme con nadie de la Luftwaffe. Siempre hacemos la ruta por Pamplona. Conocemos los puntos de esa zona, ¿me entiendes?

Con ese «conocemos» Verrian supuso que se refería a sí mismo y a su queridísimo Avro Anson de seis plazas, que en esos momentos aguardaba para repostar y tener combustible suficiente con el que cubrir los casi mil kilómetros que los separaban de Madrid. Sin embargo, después de prometerle que le pagaría el equivalente a otro depósito lleno y apelar a su bondad, Phipps accedió por fin a dejar a Verrian en Marsella y desde ahí volar por encima de Andorra. Charlaron un rato sobre sus aventuras en España, pero con la perspectiva del día y la noche tan largos que los aguardaban, al final se acomodaron en las sillas del comedor y se durmieron.

Aterrizaron en Marsella-Marignane al atardecer de ese mismo día, el martes 4 de mayo. Verrian le entregó a Phipps la mayor parte de los francos franceses que llevaba en la cartera a cambio de que su amigo se comprometiera a regresar dos días más tarde a Marsella a recoger a cuatro pasajeros.

—¿Cuatro?

—Una mujer, un niño, el marido de la mujer, ¡Dios lo quiera!, y yo. Podrías dejarme en París y luego llevar a los demás a Croydon. Te agradecería que después los metieras en un coche a Londres.

Una vez allí, Jack podría salir de su torre de marfil y proporcionarles visados. Ahora lo único que faltaba era que encontrase a una refugiada española con su hijo en medio del caos del puerto de Marsella.

Tardó seis horas. Desde el vano de la puerta de un maloliente piso comunitario, Celestia García y Rojas se quedó mirando fijamente a Verrian antes de echarse a llorar a mares. Tenía el vestido de algodón hecho jirones, el compañero ideal para la chaqueta de punto arguellada que le cubría los hombros. No llevaba medias ni zapatos, y se había recogido el pelo en una coleta lacia. Al principio, Verrian pensó que se había equivocado de mujer. ¿De verdad era esa la mujer sofisticada con la que había coincidido un par de veces en Madrid en esa época pasada en la que las parejas todavía salían a divertirse?

—¿Dónde está Miguel? —le preguntó con cautela.

—Aquí no.

Utilizó la manga de la chaqueta para secarse las lágrimas, hasta que el gemido de miseria de un niño que había detrás de ella reclamó su atención.

Verrian la siguió hasta una habitación mugrienta amueblada con un colchón y dos cajones. No tenían comida, así que el periodista salió otra vez para buscar a la desesperada una cafetería dispuesta a llenarle una caja de panecillos y brioches y a darle una jarra de café. Al principio comieron en silencio, luego Celestia empezó a hablar. Le contó que después del disparo de escarmiento, se habían llevado a Miguel a la cárcel a las afueras de Madrid. Las autoridades no permitían el contacto con el exterior. Entonces, un par de semanas más tarde, de repente lo liberaron. Les dieron salvoconductos a los tres para que pudieran pasar a Francia y un poco de dinero con el fin de que, al llegar a Marsella, tomaran el barco rumbo a América del Sur. Cruzar a Francia era más fácil que intentar pasar por la zona en guerra que los separaba de los puertos atlánticos de España, según les advirtieron.

Hasta ahí, pensó Verrian, Jack había cumplido su palabra.

A pesar de que Miguel aún estaba febril por culpa de las heridas, emprendió el trayecto con buen talante. Luego, a ochenta kilómetros de la frontera, se negó a seguir avanzando, pues decía que no estaba dispuesto a marcharse de España como un cobarde. Iría al País Vasco, la tierra natal de su madre, y lucharía con el Ejército Popular: lucharía por un País Vasco independiente. Celestia y el niño debían continuar hasta Marsella, les dijo, y utilizar los salvoconductos. Él se reuniría con ellos más adelante.

—Yo sabía que si nos íbamos a América del Sur no volveríamos a verlo nunca —le contó Celestia a Verrian en un castellano tan rápido que le costaba seguirla.

Así pues, una vez que acordaron seguir juntos, encontraron una furgoneta abandonada que Celestia condujo hacia el norte por carreteras llenas de socavones

provocados por las bombas. Sabía que cada curva podía esconder una emboscada, cada nube podía ocultar un avión de combate. Miguel se tumbó en el asiento de atrás, adormecido por la aspirina, entre sudores y gemidos. En la frontera con el País Vasco, el motor de la furgoneta se quemó.

—Suplicamos a los campesinos que nos llevaran en camioneta un trecho, y al cabo de pocos días llegamos al lugar en el que había nacido Miguel.

Guernica.

A esas alturas, a Miguel le había subido muchísimo la fiebre y lo ingresaron en el hospital municipal. Celestia gastó las últimas pesetas que le quedaban en una habitación de hotel barata. A la mañana siguiente, llegó la Legión Cóndor.

Terminaron de desayunar. Celestia, que había visto que a Verrian le costaba manejarse con la mano vendada, lo ayudó a quitarse la venda. El niño, Pepe, los observaba en silencio, sin apartar la mirada cuando vio la repugnante gasa llena de sangre y la fisura en carne viva que había debajo.

—Le han herido en el mismo sitio que a Miguel —le comentó Celestia—. Le volaron dos dedos de la mano izquierda. La mano con la que estampaba el sello de la censura. Dijeron que había aprobado las mentiras de los periodistas.

—Yo estaba allí, señora.

La mujer se retiró un mechón de pelo de la cara y luego cogió del suelo un bolso manchado de polvo del camino y sacó un pañuelo, que rompió en tiras para utilizarlas de venda.

—Creo que es una señal. Usted, en el mismo sitio, en la misma mano...

—Solo que soy diestro.

Desdeñó el comentario sacudiendo la mano y pasó a otra cosa, a otro pensamiento: «Las chicas de abajo me dieron comida y esto». Metió las manos en la desastrada chaqueta de punto.

—Qué curioso. He tenido que acabar en un tugurio para encontrar gente amable. Cuando corrí al hospital de Guernica para buscar a Miguel, los aviones pasaban en vuelo rasante. Había dejado a Pepe solo en el hotel. Un avión pasó tan bajo que casi me rozó la cabeza y pude ver, eh, esto...

Sacudió una mano intentando recordar la palabra.

—¿Los remaches? ¿Las piezas?

—Las armas, que disparaban un fuego blanco hacia la calle. Todo el mundo caía muerto: ancianas, una monja, incluso los perros. Disparaban a todo. Un infierno. El ruido... —Se llevó las manos a los oídos, para escenificarlo o porque lo estaba reviviendo al relatarlo—. No podía avanzar, no podía regresar a donde estaba Pepe. Solo había humo y fuego, gente moribunda por la calle... En las bodegas, en los refugios. Y en el hospital. Chillé el nombre de mi marido porque supe que estaba muerto. Volví la espalda a aquella pesadilla y regresé a buscar a mi hijo.

La mujer sollozó sin parar durante varios minutos, que se hicieron eternos. Verrian se miraba la mano, pues sabía qué se sentía al cerrar los ojos y revivir una



película a cámara lenta de sus peores pesadillas. No podía entrar en las pesadillas de la mujer de Miguel, pero las suyas se centraban en un vehículo de camuflaje de color verde caqui engolfado en una bola de calor que ningún ser humano podía penetrar. Y desde el corazón de la bola de fuego, unos gritos.

Verrian le preguntó cómo había llegado a Marsella, un trayecto de casi quinientos kilómetros desde el País Vasco. La habían llevado hasta Pamplona en una camioneta llena de defensores de la libertad, le contó. Luego alguien paró a un camión francés que iba rumbo a Marsella. Su intención inicial era coger el barco a Venezuela. Sin embargo, cuando llegó al muelle, el barco ya había zarpado.

—Le rogué a la Virgen que me ayudara. Conocí a una de las mujeres que vive en el piso de abajo, que trabaja en una mansión algunas mañanas. Va a trabajar al amanecer para hacer la colada y me dejó entrar en la casa mientras su señora aún dormía. Me permitió hacer una única llamada telefónica. Recé mientras marcaba para que usted siguiera en París, para que pudiera venir a buscarnos.

Verrian asintió con la cabeza.

—Señora, ¿tiene los documentos de Miguel? ¿El carnet de conducir, el pasaporte? Le brillaron los ojos cuando entendió por qué se lo preguntaba.

—¿Tanto ama España, señor?

—Creo que no. Por lo menos ahora. Pero amaba... —Carraspeó—. Había una canción que cantábamos de adolescentes: «Lady of Spain». Pues como en la canción, yo amaba a una dama española.

—¿Cómo se llamaba?

—Fue la señora Haviland, aunque muy poco tiempo.

La noche del 6 de mayo, acomodó a Celestia y Pepe en la cabina del Avro Anson. Pepe llevaba un traje de pana nuevo y un jersey. Verrian le había comprado a Celestia un abrigo, sombrero, guantes y zapatos decentes. No lo hizo por caridad; lo hizo porque quería que fuesen limpios y bien vestidos: consideraba que un refugiado debía ser capaz de mirar al nuevo país a los ojos con orgullo. La mujer se negó a ir a Londres. «Hablo tan mal inglés... Y en Inglaterra no son católicos, ¿verdad?» Así pues, se quedaría en París. París tenía iglesias católicas. En París no se sentía tan lejos de España.

Ron Phipps, con una cazadora de borreguillo sin abrochar, sonrió por debajo del casco de aviador y le preguntó en un susurro a Verrian para que los demás no lo oyeran:

—Qué crío tan simpático. ¿Una historia triste?

—Horrorosa. Phipps, quédate con ellos en Le Bourget hasta que los veas a salvo en un taxi.

Le entregó una carta a su amigo. Era para Laurentin, el dueño del hotel en el que habían cuidado a Verrian mientras estaba convaleciente, y contenía el último billete

grande que le quedaba a Verrian en el bolsillo. El dinero cubriría el alojamiento de Celestia y Pepe para un par de semanas. En la carta, le pedía a Laurentin que se dirigiera a «madame Theakston del *News Monitor*» para que acabara de pagar lo que hiciera falta con el fin de que la madre y el hijo se alojaran en el hotel hasta que él regresara. Si es que regresaba. Verrian le dio entonces una segunda carta.

—Esta entrégasela a Beryl Theakston en persona —le indicó a Phipps—. Que la lleve a Maison Javier, la casa de modas. Es para Alix Gower: una chica alta, morena, delgada. ¿Entendido?

Phipps miró las cartas con los ojos entrecerrados y luego miró a Verrian.

—Pero vas a volver a París conmigo, ¿no?

—No.

En ese momento, Phipps lo miró con verdadera atención, y se fijó en la gabardina que Verrian había apoyado encima de la maleta. Luego advirtió que Verrian se había dejado crecer la barba.

—¿Qué ocurre, compañero?

—Voy a volver.

—¿A París? Desde luego.

—A España.

—Espera, espera. —Phipps echó un vistazo a la cabina del Avro, por la que se asomó una carita—. Te echaron, tienes terminantemente prohibida la entrada en España. He oído que estás en la lista negra.

—No pienso volver en calidad de periodista. Voy a unirme a las Brigadas Internacionales. Voy a luchar.

El rostro afable de Phipps se contrajo.

—A ver, un momento, los franceses no te dejarán cruzar la frontera. Están mandando de vuelta a todos los lunáticos con buenas intenciones porque no quieren que su país se convierta en una oficina de reclutamiento militar. Maldita sea, Verrian, sube al avión.

—No me detendrán.

Verrian sacó un pasaporte del bolsillo y lo abrió para que Phipps viera la fotografía del titular. La cara quedaba ensombrecida en parte por el sello oficial del País Vasco, y mostraba a un hombre unos cinco años mayor que Verrian. Las mejillas afiladas y la barba le daban aire de intelectual.

Phipps gruñó al comprenderlo.

—¿Vas a luchar haciéndote pasar por Miguel Rojas Ibarra? ¿Por qué?

—Me parece justo. —Al darse cuenta de que Phipps esperaba algo más, añadió—: Una española a quien quería mucho murió en un incendio. Me fue imposible evitarlo, pero debo saldar la deuda porque hasta que lo haga no me sentiré libre de ofrecerme a nadie más.

—Confío en que tengas algo por lo que valga la pena sobrevivir.

—Si lo tengo, está en París —contestó Verrian.

*Alsacia, este de Francia. Sábado, 22 de mayo*

Jean-Yves se quedó mirando el paisaje. Llevaban casi una hora cruzando un bosque de hayas traspasado por los rayos del sol. Era hipnótico. La suspensión del Panhard-Levassor resistía los baches y las curvas cerradas sin dificultad. Acaban de atravesar el río que los acompañaría el resto del trayecto hasta Kirchwiller.

Volvía a casa. Con el fin de prepararse para la boda de Christine, para asegurarse de que el castillo estuviera a la altura de un duque y una duquesa. También debía hablar con el administrador de sus tierras sobre la venta de una parcela que en otros tiempos había sido el coto de caza de su familia.

Pero lo más complicado de su regreso sería estar cara a cara con una mujer moribunda. Su secretario lo había avisado por carta de que cabía la posibilidad de que la antigua ama de llaves de su madre no llegara hasta finales de semana. Jean-Yves sabía que si no le planteaba a Célie Haupmann una determinada pregunta durante esta visita, no tendría otra ocasión.

La carretera se volvió más empinada y enseguida empezaron a flanquear los huertos de frutales, en cuyos troncos de tonos claros parpadeaba el sol. Al cabo de una semana, esos árboles serían un estallido carmesí y esas laderas se llenarían de trabajadores y cestas. Las cerezas de aroma intenso inundarían los mercados en junio y julio, y las sobrantes servirían para producir la especialidad de la región, el licor kirsch. El aire tendría un olor agrídulce durante toda la temporada.

Pese a la belleza que lo rodeaba, Jean-Yves no había disfrutado del viaje desde París. Se había equivocado al llevar a Ninette y a Jolyan Ferryman. Su hija, que no paraba de charlar en el asiento trasero, y el exceso de atenciones de su secretario, interrumpían sus pensamientos. Un viaje como ese debía experimentarse en silencio. Ferryman iba sentado en el asiento del copiloto y Jean-Yves estaba harto de verle el cogote. El chico usaba demasiado aceite capilar: se le veían las marcas del peine y el cuero cabelludo debajo.

Llegaron al punto en el que el río caía por un desfiladero poblado de piceas y serbales. Desde un bosque oscuro, se elevaba la meseta de Kirchwiller, coronada por el castillo de Jean-Yves. Un paisaje de copas de árboles y halcones revoloteando se apoderó de las ventanillas del Panhard.

—Las ventanas del castillo miran hacia Francia; las aspilleras, hacia Alemania — dijo, pensando en voz alta. Luego añadió dirigiéndose a Ninette, que había dejado de hablar, enfurruñada porque su padre no había dejado que ocupara el lugar de Pépin al volante y mostrara sus dotes de conducción recién adquiridas—: Imagínate a tus

antepasados medievales cabalgando esta última legua y contemplando su fortaleza.

Fue Ferryman quien contestó:

—¿Está orgulloso del castillo, monsieur?

—Amar las tierras y los bosques de Kirchwiller es un derecho de nacimiento. Mi padre los entregó por razones de lealtad, y yo fui a la guerra para recuperarlos. — Jean-Yves añadió para sus adentros: «Y si no encuentro pronto las respuestas que estoy buscando, un chantajista me los quitará».

Aquella noche, Jean-Yves dejó a Ferryman y a Ninette jugando al ajedrez para hacer lo que no aceptaba más demora.

Célie Haupmann había residido en Kirchwiller durante toda la vida de Jean-Yves y la mayor parte de la suya propia. Había llegado a la casa como pinche de cocina y luego ascendió hasta convertirse en la ayudante de confianza de su difunta madre. Cuando Marie-Christine de Charembourg había fallecido tres años antes, se puso a disposición de Célie un apartamento en una de las torres de entrada. Aún mantenía el título de «ama de llaves», pero era pura cortesía.

Jean-Yves llamó a la puerta del apartamento y una enfermera lo hizo pasar. A juzgar por el hábito gris y la cofia blanca, debía de provenir de algún convento cercano. La mujer le dijo que madame Haupmann lo esperaba, aunque tal vez se hubiera quedado dormida, y que había entrado una criada a servir un refrigerio. La enfermera lo condujo a una sala de estar y se retiró.

Jean-Yves dedicó un momento a observar el espacio a su alrededor y se alegró de que su secretario se hubiera encargado de que la antigua ama de llaves viviera en un alojamiento confortable. No cabía duda de que a Célie le gustaban los adornos: candelabros, relojes, animales de porcelana, algunos de los cuales reconoció porque habían pertenecido a su madre. Todo muy bonito y cuidado..., no como la propia Célie.

Había sido una mujer de labios carnosos, de cara bonita enmarcada por trenzas rubias. Ahora la butaca rebosaba con su cuerpo hinchado y la señora tenía el habitual color amarillento de las personas cuyos órganos empiezan a fallar. Cuando él tosió para que supiera que había llegado, la mujer abrió los ojos y refunfuñó en su alsaciano materno.

Jean-Yves la saludó en francés y esperó una respuesta brusca. Ella le había tenido aprecio cuando era niño, pero se había vuelto indiferente a medida que él crecía y perdía su constitución regordeta. Jean-Yves suponía que la mujer jamás le había perdonado por «unirse al enemigo», es decir, por convertirse en un hombre. O tal vez sentía celos de la intensidad con que su madre lo amaba. Las pocas veces que coincidían, siempre se respiraba cierta tensión.

La respuesta no fue cortante esta vez, sino que llegó en forma de débil intento de darle la mano. Lo invitó a sentarse y le señaló la mesa con el refrigerio: unas

porciones de *Kugelhopf*, una especialidad de la región, y una licorera con kirsch. ¿Sería tan amable de servir las copas? ¿Había ido su querida Christine?

No, la futura duquesa estaba en París con su madre, donde le estaban acabando el vestido y el ajuar.

Pero, claro: ¿cómo era el vestido?

—No me dejan verlo, madame.

¿Era guapo el novio? ¿De qué casa era... del Alto Loira? Dios santo. Era lo más lejos que había viajado la mujer en su vida.

Jean-Yves sirvió el licor y fue contestando a las preguntas. Si quería cotilleos, no sería él quien se los negara. Dudaba que tuviera muchas visitas. Cuando un cuco emergió sobre sus muelles para marcar la hora, formuló por fin la pregunta que tenía preparada:

—Madame, ¿se ha puesto alguien en contacto con usted estos últimos meses en relación con la muerte del artista Alfred Lutzman?

Las mejillas de Célie Haupmann se encendieron. La vieja hostilidad estaba de vuelta.

—¿A qué viene esto ahora? Es indecente.

—Mientras mi madre vivió, nunca saqué el tema, pero usted y yo podemos hablar con franqueza. ¿Ha hablado con alguien? ¿Ha contestado alguna carta? ¿Ha dado algún detalle de aquella época?

Sus facciones se endurecieron con desprecio.

—Tanto alboroto por un judío estúpido. ¿A quién le importa si hay uno menos en Kirchwiller? Se quedan con todo el comercio, se enriquecen y nunca gastan el dinero aquí. Lo guardan en bancos alemanes mientras nosotros pasamos hambre.

Jean-Yves jamás había visto a nadie que pareciera menos famélico.

—Usted era la confidente de mi madre —continuó Jean-Yves con paciencia—. Le contaba cosas que solo habría confesado a su párroco. Si ha hablado de lo que sucedió aquel día de diciembre de mil novecientos tres —acercó la silla en señal de intimidad—, no se preocupe, no me enfadaré, pero necesito saberlo.

Célie alzó su copa de kirsch con dificultad.

—Su madre siempre estaba hablando de usted, de cuánto lo echaba de menos. Su único hijo..., que la abandonó.

—Cada vez que nos vemos me dice lo mismo, pero fue ella quien insistió en que me marchara. Mi madre no se quedó tranquila hasta que supo que había salido del país. Tenía miedo de que mi pasado me pasara factura si me quedaba.

—¡Bah! ¿«Tranquila», dice? Nunca estuvo tranquila. Mientras vivió su marido, su matrimonio fue un infierno. Cada mañana le veía moratones nuevos cuando subía a ayudarla.

Jean-Yves se levantó, se dio la vuelta y contó hasta diez para contener la oleada de ira. Célie se refería a la «violencia conyugal» que había sufrido su madre y que no cesó hasta que su padre falleció en 1902. Jean-Yves también había sido víctima de la

brutalidad paterna, pero desde pequeño le habían enseñado a no mencionarla jamás. Su madre y él habían compartido la experiencia únicamente a través de miradas, una caricia aquí, un abrazo breve allá.

—Se le olvida cuál es su lugar —contestó él con frialdad.

—Me estoy muriendo. Tengo derecho. Su padre era un animal. Nada le proporcionaba mayor placer que pegar a su madre. Espero que no sea como él.

—¡Por Dios, madame! —No pudo evitar añadir—: Habla como si yo pudiera haberlo impedido. No era más que un niño.

—No siempre fue un niño, pero eso ya es agua pasada. Ella descansa en paz y él... arde en el infierno, o eso espero. Rece por que sus hijas se casen con hombres buenos, ¿eh? —Célie inclinó la cabeza, en un último gesto de familiaridad forzada entre los dos—. Y volviendo a su gran pregunta, no le he contado a nadie lo que le hizo a aquel judío. ¿Por qué iba a hacerlo? Si deberíamos deshacernos de todos ellos.

*París, 28 de mayo*

Chiffon con flores estampadas sobre tela de raso, un plisado *soleil* de seis pinzas del cuello al busto, mangas anchas. El velo: cuatro capas, fijado con una corona de hojas de cristal. Alix ultimaba los incontables detalles que convertían el vestido de novia de Christine de Charembourg en una pieza única. El día anterior —o hacía dos días: las jornadas de trabajo se le mezclaban— había cosido cientos de bolitas de plomo en el interior del dobladillo para que, en caso de que el día de la boda fuera ventoso, el vestido de Christine no se le levantara por encima de la cabeza.

Estaban en el salón de Javier: Christine sobre una pequeña plataforma de madera con escalones, Alix de rodillas disponiendo el faldón color nata sobre los peldaños. Era la primera vez que enseñaban el vestido. El día siguiente lo empaquetarían cuidadosamente y lo mandarían a Alsacia para la boda, prevista apenas dos semanas más tarde. A Alix se le escapó una lágrima y se la secó de inmediato, enfadada consigo misma por ser tan boba. El tacto del chiffon le recordó la voz de Verrian: «Sé que me estoy enamorando...». En algún punto de ese proceso, era evidente que Verrian se lo había vuelto a pensar, puesto que había desaparecido. Hacía más de tres semanas que no había rastro de él, y esta vez ni siquiera en el periódico sabían dónde estaba. Rosa, en cuya casa Alix se había instalado de forma permanente, insistía en que regresaría. «Conozco a los hombres, tesoro, y él no es de los que huyen.»

Ojalá Alix tuviera esa misma certeza.

—Más vuelo, Alix —dijo Pauline Frankel mientras observaba la línea del vestido desde lejos—. Ábralo un poco. Tiene que parecer que la cola está pintada en los escalones.

Pronto llegaría un fotógrafo para captar la imagen tradicional de la futura novia con su madre y su padre. La sesión ya se había postergado una vez porque el conde había tenido que permanecer en Alsacia más de lo previsto. No se había encontrado bien, decían. Una afección del corazón.

Alix deseó que Christine de Charembourg se mantuviera más recta. No paraba de estremecerse. ¿Estaría preocupada por su padre? ¿O acaso sería por su madre, que la agobiaba? La condesa rondaba por la sala como la encargada de una plantación, buscando motivos para criticar y quejarse. Ya les había ordenado realizar una docena de cambios. Habían diseñado un escote redondo para exhibir las perlas de la familia, pero una semana antes la condesa había exigido que cambiaran el escote. «Al final, Christine no llevará las perlas.»

El capricho había destrozado los nervios de Javier. Él no era un modisto de tres al

cuarto, había gritado. La chica parecería un camello con un cuello alto, y él, Javier, todavía no había caído tan bajo como para vestir a camellos.

Madame Frankel había intentado calmarlo. «No es culpa de la chica que las perlas de la familia se hayan perdido, hayan resultado ser de bisutería o lo que sea. Seguro que encuentra la manera de hacer la forma nueva... y será un éxito.»

Así fue: Javier concibió un corpiño que adelgazaba la figura de Christine y desviaba la atención de su mandíbula cuadrada. Le habían pedido a Alix que ayudara a probar y retocar el vestido después de que la anterior empleada se hubiera puesto a malas con la condesa. Había sido su oportunidad de dejar la mesa de costura, y la había aprovechado. Angustiada por Mémé, quien seguía inconsciente en el hospital, abatida por la desaparición de Verrian e invadida por la añoranza de su piso de Saint-Sulpice, al que aún le daba miedo volver, necesitaba tener la mente ocupada. Aun así, tampoco le habría importado dejar de sentir el aliento de la madre de la novia en el cogote.

Muchas señoras de alta cuna eran secas, algunas directamente groseras. Pero a Rhona de Charembourg, la mera visión de Alix la hacía superarse en su grado de malicia. Aquella misma mañana, la señora había soltado la mano de tal manera que su anillo de rubí había impactado en el labio de Alix.

—¡Apártese de la cola! —chilló Rhona al ver la sangre—. ¡Salga de ahí o mi hija no se pondrá este vestido!

Pauline Frankel envió a Alix a la enfermería. Cuando se iba, Alix oyó que Christine de Charembourg decía:

—Madre, ha pegado a la chica. La he visto.

A las once en punto, llegó el fotógrafo, pero el conde de Charembourg no apareció. La sesión se aplazó al día siguiente. Mientras se iba, Rhona de Charembourg informó a madame Frankel de que no quería volver a ver a «esa chica morena, Gower» en el salón. Ninguna judía participaría en la confección del vestido de novia de su hija.

—Como eso me excluye a mí también —contestó madame Frankel—, espero que *madame la comtesse* pueda encontrar a otra *première*.

La condesa se mostró sorprendida un instante. Luego se deshizo en sonrisas y dijo que no había sido su intención ofenderla. De hecho, confiaba en que el ajuar de su hija estuviera listo en la fecha acordada, a tiempo para que la familia viajara a Alsacia.

—El ajuar estará acabado siempre y cuando no pida más cambios, madame. Y eso incluye los cambios de personal.

—Javier dice que por las noches sueña con la cara de esa mujer —dijo Pauline Frankel a Alix en voz baja—. Lo que sé es que a mí no me deja trabajar en la



colección de otoño-invierno. Estoy tachando los días que faltan hasta finales de julio y no quedan tantos. Ya fue bastante difícil conseguir que Javier se olvidara de la colección de entretiem po que canceló y empezara a diseñar de nuevo.

Alix asintió. Las revistas de moda habían hecho trizas a Javier por su capricho de cancelar una colección después de haberla presentado la tarde anterior. Algunos dijeron que no era un modisto tan brillante como para ofender al mundo de la moda dos veces en un año e irse de rositas. Una revista de derechas había ido más lejos aún, con una caricatura que implicaba que Maison Javier había crecido gracias al dinero judío, no al talento. Alix sabía lo que madame Frankel quería darle a entender: las invectivas de la condesa eran la clase de cosas que podían sumir a Javier de nuevo en la melancolía, y nadie podía permitirse algo así.

—Por lo menos el Oro está terminado —añadió.

Al día siguiente, mientras el fotógrafo montaba el equipo y una criada le daba una última limpieza a la plataforma, Alix rezó para que fuera la última vez que vieran el vestido de novia de Christine, a la condesa y sus berrinches.

—Lágrimas en el coche —le susurró una probadora a Alix cuando llegó Rhona, ataviada con un traje de seda lila y seguida por su hija menor y la futura novia—. Pobrecilla, deberíamos haberle hecho el vestido a esta chica de papel secante.

A continuación apareció el conde, quien tuvo la gentileza de darles a todos una lección de sinceridad.

—Sé que hemos puesto a prueba su paciencia, mesdames. Me puse enfermo en Alsacia. Los médicos me han tenido en observación más de lo que necesitaba o quería.

Alix estaba decidida a no mirarlo a los ojos, pero, mientras esperaban a que vistieran a Christine, se le acercó y le preguntó en un murmullo apenas audible:

—¿Cómo está tu abuela?

—Pues en coma —respondió Alix con brusquedad—. Parpadea, pero no creo que oiga nada.

—Lo siento muchísimo. Gracias por informarme y enviar la carta a la dirección del trabajo.

—Supuse que querría saberlo.

—Fui a vuestro piso en cuanto recibí la carta, pero te habías marchado de Saint-Sulpice y nadie sabía dónde estabas.

—No podía quedarme allí. No, después de lo que pasó.

—Lo entiendo. Dime dónde vives ahora y, si puedo ayudarte en algo, por favor... —El conde se calló.

Alix siguió su mirada. Rhona de Charembourg los miraba fijamente.

—No quiero su ayuda —dijo Alix entre dientes—. No quiero nada de una familia que odia a los judíos.

El conde retrocedió.

—Mi esposa tiene sus opiniones y yo, las mías. Ni siquiera estoy seguro de que

eso sea lo que ella piensa en realidad. Se relaciona con personas que creen que lo que se lleva es admirar a Hitler. No es más que una moda que la realidad barrerá pronto.

Alix vio las arrugas que tenía alrededor de la boca, el pelo canoso, y tuvo una desgarradora sensación de pérdida. Todavía esperaba que pudieran recuperar la confianza y la intimidad de antaño, pero quizá ya no hubiera vuelta atrás.

—Hasta donde me alcanza la memoria, monsieur, ha estado entrando y saliendo de mi vida, y no consigo entender por qué. No dejo de pensar en mi abuelo y en la imagen de él que me he formado: en su buhardilla, con una bufanda y guantes sin dedos, luchando por crear su verdadera obra maestra. Sin conseguirlo...

—Alix, te lo ruego. Aquí no.

Tal vez la Alix de antes se hubiera detenido, pero ahora estaba tan agotada y tan dolida, que las normas del decoro se habían evaporado. Rosa, que había cuidado de ella desde el accidente de Mémé, le decía que todavía no se había recuperado del trance de ver a su abuela en un charco de sangre. Cuando uno se halla en estado de shock, es como si el mundo se vislumbrara a través de un cristal, pero lo que Rosa no sabía era que, de hecho, algunas cosas se veían con más claridad.

—Después de que mi abuela y mi madre se fueran a Londres a vivir con los Fressenden, usted se acercó a ellas y se convirtió en parte de su círculo. Cuando Mémé se mudó a un lugar más céntrico, usted alquiló una casa cercana. Cuidaba de ella.

—Todo lo que tu abuela me dejaba.

—Pero ¿lo hacía por el bien de Mémé? Una vez le pregunté qué veía cuando me miraba. Usted me contestó: «Una página en blanco». Y ¿no dibuja una cara en esa página, monsieur? ¿No ve en ella a Mathilda?

—Te veo a ti, Alix.

—¿No ve a la niña que mató a Mathilda? Yo nací dos semanas tarde. Si hubiera llegado a tiempo, mi madre podría haber sobrevivido y usted no se habría visto obligado a evitar su funeral.

—Mi niña, ya basta. —La tomó del brazo—. No te acostumbres a ser cruel.

Su esposa volvió a clavarles la mirada.

Una voz ofendida los interrumpió:

—¿Por qué todo lo relacionado con el matrimonio es tan lento? Pienso fugarme con mi amado cuando sea mi turno, papá. —Jean-Yves dio un respingo cuando su hija pequeña le introdujo una mano bajo el brazo—. Papá, ¿por qué habla con esta chica?

—Vuelve con tu madre, Ninette.

No hizo falta: Rhona de Charembourg ya se dirigía hacia ellos a grandes zancadas, la confrontación grabada en cada músculo. A Alix la salvó madame Frankel al anunciar que la novia estaba a punto de salir del probador.

Alix estaba de nuevo extendiendo la cola de seda de Christine sobre los peldaños tal y como lo habían ensayado cuando una orden estridente la dejó helada.

—No se atreva a tocar el dobladillo de mi hija. Hágalo y Christine no llevará ese vestido y me ocuparé personalmente de que París entero sepa por qué. Madame Frankel —la voz de la condesa cruzó el salón de punta a punta—: ¡Saque de aquí a esta chica!

—Vaya con Javier —dijo la *première* cogiéndola del brazo—. Un fotógrafo de prensa ha venido a hacer fotos del Oro antes de que se lo lleven a la Exposición, y Solange no ha aparecido. Arréglese un poco el pelo y olvídense de lo que le ha dicho la condesa. Por Dios, la novia está llorando otra vez.

Javier enarcó una ceja cuando Alix se detuvo en el vano de la puerta.

—Nunca podrá ser maniquí si no camina con confianza.

«Yo no quiero ser maniquí —pensó Alix—. Quiero ver a Mémé incorporada en la cama. Quiero saber por qué se marchó Verrian. Quiero que Rhona de Charembourg se caiga a una alcantarilla.»

Javier la mandó al vestuario.

—Lávese la cara, quítese esa bata, que no le favorece nada, y luego póngase el Oro.

Mandó a Marcy a los almacenes a buscar medias y le dijo a Alix que tomara prestados unos zapatos y un corsé del material que utilizaban las maniquís.

—¿Cuánto mide de cintura? —le preguntó a Alix en cuanto la joven volvió al estudio, lavada y cubierta con una bata de seda.

—Poco, no llega a sesenta centímetros.

—Ha adelgazado. Igual que Solange. ¿Qué les pasa, eh, chicas? ¿Cosas de novios?

—Yo no tengo novio, monsieur.

Javier chasqueó la lengua un par de veces.

—No tiene novio, solo desgracias. Bueno, la desgracia es buena para la figura. Y solo la desgracia puede enseñarle lo que es la felicidad. Como va a desfilarse con el vestido que he preparado para la Exposición, le corresponde un corpiño y el resto de ropa interior que necesite, incluido un corsé que le quitará dos centímetros más a la cintura. A partir de ahora tenga cuidado con lo que come, nada de tartas ni pan, porque una vez que adapte el vestido a sus formas, no quiero encontrarme un día con que ha engordado, ¿eh? Y además, es muy incómodo que algo le apriete la cintura después de comer tarta.

Se dio unas palmaditas en el estómago y soltó una carcajada.

—Monsieur, ¿me está pidiendo que desfile para presentar su vestido? Es decir, ¿no solo esta noche?

—Creo que sí. Me gusta tenerla por aquí, Alix, y tiene una silueta a la que le queda bien casi todo. La castigué cuando la mandé de vuelta al banco de costura, ahora la quito de allí otra vez. Tiene ojo para la confección y no tiene novio, algo

fantástico para una modelo, como el destino de la pobre Solange puede demostrar.

—¿El destino?

—Se ha quedado sin trabajo, *petite*. Esta noche podrían haberla fotografiado con un vestido que dentro de una semana contemplarán miles de personas en la Exposición Universal. En lugar de eso, ha... ¡puf! —Lanzó una mariposa imaginaria al aire—. Madame Kilpin me contó que usted tenía madera de maniquí.

—¿Ah, sí?

—Esa dama tiene un ojo clínico infalible, tanto para saber lo que le favorece a ella como para saber lo que les favorece a mis diseños. No es la clienta más fiel que tengo, pero es muy apreciada. Ah —levantó un dedo—, una última cosa: he oído rumores de que tiene usted otro empleo, Alix.

—¿Eh...? ¿Ah, sí?

Por fin iba a poner sobre la mesa el asunto de las falsificaciones.

—Me han contado que va a Montmartre, a un estudio de la place du Tertre, ¿es así?

Alix notó un cosquilleo de alivio.

—Sí. De vez en cuando poso para un artista. Es más por hacerle un favor que por dinero, aunque tiene mucho talento. Se llama Raphael Bonnet.

—Me suena... Un pintor atrevido, y bastante famoso por los desnudos. Si la está pintando así... —Javier levantó una mano para impedir que contestara—. No tengo por qué saberlo. Pero una vez que desfile con mis diseños, será inadmisibile que haga algo semejante. A una maniquí de Javier se la reconoce por su estilo y su belleza: su físico encantador, su aire de misterio, su fresca inaccesibilidad. Eso afianza la leyenda de Javier, mientras que el retrato de un pintor revela la verdad humana. Una cosa y otra no son compatibles. ¿Me comprende? Tendrá que dejar de posar para Bonnet.

—No, monsieur Javier. Es decir, sí.

—Bien. Y ahora, váyase y empiece a hacer buenas migas con Oro.

Veinte minutos más tarde, Alix se contempló en un espejo de cuerpo entero y abrió los ojos como platos. Otra mujer había ocupado su lugar. Se sentía dos dedos más alta. Oro dejaba al descubierto la curva del hombro, y la vestidora, que le había recogido el pelo con horquillas, había conseguido que su cuello pareciese casi tan esbelto como el de Solange, igual que un cisne. Nelly, otra de las maniquís, la maquilló y le marcó unas cejas exageradas y le pintó la boca con carmín.

—Le pondré los ojos como a Bette Davis —comentó mientras calentaba un cacito con la llama de una vela.

Enseguida apareció un carbón humeante, que mezcló con aceite para bebés y utilizó para pintarle la raya de los ojos a Alix.

—Ya está. Espectacular.

—¿Le gusta Oro? —le preguntó Javier cuando Alix apareció en el salón.

El modisto se había dejado llevar por el éxito del encaje de crin de caballo y había decorado los volantes de dupion con hilos dorados, como cabello de ángel, algo que daba al vestido unos reflejos de luz magníficos.

—Me siento como la emperatriz Eugenia.

—Entonces muévase, gire. A ver cómo baila esa falda.

Javier chasqueó los dedos para que le llevaran unos guantes negros de fiesta. Alix tenía que ponerse guantes porque llevaba las uñas demasiado cortas.

—Deje que crezcan y no se las muerda, *petite*.

Posó de perfil en la plataforma que Christine de Charembourg había dejado libre hacía un rato. El perfume de Rhona todavía flotaba en el ambiente. Javier la mandó subirse al último escalón, con los codos doblados y las manos levantadas, con personalidad. Una asistente arregló los faldones dorados. Bajaron las luces y el fotógrafo le pidió que permaneciese absolutamente quieta.

Dos horas más tarde, Javier quedó satisfecho y permitió que Alix fuera a cambiarse.

Las lágrimas corrían por las mejillas de Alix cuando salió del edificio a la rue de la Trémoille. Eran las ocho, el sol ya estaba bajo aunque todavía se asomaba por los tejados y aún notaba la marca de los escalones de la plataforma en las nalgas. Marcy caminaba a su lado, la misma máscara pálida, pero Marcy se dirigía a su feliz hogar en Batignolles. Alix tenía que ir a ver a su abuela. Luego volvería a su habitación alquilada. Una copa de jerez con Rosa antes de irse a la cama y, con suerte, unas cuantas horas de olvido.

No le había contado al conde que, una semana antes, habían trasladado a Mémé desde el hospital de Lariboisière a Le Cloître, una clínica ubicada en la ciudad de Fontainebleau, a una hora en tren de París. Los médicos le habían comentado que era difícil calibrar hasta qué punto llegaban los daños cerebrales que había sufrido Mémé a causa del golpe. Era posible que se recuperase, pero Alix tenía que ser realista, le dijeron. Mientras tanto, la paciente estaría mejor en un centro especializado en lesiones cerebrales. Le Cloître ofrecía gratis los cuidados a los enfermos, pero Alix tenía que cubrir los gastos de la ropa de cama y de la alimentación. Después de pagar esas facturas y los billetes de tren, le tocaba rebuscar en los bolsillos del abrigo por si encontraba alguna moneda olvidada con la que comprar comida. Sabía que el conde le habría ofrecido dinero, y también sabía que en esos momentos era la última persona del mundo de quien pensaba aceptarlo.

Esos días parecía alternar entre la pena, la preocupación y la humillación. La humillación era culpa de Verrian. La noche que atacaron a Mémé, Alix había esperado en el hospital toda la noche. Y todo el día siguiente, confiando en que Verrian se reuniera con ella.

Al ver que no aparecía, y temerosa de que la herida de la mano se hubiese complicado, había llamado por teléfono al *News Monitor* y se había enterado de que el señor Haviland no estaba. Obtuvo la misma respuesta en el Hôtel Polonaise, así que esa noche, después de separarse de la cama de su abuela, fue a su café habitual en los Champs-Élysées, con la esperanza de que apareciera. Se sentó a su mesa hasta medianoche y durante las tres noches siguientes repitió el ritual, con lo que se ganó la lástima de los camareros, que veían cómo buscaba al periodista en cada uno de los hombres que pasaban por delante. Esperó mucho tiempo que le enviara una carta, y se inventaba motivos por los que no le llegaba nada. A lo mejor Verrian había vuelto a viajar a Alemania, o lo habían reclamado en Londres. Tendría una crisis familiar. O habría enfermado, habría tenido un accidente. Cuando se presentó en persona en el *Monitor*, la avispada chica de la recepción le dijo que el señor Haviland estaba «ausente por el momento».

—¿Cuándo regresará?

—No lo sabemos. —La recepcionista le dedicó una sonrisa edulcorada—. Y por cierto, querida, ¿sabe usted quién es el señor Haviland?

—Claro —replicó Alix a la defensiva. Había ido con la ropa cómoda que se ponía para trabajar. Con traje habría logrado que la mirara con más respeto—. Es periodista.

—A lo que me refiero, querida, es a que es el hijo del jefe.

—¿Del jefe?

—Lord Calford —la chica levantó la voz— es presidente y dueño del periódico, y el señor Haviland es su hijo. ¿Acaso no sabía que es el honorable señor Haviland?

Alix se la quedó mirando con los ojos como platos, más abrumada por la necesidad de la chica de transmitirle la información que por la noticia en sí.

—¿Y qué? —contraatacó—. Yo soy la honorable Alix Gower. A ver cómo le sienta eso.

Rosa había comentado que tal vez Verrian hubiese vuelto a la antigua habitación cerca de Gare du Nord, en el hotel de Laurentin. Así pues, Alix se desplazó allí una tarde y se encontró con un hotel iluminado con luces chillonas.

—¿Monsieur Haviland? —Laurentin se había encogido de hombros—. Lo siento, *puce*, no lo he visto. Liquidó la cuenta hace siglos, nos cambió por las colinas soleadas de Montmartre.

Laurentin la miró de arriba abajo y algo entre la pena y la vergüenza le cruzó el rostro.

—Ay, nuestro amigo lleva una vida complicada, ya lo creo. Hacía muchas llamadas internacionales. Eh, no llore, *puce*, hay muchos más peces en el mar. Quédese a tomar una copa. Una cosita guapa como usted... Si quiere, puedo ofrecerle un empleo fácil.

Echó un vistazo por el bar, vio a las chicas que había en las mesas y le dio un bofetón.

¿Por qué todas las personas a las que amaba desaparecían de su vida? ¿Por qué

cambiaban, se morían o la abandonaban? O, como en el caso de Sylvie le Gal, ¿por qué hacían las tres cosas a la vez? Al verla llorar, su amiga Marcy interpretó mal sus lágrimas y le pasó un brazo por el hombro para consolarla.

—Este negocio es duro, pero eh, Alix, ahora eres maniquí. La gente te conocerá como la chica que hizo que el Oro reluciera.

—Las otras chicas me odian.

Marcy se echó a reír.

—No todas. A algunas les dará pereza... Nelly desde luego que sí...

Se quedó callada porque justo entonces se detuvo delante de ellas un taxi del que bajó con dificultad una mujer grandona. Era madame Markova, la encargada de la *cabine* de Javier, el probador en el que se vestían las maniquís para los desfiles y espectáculos.

Al reconocerlas, caminó como un pato hacia ellas y gritó:

—Chicas, ¿saben si monsieur está trabajando aún?

Llevaba un periódico enrollado en la mano.

Marcy estaba segura de que Javier estaría en el estudio, dejándose las pestañas. Se quedaría trabajando hasta que madame Frankel llamase a un taxi y le obligase a ir a casa.

—¿Qué ha ocurrido?

—¡Esto!

Madame Markova rompió una hoja del periódico porque lo desenrolló con mucho ímpetu. Alix lo reconoció al instante. Era el *New York Fashion Daily*, una publicación norteamericana sobre el sector que era como la biblia para Mabel Godnosc.

—Había quedado con una amiga en el Ritz y unas chicas de Estados Unidos se lo dejaron en un asiento. No sé inglés, así que no puedo leerlo... —Madame Markova abrió por fin el desplegable central—, pero sí sé ver las fotografías. Creo que me va a dar un ataque al corazón.

—Alix se lo leerá —dijo Marcy.

Alix cogió el periódico; la fecha era de hacía dos semanas.

—«Una colección demasiado atrevida para París» —leyó. Un sabor desagradable se le metió en la lengua mientras traducía—: «De París a la Quinta Avenida, de cincuenta mil francos a cien dólares en dos semanas. Javier irrumpe en Nueva York con una colección que es más que “oh, la, la”».

—¿Más que qué? —Marcy arrugó la nariz—. Javier no vende en Nueva York, salvo a clientes selectos, y nunca vendería un vestido por cien dólares.

—Se va a poner como una fiera —predijo madame Markova.

El artículo era poco más que una parrilla de fotografías, cada una de ellas con una modelo que presentaba un vestido, con un pie de foto llamativo. «El vestido para las señoritas atractivas en un terciopelo que acaricia la figura... La vaporosa seda de este vestido despertará el deseo del hombre ideal de su clienta... ¿Valioso? ¡Ya lo creo! ¿Caro? En absoluto. Solo 75,50 dólares.»

Todos los vestidos eran imitaciones de la colección de entretiem po que Javier había anulado. Así pues... Mabel no solo había dejado que se pusieran en venta, sino que había invertido tiempo y dinero en su promoción. Un acto suicida.

Marcy opinaba que convenía enseñárselo a Javier cuanto antes. Alix improvisó una excusa: tenía que ir a Fontainebleau a ver a Mémé.

—Claro, claro, pobrecilla. —Marcy le dio un abrazo—. Yo acompaño a madame Markova.

Cuando se separó de ellas, Alix oyó que madame Markova le decía a su compañera con amargura:

—Ladrones. Piratas de la moda. Ojalá se pudran en el infierno.

Ya era tarde para ir al hospital de Fontainebleau, pero hacía tres días que no veía a Mémé. A Alix siempre le preocupaba que pudiera perderse algún cambio significativo en la evolución clínica de su abuela. Nunca había ningún cambio, aunque las enfermeras decían que le iba bien tener visitas. Cada vez que Alix se acercaba a verla, le presentaban una factura con gastos extras. Habría sido más fácil comprar flores y servilletas de papel ella misma, pero nunca tenía tiempo. Y además, comprar flores era tirar el dinero, porque solo disfrutaban de ellas las enfermeras y solo servían para engrosar el montón de compost de la clínica. Justo cuando Alix pasaba por delante del edificio del *News Monitor* de camino al metro, el claxon de un coche le hizo dar un respingo.

Serge Martel bajó el cristal de la ventanilla y dijo:

—Buenas noches, Belle de Maison Javier. Quiero invitarte a cenar.

No había tardado en tomarse confianzas. Llevaba una rosa en el ojal, lo cual le recordó que la última vez que lo había visto había sido bajo una lluvia de pétalos.

Alix se apartó cuando el joven bajó del coche, distraída por la imagen recurrente de Javier tirando por los aires el *New York Fashion Daily* en el estudio. ¿Salir a cenar? A lo mejor era lo que le convenía, unas horas en compañía de alguien nuevo, alguien que la entretuviera y la distrajera. Sin embargo, no le gustaba ese hombre y, además, tenía que ir a ver a Mémé. Se disponía a rechazar la invitación cuando Serge Martel alargó la mano y Alix vio unas marcas de uñas en el dorso. Alzó la mirada y vio unas marcas similares en la mejilla.

Serge asintió con la cabeza al percatarse del suspiro ahogado de Alix.

—Solange. Hoy he ido a buscarla como siempre y resulta que ha sido como abrirle la puerta del coche a una gata salvaje ¡y furiosa! La han despedido. ¿No has visto la sangre en la acera? Es mía, por si te interesa. —Parecía disfrutar de la cara aprensiva de Alix—. Debajo de la superficie, todos somos animales, ¿o no? Bueno, ¿qué? ¿Una cenita?

—¿No debería estar consolando a Solange?

Serge negó con la cabeza.



—No sé qué quiere, pero no es a mí. Así que...

—No puedo. Tengo que ir a ver a mi abuela. Está en el hospital, bastante lejos de París, y ya llego tardísimo.

—Entonces sube, yo te llevo. —Serge retrocedió un paso—. ¿Tienes que pedirle permiso a alguien para salir por la noche?

Alix se lo pensó. Siempre había tenido a Mémé esperándola en casa, histérica si llegaba tarde, imaginándose lo peor. Pero ahora no tenía a nadie.

—Puedo hacer lo que quiera —contestó.

La clínica Le Cloître estaba al oeste de París, lo que suponía conducir hacia la puesta de sol. A Alix le costaba ver el mapa que Serge le había dado. Llevaban ya una hora de trayecto cuando la joven se dio cuenta de que leer un mapa no era equivalente a mirar los patrones de una prenda, donde mentalmente había que invertir derecha e izquierda. Las indicaciones que había dado Alix con el mapa los habían desviado y, cuando por fin se dio cuenta, estaban tan lejos de la clínica como cuando habían emprendido el viaje. A Serge le parecía hilarante, y decidió llamar a la ventana desvencijada de una granja para que les indicaran el camino. Una hora más tarde, cuando al fin entraron en Le Cloître y Alix vio que todas las ventanas estaban a oscuras, le entraron ganas de llorar. Se había terminado la hora de visita.

Serge levantó una mano del volante y le acarició la rodilla.

—Mira y verás.

Intercambió una docena de palabras con la recepcionista y al segundo la jefa de enfermeras, que regentaba la clínica de Le Cloître con la rigidez de una vara de acero desinfectada, los condujo amablemente por los pasillos como si fueran del cuerpo diplomático. Mientras Alix sustituía las flores mustias de la mesita de noche por otras que había comprado al salir de la ciudad, Serge acercó una silla a la cama y entabló una conversación unidireccional con la paciente.

Le contó a Danielle mil cosas sobre su «encantadora abuelita», que casi podía decirse que lo hubiera criado. Era una cocinera espléndida, famosa por el confit de pato, que elaboraba con una receta secreta en la que ponía judías dulces y alubias, ajo ahumado, perejil y jamón en dados sazonado con el mejor vino de Épernay. «Un poco excesivo para la digestión de Mémé», pensó Alix para sus adentros. A su abuela tampoco le habría hecho demasiada gracia encontrarse jamón en el plato, pero el modo de hablar de Serge, como si Mémé fuese su amiga del alma, hacía que se le perdonase cualquier cosa.

La hora de visita, que solía hacérsele eterna a Alix, pasó volando y la jefa de enfermeras no tardó en acompañarlos de nuevo en persona a la puerta. Alix iba la última y oyó que Serge decía:

—¿Tienen benefactores, madame Angèle? Hablo de dinero... De cubrir los gastos de mantenimiento. ¿Queda sitio para un parisino malo con ganas de hacer una buena

obra?

—Siempre hay sitio para la bondad —dijo la enfermera con una sonrisa boba—. Y me llamo hermana Marie-Andrée.

—Para mí seguirá siendo Angèle.

Al llegar a la puerta, Alix vio que Serge le cogía la mano nudosa a la jefa de enfermeras y se la llevaba a los labios. Dudaba que volvieran a ponerle pegas por llegar tarde a ver a su abuela.

Serge la llevó a una fonda de carretera donde los platos eran baratos y buenos, y Alix le dejó hablar. Se enteró de que provenía de la región de Champaña, cerca de Épernay. Por eso adoraba beber champán y por eso había cogido el traspaso del club de un primo.

—Me dijo que era de su padre.

—Y de un primo también. Imagínate, Alix, fiesta todas las noches en tu propio local, la gente se divierte, olvida sus preocupaciones, todo gracias a ti. ¿Te apetece beber champán ahora?

—Preferiría no beber, teniendo en cuenta cómo está Mémé.

—Nunca rechaces el champán.

Chasqueó los dedos para llamar al camarero.

—¿Dónde está ahora Solange? —no pudo evitar preguntar Alix.

—Ah... Pobre Gigi (así es como la llamo). De camino de vuelta a casa de su familia, en Córcega. —Se tocó la mejilla arañada—. Con las uñas limadas, espero. —Levantó la copa—. Por ti, estrella en ascenso. ¿Quieres pasar la noche conmigo?

Se le atragantó la bebida. ¿Qué había pasado con la lenta seducción?

—Yo... eh... no... —Se apoyó en una red de seguridad—: No soy una estrella en ascenso. Soy yo, nada más. Quiero ser modista de alta costura, no maniquí. Me encantó probarme el vestido Oro, pero mañana tengo intención de decirle a monsieur Javier que quiero seguir aprendiendo el oficio.

—No seguirás mucho tiempo con Javier. No es lo bastante famoso para ti.

—Querrá decir que yo no soy lo bastante famosa para él. —Alix procuraba mantener las distancias.

—Quiero decir lo que he dicho. Acaba de caerte en los brazos el puesto de trabajo que todas las chicas de Francia se mueren por tener. —Se inclinó hacia delante—. Y juntos seremos la pareja que todos los parisinos se mueren por conocer.

Serge parecía sincero en su deseo de conocerla más a fondo, y rápido. Al día siguiente, un sábado, que era el día libre de Alix, la llevó al Bois de Boulogne, un bosque en el extremo oeste de París, donde pasearon entre los árboles en un coche de caballos. Alix quería distraerse, pero ni siquiera la cháchara de Serge, ni el traqueteo del carruaje ni el canto de los pájaros, consiguieron apartar sus pensamientos de la inminente llegada del lunes. Cuando Serge la besó a la sombra de un árbol, tenía la

mitad de la mente puesta en Javier y en lo que la esperaba en la casa de modas cuando llegara al trabajo el lunes. A esas alturas el modisto ya habría averiguado quién había vendido sus diseños a Estados Unidos. Incluso era posible que estuviera preparándole una fiesta de bienvenida en la rue de la Trémoille... a la que habría invitado a la policía.

Pasó el domingo sola, sentada en la place du Tertre, llenando un bloc de esbozos con retratos y diseños de moda. Mantenía las manos ocupadas mientras soñaba con distintas muertes lentas para las señoras Godnosc y Kilpin. Habían hecho caso omiso de sus advertencias, habían permitido que la colección de entretiempos de Javier llegara a Nueva York y, para colmo, lo habían anunciado en un periódico de gran tirada.

Cuando amaneció el lunes, decidió ir andando al trabajo para quemar la energía acumulada por los nervios. Encontró a Marcy en el guardarropa de la segunda planta, poniéndose la bata marrón. En voz baja, su amiga le contó cómo había reaccionado Javier ante la noticia del *New York Fashion Daily*.

Al parecer, con un silencio sepulcral. Se había quedado mirando las fotografías medio minuto de reloj antes de tirar el periódico a la papelera. Luego había llamado un taxi que llevara a Marcy a casa, porque temía que su empleada llegase tarde a cenar.

—¿Y eso fue todo...? ¿Nada más?

Alix no podía creérselo.

—No sé qué le diría a madame Markova después de que me marchara. Quiere que vayas a verlo. Una de sus ayudantes ya ha ido a buscarte al taller, conque será mejor que subas a su despacho ahora mismo.

Cuando Alix llegó al estudio, Javier la saludó con una reverencia.

—¿Y cómo está mi maniquí de la casa favorita?

Antes de que Alix pudiera contestar, Simon Norbert irrumpió en la sala y soltó:

—Pues no es mi favorita. ¡A quién se le ocurre ofender a una de nuestras mejores clientas!

—Alix, a lo que se refiere mi amigo es a que el viernes, en el salón de pruebas, la insultaron a usted, algo por lo que le pido disculpas.

Alix observó con atención el rostro de Javier por si advertía algún indicio de que se avecinaba una reprimenda. Al no encontrar nada alarmante en su mirada, se centró en lo que había dicho:

—Me insultaron... Sí. Madame de Charembourg.

Javier se llevó un dedo a los labios.

—Nada de dar nombres, *petite*. No es la primera vez que esa dama ha criticado a mis empleados por su religión o sus orígenes, o sencillamente porque se cruzan en su camino un día que se ha levantado con mal pie. Pero esta vez será la última.

Norbert señaló a Alix con el dedo.

—Lo provocó ella. ¿Por qué le habló al marido de la señora con tantas confianzas, eh? Ya he visto en otras ocasiones lo poco decorosa que es. Pone una mirada que...

—¡No es verdad! —contestó Alix, furiosa.

—Chist, cállense los dos —respondió Javier—. En estos momentos, en el mundo hay mucho odio y maldad, y los prejuicios de ciertas personas de la sociedad son un doloroso recordatorio. Hay ocasiones en las que uno debe posicionarse. El sábado, cuando la señora de Charembourg vino a hacerse una prueba, me puse los guantes blancos. —Javier extendió las manos, Alix supuso que para que no quedase duda de dónde se había puesto los guantes—. Hice una reverencia y le dije: «Le ruego a *madame la comtesse* que me haga el favor de marcharse de mi establecimiento». Dios mío. Se quedó boquiabierta, patidifusa. Le informé de que todos los encargos pendientes le serían enviados a casa para cumplir lo prometido, pero que confiaba en no volver a ver a madame en persona jamás. Le ofrecí el brazo y la acompañé a la puerta.

—Y se ha granjeado una enemiga de por vida.

Javier lo reconoció.

—Como acabo de decir, monsieur Norbert, hay ocasiones en las que debemos elegir la opción menos mala de todas. Y ahora le contaré por qué la he mandado llamar, Alix. Me he enterado de que su abuela está muy enferma. ¿Desea que le dé algún día libre?

—No, no, monsieur. No puedo permitírmelo. De hecho, me gustaría seguir trabajando de aprendiz de modista, para ir aprendiendo.

—¿En lugar de ser maniquí?

—Bueno, las dos cosas, si puede ser.

Javier se quedó un rato callado.

—Sería algo muy poco habitual: trabajar de aprendiz por la mañana y después retirarse al salón para presentar mis modelos.

—No puede ser —intervino Norbert—. La chica tendría oportunidad de ver las prendas en todas las fases. Ya hemos sufrido las consecuencias de eso, ¿no cree?

—Ah, lo dice por nuestra aparición en Nueva York: «Una colección demasiado atrevida para París». —Javier forzó una sonrisa ácida—. Pero ¿se puede saber si la persona que escribió el titular ha pisado París alguna vez?

—¿Sabe quién ha podido..., en fin, ya sabe? —tanteó Alix, lamentando no ser mejor actriz.

—¿Quién ha robado mi obra? —Javier asintió—. Es una persona con acceso a mis diseños, que va con malas compañías. Una persona a la que vemos a diario pero de la que no sospechamos. ¿No se lo imagina? Su expresión dice que no, ¿eh, Alix? Se ha puesto pálida. Solange, por supuesto. —Javier se tocó el corazón—. Tiene exceso o defecto de este órgano vital y un novio que la hace infeliz.

Alix pensó: «¿De verdad voy a librarme así, sin más?».

—¿Va a poner una denuncia?

Javier encogió los hombros con exageración.

—¿Qué hago? ¿Demandar a un periódico que queda fuera de la jurisprudencia francesa? ¿O denuncio a la pobre mecanógrafa de Nueva York que cree que lleva un traje de Javier por setenta y nueve dólares con cincuenta?

—Me da asco —espetó Norbert.

—Pues mejor para ella si piensa eso. Cambiando de tema, Alix, ¿desea ayudarme con la próxima colección? Serán jornadas largas. Y no tendrá tiempo de dejarse las uñas largas.

—Me pondré guantes cuando desfile en el salón. No me importa trabajar hasta tarde.

Javier suspiró.

—Pero ¿espera que le pague el doble?

Alix hizo oídos sordos a la objeción de Simon Norbert.

—Le agradecería mucho un pequeño aumento de sueldo —dijo—. Me lo ganaré, se lo aseguro.

Un día de junio perfecto. La brisa acariciaba el Sena y hacía que los toldos de lona ondearan levemente. Las gotitas de las fuentes salpicaban el aire empujadas por la brisa. La Exposición Universal de París, cuyos pabellones y pasillos cubrían más de un kilómetro cuadrado, iba viento en popa.

Las instalaciones no estaban terminadas. Pero nadie confiaba en que lo estuvieran, y la muchedumbre tenía ganas de disfrutar, no de quejarse. Cuando Alix miró la inquietante águila que coronaba el pabellón de Alemania y el hombre y la mujer que blandían la hoz en lo alto del pabellón de Rusia, enfrente, se imaginó a Mémé exclamando: «Vey ist mir». También le sirvió para comprender algo que le había dicho Verrian: «Esta feria será la última estocada a la paz para las naciones que, por dentro, ya están en guerra».

De todos modos, no tuvo tiempo de recrearse demasiado en sus propios pensamientos. Serge caminaba a su lado, con el brazo entrelazado con el de ella, y se puso a criticar el gentío que se apelotonaba como un enjambre de abejas. Le molestaban en especial los extranjeros, con sus rarezas y su blablaba, aunque le fascinaban las cámaras tan grandes que llevaban los norteamericanos colgadas del cuello. Alix sentía vergüenza ajena porque Serge hablaba a voz en grito y los doce días que habían transcurrido desde el primer día que habían quedado, le habían enseñado que soltaba cualquier pensamiento que se le pasara por la cabeza. La contención y las indirectas no existían para él: si decía algo, lo decía en serio... Aunque pudiera cambiar de opinión al cabo de un momento.

La brisa pegó la falda a las piernas de Alix. Llevaba el Rose Noire, su propio diseño. Mabel Godnosc había presentado con orgullo una versión del vestido a Alix en la oficina de los Champs-Élysées unos días antes. Una también estaba, el primer reencuentro después de que Alix hubiera advertido a Mabel (en vano) que cancelara la producción de la falsificación de la línea de entretiempo de Javier. Una había llevado el ofensivo ejemplar del *New York Fashion Daily*, y dijo con una risa temblorosa mientras lo abría por el centro:

—No esperaba que nos dedicaran el reportaje central. —Luego, como si eso zanjase el tema, le dijo a Alix—: Ve a probarte ese modelito que Mabel te ha montado tan amablemente.

El «modelito» resultó ser dos dedos más corto que el que había dibujado Alix. Le tiraba de la espalda y el cuello alto se caía. Y era de seda sintética, no de crepé, como había especificado Alix al margen.

—No puedo ponérmelo —fue el veredicto de Alix.

—Jolín, por quince dólares, ¿qué esperabas, eh, niña? —contestó Mabel—. ¿El

vestido de baile de Ginger Rogers?

Y después volvió a hablar de negocios. Alix había retomado los lápices para dibujar las copias de los diseños, porque, según Una, todavía eran pobres y todavía eran los Tres Mosqueteros. Cuatro, si contaban a Mabel.

El día anterior, Una le había dado un regalo a Alix.

—Para hacer las paces. No lo abras ahora: tus lágrimas de gratitud me sobrecogerán.

El paquete contenía el vestido Rose Noire tal como lo había diseñado Alix; crepé en negro azabache con detalles estampados a mano. Se parecía tanto al boceto que Una debía de haber recorrido todos los almacenes de género de París y habría pedido a una modista muy experimentada que lo confeccionara.

Alix perdió la mirada en el agua vaporizada de una fuente, que brillaba como un diamante al sol, y se deleitó en las gotitas de agua que le salpicaban la garganta y la cara. En general, odiaba a Una, la despreciaba y le tenía rencor. Pero entonces Una la hacía reír o tenía un gesto tan generoso que, sin querer, Alix casi pasaba a admirarla.

Serge le tiró del brazo.

—Volvamos al Pavillon d'Élégance. Quiero verte al lado del Oro, para ver si alguien te reconoce.

Alix gruñó.

—No me gusta que la gente se me quede mirando boquiabierta y empiece a darse codazos y a cotillear.

—Pues a mí sí. Eres famosa. Saliste con el Oro en *Marie Claire*, en la edición especial sobre la Exposición.

—No es más que una fotografía.

—Pero de las buenas. Aun así, la gente te reconocerá.

—Lo que quiere ver la gente es el vestido, no a mí.

Marie Claire había descrito el diseño del Oro como «el choque entre una estrella y un cometa», y Serge se regodeaba con la fama indirecta que había obtenido Alix.

—Bueno, vamos un rato —Alix intentó llegar a un trato—, si luego podemos ir al pabellón de España.

—No, luego iremos a tomar un café. No me interesa nada lo que hagan los españoles.

—Pero yo quiero ver el pabellón de España, Serge. Han expuesto un cuadro.

—¿Qué cuadro?

—Es de Picasso, forma parte de una serie de murales. Me lo contó Bonnet.

—Picasso pinta mujeres que parecen caballos —arremetió Serge con desdén— y dibuja la nariz como si la cara estuviera de perfil y luego planta los dos ojos que te miran. Sus cuadros son tan malos que no se los daría ni a mi perro si tuviera hambre. Además, ¿quién es Bonnet, eh? ¿Cómo es que te dice lo que tienes que mirar?

—Bonnet es un amigo. Y no tienes perro. Yo pienso ir. Por favor, suéltame el brazo. —Alix también había pasado a tutearlo.

Serge retiró la artillería porque no quería discutir. Le acarició el cuello.

—Bueno, vale, pero confío en que esta noche te portes bien conmigo. Nada de quedarnos en los besos y abrazos, ¿no? ¿Cuándo vas a dejar de darme largas?

—Esta noche trabajo. Ya te lo dije.

—¿Dónde trabajas?

Alix suspiró.

—En mi otro empleo, en Maison Godnosc.

—No te hace falta trabajar. Eres mi chica. O a lo mejor es que no quieres ser mi chica.

—Iré al club cuando termine y cenamos juntos, ¿de acuerdo? Tú eliges dónde. ¿Podemos ir de una vez al pabellón de España?

—Primero al Pavillon d'Élégance —respondió él, tozudo. Y como ya la había invitado a comer y le había comprado un broche con forma de mariposa en un puesto de artesanía, Alix le dejó que la llevara al pabellón francés.

El Pavillon d'Élégance tenía forma de gruta con emplastes de escayola en color rosa bajo un cielo de lona azul celeste, y albergaba lo más exquisito de la alta costura parisina. Alix había dado por supuesto que habría desfiles diarios de los distintos modistos y que cada casa de diseño llevaría a su modelo favorita para que luciera sus creaciones. Pero no. Las prendas estaban expuestas en maniqués de escayola grumosa de más de dos metros de altura. Elsa Schiaparelli se había disgustado tanto con la idea que había cubierto su espacio de exposición con flores y Alix aplaudió la iniciativa. Esos espantapájaros surrealistas tampoco le gustaban.

A pesar de todo, se alegró de poder ver de cerca las propuestas de Chanel, Patou y Lucien Lelong, pero Serge no paraba de tirar de ella para que volviese donde estaba el Oro. Tenía tantas ganas de exhibir a «su chica», que se plantó delante de un hombre y una mujer que comentaban en voz baja los méritos del vestido. Alix los reconoció. Eran *premiers* de una casa de modas de la competencia, a quienes había conocido en una de las fiestas de inauguración de la Exposición. Advirtió su asombro, su análisis disimulado del traje de Serge. Se ruborizó al oír que uno de los dos susurraba:

—Chic de Chicago.

Cuando intentaba escabullirse, una chica a la que reconoció se acercó a ella. Era Zinaida, la maniquí griega de Javier, que susurró:

—¿No es ese el ex amorcito de Solange? ¿Qué se cuece?

—No se cuece nada.

—¿Sabes por qué se marchó? Me refiero a Solange.

Zinaida debía de haber oído rumores de que Solange era una ladrona de diseños



de moda. Alix murmuró que sí y se dio la vuelta y al instante dio un respingo cuando el brazo de Serge la rodeó sin previo aviso.

—Oye, ¿no pueden dejarte ese vestido dorado? Podríamos pasar una velada especial en el club, tú y yo, bailando. Luego, te haría el amor con el vestido puesto.

—Salgamos de aquí antes de que se te ocurran más ideas rocambolescas — contestó Alix.

Si el Pavillon d'Élégance era un templo de discreta veneración, el Pabellón de la República, por el contrario, era un hervidero con un elemento central: un mural monocromo lleno de fuerza. Pablo Picasso había pintado el *Guernica* pocas semanas después del bombardeo y su obra había servido como imán para que París se apiadara del sufrimiento de la población española y vasca, además de atraer a artistas de todas las nacionalidades, hombres y mujeres que proclamaban su opinión en un galimatías: debatían sobre la composición del mural y sobre la intención política subyacente.

Bonnet le había dicho a Alix que tenía que ver sin falta el *Guernica*. Javier había dicho lo mismo. Y en el fondo, Alix creía que debía ir a verlo porque, de haber estado allí, tal vez Verrian la habría acompañado. Quizá algún día él le preguntara qué opinaba del cuadro y era imprescindible que tuviera una respuesta preparada. Pero un momento... ¿por qué se comportaba como si Verrian fuese a volver con ella?

Tardó varios minutos en hacerse un hueco entre la gente para llegar a la primera fila. Serge lo miró con desgana y se quejó de que el mural no estaba terminado: era un caos, algo que podría haber hecho un niño de dos años en un cuaderno. ¿Por qué lo llamaban Guernica, eh? ¿Qué era Guernica?

—Una ciudad, pero en realidad es un símbolo. Un bombardeo.

—Pues a mí no me parece un bombardeo. Es como si alguien se hubiera vuelto loco en un matadero. ¿Y a qué viene ese ojo gigante? Me gusta el surrealismo cuando es divertido. Esto no es divertido.

Alix trató de explicarle el cuadro a través de los ojos de Bonnet, después a través de los de Javier. Y, aunque intentó no hacerlo, también lo explicó a través de los Verrian. Y por último, a través de los ojos de los hombres de barba que se habían arracimado junto a ella y expresaban sus pensamientos (admiración, desagrado, no tenía ni idea) en largas parrafadas de un euskera imposible de entender. Serge tenía razón en algo, pensó Alix. Sí que era un caos. Pero un caos inspirado por la rabia. Veía el intento de un hombre de traducir la atrocidad de una tarde a través de formas simples: un toro, un caballo moribundo, una mujer con un niño agonizante, una paloma, un ojo que desprendía fuego... ¿O era una bomba al estallar, o el ojo de Dios? Alix tenía la impresión de que Picasso había plasmado el momento en el que cualquier esperanza de paz había volado por los aires y la humanidad había perecido. Oyó mentalmente la voz de Verrian: «Un único bombardero alemán sobrevoló en círculo la ciudad a poca altitud, luego lanzó seis bombas pesadas... A partir de

entonces el bombardeo aumentó de intensidad y no cesó hasta que empezó a atardecer».

En ese momento, el aroma a Dusky Bergamot se le coló en la nariz y, mientras contemplaba el mural, vio un rostro nuevo. Facciones fuertes, barba, cara de sufrimiento... Estuvo a punto de desmayarse.

Alguien que tenía detrás impidió que se cayera al suelo.

—Creo que se ha olvidado de respirar —le dijo al oído una voz paternal—. No me sorprende. Salgamos para que le dé el aire.

—Monsieur Javier. ¿Qué hace aquí?

—¿Acaso pensaba que estaría con los vestidos?

—No. Usted es un artista; tenía que ver este cuadro, claro.

—Muy cierto. Ya he pasado por aquí diez veces y siempre veo algo nuevo. Pero, Alix, está muy pálida. ¿Quiere que vaya a buscarle un vaso de agua?

—Déjela en paz. —Serge irrumpió con chulería—. No necesitamos su ayuda. Piérdase.

—¡Serge! —Alix casi se atraganta del bochorno—. Este es monsieur Javier. Sí, monsieur Javier el modisto, el creador del Oro y mi jefe.

—Ah. —Serge se pasó la palma de la mano por la nariz—. Pues disculpe... He ido a su salón una docena de veces a mirar a las chicas, pero nunca lo he visto por ahí.

Javier lo miró con ojos burlones.

—Yo también asisto a los desfiles, pero siempre desde detrás de una columna, para no distraer a mis jóvenes modelos. ¿Puede ser que lo haya visto antes...? Diría que ha ido a buscar varias veces a mademoiselle Antonin al salir del trabajo.

—Puede que un par de veces. Mire, ahora yo me ocupo de Alix. Está bien. Ahí dentro hacía demasiado calor. Y había demasiados españoles. Hace un rato hemos ido a admirar el vestido de Alix... El dorado, ¿sabe? Se lo aseguro, monsieur, tiene usted madera.

—Y usted tiene muy buenas palabras.

Javier hizo su típica reverencia impecable y se marchó.

Alix ahogó un grito cuando Mabel Godnosc le mostró fotografías del vestido de Mainbocher que Wallis Simpson había llevado en la boda el 3 de junio de 1937. Vio un vestido entallado en una mujer sin caderas. Hombros rectos y una pieza como un corpiño con una hilera de botoncitos debajo del pecho fruncido, que dirigía la mirada hacia el centro del cuerpo. El modelo se parecía asombrosamente a su Rose Noire.

—La mitad de las mujeres de Nueva York ya llevan el vestido de Wally, y tú lo dibujaste antes de que se lo entregaran terminado —comentó entusiasmada Mabel—. Anda, dime, ¿va a volver el corsé, que estaba pasado de moda?

Alix no tenía la menor idea. Sin embargo, tal vez fuera cierto que poseía la fuerza

propia de un diseñador, la habilidad de saltarse lo evidente y captar un atisbo del futuro.

Una la devolvió a la realidad.

—No te creas que eres una estrella, Alix. Con las imitaciones es con lo que se saca dinero.

—Odio copiar —replicó Alix—. Cada vez que vengo aquí traiciono a un hombre a quien respeto. Si no fuese por mi abuela, lo dejaría.

Rosa le había permitido quedarse con la antigua habitación de Verrian por un precio ajustado, así que en teoría sus gastos del día a día no debían ser muy elevados. Pero una semana antes más o menos, el dueño del piso de Saint-Sulpice le había enviado una factura por «desperfectos» en su propiedad; daños en las paredes por culpa del humo del queroseno quemado y por «perforar la pared sin permiso para clavar alcayatas». Quería el equivalente a tres meses de alquiler para arreglarlo todo. Eso, además de las facturas de la clínica en la que seguía Mémé... Alix comprendía ahora por qué Paul estaba siempre tan demacrado. Cuando uno consigue reunir unos billetes, ¡pam! La vida se los quita del bolsillo.

Gracias a la «colección demasiado atrevida», Alix por fin había visto alguna retribución por sus copias de los diseños. Después de que Mabel se quedara su parte del pastel y Una la suya, solo habían quedado treinta mil francos por cabeza para Alix y Paul. Bastante menos que las riquezas con las que habían soñado en el Jardin du Luxembourg. El dinero de Alix se había esfumado en pagar las facturas. El barco de Paul todavía tenía humedades y las sesiones de logopedia de Suzy seguían siendo mensuales y con una mujer que lo hacía por caridad. Alix cogió la copa que tenía junto al codo y apuró de un trago el cóctel. Desde hacía un tiempo, Una había tomado por costumbre hacer cócteles Alexander con ginebra. Al principio a Alix le había desagradado el sabor, pero ahora apreciaba el toque amargo.

Ese día Alix les dibujó los bocetos de los trajes de inspiración escocesa de la colección de otoño-invierno de Javier. Movía tan rápido los lápices de colores que en cualquier momento empezarían a echar humo. Era curioso que, cuanto más aborrecía ese juego, mejor se le daba. Al cabo de una hora se reclinó en la silla.

—Ya he terminado por esta noche.

Como siempre, Mabel recogió los esbozos y los encerró bajo llave. Lo primero que harían al día siguiente sería enviarlos por correo a Cherburgo o El Havre, donde los meterían en el transatlántico más rápido que partiera rumbo a Nueva York. El desfile de presentación de la colección de otoño-invierno estaba previsto para el 29 de julio, para lo cual quedaban siete semanas largas, y Mabel había jurado por las vidas de todos sus sobrinos que ninguna falsificación de Javier se presentaría en Nueva York hasta mediados de agosto como muy pronto.

Para que a Mabel no le fallara la memoria, Alix había rodeado en rojo el domingo 15 de agosto de 1937 en el calendario.

—Que no cosan ni una puntada antes de ese día, ¿de acuerdo?

—Palabra de *scout*.

Mabel había hecho incluso el saludo de los *boy-scouts*.

En el escenario del Rose Noire, Lenice Leflore empezó a cantar «Body and Soul» y los clientes dejaron de hablar. Las boquillas de los cigarrillos se detuvieron de camino a los labios. Alix cerró los ojos para dejarse llevar por la melodía. Serge no quería bailar esa noche. Prefería mantenerla a punto para más tarde, según le había dicho. Antes tenía que hablar de una inversión con unos hombres. «Inversión» era la palabra clave para absenta de contrabando que traían de España. Alix ya lo había aprendido.

Serge la había recogido en los Champs-Élysées y la había llevado a cenar a su local favorito, un restaurante de Pigalle. *Pâté* de Ardenas, seguido de un guiso de pollo hecho a fuego lento. Había pedido por los dos, como le gustaba hacer... También a Jean-Yves le gustaba. Jean-Yves... El día que habían tomado las fotos con el vestido de novia de Christine, el regalo de despedida de Alix para el conde había sido una mirada de absoluto desprecio. No le había dado la dirección en la que vivía desde el robo, y ahora que su esposa ya no volvería por Javier, no habían vuelto a tener oportunidad de toparse por casualidad. Ahora que lo pensaba mejor, toda la familia debía de estar en Alsacia, pues faltaba muy poco para la boda de Christine.

Alix bebió el último dedo de champán que le quedaba en la copa y buscó con la mirada al camarero. Después de cenar, Serge había vuelto a llevarla en coche al club, con la mano apoyada en la rodilla de la joven mientras zigzagueaba entre el tráfico. Él habría querido hacer el amor en cuanto entraron en el club: se le hubiera tirado encima en la alfombra del recibidor si no los hubieran interrumpido los empleados que entraron para empezar el turno. Alix había corrido escaleras arriba y había cerrado la puerta de la habitación. Se había puesto un vestido de noche.

El de esa velada era un Chanel falso negro con la espalda al descubierto que Mabel le había vendido barato porque una cliente lo había devuelto... usado. Era el tipo de vestido que lograba que una mujer se sintiera adulta por arte de magia. Alix se sentó sola en la mesa de Serge junto a la pista de baile. Esa mesa nunca se ocupaba, por muy lleno que estuviera el Rose Noire. Sentarse allí convertía a una chica en una reina: una reina solitaria.

Un camarero le rellenó la copa sin mediar palabra. Ninguno de los empleados se tomaba confianzas con las chicas de Serge. No era que ella hubiese elegido ser la chica de Serge. Lo que ocurría era que él lo había dado por supuesto, lo había hecho realidad y había pasado a dominar su vida. Si bien era cierto que ella había elegido seguirle el juego, tenía motivos para no haber sucumbido todavía sexualmente a él: quería que esa decisión fuese de ella, no de Serge. Pero esa noche lo veía de otro modo. No le quedaban argumentos para seguir retrasándolo. Observó a Serge mientras saludaba a los invitados, les estrechaba la mano, les daba golpecitos en el hombro. Allí la gente lo apreciaba. Y las mujeres lo amaban. Las había visto

literalmente estremecerse de pasión cuando Serge estaba cerca. Había quien decía que era su reputación violenta la que las atraía, aunque Alix nunca había visto muestras de violencia por parte de Serge. Ciertamente, no le gustaban los borrachos. Mandaba a sus porteros que los sacaran de una patada a la calle, y una vez un chico que se había colado para robar carteras había acabado estampado contra la barra del bar con la nariz chorreando sangre. Había sido horrible presenciarlo. Pero Alix nunca había visto a Serge herir a nadie con sus propias manos.

¿Volvería a presentarse por allí Verrian alguna vez? Cielos, ¿de dónde había salido ese pensamiento? Bueno, ¿lo haría o no? ¿Se acercaría a ella con esa media sonrisa que nunca acababa de transmitir el mensaje? Se lo imaginó guiándola a la pista de baile, aclarándole por qué se había ausentado más de un mes. El silencio latió cuando el líder de la banda hizo un alto antes de deslizarse a sus músicos hacia «My Blue Heaven». Su canción, su universo. La pista de baile relumbraría con seda y lamé, lentejuelas y satén, y ella se fundiría como el chocolate...

Le picaba la nariz porque se le habían subido las burbujas del champán. Las notaba ya a la altura de la frente. Rebobinó la película. Cuando Verrian hubiera recorrido la mitad de la pista, se toparía con Serge de bruces: «Alix es mía. Yo me ocupo de ella».

—¿Me concede este baile, señorita?

Se dio la vuelta sorprendida. Un joven de cara despejada estaba plantado a un paso de ella. Por el acento, parecía de Estados Unidos.

—No —contestó Alix, y no añadió nada porque temía arrastrar las palabras si seguía hablando.

El joven retrocedió.

—Me daba pena verla aquí más sola que la una, señorita. Perdóneme si la he molestado.

«Más sola que la una —pensó Alix—. No estoy sola, me acompaña mi soledad...» Alix apuró la copa de champán. Hoy era un día especial. Hoy era el 11 de junio. Hoy cumplía veintiún años.

Le había soltado varias indirectas sobre su cumpleaños a Serge. Por supuesto, no había sido lo bastante explícita. Serge seguía con sus amigos del mercado negro en la barra, ni siquiera se molestaba en mirarla. El grupo empezó a tocar «C'est à Robinson», una canción melodiosa que le partió el corazón. Entonces se apagaron las luces. Risas y gritos saludaron a la oscuridad, aunque era un recurso muy habitual en el local, seguro que a esas alturas la gente ya estaba acostumbrada a esas sorpresas. Cuando las luces volvieran a encenderse, caerían globos del techo... O pétalos, o plumas. Alix se removió irritada. Oyó el chirrido de unas ruedas. Susurros. Vio una vela titilante en medio de la oscuridad. Luego otra vela, y otra. Varios hombres con americana de camarero blanca se acercaban a ella. Cada uno llevaba una vela encendida...

La rodearon. Parecía un ritual pagano, con tantas velas en la oscuridad. Y

entonces, en armonía, empezaron a cantarle, primero en francés: «Bon anniversaire, nos vœux les plus sincères...» y después en un inglés tan malo que daba risa: «Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz...».

La gente estalló en aplausos, encendieron las luces y vio que habían transportado un carrito hasta el centro de la pista. Aguantaba una torre de copas bajas de champán de seis pisos. Serge se estaba subido a una escalera y sonreía de oreja a oreja mientras llenaba de champán sin cesar la copa de la cúspide, que se derramaba sobre las copas del siguiente piso. Y las del siguiente... y las del siguiente. Su propia cascada de champán de cumpleaños. En cuanto terminaba de vaciar una botella, le pasaban otra. Serge vertía el champán en un chorrito limpio y constante. Los clientes se levantaron de las mesas para aplaudir y vitorear el espectáculo. Le hicieron un pasillo a Alix, que se había quedado plantada en el sitio, cautivada.

Por fin, Serge tomó la copa más elevada y bajó de la escalera con ella en la mano. Se la ofreció a Alix, pero antes de que pudiera llevarse la copa a los labios, empujó a la joven hacia él y la besó con pasión. Como tenía en la mano una copa llena a rebosar, Alix no pudo hacer otra cosa que corresponderle, y entonces la banda se puso a tocar «Rendez-vous sous la pluie» y la gente los aplaudió aún más. Mientras la sofisticada clientela se arracimaba a los pies de la cascada para recoger su copa, Serge y Alix bailaron. La banda aceleró el ritmo y, al percatarse de que Serge se disponía a hacerla dar vueltas, apuró el champán de un trago. Gritó: «¡Cójala, Félix!» al jefe de los *sommeliers* y arrojó la copa por detrás del hombro. Félix acertó a coger la copa y un rugido de aprobación aplaudió su atrevimiento.

Serge se echó a reír y a Alix se le contagió el buen humor. Dieron vueltas y vueltas mientras se reían durante «Rendez-vous», «St. Louis Blues» y «Sweet Georgia Brown».

Cuando llegaron al dormitorio, Alix estaba borracha. Tan borracha que la elegante cama con dosel no tenía ni un poste recto. ¿Y qué había en la mesita de noche, junto a la lámpara? Una cosa parecida a una botella de cristal azul con pipetas pegadas... Le recordó muchísimo a la ducha vaginal que la enfermera de Maison Javier le había mostrado durante la charla que le había dado sobre el riesgo de quedarse embarazada. Solo que esta era increíblemente hermosa. ¿Se suponía que tenía que utilizarla después? ¿Y por qué había dos pipetas?

Oyó el juramento que soltó Serge cuando tropezó al cruzar el umbral de la puerta detrás de ella. Apagó la luz del techo y encendió una lamparita con la pantalla de seda, que convirtió la habitación en una cueva rosada. Alix se arqueó cuando Serge se colocó detrás de ella y la rodeó con los brazos, le acarició el estómago, las caderas y el pecho. ¿Por qué se había agobiado tanto por este momento? Estaba preparada. Lo estaba..., ¿verdad? Solo que hubiera preferido que la habitación dejara de moverse. Un instante se abandonó a las caricias de las manos de Serge, a sus labios, que

recorrieron todos los retazos de piel que el vestido dejaba al descubierto. Y al instante siguiente el suelo se sacudió y todo empezó a dar vueltas a toda velocidad.

El rasgado de la tela la hizo recuperar los sentidos. Serge había arremetido contra el vestido. Se zafó del impetuoso amante y se sentó en la cama, se quitó los zapatos sacudiendo los pies y se colocó de lado para que Serge pudiera desabrocharle los cierres.

—Ten muchísimo cuidado, ¿eh? Me encanta este vestido.

Él se lo remangó por encima de la cabeza y a Alix no le quedó otro remedio que levantar los brazos para que se lo sacara. Murmuró una queja cuando vio que Serge lo tiraba al suelo. No la oyó; respiraba con fuerza y le pasaba las manos por el cuerpo. Este no era el mismo Serge zalamero que la había acompañado entre risas al piso de arriba. El nuevo Serge la empujaba con brusquedad al centro de la cama, donde Alix tuvo un lapsus de conciencia. Cuando recuperó el sentido, se encontró con que le estaba quitando la braga. Lo único que llevaba ahora era la combinación, un corsé y las medias con ligero, y de repente fue consciente de su desnudez.

—Cuidado —farfulló. Lo que quería decir era: «Trátame con cariño».

Las conversaciones furtivas en los vestuarios del colegio le habían advertido de esta primera vez, y Alix también había oído por casualidad a las jóvenes dependientas de Arding and Hobbs que susurraban cosas como «entregarse» a sus admiradores, «llegar hasta el final» y la necesidad de ir con especial precaución. Intentó articular estas advertencias, pero ya tenía a Serge encima, tapándole la boca con los labios. Se desabrochó a tirones los botones del pantalón y Alix notó su aliento caliente en la cara. Le habría gustado abrazarlo y oír palabras cariñosas que la tranquilizaran, pero le resultó imposible liberar los brazos, que Serge le aprisionaba a los lados. Era como si la tuviera atada.

El pánico la inundó. La última vez que se había sentido así había sido en el suelo del piso de Saint-Sulpice, con un trapo repugnante metido en la boca. Intentó forcejear mientras Serge le separaba las piernas, y alternaba los besos con unas palabras ininteligibles que murmuraba pegado al cuello de Alix. Algo duro apareció entre sus piernas... Al momento de lucidez escandalizada le siguió el dolor más agudo que había experimentado en su vida. Habría chillado de haber tenido la boca libre. Todos los músculos se le tensaron como mecanismo de defensa, pero ya la había penetrado, y empujaba con fuerza, hasta que sus movimientos adquirieron un ritmo poderoso. El dolor siguió en aumento hasta volverse casi insoportable y Alix notó las lágrimas que se agolpaban. Cerró los puños. Iba a morir.

Y entonces, gracias a Dios, Serge se sacudió, chilló y gruñó con una pasión incoherente, enterrado en su pelo. Un segundo después se desplomó, abatido.

Alix se quedó quieta, en estado de shock. Un dolor en carne viva entre las piernas, los pechos magullados, el ardor en la piel por donde había restregado la barbilla rasposa. Peor, una sensación de pérdida. De que le habían arrebatado algo sin valorarlo. ¿Eso era hacer el amor? ¿No se suponía que la mujer tenía que flotar a los

reinos celestiales, arrebatada por el placer físico? ¿No tenía que acariciarla y decirle que era guapa? Saltaba a la vista que no. Debía de tratarse de una gran mentira para que las mujeres accedieran a hacerlo.

Tal vez Serge se percató de que había sido muy brusco, porque rodó para quitarse de encima y buscó la mano de Alix.

—La primera vez siempre va mal —dijo—, es mejor liquidarla rápido. Ya aprenderás qué tienes que hacer. Y además, en el fondo es culpa tuya.

—¿Culpa mía?

Se inclinó sobre ella y le pellizcó la punta de la nariz.

—Ese cuerpo que tienes, tan sexy... No he podido controlarme. Es la primera vez que Serge Martel es el primero en correrse, para que veas lo especial que eres.

El colchón crujió cuando Serge se levantó y Alix oyó que se quitaba el resto de la ropa. Dos golpes secos consecutivos la informaron de que acababa de sacarse los zapatos...

Mientras las lágrimas le corrían a borbotones por las mejillas, Alix intentó convencerse de que había sido tan bruto porque se lo había negado demasiado tiempo. Serge se metió en la cama y levantó las mantas para que Alix pudiera meterse dentro con él. En realidad quería ir al cuarto de baño, pues no le gustaba la sensación pegajosa entre las piernas. Quería enjuagarse la boca para quitarse el sabor del champán de toda la noche. ¿Y se suponía que tenía que usar esa especie de ducha?

Sin embargo, Serge ya se había dormido, con el brazo cruzado por encima del estómago de Alix, y le dio miedo despertarlo.



Ya estaba todo hecho: la ceremonia civil, la ceremonia religiosa y la celebración, que había durado dos días. Christine había pasado a ser la duquesa de Brioude y se había ido de luna de miel con su marido al lago Léman. Ese era el regalo del conde. Rhona quería que los recién casados fueran a Londres. La duquesa viuda quería que fueran a su *château* del Alto Loira. La intervención de Jean-Yves había ofendido a ambas damas, pero la gratitud de Christine había hecho que valiera la pena.

Y así estaba a salvo. Fuera lo que fuese lo que lo acechaba, no tocaría a su familia.

—Papá, espere. Quiero ir con usted.

Ninette se esforzaba por alcanzarlo. El conde se había adentrado en el camino que bordeaba el muro exterior del castillo hasta llegar al río. Tenía una pendiente inclinada, construida con siglos de detritus. Su intención era seguir la orilla del río hasta llegar al pueblo de Kirchwiller, y no se había planteado tener compañía. Las damas de su familia solían pasear por bulevares y no destacaban por llevar zapatos cómodos.

—Querida mía, te vas a torcer un tobillo. Si quieres que te dé el aire, pídele a Pépín que te lleve en coche a un parque municipal. Seguro que a tu madre también le apetece. Ferryman os escoltará.

Ninette zigzagueaba de un lado a otro como una niña.

—Papá, ¿qué ha ocurrido con las perlas de la abuela? ¿Por qué no se las puso Christine para la boda?

Ya se lo había preguntado mientras desayunaban y el conde había escurrido el bulto. Bueno, pues ahora no tenía escapatoria.

—Las vendí.

Ninette se quedó tan apabullada que el conde se planteó si habría sido mejor mantener las apariencias y actuar con diplomacia, diciéndole, por ejemplo, que el joyero las había perdido. Bajó la mirada hacia el río que espumeaba al pasar entre las piedras de un rojo oxidado, y murmuró unos versos del poeta inglés Cowper:

—«Libre es el hombre a quien la verdad hace libre.» —Luego añadió mirando a Ninette—: Las perlas eran de gran calidad y estaban bien engarzadas, y han servido para pagar la boda de Christine. De lo contrario, habría tenido que alquilar un vestido de novia de segunda mano y salir de la iglesia en bicicleta. Confío en que, cuando te toque a ti, podamos desenterrar alguna otra joya de valor.

—¡Pero eran una herencia! —exclamó Ninette.

Cosa que llevó al conde a pensar: «Cada día se parece más a Rhona. La Ninette que solía ser mi favorita se habría echado a reír y habría dicho: “*Bien*, papá. Pues

vendamos el castillo”». En el fondo, le había contado la verdad a medias. Para pagar la boda había vendido la mayor parte de sus acciones del Banque d’Alsace, mientras que las perlas habían servido para pagar el préstamo que había pedido con el fin de satisfacer la demanda más reciente de su chantajista. Si ese cerdo volvía a aparecer... En fin, ya no le quedaba nada. Podía vender una parcela de tierra cerca de Kirchwiller, pero su administrador no tenía muchas esperanzas de que pudieran sacar gran cosa con la transacción. Los precios de la región habían bajado: la gente estaba preocupada por la presencia organizada de los alemanes junto a la frontera. Los terratenientes locales habían empezado a vender las propiedades y a atesorar lingotes de oro.

Jean-Yves le aconsejó a Ninette que tuviera cuidado con dónde pisaba al regresar al jardín (una forma elegante de insinuar que prefería que no lo acompañara) y tomó el camino que reseguía el río hasta llegar a un puente medieval. Una vez allí subió hasta la rue du Pont, la calle principal de Kirchwiller. Ante él vio una cuesta pronunciada.

Treinta años antes, la rue du Pont tenía el nombre en alemán, Brückenstrasse (calle del Puente) pero los adoquines eran los mismos, aunque la nomenclatura hubiese cambiado. También las tiendas y las casas eran las mismas, aunque la pintura hubiese perdido color. Todos los tejados presentaban su habitual nido para cigüeñas, en los que piaban los polluelos. Se suponía que las cigüeñas daban buena suerte, pero saltaba a la vista que las de Kirchwiller no cumplían su función. Sin embargo, vio un cambio notorio: a comienzos de siglo sus padres eran los dueños del único coche motorizado del pueblo. Ahora vio una docena de automóviles aparcados entre los carros rústicos.

Jean-Yves dobló la esquina de la rue des Avocats y entró en la sombría rue des Écrivains. Se detuvo en un callejón sin salida con anchura apenas suficiente para que dos hombres caminaran a la par.

Mientras subía la empinada calle, se le resintió la pierna. Un resto de metralla hincado en el fémur se hacía notar siempre que pasaba mucho tiempo de pie, como le había tocado hacer en los últimos días. Contó las puertas del lado derecho de la callejuela y se detuvo junto a una que tenía una mirilla oxidada. Metió una llave en la cerradura.

En el desván vacío que en tiempos era el estudio de Alfred Lutzman, se apoyó contra la estufa para recuperar el resuello, y al instante dio un violento respingo. Justo ahí era donde se había caído Lutzman.

El día que murió Lutzman, el 21 de diciembre de 1903, Jean-Yves había ido al estudio a recoger un retrato que le había encargado. Era tarde porque había nevado mucho y el chófer de los condes puso impedimentos para dejarle sacar el Mercedes. Jean-Yves insistió hasta conseguirlo, pero ese día hacía tanto frío que fue necesario

darle cincuenta veces a la manivela de arranque para que el motor se pusiera en marcha. Jean-Yves subió temblando las escaleras, de repente sintió una inmensa compasión por Lutzman. ¿Cómo podía trabajar un artista con semejante temperatura? Se le debían de quedar las pinturas secas, por no hablar de cómo sería posar para un cuadro... insoportable. El boceto del retrato que él había encargado se había realizado en el castillo, y Jean-Yves había posado delante de una chimenea encendida. Lutzman se había llevado el cuadro al estudio para terminarlo.

La gente decía que Lutzman estaba loco porque pintaba con colores atrevidos y danzarines. Lo que uno pensaba que era carne no tenía un único color, sino minúsculas pinceladas de escarlata, verde y azul. Algunas personas decían que era una artimaña, incluso un pecado, pero ¿qué sabían de arte los gordos burgueses de Kirchwiller? Si un cuadro no se parecía a los que veían en la iglesia o a los dibujos de las tapas de las latas de bombones, pensaban que era fruto del diablo.

Se lo había encargado a Lutzman justo porque era radical. Su intención era que el retrato fuese un regalo de Navidad sorpresa para su madre, su primer acto verdaderamente independiente desde que le habían concedido el título de conde un año antes. Célie Haupmann había hecho todo lo posible por estropearle la sorpresa, claro. Siempre se entrometía entre Jean-Yves y su madre y les aguaba los momentos de tranquilidad, o se dedicaba a contar chismes. Esa tarde no había sido una excepción. Mientras Jean-Yves esperaba en el gran salón a que el chófer terminara de pelearse con la manivela de arranque, el ama de llaves se había deslizado hasta donde estaba el joven con una sonrisa burlona.

—¿Qué? ¿A buscar el cuadro secreto? Creo que su madre ya sabe cuál será su regalo de Navidad.

—Porque se lo habrá dicho usted.

—Le propongo un juego. Podríamos intentar adivinar a qué se parecerá la cara que salga en el cuadro. El retrato que su amigo Lutzman hizo para el alcalde parecía un mono con la cara aplastada.

—Porque el alcalde parece un mono con la cara aplastada.

Lo había seguido hasta el exterior a pesar de la nieve, enfadada porque el joven no entraba al trapo de sus pullas.

—No le gustará nada. *Madame la comtesse* odia la pintura moderna.

Jean-Yves le contestó que todo lo contrario: si se molestara en entrar en la sala de escritura de su señora, vería que tenía expuestos varios paisajes de Lutzman. Después de ese comentario, el joven había hecho oídos sordos a lo que decía el ama de llaves y se agachó para entrar en el garaje, donde el chófer consiguió por fin que el motor del Mercedes reaccionara. La voz de Haupmann lo perseguía...

—¿Y no tiene ese pintor tan excepcional a un lacayo que pueda traer el dichoso cuadro al castillo? ¿Acaso ahora el señorito es un chico de los recados que quiere ahorrarle a un judío la molestia de caminar por la nieve?

En realidad, Alfred sí tenía un ayudante, un joven fornido y alegre que había sido

muy útil a la hora de transportar los caballetes y el maletín de pinturas hasta el castillo. El joven Raphael Bonnet observaba a su maestro mientras pintaba, mezclaba los pigmentos y limpiaba los pinceles y, de vez en cuando, Lutzman le permitía dar un par de pinceladas en algún detalle. Y sí, se suponía que Bonnet tenía que entregarle el cuadro terminado hacía ya varios días, pero no lo había hecho. Faltaban tres días para Nochebuena y a Jean-Yves se le había acabado la paciencia.

En el estudio de Lutzman, con las burlas de Célie Haupmann todavía metidas en los oídos, se había encontrado con el artista enfrascado en pintar un paisaje. Su propio retrato estaba en otro caballete, sin enmarcar y sin terminar siquiera. Tan tierno que la pintura se le pegó a los dedos. Era imposible que el encargo estuviera listo a tiempo. Sintió una bofetada de decepción.

—¿No es capaz de terminar ni un triste encargo, hombre? —preguntó al artista.

Lutzman parpadeó varias veces y dijo sin inflexión en la voz:

—Es un retrato, *mein herr*, no un pastel. Estará terminado cuando esté terminado.

¿Era triunfo lo que transmitían esos ojos negros como el azabache? Parecían decirle: «Tengo lo que necesita, de modo que, por una vez, ejerzo el poder sobre usted».

Jean-Yves notó un latigazo por dentro.

—¿Es que no sabe qué es la Navidad, maldito judío?

Palabras envenenadas. Palabras amargas, porque sabía que Haupmann se burlaría de él cuando volviera a casa con las manos vacías. Lo que ocurrió a continuación no estaba planeado.

Treinta y cinco años después por fin iba a realizar su confesión. Se arrodilló bajo el tragaluz, el sol entraba con fuerza.

—Maté a un hombre y he intentado redimirme. He dedicado mi vida a hacer el bien. Perdóname.

Cerró los ojos y escudriñó el silencio en busca de una respuesta. De la absolución.

—Acaba con el castigo, Dios mío.

Una puerta se cerró de golpe en la planta de abajo. Pasos y luego una voz aguda:

—Papá. Soy yo. ¿Dónde está?

El corazón le dio un vuelco insoportable. Se puso de pie y avanzó a trompicones para apoyarse en la pared, necesitaba algo que lo sustentara.

—¿Papá?

Una niña que corría por las escaleras para ver a su padre. Encontraría un cadáver. Debía detenerla... Se le nubló la vista y todos los músculos del pecho se contrajeron. Volvió a caer postrado de rodillas.

—¿Papá? Dios mío... —Ninette se acercó a él—. ¿Papá, se encuentra mal?

El conde oyó una voz masculina y cayó en la cuenta de que Ferryman había ido a buscar a la chica. Como pudo, el conde le pidió a su secretario que fuese a buscar

agua de la cocina. Cuando Ferryman regresó con una vieja taza de hojalata, por fin se le aflojó la tensión del pecho. El agua sabía rancia.

—Menos mal que lo hemos encontrado, señor —comentó Ferryman mientras ayudaba a Jean-Yves a bajar las escaleras—. Una vecina lo vio entrar. Resulta que hay una emergencia en el castillo.

Ninette tomó la palabra.

—Madame Haupmann ha intentado levantarse de la cama y se ha caído. La enfermera no podía levantarla, conque han tenido que llamar al médico. Haupmann ha empezado a farfullar y dice que usted es... —su hija se echó a reír antes de continuar— un asesino. —Jadeó porque la risa se le quedó atragantada en la garganta, sin duda por la impresión—. Lo siento, papá, lo siento mucho, pero es que tendría que haber visto la cara que han puesto los demás.

El médico dudaba de que Haupmann siguiera con vida la mañana siguiente y se ofreció a llevarla al hospital.

—Sería lo más conveniente. Es lo que desea madame de Charembourg.

—¿Ha hablado con mi esposa?

Rhona no se había acercado a Haupmann en ningún momento desde que habían llegado para la boda.

El médico parecía un poco incómodo.

—Sí, monsieur. Madame me mandó llamar, mientras iban a buscarlo a usted. Es comprensible que su esposa no desee que se produzca una muerte en la casa justo después de la boda de su hija. Considera que sería...

—¿Poco conveniente? Yo opino que sería cruel desplazar ahora a la señora Haupmann y rodearla de desconocidos. Dejen que fallezca aquí, atendida por su enfermera habitual.

Jean-Yves acompañó al médico a la puerta. Le dijo a la enfermera que fuese a descansar un rato y se ofreció a quedarse junto a la inválida una hora más o menos. Se sentó al lado de la cama y le acercó a los labios amarillentos un vaso de agua mientras decía como el que habla de un tema cualquiera:

—Hoy he ido al estudio de Lutzman, madame Haupmann. He admitido mi culpa, he pronunciado en voz alta las palabras y he pedido el perdón de Dios.

La enfermera le había puesto un rosario en la mano a Haupmann. Las cuentas giraban sin cesar mientras asimilaba las palabras del conde.

—Debían parte del alquiler —murmuró la anciana—. Su mujer pensaba que si a usted le gustaba el retrato, les perdonaría la deuda. Así piensan los judíos: en el dinero y en lo que pueden sacar.

El conde se levantó y se dirigió hasta la otra punta de la habitación, pues las palabras envenenadas del ama de llaves ponían a prueba los límites de su caridad. Se detuvo a mirar una lámina enmarcada de la Virgen María con el Niño, lo que agravó

su ánimo todavía más. María se parecía más a una lechera suiza que a una joven de Nazareth. Se irguió.

—He vivido tres décadas apartado de la compañía de Dios porque cometí un crimen —dijo—. Sus palabras rencorosas fueron las que provocaron que llegase a casa de Lutzman con el orgullo herido. Debe reconocer su parte de culpa, señora.

El silencio, que solo rompía el testarudo ruidito de las cuentas del rosario, desató algo dentro de él. Regresó dando zancadas a la cama y agarró el rosario. Se rompió y las cuentas rebotaron por el suelo.

—Usted nunca ha matado a nadie, ¿verdad, madame? Pero durante toda su vida adulta se ha dedicado a tocarle la fibra sensible a la gente y ponerla al límite para luego retroceder con una sonrisa en la cara y disfrutar de las consecuencias. Confiéselo.

—No tengo motivos.

—Mi madre le dio dinero para comprar al inspector jefe del pueblo: Kern. Le pidió que borrara todo rastro de mi visita al estudio de Lutzman. Fue muy obediente: mandó que detuvieran a Danielle Lutzman, la encerraron en una celda incomunicada para que no pudiera inculparme. Casi se volvió loca al verse separada de su hija. Más tarde, Kern rellenó un informe en el que decía que unos ladrones nómadas habían cometido el asesinato. Un final limpio, pero siempre llega la hora de rendir cuentas. Kern aceptó cientos de miles de francos de nuestra parte, y con eso se compró un coche muy potente. Tiempo después se estampó contra un árbol en una curva cerca del río.

—No sé quién es Kern.

—Su esposa y él iban a cenar a nuestra casa una vez al mes, justo hasta que empezó la guerra. Deje de fingir, madame. Confiese de una vez.

Los labios de Hauptmann se quebraron cuando hizo el esfuerzo de hablar.

—Su madre lo quería mucho.

—Ya lo sé. Me ayudó a salir airoso del crimen, pero ojalá yo hubiera tenido las agallas de afrontar lo que había hecho... —Un movimiento le hizo alzar la mirada—. ¿Rhona? ¿Cuánto tiempo llevas ahí?

—Lo suficiente. ¿Ha llegado la hora final?

—Deberíamos llamar a un sacerdote.

Rhona arqueó una ceja.

—¿Y darle al abad una muestra de sus dementes palabras de despedida? No me parece muy sensato. —Se acercó a la cama, donde seguía el conde—. ¿Lo que decías hace un momento...?

—Aquí no —le interrumpió el hombre.

—En realidad, me parece que es el sitio más seguro. ¿Tengo que tomarme en serio que eres culpable de un pecado capital?

Tal como pronunció la pregunta, parecía que le hubiera preguntado por el tiempo, o por lo que le apetecía para comer.

El conde no estaba seguro de poder articular palabra, así que se puso de cuclillas y recogió las cuentas del rosario de la señora Haupmann, que seguían desperdigadas. Un momento después oyó el suave crujido de la mecedora que había junto a la chimenea. Rhona se mecía con los ojos entrecerrados. En el campo se olvidaba de su atuendo chic parisino. Sacaba las prendas de tweed, los jerséis gruesos de lana tejida con ochos. Aquí estaba menos crispada.

La condesa bostezó.

—¿Es la culpa lo que te lleva a preocuparte tanto de esa golfilla que trabaja para Javier? Sé que ella tiene algo que ver con este lugar y lo que ocurrió aquí.

—No quiero dar explicaciones, y desde luego, no quiero montar un numerito por eso. No, ahora que la pobre Haupmann está obligada a oírnos.

—Dudo que vaya a chismorrear por ahí, Jean-Yves. —La mecedora crujía al balancearse adelante y atrás—. Muy bien. —Rhona suspiró—. Como no quieres hablar conmigo, te diré lo que sé. Un año después de que acabara la guerra más o menos, pedí a nuestro chófer que te siguiera en una de tus escapadas. Siempre te andabas con tanto secretismo, fingías que ibas al club de caballeros de la ciudad, pero siempre tomabas la dirección contraria. Así pues, le mandé que te siguiera. Pensaba que tenías una amante, ya ves. Bueno, llevábamos diez años casados. Era plausible.

»El chófer te siguió el rastro hasta el barrio de Wandsworth, hasta una calle cochambrosa. Fui a ver la calle unos días más tarde. Llamé a la puerta de una casa pequeña y estrecha y dije que era enfermera a domicilio. La estúpida vieja que vivía allí me invitó a pasar, aunque no llevaba maletín ni identificación. Me dijo que se apellidaba Lutzman. Le pregunté si era familia de un artista del mismo apellido, porque teníamos algunos cuadros suyos en casa. Debí de inspirarle confianza, porque, tras unos cuantos titubeos, me contó la historia de su vida. Me dijo que nunca le había contado a nadie tantas cosas sobre su persona. Mencionó tu nombre... Admitió que de vez en cuando aceptaba el dinero que le ofrecías. —Rhona imitó una voz fuerte que hablaba en inglés con acento alemán—: “Siempre le digo que Mathilda y yo no necesitamos nada, pero antes de marcharse deja dinero en un cajón o encima de la mesa. Es lo contrario de un ladrón”. Nunca he olvidado esa frase: “es lo contrario de un ladrón”. Haces el bien de manera furtiva, qué marido tan noble tengo.

Rhona se quedó callada y Jean-Yves sospechó que se estaba imaginando a sí misma otra vez en el mugriento piso londinense de Danielle. Lo supo cuando su esposa añadió a modo de reflexión:

—Había una criaja en la sala y recuerdo que me miraba, mientras se chupaba el dedo, y lo único que yo quería saber era dónde estaba su madre y si era hija tuya. Le pregunté a la vieja por Mathilda y empezó a llorar. Deduje que Mathilda había muerto en el parto... Esa cría es tuya, ¿verdad? Le pagaste los estudios.

—Sí, le pagué los estudios a Alix. ¿Quién te lo ha dicho?

—Venga, por favor... —Rhona cerró los ojos, como si fingiera pensar—. Las facturas del cajón del escritorio, si no recuerdo mal. Treinta libras el trimestre en

Kingswood Place, en Hampshire. Imagínate cómo me sentía: mi marido pagándole la educación a una pordiosera mientras les negaba todas las oportunidades a sus propias hijas.

El conde se la quedó mirando, preparado para creer que el último comentario había sido una broma. No, la condesa daba la sensación de hablar completamente en serio. Siempre le había descolocado la capacidad de su esposa para imaginarse un universo que encajara con sus intereses.

—Nunca les negué nada a Christine ni a Ninette: las mejores escuelas, equitación, clases de música, clases de italiano, colegios privados donde les enseñaron a comportarse en sociedad... Y ahora, las clases para aprender a conducir. ¿Qué les he negado, eh?

Sin embargo, Rhona no quería oírlo.

—Bueno, ¿Alix es tuya?

Pensó bien la respuesta antes de decir:

—No es asunto tuyo.

—¿Es la típica forma educada y burguesa de decir «es mi hija bastarda»? Me gustaría saberlo, Jean-Yves.

—Solo hay una persona con derecho a preguntarme eso: Alix. Mientras ella no me lo pregunte, no diré ni una palabra al respecto.

Su mujer le respondió encogiendo los brazos con irritación. Rhona había dejado de mecerse.

—La madre de la chica y tú... ¿fuisteis amantes? ¿Cuánto tiempo? ¿Dónde os conocisteis?

El conde suspiró. Su instinto solía llevarle a zanzar esas conversaciones, pero entonces pensó: «¿Por qué seguir negándolo?».

—Conocía a Mathilda desde que era pequeña. La primera vez que la vi fue en el estudio de su padre en Kirchwiller. —Sobre el cadáver de su padre, pero no pensaba compartir ese detalle con la condesa—. Las ayudé a su madre y a ella a mudarse a Londres y mantuve el contacto con ellas. Sí, las ayudé a salir adelante. Mathilda me tenía encandilado, pero te aseguro que mis sentimientos hacia ella eran absolutamente fraternales, y la vi muy poco durante su infancia. Entonces estalló la guerra. Sin que yo lo supiera, se enroló como enfermera y coincidimos en Francia, en la retaguardia, cuando la asignaron a un hospital de heridos de guerra cerca de Arras, donde yo me recuperaba de un ataque. Mathilda tenía veintidós años.

—Y fue por casualidad, supongo.

—No creerás que alguien como yo iba a poder planear dónde destinaban a cada enfermera en medio del caos, ¿verdad? Un día emergí de una neblina de sueño y morfina y me la encontré sonriéndome.

—Y tú también le sonreíste, claro. Aunque estabas casado conmigo, ¿eh? Aunque yo te esperaba en casa, aterrada por cuál sería tu destino en todo momento, ¿eh?

Jean-Yves sintió una oleada de pena. Rhona, que se balanceaba de nuevo en la



mecedora, con las manos tan apretadas que se le marcaban los huesos, había sido en otra época el epítome de sus deseos. La suma de todos sus sueños.

—Le sonreí, sí, y nos vimos otro día. Después me mandaron a casa, a ese sanatorio que había en el sur de Londres. A ella también la habían devuelto a Londres y estaba trabajando allí.

—Qué magnífica coincidencia. ¿Tuvisteis una aventura?

—Fue corta. Se casó con otro ese mismo año y luego murió. No hay nada más que decir.

—¿Nada más? —Rhona se levantó tan rápido que la mecedora se deslizó hacia atrás—. ¿Te parece poco? ¿Después de semejante traición lo único que se te ocurre decir es que no hay «nada más»?

Le golpeó el pecho con ambos puños y le clavó las uñas en la ropa. Por segunda vez, se le cayeron al suelo las cuentas del rosario de Célie Haupmann.

Rhona se le agarró al cuello.

—¿Cómo pudo eclipsarme una mujer como esa? ¡Una pordiosera! ¡Una extranjera! ¿Tan guapa era, o sencillamente era una ramera lista?

—Sí que era guapa, y no era una ramera.

—¿Ah, no? ¿Y por qué se acostó contigo cuando ya estabas casado?

—Nunca lo entenderás, pero quise a Mathilda desde el primer día en que la vi. Estaba muy desamparada, y yo era la única persona en el mundo que podía ayudarla. No supe cuán profundos eran mis sentimientos hacia ella hasta que abrí los ojos en el hospital cerca de Arras. Me di cuenta...

—¿De qué?

«Me di cuenta de que debería haberla esperado para casarme con ella», pensó el conde. Retrocedió para apartarse de las uñas que le arañaban la cara, pero notó que las piernas topaban con la cama de Célie Haupmann. Apartó a Rhona con un gesto y dio la impresión de que a la condesa se le habían pasado las ganas de pelearse.

—No olvidemos lo que somos —dijo Jean-Yves.

Un momento después, notó el escozor de un bofetón rabioso.

—Todo empezó aquí, ¿verdad? —Rhona se abrió camino apartando a su marido para acercarse a la señora Haupmann, cuyos párpados temblaban—. He oído lo que le has contado a esta vieja bruja. Mataste a Lutzman y ella lo sabía. Por eso la has mantenido aquí todos estos años y has seguido pagándole el sueldo completo. Has comprado su prudencia. Has comprado su silencio. ¿No es así, Haupmann?

Por un instante espantoso, Jean-Yves pensó que Rhona iba a quitar la colcha que tapaba a la anciana. La agarró por el codo.

—Contrólate. Ten un poco de decencia.

—Ella sabía que habías matado a alguien. Por eso casi nunca querías volver aquí. En fin, podría ir a la policía. Con lo que he oído, basta para que te detengan.

—No irás —contestó él y la apartó de la cama, obligándola a caminar hacia la puerta—. Tienes más que perder que yo. Y ahora vete. Llama a la enfermera y pide

que vayan a buscar al sacerdote.

—Nuestro matrimonio se ha acabado, Jean-Yves —lo desafió—. Ah, pero seguiremos juntos. No pienses que voy a dejarte libre. Mentalízate de que, de ahora en adelante, yo también tendré libertad. Y en cuanto a esa chica, la criada de Mathilda...

—Deja a Alix en paz. No tiene culpa de nada.

Rhona se echó a reír.

—No, qué va. Es una costurera de pacotilla que ya ha aprendido el coste de cruzarse en mi camino e inmiscuirse en mi familia. Lo pagará caro. Alguien tiene que pagar por lo que me has hecho.

*París, 3 de julio*

Alix abrió los ojos y se dio cuenta de que el agua de la bañera se había enfriado. Llamaban a la puerta.

—¿Todo bien por ahí dentro, bonita? ¿No te habrás colado por el sumidero? — Rosa ya le había cogido confianza a Alix.

Para demostrar que estaba bien salió de la bañera dándose impulso, agarró una toalla y quitó el pestillo de la puerta.

—Me he quedado dormida —le dijo a Rosa con una sonrisa.

Alix se secó bien y luego se extendió crema de parafina por las uñas. Después se masajeó la piel con aceite de coco, jazmín y glicerina. Era sábado, y el sábado por la noche el Rose Noire atraía a una clientela muy glamurosa. Alix se sentía mejor sentada a su solitaria mesa cuando iba como un pincel. De todas formas, Rosa tenía razón, estaba forzando mucho la máquina, de día y de noche, y al final se le pararía el motor. Coser, copiar, trabajar de maniquí, sus obligaciones por ser la chica de Serge... Cualquiera de esas tareas en solitario habría mantenido ocupada a una persona normal. Mientras se extendía el aceite por las piernas notó un tenue escalofrío de respuesta erótica. Serge tenía razón: después de esa horrorosa primera vez de la noche de su cumpleaños, el dolor había menguado. Al cabo de tres semanas, ya no sentía dolor, aunque tampoco demasiado placer. Al parecer, era porque no se relajaba. Lo intentaba, pero ciertas partes de su cuerpo tenían voluntad propia. Ciertas partes se bloqueaban.

Serge le había mandado rosas después de esa primera noche, veintiún capullos de rosas rojas y granates. Rosa, que salió a abrir, le entregó el ramo con la ceja enarcada y comentó:

—No voy a preguntar pero, por mi experiencia, las rosas suelen ser las favoritas de los machitos. Confío en que cuide de ti.

—Pues claro —murmuró Alix.

—Me refiero a que «cuide de ti», ¿me entiendes? —aclaró Rosa—. Que sea de los que se casan o que sepa comportarse como un caballero. Vamos, que use fundas, es decir, condones, o que se baje una parada antes.

—¿Dónde? ¿Qué? ¿Disculpe? No la entiendo...

—Sí, que se baje una parada antes del final de la línea. Que ponga el freno... Vamos, no pongas cara de inocente. Si seguís así, te veo casada con hijos a los veintidós o yendo a abortar a algún cuchitril. Toma unas gomitas.

Sonrojada y tartamudeando, Alix se lo contó a Serge, quien, por primera vez, dejó

aflorar su rabia:

—Yo no me pongo esas cosas. No tengo la sífilis ni soy maricón.

—Serge, no insinúo que... Es solo que no quiero quedarme embarazada. Tienes que... Es decir, tenemos que... Tenemos que ir con cuidado.

Estaban de camino a la clínica para ver a Mémé. Alix no dejaba de mirar ese perfil rígido y pensaba: «En cualquier momento va a recordarme lo mucho que se gasta conmigo. O me sonreirá y me acariciará la rodilla». El estado de ánimo de Serge era como una bola de billar que el taco golpea con efecto. Era imposible predecir la dirección que tomaría. Lo que hizo fue pisar a fondo el freno. Alix salió disparada hacia delante y se golpeó la cabeza contra el salpicadero.

Serge la observó mientras se recolocaba como podía en el asiento antes de decir:

—Lo que te pasa es que te preocupas por todo, eres una agonías. Te pones tensa. Y una cosa es ser estrecha, pero ya me estoy cansando de llamar a la puerta de la catedral.

Unos kilómetros después le acarició la rodilla.

—Ya veo que tendré que proporcionarte alguna medicina. Perdona el frenazo de antes. Se me ha cruzado un ciervo de repente... ¿No lo has visto?

Sábado por la tarde... Alix miró la hora. Le quedaban seis horas antes de tener que ir al Rose Noire. Se arreglaría el pelo, decidió, y se pondría un vestido viejo y cómodo hasta que llegara el momento de cambiarse. Serge había pasado fuera los últimos días, reunido con socios del negocio en El Havre o en la costa de Normandía. La separación había suavizado el enfado de Alix por culpa de sus malos modales. Tenía razón, Alix se preocupaba por todo, porque la mitad del tiempo se le iban los pensamientos hacia el lecho de Mémé. Esa noche, cuando Serge regresara del viaje, Alix se propuso estar relajada. Sonreiría y le demostraría a Serge lo mucho que le gustaba sentarse a la mesa que le reservaba, bailar con él. Beber champán. Tres días sin burbujas y ya empezaba a estar impaciente.

Rosa sirvió el té en la salita y le puso los rulos a Alix. Los sujetó con pinzas y después le ató un pañuelo para que no se le movieran.

—En otros tiempos yo también hacía estos esfuerzos. Yo sé con qué hombre tendrías que haberte quedado.

—Me dejó él, Rosa.

—Era un caballero, ay, el señor Haviland. No tenía que fingir... Lo llevaba en la sangre. ¿Qué opinas, Toinette?

La criada de Rosa, que miraba por la ventana abierta a la muchedumbre que paseaba por la noche estival, dijo:

—Alix, ¿ese que cruza ahora la plaza no es su simpático amigo? El chico que la ayudó a traer todos sus bártulos. Sí, el de las niñas pequeñas...

—¿Paul está aquí?

Alix se asomó a la ventana junto con Toinette y se le encogió el corazón. Sí que era Paul, con Lala y Suzy trotando detrás de él. Apenas lo había visto desde que había comenzado su aventura con Serge. Al principio no le había importado, porque Paul no sabía que estaban juntos. Luego, no sabía cómo, se había enterado. Tal vez a través de Bonnet, que se topó un día con Serge y con ella en la place Pigalle. Eran las tantas de la madrugada e iban a tantear un club de jazz nuevo. Mientras Serge aparcaba el coche, Alix se adelantó, le apetecía que la suave brisa le acariciara los hombros. Vio una silueta que salía de un cabaret subterráneo que, por lo que sabía, era un local de apuestas. Bonnet. En cuanto la vio se acercó a ella, con los brazos abiertos, más desaliñado que nunca, como si hubiera perdido el interés por lavarse. Como sabía que Serge lo tomaría por un vagabundo, Alix sonrió e intentó seguir caminando. Bonnet no pilló la indirecta, así que la agarró por el brazo y farfulló algo así como: «He perdido el dinero del alquiler, Alix, si eres una amiga de verdad...».

Serge se aproximó a paso ligero y bramando amenazas, hasta que Bonnet se apartó trastabillando. Desde entonces, parecía que todo el mundo sabía ya que era la última conquista de Serge Martel. La última vez que había visto a Paul el chico estaba distante, y discutieron porque le había dicho que Alix era «la gatita de Serge»...

En comparación, esta vez fue educado, lo justo. Alix se volcó en Lala y Suzy para superar la incomodidad, pero cuando Toinette les llevó tarta y té recién hecho, optó por marcharse alegando que tenía que terminar de arreglarse el pelo. Paul la siguió escaleras arriba.

Al llegar a la puerta de su habitación, le recriminó:

—Una dice que te estás retrasando con los bocetos. Quieres abarcar demasiado, Alix. No se pueden matar cinco pájaros de un tiro, eso es lo que dice Una.

Alix se quitó el pañuelo que protegía los rulos.

—Sí que se puede, si se quedan quietos —replicó—. Mira, llevo un ritmo de entregas constante, y no puedo hacer más. Tampoco quiero hacer más. ¿Cuántas veces os lo tengo que decir?

—No volverán a pagarnos hasta que la colección de otoño-invierno haya pasado a producción y, Alix, estoy a dos velas. Me han multado otra vez por amarrar sin licencia. Y el eje portahélice del barco se está estro... ¿Te hace gracia?

La joven se había reído sin querer. Empezaban a pegársele las malas costumbres de Serge.

—No me hace gracia, pero oye, no soy una máquina. —Se soltó un rulo para ver si estaba seco—. Nueva York no empezará a producir hasta mediados de agosto y aún estamos a principios de julio.

Por norma general, Paul aceptaba sus razonamientos, pero esta vez, al ver que los ojos del muchacho eran como bolas de fuego clavadas en el espejo, Alix soltó:

—¿Qué?

—Eres tú. Desde que eres maniquí y sales con ese matón, te has vuelto una

estirada. Ya no tienes tiempo para tus amigos.

—¿Cómo te atreves?

—¡Es verdad! Has dejado colgado a Bonnet, y supongo que el siguiente soy yo.

Una punzada al oír la verdad... La otra noche había sentido repulsión hacia Bonnet. Todavía le importaba Paul, pero su aventura con Una y la presión constante por copiar diseños habían arrebatado la inocencia espontánea de su amistad. Lo que le estaba haciendo a Javier le llegaba al alma, y daba la impresión de que Paul no lo entendía. Eso hacía que le entrasen ganas de ser cruel con él.

—Sí, tienes razón. Ahora soy más exigente. A ver... Por lo menos Serge no deja marcas de tiza en el suelo. —Miró con desdén las tablas del suelo—. Desde hace un tiempo voy en coche, bebo champán y duermo entre sábanas de raso...

Se detuvo al ver que Paul había cambiado de expresión.

—¿Eso es lo único que has querido siempre? —le preguntó despacio—. ¿Coches? ¿Mesas en bares lujosos? ¿Por qué no me lo habías dicho? Así no habría perdido tanto tiempo esperándote y haciéndome ilusiones. Cuando me enteré de que estabas con ese Martel... —Tragó saliva—: Pensé, ¿por qué él y no yo? ¿Por qué, con todo el amor que le ofrecí a Alix, con todo el cariño con que la abracé sin imponerme nunca..., por qué ahora sale con un cerdo como Serge Martel?

Alix agarró el cepillo y se lo tiró, aunque falló el tiro a propósito, porque a pesar de la rabia, no quería hacerle más daño.

—¡No es un cerdo!

—No, los cerdos son más sinceros. —Se acercó a ella con zancadas decididas y alargó una mano para coger una cajita de colorete—. ¿Por qué no yo? —dijo mirándole el pelo—. Creo que ya lo sé. ¿Qué te parece esto? Porque en mi casa solo hay vino peleón, y la mesa es una bobina de cable. Porque te llevo en bicicleta y no en Peugeot... Alix, te habría amado como un rey. Nunca te habrías avergonzado de mí en la cama.

Una tos seca le obligó a callarse.

—Vamos, bajad si queréis probar la tarta —dijo Rosa desde el descansillo—. Y haced el favor de dejar de tirar cosas a mis paredes.

Paul salió, pero se detuvo un momento para decirle a Alix:

—Y es yeso, no tiza, lo que llevo en las suelas. Todavía trabajo en las obras de las instalaciones de la exposición. No terminarán de construir los pabellones hasta un día antes del cierre. Soy el brazo fuerte que mezcla la masilla de yeso.

—Bueno, ¿qué pasa? —preguntó Rosa en cuanto la puerta se cerró detrás de Paul y las niñas.

Bastaron unas preguntas hechas con puntería para que Alix acabara llorando en una servilleta.

—No entiendo a Paul —dijo entre sollozos—. Tiene a Una, que probablemente

sepa más de sexo que... que...

—¿Qué? ¿Una buscavidas? ¿Una ramera?

—No. —Daba igual—. La tiene a ella, ¿no? Entonces, ¿por qué me culpa por estar con otra persona?

—Porque es un hombre y no es racional —le dijo Rosa—. Por lo menos, cuando se trata de la entropierna. Cuando un hombre desea a una mujer con tantas ganas que le duele, podrías cambiarle el cerebro por una coliflor y no se daría ni cuenta.

—He sido cruel.

—Tarde o temprano iba a ocurrir, querida. Me refiero a lo de ser cruel.

29 de julio de 1937

El calor que hacía en la *cabine* de las maniquís era sofocante. No solo porque hubiera doce jóvenes y sus vestidoras apretujadas dentro, sino porque las planchadoras estaban trabajando. Ahí no se permitían planchas eléctricas. Para mantener las planchas de hierro a una temperatura elevada, las mujeres tenían que pasarse el rato metiéndolas en un horno especial. Les brillaba la cara de tanto sudor.

—Cinco minutos, chicas —chilló madame Markova. Era la *chef de cabine*, y entre sus tareas estaba indicar a cada una de las modelos cuándo debían entrar y salir del salón—. Que se preparen Waverley, Halcón, Lomond y Brezo Silvestre.

Parecían estaciones de tren escocesas, pensó Alix, mientras se empolvaba las axilas con polvos de talco. Estaba tan nerviosa que se tiró unos polvos sin querer encima de los pies, con lo que el aroma de gardenia se sumó a los tonos florales y el almizcle. Ay, lo que daría por una brisa fresca. Voló con la mente hasta orillas del Sena, a las fuentes y los bosques que rodeaban Fontainebleau, por los que Serge y ella habían paseado una tarde después de ir a visitar a su abuela.

Se puso la falda metiendo los pies por la cintura. Tweed con forro de seda, mientras en la calle París sudaba y los truenos anidaban en las nubes. Hoy era el lanzamiento de la colección de otoño-invierno de Javier, la primera colección en la que ella participaba como maniquí profesional. Ya no era Alix, la chica que Javier había pescado del taller de costura. Se había convertido en Alikí, un apodo que había adoptado a partir de como la llamaba Mémé, porque ahora se sentía distinta y quería que el mundo lo supiera. Era la chica silenciosa y delgada como un álamo cuyo aire enigmático añadía un toque especial a los vestidos con los que desfilaba.

Contaba con el doble privilegio de llevar prendas que había ayudado a confeccionar. Algún día, tal vez al cabo de uno o dos años, podría desfilarse con vestidos que hubiera ayudado a diseñar.

Alargó la mano hacia el tocador que le correspondía. «Toca madera.» Comprobó los accesorios y se aseguró de tener el programa sujeto con el marco del espejo. Se empezaba a oír barullo al otro lado de las cortinas, porque los compradores, las

clientes, los encargados de marcar tendencia y los periodistas se iban acomodando en sus asientos.

Dos cosas faltaban: Serge y Mémé. Si hubiera tenido oportunidad de ver a alguno de los dos alargando el cuello la habría tranquilizado. Serge estaba en el Rose Noire, probando a un grupo de jazz nuevo. Mémé seguía en coma profundo.

Alix se abrochó la blusa y metió los brazos en la chaqueta de tela escocesa fabricada ex profeso. La vestidora la sujetaba en alto para que le resultara más fácil. Por último, se sujetó la boina escocesa con una horquilla formando un ángulo desenfadado. Unos guantes de ante y una ramita de brezo blanco en los puños completaban el modelo Lomond. Aún le quedaron unos minutos para ponerse nerviosa y tener ganas de ir al lavabo antes de que madame Markova le pusiera las maternales manos en los hombros y le dijera:

—Diviértase y no se tropiece.

Alix siguió a Zinaida, Nelly y Claudette hasta llegar a un anfiteatro de caras.

Se suponía que debía desfilarse por una plataforma elevada, posar al llegar al extremo, darse la vuelta y emprender el regreso como si oliera el aroma de las rosas. Sin embargo, todo el proceso pareció durar tres inspiraciones. Lo único que pudo captar fue el ruidito de los programas y alguna que otra tos. Un guiño de Una. Y luego, se acabó: empezaron a desvestirla unas manos rápidas como el rayo y solo le dio tiempo a pensar: «Gracias a Dios no me he caído».

Marcy le dijo en voz baja: «Muy bien» mientras Alix volvía a ponerse un traje de calle, uno que pertenecía a la línea Dueña de Javier. Javier decía en broma que su colección de otoño-invierno estaba inspirada en los «moros» españoles y en los *moors* escoceses, refiriéndose al nombre que se daba a los brezales tan comunes en Escocia. El vestido que se había puesto Alix estaba inspirado en el tema flamenco de la colección de entretiempo pero adaptado para la moda de invierno. Era de terciopelo. «Me voy a asfixiar», pensó Alix. Cambio de zapatos, guantes ajustados hasta el codo. El pelo recogido en un moño. Pendientes y una peineta de concha, un brochazo de colorete.

Cuando le tocó salir a desfilarse con el vestido de noche de satén llamado L'Arabie, había empezado a divertirse. En realidad el público miraba los vestidos, no a ella. Mientras se concentrara en contar los pasos y no se tropezara con ninguna de las otras chicas, todo saldría bien. Se detuvo al final de la pasarela y posó para lucir el vestido, entre susurros y crujidos de los papeles, cuando una voz estridente soltó:

—Esto es intolerable. Ninguno de los modelos que ha enseñado hoy, monsieur Javier, es una obra original propia. ¡Aseguro que esta colección no es más que un timo!

Silencio en la sala y luego un único suspiro que salió al unísono de cien bocas. Un feroz revuelo mientras la gente trataba de identificar quién había hablado. Alix la veía desde su atalaya, pero la mujer no le sonaba. De mediana edad, con sombrero negro y traje de algodón blanco.



Mademoiselle Lilliane se presentó en la pasarela, con esas cejas beligerantes que prometían pelea.

La mujer del público le plantó cara a la directora sin alterarse.

—No me importa repetir lo que acabo de decir, si desea que lo haga.

Tenía acento estadounidense.

Alix buscó a Una Kilpin con la mirada, pero en ese momento Una le susurraba algo a la persona que tenía al lado. Entonces apareció Javier. En el tono más afable del mundo, se dirigió a la voz acusadora:

—¿Madame? Confío en que tenga la amabilidad de aclararme sus palabras y, espero, de retirarlas. Yo, Javier, he recibido muchos desprecios en mi vida, pero la acusación de plagio nunca había recaído sobre mí.

—Pues siento de todo corazón ser la primera. Me llamo Gladys Fisk-Castelman y soy periodista de moda. —La mujer mencionó un periódico neoyorquino de primera línea—. Vi esta misma colección en Nueva York el dieciséis de julio, un día antes de tomar el barco.

Alix y Una intercambiaron una mirada y ambas supieron ver la incomodidad de la otra.

—Madame —Javier le dedicó su reverencia infinitamente respetuosa—, estos modelos se han creado en mis talleres y es imposible que estén también en Nueva York.

—¿Ah, sí?

La señora Fisk-Castelman, a quien no afectaba en absoluto ser el único foco de atención, se abrió paso por la fila de asientos diciendo «disculpe», «cuidado con las rodillas» mientras avanzaba. Se subió a la pasarela y se quedó a un palmo de donde estaba Alix. Allí se desabrochó la chaqueta del traje y la dejó caer.

Llevaba una blusa entallada de seda en color *camel*, con botones de perlas naturales, un cuello liso que terminaba en un lazo. Alix reconoció que parecía gemela de la blusa con la que ella había desfilado para el conjunto Lomond. Pero al mismo tiempo, era una blusa tan sencilla que podía ser de cualquier marca. Saltaba a la vista que Javier pensaba lo mismo.

—Estoy de acuerdo, madame, en que su blusa podría ser una de las que he diseñado para mis trajes *tailleurs* escoceses. Aunque también podría pertenecer a la colección de primavera de mil novecientos treinta y cinco. Podrá encontrar blusas similares esta temporada en tres o cuatro casas de moda más. Algunas veces las blusas están pensadas para combinar discretamente con un traje.

Alguno de los asistentes empezó a aplaudir. Otra persona gritó:

—¡Sigamos con el desfile! No queremos ver desnudarse a una pasa.

La señora Fisk-Castelman torció el gesto.

—Lo lamento, damas y caballeros, pero ya he visto todas las prendas de esta colección en un desfile que preparó una amiga mía. —Dibujó con el dedo la silueta del vestido de Alix en el aire—. ¿L'Arabie? Ya lo he visto. Me lo he probado. Vayan

a preguntarle a Yetta Flatmeyer, o mejor aún, entren en su boutique de la calle Cuarenta y nueve Este, especializada en ropa elegante y *prêt-à-porter*. Sé que mayorista le proporcionó el vestido y sé que pagó bastante menos de noventa dólares por él. El que vi allí y el que lleva puesto esta jovencita son como dos gotas de agua.

—No. Eso es imposible. —Por primera vez en presencia de Alix, Javier perdió su famosa compostura—. ¡No puede ser!

—¿Quiere que hagamos un experimento, monsieur? ¿Qué le parece si le dibujo la joya de la colección de esta velada? ¿El fabuloso vestido que será la envidia de todos?

La cara que puso Javier parecía la de un hombre a quien han arrastrado por las piedras y han abandonado en medio de la calle, dándolo por muerto. A Alix le entraron ganas de llorar por él cuando llamó a mademoiselle Lilliane.

—Ofrézcale material a esta dama, por favor.

Con una dignidad que Alix no pudo evitar admirar, Lilliane le entregó el bloc con la planificación del desfile, con la carpeta y el lápiz incluidos. Escudriñada por un público hostil que no paraba de murmurar, la señora Fisk-Castelman arrancó una hoja y empezó a hacer un esbozo. Alix deseó con todas sus fuerzas que el lápiz se rompiera.

Sin embargo, Alix estaba tan anonadada por las acusaciones de la señora Fisk-Castelman como todos los demás, o casi. Javier había terminado el vestido L'Arabie durante el primer fin de semana de julio y Alix se lo había dibujado a Mabel Godnosc alrededor del 7 o el 8 de ese mes. Si el vestido que iba a dibujar la mujer era la guinda del desfile, un vestido de fiesta llamado Duquesa de la Noche, bueno, pues ese no se había terminado de confeccionar hasta el 9 de julio. Había entregado el boceto del Duquesa la semana siguiente, el 14 de julio, *Quatorze Juillet*, nada menos, una fecha que no olvidaría porque había tenido que abrirse paso por los Champs-Élysées entre una horda de personas de celebración. Teniendo en cuenta que incluso el barco más rápido que viajaba entre Francia y Estados Unidos, el *Normandie*, tardaba cinco días en cruzar el Atlántico, era imposible que la señora Fisk-Castelman hubiera visto el vestido en Nueva York el día 16. Bueno, a menos que Mabel Godnosc hubiera hecho un pacto con el diablo.

La periodista presentó el boceto ante Javier, quien lo miró como si fuera su sentencia de muerte.

—Sí, es clavado al vestido en cuestión, la joya de mi desfile. ¿Cómo puede ser?

Alix tuvo que apartar la mirada. Lo único que deseaba era agarrar a Una y sacarla del asiento para obligarla a dar explicaciones de cómo había podido ocurrir semejante desgracia.

Durante los dos días siguientes, Alix evitó los murmullos y corrillos que plagaban todos los talleres y los pasillos de Maison Javier. Estaba tan irritable que madame

Frankel la mandó otra vez al botiquín. La enfermera pensó que había pillado una gripe de verano y la mandó a casa. Alix bajó las persianas y se tumbó en la cama, muy asustada.

Cuando llevaba tres días en casa recuperándose de la supuesta gripe de verano, Marcy fue a verla con una caja de mazapanes y le contó que Javier había llamado a la policía. En cuanto su compañera se marchó, Alix se levantó por fin de la cama, fue a la oficina de correos de Abbesses y desde allí llamó por teléfono al número privado de Una Kilpin. Lo intentó varias veces porque no la encontraba. Pero o bien se cortaba la línea al agotar los tonos porque no descolgaban el teléfono o bien contestaba la criada y le daba largas diciendo que «madame» estaba indispueta.

Por lo menos, Serge llenaba las noches. El champán, la música y su insistente obsesión con el cuerpo de Alix ocupaban sus horas de insomnio. A él le parecía la monda que, unas noches antes, Alix hubiera fumado sin saberlo un cigarrillo de hachís en el club de jazz al que habían ido en Pigalle. «Mezz es un santo —había graznado Serge, refiriéndose al encargado del club—. No le gusta ver a una chica con cara triste y siempre tiene la mejor medicina.» Después de ese episodio, se aseguraba de que todas las noches los traficantes que merodeaban por las mesas del Rose Noire la abastecieran bien. Alix pasó varios días en una bendita nebulosa, hasta que se despertó una tarde, completamente vestida, en la cama de Serge con la cabeza a punto de estallar y una mosca zumbando en un pliegue del visillo de la ventana. Se dirigió al cuarto de baño y murmuró:

—Maldita sea. Voy a ir a la cárcel, y Una también.

Una hora después se plantó en los Champs-Élysées y fue a aporrear la puerta de Maison Godnosc.

Mabel y Una estaban de pie junto a una mesa en la que había muchas muestras desperdigadas. Parecía que estuvieran en la fase silenciosa de una discusión que había tocado techo. Mabel sujetaba un vestido a la luz y fingía examinarlo. Era uno de los que había diseñado Alix, que tenían siempre a mano para las clientas en quienes Mabel no confiaba. Incluso el vestido parecía desesperado. El verde era un color difícil. El verde muchas veces quería ser veneno. Esa noche no había cócteles de ginebra, se percató Alix, antes de acusar a Una de intentar darle esquinazo.

—No, de verdad he estado enferma.

Lo parecía. Mabel también parecía increíblemente demacrada. A pesar de eso, Alix sacó la artillería pesada.

—¡Lo que han hecho es una estupidez mayúscula! Javier ha ido a hablar con el departamento de policía encargado de encarcelar a los ladrones de alta costura.

Una asintió.

—Me llevé a comer a Gladys Fisk-Castelman, de una expatriota a otra, y me contó que la colección de otoño-invierno de Javier ha inundado Nueva York y que

seguro que el gran modisto pone un pleito, si tiene algo parecido a un par de pelotas.

Esas últimas palabras iban dirigidas a Mabel, que enterró la cara en el vestido verde.

Alix apartó la prenda de un manotazo y la tiró encima de la mesa.

—¡Otra vez! —chilló—. Ha vuelto a ofrecer una colección en Nueva York antes de que se presentara en París.

Mabel hizo un gesto que indicaba: «¡Y qué esperabas!, ¿eh?».

—Soy la intermediaria. ¿Cómo voy a ir a un mayorista como Samuels o Weinstock y decirle: «Empiecen a fabricar, pero cierren el pico hasta tal fecha o tal otra»?

—Acordamos que esperarían hasta mediados de agosto. Solo tenía que esperar un par de semanas, para que en lugar de una sospechosa, yo, hubiera quinientas...

—Nos contratan porque les damos los diseños recién salidos del horno. Es nuestra ventaja a la hora de vender. El riesgo que corremos.

—Bueno, pues estamos muertas. —Alix se dio la vuelta para incluir también a Una—. No son más que un par de tramposas. —La ventaja de mantener la ira cerrada bajo llave era que, cuando la dejabas suelta, tenía un poder capaz de mover montañas—. Y es más, sé que tienen a otra persona trabajando para ustedes dentro de Maison Javier; es incuestionable. Mis últimos bocetos no pueden haber llegado a Nueva York a tiempo para que confeccionaran los vestidos y los presentaran antes de que Javier hiciera su propio lanzamiento.

Una lo negó.

—Eres nuestro amor verdadero, palabra de honor.

Eso fue la gota que colmó el vaso, esa estocada de humor cínico. Alix agarró una silla y cargó con ella hasta la ventana.

—Voy a tirar esta silla a los Champs-Élysées. Luego tiraré todos los vestidos falsos, y gritaré hasta que llegue la policía. Voy a contar hasta tres y espero que me confiesen la verdad antes de que acabe, si no, cumpliré mi palabra.

Subió la silla a la repisa de la ventana.

—Vale, vale, chiquilla. Baja el arma. Siéntate y te lo cuento.

Así pues, Alix se sentó, Una ocultó las manos y Mabel hizo tintinear las pulseras.

—El belinógrafo —anunció Una.

—¿El beli... qué? —preguntó Alix.

—El último juguete del señor Kilpin. Es un transmisor de radio por cable que envía imágenes. En lugar de pasar días en el mar metidos en un barco, los bocetos viajan por el Atlántico en cuestión de minutos. Es un milagro de la tecnología.

Alix entrecerró los ojos. ¿Es que Una le tomaba el pelo?

—Si hubiera un cable por encima del mar, los barcos se enredarían con él.

—Ay, bonita, el cable está colocado en el lecho marino. Es igual que un mensaje de telégrafo, solo que en este caso son tus dibujos los que se reducen a una serie de señales... Da igual, confía en mí; nadie tiene que mandar los bocetos por barco

mientras tengan a un señor Kilpin. Se compró un aparato para mandar tablas del tiempo atmosférico y mapas de navegación por todo el mundo. Yo lo empleo algunas tardes; su secretaria hace la vista gorda.

—¿Envió mis bocetos con ese beli... no sé qué? Madame Godnosc, ¿usted lo sabía?

Mabel puso una mueca.

—Si la tecnología está al alcance, se utiliza, ¿no? Ya no llevamos pelucas ni preparamos la cena en una hoguera. Se llama progreso.

Alix arremetió de nuevo contra Una.

—¿Todos para uno y uno para todos?

Una se puso nerviosa.

—Le dije a Mabel que esperase, pero controlar a los empresarios de la Gran Manzana es difícil. —Alargó la mano y le pellizcó la mejilla a Alix—. Alegra esa cara, chiquilla, saldremos de esta.

—¡Usted puede estar tranquila porque no va a ocurrirle nada! —gritó Alix.

—¿Ah, no? Cuando mi marido descubra que hemos mandado información desde su despacho, puede que se divorcie de mí. ¿Y acaso no has cobrado? ¿Eh? ¿No has cobrado?

—Visto y no visto. Pagué a los médicos de mi abuela y se me fue el dinero.

—Siento que tengas problemas, pero, como ha dicho Mabel...

Una dejó la frase a medias. Oyeron voces de hombre, una protesta de la recepcionista. Después, pasos que se acercaban.

Tres hombres entraron en la sala vestidos con elegantes trajes de ejecutivo.

—¿Madame Godnosc? —preguntó el de más edad con educación.

—No.

Una señaló sin fuerzas hacia Mabel, quien carraspeó y gimoteó:

—Dios mío...

—Madame, hemos seguido las pruebas presentadas por el modisto Javier y creemos que está usted implicada en la copia ilegal y la transmisión a terceros de diseños de moda. El modisto tiene pruebas de que alguien con acceso a sus instalaciones robó los diseños y los mandó al extranjero para que los falsificaran. Asimismo, investigamos la denuncia de que usted ha pirateado la obra de otros modistos de primera categoría. Nos disponemos a registrar esta oficina y confiscar cualquier elemento que pueda implicarla. —Habló en francés, por supuesto, y cuando vio que Mabel le respondía con el mutismo porque no había comprendido nada, el hombre se volvió hacia Una—: También buscamos a una tal madame Kilpin, que podría estar implicada en el delito.

—No busque más, querido. —Una intentó esbozar una sonrisa invencible.

—¿Mademoiselle?

Uno de los otros dos hombres miró a Alix, quien le devolvió la mirada, mientras abría y cerraba la boca sin articular palabra.

—¿Ella?

Una agarró una hoja de papel de manila de la mesa. Improvisó un envoltorio para el vestido verde y se lo lanzó a Alix, que lo recogió.

—Solo habla inglés, ni una palabra de francés, pero la pobre tontorrón se esfuerza por parecer chic, así que intentamos sacarle partido en lo que podemos. —Indicó a Alix que se marchara—. *Au revoir*, mademoiselle... eh... Garland. —Acompañó a Alix al pasillo y le susurró—: Llévame uvas a la cárcel.

Cuando Alix entró en Maison Javier a la mañana siguiente, supo por la textura del aire que algo había cambiado. Acababa de dejar en el suelo la bolsa de viaje en la que guardaba sus accesorios de maniquí y el maquillaje, cuando madame Markova se acercó a ella y le dijo:

—Monsieur quiere verla en su estudio.

Simon Norbert y mademoiselle Lilliane estaban apostados uno a cada lado de Javier. Parecía un guardaespaldas, con el rostro inexpresivo. En otro despacho de la planta sonaban los teléfonos. Alguien iba contestando a las llamadas, pero saltaba a la vista que no llegaba a tiempo de todo. Javier invitó a Alix a sentarse. Tenía los cuadernos de bocetos apilados junto a los codos, como un escudo. Uno de ellos estaba abierto con un pisapapeles en una página.

Tardó mucho rato en hablar, tanto que cuando por fin pronunció las primeras palabras, el pulso acelerado de Alix se detuvo.

—Creo que este es el momento más negro de mi vida, Alix. El daño que ha sufrido mi reputación... —Sacudió la cabeza—. Una segunda colección arruinada. Las burlas de los periodistas al final se han hecho realidad. Veinte años de trabajo restregados por la cara. ¿Sabe que han detenido a madame Kilpin por piratear modelos?

Alix carraspeó.

—Eh..., algo he oído.

—No sé si la condenarán... —Se encogió de hombros—. Pero da igual. Su marido es tan rico e influyente. Lo menciono porque, en cierto modo, ella era su mecenas, Alix. Esta aquí gracias a su recomendación.

De pronto surgió la esperanza. Tal vez el pensamiento rápido de Una la hubiera salvado. Alix sabía que no merecía salir airosa, pero de repente conservar el afecto de Javier pasó a ser prioritario para ella. Eso y conservar el empleo. Sabía con precisión qué día de ese mes se acabaría el dinero para pagar las facturas de Mémé.

—Dígame qué opina de esto.

Javier le dio la vuelta al cuaderno de diseños para que Alix lo viera y levantó el pisapapeles. Era un esbozo de una mujer con un vestido medieval, y Alix reconoció la inspiración del modelo. El tapiz *La dama y el unicornio* del museo Cluny. Las mangas eran muy parecidas a las del vestido de novia de Christine de Charembourg.

También el cuello se parecía al que había diseñado en un principio para que lucieran más las perlas familiares. ¿Por qué le mostraba eso Javier?

El vestido ocupaba el centro de la página, con unos detalles reproducidos en pequeño en las esquinas. Cada uno de esos detalles de las esquinas formaba otro cuadro en cuyas esquinas aparecían detalles aún más pequeños, o alguna idea sobre la tela, de manera que la página poseía una simetría propia de un mosaico morisco. Javier siempre presentaba sus ideas así. Alix consideraba que sus cuadernos de diseño eran obras de arte en miniatura.

—No recuerdo haberle visto hacer este modelo, monsieur.

—No —reconoció—. El motivo medieval tiene un aire demasiado artesanal para mi gusto, pasará muy pronto de moda, y uno no puede permitirse esas cosas en estos tiempos de estrecheces.

Cogió una hoja de dibujo suelta y la colocó encima del cuaderno de esbozos.

Alix se estremeció.

—Uf, yo... eh...

Era su boceto del Rose Noire, el vestido que había improvisado para Mabel Godnosc la noche en la que le dolía la cabeza y se moría de ganas de ir al encuentro de Verrian.

—Alix, me resulta interesante cómo ha asimilado mi forma de desenmarañar las ideas. Es una buena alumna. Ahora deje que le explique lo que sé de este vestido. Alguien lo creó para madame Kilpin, que quería venderlo a un mayorista de Estados Unidos dentro de una colección de verano. A mí eso no me incumbe: tiene derecho a ser vendedora de vestidos si lo desea. Sin embargo, también quería que le confeccionaran unas cuantas unidades aquí en París, para sus amigas y ella. Se puso en contacto... —Simon Norbert se acercó—... con un amigo de mi buen escudero, el señor Norbert, para que le procurara el tejido. Le entraron ciertas sospechas, ¿verdad, *mon ami*?, cuando su amigo le enseñó este boceto.

Simon Norbert frunció los labios, pero por primera vez pareció alegrarse de tener a Alix delante.

—Sí, me pareció de lo más sospechoso. Primero pensé que era uno de sus modelos, monsieur, pero al observarlo con detenimiento me di cuenta de que era un batiburrillo de muchas de sus ideas. El cuello con el ribete contrastado, bueno, ya salió en la colección primavera-verano de mil novecientos treinta y cuatro, y esa pieza con forma de rombo que define la cintura... comentamos cómo podría quedar el invierno anterior a que ella —miró con ojos envenenados a Alix— llegara a la casa. Pero hicimos unos cuantos bocetos con la pieza antes de desestimarla. Supongo que debió de husmear entre sus cuadernos de diseño y lo vio.

—¡No! —exclamó Alix—. Yo no hice eso.

—Gracias. —La mirada de Javier transmitía una pena inmensa—. Alix, ¿acaso creía que se le había ocurrido algo asombrosamente original? —Negó con la cabeza—. Pocas cosas en este mundo son originales de verdad, pero no le quito mérito. Es

una idea fresca, tiene fuerza y, además, tuve el placer de ver el vestido confeccionado en el pabellón de España de la Exposición Universal. Recuerdo que pensé: «Incluso en los momentos en los que el mal acecha el mundo, el sencillo placer de contemplar a una chica hermosa sigue intacto». Por favor, acérquese, mademoiselle Lilliane.

Alix creyó que iba a desmayarse. Cualquier cosa para huir de la humillación que se avecinaba.

—Me advirtió que no contratara a esta joven —dijo Javier.

—Sí, monsieur.

—Yo rechacé su recomendación, y ahora le pido perdón de manera formal. He aprendido la lección: a veces me falla el instinto del que había aprendido a fiarme.

—Sus intenciones eran buenas, monsieur —dijo Lilliane—. Solo lamento que cayeran en saco roto. Igual que siento mucho que pensásemos que Solange era una ladrona.

—Pobre Solange, desde luego. Ahora váyanse, por favor. Los dos.

Lilliane y Norbert salieron del estudio, pero Alix sabía que no se habrían ido muy lejos. Los oía cuchichear en el pasillo, junto a la puerta.

—Bueno... —Javier levantó las manos—. Ahora sé que la cucaracha de madame Kilpin era usted, royendo las raíces de este inmenso árbol que tengo, engullendo el bien y dándole la vuelta. ¿No lo niega?

—No.

El silencio de Javier era una agonía.

—¿Por qué lo hace? —dijo por fin—. ¿Es porque su abuela está tan enferma?

Alix apenas veía entre las lágrimas. Al cabo de un momento empezó a llorar a mares, sin poderse contener, como cuando entra un ataque de tos. Javier le tendió un pañuelo y lo aceptó. Intentó contarle lo avergonzada que se sentía; le dijo que el tema de las copias había empezado como algo anecdótico, casi un juego, que le permitía comprar ropa y poner parches cuando se les acababa el dinero a su abuela y a ella. Le contó que después la habían presionado para que robara colecciones enteras. Las colecciones de Javier. Desde el principio le resultaba repugnante y había intentado salir de la rueda.

—Pero entonces un ladrón atacó a mi abuela, y yo soy lo único que tiene porque mi madre murió cuando yo nací, y tenía que pagar las facturas del hospital y no veía otra salida.

Javier habló con voz pausada:

—Los cuidados de los especialistas son muy caros y usted no tiene padre ni familia que la ayude. Carga todo sobre sus espaldas, Alix. Roba porque otros... —entonces endureció la voz—... porque otros ven que pueden utilizarla. Le ofrecen dinero. No puede rechazarlo. En cierto modo, roba por amor.

—¿Por amor?

Alix miró a los ojos a Javier y, nublada por las lágrimas, vio un alma gemela para su propia desesperación. Javier tenía que creer en su bondad innata y Alix deseaba



poder decir algo que le ayudara a recuperar la fe en ella. ¿Qué podía decir cuando las consecuencias de su comportamiento se leían en el semblante del modisto? Era la destrucción de la obra de su vida.

—No sea amable conmigo —dijo sollozando—. No intente ver lo mejor de mí. No soy buena. Pero, por favor, crea que lo respeto y me preocupo por usted y estoy tan avergonzada que trabajaría gratis para Maison Javier el resto de mi vida.

—Ay. —El modisto extendió los brazos para reflejar la impotencia del lamento—. Creo que eso sería ilegal, y me parece bien que lo sea. Vamos, la acompañaré abajo.

Monsieur Javier la condujo a la planta baja como si fuera una clienta muy preciada. Pidió a un empleado que recogiera su bolsa y se la tendió a Alix cuando esta se metió en el asiento de atrás de un taxi. El taxi había aparecido de la nada. Alguien debía de haberlo llamado. Así que todos lo sabían. Marcy, Pauline Frankel, madame Albert con sus cajones de bobinas de hilo, la amable madame Markova...

Mientras el taxi avanzaba agonizante entre el tráfico congestionado, pegado al coche que iba delante hasta que llegaron a la arteria del boulevard de Magenta, Alix sintió que la desesperación de toda una vida se agolpaba en su interior. En lo único que podía pensar era: «Ahora sé cómo se sentía Sylvie le Gal. Odio mi vida y quiero morirme».

*Un mes antes, julio de 1937. Villanueva del Pardillo,  
oeste de Madrid*

Estaba agazapado en la ladera de una colina en España. Levantó la cabeza y una bala pasó silbando por encima. Un instante después, explotó un obús justo por encima de la hondonada poco profunda en la que se había resguardado. Los proyectiles le salpicaron la espalda y, pensando que lo habían alcanzado, apretó los nudillos contra la guerrera para comprobar si había sangre. Solo piedras y tierra seca, notó con alivio. A pesar de todo, de momento había tenido suerte. Un poco más allá, en la misma hondonada en la que se había refugiado, dos camaradas yacían muertos.

Llevaban más de seis horas aguantando el tipo en ese asalto, y el soldado todavía no estaba seguro de qué querían conseguir sus camaradas. No es que tuviera muchas cosas seguras, la verdad. El atronar incesante de los proyectiles y del despiadado fuego cruzado de fusiles que se oía desde la cercana Villanueva le había licuado el cerebro. Las moscas no se separaban de él, se le metían en el cuello de la camisa, se le pegaban al dorso de las manos. Treinta y siete grados y ni una gota de agua para beber. De vez en cuando sonaba un silbato y su unidad avanzaba, reptaban entre el polvo sobre el estómago e iban disparando sin detenerse. Se acercarían un poco más al enemigo y al combate callejero que les habían prometido... y luego retrocederían para huir de la detonación. Esas calles nunca quedaban a menos de quinientos metros.

Con cada avance había más hombres que caían. La ladera era como un campo de cadáveres. Otro proyectil explotó y Verrian notó que le llovía más tierra en la nuca. Cuando pasó el sobresalto de la detonación, oyó un nuevo estallido de la batería de fusiles, varios hombres se gritaban unos a otros en inglés. Era inminente un nuevo avance, y debía formar parte del sector que avanzase. Se había refugiado mientras se le enfriaba el arma, porque el barril corría riesgo de explotar a causa de los disparos ininterrumpidos. Entonces hirieron a un camarada y Verrian intentó ayudarlo, pero fue en vano. Un segundo hombre había caído cerca de él. Un galés, que había sobrevivido lo suficiente para que pudieran mantener una intrigante conversación.

Al oír la voz de Verrian a su lado, el hombre había dicho con voz áspera:

—Hablas demasiado bien para estar en nuestro bando. ¿No serás un maldito conservador?

—No me meto en política. Soy periodista —había contestado Verrian—. Veo a los políticos con los pantalones bajados, lo que hace que resulte difícil afiliarse con algún partido.

—¿Corresponsal? Buf, pues deberías haber seguido con eso. Igual que yo debería

haber seguido repartiendo el *Socialist Worker* por Merthyr. ¿Qué te hizo alistarte?

—La culpa.

—¿Por qué?

—Por un hombre al que mataron en parte por mi culpa, y por una chica.

—Ahora llegamos a lo bueno. Era guapa, ¿no?

—Mucho. Se llamaba María Pilar.

—¿Española?

—Era de Guernica, pero nos conocimos en Madrid. ¿Estás casado?

—Sí. También se llama Mary. Cuatro hijos, y me matará cuando vuelva a casa. — El galés intentó reír, pero solo logró emitir una espeluznante gárgara—. En el bolsillo... Una carta. ¿Podrías...?

—La meteré en el correo. Y escribiré a tu Mary, le diré qué ha pasado.

Verrian había rebuscado en los bolsillos del soldado, había encontrado una carta dirigida a Queen's Road, en Merthyr, y unos documentos de identidad que también se había metido en el bolsillo. Cuando llegase el momento de abandonar este maltrecho país, tal vez le resultara más fácil viajar como si fuera galés que como el vasco Miguel Rojas Ibarra. Eso si no caía abatido por una bomba o una bala, y si no acababa muriendo de sed. En esos momentos habría dado el alma a cambio de un buen vaso de agua fría. «El alma.» ¿Es que la guerra lo había vuelto religioso?

«No tienes religión, ni credo. Te deja indiferente el sacramento del matrimonio. ¿Qué esperanza te queda si no hay un Dios en tu vida?» Esas fueron las palabras de María Pilar unos cuantos días después de la boda, cuando por fin se dio cuenta de que Verrian no se convertiría al catolicismo.

Sí que tenía esperanza. Aunque Dios no estuviera muy de moda entre los brigadistas internacionales, allí cada hombre creía en un ideal tan poderoso como la religión: el derecho de los hombres y las mujeres a vivir sin opresión. Lo había escrito en la carta que le había pedido a Ron Phipps que entregara sin falta en el *News Monitor* para Alix, y había percibido la ironía de sus palabras mientras las escribía. Creía en la libertad y pedía a una chica a la que apenas conocía que se reservara para él por si se cumplía la remota posibilidad de que volviese a buscarla. Algún día, confiaba en poder contarle a Alix que el pensamiento de volver a verla había sido su salvación en medio de ese infierno terrenal.

Sonó un silbato. Arrojó el fusil por encima de la zanja y trepó para salir. Sin dejar de desearse buena suerte en ningún momento, zigzagueó hacia la Villanueva ocupada.

## Tercera parte



El mundo de la alta costura parisina se fijó por primera vez en la chica inglesa en los desfiles de moda de entretiempo de noviembre de 1937. Fue de casa en casa para ver las colecciones y, según su tarjeta de visita, era quien compraba para unos grandes almacenes exclusivos de Manchester. Cuando se cernió el invierno, la joven desapareció. Y cuando los desfiles de las colecciones de primavera-verano se inauguraron en febrero de 1938, volvió a aparecer de la nada. Las vendedoras se daban codazos y susurraban: «¿Cómo ha podido acabar en el mundo de la moda una chica como esa?».

Dorothy M. Sprat era ancha de caderas y tenía una buena delantera. Unas gafas de culo de vaso le achicaban los ojos, que parecían los de una cerdita, y llevaba el pelo recogido en unas trenzas poco favorecedoras que le caían sobre las orejas. Llevaba las cejas muy pobladas y unos pelillos largos le salpicaban el labio superior. Una vez habían oído murmurar a una *vendeuse* de la casa de modas Lanvin: «Cuando la vi la primera vez, me entraron ganas de correr a por una cuchilla y espuma de afeitar».

En este día de febrero, un día de hombros mojados y de paraguas vueltos del revés por el viento, Dorothy M. Sprat se coló en el desfile de la Casa Chanel, empleando el bolso para abrirse camino entre la multitud que se apelotonaba para entrar por una única puerta. Dio las gracias a la *vendeuse* que le tendió el programa donde se enumeraban los modelos que se mostrarían ese día.

Conforme avanzaba el desfile, fue tocando con el lápiz discretamente el programa unas cuantas veces. Las personas que la observaran desde detrás tal vez vieran un subrayado, un signo de interrogación. La señorita Sprat nunca intentaba esbozar un diseño, ni garabatear apuntes sobre el corte de un tejido. Cuando compraba, lo cual ocurría pocas veces, pagaba en efectivo.

Una vez terminado el desfile, salió de la rue Cambon y cogió el metro hasta el pont Neuf. Cruzó el río y caminó por la rue Jacob, en la Rive Gauche. En mitad de la rue Jacob, se metió en un patio adoquinado, tan recóndito y sombrío que la escarcha matutina todavía no se había derretido. Dedicó un instante a admirar los hortensias cristalinas apretadas como ramilletes y luego abrió con llave una puerta amarilla, tras haber limpiado el vaho de la placa, en la que se leía «Modes Lutzman».

—Soy yo, Hubert —gritó al contable que hacía también de portero—. ¿Alguna visita?

La respuesta fue un ronquido de las profundidades de un sillón, así que golpeó el suelo con la punta del paraguas.

—Monsieur Hubert, despierte. Se supone que tiene que vigilar la entrada.

Una voz murmuró algo para indicar que estaba totalmente despierto. No hacía

falta que mademoiselle fuera tan estricta; solo había subido los pies para descargar un poco el peso.

La señorita Sprat le entregó un fajo de recibos.

—Apunte estos gastos en el libro de contabilidad y, por favor, arréglese un poco. Parece un plato de maicena tostada con tanta mezcla de tweed. Recuerde que es la primera persona que ven las clientas.

—No me paga usted lo suficiente para ir arreglado.

—Pero por lo menos le pago y le doy dos horas libres para comer.

La señorita Sprat subió las escaleras. La puerta que había junto al descansillo se abrió antes de que le diera tiempo de llegar a ella, cosa que indicaba que Hubert había aunado vigor suficiente para pulsar cuatro veces el timbre que tenía junto al sillón, lo cual significaba: «visita de confianza».

—¿Qué tal ha ido? —le preguntó la recepcionista.

—Sublime. ¿Tenemos visitas?

—Una señora inglesa, clienta nueva. La están probando.

La señorita Sprat recorrió un pasillo y llamó cuatro veces a la puerta que había al fondo. La abrió una mujer mayor que ella cuyas cejas eran de un negro azabache, que llevaba el pelo canoso recogido en un moño.

—Ah, mademoiselle Sprat. —Hablaba inglés con entonación formal de la BBC, como si hiciese ejercicios de dicción para practicar todos los días. Señaló a una señora voluminosa que llevaba solo la combinación y las medias—. Permítame que le presente a la señora Hawkesley. Es de Manchester, y ha venido gracias a la amable recomendación de madame Kilpin.

Se saludaron con educación. La señora Hawkesley, a quien una modista estaba tomando las medidas, comentó que nunca hubiera sabido de la existencia de ese lugar de no haber sido por la «querida señora K.», quien le había dado las indicaciones de cómo llegar y le había dibujado un plano.

—La rue Jacob queda bastante lejos del terreno trillado.

—Desde luego, pero madame Kilpin nos envía muchas clientas recomendadas —contestó la señora del moño—. Marguerite acabará de tomarle las medidas, señora Hawkesley. Cuando termine, la maniquí de la casa le mostrará los diseños de la colección de la próxima temporada. ¿Le apetece un té con galletas a madame?

Tras hacer las reverencias de rigor, la señorita Sprat y ella se perdieron por un laberinto de pasillos y se dirigieron a una pasarela metálica que unía el edificio principal (que en tiempos había sido propiedad de un rico comerciante) con un edificio más austero en el que se alojaban los sirvientes del comerciante y se hallaban los establos. El edificio más pequeño estaba un poco abandonado, aunque las parras trepadoras salpicadas de escarcha le daban un toque romántico. Ninguna de las dos mujeres habló hasta que entraron en el edificio del establo y la puerta se cerró sonoramente tras ellas.

—¡Alabado sea! Si hacen falta dos metros para medirle el culo... Y además,

¡habla por los codos! Me ha contado por lo menos veinte veces que su marido es alcalde del maldito Salford. ¡Qué plomo! Ay, tiene pinta de querer un té, señorita Sprat. —Rosa Konstantiva se acercó al hornillo y encendió el gas—. ¿Cómo ha ido?

—¿La colección de Chanel? Es hermosa, pero no puedo evitar pensar que está soltando todos los fuegos artificiales a la vez. ¿Acaso sabe algo que nosotras desconocemos? Después del desfile, aquello era como un mercado de ganado de arpías histéricas. Algunas de las compradoras habrían sido capaces de comer carne humana a cambio de conseguir los modelos que querían.

—¿Ha sido útil?

—Sí. Tengo que ver esos desfiles, Rosa, para no olvidarme por qué estoy en este mundo.

La señorita Sprat se sentó junto a un tocador y reordenó unos platitos de porcelana y un soporte de madera para pelucas. Se quitó las gafas y dijo a su reflejo:

—Vamos, Spratty. —Sujetó una de las cejas pobladas por un extremo y se la arrancó con un agudo «Ay». Hizo lo mismo con la otra ceja—. Ay.

—Me recuerda a cuando bailaba en el Firebird: plumas rojas pegadas con cola arábica —dijo Rosa a su espalda—. Cada vez que me las quitaba era como si me desplumaran. ¿Nadie te ha reconocido?

—Ni yo me reconozco.

Unas horquillas tintinearón en el platito de porcelana. La señorita Sprat inclinó la cabeza hacia delante y un momento después las toscas trenzas estaban en el soporte para pelucas. Alix se pasó los dedos por el pelo ondulado recién cortado y lo ahuecó desde la raíz. No había llevado el pelo tan corto desde que era pequeña. No estaba segura de si le gustaba o no, pero el pelo largo le picaba cuando se ponía la peluca. Se peinó las cejas naturales para que formaran una línea limpia y, mientras Rosa preparaba el té, se despojó del rancio traje, se quitó los rellenos del pecho, los postizos de la barriga y las caderas. Por último, se quitó los gruesos leotardos.

—Tengo unas ganas de que terminen los desfiles... Empiezo a aburrirme de ser la señorita Sprat.

—Cualquier día de estos podrás ir a ver los desfiles sin disfrazarte.

—Tal vez. Si lo intentase ahora, me pondrían de patitas en la calle de un puntapié. —Alix se sentó y se masajó los pies castigados—. ¿De verdad tengo que enseñarle los modelos a la señora Hawkesley?

—No puedo hacerlo yo, bonita. —Rosa dejó una taza humeante en el tocador y cogió las pinzas de depilar—. Cierra los ojos y piensa en Inglaterra.

Con la rapidez de las alas de una abeja, Rosa arrancó los veinte pelillos que formaban el bigote de Dorothy M. Sprat.

—Ojalá no se me hubiera ocurrido dejármelos —dijo Alix—. Me dan sarpullido. Menos mal que en el Rose Noire la luz es tenue.

—¿Vas a salir esta noche?

—Ajá. —Alix saboreó el té—. Ese sitio es la vida de Serge.

—Bonita, deberías dejar a ese tipo. Este año has cambiado mucho. Cada vez estás más delgada, y ya no te ríes como antes.

Eso era porque tenía su propio negocio, pensó Alix mientras se anudaba el cinturón de una bata de seda. Del desconsuelo de su expulsión de Javier había surgido algo que le había salvado la vida: Modes Lutzman. Estaba orgullosa de su negocio, pero dirigirlo y a la vez pasar las noches en el Rose Noire la ponía al límite de sus fuerzas.

A consecuencia de la redada en las instalaciones de los Champs-Élysées, Una y Mabel habían pasado varios días bajo custodia policial. Al final, habían levantado los cargos porque no habían hallado nada que las inculpara. Mabel se había esmerado en no dejar nunca bocetos en el despacho de un día para otro, y en el momento de la redada tampoco había ningún modelo pirata de Javier. La policía había descubierto algunas imitaciones de Chanel y Lanvin, pero sin pruebas de que los hubieran confeccionado en esas instalaciones, no había base suficiente para llevar a cabo una acción judicial. El marido de Una había movido los hilos. Una comentó tiempo después: «Una de las cosas que hace que Gregory sea tan aburrido es que conoce a todos los del gobierno».

Mabel, que temía la deportación, se encontró libre y sin cargos. Sin embargo, la experiencia la había impactado tanto que regresó a casa en otoño de 1937 y pasó a ser una de las buenas clientas de Alix cuando esta se estableció por su cuenta. A través de Mabel, Modes Lutzman servía originales de París a las boutiques de Nueva York. Nada de imitaciones. Alix no volvería a copiar modelos ajenos en su vida. Pero como todavía no podía sobrevivir con sus propias obras originales, creaba también prendas «al estilo de» los modistos de renombre.

No había nada malo en eso, porque todo lo que salía de sus talleres de costura tenía la etiqueta de Modes Lutzman cosida. La pantomima de Dorothy M. Sprat era necesaria de momento porque, en cuanto abrió el negocio, alguien había intentado sabotear a Alix. Pintaron la palabra «salope» («zorra») en la fachada del edificio. Le metieron excrementos de perro en el buzón. Y un día, mientras caminaba por la rue du Faubourg Saint Honoré, le tiraron una bolsa de harina desde un coche. Nunca llegó a saber quién estaba detrás de esos ataques, y aunque hubiera visto a las personas que lo habían hecho, se habría quedado igual. Seguro que las habían contratado quienes de verdad querían hacerle daño.

Una también había tenido que soportar la incomodidad de las miradas maliciosas y los cuchicheos. Le dio la impresión de que necesitaba ausentarse un tiempo de París para poder empezar de cero, así que siguió a su marido a Inglaterra. «A Manchester, nada menos, ¿te lo puedes creer? Dice que está a medio camino entre Glasgow y el infierno».

De todas formas, Una le enviaba clientas a Alix a cambio de una comisión. Después del aciago día en que el modisto en persona la había acompañado a la puerta de Maison Javier y había caído en desgracia, Alix se juró que no volvería a hablar



con esa mujer. El negocio que se planteaba lanzar sería únicamente suyo: no quería ni rastro de Una tentándola a traicionar sus principios. Sin embargo, justo antes de que los Kilpin se marcharan, Una mandó a un chófer que fuese a buscar a Alix y la llevara a la avenue Foch. El chófer le dio una nota a Alix: «Móntate, chiquilla. Hagamos las paces antes de despedirnos».

Alix palideció al ver a Gregory Kilpin en el piso, sentado en un sofá blanco, con un vaso de whisky en la mano. Se preparó para que la culpara de la desgracia de su mujer, y las primeras palabras del empresario no fueron muy alentadoras.

—Bueno, jovencita, me he enterado de que has perdido el empleo, pero vas a intentarlo otra vez. O eres muy valiente, o estás loca. ¿Un whisky con hielo?

—No, gracias. —Alix echó un vistazo a su alrededor, admirada a pesar de que se había prometido que mantendría una actitud educada pero fría. Las paredes de la sala de estar de los Kilpin estaban empapeladas de un fino tono beis. Se fijó con atención y descubrió que no era papel, sino ante... ¿Ante en las paredes? Eso explicaba que no hubiera cuadros. Los únicos ornamentos eran esculturas de bronce rugoso de gran tamaño. Le asombró lo vanguardistas que eran. Alix añadió—: Prefiero la ginebra, gracias.

—¿Ah, sí? Entonces será mejor que Una haga los honores.

Al instante, Una se presentó en la sala y mezcló dos cócteles Alexander.

—Apoya las posaderas, chiquilla. Me alegro de que hayas venido.

Al sentarse en el sofá, Alix se vio arropada por unos cojines que se hundían tanto que le fue imposible mantener los pies en el suelo. Tampoco podía inclinarse hacia delante para colocar la copa en la mesita de centro. Aunque, bien mirado, con la tabla forrada de piel de ciervo, seguro que la mesa no estaba pensada para poner encima los cócteles.

—Mira.

Ante sus atónitos ojos, Gregory Kilpin dio la vuelta a la parte superior de la mesa, que debía de tener alguna especie de muelle hidráulico. El reverso tenía la superficie de cobre pulido y una pitillera con mechero incluido incrustados en el metal. También vio un tercer objeto brillante: un lingote de oro, que Alix reconoció como el ladrillo bañado en oro que le recordaba al señor Kilpin lo lejos que había llegado en la vida.

—Aborrezco el desorden —comentó el hombre. Encendió un cigarrillo para cada uno—. Bueno... Entonces, ¿ese tejemaneje de la imitación mueve dinero?

Una jugueteó nerviosa con el collar de perlas y luego dejó que le cayeran sobre el escote con un tintineo.

—Si está en buenas manos, sí.

El comentario despertó las sospechas de Alix al instante, quien zanjó de inmediato:

—No es un entretenimiento para las damas de sociedad, y arruina vidas.

—¿Y cómo vas a ganarte la vida ahora? —le pregunto el señor Kilpin.

Echó el humo hacia el techo.

—Tengo intención de montar un negocio legítimo, vender ropa a tiendas especializadas de Londres y Nueva York... Si consigo los contactos necesarios, claro. Cederé mis diseños a fabricantes mayoristas. Puede que prefieran pagar una cantidad razonable de dinero en lugar de arriesgarse a robar los modelos.

—Tan joven y tan irónica... —comentó Kilpin—. Una me ha dicho que eres lista. Sigue.

Eso la descolocó un poco. ¿Gregory Kilpin mostrando admiración? Le costaba asimilarlo.

—Eh, pues creo que hay posibilidades de negocio en la fabricación de prendas *prêt-à-porter* sin tener que pagar la etiqueta de los grandes modistos.

—¿Y cómo consigues buena calidad sin muchos costes?

—Con un negocio pequeño y haciendo muchas cosas yo. Tengo la oficina en una parte barata de la ciudad. Pero, por supuesto, hay que trabajar bien, y eso significa contratar a modistas expertas, tener un local y hacer provisión de fondos para comprar a buenos vendedores de telas.

Gregory Kilpin gruñó.

—Significa tener capital.

—Dinero a toca teja —tradujo Una.

Alix asintió.

—Los fabricantes de género no quieren venderme a crédito. Y alquilar cualquier local implica pagar el alquiler de seis meses por adelantado.

Gregory Kilpin avaló a Alix para que pudiera alquilar el local de la rue Jacob y le prestó el capital inicial para fundar Modes Lutzman y para mantenerse durante un año. No era un regalo. Le cobraba intereses y esperaba que le devolviera el capital con el tiempo. Observaría los progresos de Alix de cerca.

Alix supuso que Una estaba detrás de esa generosidad tan poco propia del señor Kilpin. Seguro que había convencido a su marido de que financiara la iniciativa de Alix para pedirle perdón a su manera.

En la rue Jacob, Alix había encontrado una casa que no solo albergaba el negocio (el salón en la primera planta, el estudio de diseño y los talleres de costura arriba) sino que también contaba con un alojamiento rudimentario en el edificio de los establos. Rosa había accedido a trabajar para ella como vendedora «una semana o dos», porque Alix no podía permitirse una probadora y una *vendeuse* de entrada. Las dos semanas se transformaron en tres, y a esas alturas Rosa había descubierto que vender ropa era más divertido que sentarse en casa y dar órdenes caprichosas a la criada. Ahora Rosa era parte integrante de Modes Lutzman, y su única queja era que al principio había puesto un acento remilgado y ahora tenía que mantenerlo. En apenas seis meses, Modes Lutzman había pasado de ser ellas dos a tener diez empleados, entre ellos una probadora, una recepcionista y una *première*.

Un toque de pintalabios completó la transformación de la señorita Sprat en Alix Gower. Bebió el té de un trago y dijo:

—Alikí renace de las cenizas.

Recorrió la pasarela que unía los antiguos establos con el edificio principal y se detuvo un momento para tomar aire. Oía a humo de pipa. Otro elemento inesperado: ahora Bonnet vivía con ellas. Lo habían echado del estudio por no pagar el alquiler, así que se había mudado a la antigua cochera que había debajo del piso de Alix, con la promesa de que solo serían «un par de semanas». Habían pasado cuatro meses y no daba muestras de querer marcharse. De todas formas, a Alix le gustaba contar con la presencia de un hombre en casa. Y así quedó la cosa...

La vida no serviría para un guión de película, pensó. Nadie se lo creería. Dos días después de que dejara Maison Javier, le llegó una carta de Le Cloître en la que le pedían que fuera inmediatamente. Serge había conducido como un loco, por una vez en silencio, porque Alix no paraba de llorar. En el fondo de su ser, sabía que se dirigía a decirle el último adiós a su abuela.

La jefa de enfermeras los había recibido en la puerta y había dicho muy seria: «Consideraba oportuno que lo supiera de inmediato: madame Lutzman se ha incorporado en la cama y ha acusado a mis enfermeras de haberle robado las gafas».

A Mémé le gustaba tener a Bonnet pululando por ahí. Había olvidado sus antiguas reticencias. Bonnet volvía a ser para ella el muchacho simpático que mezclaba las pinturas de su marido. Muchas veces lo confundía con su difunto Alfred, lo que no era de extrañar, porque Bonnet pintaba con una intensidad renovada y hablaba de Kirchwiller mientras Mémé dormitaba junto a él en un sillón.

En uno de los probadores, Alix se puso las medias de seda y el viso. Después Rosa le abrochó los botones de la espalda de un vestido de cachemir de color tofe. El modelo se llamaba número 1. Nada de nombres pintorescos para Modes Lutzman. Llegaba hasta media pantorrilla, tenía la cintura entallada y un cinturón estrecho de la misma tela. El único detalle de fantasía era un cuello bordado para el que Alix se había inspirado en un collar tribal que había visto en el recién inaugurado Museo de la Humanidad. Era su primera colección y constaba de treinta modelos, «ventas seguras» con estilo, porque siempre que se le ocurría algo un poco más atrevido, el rostro de Gregory Kilpin aparecía ante ella.

Desfiló con el número 1 para que lo viera la señora Hawkesley, luego le mostró otros vestidos de día, a continuación trajes de chaqueta y, por último, vestidos de fiesta.

—Es todo de primera —comentó la señora Hawkesley con admiración cuando Alix dio la última vuelta con un abrigo hasta los pies de encaje *écru* sobre una vestido de noche de moaré—. Ay, qué generosa ha sido la querida señora Kilpin al mandarme aquí. Podría ponerme ese vestido tan estupendo en la próxima fiesta de la alcaldía. ¿Les he comentado que mi marido es alcalde de Salford? Solo que... —miró de reojo la figura esbelta de Alix—... es imposible que quepa en él.

Rosa dio un paso al frente y comentó con su mejor dicción:

—Modes Lutzman confeccionará una adaptación del vestido que favorezca a la

figura de madame y le siente como un guante. Dejará al alcalde boquiabierto, ya lo verá.

El verano de 1938 llegó con un calor intenso. En el Rose Noire, sonaba «Tiptoe Through the Tulips». Una canción que hablaba de caminar de puntillas entre los tulipanes pero que allí sonaba como una estampida de búfalos. Frazer Hoskins se había marchado después de que Serge despidiera a su cantante criolla sin consultarle. Y sus Smooth Envoys se habían ido con él. Sus sustitutos, los Regents of Rhythm de Roistering Rex, no tenían ni idea de tocar.

El joven inglés sentado junto a Alix soltó una nube de humo de cigarrillo y dijo:

—Guárdese la desesperación para la verdadera debacle: cuando la señorita Dulcie L'Amour salga a cantar. El Rose Noire está en las últimas.

—Entonces búsquese otro club en el que le den champán gratis.

Una mirada asesina acompañó sus palabras. Sabía por qué Jolyan Ferryman iba al club: no era solo porque Serge lo invitara a champán y tabaco. Hacía las veces de escolta de Rhona de Charembourg y, sospechaba Alix, de espía. La condesa de Charembourg llevaba unos meses frecuentando el lugar. Aunque París se fuera vaciando a medida que los ricos se marchaban de vacaciones estivales, la condesa seguía acudiendo al club. Siempre con el mismo grupo de amigos, que incluía a un hombre de negocios suizo llamado Maurice Ralsberg. Además, la condesa nunca perdía la oportunidad de lanzarle una mirada de desprecio cuando pasaba por delante de la mesa de Alix.

Por la manera en que Rhona y Ralsberg bailaban, tan pegados, Alix dedujo que eran algo más que amigos y que la función de Jolyan era actuar de cortina de humo. Dado que se sabía que era el secretario del conde de Charembourg, su presencia implicaba que Rhona estaba en la ciudad con el consentimiento de su esposo.

Esa noche, bajo las luces rosas esmeriladas, el vestido de Rhona resplandecía como un arco iris metálico. Diez mil lentejuelas cosidas sobre tul..., una prenda increíblemente cara, ya que cada diminuta lentejuela se habría cosido a mano. Alix sintió un escalofrío. El vestido le recordaba a una serpiente. Ralsberg a duras penas podía tener las manos quietas: debía de gustarle acariciar escamas.

—También debe de gustarle pagarle la cuenta —murmuró. Era un vestido para un amante, no para un marido.

Pese a la manera que tenía Roistering Rex de destrozar el repertorio jazzístico, el Rose Noire continuaba siendo el sitio de moda, el club donde bailar de una forma abiertamente sensual estaba permitido. Pero no era el lugar donde un tipo aburrido como Jolyan Ferryman iría a empinar el codo.

Se había plantado en la mesa donde Alix se sentaba sola hacía unas semanas, había hecho caso omiso de su cara de pocos amigos y le había ofrecido un cigarrillo.

—Tabaco negro ruso. Seguro que no lo ha probado.

—Pues sí. Es lo que fuma mi casera.

Ferryman le encendió el cigarrillo, luego otro para él.

—Me han dicho que se llama señorita Gower y que es inglesa. Así que mejor charlemos... en inglés. Estoy empezando a soñar en francés, lo que, le aseguro, es preocupante para un chico de Tunbridge Wells.

—Aquí nunca hablo inglés —replicó cortante Alix mientras miraba si Serge se había fijado en que un desconocido se había sentado junto a ella.

Serge tenía diversas técnicas para tratar con posibles rivales, según su humor y la categoría del competidor. Podía sentarse en la mesa, entablar conversación con la persona para luego neutralizarla con algún comentario humillante. O podía limitarse a quedarse de pie al lado de Alix con su expresión más amenazante. Si se sentía perezoso, enviaba a un esbirro a encargarse del asunto. Sí, Serge los había visto. A Alix se le puso la piel de gallina cuando lo vio hacer señas a un camarero fornido. Un minuto más tarde, les llevaron champán a la mesa.

Serge le contó más tarde: «Por ahora el chaval no hace más que llevar las maletas de la condesa, pero he estado observando cómo se va ganando el favor de Maurice Ralsberg. Dale tiempo y acabará siendo su mano derecha. Los aduladores como él pueden ser útiles. Sobre todo si saben secretos».

Alix estudió a Ferryman con disimulo y se dio cuenta de que el inglés tenía al menos un secreto: su fuente de ingresos. Vestía un traje nuevo. Usaba una boquilla de ébano tallada para fumar sus Sobranies con filtro de lámina de oro. Oía a una colonia mucho más cara de lo que podía permitirse un secretario cualquiera. Sin duda, salía a cuenta acompañar a la condesa de Charembourg.

Lo que más la repelía de Ferryman era el pelo. Lo llevaba tan engominado, que si le hubiera tocado un mechón, se le habría movido el casquete entero.

Al ver que lo observaba, le envió una sonrisa exagerada.

—¿Le doy el nombre de mi peluquero, señorita Gower?

—Deje de llamarme «señorita Gower». Alix o mademoiselle. «Señorita» es pretencioso.

—¿Por qué? Pero, hablando de «pretencioso» —sacó la botella de champán de la cubitera y llenó las copas—: Serge y el castillo familiar en Épernay. Siempre está hablando de él, que si es una región única, que si sus laderas están tan bien cuidadas... y sin embargo... y sin embargo...

—Sí, habla del castillo. ¿Por qué no?

—Que si las viñas de champán de Cuvée Martel... —Inclinó la botella hacia la luz para leer la etiqueta—. Y sin embargo sirve Lanson. ¿Ha estado alguna vez?

—Todavía no, está muy lejos. Siempre tenemos cosas que hacer. Ahora cállese y déjeme escuchar al grupo.

—¿Escuchar, dice? Si están destrozando los pobres tulipanes.

—Rex y su banda son nuevos. Deles un poco de tiempo... o vaya a bajar la voz a otro club.

Alix no estaba de humor para bromas. Aquella noche había discutido con Serge. Había llegado con el vestido pegado a la piel del calor que hacía aquel mes de julio, y solo de ver la pista de baile abarrotada, le entraron ganas de darse un baño de agua fría y tumbarse bajo una sábana de muselina. Serge la agarró por el brazo y la condujo sin miramientos a la mesa, echando chispas porque había mandado un coche a la rue Jacob y ella lo tuvo dos horas esperando.

La joven intentó explicarle que habían llegado unas clientas para ver la colección justo antes de cerrar, y tuvo que volver a llamar al personal. Las señoras le hicieron enseñárselo todo dos veces, y luego se fueron sin comprar nada. Cuando Serge se encogió de hombros, Alix le gritó que ella no tenía un horario como los autobuses de París. Si iba a ser así de desagradable, se iría a casa. Y lo haría andando, no necesitaba su lujoso coche.

Serge le contestó que se le estaba poniendo mal genio, como a Solange.

Puñeteros hombres. Pero Alix sabía cómo olvidarse de ellos. Un poco de hachís y tabaco, todo bien enrollado y fumado en su boquilla de veintidós quilates y fuera. Se apartó de Ferryman y se sumió en un momento de creatividad, la mirada fija en una mujer atractiva que había en la pista y a la que vistió mentalmente con un Lutzman original. Partió del vestido acabado y lo desmenuzó hasta el diseño básico, tal y como había aprendido de Javier y madame Frankel.

Aquella noche se imaginó una nueva tendencia: «El regreso del romanticismo». Las formas lisas dejaban paso a los drapeados. Las faldas se volvían más amplias. Las cinturas, más marcadas. Las mangas, más anchas y acanaladas. Javier lo había predicho hacía ya un año, en 1937. Pero ella —maldita cautela— no lo había reflejado en su colección de primavera-verano de 1938 porque, decía, el mundo no se estaba volviendo un lugar mejor, ni más rico. ¿Quería la gente romanticismo cuando los periódicos no hacían más que hablar de disturbios, escasez y escaladas militares? La respuesta, por lo visto, era que sí.

En una ocasión, le había preguntado a Javier: «¿Por qué la moda cambia tan lentamente, y luego de repente da un giro de la noche a la mañana?». Él se había reído y le había respondido: «Cito al Rey Sol: “La moda es el espejo de la historia”. En el futuro, recordaremos esta época y diremos: “Ajá, fue cuando pasó de moda la puritana falda recta y volvió el miriñaque”. Pero no me pregunte por qué, ya que, por definición, la historia necesita distancia».

La moda no se podía predecir, pensó Alix. Era una interacción entre el arte, la tecnología, los sueños y los caprichos. Para saber lo que se llevaría el año siguiente, hacía falta lo que Rosa llamaba «el sexto sentido del creador». La colección de otoño-invierno que Alix estaba preparando para el mes siguiente —agosto— suponía un giro arriesgado. Se había gastado buena parte del préstamo de Gregory Kilpin en centenares de metros de seda y terciopelo de Jacquard, entretela y, sí, encaje de crin. Como el presupuesto no llegaba para encargar tonos personalizados, lo había comprado todo en colores estándares. Ya les añadiría bordados y adornos, pero el

riesgo radicaba en las formas que estaba diseñando. Ni rastro de faldas rectas.

—¿Acaso huele a desagüe? —Le murmuró Ferryman al oído, sacándola de su ensimismamiento. El joven le dedicó otra sonrisita—. Como fruncía el ceño... Aunque, es verdad, los dos sabemos que este lugar apesta. —Con un gesto, abarcó la pista de baile, los globos rosas que iluminaban desde el techo, las mesas y sillas barnizadas en negro, la barra larga con su latón art déco—. Mucha seda y terciopelo, pero el Rose Noire no es más que un antro.

—Jolyan, ¿por qué viene aquí? ¿Para sentarse a esta mesa e impresionar a los pocos amigos que tiene?

Tras un parpadeo de antipatía que no pudo ocultar, dijo:

—Me veo arrastrado hasta aquí por el encanto de Dulcie L'Amour. —Señaló el escenario con la boquilla de su cigarrillo—. Lo que le falta de voz le sobra en aguante. La admiro por ser capaz de bailar toda la noche después de pasar una tarde atlética con Serge y los chicos.

—¿Una qué?

—Ensayando la actuación, querida. ¿A qué creía que me refería?

Alix dio una calada al cigarrillo y dejó que el estupor se apoderara de su sistema nervioso. Había observado las miradas que Serge dedicaba a Dulcie, una rubia norteamericana que bailaba y se contoneaba de tal manera que la gente no se fijaba en que no sabía cantar. La gente no, eran los hombres quienes no se fijaban. Alix no necesitaba que Ferryman le sugiriera que el interés de Serge estaba disminuyendo. Siempre se rodeaba de personas a las que pudiera controlar, que lo adularan. Y se deshacía de aquellos que le plantaban cara. ¿Durante cuánto tiempo más la querría a ella cerca? Ya no era una modelo glamurosa. Ni una chica sin experiencia impresionada por su confianza masculina. Ahora era una mujer emprendedora que se preocupaba por la liquidez del negocio y se quedaba dormida en el baño. Aun así, la idea de perder a Serge le producía vértigo. Como el hachís, Serge la ayudaba a aligerar la pesada carga del día a día. No siempre sentía amor por él... En realidad, ni siquiera le gustaba siempre. A veces le daba miedo, y raro era el día en que no la sacara de sus casillas. Era vanidoso y manipulador, pero el hecho de que quisiera estar con ella era infinitamente importante. Sentir que alguien la necesitaba lo era todo. Le aliviaba el dolor por el rechazo de Verrian, la indignación de Javier, la falta de sinceridad de Jean-Yves. Cuando una bandeja de ostras dispuestas en forma de corazón llegó a la mesa y los camareros empezaron a dejar boles con salsa *mignonette* y limón, Alix no supo si reír o rechinar los dientes.

Era la manera que tenía Serge de disculparse por su mal humor. Pero ¿por qué no podía ir a sentarse con ella? ¿Cogerla de la mano? ¿Bailar con ella?

Alix negó con la cabeza y Jolyan malinterpretó el gesto:

—¿Va a dejar que el orgullo le impida disfrutar de esta *delicatessen*, señorita Gower? Recién pescadas de la île de Ré, deliciosamente crudas. A ver si es capaz de resistirse. ¿Puedo?

—Todas para usted.

—¿No le gustan las ostras?

—No me gusta que me sobornen, con marisco o con francos. Eso se lo dejo a usted.

—Eso ha estado muy feo.

Un rato más tarde, un ramo de rosas de un tono carmesí oscuro acabó de llenar la mesa. No llevaban nota. El color inquietante era la tarjeta de presentación.

—¿Por qué las rosas rojas son la manera universal de pedir perdón? —Ferryman se tragó una ostra entera y movió con exageración la garganta—. ¿O de dar las gracias? —Observó el ramo—. ¿Será porque recuerdan al tocador de un burdel... o serán un guiño a la pérdida de la virginidad? Dicen que Serge la ha corrompido a base de bien. Querida, ya vuelve a fruncir el ceño. ¿Acaso se está marchitando el amor? ¿Sus pétalos han comenzado a secarse?

Alix volvió la cabeza, pero Jolyan estaba decidido a tener la última palabra.

—Se ha quedado prendada de un hombre con mal gusto para las flores, alguien que no tiene el valor de cuidar de usted. Hombres como Serge Martel nunca saben apreciar lo que tienen. Consiguen lo que otros quieren y lo tratan como un avaro maneja el oro. Luego se cansan, lo destruyen y fantasean con su próxima adquisición. Lo que admiro de usted, señorita Gower, es su cabezonería de pueblo. Es una persona obcecada, y, desgraciadamente para sus intereses, se ha obsesionado con Martel.

—¿Opina que debería abandonarlo?

—Por Dios, no —Jolyan fingió atragantarse con una ostra—. No quiero ni imaginarme lo que nuestro amigo le haría si sospechara que le quiere dar puerta. Tendrá que estar con él todavía un tiempo, será su favorita hasta que se canse de usted.

Alix cerró los ojos mientras Roistering Rex dirigía a la banda hacia una interpretación chirriante de «Take the “A” Train».

De madrugada, se desvistió lentamente mientras Serge la esperaba en la cama observándola. La habitación olía a tabaco de narguile y, por la consistencia del humo, supuso que Serge le habría añadido algún que otro pedazo de hachís para «animar la mezcla», como decía, si bien normalmente provocaba el efecto contrario. Serge fumaba siempre del narguile que tenía junto a la cama. La pipa de vidrio azul con el tubo de piel de serpiente que ella había confundido una vez con un irrigador vaginal. Cómo se había reído Serge la primera vez que la había invitado a fumar.

«¿Aquí?», había preguntado Alix, roja como un tomate. «¿Contigo mirando? ¿No sería mejor si lo hiciera en el baño?». Cuando Serge entendió la confusión, se cayó de la cama, desternillándose de risa. Alix supo que él iba contándolo por ahí porque la siguiente vez que fueron al club de jazz de Pigalle, su amigo Mezz le había liado un porro y le dijo: «¿Necesitas que te diga dónde se pone esto, cariño?».



Se quedó en ropa interior, tal y como a Serge le gustaba. Un corsé de satén provisto de unas pocas varillas y medias de seda. Cuando se colocó a su lado, la cogió y la puso encima de él. Serge tenía esa mirada típica que implicaba que actuaría con lentitud y languidez, pero sin estar realmente presente. Le ofreció la pipeta del narguile, pero ella no quiso.

—No me apetece. He bebido demasiado. Quería olvidarme de Ferryman.

—Te dije que fueras simpática con él, que te lo ganaras.

—No tengo nada que ganar con él. No, no quiero fumar. —Serge intentaba ponerle el tubo entre los labios.

—Sí que quieres. Estás a la que saltas esta noche. Relájate un poco, Alix. — Cubrió el vaso del narguile con la base de una copa de champán para que se acumulara el humo—. Venga, dale, poco a poco. No lo malgastes.

Pronto ella también se sintió adormecida, como si tuviera el techo a escasos centímetros de la cabeza y este estuviera hecho de átomos gomosos. Serge se puso encima de ella, aunque no como un jugador de lucha libre, como hacía a veces, solo asfixiándola un poco, del modo que lo excitaba. La penetró y comenzó a empujar rápida y furiosamente, hasta el punto que ella lo apartó y le dijo:

—Serge, deja que te coja el ritmo.

Pero él no escuchaba. No se corrió, sino que se echó en la cama con un suspiro y dijo:

—Te toca.

Oprimida por una sensación de necesidad frustrada, se arrodilló a su lado y, con los ojos cerrados, puso los labios alrededor de su pene erecto. Serge gimió, mientras ella mantenía la mano apoyada en su estómago porque una vez Serge le había agarrado la nuca con tanta fuerza, que casi la ahoga. Con la mano que le quedaba libre, le acarició el sexo hasta que Serge empezó a retorcerse. Alix alzó la cabeza y lo llevó al orgasmo con la mano. Había aprendido algunos trucos con él... ¿A eso se refería Ferryman por «el tocador de un burdel»?

Mientras Serge se recuperaba, Alix sintió un hormigueo en la piel. Con la mente lenta y el corazón apesadumbrado, le vino un pensamiento: «Alix Gower, esclava».

¿Esclava? ¿Cuando se sentaba en la mejor mesa delante de la pista de baile del club y tenía todo el champán y el hachís que quería? Serge debía de sentir algo por ella. Todos aquellos viajes en coche hasta Fontainebleau cuando lo había necesitado... Había sido amable con ella en ese sentido. Le había comprado la boquilla de oro para los cigarrillos y varias joyas.

«Alix Gower, amante.»

Se levantó de la cama y se observó en un espejo vertical durante un rato. Rosa tenía razón, se había adelgazado demasiado. «Alix Gower, la moda del año pasado.» Caminó hacia la cama y miró a Serge, quien ya había caído en un sueño despreocupado. Casi podía sentir la presencia de Jolyan Ferryman a su lado, riéndose entre dientes: «Será su favorita hasta que se canse de usted».

Se puso el vestido y los zapatos a toda prisa, tambaleándose sobre un tacón. Al final se cayó y soltó un improperio, pero Serge ni se inmutó. Imbécil, dejarla a medias, frustrada, poco querida como... como la fregona de madame Rey. Sí. Eso era, una fregona que Serge sacaba del armario cuando la necesitaba. La había dejado sola toda la noche, luego se había tirado sobre la cama, había fumado hasta quedarse atontado y por último le había exigido que lo satisficiera como una...

—Que se pudra.

Se acercó a toda prisa a su lado de la cama, cogió el narguile con la atención de estampárselo en la cabeza, pero se dio la vuelta y lo arrojó contra la pared. El recipiente de cristal azul se hizo añicos.

Con el lápiz de labios, escribió: «Se acabó, adiós» en el espejo del tocador y se marchó. Serge seguía durmiendo.

El mes de julio de 1938 tocaba a su fin en medio de un ambiente bochornoso y sofocante. Alix, que había temido que Serge fuera a pedirle explicaciones, se asombró de que pasara una semana, luego dos, sin saber nada de él. ¿Quizá estaba tan absorto en su día a día que no se molestaba en demostrarle su rencor? En agosto seguía sin tener noticias suyas y Alix llegó a la conclusión de que así debía ser.

Le costó un poco acostumbrarse al cambio radical en su rutina nocturna. Todas aquellas horas muertas... Sin embargo, se adaptó y ocupó el tiempo trabajando en su próxima colección.

Alix pasó la mañana del 10 de agosto trabajando con su *première*, combinando varias telas de forro con el tejido que había escogido para los diseños. Tras coser una muestra para comprobar si el rayón elegido quedaba mejor, mandó a madame LeVert que encargara un rollo del material, se fue al piso y tomó una ensalada de lechuga con pepino para el almuerzo. Quedaban ocho días para el estreno de su colección de otoño-invierno y ya estaba de los nervios.

Esa tarde trabajó como maniquí, desfilando ante varias mujeres inglesas que se pasaron el tiempo abanicándose y pidiendo que abrieran más las ventanas. Cuando se marcharon, Alix estaba a punto de desfallecer.

—Deberíamos echar la siesta como los españoles —le dijo a Rosa—. Dormir un poco después de comer y volver a trabajar por la tarde.

Rosa le dijo que se fuera a descansar un rato.

—No te necesitaremos durante una hora.

Alix estaba enumerando todas las razones por las que no podía tomarse un descanso cuando tres toques largos de la campana la sobresaltaron.

—Ay, mi madre —soltó Rosa.

Tres sonidos de la campana querían decir redada de la policía, según el código de monsieur Hubert. Habían acordado esta señal al comenzar el negocio, ya que Alix estaba convencida de que la policía que perseguía a los falsificadores iría a por ella

debido a quién era.

La probadora, Marguerite, entró corriendo y todas se miraron unas a otras.

—De acuerdo —dijo Alix—. No tiene sentido esperar a que vengan a buscarme.

Descendió las escaleras, seguida de Rosa y Marguerite. De la planta baja les llegaba un sonido intermitente: monsieur Hubert se había quedado dormido en su silla, con el peluquín torcido y la cabeza apoyada en la campana.

Acabaron riéndose del asunto, pero cuando acabó la jornada Alix todavía estaba atacada. Con la nueva colección casi a punto, se sentía vulnerable. Había gente en el celoso mundo de la moda que quería verla fracasar. Sabía a ciencia cierta que Simon Norbert y mademoiselle Lilliane habían movido los hilos para manchar su reputación. Se lo había contado Marcy Stein, con quien había coincidido un día comprando botones en la rue Saint-Denis.

Mientras Alix cortaba unas rebanadas de pan en su piso esa noche, monsieur Hubert llamó a la puerta con rostro arrepentido y los brazos llenos de rosas.

—Las han traído cuando estaba cerrando.

Con un suspiro, Alix las cogió y las dejó en el fregadero. Veinticuatro flores, rojo burdel. Al día siguiente las repartiría entre las costureras. Bonnet, que comía con Alix y Mémé varias veces por semana, se llevó una a la nariz y dijo:

—Está claro que Serge quiere que vuelvas con él, estaba furioso cuando te fuiste.

—¿Cómo sabe que estaba furioso, Bonnet?

—Porque todavía frecuento mis bares favoritos de Montmartre y todos hablaban de la mala uva que gastaba de repente Serge Martel. Todo el mundo me preguntaba porque saben que somos buenos amigos. —Tras partir el capullo de una de las rosas y colocárselo en un ojal deshilachado de sus pantalones de peto, contó que Serge había tirado un zapato contra el espejo en el que Alix había escrito «adiós» con pintalabios. El cristal se rompió en mil añicos y Serge se hizo un buen corte. La mujer de la limpieza que presenció el ataque de ira fue despedida al instante—. Y luego le lanzó una botella de vino a un camarero porque no le había llevado una copa lo bastante rápido, aunque dicen que eso tampoco es algo raro en él. Al cabo de unos días — Bonnet se encogió de hombros—, se le pasó el enfado. Las cosas se acaban y él lo sabe.

Ahora era Dulcie L'Amour quien se sentaba a la mesa especial, bebía champán Lanson y comía ostras presentadas en forma de corazón..., cuando no estaba sobre el escenario contoneándose y susurrando.

A Serge, Alix le gustaba lo suficiente para que la ruptura le hubiera dolido y se hubiera enfurecido, se dijo ella. Pero al mismo tiempo la había sustituido con tanta rapidez... Entonces, ¿a qué venían las rosas? ¿Era su manera de decirle que podían volver si ella quería?

Esa noche, una tormenta eléctrica azotó sin tregua la ciudad. A la mañana siguiente, Alix subió al taller y se encontró a las chicas vestidas únicamente con las enaguas. Una le había contado una vez que los grandes almacenes de Estados Unidos tenían una cosa llamada «aire acondicionado» que se tragaba el calor y la humedad y dejaba el ambiente fresco incluso en pleno verano. Algún día, se prometió a sí misma. Algún día.

—¿Mademoiselle Gower? —Marguerite asomó la cabeza en el taller—. Tiene una visita. La he conducido hasta el salón.

Alix contestó que enseguida bajaba. Se volvió hacia su *première*, que sostenía una tela de muselina. Tras inspeccionarla, Alix asintió.

—Perfecto, madame LeVert, corte la tela. Ya la hemos probado cien veces, no podemos perder más tiempo.

Siempre daba miedo ese momento en el que las tijeras se abrían paso entre un tejido caro. Y ella siempre lo postergaba demasiado; pero lo mismo hacía Javier.

Alix bajó a recibir a la vista, con una culpable sensación de alivio. Podía sentir cómo descendía la temperatura a cada peldaño. Las paredes del salón estaban pintadas de gris hielo. Como el presupuesto no le había llegado para una alfombra, había pintado de blanco los listones del suelo. Había encargado que encalaran las molduras y los rosetones del techo del siglo XVIII y el efecto era fantasmagórico, como el que conseguía Javier en su salón con cortinas de *voile*. Los únicos caprichos que Alix se había permitido eran lámparas de mesa y sofás elegantes. Puede que los clientes subieran las escaleras preguntándose a qué lugar extraño habían ido a parar, pero en cuanto se sentaban, se sentían como en casa.

Una chica de piernas largas se levantó en cuanto entró Alix. Se dio cuenta al momento de que era modelo por la forma en que se movía. Tardó un momento en reconocer a Nelly, de Maison Javier, bajo su sombrero de paja de tono claro. La última vez que la había visto fue en el pase desastroso de Javier del pasado julio. Alix se puso tensa, pero Nelly la abrazó y, señalando el salón, dijo:

—¿Puedes tomarte un respiro?

Alix sirvió dos vasos de agua con hielo y limón y se sentó para conocer el motivo de la visita de Nelly. Le llevó un rato, porque la chica quería contarle que se había prometido con un empresario teatral y que iba a casarse en septiembre, motivo por el cual Javier le estaba haciendo el vestido. Finalmente hizo un mohín y dijo:

—Hace varios días que quería hablar contigo. Vi a Serge Martel hace poco en un club. Se acercó a hablar conmigo y te mencionó.

—Ya no estamos juntos —se apresuró a decir Alix.

—Mmm. Pues él no dijo eso. Piensa que volverás con él en cuanto se te pase el enfado.

Así que Bonnet tenía razón.

—El enfado me durará, Nelly.

—Me alegra oír eso. Tienes que saber lo que le pasó a Solange. No quiero que te

ocurra lo mismo. —Nelly se puso seria—. ¿Te acuerdas de aquella temporada en que Solange estaba tan insoportable? ¿Cuando explotaba por cualquier cosa? Solo lo sabíamos un par de nosotras... Estaba embarazada.

—No tenía ni idea —susurró Alix—. ¿Era de...?

—De Serge. Solange pensaba que se casaría con ella. Él se lo dijo, pero entonces... —Nelly arrugó la nariz— te conoció.

—¿La dejó por mí?

—Peor que eso. Le dio unas pastillas. —Nelly miró a su alrededor, pese a que nadie podía haber entrado en el salón sin que se dieran cuenta—. Le provocaron un aborto. Se complicó y estuvo a punto de morir. Tuvo que regresar a casa de sus padres.

—¿A Córcega?

—¿Córcega? No. Su familia vive en El Havre. Da igual. Cuando la vi, estaba fatal. Llevaba un sombrero de niña pequeña. Me contó que quería mantenerse lejos de todo ese mundo, dejarlo atrás, lo único... Alix, al final me lo enseñó. Está... está desfigurada.

Alix frunció el ceño.

—¿Por el aborto?

—No. Fue Serge. Los padres de Solange querían ir a la policía a denunciar lo de las pastillas. Serge se ofreció a pagar una compensación a Solange, pero tuvieron una discusión y él la mordió.

—¿La mordió? ¿Cómo?

—Le clavó los dientes en un lado de la cara y le arrancó la oreja. —Nelly recogió sus cosas—. Tengo que irme. He quedado con mi prometido en el Crillon. Alix, tenías que saberlo.

—Espera. Serge no es violento, al menos no con las mujeres. —Alix siguió a Nelly hasta la puerta—. Es un egoísta, pero nunca me ha tocado.

—Pues no le des la oportunidad de hacerlo. No acabes como Solange.

Alix no podía dejar que se marchara sin preguntarle por Javier. Nelly se quedó callada un momento.

—Salta a la vista que no estás muy al día de lo que ocurre. Javier ha cerrado. Después del fiasco del verano pasado, intentó salir adelante. Sacó una colección fabulosa en febrero.

—Sí, lo sé. Vi fotografías...

La mirada que le lanzó Nelly hizo que Alix se callase.

—Los proveedores de tela le exigieron todos al mismo tiempo que les pagara. Un hombre de negocios extranjero que se llama Maurice Ralsberg ha comprado todas las empresas pequeñas. Pues el tal Ralsberg ejecutó las deudas. Javier pidió ayuda a varios financieros, pero las deudas eran demasiado elevadas. Una tarde, mientras madame Frankel y él estaban sentados discutiendo ideas para julio, tiró el lápiz y dijo que se había acabado. Ve a rue de la Trémouille, verás los tablonos que tapan las

ventanas.

Cuando Nelly se marchó, Alix se quedó sentada, anestesiada, hasta que Rosa bajó a buscarla.

—Vaya cara... ¿Hubert no habrá vuelto a tocar la campana cuando no debía?

—Uf, Rosa, me acaban de dar dos noticias terribles.

—¿Dos, eh? Pues no hay dos sin tres. ¿Y si cerramos? Nadie aguanta más el calor y ya son las siete.

La tercera llegó una hora después.

Alix siempre se tomaba un par de horas para cenar. Mémé ya no cocinaba. El golpe le había deteriorado el equilibrio y, aunque a veces estaba lúcida, los medicamentos que tomaba para aliviar los constantes dolores de cabeza le afectaban a la memoria y la capacidad de concentración. Buena parte de su vida en París no era más que un recuerdo borroso, y sin embargo, recordaba su juventud con claridad absoluta.

Tras prepararse una ensalada de patatas y ternera curada en sal, Alix puso la mesa y llenó varios vasos de agua. Era ese momento de la noche en que sentía la necesidad imperiosa de tomar champán, ver cómo las burbujas subían y el líquido turbio llenaba la copa. Beber agua la ayudaba, lo mismo que mantenerse ocupada. Mientras bajaba los escalones hacia el estudio de Bonnet, notó el olor inevitable a café fuerte y algo más. Un hedor asqueroso, señal de que su amigo estaba preparando un lienzo.

—Cola de conejo —dijo Alix—. Y dale con comprar apresto barato.

—No —respondió Bonnet sin dejar de dar pinceladas al lienzo—. Compro apresto caro, pero el ruin que lo fabrica me da el cambiazo.

—Pues devuélvalo.

—La fábrica está en La Villette, demasiado lejos. Tu abuela está en el jardín. Cuidado, no te tropieces.

Mémé entró antes de que Alix llegara a la puerta. La mujer cogió a su nieta del brazo, se apoyó en ella y observó los brochazos verticales de Bonnet, aparentemente fascinada.

—Qué peste, Raphael Bonnet. Ese olor me recuerda a algo. Lo olí cuando me golpearon en la cabeza.

Bonnet se detuvo. Se dio la vuelta poco a poco.

—Antes no me acordaba de por qué me dolía la cabeza ni de por qué tuve que irme del piso de Saint-Sulpice —prosiguió Mémé—. Pero ahora ya me acuerdo.

—*Grandmère*, ¿está diciendo que sabe quién la atacó?

—El hombre que huele como el pincel de Bonnet.

Alix se quedó mirando a Bonnet, que le devolvió una mirada perpleja.

—Volví a casa después de jugar a las cartas. Estaba oscuro. La puerta de entrada

estaba abierta y pensé que estarías en casa. Dije: «¿Alikí?», pero nadie respondió, así que supuse que estarías en la cama. Fui a la cocina a prepararme un vaso de leche caliente. Oí una puerta que se abría y grité: «¿Estas son horas de llegar a casa?». Me di la vuelta, pero en vez de estar tú, lo vi a él.

—¿A quién, Mémé?

—Al hombre que huele como el pincel de Bonnet —repitió Danielle Lutzman con mucha paciencia—. No le vi la cara. Cuando dijo: «Has vuelto demasiado pronto», cogí la sartén de hierro, pero pesaba demasiado. —Mémé alzó las manos para mostrar sus muñecas frágiles—. Me la quitó y me pegó muy fuerte. —Hizo como si palpara el lugar del golpe—. Me caí, pero me acuerdo de cómo olía porque se arrodilló a mi lado.

Alix recordó que alguien la tiró al suelo en la oscuridad. Se acordó del trapo nauseabundo con el que le habían tapado la boca, de una cara de hombre cubierta por una capa de lana grasienta. Cogió la lata de cola de conejo de Bonnet y se la acercó a la nariz.

—Es el mismo olor, tiene razón, Mémé.

Su abuela la miró con ojos de niña.

—¿Le contamos a la policía que me acuerdo de cómo olía aquel hombre?

Alix pensó: ¿un olor como prueba? Las echarían de la comisaría entre risotadas. Además, no quería ni acercarse a la policía.

Durante la cena, Bonnet se mostró totalmente de acuerdo.

—Ni se te ocurra hablar con esos desgraciados de la policía, Alix. Obligarían a Danielle a repetir su historia una y otra vez hasta que estuviera más confundida de lo que está. —Se sirvió otra ración del segundo plato—. Irte de Saint-Sulpice fue lo mejor que podías hacer. De vez en cuando veo a Fernand Rey..., es el hijo de la portera, ¿no? Tiene un puesto en el mercado de Mouffetard. Tiene algunas teorías sobre quién pudo hacerlo. Dice que aquella noche vio a tu amigo De Charembourg en el piso.

—Eso es imposible. El conde habría dicho algo, creo yo.

—Quizá. —Bonnet miró a Mémé, que se estaba comiendo la ternera que Alix había cortado en dados—. A lo mejor pensó que mencionarlo era una indiscreción. Pero esto tiene más sentido: ¿te acuerdas de los gitanos que vivían en el patio?

—Claro que me acuerdo. ¿No pensará que fueron ellos?

—Es lo que cree Fernand Rey, y no es tan descabellado. No, después de lo que ha dicho tu abuela. Lo del olor. Esos gitanos se ganan la vida cazando conejos en el bois de Boulogne. Venden la carne y curten la piel con orina. Por eso el patio apestaba tanto.

Las palabras de Bonnet resonaban en la cabeza de Alix al día siguiente. Puede que Fernand Rey tuviera razón; puede que uno de los gitanos se hubiera colado en el piso y hubiese intentado hacer callar a Mémé cuando esta lo sorprendió. Pero no le parecía plausible. Alix había recelado de aquellos refugiados, pero nunca los temió. Por otro lado, recordaba perfectamente que Fernand Rey había ido al piso con su madre la noche del ataque. Fernand no le quitó ojo de encima mientras volvía a colgar los cuadros de su abuelo y Alix tuvo la sensación de que estaba calculando su valor.

Mientras pensaba en Fernand Rey y en sus razones para desviar las sospechas hacia otros, observó a la probadora Marguerite y a la *première* mientras le tomaban las medidas a una clienta nueva. Le estaban sugiriendo el estilo de vestido que combinaría mejor con su silueta y, como a Alix le gustaron sus ideas, no dijo nada. Poco a poco, fue relegando a Fernand Rey de sus pensamientos entre pinzas en la cintura, bolsillos falsos y un cuello caído.

En cuanto la clienta vio a Alix en el umbral de la puerta, sonrió y le dijo que se llamaba Adèle Charboneau.

—Madame Kilpin me habló de usted. Fuimos vecinas en la avenue Foch. Busco un traje rojo arándano que sea precioso. Sé exactamente lo que quiero. —Esbozó una forma con las manos—. Con lazos en los puños y el cuello.

Mientras conversaban, Alix entendió que la clienta le estaba pidiendo una copia exacta de un traje que Chanel acababa de presentar. Le dijo con educación que Modes Lutzman no hacía copias.

—Pero estaremos encantadas de enseñarle nuestras creaciones originales.

De pronto, la mujer rompió a llorar y empezó a contar con frases entrecortadas que su prometido, que trabajaba en el extranjero como funcionario del gobierno, le había mandado el dinero para que se comprara un traje de Chanel y lo vistiera en el barco que debía llevarla junto a él.

—Pero pasé unas vacaciones con mi madre en Deauville y me gasté el dinero con ella. Ha tenido tan pocas alegrías en la vida, la pobre... Fueron nuestras últimas semanas juntas. —Con los ojos inundados de lágrimas, le rogó—: Esperaba que pudiera hacerme una copia para que mi prometido no se enterara. —Dio a Alix una tarjeta de visita en la que aparecía una dirección de la avenue Foch—. No es mi casa. Solo soy un ama de llaves. No podría permitirme un Chanel original ni aunque ahorrara durante diez años.

Alix sintió pena por la mujer, pero se contuvo.

—¿Su prometido notaría la diferencia si le hiciéramos un traje a medida fabuloso?



—¿Le cosería una etiqueta de Chanel?

—De ninguna manera.

Adèle Charboneau se mordió el labio, pero cuando Alix le dijo que pocos hombres reconocerían un traje de Chanel aunque abrazaran a la mujer que lo llevara, se le iluminó el rostro.

—Tiene razón. Hágame uno de los suyos.

Alix no volvió a pensar en mademoiselle Charboneau aquel día ni el siguiente, que era domingo, pero no una jornada de descanso para la joven. Faltaban solo cuatro días para el estreno de su colección de otoño-invierno y la cabeza le hervía. Había diseñado las prendas de la nueva temporada pensando en ella misma y en cuatro maniquís contratadas y eran —¿podía decirlo?— impresionantes. O a Alix se lo parecía.

Los vestidos de noche tenían sobrefaldas de chiffon y volantes bordados. Los trajes, en cambio, eran de una austeridad espartana, mientras que los vestidos de día eran de seda lisa, muy simplificados. Sabía que la gente iría a ver la colección, aunque solo fuera por curiosidad. Había contratado a un publicista conocido por tener una lista de contactos llena de nombres de señoras que gastaban alegremente en alta costura. El agente había mandado invitaciones a las señoras más distinguidas, así como a los responsables de compras de grandes almacenes, propietarios de boutiques y periodistas de moda. Alix había llamado también a una estilista para que le decorara el salón, y el día anterior había recibido doscientos programas que rezaban: 18 DE AGOSTO DE 1938, MODES LUTZMAN PRESENTA...

Las maniquís y la propia Alix desfilarían con las prendas. El vestido estrella de la colección, que llevaría ella en persona, era una pieza de terciopelo dorado con una cinturilla de raso; tejidos luminosos, suaves y flexibles, lo bastante caros y exclusivos para que los vistiera una reina. La falda del vestido, tan voluminosa como todo lo que Javier había producido el verano anterior, estaba decorada con unos pájaros en pleno vuelo. A simple vista, parecían estar tejidos en la tela, pero, de cerca, se veía que el pelo del terciopelo estaba recortado. Alix había dibujado los pájaros con la ayuda de troqueles y luego había recortado el pelo para revelar unas formas rebajadas. Solo ella sabía la de noches en vela que había pasado trabajando en la prenda, estornudando cuando las fibras de seda se le metían en la nariz. Le había puesto nombre al vestido: Ma Fuite. Mi huida.

No todas las ideas le habían salido bien. El vestido número 10, por ejemplo, estaba condenado al fracaso. Alix había comprado un rollo de rayón color café, una tela moderna ideal para vestidos drapeados, y había diseñado un traje de noche ceñido con un escote en V en la espalda. La idea era que unas tiras de flecos de seda cayeran en espiral a lo largo de la prenda, de modo que se movieran con el cuerpo y destacaran la figura. Alix había hecho varias pruebas, dando peso a los flecos de la parte posterior del vestido con cuentas de vidrio para acentuar la base de la espalda. Por detrás quedaba precioso, pero por delante se veía apelotonado. ¿Se había fallado

con el material desde el punto de vista técnico? Javier habría preparado una docena de telas y habría probado el rayón hasta obtener un resultado perfecto. Pero Alix no tenía ni el tiempo ni el personal para ello. Ni tampoco a la buena de madame Frankel. Cuánto echaba de menos su voz tranquila asumiendo el control cuando el taller del modisto se rebelaba: «Funcionará, si lo hacemos así». Madame LeVert, en cambio, veía más problemas que soluciones, así que al final doblaron las distintas piezas del número 10 y las guardaron. Cuando la colección estuviera acabada y Alix se hubiera calmado, lo volvería a intentar.

Mientras echaba una última mirada triste a ese fracaso el lunes por la mañana, Alix vio que una costurera recibía una chaqueta y una falda de color rojo arándano para que las terminara. Si aquello era el traje de Adèle Charboneau, la mujer se sorprendería de la celeridad con que su encargo iba a estar listo. Se fijó en las prendas y observó que se parecían peligrosamente a un original de Chanel. Miró el forro y vio una etiqueta de «CHANEL, PARIS».

—¡Guarda esto en un armario! —gritó Alix a la supervisora del taller—. Que nadie entregue este traje. ¿Quién ha autorizado poner la etiqueta?

—Madame LeVert —contestó la supervisora—. La clienta se la dio y le pidió que se la cosieran al traje. La verdad es que me sorprendió.

Alix fue a buscar a su *première*, pero madame LeVert se había marchado a casa aquejada de un dolor de garganta. Las exigencias de organización de la colección no tardaron en hacer que Alix se olvidara de Adèle Charboneau y del Chanel falso.

La mañana del 18 de agosto Alix se despertó tan nerviosa que le entró un mareo. En el salón, contó las filas de sillas doce veces, pero el resultado siempre era diferente. Luego anduvo entre ellas y las fue poniendo rectas, pese a que ya lo estaban.

Se sentó y se imaginó el acto que daría comienzo en unas horas. Catorce modelos desfilarían a toda velocidad y el público diría que lo habían estafado. Eso si iba alguien a ver la presentación... Después les servirían vino de Alsacia y canapés. Las señoras que quisieran charlarían con las demás y verían a las chicas caminando con las prendas. Alix estaría a disposición de las posibles clientas para hablar con ellas una a una. Era más una fiesta de tarde que una colección, al fin y al cabo. Violette, la recepcionista de Alix, y Rosa tomarían los encargos... si a alguien le gustaban los diseños tanto como para comprarlos.

A mediodía el ambiente era sofocante, tan húmedo que se empañaban las ventanas. Gracias a Dios, no había rastro de la actividad frenética que había caracterizado los desfiles de Javier. Todo estaba planchado, colgado, cepillado, a punto. Tres maniquís en bata esperaban que les dieran la señal de vestirse. El momento de pagar al florista dio a Alix un breve respiro, antes de que volviera a apoderarse de ella el pánico de última hora, la sensación de que lo había hecho todo mal. Las prendas eran un desastre y ella era una fracasada. Rosa le leyó el

pensamiento y dijo:

—Había olvidado lo horroroso que es el pánico escénico. Tranquila, dentro de una hora, estarás riéndote.

La campana de la puerta se oyó tres veces, tres sonidos largos, y ambas se miraron. La señal de Hubert de que la policía iba a hacer una redada.

—Al menos hoy podía estar despierto, el muy zoquete —murmuró Rosa.

—Como se haya quedado dormido en la puñetera silla...

Pero entonces oyó pasos en el piso de abajo, golpes en la puerta, y el corazón le dio un vuelco. Llegaba gente a ver el desfile. Siempre había quien se presentaba pronto para asegurarse un sitio en primera fila.

—Violette, estate preparada —gritó Rosa. Dio un codazo a Alix—. Será mejor que no te vean.

Alix se metió en el despacho, transformado en probador. Lo habían llenado con todos los espejos y mesas disponibles. Con el brillo de las lámparas, las prendas resplandecían en colores inesperados. Alix se abanicó y comprobó que la ventana estuviera abierta. Así era.

Las maniquís, jóvenes profesionales que habían traído su propio maquillaje y ropa interior para desfilan, la miraron expectantes.

—¿Ha llegado el público? —preguntó una de ellas.

—Ya podríamos ponernos los primeros modelos —contestó Alix, e hizo una señal con la cabeza a Marguerite, quien actuaba como *chef de cabine*.

Ojalá Alix hubiera podido hacer que madame Markova apareciera en ese instante, si bien era una señora quizá demasiado voluminosa para aquel espacio tan reducido. Se quitó la bata y estiró el brazo para coger una falda de lana rojiza.

—Uf, ¿por qué habrá que hacer las colecciones de invierno en julio y agosto?

Fue entonces cuando Alix oyó a Rosa hablar: «A ver un momento, ¡esperen!», y se dio cuenta de que lo había dicho en inglés y sonaba nerviosa.

Antes de que Alix pudiera reaccionar, aparecieron tres hombres en la puerta del probador. Las maniquís en ropa interior chillaron. Alix se tapó con la falda.

—Pero ¿esto qué es? ¿Quiénes son ustedes?

—¿Mademoiselle Lutzman?

—Gower, Alix Gower.

—¿Está mademoiselle Lutzman?

Era un hombre de mediana edad, elegante. Tuvo la decencia de mirar al techo mientras preguntaba por la propietaria.

—Soy yo. Yo soy la dueña de Modes Lutzman.

La miró y ambos se reconocieron a la vez. Un año antes, ese hombre había acabado con la carrera de Mabel Godnosc en París. Durante un instante espantoso, Alix creyó que la barriga le jugaría una mala pasada, pero contrajo todos los músculos.

—Mademoiselle, tenemos una orden judicial para registrar el local porque

tenemos indicios de que aquí se fabrican productos falsificados para vender.

—Tonterías. ¡No pueden registrar mi taller! —Los otros dos hombres observaban la habitación con impaciencia y Alix oyó a su yo de cinco años pedir clemencia—: Por favor... Voy a estrenar una colección dentro de cinco minutos. La gente está a punto de llegar. No me hagan esto.

Pero ya lo estaban haciendo. Las chicas se pusieron las batas de prisa y corriendo mientras los hombres empezaron a vaciar las barras donde colgaba la preciada colección de Alix.

Los hombres trajeados eran la avanzadilla. Tras ellos, llegaron otros vestidos con batas blancas que les daban un aire de conservadores de museo. Alix vio cómo metían sus prendas en cajas de madera con ruedecillas. Su colección, su futuro... Estaba en tal estado de shock que apenas oyó a Rosa susurrarle al oído:

—Voy a esconder las llaves de tu armario en la cisterna del inodoro. Si estos desgraciados quieren ver tus cosas privadas, tendrán que mojarse los brazos.

Alix no contestó porque un hombre estaba sacando el Ma Fuite de su percha.

—Es de terciopelo, lo va a estropear —imploró.

Un policía le mandó que se apartara. Cuando oyó que estaban abriendo puertas de armarios en otra parte del edificio, supo que iban camino del taller. Hallarían piezas de alta costura, todas de su propiedad legítima. Ningún copia salvo... Ay, Dios mío. Encontrarían el traje negro de noche de Chanel que había comprado a Mabel Godnosc, y la imitación de Lucien Lelong color caramelo que unos meses atrás le había prestado Una y que le había regalado antes de irse a Inglaterra. Y el abrigo casi Schiaparelli con el cuello bordado. ¿Podían acusarla de falsificación por esas prendas? Se estaba convenciendo a sí misma de que no cuando recordó el traje de color rojo arándano. Un traje con una etiqueta de Chanel cosida en el interior.

Intentó sentarse, pero calculó mal dónde estaba la silla. Una de las chicas corrió a ayudarla y le puso una bata para cubrirla. Vio la cara de asombro de las modelos, cómo la compadecían. Eran buenas chicas, pero esta humillación animaría las horas del té a lo largo y ancho de París. No podrían evitarlo: «No te lo vas a creer, pero...».

La cosa se puso peor. A la una del mediodía, oyó que el grupo de redada descendía las escaleras justo a tiempo para toparse con las exigentes invitadas al desfile que subían. Ni el más calculador de los torturadores podría haber ideado un plan mejor. ¿A quién debía darle las gracias? Quienquiera que fuese, muchos en el mundo de la moda coincidirían en que Alix Gower tenía lo que se merecía.

Unos brazos. Necesitaba unos brazos que la envolvieran. La única persona de carne y huesos que tenía era Rosa, que dejó que Alix llorara sobre su pecho. Luego la llevó aparte para poder anunciar, con su acento más afectado, que lamentaban tener que cancelar el desfile.

Rosa observó a su criada mientras servía el té y, como ya eran casi las cuatro, retiró el precinto y el sello lacrado que protegía el contenido de una lata con estampado de cuadros escoceses.

—Han viajado hasta aquí desde Edimburgo, Escocia, nada menos. Vamos, Toinette, toma uno. Qué suerte tengo de que el franco esté tan devaluado. La renta que cobro de la compañía británica Prudential me permite comprar más galletas de té aquí que en Londres. Gracias a eso puedo permitirme tenerte, querida; si no, imposible.

Llamaron a la puerta.

—Contesta —le mandó Rosa—, pero no estoy, salvo que sea alto, moreno y guapo.

En cuanto se marchó la criada, su rostro perdió la expresión alegre. Todavía le dolía el golpe de haberse quedado sin trabajo en Modes Lutzman en agosto. Se había quedado con Alix siete días y siete noches enteros después de la redada policial. Luego Alix, que no hallaba consuelo y, según sospechaba Rosa, estaba todavía rabiosa por el sobresalto, le había pedido que se marchara. Necesitaba estar sola para pensar. Rosa había esperado una palabra cariñosa por su parte, la invitación a que volviera al trabajo. Ni mu. Ahora ya estaban en el último domingo de octubre y Rosa había dejado de hacerse ilusiones. Había perdido un empleo y a una amiga.

No culpaba a Alix. Después de la redada, había cundido el pánico. La mitad de las costureras se marcharon e infinidad de clientas llamaron para anular los pedidos. Al final, la policía no detuvo a Alix. El abogado que se vio obligada a contratar consideró que no había pruebas suficientes para denunciarla. Sin embargo, Alix perdió tanto dinero que solo habría sido capaz de mantener el negocio a flote si hubiera dejado la plantilla reducida a un esqueleto y hubiese desempeñado ella misma cincuenta tareas.

—Qué asco de mundo —dijo Rosa con un suspiro. Dio un mordisco a la galleta—. Nos tumba, nos mira mientras nos ponemos en pie y nos aplasta de nuevo. —Al oír voces en el recibidor, soltó un juramento que le salió del alma. No quería visitas—. ¿No te he dicho que solo si era alto, moreno y guapo?

Pero justo mientras lo decía Toinette abrió la puerta y entró.

—¡Pero qué ven mis ojos! —exclamó sin dejar de mirar a la persona que tenía delante—. ¿Dónde ha estado y qué diablos le ha ocurrido?

Solo había ido para preguntarle algo, pero Rosa tenía la virtud de hacer hablar a las

piedras. Al cabo de una hora Verrian le había contado más cosas de las que sabía que ocultaba. La guerra (por lo menos la participación de las Brigadas Internacionales) había terminado, según le dijo. Las habían desmantelado. Bueno, saltaba a la vista, de lo contrario él no estaría allí. Oficialmente, todos eran héroes de la democracia.

Después de manifestarse por Barcelona, trescientos o cuatrocientos británicos habían zarpado rumbo a su hogar, pero él había cruzado la frontera con Francia. Le contó a Rosa que nada de todo lo que había visto en su vida de corresponsal de guerra lo había preparado para la realidad de los combates de infantería.

—Se convierte uno en una máquina. Es la única forma de sobrevivir.

Rosa le pidió a Toinette que llenara la tetera más grande que hubiera. Luego le contó a Verrian que tenía cuatro hermanos que habían combatido en la última guerra putrefacta, así que nada la sorprendía. Tras oír eso, Verrian le contó la historia de las mujeres y los niños que los fascistas sacaban a la fuerza de los pueblos para usarlos como escudo humano.

—Liquidados. Y llamaban a los críos a filas para que combatieran del bando del gobierno y luego les disparaban por escapar. Entonces fue cuando caí en la cuenta: los soldados tienen que luchar por algo. No me refiero a la política. Lo que necesita cualquier soldado es la salvación. El amor de su chica.

Rosa empujó la lata de cuadros escoceses para acercársela, y después le ofreció el azucarero, aunque sabía que no tomaba azúcar.

—Confío en que tenga una chica de reserva.

—¿Necesito una de reserva, Rosa? —Miró a su alrededor en busca de algún rastro de Alix, pero solo vio las posesiones de Rosa.

Le llenó la taza hasta el borde.

—Entonces... cuando desapareció tan de repente, ¿fue para luchar contra los fascistas? ¿Por qué tiene que meterse en las guerras de los demás?

—Una deuda de sangre. —Habían hervido demasiado el té, pero a Verrian no le importó. Dudaba que pudiera saciar jamás la sed que sentía—. Causé la muerte de dos personas en España. De mi mujer, María Pilar, y de un amigo, Miguel. No espero que lo comprenda, pero no podía descansar hasta que ofreciera mi sangre a cambio de la de ellos.

—¿Y cómo ha quedado la cosa?

—Estoy vivo, así que supongo que me han perdonado. Rosa, ¿todavía vive aquí Alix?

—No. Se marchó hace siglos. Le he alquilado la habitación a un tipo polaco.

Lo que se temía. Tal vez fuera la intuición del superviviente, pero al echar un vistazo a la ventana de la planta superior que daba a la fachada principal mientras cruzaba la plaza, supo que detrás no estaría Alix.

—¿Dónde está?

—Preferiría no decírselo.

—¿Sigue viviendo Bonnet aquí al lado? Él me lo dirá.

—También se ha ido. No hay quien entienda a ese hombre. Por si le interesa: las cosas cambiaron para Alix cuando usted se marchó.

La palabra «cosas» fue como un redoble de tambores, que llegó a la apoteosis que tanto temía.

—¿Dónde está?

—Ahora estará trabajando en su casa de modas, cortando patrones o desfilando con sus modelitos o achuchando a las costureras. Las pocas que le quedan.

—Ya entiendo. —Aunque no entendía nada—. ¿Hay algún hombre..., alguien a quien yo debería conocer?

—Más o menos. —Rosa encogió los hombros, incómoda—. Se lio con ese tipo cuando usted se marchó. Se lo advertí..., mala gente. Al final lo dejó, pero me han contado que ha vuelto con él. Lo pasó fatal, imagínese, y digamos que perdió el rumbo. Se distanció de todos sus amigos, no dejaba que se le acercase nadie. Salvo él... No... No me lo pregunte.

—Eso es mucho pedir.

Rosa retiró la funda de lana de la tetera y miró el té. Murmuró algo sobre «hacer otro», pero Verrian impidió que se levantase.

—¿Dónde puedo encontrarla?

Le sostuvo la mirada hasta que la mujer cedió.

—De acuerdo. Me caen bien ustedes dos y no veo que haya nada de malo. Pero en fin... Si le pregunta, no le diga que se lo conté yo.

Y entonces se lo contó.

—Despierte, señorita Gower. —Jolyan Ferryman elevó la voz por encima del jaleo de risas y el arrastrar de sillas—. Si sigue mirando con esos ojos vidriosos, alguien llamará a un limpiacristales.

Alix se dio cuenta de que todo el mundo se levantaba para bailar. Serge había despedido a Roistering Rex y había contratado a una melosa banda de seis instrumentos de Nueva Orleans con un trompetista solista que, como él mismo había dicho, era capaz de hacer moverse a un gato con solo mirarlo. La voz infantil de Dulcie L'Amour quedaba tan sofocada por la rotunda sección de viento que la mujer era más un decorado que una cantante. Nadie se daba cuenta. Los clientes iban para bailar swing, iban por el chef que Serge había conseguido reclutar de un restaurante de categoría. Iban porque el Rose Noire era el sitio en el que tenían que verlos una húmeda noche de lunes.

Un camarero le sirvió champán y Alix miró la neblina que subía por la copa. Observó las burbujas saltarinas, notó cómo le entraban por la nariz cuando el brut le tocó el paladar.

Jolyan se pegó a su oído para preguntarle:

—¿Por qué ha vuelto con Serge, señorita Gower?

—Necesitaba contemplar algo que fuera peor que el fracaso —respondió Alix sin pensar.

—A ella no le ha hecho mucha gracia. —Jolyan señaló con la boquilla del cigarrillo en dirección a Dulcie L'Amour, que en ese momento cantaba «Chick, Chick, Chick, Chick, Chicken»—. Su cara era la última que deseaba ver por aquí. Dios mío, si sigue empujando como una gallina, al final pondrá un huevo.

—Serge dice que le gustan las rubias, y que yo soy demasiado morena y flaca.

Jolyan soltó un bufido.

—Eso no significa que no la desee. Corre el rumor de que le hace pasar hambre de afecto.

—No haga caso de los rumores.

—En realidad me lo contó él en persona. Serge confía en mí, mire por dónde. Cuando lo abandonó, me eligió como amigo confidente. Me contó sus penas («sus penas» y él son su tema de conversación favorito) y, como no hablo francés lo bastante rápido para interrumpirle, encontró en mí un público atento. Cuando está disgustado, Serge es una compañía insoportable, así que ¿alguna posibilidad de aflojar un poco las tuercas (como dice él) esta noche?

—No. No, hasta que confiese lo que le hizo a Solange. Necesito que me diga que no le hizo daño.

—Ay, la lógica femenina. Por supuesto, su silencio no puede entenderse como muestra de inocencia, porque por dentro usted ya lo ha condenado.

—Sé que no es inocente.

—Entonces, ¿por qué lleva todas estas semanas esperando una respuesta que ya conoce? —Jolyan puso los ojos en blanco y fingió exasperación—. Deje que la saque de dudas. Los hombres como Serge siempre hacen daño a sus mujeres cuando sienten que pierden el control. Por supuesto que le hizo a daño a como se llame. Y no tardará en ir a por usted.

Alix esperó a que la música se detuviera un momento y luego contestó irritada:

—¿Por qué no va a molestar a Rhona de Charembourg, eh? Es de su séquito, o del de su amante. ¿Por qué tengo que cargar yo con usted?

—Soy los ojos y los oídos de Rhona en sociedad, no soy su acompañante. Llamo con antelación y le reservo las mejores mesas. Compruebo que no le estropean las pieles en el guardarropa, me aseguro de que le devuelven las mismas que dejó. Le pido los taxis, ese tipo de cosas.

—¿Y el conde de Charembourg sabe lo que hace?

—Naturalmente. Le parece bien. Desde hace un tiempo apenas se ausenta de su puesto de trabajo. Ha aceptado el puesto de director de FTM, lo cual implica viajar a Alsacia. Le gusta mantenerse ocupado. Cuando está en casa, prefiere encerrarse a trabajar o a leer en su estudio.

—¿También sabe que se sienta conmigo y me da conversación?

Jolyan la miró divertido.



—¿Le doy conversación? Me siento aquí porque es una buena mesa para fisgar al personal. Además, a madame de Charembourg le gusta que la vigile de cerca. A menudo desayunamos juntos, ella y yo, y la pongo al corriente de todo lo que la he oído decir a usted... Todas las confesiones involuntarias, todos los comentarios sarcásticos. Se regodea ante su ingenuidad, pero dudo mucho que aburra a su marido repitiéndole sus salidas de tono.

—Es usted un zorro. No, peor, una mofeta. Enciéndame un cigarrillo.

—¿De hachís o normal? —preguntó Jolyan mientras abría la pitillera.

—Normal. Qué bien lo hace.

Ferryman se echó a reír.

—*Touché*. Me cae mejor desde que le hicieron la redada. Así le dieron un buen cachete a ese trasero tan petulante que tiene.

—¿Qué sabe usted de ese tema? —contraatacó Alix al instante.

—Poco, la verdad, y me importa aún menos. Ay, mire, Rhona y Maurice se han puesto a bailar. Admítalo: hacen una pareja fabulosa. ¿De qué color diría que es el vestido de madame?

—Barro —gruñó Alix, aunque por dentro se le ocurrió «crema de café».

De todas formas, costaba precisar el color con la luz artificial. Era un vestido ceñido, de fibra sintética, a juzgar por el brillo, y rematado con unos flecos de seda. Cuando Rhona se dio la vuelta en brazos de Ralsberg, Alix pudo verle entera la espalda y se quedó boquiabierto. Era su propio diseño número 10, el que había dejado por imposible. Se puso de pie con dificultad.

—¡Ese es mi vestido! —gritó—. El que no pude... Dios santo. ¿Cómo demonios...?

Jolyan la agarró de la mano.

—Venga, vamos a bailar.

La canción «Tipi Tipi Tin» había sonado por todos los rincones y se había extendido como la pólvora durante el verano. La banda acababa de tocar los primeros acordes. Alix dejó que tirara de ella hasta la pista de baile porque quería ver de cerca de Rhona y la parte posterior del vestido que lucía.

«Tipi Tipi Tin» seguía el ritmo de un tren. Era imposible manejar a Jolyan, que parecía haberse dado cuenta de cuáles eran sus intenciones y la apartaba cada vez más de Rhona y Ralsberg, con una sonrisa maliciosa en los labios. Entonces la banda pasó a tocar una lenta: «Glad Rag Doll». El tempo se hizo más sinuoso y las parejas se movieron como si fueran nata batida. Qué rabia, Rhona y su acompañante abandonaron la pista de baile y se dirigieron a su mesa, en uno de los reservados del club. Alix estuvo a punto de tumbar a Jolyan cuando giró bruscamente hacia un lado para ver por última vez a Rhona. Para su frustración, Maurice Ralsberg colocó la mano en la parte inferior de la espalda de Rhona, y Alix se rindió. Podía ser el modelo número 10. O podía ser perfectamente la creación de otra persona. Como había dicho Javier en una ocasión: «Hay muy pocas cosas en este mundo que sean

originales de verdad».

Y ahora estaba atrapada en los brazos de Jolyan Ferryman, lo que de pronto le recordó a esos sueños en los que te encuentras bailando una canción agarrada con el antiguo profesor de química o con un botones con cara de sapo. Saltaba a la vista que Ferryman opinaba algo parecido, porque le dijo:

—No se me pegue tanto. No me gusta respirar el mismo aire que otra persona.

—A lo mejor es que no le gustan las chicas, Jolyan.

—Usted lo ha dicho, no me gustan las chicas. Me gustan las mujeres. Sus indirectas cobardes sobre mi identidad sexual no han dado en el clavo.

—Le pediré que se acueste conmigo cuando sea tan vieja como Rhona de Charembourg. ¿Va a divorciarse del conde o Ralsberg solo quiere divertirse mientras está en París?

Esperaba que Ferryman se ofendiese, pero respondió sin alterarse:

—Ralsberg está en las nubes. Enamorado del amor. Nadie pierde tanto la chaveta por el amor como un hombre cuya vida se reduce a dinero, dinero y dinero. Es como ver a un aborigen de una tribu entrar en contacto con la viruela europea. Póngase recta. —Le dio un golpecito con el nudillo en la parte de la espalda que le quedaba al descubierto—. Sé que esta es «Glad Rag Doll», la canción de la muñeca de trapo, pero no deje que le venzan las rodillas. Ah... El relevo de Mafeking. Por ahí viene Serge. Él podrá sujetarla.

Serge abrazó a Alix.

—¿Subirás conmigo esta noche? Todavía estoy esperando a que limpies ese cristal azul.

Miró fijamente el fondo de los ojos de Serge y pensó: «Por lo menos con Jolyan se nota que hay una personalidad dentro, aunque sea horrenda. Cuando miro a Serge, contemplo el vacío. Serge no tiene carácter. Es una construcción de mis fantasías y sus mentiras».

—Ya no me gustan las escaleras, Serge. ¿Por qué me dijiste que Solange vivía en Córcega cuando vive en El Havre?

—No sé dónde vive.

—Mentiroso. Fuiste a buscarla y le hiciste daño. Lo sé.

—¿Qué os pasa a las mujeres, eh? Siempre metiendo el dedo en la llaga... ¿Qué te contaba Jolyan Ferryman?

—Que con el tiempo también me harías mucho daño, pero no creo que tengas agallas para hacerlo. Una vez lo intentaste: frenaste de manera tan brusca que me estampé contra el salpicadero del coche, ¿te acuerdas? No había ningún ciervo despistado por la carretera esa noche. Te había pedido que te comportases como un hombre, y por eso te comportaste como un mocososo.

Las pupilas de Serge centellearon a modo de advertencia, pero Alix no le hizo caso. Había vuelto con él porque estaba desesperada, se imaginaba que el mundo estaba plagado de enemigos que la acechaban para matarla. Serge, el alcohol y el

hachís le habían ofrecido un refugio y había vuelto a caer en la trampa. Ahora que tenía de nuevo la cabeza despejada, bastaba con que trepara para salir de esa trampa.

Como si le hubiera leído el pensamiento, Serge la empujó hacia él y le clavó el pulgar en la garganta. Alix se sacudió, pero la presión se movió con ella.

—¡Serge, me haces daño!

No contestó, ni aflojó el pulgar. La banda empezó a tocar otra canción. El líder apoyó la trompeta contra la pierna y cantó como un arrullo: «Vous, qui passez sans me voir». La canción hablaba de un hombre que veía que el amor de su vida pasaba por delante sin molestarse en mirarlo.

La saliva de Serge le salpicó la mejilla.

—¿Crees que no puedo comportarme como un hombre? Sube y te lo demostraré.

—Serge, estoy cansada de tus juegos y tus mentiras.

—¿Qué mentiras?

—Me dijiste que le habías comprado el club a tu primo. No hay ningún primo. Se lo compraste a un italiano que entró en bancarrota. Me lo contó uno de los empleados. —Como la presión que notaba en la garganta había aumentado y era casi insoportable, Alix se permitió hacerle otro reproche, que guardaba desde hacía tiempo—. Y no vienes de una familia de fabricantes de champán. ¿Los viñedos de Épernay? Jolyan cree que te lo has inventado, y yo opino lo mismo. Te delata el acento. Eres de París, no de las orillas del Marne. Me has mentido desde el momento en que nos conocimos.

—¿Por qué dices eso, Alix?

—Me hiciste creer que Solange y tú habíais cortado de mutuo acuerdo, pero en realidad la abandonaste. La habías dejado embarazada...

—Eso dice.

—Y no querías ayudarla. Lo único que se te ocurrió fue hacerle tanto daño que no podrá trabajar más. Le mordiste, como un perro...

Cuando pronunció la palabra «perro», el pulgar se hundió aún más en la garganta. Le apretaba tanto junto a la clavícula que a Alix empezó a nublársele la vista.

—Esta noche te vas a quedar, Alix. Hemos vuelto, ¿no?

—Me marcho después de este baile.

El cantante terminó la triste tonadilla con un «Adieu, bonsoir», pero Serge gritó:

—¡Toquen algo más animado! Que cante Dulcie.

Al cabo de un momento, «I've Found a New Baby» llenó con estruendo la pista de baile. Una canción rápida sobre un nuevo amor, aunque Serge permaneció inmóvil, aprisionando a Alix en un abrazo asfixiante mientras las demás parejas giraban a su alrededor.

—Perderás el conocimiento cuando te aplaste la clavícula —le advirtió—. Te llevaré al piso de arriba y te enseñaré lo que le hice a Solange. —Con un escalofrío que podría haber sido un amago de risa, le dio un beso en la mejilla y se metió la oreja de Alix en la boca—. Sí, muerdo. —Pasó la lengua por la hendidura en la que la

oreja se unía a la cabeza—. Y luego muerdo más fuerte...

Alix gimio cuando notó que la mordisqueaba, pero nadie la oyó por encima de los aplausos que estallaron cuando Dulcie L'Amour se acercó al micro y empezó a cantar: «Everybody look at me...».

—Y muerdo más fuerte, y más fuerte aún... Un tirón y, zas, la arranco. Y entonces es cuando empiezas a gritar de verdad.

Serge movía los labios, como si buscara el mejor sitio en el que hincar el diente.

Presa de la desesperación, Alix miró hacia donde estaba sentado Jolyan. Levantó las cejas para alertarlo en silencio, pero Jolyan malinterpretó la señal y levantó la copa de champán a modo de respuesta. Se puso tensa cuando los dientes de Serge le rodearon la oreja. Le habían hablado de esa faceta de él, ¿o no? Incluso Paul se lo había advertido.

Dulcie describía cómo la amaba su nuevo bomboncito. Unos chillidos alegres ahogaron su voz mientras soltaban una red llena de globos. Rojos y negros, fueron cayendo. Alix pisó uno y lo explotó. Los dientes de Serge empezaban a rasgarle la piel. Se desmayaría en cualquier momento... La cogería en brazos y todo el mundo diría que era todo un caballero, que Alix tenía mucha suerte. Oía los globos estallando a su alrededor, como la avanzadilla del fuego de fusiles. Un hombre caminaba hacia ellos e iba estallando globos a su paso con la llama de un mechero.

Por encima de su cabeza, alguien dijo:

—Este baile me toca a mí, ¿le importa?

La pregunta sonó autoritaria y fue formulada en inglés. La respuesta de Serge fue breve y obscena.

Alix vio el resplandor de una llama, notó un latigazo de calor y luego chilló de dolor cuando Serge la soltó con brusquedad. Serge aullaba como un animal, se apretaba la boca. Un hombre alto con traje de gala bajó la tapa del mechero. Tenía el pelo moreno y muy corto, y el rostro de alguien que ha sufrido los azotes del sol. Ojos azules, intensos. Imposible..., era una alucinación.

El modo en que Serge se retorció no tenía nada de alucinatorio, con los ojos en blanco mientras un ente aterrador parecía apoderarse de él. Alix pensó que su rescatador saldría huyendo.

No lo hizo. Se acercó más y el puñetazo de Serge impactó contra el lateral de la mandíbula. El siguiente puñetazo lo dio él, un golpe certero debajo de las costillas.

Serge Martel se dobló hacia delante. En cuanto se recuperó, un puñetazo desde abajo le tiró la cabeza hacia atrás. Cayó al suelo y se sujetó la nariz, la sangre le manaba entre los dedos. La música cesó en medio de los gritos. Los empleados se acercaron a toda prisa.

—¿Bailamos? —preguntó su salvador—. ¿O nos vamos? Mejor nos vamos, sí.

Le abrió paso a Alix y juntos salieron de la pista de baile, sin prisa, con temple, algo que era buena señal. Las piernas de Alix habían olvidado cómo caminar en línea recta.

—¿Qué ha hecho? —preguntó en un gemido.

—He movido las agujas del reloj para que sea medianoche. Vamos. Tengo un coche en la puerta.

Alix pensó que se refería a un taxi, pero al salir vio un vehículo largo en la acera, con el motor encendido y la capota bajada. Abrió la puerta del copiloto y Alix se desplomó en un asiento de piel suave como un guante. Al instante lo vio sentado a su lado y el coche se alejó con una vibración de barítono.

El hombre alargó la mano para coger una mantita de viaje a cuadros escoceses y se la colocó a Alix sobre las rodillas.

—¿Adónde vamos?

—A la rue Jacob.

La miró de soslayo.

—¿Voy al encuentro de otro rival?

—No se atreva a hacerme preguntas después de cómo me ha tratado, Verrian Haviland. Limítese a conducir.

Alix cambió de opinión antes de que llegaran a la rue Jacob. Mémé estaría durmiendo en el piso, y Bonnet roncando en el estudio de la planta baja. Alix no quería despertar a ninguno de los dos.

—Siga conduciendo.

—¿Hasta que me quede sin gasolina?

Aparcaron cerca del pont Marie y pasaron hasta la île Saint-Louis. Alix todavía llevaba la mantita de cuadros escoceses a modo de chal. Al llegar a la punta de la isla se sentaron entre las sombras de la vegetación, con el Sena a sus pies. El sonido que más se oía era el crujido de las cañas de pescar del muelle y las barcas amarradas que entrechocaban con la marea.

—Me abandonó —lo acusó—. Después de lo que le pasó a Mémé... Me dejó y no sabía dónde buscarlo. —Era su momento. Llevaba dieciocho meses esperando para soltarle ese reproche—. Ya no quiero estar con usted.

—Ahora mismo necesitaba mi ayuda. —La rodeó con el brazo. Alix estaba tan agotada y estupefacta que no se apartó—. ¿Qué demonios ocurría ahí dentro?

—Serge estaba a punto de arrancarme la oreja porque no quería volver con él.

Verrian soltó una retahíla de juramentos.

—¿Volver? Eso significa que ha estado con él. Un hombre famoso incluso en Pigalle por sus arrebatos violentos... ¿En qué sentido ha estado «con él»?

Nunca le había hablado con ese tono de voz, y Alix contraatacó:

—Mire quién habla. Le metió el mechero en la boca.

—No se lo metí. No habría servido de mucho. Se lo pegué a la boca. Y gracias a esa técnica tan repulsiva, aprendida de los mercenarios fascistas, todavía tiene las dos orejas.

Ninguno de los dos añadió nada hasta que Verrian dijo:

—Le di una carta a alguien de confianza para que se la entregase en mano.

—No me dieron ninguna carta —dijo Alix con frialdad—. No creo que la escribiera. —Notó que el brazo de él se tensaba, pero pensó: «Si tenemos que pelearnos, hagámoslo»—. ¿Qué clase de hombre escribe una carta? Viene y va. Está casado y luego no está casado. Miente sobre cómo se llama y de qué familia es. Todos los hombres que conozco hacen lo mismo. Sí, ya sé quién es su padre —espetó. Verrian se volvió hacia ella—. Y no me importa. Puedo escoger a hombres mejores que usted si quiero.

Se zafó del abrazo de Verrian, pero el periodista tiró de ella.

—No he regresado para verme en la cola detrás de Serge Martel.

Percibió su enfado, la incredulidad auténtica. Los celos masculinos eran un

monstruo, empezaba a darse cuenta. Los celos convertían incluso al hombre más sensato en alguien peligroso.

—Si me hace daño, gritaré —le advirtió—. Escaparé nadando por el río. Me da igual si me ahogo.

—Alix, ¿qué ha ocurrido durante mi ausencia?

—He crecido.

Otro silencio, que solo llenaron los pacientes lengüetazos del agua. Esta vez fue Alix quien rompió el silencio.

—Puede contarme dónde desapareció, si le apetece.

—En España —contestó Verrian.

Le contó un poco más, y luego un poco más. Primero lo de Marsella, luego lo de la frontera con España de Perpiñán. La espera interminable en los campos de acogida. Las Brigadas Internacionales, un batallón británico. El uniforme. La instrucción y, por fin, la acción. Alix hundió la cabeza en el hombro de Verrian. Cuando se despertó, el cielo tenía un color lechoso y Verrian le propuso ir a desayunar.

Su ropa de fiesta causó un revuelo en el Laurentin.

—¡Eeeeh, *mon ami!* —exclamó el encargado—. Se marchó tan de repente que pensábamos que había dejado embarazada a la chica.

Se fijó en Alix y silbó. El vestido de noche que llevaba era un diseño propio: una modificación del número 10 (una versión perfeccionada de la prenda con la que había visto a Rhona): terciopelo azul con la espalda al descubierto y la falda hasta los pies.

—Rápido, rápido, pon un mantel, Marie —le gritó Laurentin a su camarera—. Limpia dos sillas.

Pan recién salido del horno, mantequilla, jamón de Auvernia y un paté aparecieron como por arte de magia ante ellos. A eso siguió una jarra de café esmaltada con leche caliente y dos tazas grandes. Alix se quitó unas horquillas de concha del pelo y se dejó sueltos los rizos, que ahora volvía a llevar casi tan largos como tiempo atrás. Justo entonces, Laurentin miró hacia ella. Algo debió de ver en la chica que encendió la llama de un recuerdo, porque gritó:

—¡Oiga, usted vino a preguntar por él, preciosidad! Y me dio un bofetón porque no podía ayudarla a encontrarlo. —Se rio encantado—. Todo olvidado, ¿eh?

Alix miró de reojo por encima del borde de la taza de café y vislumbró al Verrian de siempre. Una muestra de debilidad, una sonrisa.

—¿Fue a buscarme? —le preguntó.

—Quería romper definitivamente con usted.

—¿Romper el qué? No éramos pareja.

—Entonces, ¿por qué me escribió una carta?

Alix alargó la mano para coger el pan, le untó mantequilla en abundancia, hizo unos rollitos con el jamón y lo colocó en equilibrio encima de la rebanada.

—A lo mejor era yo el que quería romper con usted.

—¿Por qué iba a molestar, si estaba a punto de marcharse? Tome... —Le pasó el paté—. Empiece de una vez o me lo voy a comer todo.

Puso una mueca. Marie pasaba justo entonces con una bandeja repleta de *andouillettes* humeantes, una especie de embutido muy sabroso hecho con las vísceras del cerdo y la ternera.

—Hace falta haber trabajado mucho toda la noche para tener ganas de comerse eso a estas horas.

—¿Sabe que la primera conversación que mantuve con usted fue desde esa recepción? —Verrian señaló la rendija que quedaba entre las cortinas—. Fue la telefonista que me atendió. Mi amor telefónico. Me enamoré de su voz.

—Me pidió que me casara con usted. Debería darle vergüenza.

—Incluso entonces, ya supe que no era una chica cualquiera. Tiene un aspecto exquisito, por cierto.

—A Serge le gustaba que pareciera un maniquí.

Se tocó la oreja, y eso le recordó a Solange, al cuello de cisne manchado de sangre... Si Verrian no hubiese llegado cuando lo hizo... Le entraron ganas de abrazarlo muy fuerte, pero le intimidaba tanto que no se atrevió.

—¿Serge fue su amante todo el tiempo que estuve ausente?

Esquivó el golpe.

—La noche que atacaron a Mémé, ¿sabía que iba a marcharse?

—No. Recibí una llamada de madrugada.

Alix asintió. La piel quemada por el sol y las cicatrices nuevas completaron la historia que le había contado hacía un rato. Tenía una cicatriz blanca entre los dedos de la mano izquierda, brillante como la laca en contraste con la piel morena, pero no era una herida de guerra. Era la marca de una navaja en un pasillo oscuro.

—¿Por qué tan de repente?

—Se lo explicaba en la carta: acudí a una llamada de auxilio de una amiga española que había recalado en Marsella.

—Pues podría haber ido y vuelto en el día. —La agonía de la espera volvió a aflorar. Una lágrima se le deslizó por la mejilla—. Pensaba que me había abandonado porque no hacía más que meterme en líos. Es que estaba en un auténtico lío. ¿Le importaba más lo que les ocurriera a sus amigos españoles que lo que me ocurría a mí?

Verrian buscó la mano de Alix y cuando la chica la retiró con frialdad, optó por sacar el tabaco. Descubrió que el paquete estaba vacío, así que lo tiró a la mesa.

—Alix, vive en un país en paz. Tenía a Rosa, a Paul, a Bonnet, al conde de Charembourg... Cuando llegué a Marsella me di cuenta de que tenía que volver a España y coger un rifle, o jamás podría volver a mirarme al espejo y ver a un hombre digno de amor y confianza. Era importante.

—¿Más que yo?



—Más que usted. Combatí durante quince meses. Después tendría que haber regresado a Inglaterra, pero vine aquí. —Esta vez sí la cogió de la mano y la sostuvo —. Por usted.

—¿Y qué me dice de su esposa, la mujer del anillo que llevaba?

—Es historia.

Pagó la cuenta y se levantaron para marcharse. Rechazaron la invitación de Laurentin, quien insistió entusiasmado en que la antigua habitación de Verrian estaba libre, si la quería.

Cuando salieron a la luz del día, Alix se fijó en que el coche de la vibración de barítono era un modelo nuevo de Hispano-Suiza J12 Torpedo en color marrón puro con remates dorados.

—Ese coche no es suyo —lo acusó.

—En realidad, sí. Pedí que me lo fletaran hace un tiempo. Lo aparco en el Hôtel Polonaise, donde mi padre tiene alquiladas unas suites de forma permanente. Me alojo allí. ¿Le gustaría volver al hotel conmigo?

Se sintió tentada. Pensó en un baño caliente, en una cama mullida y absolutamente cautivadora. Sin embargo, Mémé no tardaría en despertarse y preguntaría por ella. Además, tenía que abrir el negocio de Modes Lutzman; a pesar de que estaba destrozado y apenas se mantenía a flote, requería que lo atendiera todos los días. Y a partir de ese momento, quería ser más exigente en cuanto a sus compañeros de cama.

—No —contestó sin dar más explicaciones.

Verrian dejó a Alix en la esquina de la rue Jacob. Le habría gustado acompañarla hasta el edificio, pero la joven no lo había invitado. Era un local grande y desvencijado que debía de costarle mucho esfuerzo de mantener, pensó el periodista.

Mientras Alix daba vueltas a la llave, Verrian echó un vistazo al patio interior. Endureció la mirada al ver a un hombre barbudo fumando junto a un arbusto exuberante. ¿Bonnet... todavía pintaba? Verrian había dedicado muchísimo tiempo a pensar durante los meses en España, en gran parte se había centrado en Bonnet, en su indudable talento y en su afición a los tugurios de apuestas. También había pensado en el conde de Charembourg. El día anterior, Rosa le había entregado una carta que había llegado hacía meses. La había guardado todo ese tiempo, con la esperanza de que Verrian regresase algún día. Ojalá no lo hubiera hecho, pensó el periodista, porque ahora tenía la responsabilidad de transmitir el contenido de la carta.

La misiva exponía un cruel engaño. Desde la suite del Hôtel Polonaise, mientras un empleado le preparaba un baño y le entregaba la brocha de afeitar y el jabón, había llamado por teléfono al puesto de trabajo de Alix y le había propuesto que se reuniera con él a las cinco de la tarde para enseñarle las oficinas del *News Monitor*. Como acababan de despedirse, a Alix le dio mala espina, y su olfato no la engañó. Verrian

sabía que iba a hacerle daño, pero era una decisión ineludible. Como amputar un miembro infectado para salvar una vida.

La recepcionista del *News Monitor* era la chica con la que Alix se había batido en duelo tiempo atrás. Aquel día que estaba conmocionada y además iba mal vestida. Esta vez, con tacones altos, un traje de ánfora y un sombrero increíblemente chic, fue mejor preparada. No obstante, la empleada fijó toda su atención en Verrian. Sin despegar los ojos del escandaloso cardenal que tenía en la mandíbula, aleteó con las pestañas.

—¿En qué puedo ayudarle, caballero?

Verrian la miró a los ojos.

—No la conozco. ¿Es nueva?

—Llevo aquí más de un año.

—Ajá. Bueno, he estado fuera más tiempo... Soy Verrian Haviland y esta es la señorita Gower. Confío en que la señorita Theakston siga trabajando con nosotros, ¿verdad?

—¡Santo Dios, sí! Está en el despacho. ¿Ha dicho que es el señor Haviland? —La recepcionista tardó un poco en establecer la relación—. Lo siento mucho, caballero, no me había dado cuenta...

—Llame a Beryl, por favor. —Verrian indicó a Alix que lo acompañara al ascensor—. Dígale que vamos a verla.

Una vez en el ascensor, Alix susurró:

—Sigo pensando que fue un golpe bajo el no decirme que su padre era lord Calford.

—¿Qué importa eso?

—Sí importa. Me puse en evidencia por no saberlo.

—¿Cuándo fue eso?

—Cuando vine a buscarlo a la redacción.

—¿Vino a buscarme?

—No. Bueno, sí, solo quería comprobar que estaba bien. Cuando se desvaneció, pensé que a lo mejor había tenido un accidente.

El ascensor dio una leve sacudida al llegar a su planta. Verrian giró el pomo de la puerta metálica y dejó pasar primero a Alix.

—Y cuando descubrió que en lugar de ser un chupatintas, como usted creía, era el hijo del jefe, ¿cambió algo?

—Pues claro que sí. Soy republicana.

—¿Ah, sí? —preguntó Verrian con una sonrisa—. ¿Aboliría la riqueza y los privilegios, y también se llevaría por delante las casas de alta costura?

—A lo que me refiero es a que los títulos aristocráticos están... eh... pasados de moda. En Estados Unidos prescinden de ellos.

—Mi título es anecdótico, nunca lo utilizo.

Por los ventanales de un despacho con paredes de cristal, Alix vio a una mujer que se inclinaba sobre un cajón abierto de un mueble archivador. Verrian llamó a la puerta y luego la abrió.

—¿Beryl?

La mujer gritó al verlos y lo que fuera que había sacado del cajón salió volando cuando se apresuró a acercarse a ellos.

—¡Señor Haviland, ha vuelto! ¡No se imagina lo ansiosos que estábamos! ¡Madre mía!, ¿qué le ha pasado en la cara?

—Choqué con el pie que sobresalía de una estatua ecuestre.

—¿De verdad? Su amigo el piloto..., ¿cómo se llamaba?

—¿Ron Phipps?

—Sí, pasó por aquí y dijo que había volado a Le Bourget sin usted porque se había ido a combatir a España. No logramos seguirle el rastro y nos temíamos lo peor. La lista de bajas de guerra fue interminable el verano del treinta y siete. Luego, el hombre que le sustituyó como corresponsal en España dijo que le había visto cerca de Madrid y parecía que estaba entero... Pero eso fue antes de la matanza del verano pasado... Ay, pero ha vuelto, menos mal. ¿Lo sabe el señor Chelsey?

—Todavía no. Dele unos minutos más de despreocupada felicidad. Beryl, le presento a la señorita Alix Gower. —Invitó a Alix a avanzar—. Alix, la señorita Theakston dirige la edición parisina del *Monitor*... Vamos, claro que sí, Beryl, y lo sabe.

Alix se fijó en que la mujer la estaba mirando con lupa para dar un veredicto. También se fijó en el sentimiento de posesión que fue formándose en el pecho abotonado hasta el cuello de la empleada. Sin embargo, la señorita Theakston le dio la mano con cordialidad.

—Beryl —dijo Verrian—, ¿le entregó una carta mi amigo Phipps para la señorita Gower? Porque no la recibió...

—Sí. —La señorita Theakston juntó las cejas—. La entregué al día siguiente, según me indicó. —Se volvió hacia Alix—. Nos encontramos en la puerta de la casa de modas de Javier. Me presenté, le pregunté cómo se llamaba y le di la carta en mano.

—Madame, no la había visto en mi vida.

Verrian se apoyó en el escritorio.

—Beryl, ¿en qué puerta se encontraron? ¿En la principal o en la de reparto?

—¿En qué puerta? —Beryl Theakston rastreó entre los recuerdos—. Eh, la más imponente. No sabía que había una puerta para el reparto. Aunque, claro, es normal que la hubiera. Le aseguro que le entregué la carta, señorita Gower. No la confundiría. —Señaló el conjunto de Alix—. Me maravillan ustedes. Nunca llevan ni un pelo fuera de su sitio.

—Es imposible que Alix llevase un traje similar a este en aquella época. ¿O no?

—Verrian le consultó a Alix.

—No. En aquella época llevaba una bata marrón. Y tampoco entraba ni salía por la puerta principal.

—No lo entiendo.

Alix sí.

—La chica a la que le entregó la carta, madame, ¿era muy alta? ¿Morena como yo?

—Estoy segura de que era usted.

—Iba así...

Alix levantó la nariz al máximo.

—Sí, exacto, así iba.

—*Voilà*. Le dio la carta a Solange Antonin.

—Pero le pregunté si era usted. Y me dijo que sí.

—No me extraña. —Alix se encogió de hombros—. La pobre Solange me aborrecía. Pero, madame, no se apure. Solo es una carta.

Algunas veces la crueldad sentaba bien, pensó Alix para sus adentros. Cuando pronunció las palabras «solo es una carta», Verrian se estremeció como si le hubieran tirado ácido a la cara. Pero en fin... Los hombres mentían, las mujeres tiraban ácido, el mundo seguía girando.

Verrian le dijo a la señorita Theakston que iba a llevar a Alix a la planta superior.

—¿Está en la oficina el viejo Sturridge?

—No, está en una misión.

—Aún mejor —contestó Verrian.

Alix no sabía por qué Verrian le había pedido que fuese a su antiguo puesto de trabajo, ni por qué tenía que llevar una foto de su padre de la época de la guerra. Por eso, observó con sospecha mientras el periodista ajustaba las palometas de un artilugio que parecía sacado de un laboratorio científico.

—Es una lupa —le explicó—. Ponga la fotografía en la bandeja. Así, con la imagen hacia arriba. —Ajustó el visor a la altura de Alix—. Ahora mire por aquí.

Lo hizo y vio a su padre con su anodino uniforme militar. John Gower parecía jovencísimo. Por primera vez, distinguió la insignia de la gorra y la capa.

—Vuelva a decirme en qué regimiento combatió.

No le gustó el tono autoritario de Verrian, así que no contestó.

Él lo hizo en su lugar.

—El Regimiento de Infantería de Londres. Me lo contó en nuestra cafetería, la de los Champs-Élysées.

—Tiene buena memoria.

—Para las cosas que me interesan, sí. Su padre prestó servicio en el mismo batallón que el conde de Charembourg, ¿verdad?

—Tal como lo ha dicho, parece un delito.

—Antes de marcharme de París, le pedí a un amigo de Londres que investigara. Trabaja en el departamento del gobierno que gestiona las pensiones de las viudas de los soldados caídos en la guerra, y me ha escrito para contarme lo que averiguó. El conde sí combatió en el 5.º Batallón del Regimiento de Infantería, conocido como la Brigada de la Ciudad de Londres. Los reclutas eran en su mayoría corredores de bolsa y empleados de banca, cosa que tiene sentido, ya que en esa época el conde trabajaba en el Banque d'Alsace de Threadneedle Street. Sin embargo, su padre no aparece en la lista de esa brigada. —Verrian la apartó para poder escudriñar la foto de John Gower—. Alix, no hay forma suave de decirlo: Jean-Yves de Charembourg y su padre nunca fueron compañeros de armas. Gower se alistó en el RAMC, el Cuerpo Médico del Ejército Real.

—¿Era médico?

—Conductor de ambulancia, de la Unidad de Ambulancias de Campaña. Entró en el cuerpo dos años después de que estallara la guerra, en mil novecientos dieciséis. No he descubierto dónde lo destinaron, pero le aseguro que ascendió hasta cabo médico y resultó herido poco antes del Armisticio, cuando su ambulancia recibió el impacto del fuego de artillería. —Verrian se incorporó—. Tiene motivos de sobra para estar orgullosa de su padre, pero De Charembourg le ha mentado. —La invitó a volver a mirar la foto—. Compruébelo por sí misma: el escudo de la manga de su padre lleva una cruz roja, y luce la insignia del RAMC en la gorra.

Alix estaba llorando, de modo que no valía la pena que volviese a mirar por el visor.

—¿Me está diciendo que mi padre no fue un soldado como Dios manda?

—¿Qué diantres le hace pensar eso? Los encargados de las ambulancias eran tan valientes como cualquiera de los hombres que lucharon en el frente. Alix, no intento ningunear a su padre.

A pesar de todo, era imposible consolar a Alix.

—Ya sé qué intenta hacer. Castigarme por preferir a otros hombres en lugar de a usted.

¿Era un castigo? Quería ayudar a Alix a disipar la niebla de su infancia para que pudiese ver el presente. Deseaba que se liberase del dolor, que fuese libre para concentrarse en él... Así pues, sí, era un acto egoísta. Pero ¿acaso disfrutaba con el proceso? En absoluto.

Ahora debía llegar hasta el final. Cuando Alix se retiró al lavabo de señoras para lavarse la cara, Verrian le pidió a Beryl que le buscara un número de teléfono de París cuanto antes. La secretaria se lo escribió en una tarjeta.

El periodista marcó el número y cuando contestó un joven, anunció:

—Soy Verrian Haviland. Me gustaría hablar con el conde de Charembourg.

Los patrones, diseños, telas y prendas que había requisado la policía de los talleres de la rue Jacob aquel fatídico día de agosto fueron devueltos de manera igual de repentina el 2 de noviembre, el día siguiente de la visita de Alix al *News Monitor*. Llegaron desordenados en cajas, como si hubieran hecho limpieza en una oficina de objetos perdidos. El terciopelo de seda estaba estropeado y Alix lloró al ver Ma Fuite, que tenía quemaduras de cigarrillo en la falda, y luego buscó en vano las piezas de color café sin terminar de montar del vestido número 10. A pesar de todo, recibió con alegría esa confirmación definitiva de que no iban a denunciarla. Una vez más, se había librado gracias a la agilidad mental.

Rosa había sido fiel a su palabra y había tirado la llave del armario personal de Alix en la cisterna del retrete. Invitó a la policía a recuperarla y, mientras los agentes dudaban si hacerlo o no, subió otro tramo de escaleras para llegar al taller y tiró por la ventana el traje rojo arándano de Adèle Charboneau. Mientras registraban todas las estanterías, los cajones y los percheros de los talleres de costura del segundo piso, el traje color arándano esperó, oculto, colgado de una hortensia del patio. Gracias a eso, Alix se había salvado.

Estaba convencida de que había sido justo ese vestido el que había provocado la redada. Madame LeVert se había enternecido al ver las lágrimas de Adèle Charboneau y en privado accedió a confeccionarle un traje «lo más parecido posible a Chanel»; después, la clienta la engatusó para coserle la etiqueta de Chanel, lo que lo convertía en una falsificación. Alix fue a la dirección de la tarjeta de visita de Adèle Charboneau y se enteró de que en el piso de la avenue Foch nunca había vivido nadie con ese nombre. Una clienta falsa, una buena actriz. La pregunta clave era: ¿quién había empujado ese caballo de Troya? Alix albergaba una sospecha cada vez más fundada, pero dudaba que fuese capaz de demostrarlo jamás.

Aunque la redada había ocurrido hacía ya dos meses y medio, el negocio todavía se sujetaba con alfileres. La mayor parte de la clientela que Alix había empezado a crearse con esfuerzo antes del altercado, parisinas acaudaladas a quienes intrigaba esa diseñadora ingeniosa, continuaban mirándola con frialdad a pesar del tiempo transcurrido. La fiel Una aún le enviaba clientas inglesas, y un par de sus antiguas clientas le habían permitido el beneficio de la duda. Los pedidos seguían goteando, pero no con la frecuencia necesaria para saldar las deudas que le había provocado la colección tirada por la borda. Semana tras semana, era una odisea poder pagar a su reducida plantilla. Tendría que renovar el alquiler en navidades, y tampoco le quedaba efectivo para comprar género para la temporada siguiente. Si Gregory Kilpin llegaba a enterarse algún día de lo apurada que era su situación económica, dejaría de

respaldarla. Y para colmo, la había asaltado una nueva aflicción: el pánico a la página en blanco. Debería estar enfrascada en la línea de primavera-verano, que habría que lanzar en febrero de 1939, pero su llama creativa se había apagado.

Un gemido («Aliko, ¿dónde estás?») la devolvió al salón. Mémé estaba sentada junto a la ventana, con una estufa de parafina a una distancia prudencial, y una montaña de labor de ganchillo a los pies. Había aprendido a hacer labores de pequeña, cuando sus dedos todavía eran ágiles.

—No te oía. ¿Me ayudas a ir al aseo?

—Cójase del brazo.

Cruzaron juntas la habitación, mientras el bastón de Mémé marcaba un lento canto fúnebre.

—Esta mañana ibas a comprar terciopelo de seda, pero no me lo has enseñado.

Alix pensó: «Ya ha vuelto al verano pasado».

—Esta vez no habrá terciopelo, Mémé, seda de shantung y ya está. Se la enseñaré cuando llegue el envío.

—¿Cuántos modelos has terminado?

—Ah, veinte.

«Ninguno.»

—¿Desfilas con ellos para que los vea?

Alix no pudo evitar sonreír. La edad había suavizado también la opinión de Mémé sobre la profesión de Alix. Las discusiones acerca de las torturas de la vida de una modista se habían desvanecido de su memoria. Y se había olvidado por completo de la compañía telefónica.

Verrian salió de la oficina al mediodía y se acercó al piso para comer con ellas. Alix paseaba las verduras por el plato y escuchaba a Verrian, que intentaba conversar con Mémé. «Cuánta paciencia tiene —pensó—. No le altera la fragilidad humana. Salvo la mía.»

Cuando Mémé se retiró para echarse la siesta diaria, Verrian comentó:

—No puedes llevar el negocio y cuidar de tu abuela. Necesitas una enfermera interna que te ayude.

—No puedo permitírmelo.

Poco a poco se habían cogido confianza y por fin habían empezado a tutearse. Verrian le lanzó esa mirada pensativa que Alix conocía tan bien. Desde que la había salvado la noche del Rose Noire, apenas la había tocado. Su contención era impecable, pero Alix anhelaba que la cogiese en brazos y se limitara a besarla, como había hecho en el pasado.

—¿Dejarás que te ayude? —le preguntó el periodista.

—No es asunto tuyo, Verrian.

—Tú eres asunto mío, Alix. Acostúmbrate.

Le presentó su solución al día siguiente. Alix estaba en el despacho. Una llamada del señor Pusey, el gestor financiero de Gregory Kilpin que estaba en París para controlar los intereses económicos de su cliente en Francia, había interrumpido una conversación igual de tensa con madame LeVert. En cuanto colgó el teléfono, Alix se pasó la lengua por los dientes, esperando casi descubrir que se le había saltado la capa del esmalte. Pusey había repasado todos los gastos del trimestre, recibo a recibo, incluida la compra de hilo de algodón para hilvanar. Dios mío, si eso era lo que había tenido que soportar Una, no le extrañaba que hubiese intentado encontrar una válvula de escape. En esos momentos, madame LeVert insistía en que la seda sintética que empleaban para forrar la línea de prendas hechas a medida suponía un falso ahorro.

—Porque requiere una aguja más grande, mademoiselle Gower.

—Pues que empleen agujas más grandes.

—Las chicas se acostumbran a un tamaño de aguja y al peso de la tela. Las agujas más grandes resultan torponas y la calidad disminuye. Más veces de las que me gustaría tengo que convencerlas para que descosan los puntos y vuelvan a empezar. Y entonces se arma un revuelo...

Alix repasó la página de la agenda correspondiente a ese día. Unas clientas inglesas a media mañana, de modo que tenía que colocar flores en el salón y cambiarse de ropa. ¿Por qué había dejado marchar a Rosa? ¿Por qué no había despedido en su lugar a madame LeVert? Rosa nunca hubiera sucumbido ante las lágrimas de Adèle Charboneau. Recordó cuando Javier le había dicho: «Una buena *première* es impagable. Cualquiera puede cortar y medir. Pero una *première* excepcional aporta ese ingrediente exquisito: los frutos de sus pasiones. —Y había añadido con picardía—: La pasión por la moda, la pasión por la vida y el amor».

Alix se acercó a la ventana para investigar de dónde procedía ese ruido vibrante que llenaba el patio. El Hispano de Verrian apareció ante su vista. Arrugó la frente cuando vio que abría la puerta del copiloto a una mujer con un abrigo oscuro y un pañuelo en la cabeza. Un niño saltó del coche. Luego Verrian metió el brazo en el coche y sacó una caja plana, como las que se usan para guardar las tartas de frutas confitadas.

—Y otra cosa... —continuó madame LeVert.

—Madame... —Alix se volvió hacia ella—, se llama usted *première* por algo. Por favor, suba y haga valer su autoridad.

Dos cosas llamaron la atención de Alix cuando vio a Pepe Rojas García. En primer lugar, que era un niño increíblemente guapo, con unas pestañas larguísimas que dibujaban sombras alargadas en sus mejillas. En segundo lugar, que llamaba a Verrian «señor» en un tono tan adulto que rompía el corazón. Y sin embargo, su madre, a quien le presentaron a Alix como Celestia García y Rojas, interactuaba con Verrian de un modo que reflejaba una confianza emocional. O algo todavía más profundo.



Alix se preguntó si Verrian había viajado hasta Marsella para rescatar a esta mujer en un acto de caballerosidad desinteresada.

—¿Aquí trabaja? ¿Es modista? —preguntó Celestia en un francés titubeante.

Alix los había invitado a pasar al salón. Pepe no hacía más que correr arriba y abajo por la sala. Desplegaba la energía de un niño que lleva demasiado tiempo encerrado.

—Hasta el día que tenga que pagar el alquiler —dijo Alix con sequedad.

—He traído a la señora García y Rojas porque creo que sería perfecta para cuidar de tu abuela —aclaró Verrian—. El trato podría favoreceros a las dos.

—Ya, claro —contestó Alix.

Verrian arqueó una ceja, con la que parecía preguntar: «¿Por qué otro motivo creías que la había traído?». Le contó cuatro cosas sobre la vida de Celestia en España y sobre los motivos que tenía para huir.

—Ha emigrado para quedarse en Francia, y de momento ha trabajado de ama de llaves. Sin embargo, la señora de la casa ha empezado a quejarse de Pepe. La situación es cada vez más tensa. No te importaría tener a un niño por aquí, ¿verdad?

«No he accedido a quedarme con ninguno de los dos», pensó Alix, resentida.

—Creo que a Mémé la superaría tener un niño en casa.

No le gustaba esa mujer, con su tristeza secreta y su vínculo con la identidad española de Verrian.

—Y, perdona, Verrian, pero ser ama de llaves no capacita a alguien para cuidar de una anciana.

—Perdóname tú, Alix... Es una mujer inteligente, necesita trabajo y yo pagaré la mitad del sueldo. Te sugiero que dejes de buscarle inconvenientes y sonrías. ¿O se te ha olvidado cómo se hace?

—Si tuviera algo por lo que sonreír, supongo que me acordaría.

—Por favor, hablan tan rápido que no los sigo. —Celestia miró a Alix y luego a Verrian—. Si le ofendo, le pido disculpas. Cuidé a mi abuela. Tengo buena mano para las personas mayores. Lo único que pido es que acepte a Pepe.

—No es mucho pedir, ¿no te parece? —comentó Verrian.

Desató el cordel que sellaba la caja de la tarta.

«¿Por qué no me dices a la cara que soy una mala persona? —bufó Alix para sus adentros mientras iba a pedirle a una de las empleadas que preparase el té—. Puede que no sepa leer la expresión de la cara de Celestia, pero madre mía, la de Verrian sí que sé traducirla.» Volvió al salón un rato después con Mémé y se encontró a Verrian sirviendo el té mientras Pepe aguardaba expectante una porción de tarta de manzana y crema.

—*Tarte alsacienne* —dijo Verrian y se levantó para darle la mano a Mémé—. Alix dice que las suyas eran las mejores, pero la de hoy es comprada, solo por esta vez.

Pepe tenía unos modales impecables en la mesa, tal como descubrió Alix. Pasó

los platos a las señoras y les ofreció el azucarero. Luego se colocó junto a Mémé y le observó las manos, claramente fascinado por los nudillos abultados y las articulaciones torcidas. Le preguntó algo en español que contenía la palabra «dedos».

Su madre lo reprendió.

Mémé puso los dedos como garras y bailó con ellos, cosa que hizo reír al niño.

Su madre parecía apurada.

—Lo siento mucho, madame. Le pido disculpas.

—Este dedo fue por leña, este la partió... —contestó muy seria Danielle Lutzman.

Pepe no pudo contener la risita.

—Se la enseñé yo hace muchos años —dijo Alix asombrada—. Era una rima con los dedos de la mano que nos cantaban en la escuela... Se la repetía a mi abuela por las noches.

—Este compró un huevo, este lo frío —continuó Mémé—. Y este, que es el más gordo, ¡se lo comió!

Pepe aplaudió. Incluso Celestia se echó a reír. Se había quitado el pañuelo y había dejado al descubierto unos rizos de color caoba. Alix se quedó anonadada al ver cuánto cambiaba su aspecto. La mujer tendría treinta años, no más, y era muy guapa. Se puso de pie y extendió la mano.

—Los cinco deditos no tenían tres trajes a medio hacer en el taller. Gracias por venir, madame.

Mientras se marchaba, oyó que Celestia decía:

—Es necesario practicar, ¿no? Para amar y reírse como los niños.

Alix se quitó el último vestido con el que había desfilado, lo colgó en el perchero y se quitó las medias. La última de las clientas inglesas (unas señoras de Manchester que le había mandado Una) ya se había marchado. Alix les había mostrado la colección de otoño-invierno, casi una decena de modelos que había salvado del naufragio del verano. Las señoras habían prometido que regresarían después de haber mirado en otras tiendas. Alix gruñó en voz baja. Rosa..., ¿dónde estaba Rosa? Ella era capaz de camelarse a las mujeres más estiradas o nerviosas para que compraran un vestido de cada modelo, porque conseguía que el proceso fuese muy divertido.

Entonces se abrochó los corchetes de la faja y se puso una combinación de color azul pólvora, sin preocuparse de buscar un sujetador. Estaba valorando cuál de los dos vestidos de punto ponerse (el negro o el verde oliva) cuando oyó que la llamaban.

—Estoy aquí —contestó.

Y antes de que tuviera tiempo de añadir «pero espere un momento», la puerta se abrió.

Verrian contempló la seda azul de la combinación, los brazos y las piernas desnudos... Y se quedó petrificado, como si se hubiera topado con una pared de

cristal.

Alix agarró el vestido que tenía más cerca, el negro, y se lo puso contra el cuerpo.

—Pero si ibas a llevar a tu amiga española a casa —lo acusó.

—Y lo he hecho.

—Pues qué rápido. ¿No tenías por costumbre acompañar a las mujeres hasta el rellano mismo? Antes pensabas que no era capaz de abrir la puerta de mi casa sin tu ayuda. ¿O es que la vida en el campo de batalla ha acabado con tus modales?

Verrian avanzó hasta el centro de la habitación, le levantó la barbilla a Alix y la besó con el ansia controlada de un hombre que se ha cansado de esperar. Cuando terminó de besarla, susurró con los labios pegados contra los de ella:

—¿Me provocas a propósito para que te demuestre si tengo modales o no? ¿Es eso? Pues no vuelvas a mirarme con ese dejo de superioridad. —Alargó la mano para coger el vestido de punto verde oliva y se lo lanzó a los brazos abrumados de Alix—. Ya estoy cansado de ver mujeres de negro. Vayamos al despacho a acordar las condiciones de trabajo de Celestia.

—Todavía no he dicho que sí.

—Pero tu abuela sí. Después de que salieras como un cohete, Pepe y ella se pusieron a bailar en el salón. Ya se han hecho inseparables. —Se dirigió a la puerta—. Quiero tener la oportunidad de salir contigo a divertirnos, y por muy bien que me caiga Mémé, no quiero que sea la tercera invitada siempre que vayamos a cenar de restaurante. ¿Podrás tomarte por fin algo de tiempo libre?

Se planteó decirle que no, pero le costaba un esfuerzo tremendo estar siempre a la defensiva. Y ese beso había despertado la impaciencia por enfrentarse a la verdadera razón por la cual mantenía a Verrian a distancia; la repulsión que sentía por la época en que había sido «la gatita de Serge» y por los modales rudos acrecentados por el hachís que había recibido de su parte.

—Puede que sí. Dame unos minutos. Tengo que llamar a un par de proveedores.

Cuando se aproximaban a su despacho, Alix se quedó de piedra. La puerta estaba entreabierta y oyó una voz apagada que gruñía:

—Otros quinientos mil francos. En el mismo sitio, mañana viernes a las seis de la tarde...

Alguien estaba usando su teléfono. Era el único del edificio y nadie lo empleaba sin pedirle permiso antes. Y no era la educada Violette ni madame LeVert. Era una voz de hombre. Un borracho que lanzaba amenazas con la boca pastosa. Alix dio un paso al frente pero Verrian la retuvo; notó su aliento contra la nuca. Y oyeron:

—¿No quiere pagar? Pues entonces le contaré al mundo lo que sé. —Una risa ordinaria hizo estremecer a Alix—. Sí, tiene razón, *monsieur le comte*, el asesinato de Lutzman ya es historia, pero tengo una noticia fresca sobre usted. Le pegó a madame Lutzman en su casa y tengo un testigo. Alguien lo vio. Dejó la puerta abierta. Y luego volvió. Hay un testigo dispuesto a declarar.

Verrian abrazó con fuerza a Alix por detrás para impedir que saliera corriendo.

—Retrocedamos. Sin hacer ruido —le susurró.

La condujo al pasillo que daba a las dependencias de Mémé y de la propia Alix. Allí la abrazó otra vez. El corazón les latía al compás. Al cabo de un minuto o dos, la puerta del piso inferior dio un portazo. Vieron a una silueta con un peto de trabajo que se escabullía junto al coche de Verrian y se apresuraba con zancadas torpes hacia los antiguos establos. No dejaba de soltar juramentos. Verrian tiró de Alix para que entrara en el edificio.

—¿Lo has oído? —farfulló con rabia—. Dios mío... Bonnet. Está...

—... chantajeando al conde de Charembourg.

Intentó liberarse del abrazo.

—Mémé está en el piso. Tengo que ir con ella.

—No corre más peligro ahora que ayer. Pero sí, ve con ella. Intenta actuar con naturalidad. No tardaré en regresar.

—¿Adónde vas?

—A ver al conde. Lo llamé desde la oficina del *News Monitor* el otro día y acordé que nos reuniríamos todos... Incluso su mujer.

—¿Te has vuelto loco?

Verrian encogió los hombros dando a entender que a lo mejor sí.

—Será la oportunidad de oro para que el conde te exponga la razón de sus mentiras. No te quedarás tranquila hasta que hayas oído su versión de la historia. Su esposa tiene que ir porque... Bueno, me pareció que le gustaría que la tuviésemos en cuenta. Me refiero a que seguro que todo este secretismo le habrá afectado a ella también, ¿no te parece? Nos irá bien ventilar un poco el ambiente.

—Será insoportable.

—En realidad, Alix, hay muy pocas cosas insoportables, una vez que nos enfrentamos a ellas. Ve al piso y quédate con Mémé. Voy al boulevard Racan a confirmar que se celebrará la reunión. No tardaré.

Sin embargo, Alix insistió:

—¡No te vayas! Has oído las acusaciones de Bonnet. Esa voz... es la misma que la del hombre que me atacó en la place du Tertre y en Saint-Sulpice. Bonnet... ¡Ay, Verrian! ¡No puede ser!

Verrian la estrechó contra su cuerpo.

—Te acompañaré a ver a tu abuela y me aseguraré de que la puerta se queda bien cerrada.

—¿Pasarás la noche con nosotras?

—No. La pasaré con Bonnet. Si se le ocurre acercarse a las escaleras siquiera, le romperé el pescuezo.

Alix volvió a entrar en el despacho para recoger el bolso y las llaves de casa. Notó un olor muy fuerte, recordaba al de la piel seca de animal.

—Cola de piel de conejo. Siempre compra la más barata. Luego finge que lo que ocurre es que el vendedor le tima.

Verrian se había acercado a ella.

—Bonnet tiene muchas capas. Muy de vez en cuando roza lo sublime, pero en general es muy básico.

*Domingo, 6 de noviembre*

La manga de Alix tenía un tacto tan suave como la piel de cabritilla para los dedos de él, y como se trataba de Alix, no era simplemente un traje de calle en color gris. Tenía unas hebras verdes entretejidas que captaban la luz cada pocos pasos, lo suficiente para despertar la intriga. Y no se limitaba a vestir el traje, estaba enfundada en él. ¿Cómo podía ser atractiva la lana? El sombrero era de color verde esmeralda, inclinado para cubrirle un ojo. Su experiencia con las mujeres le decía que iba vestida para matar. Él tampoco quería correr riesgos. Mientras pasaban por delante de la compañía de teléfonos de la rue du Louvre, se metió la mano en el bolsillo para palpar la navaja, que le había arrebatado a un franquista muerto. Confiaba en no tener que utilizarla, pero prefería ir bien preparado.

En la rue du Sentier, el sol de la tarde bañaba los adoquines.

—¿Sabes qué edificio es? —preguntó Verrian. Habían quedado en el despacho del conde—. Sé que las oficinas están en la planta de arriba y creo que está...

Alix señaló con el dedo.

—Junto al almacén de telas. ¿Con quién más vamos a reunirnos?

—Ten paciencia.

Cuando entraron en las anodinas instalaciones de Fabrication Textile Mulhouse, una mujer salió de una oficina lateral y dijo con voz aliviada:

—Señor Haviland, gracias al cielo. No me importa que me contraten como recepcionista temporal, pero me gusta que por lo menos me den pautas de lo que tengo que hacer. —Se trataba de Beryl Theakston. Al ver la confusión de Alix, aclaró—: El señor Haviland me telefoneó ayer para decirme que necesitaba una presencia imperturbable junto a la puerta.

—¿Somos los primeros, Beryl? —preguntó Verrian.

—Hay una pareja que ya ha subido.

—¿El conde y la condesa?

—Eh, sí. —Beryl Theakston escudriñó la chaqueta de Alix. Se mordió el labio—. Madame de Charembourg lleva un conjunto muy parecido al suyo, señorita Gower. Muy pero que muy parecido.

—Imposible —contestó Alix—. Este diseño es mío, y solo he confeccionado una muestra, y es esta. —Tiró del brazo de Verrian—. No quiero ver a la condesa. Me insulta.

—Sin embargo, el conde sí tiene muchas ganas de verte. Vamos, sube. —Verrian se apartó para que Alix se adelantara. Le dijo en voz baja a Beryl—: Espero a tres

visitas más. Una de las personas puede que dé problemas. Ya sabe, grite si...

Iba a añadir «me necesita», pero un alarido fantasmal del piso de arriba lo obligó a subir de inmediato. Temiendo que hubieran atacado a Alix, entró como una exhalación en la sala de reuniones y se plantó delante de ella, justo a tiempo de oírla amenazar a Rhona de Charembourg con arrancarle el traje por la cabeza.

Entonces se dio cuenta de que Beryl había intentado advertírselo. La condesa de Charembourg iba ataviada exactamente igual que Alix, incluso llevaba un sombrero verde que complementaba su melena rubia. Verrian se dio cuenta de que Alix estaba decidida a materializar su amenaza, de modo que la agarró y maldijo cuando notó patadas en las espinillas. La rabia había hecho aflorar la fuerza primitiva de Alix. De haber llevado una ropa con la que pudiera moverse, habría sido letal. Canalizó la frustración en tirar todo lo que tenía a su alcance: el bolso, un cenicero. El conde, tras recuperarse del aturdimiento que lo había paralizado, se acercó y le puso la mano en la mejilla a Alix.

—Niña, no entiendo lo que veo, pero recibirás las explicaciones que mereces. En cuanto a usted, madame... —se volvió con frialdad a su esposa, que temblaba—, por lo menos quítese el sombrero.

—¡Me robó ese diseño! —gritó Alix—. Era de la colección de otoño-invierno.

Rhona, que saltaba a la vista que temía que Alix volviera a descontrolarse, dijo con una puñalada de desdén:

—Tenías por costumbre robar lo que no era tuyo, Alix Gower. Ahora ya sabes cómo se siente uno. Confieso que no imaginaba que llevaríamos el mismo conjunto. Qué gracioso...

—También me robó un vestido de noche —le recriminó Alix—. Fue la que provocó la redada de la policía. Además, está compinchada con Adèle Charboneau.

—¿Charboneau? —El conde frunció el entrecejo—. ¿No fue alguien que se llamaba así a nuestra casa del boulevard Racan?

Esperó la respuesta de Rhona, y cuando ella se limitó a poner los ojos en blanco con aburrimiento fingido, añadió entre dientes:

—¿No contrataste a una actriz en paro que se apellidaba Charboneau para que escribiera las invitaciones de la boda de Christine?

—Puede ser. No me acuerdo.

—¿Mandaste a la policía al taller de Alix? —insistió el conde.

Ella se limitó a enarcar las cejas.

—No, claro. —El conde volvió a arrugar la frente como si tuviera la verdad a un palmo pero no la viera. Al final le caería en la palma de la mano si hacía la pregunta adecuada—. No puedes ejercer tanta influencia. Pero sí conoces a quien puede... —Entonces cayó en la cuenta de todo—. Maurice Ralsberg: un hombre lo bastante rico para comprar favores donde sea. Pagó una redada por ti y así es como te apropiaste de los diseños de Alix. Yo no diría que es gracioso, sino una falta de principios.

Rhona apartó la mirada y se ruborizó.

El conde se dirigió a Verrian.

—Señor Haviland, me alegro de volver a verlo. Confío en que algún día podamos sentarnos a charlar de hombre a hombre. Sus crónicas desde España se contaban entre las pocas que trataban a los lectores como personas adultas. Cuando me llamó ayer, me prometió que acabaría con mis problemas. Terminaría con el chantaje y el engaño. Cumpla su palabra y estaré en deuda con usted.

—¿Qué puede saber este hombre de tus asuntos, eh? —Rhona había recuperado la voz, pero no la compostura—. Si tiene alguna opinión formada, seguro que será una insolencia.

—Sin duda alguna, pero bueno, ya se sabe, el señor Haviland es periodista —le dio la razón su esposo—. Por favor, siéntate, Rhona. Alix... —le acercó una silla—, tú siéntate a mi lado, aquí.

Verrian pensó que convenía que bajase a comprobar que Beryl estaba bien. Le lanzó una advertencia a Alix con la mirada. «Mantén la calma.» Todavía le subía y le bajaba el pecho como si hubiera corrido los cien metros lisos. El periodista llegó al rellano a tiempo de ver a Beryl abriendo la puerta a Celestia y Danielle, que llevaba su mejor abrigo y un sombrero elegante. La anciana miraba a su alrededor encantada.

—Hacía siglos que no iba a comprar. ¿Qué clase de tienda es esta? —Descubrió a Verrian—. Ah, señor Haviland, ¿qué tal está?

Verrian le indicó a Celestia que regresara al cabo de una hora y le pidió a Beryl que acompañara a madame Lutzman arriba. Notó el primer cosquilleo de duda. No había escapatoria en esa sala de reuniones sin ventanas. Confiaba en no haber arrojado a los conejos con los perros.

Miró el reloj. Las seis menos dos minutos. Salió a la calle y miró en ambas direcciones. Faltaba por llegar una persona. Y por ahí llegó, vestido con su típico mono de pintor, las botas salpicadas de ceniza y el sombrero calado sobre la frente.

Cuando Raphael Bonnet dudó al llegar al umbral de la puerta de Fabrication Textile Mulhouse y estudió la puerta como si esperase encontrar algo allí, Verrian lo empujó para que entrara. Cerró la puerta antes de que el otro hombre supiera qué ocurría.

—Suba sin perder el tiempo, amigo mío. No tiene la menor posibilidad de huir de aquí, así que tal vez le apetezca conservar la dignidad.

Alix se fijó en que Mémé era la que más relajada estaba. Que Mémé pudiera sentarse entre desconocidos sin mostrar rastro alguno de su antigua actitud quejosa demostraba hasta qué punto la habían transformado las lesiones sufridas. Alix, por el contrario, cuando Verrian azuzó a un sudoroso Bonnet para que entrase en la habitación, sintió náuseas.

Verrian empujó a Bonnet para que se sentase en una silla y se quedó plantado contra la puerta. Miró a Alix como diciéndole: «Estoy aquí. No te preocupes». Se

hizo el silencio.

Lo rompió Verrian.

—*Monsieur le comte*, le prometí que le presentaría a su chantajista. Y aquí lo tiene. Dígale lo que desee.

El conde permaneció un buen rato sin decir ni una palabra. Se limitaba a mirar a Bonnet, que estaba sentado al otro lado de la mesa, y entrelazaba y separaba los dedos. Por fin, soltó un suspiro.

—Lo siento mucho. Siento que mi extorsionador haya tenido que ser un hombre de mi propia tierra, a quien conocía y apreciaba. Un artista... Sí, es un duro golpe. Uno espera que los artistas estén por encima de vicios como la extorsión, aunque no sé de dónde sacamos esa conclusión. A lo mejor porque damos por hecho que están más cerca de los ángeles. Raphael... —Metió la mano por debajo de la mesa para buscar un saquito, que deslizó hasta acercárselo el pintor—. Usted confiaba en que llenara este saco con billetes de mil francos. Aunque le aseguré que estaba al límite de mis recursos, volvió a intentar chantajearme una vez más. Como artista, es inspirador. Como chantajista, no tiene ni piedad ni inteligencia. No puedo perdonarle que haya cumplido su amenaza atacando a esta muchacha.

Alargó la mano y apretó la de Alix.

Alix notó el miedo que se colaba por el tejido de lana del jersey de Bonnet. La áspera prenda tenía un cuello alto que podía subirse para tapar parte de la cara, por encima de la boca. Notó esa lana basta contra la cara, contra la nuca mientras su dueño le cortaba el mechón. Buscó con la mirada los ojos de Verrian, necesitaba que le diera seguridad.

Bonnet apartó el saquito.

—No sé a qué se refiere.

—Mi querido compatriota —dijo el conde con actitud afable—, creo que podemos saltarnos la fase de disimulo y negativas. En esta sala empieza a faltar el aire. La primera vez que me llamó a casa fue en marzo de mil novecientos treinta y siete y me amenazó con hacer daño a mis seres queridos. Supuse que se refería a algún miembro de mi familia. ¿Cómo podía saber que se refería a Alix? —Se dirigió a la joven—. Puedo ser culpable de muchas cosas, pero nunca pasé por alto el riesgo que corrías una vez que lo comprendí. Realicé dos pagos sustanciales a este hombre para que te dejara tranquila.

—Esta mañana me han dejado una nota en la puerta en la que me prometían que dejarían algo valioso en la puerta de este edificio —dijo Bonnet, furioso—. Tenía que venir a las seis. —Se volvió enojado hacia Verrian—. ¿La escribió usted? ¿Me ha hecho venir con falsas promesas?

Verrian se encogió de hombros.

—No hice más que insinuar que alguien dejaría una bolsa llena de francos en la puerta. Ha sido su avaricia lo que le ha traído aquí.

El conde siguió hablando mientras Bonnet estallaba en una retahíla de



improperios.

—La triste ironía es que lo admiro, Bonnet. Si me hubiera pedido ayuda, me habría encantado convertirme en su mecenas. En cuanto a sus últimas amenazas de acusarme de ser un canalla violento... —Miró a Mémé, que se entretenía en jugar con un muestrario de seda; parecía totalmente ajena a la tensión que se respiraba en la sala de reuniones—, de ser de los que pegan a las ancianas, esa injuria demuestra una desesperación tan grande que supongo que ya se ha gastado todo el dinero que le di.

Atrapado en la reducida estancia, acorralado por las miradas acusadoras, Bonnet se quitó la careta de manera abrupta.

—Golpeó a madame Lutzman —dijo con voz hundida—. Puedo demostrarlo.

—Mis defectos son abundantes —dijo el conde—, pero atacar a las damas, no es uno de ellos.

—Fernand Rey lo vio entrar en el piso... —respondió Bonnet ante la protesta de Alix con una sonrisa amarga, y después miró a Danielle, que seguía en su mundo—. Me encuentro a Rey muchas veces en la rue Mouffetard. Tiene un puesto, vende carne de caza. Coincidió que fue de visita a Saint-Sulpice la noche que atacaron a madame Lutzman y me ha jurado que le vio subir las escaleras.

El conde asintió, y luego añadió:

—Por la tarde, no por la noche. Hice una breve visita a madame Lutzman, la acompañé al portal y me marché.

—Está dispuesto a testificar que regresó por la noche. Esperó a que ella volviera.

—No es cierto —contestó el conde—. Si cuenta semejante cosa a la policía, incurrirá en falsas acusaciones.

—Fernand siempre nos quitaba las bombillas del rellano.

Todos los demás miraron a Danielle, que dejó en la mesa el muestrario de telas de seda.

—Las ponía cuando venía el casero, y luego se las llevaba para venderlas. También nos robaba el carbón. Fernand Rey no se acercará a la policía ni en sueños. Y esa noche no vio a nadie. Estaba en el piso de su madre llenándose los carrillos de ragout de liebre.

—¡Cómo te vas a acordar, Danielle! —replicó Bonnet con desprecio—. Me contaste que te habías quedado en blanco.

—Te he contado muchas cosas, Raphael. Pero también hay muchas que no te he contado.

—*Monsieur le comte* —dijo Verrian desde el umbral de la puerta—, le aconsejo que empiece por el principio de todo este entuerto. El chantaje es un síntoma. Necesitamos conocer la causa.

—¿Necesitamos?

—Alix tiene que saberlo. Este hombre la atacó. —Verrian señaló a Bonnet con el pulgar.

Alix bajó la mirada a las manos. Cuando había posado desnuda para Bonnet

porque confiaba en él, porque se fiaba de estar en sus manos, él planeaba atacarla. Su querido y pícaro Bonnet era una bestia que —y esa era la parte que más le dolía— había estado a punto de matar a Mémé.

—Contaré mi versión —dijo el conde—, con la condición de que nadie la tome por una «confesión». La confesión es algo entre el Todopoderoso y yo. Para los hombres y las mujeres como yo, me limitaré a dar una explicación. Y sí, empezaré por el principio, lo cual significa dar un salto al siglo pasado.

Rhona habló por primera vez desde que Bonnet había entrado trastabillando en la sala.

—¿Es que vas a sacar nuestros trapos sucios?

—Mis trapos sucios, Rhona. No entraré en los tuyos. Alix... —La miró con total sinceridad—, ya es hora de que conozcas los hechos.

—Corría el año mil ochocientos noventa. Yo tenía nueve años, había vuelto del colegio y estaba bastante al corriente de cómo iban las cosas entre mi padre y mi madre. No eran un matrimonio feliz. Un día, después de una pelea más tensa de lo habitual, vi que mi padre tiraba a mi madre al suelo de un empujón. Yo estaba detrás de la cortina y temía moverme. Mi padre me vio y me dedicó una mirada que decía: «Luego vas tú. Puedo hacerlo si quiero. Tengo derecho». Eso me hizo madurar a marchas forzadas. Sin embargo, por extraño que parezca, cuando tuve edad y altura suficiente para devolverle los golpes y defender a mi madre, mi padre se aseguró de no ponerle nunca la mano encima en mi presencia. Murió poco antes de que yo cumpliera veintiún años. No sentí pena. Por fin, mi madre y yo podríamos vivir sin miedo.

»Saltemos a la Navidad de mil novecientos tres. Se me metió entre ceja y ceja sorprender a mi madre con un retrato de mí, y escogí a un artista del pueblo que empleaba el estilo suelto y moderno que mi padre consideraba degenerado. Elegí a Alfred Lutzman. Esa decisión fue significativa, porque la había tomado yo.

A Alix le dio la impresión de que el conde buscaba agua, pues seguro que debía de estar siempre a mano en esa sala. Verrian los tenía secos. Así iba caldeándose el ambiente.

El conde carraspeó.

—En la última sesión en la que posé para el retrato, conseguí que Alfred Lutzman prometiera que terminaría el cuadro antes de Navidad. Mi intención era colgarlo en el comedor. Allí estaría en Nochebuena cuando nos sentásemos a cenar, para alegría de mi madre. Nuestro símbolo de libertad. Tres días antes, fui a casa del artista, primero en coche hasta que la nieve me impidió continuar, y el resto del camino a pie hasta el barrio judío.

Danielle alzó la mirada.

—Fue a ver a mi esposo.

—Eso es, madame.

—Yo le abrí la puerta. Pensó que era la criada.

—Le pido disculpas, aunque sea tarde.

—Bah, no importa, iba muy desaliñada. Cuando lo vi subir al taller de pintura, confié en que llevase el dinero para pagar el cuadro. No teníamos comida. Debíamos un mes de alquiler y pensé: «Da igual, al fin y al cabo recuperará el dinero cuando le paguemos el alquiler».

—Lo que pasó fue que Alfred Lutzman le recibió con un buen disgusto —intervino Verrian.

—Basta —le recriminó Alix—. No lo sabes todo.

—Pero sé que, igual que Bonnet, Lutzman era incapaz de terminar sus obras —respondió Verrian sin dudar.

—El objetivo no es terminar. —Bonnet miró con desprecio a Verrian—. Hace falta ser artista para comprenderlo.

—Y hace falta ser esposa de un artista para desesperarse por eso —dijo Danielle—. Está muy bien ser artista, como tantas veces te digo, Bonnet. Pero cuando tienes la casa tan fría que se congela la cafetera, cuando tu hija va al colegio aunque nieve sin haber desayunado, entonces, «ser artista» es tan útil como echarse una ventosidad en la carbonera.

Todos se quedaron desencajados al oír ese comentario soez.

—Me dieron un golpe en la cabeza —continuó Danielle—. Ahora digo las cosas que antes solo pensaba.

—¿Se enfadó con Lutzman aquella tarde? —preguntó Verrian al conde.

—Naturalmente. Había saboteado el momento que yo llevaba semanas planificando. Es más, años, porque, ¿lo he dicho ya?, encargarme el retrato fue mi primera decisión adulta de verdad. La barrió de un plumazo y ni siquiera se dio cuenta.

—No, imposible que se diera cuenta —le dio la razón Danielle.

—Parpadeó varias veces con los ojos puestos en mí, como si yo fuera bobo y él no tuviera esperanza en poder iluminarme. Vi cómo se regodeaba y fui incapaz de asimilarlo... Fui a por él.

—¿Lo atacó? —preguntó Alix, asustada.

El conde le dio una palmadita en el brazo.

—Solo verbalmente. Le dije que no se podía confiar en él, que era un charlatán y algo peor. Mucho peor, me da tanta vergüenza que no puedo repetirlo. Se limitó a parpadear. Podría haberme ido en ese momento, pero entonces entró en el estudio madame Lutzman. Llevaba el cubo para el carbón.

—Siempre dejaba que se le apagara la estufa —dijo Mémé con un suspiro—. Luego me echaba la culpa. Delante de mi hijita, Mathilda, me decía que era una mala mujer. Mientras subía las escaleras, oí gritar al conde y supe que mi marido había vuelto a fallar. La rabia me subió desde las plantas de los pies y no recuerdo qué dije.

El conde sí se acordaba.

—Le dijo a Lutzman que tenía miedo de acabar un cuadro porque, si lo hacía, se daría cuenta de que no era más que un copista. Un hombre que absorbía el genio de otros y excretaba un deprimente homenaje.

—¿Eso dije? —Danielle lo miró a los ojos—. Qué cruel.

—Y qué mentira —añadió Bonnet.

Danielle murmuró unas palabras en yiddish y luego añadió:

—Me veía pidiéndoles a nuestros vecinos un mendrugo de pan. ¿Se supone que tenía que cuidar los modales en una situación así? —Se dirigió al conde—. Imagino que me arrodillé para rellenar la estufa de carbón.

—Sí, eso hizo —corroboró—. Sacó las cenizas con la pala.

Danielle movió sus manos agarrotadas como si recordase la secuencia.

—La puerta de la estufa tenía una barra que se ponía y se quitaba para poder abrir cuando la estufa estaba caliente.

—Una barra metálica con un gancho en un extremo. La levantó en el aire, madame —dijo el conde— y aseguró que le daría un golpe en la cabeza con ella a su hija cuando volviese de la escuela para evitarle tener que pasar hambre.

—Un golpe seco en lugar de la agonía del hambre. —Danielle se tocó la sien—. *Vey ist mir*. Le dije a Alfred: «¿Te pones a pintar otro paisaje que no quiere nadie y rompes la promesa que le hiciste a un hombre que recorre un buen trecho con esta nieve para venir a verte?». Y Alfred gritó...

—«¡Baja a la cocina y sigue con tus coles!» Y entonces le dio una patada, señora Lutzman, y usted se golpeó la cara sin querer con el lateral de la estufa.

Alix miró fijamente al conde y luego a su abuela.

—¡Mémé, no!

Danielle Lutzman se tocó la cicatriz blanca que tenía al lado del ojo.

—Y siguió dándole patadas y patadas como un loco que da puntapiés a un perro —dijo el conde en voz baja—. Su abuela intentó huir encorvada, cojeando, y entonces noté que algo se fraguaba dentro de mí. Le arrebaté la barra de la mano y le di un golpe. Alfred cayó hacia delante y se hizo una brecha en la frente contra la estructura de la estufa. Me quedé plantado junto a él y por un momento ya no vi a ese pobre desdichado superado por las circunstancias, sino a mi padre, pegando a mi madre. Cuando me di cuenta de que estaba muerto, el instante se me grabó en el alma.

Alix miró la mano que sostenía la suya.

—¿Lo mató usted?

El conde asintió.

—No paraba de darle patadas en las costillas a su mujer. Iba a destrozarla. Lo golpeé para protegerla. Me condené para ayudarla. —Soltó un suspiro que lo recorrió entero—. Podría haberlo dejado inconsciente. Pero lo maté. Y te falta conocer el final. Mi mujer ya me ha preguntado por qué seguí a Danielle y a su hija a Inglaterra.

Por qué me involucré siempre en su vida y por qué me hice cargo de tu educación, Alix. Por qué mentí incluso acerca del batallón en el que se supone que conocí al señor Gower durante la guerra. Lo hice para justificar esa presencia tan insistente.

—No conviene mentir sobre el regimiento de nadie —dijo Verrian—. Hay demasiadas pruebas.

El conde le dio la razón.

—Alix, conocí a tu madre el día que maté a tu abuelo. Subió corriendo la escalera que daba al estudio, sin imaginarse lo que estaba a punto de ver. No llegué a tiempo de impedir que entrase en la habitación, pero sí impedí que se arrojara sobre él y que pisara su sangre. Fui yo quien le contó que había muerto. Como era lógico, acusaron a Danielle del asesinato, lo cual desvió la atención de mí. A través de manipulaciones y sobornos, mi madre logró que la liberasen. Por esos mismos métodos, mi expediente quedó limpio y no pagué por mis actos. Pero sabía que la pequeña Mathilda no se recuperaría nunca del horror que había sufrido. Por eso, me preocupé por ella igual que más tarde me preocupé por ti.

—¿Vio crecer a mi madre? —preguntó Alix en un susurro.

—Sí. Y si quieres, te contaré todo lo que sé de ella. Te contaré todo lo que hubo entre nosotros.

—Pero ¿no llegó a conocer a mi padre?

—No lo vi ni una vez.

Alix se puso de pie con dificultad.

—Es usted peor que un mentiroso. ¡Ha jugado conmigo! Podría haberme contado todo lo que me importaba saber... No, ahora no quiero sus historias. ¿Cómo voy a saber si dice la verdad?

—Te mentí para protegerte. Como demuestra la reunión de hoy, el conocimiento puede ser peligroso.

—Igual que la ignorancia —contestó sin alterarse Verrian, y nadie replicó.

Alix se acercó a Verrian, quien se irguió como si creyera que la joven iba a pegarle. Percibió que el periodista se estremecía cuando lo abrazó y le apoyó la cabeza en el pecho.

—Supiste ver lo que escondía. Me has hecho venir aquí para que lo escuche de sus labios. No sé si te odio o te amo.

Verrian no parecía tener prisa por resolver ese enigma, ni por romper el abrazo. Al cabo de un rato, dijo:

—*Monsieur le comte*, dígame si me equivoco, pero todas las personas que podrían haber sido testigos de la muerte de Alfred Lutzman han fallecido ya o se encuentran en esta sala, ¿cierto?

—Cierto —confirmó Jean-Yves.

—Entonces, si todos estamos de acuerdo en que el caso queda cerrado, todos podemos salir de aquí como personas libres.

—¿Y por qué tiene que ser libre él? —Alix se separó de Verrian y señaló a

Bonnet—. Ha intentado culpar a los demás, pero sé que me atacó, ¡dos veces!, y que dio a Mémé por muerta. Sé que entró en nuestro piso... Tenía una llave. —Le enseñó los dientes a Bonnet—. ¡Me robó la llave en el café de Madre Richelieu! Creí que había sido un ladrón, pero fue usted, ¡estuvo hurgando en mi bolso!

Bonnet se levantó como un resorte pero Verrian fue más rápido que él y le plantó la navaja en la garganta al pintor.

—Es un parásito, Bonnet, y podría pasarse el resto de su vida en la cárcel recibiendo los golpes de otros parásitos más grandes —le dijo en voz baja—. ¿Eso es lo que quiere, madame? —le preguntó a Danielle, pero al ver que la anciana jugueteaba ausente con los guantes, se lo consultó a Alix.

Alix se imaginó las interminables sesiones de interrogatorios de la policía y testificaciones a los que la someterían si lo denunciaban.

—No. Quiero que se marche de la rue Jacob, que se marche para siempre. No quiero volver a verlo. Pero antes tengo que saber por qué atacó a Mémé. ¿Por qué...? Dígamelo, Bonnet.

Bonnet bajó la mirada y dijo con voz grave y pastosa:

—No tenía intención de hacer daño a nadie. Esa noche fui a Saint-Sulpice, tienes razón, y entré con tu llave. Suponía que las dos estaríais en la cama, durmiendo ya. No esperaba que Danielle llegara a casa tan tarde y se preparara un vaso de leche caliente, ni pensaba que tú estarías en el centro con tu hombre.

Dedicó una mirada a Alix que casi transmitía rencor.

Ella le sostuvo la mirada con la frialdad de una piedra.

—Necesitaba dinero. —Hizo un gesto de impotencia—. Nada más. Necesitaba dinero.

—¡Pero casi me estrangula! Y le abrió la cabeza a Mémé.

—Fue sin querer. A veces las cosas se nos van de las manos.

—¿Entró en nuestra casa para robar? —preguntó Alix—. ¿De verdad fue solo por dinero?

—Me habías dicho que os habían subido el alquiler, así que me imaginé que estaríais ahorrando para pagarlo. Igual que yo, nunca habéis tenido cuenta en el banco. Busqué en la sala de estar, en los dormitorios, en todos los rincones donde la gente guarda el dinero. Vacíé por completo el costurero de Danielle. Incluso descolgué los cuadros. Lo único que encontré fueron algunos céntimos sueltos. ¡Erais más pobres que yo!

—Registró el piso mientras mi abuela se desangraba.

—¡Estaba desesperado! —Bonnet suplicó con las manos—. Todo el dinero que había conseguido se había esfumado en pagar a esos ladrones de los locales de apuestas del Butte. No te imaginas lo que es ser esclavo de la ruleta, deber dinero a todo el mundo...

—No nos lo cuente.

Verrian agarró a Bonnet y lo hizo levantarse para llevarlo hacia la puerta. Alix

pensó que iba a tirar al hombre escaleras abajo. Sin embargo, se controló y le dio la vuelta a Bonnet para que quedase cara a cara con el conde.

—Ahora pídale perdón a este caballero. Prométale que no volverá a chantajearlo ni a decir calumnias de él. Dígalo.

Bonnet murmuró una respuesta. Verrian abrió la puerta y lo echó de un empujón.

—Dos horas para sacarlo todo de la rue Jacob. Espero que no volvamos a verlo nunca.

Verrian dejó la puerta abierta y una ráfaga de aire fresco se coló en la estancia.

El conde esperó a oír el ruido de la puerta de la calle al cerrarse, que indicaba que Bonnet se había marchado.

—Y así queda al descubierto el alma del chantajista. —Y añadió con aprecio mirando a Danielle—: Por última vez, madame: ¿le contó a ese hombre los pormenores de la muerte de su marido?

Danielle le guiñó el ojo a Verrian.

—Ya me lo preguntó otra vez.

—A lo mejor es el momento de contestarle.

Danielle se desplazó dócilmente para quedar frente al conde de Charembourg.

—Sí, se lo conté a Bonnet.

El conde cerró los ojos.

—¿Por qué no me lo dijo antes?

Danielle reflexionó un momento.

—Porque cuando se lo conté, estábamos en un barco que cruzaba el canal de la Mancha. Uf, cuántas olas, el barco daba bandazos de lado a lado. Me mareé tanto que Bonnet me dio licor para que se me arreglara el estómago. Entonces fue cuando se lo conté. Me pasé con la bebida y acabamos en la cama y ya está. Pero no es asunto suyo, ¿no?

—Cuando nos sentamos junto al río la noche que volví a encontrarte, te conté lo que había hecho en España. Ahora me gustaría saber qué hiciste tú en París.

Estaban en la suite Albaricoque, la más grande de las dos suites que lord Calford tenía reservadas en el Polonaise, en una salita decorada como si fuera un jardín de invierno de una casa de campo. Los jarrones de rosas de tono melocotón emanaban su fragancia. Cada uno a un lado de la mesa, Verrian observaba con atención a su acompañante mientras Alix intentaba asimilar lo ocurrido durante las últimas horas. La reunión en la rue du Sentier no había terminado de manera pacífica.

Rhona de Charembourg se había aferrado al brazo a su esposo, aunque no había nada cariñoso en sus garras.

—Ha sido muy esclarecedor, querido maridito —dijo con falsa diversión—, pero sigue en el aire una pregunta. Todos nos morimos de ganas por saber... —señaló con exageración a Alix—... ¿es tu hija?

Alix intentó gritar: «¡No!», pero lo que emitió fue un chillido distorsionado.

—¿Quieres que conteste, Alix? —le preguntó el conde.

Alix negó con la cabeza. No dejaría que el conde reemplazara a John Gower. Nadie reduciría a John Gower a una nota al pie en su vida.

—En ese caso —continuó el conde con voz pausada—, no diré nada.

Rhona mostró su desacuerdo con un gruñido.

—Tanto si lo es como si no, tus atenciones no le han hecho ningún favor. Estudios sin pedigrí... Es la prostituta de Serge Martel.

El conde había apartado de la sala a su mujer. Verrian había salido como un rayo a llamar a dos taxis que llevaran a Mémé y a Celestia, que ya había vuelto, a la rue Jacob y a Beryl Theakston a su casa. Luego pidió otro taxi para Alix y él. No se habían dicho apenas nada desde entonces. Las palabras de Rhona de Charembourg flotaban en la habitación junto a ellos.

—Necesito darme un baño —murmuró Alix.

Verrian se levantó.

—Te diré dónde está.

Alix no había visto nunca una bañera con grifos bañados en oro. Cuando Verrian abrió el grifo del agua caliente, salió un potente chorro humeante.

—Primero tú —le dijo—. A menos que quieras compartir el baño. Todavía estoy esperando que me digas si me odias o me amas.

Alix se escapó al dormitorio adyacente al cuarto de baño. Delante del espejo del tocador, se quitó las horquillas que le sujetaban el sombrero y se cepilló con el juego de peines del hotel. Verrian la observaba. La joven sabía que la deseaba, sabía con



qué intensidad la deseaba, pero sin duda el comentario de Rhona habría minado el respeto que podía sentir por ella. «Prostituta» no era una palabra que pudiera barrerse debajo de la alfombra como si nada. Y menos para un hombre. El año anterior había aprendido mucho sobre la naturaleza masculina.

El deseo masculino tenía la mirada del cazador. Se fijaba en el objeto. Una mujer podía saber hasta qué punto llegaba el ardor por ella fijándose en si la llama parpadeaba o ardía de forma constante. Alix se quitó la americana y luego se sentó en el tocador. Se subió la falda hasta mitad del muslo y se desabrochó la media del ligero.

Sabía que había dejado perplejo a Verrian con su actitud. ¿Por qué lo hacía...? ¿Era un juego, para castigarlo por manipularla? ¿O para demostrar que las terribles palabras de Rhona eran ciertas? ¿O para huir de una conversación que la aterrorizaba... su año con Serge?

Se bajó poco a poco la media, desabrochó el segundo ligero y bajó la otra media, se tomó su tiempo. Notó que el ritmo de la respiración de Verrian cambiaba y lo miró de reojo entre las pestañas caídas. No se había movido del umbral de la puerta. Tomó la mirada de ella como una invitación y se acercó a la silla, le quitó la media de las manos. Se la acercó a la cara.

—Jazmín.

—Siempre me masajeo con aceite de jazmín después del baño.

A Verrian se le escapó un gemido.

—En España, todos los días pensaba en ti. En tu voz. En tus piernas.

Se arrodilló para pasarle los labios por la pantorrilla, por la rodilla, hasta llegar a la tierna carne del muslo.

—Pensar en amarte era mi válvula de escape. Pensar en ti, esperándome en París, sustituía al agua, el sueño, la comida y la razón.

—¿Cómo podías recordar mis piernas? No las habías visto nunca.

—Bueno... —Una anécdota graciosa le vino a la cabeza, aunque no diluyó el deseo. ¿Cómo iba a hacerlo cuando sus labios se movían poco a poco hacia el interior del muslo de Alix?—. De vez en cuando te ponías ropa ceñida en la que se adivinaban las piernas.

Lo único que quería hacer Alix era abrazarse a su cuello, pero la palabra «prostituta» seguía martilleándola. Ante todo, él no debía pensar que era una facilona, de lo contrario, nunca se desprendería del insulto. Alix se incorporó y le dio la espalda.

—Desabróchame los botones de la cinturilla. —Al ver que él no tenía traza, bromeó—: Parece que no has practicado mucho.

—Los botones son muy grandes y no pasan por el ojal.

—No es verdad. Solo van justos porque están diseñados para que no se suelten.

—Pues hacen bien su función.

Cuando hubo terminado, Alix deslizó la falda por las piernas y se quedó solo con

la combinación. Sintió escalofríos cuando los labios de Verrian la rozaron como las alas de una mariposa en la columna y en los omoplatos. Permaneció veinte latidos de pie con la combinación de satén, y se fue acercando a Verrian mientras él le acariciaba la nuca.

—Gracias a Dios volví a encontrarte. Gracias por esperarme.

Fueron precisas todas las partículas de determinación de su cuerpo para que Alix lo apartara y contestara:

—Siento decepcionarte, Verrian. A lo mejor te apetece hacer el amor con el fusil o con tus amigas españolas. Yo voy a darme un baño.

Haciendo oídos sordos a la protesta sentida que se le escapó de los labios a Verrian, se deslizó hasta el cuarto de baño y cerró la puerta con pestillo. Comprobó la temperatura del agua y puntuó su propia actuación del cero al diez. Si su propósito era arrebatarse todo el amor que podía quedar en su vida, entonces un diez.

Estaban a punto de terminar una comida dilatada en un restaurante de la place Pigalle. Alix estaba nerviosa. Habían invitado a Rosa a que los acompañara y le habían dejado elegir el restaurante y, por mala suerte, había escogido el favorito de Serge Martel.

Benditamente ajena a la incomodidad de Alix, Rosa levantó la copa de brandy y le dijo a Alix que tenía mucho mejor aspecto.

—La última vez que te vi, tenías los ojos empañados de darle demasiado a ya sabes qué. —Sin darse cuenta de la expresión gélida del rostro de Verrian, le guiñó un ojo—. Se pasaba la noche de parranda, y luego llegaba oliendo como un harén turco.

—Permita que Alix conserve su dignidad.

Verrian encendió cigarrillos para todos y pidió café. El brillo en los ojos del periodista le transmitió a Alix que era su última oportunidad. Lo dejó patente al decirle:

—Alix, oí que le decías a Celestia que a lo mejor no podías mantener el negocio a flote mucho tiempo más. Es posible que tenga que irme a casa, a Londres, y no quiero dejar a Pepe y a ella en la estacada.

Alix se tragó el humo.

—Tengo intención de abrir hasta Navidad. Luego, ¿quién sabe?

—Huy, no, polluela. —Rosa levantó la boquilla larga para protestar—. Seguro que puedes seguir a flote, ¿no?

—Con la clientela que tengo ahora, no. Si quiero sobrevivir, necesito programar un desfile de primavera-verano que borre todos los recuerdos del desastre del verano pasado, pero no tengo dinero para financiarlo. No se puede estar en el negocio de la moda sin liquidez.

—Yo me apunto, si me quieres.

Alix soltó una bocanada de humo.

—Ya no puedo diseñar, Rosa. Miro la página en blanco y se ríe en mi cara.

—¿Sabes lo que necesitas? Divertirte un poco.

Sin duda, Rosa se refería a «la vida sexual». Alix estaba de acuerdo... Ojalá fuera capaz de superar sus terrores. No se había percatado hasta el momento en que los labios de Verrian le habían rozado el muslo de hasta qué punto la había marcado a fuego la experiencia con Serge Martel. Deseaba a Verrian, pero tenía a Serge grabado en el cerebro. Cuanto más apartaba a Verrian, más la invadía Serge y más tensa se ponía. Los juegos de poder se habían terminado. Tenía miedo y nada más.

Rosa la miró con intensidad a los ojos.

—Necesitas unas vacaciones... Unos cuantos días sin clientes, sin abuela, sin

hilos ni agujas. —Al instante se despidió y les dijo—: Me hace falta un cafecito cargado y una siesta. Y vosotros dos tenéis que hablar.

Lo que ocurría era que ellos dos parecían dos pilares a ambos lados de una fría entrada.

—Verrian, en cualquier momento mirarás el reloj —dijo Alix.

El periodista le quitó el cigarrillo y lo apagó junto con el suyo. Le rozó el labio inferior con un nudillo suave y extendió un cosquilleo acalorado por Alix, que le hizo abrir la boca levemente.

—¿Sabes cuánto me atormenta imaginarte con Martel?

—Pues no lo pienses.

Un brote de rabia.

—¿Cómo lo hago... cuando lo veo en tus ojos en todo momento? ¿Qué era lo que hacía tan bien?

—No empieces.

Un acordeonista se puso a tocar «Vous, qui passez sans me voir» en la acera. Verrian sonrió con amargura.

—«Tú, que pasas sin verme...» Cuéntame la verdad.

«De acuerdo», pensó Alix.

—Lo que ha dicho Rosa sobre mí y el harén en el que estaba medio drogada... — Verrian alzó la vista para mirarla a los ojos—. Era así. Hice cosas que no quería con alguien que no siempre me gustaba. Pero te habías marchado, todo se había ido al traste y vivir así mitigaba la realidad.

—¿No había otro modo..., dar paseos por el campo o algo?

—Estamos en París, no en un colegio para señoritas de Hampshire. A lo mejor no quieres seguir viéndome... ¿Verrian? No desvíes la mirada.

Sin embargo, algo había captado su atención. Los camareros se escabulleron. El umbral de la puerta se llenó con una silueta ancha de hombros. A Alix se le paró el corazón un momento. No, por Dios, él no.

Serge Martel caminó hacia ellos como si tal cosa. Verrian se puso de pie. Alix notó que el ambiente se cargaba y supuso que no era la única que estaba calculando las probabilidades de que Serge sacara una navaja. Algo metálico le brillaba en la mano, ¿verdad?

—Alix —murmuró Serge con aspereza—, he venido a pedirle a este cabrón que te devuelva.

Lucía una cicatriz brillante debajo del labio.

—Alix es libre de marcharse si quiere —contesto Verrian.

Alix interpretó las señales de advertencia. La voz pastosa de Serge, la mirada perdida. Pero ¿las veía también Verrian?

—Ten cuidado —le susurró.

Verrian tenía la ventaja de la altura. Serge tenía unos hombros cuadrados. Y unas nudilleras de metal en el puño que dirigió hacia Verrian. Alix lo vio un segundo antes

de que Serge lo estampara contra las costillas de Verrian. Con tanta fuerza que Verrian se desplomó. Intentó acceder a él pero estaba atrapada por la mesa, que su caída había empujado contra la pared. Lo único que pudo hacer fue tirarle el café a la cara a Serge, quien la agarró del pelo y se lo retorció hasta que Alix temió que le arrancara la cabellera.

—¿Has traído a otro hombre a mi territorio?

El grito de Alix era tan insoportable que al final la soltó. Apartó la mesa de un manotazo para llegar a ella, y dijo con voz extrañamente melosa:

—Si no vuelves conmigo, es hombre muerto... —Levantó la mano de Alix y se metió uno de los dedos en la boca con un movimiento de lo más sugerente... antes del anochecer. Con lo bien que habías aprendido a complacerme, ¿por qué lo estropeas?

—Serge... —Alix no se movió ni un ápice porque Serge tenía su dedo atrapado entre los dientes—, no voy a volver contigo.

Dejó que sacara el dedo de la boca.

—Ay, Alix, Alix. Un momento me miras con ojos de gatita y al momento siguiente estás tan fría como los guantes de la pescadera. Me castigas por haberme ido con Dulcie. Oye, ella no sabe hacer nada de lo que tú haces, y el Rose Noire te echa de menos...

Un ruido sordo lo interrumpió. En la mesa de mármol surgió de la nada una navaja abierta. Verrian se había puesto de pie, tenía un hilillo de sangre en la comisura de los labios.

—Me gustan las peleas justas —dijo entre jadeos de dolor—. Coja la navaja.

Serge se echó a reír.

—¿Qué vas a hacer, leerme las normas del críquet? ¿O freírme con el mechero?

Sonrió a Alix y alargó la mano para coger la navaja.

Mientras los dedos se ceñían sobre el arma blanca, Verrian bajó el codo para inmovilizar el brazo de Serge, que se golpeó el hueso de la risa contra la mesa. Serge se retorció porque lo había pillado desprevenido. Verrian aplastó el antebrazo de Serge hacia abajo, mientras le retorció la muñeca hacia atrás. Alix gritó al oír el brutal crujido. Serge soltó un aullido animal y se desplomó.

Verrian cayó a peso muerto en la silla.

—Qué mal gusto tienes con los hombres —le dijo—. Pide la cuenta. Tengo la cartera en el bolsillo de la americana. Lleva tú el coche.

—No sé conducir.

—Y yo que pensaba que tenías todas las virtudes.

Cuando Alix regresó a la rue Jacob, se sentía como si hubiera corrido sobre ascuas encendidas. Le dolían todos los músculos. Verrian había tenido que cruzar París conduciendo, y Alix se pasó el trayecto temiendo que se desplomara contra el

volante. Su impulso habría sido arrojárselo en sus brazos y llorar sobre su hombro, pero no la dejaba que lo tocara. Una vez que llegaron a la place Vendôme, los empleados del Polonaise se encargaron de todo. Verrián no quiso que ella lo ayudara. Tampoco quería que lo viera el médico. Si necesitaba a una enfermera, le había dicho con dureza, ya llamaría a Celestia.

Alix mandó a la recepcionista de la empresa, Violette, que le preparara un café doble, y consultó la agenda. Que Dios la amparara, las mujeres de Manchester enviadas por Una habían vuelto a pedir hora. Tenía que desfilarse. Dudaba que fuera capaz de caminar en línea recta, y mucho menos de darse la vuelta y posar. Había una carta junto al teléfono, así que la abrió enseguida y sacó una postal con una fotografía de la costa inglesa. El hotel Queen's, en Hastings. ¿Quién demonios estaba de vacaciones en esa época del año...? Miró la firma y soltó un gruñido.

Recuerdos desde la costa, muchachita. Me he escapado para que me dé el aire del mar, donde me reuniré con Paul. Sí, ese Paul. Anda, sé buena, preciosa, y cuida de tus hermanas, ¿quieres? Así podremos pasar unos días juntos.

—¡No! —gritó Alix—. Tiene que ser una broma...

No voy a rebajarme insinuando que me debes una. Si metes la mano en el sobre descubrirás los aspectos prácticos de mi gratitud...

Diez billetes de cinco mil francos.

Quédate el cambio. Yo me quedaré a Paul hasta que el señor Kilpin se presente para aguarlos la fiesta. Nos vemos en febrero para la presentación de la colección. Haz que sea estupenda. La semana pasada llamó un tocánico del Ministerio de la Guerra para plantearle al señor K que convirtiera sus barcos en cargueros de tropas. Se acerca el nubarrón negro. Una fiesta más, y luego todos tendremos que ponernos el chubasquero.

UNA

Alix releyó la postal. Ni una pista acerca de cuándo debía empezar su tarea de niñera.

Las señoras de Manchester (la esposa de un empresario industrial, sus hijas casadas y dos primas del campo) se quejaron de que se les habían resentido los juanetes de

tanto mirar escaparates por la rue de Rivoli y el Faubourg Saint-Honoré. Los precios las habían escandalizado, y por eso habían vuelto a Modes Lutzman.

—Ropa con estilo a precios razonables, nos aseguró la querida señora Kilpin.

La querida señora Kilpin se merecía un tirón de orejas, masculló Alix entre dientes mientras las mujeres le pedían que se diera la vuelta así y asá y le hacían preguntas interminables acerca de sus «modas». ¿Quién cosía para ella? ¿De verdad era eso la última moda? Todas la llamaban «marmasel». Parecía que no les gustase nada de lo que veían.

Alix pensó: «Hoy sería incapaz de venderle una zanahoria a un conejo». Cerraría temprano y se metería en la cama como una diva. Sin embargo, cuando entró con un vestidito negro con unos collares de metal dorado y unas pulseras esclavas, la esperanza de poder tumbarse un rato se esfumó. Unos gritos de «¡Alix, estamos aquí!» le confirmaron que ya sabía lo que tendría que hacer el resto del día. Y el resto del mes.

Paul entró entonces e impidió que sus hermanas se abalanzaran sobre ella agarrándolas por el cinturón del abrigo. Las damas de Manchester hicieron ruiditos de desaprobación y Alix empezó a gesticular histérica mirando a Paul para que se las llevara. O no se dio cuenta o seguía enfadado con ella. Entre el tintineo de la bisutería, Alix se olvidó de las formalidades y abrazó a las niñas.

—Otras dos damiselas que quieren ver la colección —dijo con alegría—. Coged una silla.

Lala y Suzy habían aprendido buenos modales con su tía Gilberte. Hicieron una reverencia para saludar a las clientas inglesas y les dijeron: «Enchantée, madame», una por una. La mandíbula de las mujeres de Manchester se relajó. Esbozaron sonrisas.

—Ay, están para comérselas —dijo una de las señoras.

Paul se sentó en la repisa de la ventana y se encendió un cigarrillo.

—En el salón no se fuma —le dijo Alix.

—No nos importa —dijo con una risita nerviosa una de las primas del pueblo—. Nos gusta que un hombre se comporte como un hombre.

Así pues, Paul, que llevaba un jersey negro de canalé que le acariciaba los músculos, observó el desfile en una taciturna neblina de humo. Alix siguió posando mientras pensaba: «Tengo que cambiarle el nombre a esto. No puedo llamarlo desfile si solo hay una persona».

Regresó con un vestido de noche y se encontró a Verrian sentado en el brazo de un sofá. Pálido, pero sin duda bastante recuperado y desenvuelto. Las señoras se reían de algo que acababa de decir y, pensó Alix enfurruñada, eso que se suponía que se estaba muriendo.

—Bueno, querida —comentó con voz rotunda la esposa del industrial cuando Alix presentó el último modelo—, este vestido tan mono no es Chanel auténtico, pero se le parece mucho y cuesta ocho mil francos. —Contó con los dedos—. Eso son

unas cuarenta libras. Pero ¿pensará la gente que es de Chanel? Ahí está el dilema.

—Preferiría que la gente pensara que es un auténtico Lutzman —masculló Alix apretando los dientes.

Miró a los ojos a Verrian y creyó ver una diversión sarcástica en ellos, lo cual, junto con su mera presencia, era muy buena señal.

—Celestia es extraordinaria.

Verrian giró el volante del Hispano para tomar el boulevard Saint-Germain. Aceleró para conseguir entrar en el río de tráfico nocturno.

—Es un regalo del cielo —coincidió Alix y le sonrió con cautela—. Tenías razón, lo reconozco.

Ese día había cerrado antes la empresa, para celebrarlo. Después del desfile del día anterior, había recibido dieciocho pedidos de las señoras de Manchester, que habían pagado el cincuenta por ciento a toca teja. Por eso, aliviada de comprobar que su período de sequía se terminaba, no solo estaba dispuesta a ver con buenos ojos a Celestia, sino que había permitido que Verrian se la llevara por ahí esa noche, solos los dos.

—Podría haberse negado a tener que cuidar de dos niñas más y con tan poca antelación, además de tener que encargarse de Mémé. Pero parecía encantada. Confío en que se porten bien.

—En realidad, no sé si me importa... —Verrian frenó para dejar espacio a un taxi que acababa de cruzarse por delante de su coche—. Ahora que por fin te tengo para mí. Pero ha sido muy buena idea llevar a los niños al estudio de Bon... de abajo y ponerlos a pintar. Van a montar un estropicio, seguro, pero es ideal para romper el hielo. Ay, mira, ahí es donde coqueteaste conmigo la primera vez. —La sonrisa que le dedicó a Alix era una invitación explícita—. ¿Podríamos continuar donde lo dejamos? ¿Qué te parece? ¿Y pasar del coqueteo a la seducción?

Alix miró al lugar que señalaba Verrian y vio el café Deux Magots, iluminado como si hubiera una fiesta.

—Celestia echa de menos una familia —comentó para enmascarar el arrebato de pánico que habían provocado las palabras de Verrian—, y a Pepe le conviene jugar con otros niños. Le pagaré un extra —lanzó—. Una me mandó dinero. De hecho, hay tanto que me permitirá planificar la colección de primavera-verano.

La respuesta de Verrian fue fría.

—Deberías devolverle el dinero. Mientras Una Kilpin maneje los hilos de tu vida, no serás libre. Bueno, dejémoslo. Además, ¿qué sentido tiene prolongar el negocio? Me contaste que cada vez que intentas hacer un diseño, te quedas en blanco.

—Hace un momento querías seducirme y ahora me atacas. Se supone que estamos de celebración.

—La fiesta no empezará hasta que hayamos cruzado el río. A lo que me refiero



es...

—Ya sé a qué te refieres, Verrian. Por favor, sigue conduciendo.

Verrian había reservado mesa en el restaurante del Polonaise a las ocho.

—Es decir, nos queda una hora para cambiarnos —le dijo a Alix mientras le sujetaba la puerta de la suite Lila—. No te quedes dormida en la bañera.

Iban a pasar allí la noche. Una suite para cada uno, a fin de no sentirse obligados a estar juntos, aunque había una puerta que las comunicaba. La espada de Damocles de «la última oportunidad» todavía pendía sobre la cabeza de Alix. Si esa noche aceptaba los favores de un nuevo amante, tenía que ser sin la máscara de los estimulantes ni de la música. Y si no podía... Bueno, no habría nada que hacer. No podría nunca.

Después de darse un baño, Alix se secó y se hidrató la piel con aceite de jazmín. Se había llevado la fragancia Eirène de Javier, un perfume que el modisto había creado para complementar al vestido Oro, inspirado en el tema de la paz de la Exposición Universal, y le había regalado un frasco a Alix unos días antes de despedirla. Desenroscó la tapa y sacó un delgado palito dorado que servía para aplicar la fragancia. Coco Chanel decía que las chicas tenían que ponerse gotas de perfume en las partes en las que querían que las besaran. Alix se dio unos toquecitos en las muñecas, detrás de las orejas, en el hueco de la garganta.

Hasta ahí, todo muy casto. Se miró a los ojos en el espejo y se preguntó con sinceridad qué quería: se pasó el aplicador entre los senos y por el estómago. Luego pensó: «Si no me visto de una vez, pensaré que me he quedado dormida».

Al entrar en la suite, se encontró a Verrian en la puerta que unía ambas habitaciones.

Ambos se quedaron petrificados. Alix lucía un vestido de noche de seda de color cereza, resbaladizo como la piel de una serpiente, con una sobrefalda de chiffon cosida con puntadas invisibles. Dejaba un hombro al descubierto y el chiffon ondeaba con la menor corriente de aire. La prenda no admitía visos ni fajas, así que llevaba poco más que el vestido, aparte de una estola de gasa negra que le colgaba de la mano.

Él llevaba el uniforme típico de los de su clase. Corbata negra, esmoquin, el único toque de color eran los gemelos de topacio engarzados en oro. Fue el primero en recuperarse.

—He puesto a enfriar el Bollinger.

En la chimenea de mármol del salón de su suite crepitaba el fuego. Se quedaron plantados delante del hogar y Verrian sirvió el champán. Alix aceptó una copa y tocó el borde. Esas burbujas siempre le daban valentía. Mientras se bañaba, había decidido que dejaría de hacerse la penitente. Él también tenía explicaciones que dar. Esa noche

le preguntaría una vez más por la alianza de bodas que había desaparecido.

Verrian le puso la mano en el hombro desnudo y le dio la oportunidad de apartarse si lo deseaba. Al ver que no lo hacía, acercó los labios a los suyos. Un roce nada más. Alix se abalanzó sobre él.

Unos golpecitos en la puerta, un camarero que le informó a monsieur de que ya tenía la mesa preparada en el restaurante. Verrian dejó las copas en la repisa de la chimenea, recogió la estola de Alix y se la puso sobre los hombros.

—Es el mejor restaurante de París, o casi. Pocos lugares conseguirían apartarme de ti ahora mismo.

Era un restaurante fabuloso, la mejor comida, el mejor servicio y un entorno precioso que Alix no había visto jamás. Y tenía una clientela tan tradicional que su juventud y su vestido atrajeron las miradas. Su acompañante sin duda merecía también que lo admiraran.

Tal vez fuera la iluminación perlada, pero Verrian parecía haberse sacudido la fatiga con la que había vuelto de la guerra. También se había recuperado del ataque de Serge. La magia de París, pensó Alix mientras alargaba la mano para coger la copa. Ya había bebido vino blanco con el aperitivo y con el filete de lenguado. Ahora bebía tinto con un guiso de urogallo con patatas *à la hollandaise*.

—Emborráchate si quieres —le dijo Verrian—, pero no te sientas obligada. No te espera ninguna odisea.

—Sí que es una odisea. Después de lo que dijo la condesa, no sé, comprendería...

El camarero les rellenó las copas. Cuando se alejó de la mesa, Alix había perdido el hilo.

Verrian apoyó las manos en las suyas.

—Ningún hombre se toma con filosofía la imagen de su chica con otro hombre, pero sé lo que ocurre en las malas rachas. Reconozco que existe la necesidad de buscar consuelo.

—Yo no lo busqué, y no fue un consuelo, sino una forma de locura. Si ya no quieres estar conmigo, preferiría saberlo.

«En realidad no», pensó Alix.

Al principio él no contestó y, cuando por fin lo hizo, su voz parecía distante.

—Nada duele más que la muerte del amor.

Alix bajó la mirada al plato.

—Te entiendo.

—Dudo mucho que me entiendas. Cuando me marché de Inglaterra en el treinta y cinco, estaba comprometido con la hija de un vecino. Quería a Moira, pero cuando le conté que me disponía a ir al norte de África a cubrir lo que parecía un conflicto breve, mostró una cara de su personalidad que no había visto nunca. Su actitud fue: «Al diablo los extranjeros que se mueren». Quería pasar la temporada de verano

exhibiéndome por las fiestas privadas y los bailes de cazadores, alardeando del anillo de compromiso. Cuando me marché, empezó a verse con mi hermano. La muerte del amor.

—Seguro que no te amaba.

—Lo que importa es que mi amor por ella murió.

Alix untó un pedazo de patata en la salsa y se lo llevó a la boca, porque a pesar de los disgustos emocionales, tenía que comer. La filosofía de Mémé.

—En España conocí a una chica, María Pilar, y comprendí lo que era el amor de verdad. No es una mera atracción física, ni «hacer lo que se espera que hagas». Ni siquiera tiene que ver con calcular cuánto tienes para vivir y dónde puedes montar tu casa. No es darse besos furtivos en un taxi, por mucho que me guste darlos. —Sonrió y volvió a atraparla en su red—. Es encontrar a alguien que encaja contigo y dentro de ti, por quien estarías dispuesto a morir porque tu deseo de que esa persona exista supera el deseo de que tu vida siga. Ese tipo de amor implica independencia. Da fuerza a los dos, siempre que sea mutuo.

El gemelo de topacio destelló cuando Verrian movió la mano para beber y la acercó a la llama de la vela. El fantasma del anillo de bodas se había esfumado, y ahora tenía el moreno de la piel uniforme.

—¿Dejaste de amar a María Pilar? —preguntó Alix, aunque temía la respuesta.

Si ese amor podía morir, cualquier amor podía hacerlo. Algunos hombres eran incapaces de aferrarse al amor. Provocaban dolor y lágrimas toda su vida.

—Fue ella la que dejó de amarme.

Alix lo miró con fijeza.

—¿Por qué?

—Porque... —Verrian se inclinó hacia delante y la penetró con la mirada—... Aunque fui tan imprudente que no me di cuenta, su fe en Dios dominaba toda su vida, le daba aliento vital. María Pilar creyó que podría convertirme, y al ver que era imposible, empezó a mirarme con desesperación. Después con prejuicio y, al final, con desprecio.

—¿Cuánto tiempo estuvisteis casados?

—Unos dos meses.

—¿Dónde está ahora?

—Está muerta, Alix. Murió en el campo de batalla.

—¿Era enfermera?

—Conductora. Mi conductora oficial. Una bomba impactó contra el coche un día que me había llevado al frente. Yo había visto un tanque italiano en una zanja. Habían matado a los soldados y quería hacerles fotos. En esa época, la prensa británica se negaba a reconocer la presencia de tropas italianas y alemanas en la contienda de España. Le dije a María Pilar que avanzara unos metros más y se diera la vuelta. No quería que viera a todos esos jóvenes muertos... Ridículo. Ella había visto más muerte que yo. Hice las fotos; el segundo siguiente una detonación me tiró a la zanja.

Salí arrastrándome y vi una hoguera donde tendría que haber visto el coche. No podía acercarme, pero nunca me he perdonado el no haber estado en el coche con ella. Tal vez hubiera conseguido sacarla.

«O lo más probable es que hubieras muerto con ella.» Alix levantó la mano y la apoyó en la mejilla.

—Siento mucho haberte insistido para que me lo contaras, Verrian. ¿Dónde está enterrada?

—En una fosa común, con otros soldados.

Los camareros les retiraron los platos. Verrian pidió un postre helado para los dos, pero ninguno se lo terminó. Cuando se disponían a marcharse, comentó:

—No creo que convenga pedir una botella de brandy para la habitación, pero ¿quieres que pida que nos suban el café?

En el ascensor no hablaron. Al llegar a la suite de Verrian, Alix se bebió el café a toda prisa, porque pensara lo que pensase él, los siguientes minutos sí iban a ser una odisea. La valentía del alcohol no había surtido efecto. La visión de «la Muerte del Amor» la aterrorizaba. ¿Y si Verrian se decepcionaba al ver su cuerpo, o si resultaba ser como Serge, bruto y egoísta? Cuando Verrian se soltó la corbata y dijo:

—Alix, ¿me dejarás por fin que te haga el amor?

Alix transformó sus miedos en la siguiente respuesta:

—No... Estoy agotada. Buenas noches.

Y huyó.

Se metió en el cuarto de baño de su suite y se desnudó, se aseó y se lavó los dientes. Se miró en el espejo que había encima del lavabo y musitó: «¿Acabo de matar al amor?». La muerte solía ser algo de lo que era imposible recuperarse. A menos —se mordió el labio— que se hiciera un esfuerzo extra por salvarlo. Volvió a ponerse unas gotas de perfume. Ya en el dormitorio, se puso un camisón de seda azul celeste que había colgado en el respaldo de una silla. La prenda olía a aceite de rosas por los copos de jabón con los que la había lavado. Inspiró el aroma y se deslizó dentro.

La puerta del cuarto de baño de la suite de Verrian estaba entreabierta, y la luz cortaba como una lanza las sábanas de satén. Alix se quedó entre una habitación y otra, preparada para salir corriendo. Oyó que cerraba el grifo y la luz del baño se apagó. ¿Quedarse o huir? Si se escabullía, Verrian no sabría que había estado allí, pues acababa de apagar la única luz que quedaba encendida. Entonces apareció una silueta masculina y una bocanada de fragancia inundó la habitación.

Alix no podía creer que Verrian no oyese los latidos desbocados de su corazón. Ajeno a todo, el periodista apoyó una rodilla en la cama y encendió la lamparita de noche. Volvió a la vida con la luz repentina; piel de bronce, pelo húmedo que se le

rizaba detrás de las orejas. Llevaba uno de los albornoces de rizo blancos que proporcionaba el hotel. Lo llevaba medio suelto, y el pecho salpicado de vello y los músculos fuertes captaron la mirada de Alix. Respondió a la fuerza involuntaria del cuerpo que veía y se llevó la mano al estómago, donde notaba la sensación con más intensidad. Se tocó la seda, tan sensual, y se preguntó por qué había negado ese placer a ambos durante tanto tiempo. Verrian debió de percibir el movimiento de Alix con el rabillo del ojo, porque exclamó:

—¡Dios mío!

Se bajó de la cama y se quedó plantado en medio de la habitación con los brazos cruzados. Alix esperaba ver la sonrisa pícara, los brazos abiertos.

—Si lo que quieres es divertirme comprobando lo loco que estoy por ti, ya puedes marcharte.

—Yo... solo quería darte las buenas noches.

—Buenas noches.

Alix percibió la rabia contenida y supo que debía marcharse ya si aún le quedaba un ápice de decencia. Pero al verlo con el albornoz y ese cuerpo de dios del Olimpo se quedó prendada.

Verrian recorrió el espacio que los separaba y la agarró por la cintura. Apretujó el camisón que se había puesto.

—Y supongo que te has puesto lo primero que has pillado, ¿no?

Desplazó la mano para explorar su figura, encontró un pecho, siguió hasta la cintura, le acarició la cadera y las nalgas, la curva del muslo y por fin invadió la costura de encaje de la ropa interior y encontró un montículo de vello entre los muslos. Y lo hizo sin dejar de besarla en ningún momento, con una pasión rotunda que dejó a Alix sin aliento. Notó cómo se iba poniendo duro contra su cuerpo y supo que lo había malinterpretado. Era un hombre con muchas capas, pero un hombre al fin y al cabo, y Alix había jugado con él y lo había rechazado y atraído de nuevo en demasiadas ocasiones. Aplicando lo que había aprendido con Serge, que solo pensaba en sí mismo, había utilizado su propio cuerpo para castigar a Verrian. Había castigado al hombre equivocado...

Se dejó caer en sus brazos y él la recogió. Al cabo de un segundo se vio inmersa en un mar de satén.

—No me hagas daño —le suplicó. El día anterior le había visto partirle la muñeca a un hombre como si fuera una rama—. Puedo hacerlo..., te amo. Pero no me hagas daño.

Verrian rodó por la cama y la arrastró consigo para que quedara encima de él.

—Puedes tomar de mí todo lo que quieras, todo lo que tengo, salvo las últimas pizcas de orgullo —le susurró enterrado en su cuello—. ¿Hacerte daño? ¿Por qué iba a hacer daño a lo que más quiero, a la cosa más preciada y más hermosa que tengo? No te apresures, es lo único que te pido.

—No lo haré —contestó ella, melosa—. Pero no me agarres de la cabeza como un

dentista cuando va a sacar una muela.

Él contestó con una carcajada, que se mezcló con un gemido.

—Confío en ti.

—Sí. Déjate llevar.

Alerta por si advertía alguna muestra de sorpresa o repulsión, Alix se arrodilló junto a él y le apartó el albornoz. Le besó el cuello y desde allí fue descendiendo. Adoraba la textura de la piel y el vello de Verrian, el leve sabor a jabón, a piel. Descubrió las marcas de las nudilleras de Serge justo por debajo de las costillas. Besó cada una de las lesiones y continuó bajando. Abrió los labios y dejó que el suave calor de su boca lo envolviera. Sin el peso de la obligación ni de tener que complacer a un corazón despiadado, se sintió capaz de entregarse al acto amoroso, a esa pieza del amor que era la más íntima. Sin dudar en ningún momento que podía confiar en Verrian, se divirtió, lamiendo y acariciando y notando cómo crecía la erección al compás de sus gestos.

—No sigas, por favor —dijo él con voz pastosa y le pasó los dedos por el pelo.

Alix volvió a subir por su cuerpo dándole besos, le pasó la lengua por el estómago, jugueteó con los pezones. Verrian gimió y la sábana de seda siseó. Acabó de quitarle el albornoz por los hombros y él lo tiró al suelo de inmediato. Alix había pensado muchas veces en cómo sería su torso, se lo había imaginado antes de irse a dormir todas las noches las primeras semanas después de conocerlo. Siempre se lo había imaginado encima de su cuerpo, arropándola con dulzura y seguridad a la vez, pero Serge la había traumatizado al forzarla y ahora tenía miedo de verse ahogada, así que prefirió ponerse encima. Aunque temía que Verrian la apartase, se sentó a horcajadas sobre él.

Tenía los hombros afilados, con huecos bajo las clavículas en los que cabían a la perfección los labios y la lengua. Verrian estiró el cuello mientras Alix describía una línea en él con la lengua. Jugueteó con la boca de su amante y absorbió la sensación de un cuerpo cautivo bajo el suyo. Qué distinto parecía un hombre cuando no intentaba imponerse, cuando permitía que lo sedujeran, todo su cuerpo era un suspiro, su respiración se volvía más profunda. La humedad de la excitación apareció entre las piernas de Alix y desveló su deseo. Se separó de él y apaciguó la protesta de Verrian con dos palabras. Entonces se quitó el camisón y lo tiró a la oscuridad. Él alargó la mano para tocarla, se topó con los pechos de Alix, y le acarició los pezones hasta que se endurecieron. Alix gritó cuando Verrian besó uno y luego el otro. Lo rodeó con las piernas y se acercó mucho a él, la piel contra el músculo, hasta que el hombre no pudo contenerse más. Primero la penetró con los dedos, explorando los pliegues, suaves como el velvetón, hasta que ella le suplicó:

—Entra, entra ya.

Y se abrió para él, gimió mientras la invadía.

Alix llegó al clímax la primera, al notar la realidad de Verrian sobre ella, dentro de ella, con una potencia erótica más intensa que la que jamás hubiera soñado. Él

aceleró mucho el ritmo hasta que, en los últimos momentos, se retiró e hizo brotar una cascada de palabras y besos contra los labios de Alix.

Compartieron el placer embriagador. Compartieron el calor y los labios. Alix disfrutó del abrazo y pensó: «Soy feliz».

Se despertaron a una hora incierta y retomaron la diversión poco a poco. Verrian siguió el rastro de perfume que había dejado Alix para demostrarle hasta dónde podía dilatarse la capacidad de sentir placer de la joven. Se durmieron abrazados hasta que la luz del día los despertó con una palmada. Su breve escapada había terminado.

—¿Estás segura de que Rhona de Charembourg sabotó tu última colección?

Estaban cruzando a pie el Sena por el pont Neuf. Verrian había pedido un taxi a la rue Jacob porque decía que el Hispano perdía aceite. Alix propuso que salieran en la Rive Droite para disfrutar de la novedad de cruzar el río envueltos en una manta de niebla. Iban cogidos de la mano y decían «perdón, disculpe» a los demás peatones para abrirse paso.

—Alguien envió a la tal Charboneau. Y ¿de qué otro modo podría haber conseguido Rhona un vestido idéntico al mío? Esa tela de tono gris verdoso era de una tirada limitada que un fabricante de Manchester decidió sacar de la producción, y Una pensó que me gustaría. Me hice un traje para mí y corté otro que nunca llegué a incluir en la colección. Estaba entre el material que confiscó la policía, lo cual demuestra que Rhona tuvo acceso a las cajas que se llevaron. Ponérselo para la reunión era su forma de demostrarme que tiene más poder que yo.

Verrian la rodeó con los brazos.

—Es de una vulgaridad abrumadora, como diría mi madre.

Le preguntó si todavía seguía dispuesta a cerrar Modes Lutzman.

—No... Lo mantendré a flote como sea. Aunque será como sobrevolar un desierto sin combustible. Ah, y para que no pienses mal de mí, le devolveré esos francos a Una por correo. Está de vacaciones en un hotel de Hastings... Puede cambiarlos por libras y gastárselos en cócteles y raciones de *fish-and-chips*. Ya me las arreglaré.

Verrian emitió un sonido pensativo.

—Podrías vender los cuadros de tu abuelo para tener efectivo. Después de lo que sabes de Alfred Lutzman, supongo que no querrás guardarlos, ¿no?

Alix desvió la mirada hacia el río, donde la niebla convertía en fantasmas los barcos y el muelle.

—Sin el consentimiento de Mémé no puedo, y ahora mismo no está capacitada para dármelo. Además, necesito un poco de tiempo para acabar de decidir si todavía admiro la obra de mi abuelo o si me había convencido de que tenía talento porque lo quería. ¿Te parece una bobada?

—No... Terriblemente racional.

Lo miró con ojos suplicantes.

—Si mi negocio se hunde, no me rechazarás, ¿verdad?

—Te saldrá humo del motor, como diría mi buen amigo Phipps, y me gustan los retos. Pero al final lo conseguirás, ya verás. A Rhona de Charembourg le gustan tus prendas... —Se rio cuando Alix le dio un codazo—. El robo es la forma más sincera de admiración, y más aún cuando proviene de una archienemiga.

Mientras paseaban por la rue Dauphine, Alix comentó:

—Yo no quiero enemigos. Quiero amigos.

Verrian dejó de andar para besarla.

—Bueno, siempre me tendrás a mí.

*11 de noviembre de 1938*

Había tirado dos cuadernos de bocetos a la papelera y rasgado más metros de muselina de los que se atrevía a calcular. Iba a desechar otro boceto cuando Verrian entró en el estudio, miró la papelera rebosante a causa de la avalancha de papeles y dijo:

—Acabo de pelearme a puñetazo limpio con mi hermano... Si es posible hacer algo así por teléfono. ¿Sabes que ha habido un tiroteo en la embajada alemana?

Alix se lo quedó mirando.

—¿En París?

—Un chico judío arremetió contra un oficial alemán. Escribí una reseña en la que defendía su postura y explicaba que el muchacho acababa de enterarse de que habían deportado a sus padres de Alemania. Mi hermano se niega a publicar el artículo, así que he dimitido.

Bajó la vista hacia el cuaderno de Alix, que estaba repleto de jeroglíficos desesperados. Aún llevaba la gabardina puesta porque Alix estaba ahorrando en queroseno. Pescó un sobre de un bolsillo interior y dijo:

—Como le has devuelto el dinero a Una, pensé que a lo mejor esto te sería útil.

El fajo de billetes era el más grueso que Alix había visto en su vida.

—¿Es la indemnización del *Monitor*?

Verrian soltó una risa sarcástica.

—Me he marchado yo, así que no hay indemnización. —La abrazó—. El dinero es por el Hispano. Lo he vendido.

—Lo has vendido... ¡Pero Verrian! Pensaba que perdía aceite.

—Una mentira piadosa.

—Pero si querías mucho a ese coche.

—No, me gustaba. Te quiero a ti, y quiero que lances esa colección despampanante a principios de año porque coincido con la señora Kilpin en un aspecto: se aproxima una tormenta. No tardarán en volver los chubasqueros y los



zapatos cómodos.

—¿Te refieres a la guerra? Hace un tiempo también lo pensé, pero el Acuerdo de Munich ya le ha dado a Hitler lo que quería, ¿no? Ya tiene los Sudetes y la zona remilitarizada. ¿Por qué iba a querer ahora una guerra?

—Chantajeó a Francia y a Gran Bretaña con astucia y, como ya sabemos, los chantajistas siempre vuelven a pedir más. El Acuerdo de Munich solo vale lo que vale la palabra de Hitler, y firmarlo ha provocado el alejamiento de un aliado crucial, los soviéticos.

—Ah, claro, ellos.

—Sí, ellos. Para lo único que ha servido Munich ha sido para mover las piezas.

Al notar la expresión taciturna de Alix, el periodista propuso ir a pasar un rato con los niños.

—Están pintando como solo saben hacerlo los niños. A lo mejor te inspiran.

El día de Año Nuevo de 1939 nevó, y las ventanas brillaban como si fueran de leche congelada. Las piezas de seda blanca de shantung cubrían los sofás del salón, y como el suelo y las paredes también eran blancos, Alix se sentía como si hubiese entrado en su propia página en blanco.

Había creado la mitad de la colección en diciembre, pero luego la había desestimado. Verrian le había preguntado: «¿Pero por qué? Las formas son bonitas, las piernas son bonitas... ¿Hay algo que se me escapa?».

Alix aguzó el oído: la máquina de escribir se había quedado callada. Verrian estaba preparando un artículo por su cuenta para un periódico de Estados Unidos, y lo más probable era que lo hubiese terminado. Verrian se enfrascaba en un encargo hasta que lo terminaba. A diferencia de ella, producía resultados. Como solía decir: «Un director prefiere un artículo con un noventa y cinco por ciento de calidad que la promesa de un artículo con un cien por cien de calidad que nunca llega. Ahora ya sabes lo que hacemos los “chupatintas”».

Alix miró el reloj (casi las once) y se sacó un papel del bolsillo.

Nos vemos junto al león, Jardin du Luxembourg, 11.03.

Las 11.03 querría decir las 11.30. Seguro que Paul tenía algo importante que pedirle. ¿Algo relacionado con Una? ¿O relacionado con las imitaciones? Esta vez ya tenía preparada una palabra simple y rotunda: no.

Alix no acababa de entender por qué Paul le había escrito cuando podría haber hablado con ella en la rue Jacob. Desde que había vuelto de sus vacaciones en Inglaterra, pasaba por la casa de moda a diario, iba a dejar a sus hermanas y a recogerlas. Habían acordado que Suzy y Lala seguirían a cargo de Celestia hasta que Paul volviese a tener un trabajo estable.

Al llegar a la estatua del león, Alix se entretuvo en pisar la nieve virgen hasta que oyó que la llamaban. Paul se acercó a ella a grandes zancadas. Se dieron la mano, un elemento de contención entre ambos. Paul tenía el rostro más enjuto, la mandíbula más pronunciada. El amante de Una ya era un hombre.

—¿Vamos a congelarnos para recordar los viejos tiempos? —bromeó la joven.

La cogió del brazo y se pusieron a caminar.

—Quería contarte una cosa un poco delicada... Alix, tengo noticias que te van a dejar de piedra.

Pensó al instante: «Bonnet ha vuelto a Montmartre».

—Han detenido a Serge Martel por atacar a una chica, una de sus cantantes. Las lesiones fueron graves y se baraja meterlo en la cárcel. Pensé que debías saberlo.

—Vaya. —¿Qué podía decir?—. Pobre chica, pobrecilla.

—Tuviste suerte de escapar de sus garras a tiempo.

Caminaron en silencio hasta que Paul dijo:

—Confío en que mis hermanas no te saquen de quicio. ¿Sabías que ahora Suzy me habla?

Alix se animó al hablar de ese tema más alegre.

—Es gracias a Pepe. Nadie pudo advertirle de que Suzy no hablaba, así que la bombardeó a preguntas hasta que la niña se rindió. Al final has conseguido un logopeda... ¡Y claro que no me sacan de quicio! Celestia es magnífica con ellas y Mémé los quiere mucho a todos.

—Bien. —Hizo un gesto extraño—. Porque, Alix, hay algo más que tengo que contarte. Algo que cambiará mi vida y la de las niñas.

Una. El nombre flotó entre ellos mientras Paul se encendía uno de sus fuertes cigarrillos. Alix predijo sus siguientes palabras: Una y él iban a vivir juntos, ¿le importaría a Alix cuidar de las niñas hasta que estuvieran bien establecidos?

—Quiero alistarme en la marina.

Se quedó boquiabierta y se le metió el humo del cigarro por la garganta.

—¿Qué? —espetó.

—Prefiero alistarme voluntario a que me destinen a otro sitio.

—Hablas como si ya estuviéramos en guerra.

De un rincón alejado del parque les llegaron las voces de unos niños y Alix notó un dolor informe. «Por favor, la guerra no. Aquí no. No, por favor, la pobre Francia otra vez, no.»

Paul la rodeó con los brazos. Nevaba..., copos grandes y lentos.

—Mientras estábamos en Hastings, Una y yo alquilamos un coche y recorrimos la costa sur de Inglaterra. Paramos en un sitio que se llamaba Lee-on-Solent. ¿Lo pronuncio bien?

—Más o menos.

—Vimos varios barcos atracados y entre ellos había un crucero de batalla. Alguien dijo que era el *Hood* de la marina británica. Era magnífico. Nos topábamos con marineros en todos los pueblos a los que íbamos, ¿y sabes cómo te sientes cuando de repente sabes lo que quieres hacer con tu vida?

Claro que lo sabía.

—¿Y qué pasará con las niñas? ¿Y con Una?

—Una... —Paul derritió un copo de nieve con la punta del cigarro—. Nunca dejará a Kilpin y yo no pienso vivir metido en su bolsillo. Las niñas vivirán en Bobigny, con su tía abuela. Gilberte es estricta con ellas, pero las quiere a su manera y, si cobro un sueldo decente, podré pagar su manutención. —Respiró hondo—. He decidido vender el *Katrijn*.

Alix asintió con tristeza. Así pues, se terminaba una etapa.

—Suzy y Lala pueden ir a verme cuando quieran, Paul. Todas las vacaciones.

—Gracias.

Se despidieron. Se besaron en las mejillas, luego en los labios. Un beso fugaz y con sabor a humo.

—Te quiero de verdad, Paul.

—Yo también te quiero, Alix.

—¿Irás a ver mi desfile en febrero?

—Solo si lo haces alegre. Nada de negro.

Se separaron y Alix caminó tan rápido como se lo permitía la nieve porque deseaba regresar junto a Verrian. Las voces infantiles se oían cada vez más fuertes y al doblar la esquina vio a un grupo vestido con ropa variopinta, bufandas y pañuelos en la cabeza. Jugaban a algo con una tira de bufandas atadas. Uno de los niños mayores corría con la tira de bufandas y los demás intentaban agarrar el otro extremo. Gritaban en alemán. Dios santo, ¿no eran los gitanillos de Saint-Sulpice? Debían de usar ese espacio como patio de recreo. Cautivada, los ojos de Alix siguieron el calidoscopio de colores que formaban contra la nieve y los nudos de su mente se deshicieron.

Verrian salió a recibirla a las escaleras de la entrada. Se fijó en la nieve de las botas, pero no preguntó nada.

—Los niños te andaban buscando. Prepárate para poner cara de sorpresa.

La llevó al piso, y al entrar se quedó estupefacta. Una pared entera era un mural muy colorido.

—Es nuestra galería de arte.

Pepe se abalanzó sobre ellos en cuanto los vio y tiró de Alix y de Verrian para que se acercaran al enorme cuadro improvisado. Lala se adelantó a venderles la entrada.

—Diez francos cada uno.

Alix tardó un instante en darse cuenta de que habían empezado uno de los rollos de lienzo de Bonnet y lo habían clavado a la pared de la sala de estar. Debía de haberlo hecho Verrian, y seguro que los niños se habían subido a los taburetes para poder pintarlo. Y menudo cuadro. Árboles y flores, animales curiosos, un retrato de Alix, Verrian con el sombrero, un par de princesas, hadas, aviones, casas y coches y más flores, todo de colores muy vistosos. Le recordó al *Guernica* de Picasso: sintió la misma admiración, pero esto era el antídoto para la atrocidad monocromática plasmada por Picasso.

Verrian no supo entender su expresión.

—Casi no he estropeado la pared.

—¿Se te da bien darle al martillo? —le preguntó mientras alzaba la cabeza para besarlo—. Porque acabo de averiguar cómo voy a crear mi próxima colección.

Las empleadas pensaron que estaba loca. ¿Pintar a mano trescientos metros de seda?

Sí, les contestó. La extenderían sobre bastidores, como si fueran lienzos. Cortaría los dibujos de los niños para hacer plantillas (con su permiso, por supuesto) y los calcaría sobre la seda y repasaría las formas con gutapercha, una goma natural. Después, empezarían a pintar. Cualquiera que supiera sujetar un pincel podría ayudar en esa fase.

Los niños eran los primeros reclutas, y Mémé y las demás empleadas de Modes Lutzman también se apuntaron muy entusiasmadas. Celestia y Verrian no tenían escapatoria y se lo propuso asimismo a monsieur Hubert, el contable dormilón que también controlaba la entrada a la oficina y a quien había tenido que despedir en la época de estrecheces. Incluso Paul pasaba las tardes embadurnando la seda de shantung. Cuando le perdió el miedo, empezó a añadir sus propios dibujos de barcos y botes, que, según le dijo al oído Alix a Verrian, eran casi tan buenos como los de Pepe.

Los diseños salían a raudales del lápiz de Alix. Lo único que tenía que hacer era crear prendas que lucieran la tela.

—Voy a hacer colas de pavo real —le dijo a Verrian.

—¿Madame?

Una recepcionista rompió el trance de Alix. Estaba repasando mentalmente los primeros minutos del desfile, cuando las maniquís saldrían en una fila de cuatro, luciendo conjuntos para la playa: pantalones de campana y tops atados al cuello con la espalda al descubierto, un estilo informal que había introducido Coco Chanel y que ahora se colaba en las prendas diarias. La versión de Alix en seda pintada era lo bastante tapada para poderla llevar en una comida con amigos en casa, y lo bastante atrevida para salir de fiesta. Toda la colección tenía un punto atrevido y arriesgado, pero le gustaba esa sensación...

—Tengo una llamada para usted en el teléfono de la recepción.

Se permitió sonreír. Ahora la llamaban madame. No porque estuviera casada (todavía no) sino porque se había ganado el estatus de una mujer de negocios.

—Enseguida voy.

Las chicas desfilarían por una pasarela entre las mesas hasta una zona separada por un cordón en la que se darían la vuelta y posarían. Un quinteto de swing que se colocaría en un escenario, ahora dominado por un piano de cola, proporcionaría el ritmo.

Cuando Verrian propuso alquilar el salón Alexandra del Polonaise para el desfile de presentación, Alix pensó que el periodista no sabía cuál era el propósito del acto.

—La gente tiene que ver las prendas. No puedo hacer que las maniquís tengan que ir sorteando a los clientes del hotel que vayan por casualidad a tomarse un té.

—Lo alquilaremos para una fiesta privada, por la noche. Dime otro sitio que pudiera ser mejor.

No supo. La place Vendôme era para la élite más selecta de la Rive Droite. Era imposible que convenciera a esas personas a que se aventuraran a ir a la rue Jacob. Además, no tendría que preocuparse por los refrigerios, ni las flores, ni el vino. Ni siquiera tendría que alquilar sillas.

Y la coletilla:

—Y podemos cargarlo a la cuenta de mi padre. Puede ser su regalo de bodas para nosotros.

—¿Me está pidiendo matrimonio, señor Haviland? —preguntó Alix fingiendo distancia.

Verrian había dejado la pregunta en el aire con la excusa de que tenía que terminar un artículo.

Por esas mismas fechas, el conde de Charembourg había escrito a Alix para describirle una reunión que había mantenido con Adèle Charboneau, cuya verdadera

dirección había encontrado en la agenda de contactos de su esposa. La carta del conde decía:

Se asombró mucho al verme en el umbral de su casa, y confesó enseguida que mi esposa le había pagado para que te convenciera y accedieras a confeccionarle una imitación de un vestido. Por si sirve de algo, mademoiselle Charboneau está avergonzada, porque fuiste muy amable con ella. Te demostraré mi arrepentimiento de forma más práctica.

Le aseguré que su compañía le proporcionaría el resto de tejido que necesitaba Alix para la nueva colección, totalmente gratis. «El círculo se cierra, querida Alix», terminaba la carta.

Ahora el lanzamiento de su colección ya tenía fecha: el 1 de marzo, al cabo de cuatro días. El dinero del Hispano de Verrian se había esfumado en pagar la mano de obra, a las maniquís, los accesorios y el alquiler. Alix volvía a estar en el negocio de la moda. Se había concedido una última oportunidad.

En la recepción del hotel le entregaron el auricular del teléfono.

—¿Dígame? Alix Gower al aparato...

Cuando colgó el teléfono dos minutos después, toda su esperanza se había esfumado. La suerte y el coraje no bastaban, al parecer. No, cuando una tenía enemigos empeñados en hundirla.

—Toc, toc, ¿puedo entrar? —preguntó una voz acaramelada.

Alix estaba en el salón, contemplando los percheros con las prendas que, por segunda vez, no saldrían a la pasarela. Se dio la vuelta y vio a Una Kilpin.

—¿Qué hace aquí?

—Por lo menos podrías fingir que la sorpresa es agradable, ¿no? No me hacen falta excusas para venir a París, pero entre otras cosas, quería verte. Y, no sé si atreverme a decirlo, ¿quería ver un desfile...?

«Se ha dado cuenta de cómo me siento», pensó Alix. El resplandor de Una se había apagado. Aunque todavía vestía con elegancia. Llevaba un bolsito minúsculo cogido de la muñeca, Alix supuso que con una tira por la que habría pasado la mano. Era del mismo color bronce que el traje y los guantes.

—Ay, muchachita, ¿a qué viene esa cara tan larga?

—Me he quedado sin maniquís —dijo Alix—. La agencia que me las proporcionaba llamó para decirme que al final no estaban disponibles. A cuatro días del evento. —Señaló los percheros—. Todo terminado, solo faltan los últimos retoques... Y tengo que anularlo. Otra vez. Una, no sé por qué me pasa esto continuamente.

—Yo sí.

Una giró el cierre del bolsito y sacó una carta.

—Me la envió el editor de moda del *Times* de Londres... Un amigo mío.

Alix leyó:

A quien pueda interesar:

La *haute couture* es la flor más delicada de la cultura francesa, una flor podrida por las imitaciones y el robo. Quienes defendemos las casas de moda más exquisitas de París deseamos que se apoye su integridad. Nuestro primer movimiento será contra las «casas parásito» como Modes Lutzman, cuya propietaria, Alix Gower, fue detenida por falsificación...

—¿Has llegado a la parte por la que podrías demandarlos?

Alix hizo oídos sordos a Una.

... y cuyas artimañas para minar la *haute couture* francesa resistiremos. Si reciben una invitación para ir el desfile de esa casa de modas, les suplicamos que la rompan.

—Quienes dicen «les suplicamos» son Rhona de Charembourg y otras aristócratas que dirigen la moda. Estas damas llevan semanas mandando la carta a todas partes —le contó Una—. Ha llegado a todos los redactores de moda, a todas las clientas y mujeres bien vestidas al sur del Círculo Polar Ártico. ¿Has notado si la prensa se ha hecho eco de tu desfile, o te han llamado los medios?

—No mucho —admitió Alix—. Por lo menos, la prensa francesa no. Han mostrado interés en Estados Unidos. El *New York Post* va a mandar a alguien y...

—Tendrás que anunciarles que se cancela. —Le puso una mano en el hombro—. Yo me encargo de decírselo a Gregory y a la urraca de su contable, Pusey. Lo siento mucho, florecilla, pero Gregory cerrará el grifo.

Alix analizó el rostro de Una y pensó: «Lo siente, pero no lo comprende».

—Siempre me recriminaba que era poco atrevida, ¿verdad? «No hay recompensa sin riesgo», ¿se acuerda?

—Nunca te aconsejé el suicidio. Serás el hazmerreír si no va nadie al desfile.

—Seré el hazmerreír de todas formas.

—Alix, sé realista. Rhona de Charembourg ha matado a tus caballos y te ha roto las ruedas del carro. No tienes público ni maniquís. ¿Qué piensas hacer? ¿Pedirles a las camareras que desfilen con los vestidos mientras los de la limpieza aplauden? Haz lo más sensato: minimiza las pérdidas.

—Gracias por traérmela. —Alix se refería a la carta—. Me alegro de que la malicia de Rhona de Charembourg haya salido a la luz. —Extendió la mano para despedirse de Una—. Confío en verla entre el público el miércoles. Y al señor Kilpin



también. Ah, y me he enterado de que la señora Fisk-Castelman está en París... Y esa amiga suya de Estados Unidos, ¿la que casi hizo llorar al pobre Javier? Búsquela y tráigasela también.

—Estás loca. ¿Cómo vas a sacarlo adelante?

Alix recordó un paseo por el Sena entre la niebla con Verrian la mañana después de la primera vez que hicieron el amor.

—Con los amigos. Basta con tener uno o dos buenos amigos.

Alix se agachó.

—Le dices en español: «Buenas tardes, monsieur». Luego le das la invitación y ya está.

Después de darle esa indicación a un Pepe muy solemne, se dirigió a la empleada que había detrás del mostrador.

—¿Le han contestado?

—Sí, madame. El caballero los recibirá, si son tan amables de subir en ascensor hasta la segunda planta. Suite número seis.

El ascensor tenía una pared de espejos, así que Alix se dio la vuelta. Se arrepentía de haberse puesto el traje gris verdoso, ojalá hubiera optado por una apuesta más segura. Al salir al pasillo contó las puertas, tragó saliva y llamó a la que correspondía. Estaba forzando mucho la máquina, pues se había presentado el domingo por la tarde, un momento en el que la gente espera que la dejen en paz.

—Alix, te tiembla la mano —le dijo Pepe.

—Ya lo sé.

Pasos, un carraspeo. Apretó aún más la manita de Pepe y los ojos oscuros del niño la miraron con reproche. Entonces se abrió la puerta.

Javier la miró sin emoción alguna.

—Monsieur, confío en que no le importe... —Se le secó la garganta.

Era un estudio de cómo humillarse en vano. ¿Por qué no habría escuchado los consejos de Una?

—Me han llamado de la recepción para decirme que una mujer guapa y morena subía a verme con un niño. No imaginaba que fuese usted. ¿Es su hijo, Alix?

—No, no... Es el hijo de una amiga. Pepe, dale la tarjeta al señor.

Pepe empujó la invitación impresa hacia Javier y le dijo en español:

—Señor, ¿sería tan amable de ir al desfile de Alix para ver sus vestidos y mis dibujos?

Javier le dio las gracias con mucha seriedad y leyó detenidamente la invitación. Permaneció tanto tiempo callado que al final Alix no pudo soportar más la incomodidad y soltó:

—Tengo intención de seguir adelante. No sé si irá alguien. Me han tendido una emboscada, ¿sabe? Me refiero a que me han puesto en la lista negra.

Javier entrecerró los ojos.

—No irá nadie, ¿dice? ¿Y me pide que sea la única persona que se siente en las sillas doradas? Entonces el mundo dirá: «Ah, el pobre Javier ha caído tan bajo que puede asegurarse que, vaya donde vaya, habrá sillas vacías».

Alix se sonrojó.

—Perdóneme. Confiaba en que le apeteciera ver lo que puedo hacer, y este desfile es mi última esperanza. Si fracaso...

—Deberá una gran cantidad de dinero, eso sin duda.

—Esto habrá vencido.

Le entregó la carta de Rhona de Charembourg y, antes de que Javier pudiese responder, cogió de la mano a Pepe y se marchó.

Mientras cruzaban el parc Monceau, Pepe comentó:

—Creo que al señor le ha hecho mucha ilusión que lo invitásemos a ver mis dibujos.

Esperó todo lo que quedaba del domingo a que Javier la llamase por teléfono. A medianoche ya no le quedaban lágrimas y estaba resignada. Había sido una locura idealista el imaginarse que Javier galoparía para rescatarla. En realidad, había sido un descaro y una insolencia pedirle a un hombre de su categoría que se relacionara con ella. Cerró con llave el local y tomó un taxi rumbo al Polonaise, donde Verrian y ella dormían muchas noches. La cama que Alix tenía en la rue Jacob era individual, y con Mémé y Celestia también en el piso, no había sitio para amantes. Verrian estaba despierto en la suite Albaricoque, leyendo. Apartó el libro.

—¿Y bien?

—Ni una palabra. No esperaba otra cosa. —Se preparó para meterse en la cama—. Tendré que tomar la decisión más difícil de mi vida.

—Bueno, no la tomes ahora mismo. —Verrian apartó las mantas para invitarla a entrar—. Túmbate conmigo.

Preparó el discurso a la mañana siguiente en el taxi de vuelta a la rue Jacob y convocó a las empleadas a las nueve en punto.

—Así pues, aunque les agradezco eternamente su trabajo y su apoyo, y aunque creo que esta colección es la mejor que he producido hasta ahora... —Tragó la piedra que tenía atragantada en la garganta y comprobó la expresión de Verrian. Estaba al fondo de la habitación y no transmitía nada—... no podía dejar que pasase hoy sin decirles... —Entonces oyó una campanilla del piso de abajo. Verrian fue a contestar—... decirles que he decidido...

—¿No pensarás tirar la toalla? —Rosa, ofendida, se adelantó a las explicaciones de Alix—. No he vuelto a incorporarme para que me den la patada el primer día, ¿no?

Alix cerró los ojos. Qué trago tan amargo. No hacía falta que se lo pusieran más difícil.

—Aunque lo siento en el alma tendré que cerrar...

Se quedó callada al oír la voz de Verrian en el pasillo...

—Sigán por aquí, monsieur, madame. Encontrarán a todas reunidas.

Alix se puso de puntillas para ver por encima del manto de cabezas. No consiguió ver a quién había acompañado Verrian, solo distinguió que era un hombre con el pelo moreno engominado y una mujer con un sombrero rojo. Las empleadas se dieron la vuelta, hicieron un pasillo en el centro y Alix vio a...

—¡Monsieur Javier! —Dio un paso adelante y luego suspiró al reconocer a la señora del sombrero—. Madame Frankel. ¿Usted? ¿Aquí?

Un barullo emocionado ahogó sus respuestas. Madame LeVert parecía a punto de hacer una reverencia. Alix miró a los ojos a Verrian y detectó un atisbo de sonrisa.

Javier miró a su alrededor y saludó a todas con la cabeza.

—Mesdames, considero que se ha perpetrado una gran injusticia contra esta casa. Estoy aquí, y mi antigua *première* está aquí conmigo, para paliar esa injusticia.

—¿Van a ayudarnos? —tartamudeó Alix, incapaz de creérselo.

—Le ofrezco mi talento y mi influencia, Alix, si desea aceptarlas.

Se abalanzó para abrazarle.

—¡Sí, sí, por favor!

Un rato después convocaron una reunión de cuatro personas.

—Puede que sea demasiado tarde —comentó Alix—. Esa horrenda carta ha hecho mucho daño.

Javier cerró un ojo.

—Si una carta puede hacer mucho daño, ¿no podría hacer mucho bien otra carta? Escribiremos una y la enviaremos a todos los periódicos para que la publiquen mañana por la mañana. ¿Podría encargarse?

—Déjemelo a mí —contestó Verrian—. Usted escríbala, yo la pasaré a máquina y la entregaré antes del cierre de imprenta de hoy.

Javier contestó con su educada reverencia.

—Estupendo. Bueno, Alix, vaya quitando la funda a su colección. Espero que mi confianza en usted esté justificada.

Santo Dios, ella también esperaba que así fuera. Temblando de nervios, apartó las fundas que cubrían los percheros y se vio gratificada, no con exclamaciones de admiración, sino con un escrutinio meticuloso. Javier y madame Frankel miraron. Tocaron. Consultaron. Asintieron. Admiraron los trajes. Alix había mantenido las líneas características de su firma pero había optado por colores muy vivos: rojo escarlata, amarillo girasol, azul piscina. Se complementaban con blusas, sombreros y zapatos que combinaban a la perfección con cada traje.

—Esto lo ha tomado del gran modisto monsieur Worth, ¿verdad? —comentó Javier—. Cuando vistió a las damas de un mismo color de la cabeza a los pies, París se revolucionó. —Miró la barra de la que colgaban los vestidos de fiesta y chasqueó la lengua—. Y el atrevimiento de crear un estampado propio para la tela... Ese es el espíritu, *petite*.

Más adelante comentó:

—¿Sabe lo que me inspiró a venir?

—¿Esa carta odiosa?

—He dicho lo que me «inspiró», *petite*. La malicia no inspira, simplemente irrita. Ayer, cuando se dio la vuelta para alejarse de mi puerta, tuve la oportunidad de inspeccionar la espalda del traje que llevaba. —Se lo describió a madame Frankel—. Un pliegue en el centro de la americana, medio cinturón estrecho, nada más. Dos pinzas en las costuras del hombro, perfectas. Muchos diseñadores se preocupan solo de la parte delantera. Preocuparse de la espalda demuestra la pasión ilógica que define al artista.

Verrian, que hasta ese momento había escuchado con paciencia, interrumpió al modisto:

—Alix, no has mencionado tu mayor problema. No tienes chicas.

—Las maniquís se han marchado —aclaró—. Tengo una colección, pero nadie que la luzca.

La joven dedicó unos instantes a descifrar la inescrutable sonrisa de Javier, pero antes de lograrlo oyó que una puerta se abría de par en par y una voz juvenil preguntó:

—¿Dónde está todo el mundo? Es aquí, ¿verdad?

Luego otra voz:

—Ya vine una vez. Estarán en el salón.

Verrian se marchó y al poco regresó con un grupo que atraía las miradas. Rostros expectantes bajo una colección variopinta de sombreros estilosos: Heloïse, Zinaida, Claudette, Nelly, Marie-Josèphe y Arlette.

Javier aplaudió.

—Hemos sacado a estas chicas de la cama antes del mediodía, así que veamos quién puede ponerse qué.

*28 de febrero de 1939*

Quienes firmamos este comunicado aseguramos nuestro apoyo a la excelencia de la *haute couture* parisina, pero comprendemos que para que la industria florezca, debe permitirse respirar a «los nuevos». Por ese motivo, vamos a asistir al desfile de la colección que ofrecerá Modes Lutzman en el Hôtel Polonaise el 1 de marzo a las seis de la tarde.

La carta, publicada en lugar prominente en *Le Figaro* y en otros diarios, iba firmada por Javier y madame Frankel. También había otras firmas. A lo largo de su carrera, Pauline Frankel había dado consejos a las damas más influyentes de Francia sobre cómo vestir en los actos públicos y había removido cielo y tierra por Alix. Se había pasado la mayor parte de la tarde del día anterior en el 16ème arrondissement llamando a puertas opulentas y pidiendo con discreción que le devolvieran el favor.

Después le enseñó la carta a Alix.

—Tenemos nueve firmas, aunque diez sería un número redondo —le dijo a Alix—. ¿Conoce a alguien de categoría que esté dispuesto a apoyarla?

Alix estaba a punto de responder «no», cuando se le ocurrió que sí.

### 1 de marzo

Al cabo de cuatro horas, esas sillas se llenarían... o no. Su destino se decidiría antes de que acabase la jornada.

Las maniquís se estaban cambiando en una *cabine* improvisada a partir de unas barras de perchero cubiertas con tela. Rosa estaba al mando, y la ayudaban Marguerite y Pauline Frankel. Rosa había echado del probador a Alix, diciéndole:

—Tal como tienes los nervios, aquí nos eres tan útil como un elefante en un bote salvavidas. Ve a tomar un té.

Alix no sabía dónde meterse. Los tres días anteriores se habían fundido en un cúmulo de horas informes en las que había dormido lo mínimo. Pauline Frankel, las empleadas y ella habían arreglado todos los vestidos para que sentaran perfectos a las nuevas maniquís, una tarea que al principio parecía inalcanzable. No obstante, lo habían conseguido, con un único percance: un motín entre las exhaustas costureras que había superado la autoridad de madame LeVert, que se había rendido. Pauline Frankel había tomado el relevo y, desde ese momento, Alix supo que tendrían a tiempo la colección.

Javier se acercó para dar apoyo a Alix cuando las maniquís empezaron a ensayar.

—¿Cómo lo ha logrado? —preguntó mientras esos atrevidos conjuntos de playa desfilaban junto a él—. Sus telas parecen la mezcla de un cuento de hadas con la locura de un fumadero de opio.

Le habló del día en que había recuperado la inspiración.

—Destellos de piedras preciosas en la nieve. Risas infantiles. Tres niños a quienes se les propuso que pintaran lo que quisieran en un lienzo del tamaño de una pared. Con todos los colores a su disposición, sin adultos que impusieran su voluntad.

—¿Ha fijado los tintes, Alix? De lo contrario se emborronarán.

Se echó a reír.

—Hemos planchado todos los metros de tela, monsieur. En el piso. Ha sido como vivir en una lavandería.

Pauline Frankel oyó el final del comentario y preguntó:

—¿Puede saberse cómo logrará cumplir con todos los encargos, Alix? Es imposible que pinte a mano las telas para todas las clientas.

Estaba preparada para esa pregunta, así que contestó muy orgullosa:

—Hay un orfanato detrás de Saint-Médard y los niños que viven en él van a pintar para mí. Tengo técnicos que transferirán los dibujos a la seda y niños de más edad que luego los rellenarán de pintura a mano. Les pagaré, por supuesto.

Le gustó la mirada que intercambiaron Javier y su *première*.

—Así todas las piezas serán únicas. Muy astuta, Alix, pero no tan astuta, Alix. — Javier negó con la cabeza—. Sus huerfanitos estarán encantados con la labor, pero no cumplirán las fechas de los pedidos. Créame, necesita contratar a profesionales. No sé cuánto pensaba cobrar por cada vestido, pero duplíquelo.

Duplicarlo. Le daría la lista de precios a Pusey, quien se frotaría las manos y exclamaría: «Qué gratificante».

Faltaban tres horas. Un inmenso ramo de peonías llegó entonces con una nota: «La suerte está echada, muchachita. Me pondré el vestido de fiesta de color rosa burdel con las sugerentes orquídeas». Le entregaron un ramo idéntico a Javier: «Nueva York adora a monsieur Javier. Si alguna vez necesita un barco rápido para huir, llámeme».

—Nunca volveré a confiar en madame Kilpin.

Javier tiró la tarjeta.

—No tiene por qué hacerlo. —Alix la recogió y se la metió en el bolsillo al modisto—. Pero también tiene un lado bueno, y no debe cerrarse nunca una puerta por la que escapar. Tampoco sería el primero de mis amigos en marcharse.

Alix estaba pensando en Marcy Stein. Después de su breve encuentro en la rue Saint-Denis, Marcy había escrito a Alix para comunicarle que su familia y ella se marchaban de Francia para empezar una nueva vida en Estados Unidos. No había la posibilidad de volver a verse para despedirse porque había enviado la carta unas horas antes de la partida. Alix recordó que Verrian comentó que la guerra rompía las amistades. En este caso, había bastado con el miedo a la guerra. «¿Suspirará Marcy al pensar en su querida París?», se preguntaba Alix. No tenía tiempo para darle vueltas a eso, pues las flores del desfile llegaron justo entonces. Fragantes azucenas y gardenias. Había elegido flores blancas para dejar que la colección destacase.

Dos horas. Llegó la banda y empezó a afinar a gran volumen, luego repasó los números que les había indicado Alix. Las maniquís salían una por una al oír la melodía correspondiente y Alix se fijó en cómo respondían ante la música. Cómo los músicos respondían al verlas.

Una hora. Celestia llegó con los niños, vestidos de punta en blanco. Pepe tenía el pelo repeinado con colonia, Lala y Suzy llevaban las trenzas tan apretadas que les

tiraban. Alix les buscó los asientos, pero les dijo:

—Si os sentáis ya no aguantaréis hasta que empiece. Id a dibujar a una de las mesas.

Veinte minutos. Vio llegar a Verrian, quien, a sus ojos, estaba arrebatador con el esmoquin negro, la pajarita y una camisa de etiqueta almidonada. Dejó que la abrazara.

Verrian gritó.

—¡Llevas agujas en la chaqueta! Es como abrazar a un alfiletero. Ponte detrás de esas cortinas y vuelve convertida en maniquí.

Se marchó a toda prisa y Rosa la reprendió por correr.

Cada vez había más bullicio. Empezó a llegar gente. Cuando Verrian le pasó una nota a través de las cortinas del probador en la que ponía: «Sesenta y cuatro y siguen entrando», soltó un chillido. No tendría que enfrentarse a la pesadilla de las sillas vacías. La banda empezó a tocar el tipo de música que invita a las personas a sentarse sin cortar el ambiente. Le entregaron otra nota.

«Ha llegado la ratoncita, J.» Antes de que Alix pudiera resolver el enigma, Verrian le tendió otra nota. «El hombre de cara roja de la última fila es mi padre. La señora que lo abanica será mi madre. Y ese vestido de rosas rojas y rosadas, ¿te lo pondrás el día que nos casemos? *Je t'aime.*»

—¡Chicas! ¡Que se preparen las primeras! —ordenó Rosa—. Alix, tiembles como una anguila aceitosa subida a un tractor.

La banda empezó a tocar la canción de apertura: «Let's Call the Whole Thing Off» («Vamos a cancelarlo todo»), y las cuatro primeras chicas salieron de detrás del telón. Alix oyó unos siseos que le recordaron a una serpiente y pensó: «A la gente no le gusta».

Rosa le dio un codazo.

—Acaban de pillar la broma. La canción... «Vamos a cancelarlo todo», como estuviste a punto de hacer, ya sabes. La elegiste por eso, ¿no?

—Pero si elegí «A-Tisket, A-Tasket» —dijo Alix confundida—. Un momento. Vi que Una se acercaba al líder de la banda. Esa mujer... Siempre tiene que decir la última palabra.

Entonces le tocó el turno de salir a desfilarse y no vio más que una nebulosa. Notó el calor de la sala, los ojos puestos en ella. Los asistentes daban la vuelta a los programas para comprobar el número del modelo. Vio a Celestia, a Pepe, a Lala y Suzy que la saludaban con la mano. Mémé, con un vestido de color ciclamen y un sombrero nuevo. Detrás de ella, vio al conde de Charembourg. No lo había visto en persona desde el día de la confesión de Bonnet. No había querido... Sin embargo, le sonrió con tanta ternura que Alix le devolvió la sonrisa, avivó el paso y siguió desfilando. Ahora entendía la nota de Javier. La ratoncita Christine de Brioude estaba sentada junto a su padre. Ambos habían firmado la carta de apoyo a Alix. Pensó: «Si Christine nos deja, Javier y yo la convertiremos en la mujer más estilosa de París».

¿Javier y yo? Ahí estaba, su querido maestro, que la había perdonado, casi al fondo del salón. La saludó con un discreto gesto de la cabeza. Santo Dios, ¿el hombre ceñudo de la última fila era el padre de Verrian? Y la mujer que tenía al lado debía de ser la madre de Verrian. Vio a Gladys Fisk-Castelman apuntando cosas y, junto a ella, a Una Kilpin. Al otro lado de Una, lo contrario a un rayo de sol: el señor Kilpin. Bueno, en fin. Había personas que no podían cambiar. Y Verrian... ¿Dónde estaba Verrian? Lo vio en el trayecto de vuelta. Estaba de pie al lado de la ventana. Intercambiaron una mirada.

De nuevo en la *cabine*, Violette (que ese día había ascendido de recepcionista a vestidora) la llevó a una rendija que quedaba entre las cortinas.

—Mire, una infiltrada.

Alix vio a una chica de pie detrás de la última fila de asientos, que hacía marcas en un cuaderno que sujetaba entre el muslo y el respaldo del asiento que tenía delante.

—Como es mi primera imitadora —le dijo entonces a Violette—, puede quedarse a tomar una copa de champán, pero quítele todos los papeles que lleve encima, incluido el billete de autobús.

Rosa le dio unos golpecitos en el hombro a Alix.

—Te necesito.

El tiempo justo de ponerse polvos de talco en las axilas y enfundarse el siguiente modelito. Esta vez estaba más relajada. Lo bastante relajada para lamentar que Paul no hubiera conseguido llegar. Tras desfilarse con el cuarto vestido, se mentalizó de que no aparecería.

Se puso un vestido de baile pintado a mano con inmensas flores de color rojo y rosado. Los músicos tocaban «There May Be Trouble Ahead». Cuando salió acompañada de otras maniquís en una tormenta de seda vaporosa, estallaron los aplausos y el público se levantó. Fue en ese momento de abrumada incredulidad cuando Alix vio que Verrian abría la ventana y dejaba que un joven se colara dentro. Un hombre pelirrojo. Paul... con el uniforme de la marina. La banda empezó a tocar un foxtrot rápido, y Heloïse, la maniquí de Javier de pelo color Tiziano, gritó al recién llegado:

—¡Hola, *Royale*! ¡Venga a bailar conmigo otra vez!

Paul no puso pegajos y, de repente, todas las chicas pedían parejas de baile. Había hombres de sobra dispuestos a ofrecerse. Solo Alix se negó a bailar, hasta que notó que unos brazos fuertes la rodeaban, olió la atrayente invitación de bergamota y jabón natural.

—Creo que todo ha salido bien —suspiró.

—Mejor que bien. ¿Vas a casarte conmigo?

—Claro que sí. ¿Se lo dirás a tus padres?

—Ahora no. Lord Calford nunca está cómodo entre tanta gente.

—¿Le caeré bien?



—Nada de preguntas... Podría pisarte la falda.

Verrian no dijo nada más mientras los músicos tocaron el ritmo rápido. Pero cuando el saxofonista improvisó un adormilado solo, murmuró:

—Te juro, Alix, que nada me apartará de ti, salvo la guerra o la muerte.

Alix se recogió la falda de color peonía sobre el brazo y se pegó más al amor de su vida, con los ojos cerrados. El saxofonista tocó «My Blue Heaven». Su canción, su universo.

## Nota de la autora

*La ladrona de vestidos* hace referencia a muchos modistos, tiendas, personajes y acontecimientos, y puede ser de utilidad saber cuáles existieron (y de hecho, aún existen) y cuáles son fruto de mi imaginación.

De los modistos mencionados, Chanel, Lanvin, Vionnet, Lucien Lelong, Patou, Poiret, Worth, Schiaparelli y Molyneux son reales. Hermès, que aparece en las primeras páginas, también es real, por supuesto, y en 1937 lanzó los primeros pañuelos de seda estampada que tanta fama le han dado. Jeanne Lanvin era famosa por su perfume, Arpège, en cuyo frasco aparece un dibujo de ella con su hija pequeña Marguerite cogida de la mano. También fue la creadora del «azul Lanvin», que, según Jean-Yves de Charembourg, es el único azul que combina a la perfección con el amarillo. No es más que su opinión personal, pero estará encantado de defenderla con una copa de riesling de Alsacia bien fresco en la mano. El azul Lanvin se describe como un tono similar al color lavanda, aunque a mis ojos se parece más a los pétalos de una flor de vincapervinca. Monsieur Javier, un modisto que ha salido íntegramente de mi imaginación, opina lo mismo que yo, igual que en muchos otros temas.

Mabel Godnosc también es un personaje ficticio, pero había numerosas Mabel en París en la época en la que se ambienta el libro, igual que en Londres y en Nueva York, que copiaban sin escrúpulos y reproducían falsificaciones de prendas de *haute couture* para las masas..., todo al servicio de la democracia. Modes Lutzman es invención de Alix, igual que Alix es invención mía; jamás encontrarán su casa de modas por muchas veces que suban y bajen por la rue Jacob.

Los Deux Magots del boulevard Saint-Germain sí es real. He tomado un café y escrito varios párrafos allí, como debería hacer todo novelista. Solo por los sabios chinos tallados que dominan el local desde su atalaya ya merece la pena, aunque el tráfico que pasa por delante es mucho más abundante que el que debieron de oír Alix y Verrian. El restaurante de Arantxa es inventado, pero está basado en otro real próximo a la Sorbona, cuyos bistecs no olvidaré jamás, aunque no consigo recordar la ubicación exacta. El Rose Noire es ficticio, aunque el club Bricktop sí existió en la rue Pigalle, y su propietaria, Ada «Bricktop» Smith, era una atractiva leyenda del jazz de Estados Unidos que fue amiga de Cole Porter. Mantuvo abierto el negocio durante toda la década de 1930 y no cerró hasta que estalló la guerra.

El periódico para el que trabaja Verrian Haviland, el *News Monitor*, es inventado, pero para el título me inspiré en el ya hace tiempo desaparecido *Loughborough Monitor*. La bombonería suiza Zollinger que visita Alix en la rue du Faubourg Saint-Honoré no existe, lo cual es una lástima porque, de haber sido real, seguro que me mandarían una cajita de bombones envueltos a mano todas las navidades. Por suerte,

Lindt y Suchard sí existen, y hacen bombones riquísimos («Bueno, hay que probarlos, florecilla», como diría Mabel Godnosc). Y ahora que nombro a Mabel, su biblia particular, el *New York Fashion Daily*, desde luego es una revista ficticia. ¿Pensaban que iba a acusar a una publicación real de anunciar vestidos de imitación?

Todos los topónimos de París son reales, a excepción del boulevard Racan, donde reside el conde de Charembourg. Llamé así a su calle en honor del seigneur de Racan, aristócrata, poeta y dramaturgo que, como corresponde, fue desdichado en amores y pasó dificultades económicas. En uno de esos momentos de extrañas casualidades simbólicas, estaba paseando por el 16ème arrondissement para buscar ubicaciones, cuando levanté la vista hacia una placa y descubrí que había entrado en la place Racan. No existe ningún pueblo llamado Kirchwiller en Alsacia, pero vayan a Alsacia si pueden... Beban el vino de la zona y visiten los pueblos medievales. Recomiendo ir en octubre, cuando las hojas adoptan tonos dorados. Magnífico.

Alix vivió en Wandsworth, en el sur de Londres, antes de mudarse a París, y Wandsworth es tan real como los ladrillos de sus casas. Sin embargo, la anodina calle de Alix, Charlotte Road, no existe. De haberlo hecho, ahora estaría superpoblada y sería una pesadilla para aparcar. El centro comercial Arding & Hobbs, donde Alix trabajó por primera vez, sigue pisando fuerte y ahora forma parte de la cadena Debenhams. Por el contrario, Grindle & Whiteleather, la tienda de ropa favorita de Lucy Haviland, no existe salvo en mi imaginación y, si hubiera existido, seguro que habría tenido que cerrar en la década de 1960, pues la señora Whiteleather habría vetado las minifaldas y el señor Grindle habría negado la entrada a todo caballero que no llevara corbata. Heronhurst, el hogar de los Haviland, se llama así porque suena bien, pero no se encuentra en ningún mapa del oeste de Sussex.

La localidad de Durango, en el País Vasco, fue bombardeada por los aviones de guerra alemanes e italianos el 31 de marzo de 1937, y pasó a la historia por ser el primer asentamiento civil sin defensa militar que sufría un ataque aéreo. Guernica, mucho más famosa, fue bombardeada por la Legión Cóndor alemana y los aviones de guerra italianos el 26 de abril de 1937. Aunque estos ataques, y los devastadores combates que ocasionaron, provocaron la conmoción y el rechazo internacional, debemos recordar que Madrid llevaba ya varios meses bajo un bombardeo continuado sin que las demás naciones hicieran mucho por intervenir. A menudo se describe la guerra civil española como el campo de pruebas del conflicto aéreo, el macabro «ensayo» de la masacre y la destrucción de los años posteriores. La reseña sobre el bombardeo de Guernica, de la que he extraído un extracto que aparece en la novela, se publicó en el periódico *The Times* el 27 de abril de 1937, después de que la enviara por cable desde Bilbao el corresponsal George Steer.

Pablo Picasso presentó el *Guernica* en la Exposition Internationale des Arts et Techniques dans la Vie Moderne de París, tal como se indica en *La ladrona de*

*vestidos*. Le encargaron pintar un mural para el pabellón de España de la Exposición Universal y ofreció ese panel, ahora convertido en un icono, en respuesta al bombardeo de Guernica, lo cual sirvió para denunciar la atrocidad y despertar la conciencia de muchas personas. El cuadro está expuesto de manera permanente en Madrid.

## Agradecimientos

Me gustaría dar las gracias a las siguientes personas, cuyo ánimo y apoyo ha permitido que la publicación de *La ladrona de vestidos* no solo haya sido posible, sino muy divertida. En primer lugar, a mi agente literaria Laura Longrigg, pues sus consejos creativos y su confianza en mi estilo proporcionaron la chispa que empezó a dar forma a este libro. A continuación, quiero dar las gracias a mi editora en Quercus, Kathryn Taussig, cuyo entusiasmo y pericia han dado vida a la novela. Gracias a Jenny Richards por diseñar la preciosa cubierta y a Talya Baker por la revisión de las pruebas. También me gustaría dar las gracias a Brigid Irwin por la primera corrección del manuscrito, a la novelista Helen Carey por su apoyo incondicional desde hace años, a Mel Hayman-Brown, a Emma Cameron y a mi hermana Anna McKay por darme aliento y por leer los primeros borradores con ilusión y ojo perspicaz. Gracias a mi marido, Richard, quien no solo me ha aguantado más de lo razonable sino que, poniéndose el gorro de piloto, me ayudó a investigar sobre el tema de la aviación. Gracias asimismo a Jeremy Blackham por sus consejos sobre temas navales y por ser quien, junto con Candy Blackham, visitaron el magnífico interior de Saint-Sulpice y se empaparon de todo como si fueran mis «ojos» en esa ocasión. En cuanto al aspecto temporal de la historia, hago constar que soy responsable de cualquier error sobre los acontecimientos históricos y su recreación. Valoro la labor de mi madre, que plantó la semilla de la escritura en mí y me llevó por primera vez a París, y agradezco a mi hijo, Sam Evans, que haya sabido aguantar a su madre-escritora con paciencia y buen humor. Debo reconocer la labor de Eileen Kitchen, gran dama de la industria de la moda londinense, cuya experiencia de quedarse encerrada en el taller de costura una noche inspiró una de las escenas del libro. También Chrissie Kitchen merece una mención por ser una amiga fabulosa, por alentarme y estar siempre dispuesta a compartir una copa de sauvignon blanco. Y por último... este libro no habría podido existir sin París, la ciudad de la que me enamoré cuando era demasiado joven para saber dónde me metía.

NATALIE MEG EVANS  
*Suffolk, 2014*